

POR LA AUTORA DE *SERAPHINA*

RACHEL HARTMAN

TESS DEL CAMINO



Traducción de Marta Torres Llopis

 NOCTURNA
EDICIONES

RACHEL HARTMAN

TESS DEL CAMINO

Traducción del inglés

Marta Torres Llopis

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original: *Tess of the Road*

© de la obra: Rachel Hartman, 2018

Publicado originalmente por Random House Children's Books © de la traducción: Marta Torres Llopis, 2019

© de las capitulares usadas en el texto: lian_2011/Shutterstock.com © de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.es

www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna: Junio de 2019

Edición Digital: Elena Sanz Matilla

ISBN: 978-84-17834-25-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para Scott, que ha estado en este camino conmigo mucho tiempo.

TESS DEL CAMINO

Prólogo

Cuando Tessie Dombegh tenía seis años y todavía era incontrolable, casó a su hermana gemela, Jeanne, en el patio de la casa de su infancia.

Es decir, la casó con el primo Kenneth. Tessie, envuelta en una de las togas de letrado de papá que sujetó con una incoherente cinta roja, interpretaba al sacerdote. *Rafy*, el sabueso, era la dama de honor (Tessie le había dado perspicazmente un ramillete de bocas de dragón).

Llegaba el final del verano, y el ciruelo dejaba caer la fruta sobre los senderos enladrillados del jardín como pequeñas bombas de ciruela que fermentaban al sol y emborrachaban a las abejas. Estas, la peor calaña de invitados a una boda, zumbaban en órbitas lentas y aterrorizaban al novio.

Tessie trasladó la celebración a una punta del jardín libre de abejas, donde la fuente del hombre verde, siempre obstruida con hojas, gorgoteaba y alborotaba y salpicaba agua a intervalos. El padre Tessie —era un clérigo, a fin de cuentas— se subió al murete bajo de la fuente y se volvió hacia la feliz pareja, forzando la solemnidad en su expresión mientras pasaba las hojas del pesado volumen que cargaba, igual que el sacerdote en la boda de la tía Jenny la semana anterior.

A diferencia del sacerdote de San Munn, el libro del padre Tessie no era el *Breviario de ritos*, sino el primer volumen de *Las aventuras del pirata porphyriano Dormidio y su valerosa tripulación*. Pasó rápidamente las páginas hasta que tuvo el relato «Dormidio y el erizo gigante de Balbolia» abierto delante, y entonces dijo: —Oremos.

Rafy sacudió el ramo como si fuera una ardilla. Los pétalos salieron volando por todas partes.

Jeanne inclinó su dorada cabeza, coronada de claveles blancos y flores de

madreselva rosa. Abrazaba un ramo de lirios amarillos contra el corpiño de su mejor vestido, el de terciopelo azul celeste con botones de plata que había llevado en la boda de la tía Jenny. (Tessie, de cabello oscuro, fue con el mismo vestido en verde, y después rasgó la falda trepando a la pérgola de glicinias de la casa del conde Julian, justo lo que le habían dicho mil veces que no hiciera).

A Kenneth, que no había sido informado de que se iba a casar ese día, le habían vestido precipitadamente con uno de los jubones más alegres de papá, de seda color vino; tenía nueve años y era más alto que las gemelas, pero todavía le llegaba hasta las rodillas. Dócil como una vaca, había dejado que Tessie le adornara los rizos pelirrojos con ramitos de guipsófilas, que más bien hacían que pareciera que había salido arrastrándose de debajo de un arbusto.

—Agacha la cabeza, Kenneth —le susurró a su primo, que miraba embobado al vacío—. Y tendrías que cogerle la mano.

—No quiero cogerle la mano —dijo Kenneth, arrugando la nariz pecosa y chata.

Era siempre tan obediente que esa resistencia pilló a Tessie por sorpresa.

—Tienes que hacerlo —le regañó—. Si no, la ceremonia no vale.

Kenneth puso los ojos en blanco y agarró la mano de Jeanne con una de sus mugrientas zarpas. Jeanne se ruborizó, y Tessie lo interpretó como un signo de felicidad y no de timidez. Esos dos estaban menos entusiasmados por casarse de lo que ella había previsto. Era un mal augurio para su gran experimento, a menos que pudiera darle la vuelta a las cosas.

Pasó una página y siguió con el servicio, recitando los votos. Ellos balbucieron sus respuestas, pero Tessie tenía una capacidad ferviente para

ilusionarse y decidió que el Cielo podría oírlos, aunque ella no. Por fin pronunció la bendición final, las palabras con poder celestial que había memorizado durante la boda de tía Jenny: —Por la autoridad que me conceden el Cielo y Todos los Santos, consentimos que esta pareja sea unida en matrimonio. Que dos corazones sean un corazón; dos vidas, una vida. Que lo que ha unido el Cielo no pueda separarlo ningún poder terrenal. Bendita sea toda iniciativa que emprendáis juntos y —aquí estaba lo importante, todo el propósito de Tessie— fecunda sea vuestra progenie. Bajo la mirada del Cielo, que así sea.

Tessie desplegó una sonrisa radiante por encima de su hermana y su primo. Ellos la miraron fijamente, con los ojos muy abiertos, como si hubiesen averiguado a qué se refería. *Progenie* era el código para los bebés, y Tessie, siempre curiosa, estaba a expensas de Kenneth y Jeanne para demostrarlo.

π

Mamá había dado a luz dos meses antes, y Tessie estaba tremendamente obsesionada por conocer el proceso. La única pista que le había dado mamá había sido la enigmática declaración: —No puedes tener bebés si no estás casada.

Tessie había ponderado esas solemnes palabras sobre un bloque de hielo de la cámara frigorífica, dolorida por la azotaina que también había recibido. No conseguía encontrarle sentido. Si los bebés venían del interior de tu cuerpo (la barriga de mamá, ahora rebajada, era prueba de ello), ¿cómo sabía tu cuerpo que estabas casada? Si ella se esforzaba lo suficiente en simular que estaba casada, ¿podría engañarse a sí misma para tener un bebé?

Se había esforzado mucho en fingir; desde luego, nadie podía aparentar

como Tess.

—Ah, ¡qué dichosa me siento de afrontar otro adorable día de casada! — se dijo al levantarse por la mañana.

Había servido una cena imaginaria y regañado a su marido imaginario, y le decía «buenas noches, vieja pasa» todas las noches mientras se quedaba dormida. Pero todo sin resultado. Su barriga no aumentó, y al final se aburrió de su imaginado esposo: era una verdadera carga, ¡que los Santos le dieran paciencia!

A diferencia de su madre, Tess podía renunciar a la vieja pasa en el momento que quisiera y volver con su primer amor: la piratería. Y eso es exactamente lo que hizo.

No obstante, la boda de tía Jenny había reavivado su interés por los místicos orígenes de los niños. Había claves entrañadas en el propio servicio, indicios de lo que había faltado en el experimento original. Lo primero era la bendición del sacerdote: «Fecunda sea vuestra progenie». Tal vez los Santos necesitaran recibir claro aviso de que ahora una estaba preparada para tener bebés. Lo segundo era lo acontecido después del casamiento: la llamada noche de bodas.

Aquello lo comprendía vagamente. Tía Jenny y el nuevo y flamante tío Malagrigo (un comerciante de vinos ninysh) se habían marchado a algún dormitorio decorado de manera especial, entre las risas y guiños de los primos, tías y tíos Belgioso, que soltaban a voces malos consejos y les daban vigorosas palmadas en la espalda mientras subían la escalera.

Mamá no había participado en el jolgorio, sino que se había puesto pálida y demacrada, y se había ido a atender al bebé, Nedward, en un rincón tranquilo de la planta baja. Tessie y Jeanne habían intercambiado una rápida

mirada que significaba: «Mamá está triste, ¿a quién le toca?». Era el turno de Tessie, a su pesar. Su bisa-buelo, el conde Julian, acababa de pedir que sacaran otra tanda de postres, de modo que iba a perderse el mazapán.

Tessie se sentó obedientemente junto a mamá, dispuesta a absorber cualquier cuita que saliera de ella. Mamá le dio una palmadita distraída en la cabeza, como si Tess fuese su perro fiel, y le murmuró en ninysh a la tía-abuela Elise, al otro lado: —Por supuesto que me alegro. Me alegro de no tener que preocuparme más por mi hermana pequeña o de cómo sobrellevar que diese a luz a un bastardo.

—Eres tan agria que podríamos encurtir remolachas dentro de ti —le respondió tía Elise en bajo—. ¿Qué quieres, un escrutinio al estilo samsamés, aventando las sábanas ensangrentadas al aire como una bandera de victoria?

Tessie aguzó el oído al oír lo de «sábanas ensangrentadas»; sonaba a piratas.

—Lo que quiero —continuó mamá con voz áspera y ofendida— es responsabilidad. Quiero que a los malvados se los castigue por sus pecados. ¿Acaso es mucho pedir?

Y entonces apareció *ella*, como un espíritu convocado ante la indignación de mamá: Seraphina, la hermanastra de Tessie. Entró encorvada en la habitación, picoteando de su plato de postre con aire taciturno. Siempre parecía aburrida en las reuniones de los Belgioso. No eran familia suya, a fin de cuentas; Seraphina tenía otra madre, una temible madre dragona. Tessie y Jeanne se habían enterado a mediados del invierno y no les permitían contárselo a nadie, lo cual era una desgracia.

Tessie sabía que ese primer matrimonio era el pecado sin castigo de papá. Y para mamá, Seraphina era como una piedra en el zapato que le recordaba

constantemente la clase de hombre que era él. Era espantoso que se hubiese casado con una saarantras, un dragón con forma humana, y luego cubriera su rastro; ahora que su esposa y sus hijas lo sabían, estaban obligadas a guardar su sórdido secreto, so pena de acarrear funestas consecuencias a todos.

Esa era la fuente de la amargura de mamá; la había conducido hacia la pareja de santos más cascarrabias y vengativos, Abaster y Vitt, que le brindaban un bálsamo para su sufrimiento, y sufrimiento para los malvados que la habían agraviado.

Tessie emitía sonidos tranquilizadores y amables aun cuando su cabeza empezaba a vagar en otras direcciones. Le habían asaltado dos descubrimientos más y tenía que analizarlos. Primero: al contrario de lo que le había asegurado mamá, tía Jenny podría haber tenido un bebé antes de casarse. Un bastardo, como había dicho ella; Tessie había oído la palabra, aunque no sabía qué significaba. Segundo: Seraphina no era totalmente dragona. Papá había tenido que ver en su concepción, lo que evidenciaba que era muy ingenuo ir por ahí fingiendo que estabas casada para quedarte encinta. Los varones de la especie (como papá o alguno de los anteriores novios de tía Jenny, los zánganos que mamá se había negado a tener en casa) estaban relacionados de algún modo.

Tessie sabía quién lo sabría: Seraphina, que tenía once años y lo sabía todo.

Le preguntó al día siguiente, pero eligió un mal momento. No era tan tonta como para ir a interrumpirla en medio de sus prácticas de música, ya que era capaz de arrancarle literalmente la cabeza de un mordisco, sino que le preguntó al encontrarla leyendo. Seraphina siempre estaba leyendo, así que no es que tuviera muchas opciones. Tessie abrió con cuidado su puerta para comprobar que se hallaba ahí y luego se subió al banco de la ventana.

—Podrías llamar, cara de gárgola —la amonestó Seraphina sin alzar la vista—. Es de mala educación no hacerlo.

Tessie jugueteaba con las cintas de su corpiño, casi demasiado nerviosa para preguntar. Pero había llegado hasta allí y, con voz apenas audible, preguntó: —¿De dónde vienen los niños?

Seraphina, resignada, exhaló un fuerte suspiro.

—Anne-Marie acaba de tener uno. —Seraphina nunca llamaba «mamá» a mamá—. Salió de su interior, ¿o no lo te has dado cuenta?

Tessie se quedó cortada; no era estúpida. Esa no era la clase de discusión que entablar con Seraphina, aunque era capaz de demostrar en menos de un minuto que sí, que eras estúpida. Jaque mate.

—Como esa quigutl que vimos en el sótano el mes pasado poniendo huevos —sugirió Tessie, que trataba de parecer inteligente.

Seraphina se estremeció.

—Igual de angustioso. Aunque sin sangre plateada ni cáscaras de huevo.

—Sí, pero... Para empezar, ¿cómo consiguió el bebé entrar en ella? —preguntó Tessie, inquieta.

—Se lo puso papá —respondió Seraphina, y pasó una página—. Como cuando se planta una semilla en un jardín.

Eso es. Ahí estaba la respuesta, aunque incompleta. Tessie insistió un poco más: —Pero ¿cómo? ¿Cómo se planta una semilla dentro de otra persona?

—¡Por los huesos de los santos, tienes seis años! No te hace falta saber todo eso —exclamó Seraphina; su paciencia se había agotado de golpe. Tessie le había pisado el rabo al dragón sin saber cómo—. Esta es la causa de

que seas un imán para los azotes, ¿entiendes? Porque nunca te callas. Eres el gato al que va a matar la curiosidad.

—Yo sólo quería... —empezó Tessie.

—Y yo quiero leer, pero ¿se me permite estar tranquila diez minutos? Pues claro que no —replicó Seraphina, y se puso de pie de un salto, dispuesta a sacarla de la habitación a empujones si era necesario. No hizo falta; la niña se dirigió presurosa a la puerta por sí sola—. La próxima vez, llama —soltó Seraphina—. O le contaré a Anne-Marie la clase de preguntas que has estado haciendo.

—Me dará una tunda —dijo amargamente Tessie desde fuera.

—¡Porque eres un imán para los azotes! —gritó su hermana, y Tessie no se atrevió a entretenerse más.

π

Y aquella había sido la gran equivocación de Tess el primer día de boda de Jeanne: había bendecido a la feliz pareja y luego los había conducido arriba, a la gran cama que mamá y papá solían compartir (esos días, mamá dormía en otra habitación con el bebé Ned). Una vez allí, habían improvisado. Ella creía que debía haber besos de por medio, porque mamá siempre se escandalizaba si veía a tía Jenny besándose en público.

La niña acompañó a la dócil pareja al piso de arriba, donde había festoneado la cama con rosas...; bueno, con cuatro rosas. No era precisamente un festón completo, pero era todo lo que consideró que podía quitarle al trepador blanco de mamá sin que se notase. *Rafy*, el travieso lebrel, los siguió; saltó sobre la cama antes que nadie, ensuciando las sábanas con sus huellas, y ovilló su cuerpo trasijado entre las almohadas. Jeanne, que

tenía miedo de *Rafy* a corta distancia, no paró de chillar mientras Tessie lo echaba de la alcoba.

—¡Niño malo! —gritaba—. ¡Deja de asustar a Jeanne!

Una vez apaciguado el alboroto, y tras darle a su hermana un par de abrazos para tranquilizarla, Tessie les ordenó que se metieran en la cama. Los recién casados empezaron a mostrarse incómodos; sobre todo Kenneth, que con sus nueve años debía de saber del asunto más de lo que hacía ver.

—Tess —dijo—, no hay por qué interpretar esta parte. Prefiero seguir con la parte en que hacemos como que estamos casados. Jeanne podría prepararme la cena.

Jeanne asintió con entusiasmo ante tal sugerencia.

—Estamos representando una boda —repuso Tessie, autoritaria—, no un matrimonio; y la noche de bodas es la parte más importante, después del sacerdote.

—Entonces, deberías hacer tú de novia —rechistó Jeanne, que instintivamente dejaba a Tessie interpretar los papeles más importantes.

—No —contestó Tessie, cada vez más irritada—. Yo soy el sacerdote y digo lo que hay que hacer. ¡Ahora besaos!

Pero los dos se habían convertido en sendos imanes con los polos iguales encontrados: no conseguían acercarse el uno al otro, repelidos por algún campo invisible. Kenneth se quejó de que estaba mal besar a Jeanne porque no era su primo, sino su tío; lo cual era cierto: era el hermano menor de Anne-Marie, al que Tessie había declarado primo honorífico.

—En realidad, no debes casarte con tu tío —reconoció el chico con sensatez.

Jeanne, por su parte, se quejaba del aliento de Kenneth. Tenía la deplorable costumbre de comer cebollas como si fueran manzanas.

—¡Oh, por el amor del Cielo! —exclamó Tess por fin—. Sois unos críos.

Y a continuación se zambulló en la cama, buceó hasta Kenneth como un cocodrilo y le plantó un fuerte beso en su estúpida boca. Jeanne tenía razón respecto a su aliento, que era pasmoso, pero le agarró las orejas cual Dormidio sujetándose al mástil de su barco destrozado y luchando por su vida.

Fue, inevitablemente, cuando mamá irrumpió en la alcoba.

π

La azotaina, incluso para una niña apodada *imán para los azotes*, fue de antología. Tessie, a lo largo de años de castigos corporales, había aprendido a evadirse durante esas incidencias para hacer que le dolieran menos; estaría navegando por los oscuros mares cárdenos con Dormidio, y el escozor de sus nalgas se debería a los bancos astillados de su nave o, si era particularmente malo, al abrasador Trono de Ascuas en el que se había sentado para salvarle de daños.

Aunque mamá le hizo regresar al aquí y ahora de la manera más desagradable, no porque fuese muy severa, sino porque no paraba de llorar. Como es natural, su furia se desinfló antes de lo habitual; el brazo le quedó colgando en el costado y el pecho le subía y bajaba con los sollozos. Tess le echó los brazos alrededor para consolarla, como si fuese ella la que acababa de recibir una paliza.

—No llores —dijo Tessie, acariciándole la mejilla al tiempo que brotaban tiernas lágrimas de sus propios ojos—. No volveré a hacer lo que sea que te

ha puesto tan triste. Lo prometo.

—Jamás debes meterte en la cama de un muchacho ni besarle hasta que no estés casada, Tessie —respondió mamá cuando su respiración se apaciguó lo suficiente para permitirle hablar.

—No pretendía nada —se excusó Tessie acongojada, lo cual era mentira.

Mamá puso las manos sobre sus hombros y la miró a los ojos.

—Tienes que comprenderlo: a los muchachos y a los hombres les aquejan deseos corporales. Intentarán persuadirte y engatusarte para llevarte a la cama, pero debes resistir. «Si no vas a renunciar a la tentación, oh mujer, no hay salvación para ti. El Infierno arde más abrasador para las rameritas impenitentes», dice san Vitt, que el Cielo lo guarde.

Tess, que no había entendido la mayor parte de la amonestación, asintió con gravedad. Memorizaría esas palabras; comprendería lo que quería mamá y viviría de acuerdo con ello con tal de que dejase de estar triste.

—No me acercaré a ningún chico. Pero Kenneth es mi tío, así que...

Mamá puso los ojos en blanco.

—Hablaré con él. Por supuesto que podéis jugar juntos, ¡sois familia!, pero nada de besuqueos. Ni... exploraciones.

«Nada de exploraciones» sonaba un poco inclemente. ¿Qué era Dormidio, sino un explorador? Aun así, Tessie accedió (habría accedido casi a cualquier cosa con tal de verla sonreír), pese a que le mortificaba una pizca saber que Kenneth no fuera a recibir su parte de azotes correspondiente.

Por otro lado, él no había querido seguirle la corriente. Ella se había encargado de todo el besuqueo.

Mamá no lo había expresado de forma explícita; no tenía que hacerlo, no

cuando años de azotainas habían hecho el trabajo por ella: había algo en Tess que no funcionaba bien. Era singular y espectacularmente defectuosa, lo que la exponía a pecados por los que una niña normal jamás habría sentido inclinación. Iba a costarle mucho más trabajo entrar en el Cielo que a alguien como Jeanne, cuya bondad parecía fluir sin ningún esfuerzo del interior de algún profundo manantial de virtud.

Con todo, Tess estaba decidida a conseguirlo. Y Jeanne no querría ir sin ella.

π

Las gemelas tenían la costumbre de meterse sigilosamente una en la cama de la otra para celebrar lo que llamaban su *reunión nocturna*. La noche siguiente a la boda falsa y la azotaina de antología, Tessie lloró en brazos de su hermana.

—¿P-por qué no es nunca feliz, Ne? —sollozaba Tess—. ¿P-por qué siempre empeoro las cosas?

—Averiguaremos la manera de ayudarla —aseguró Jeanne, acariciando el oscuro cabello de Tess—. Creo que a veces es injusta contigo. Está furiosa con papá, pero es más fácil desquitarse contigo.

Eso sólo hizo llorar aún más a Tessie. Jeanne tomó la cara de su hermana con ambas manos y dijo: —Me tienes a mí, Sisi. Nos tenemos la una a la otra. Somos nosotras contra el mundo.

—Nosotras contra el mundo —repitió Tess con la voz ahogada por los sollozos.

Había fuerza en esas palabras y en las manos de Jeanne. La sentía. Poco a poco se calmó, hasta que encontró el camino hacia el sueño; y entonces soñó

con piratas y se levantó renovada y lista para meterse otra vez en líos.

1

Las gemelas se habían llevado su costura matinal al Salón de Tapices, una de las salas de estar menos frecuentadas del palacio. A Jeanne le gustaba la tranquilidad y a Tess, los tapices, que representaban aventuras marítimas, incluyendo serpientes, icebergs y peces voladores. Una Tess más joven se habría acercado a los tejedores para preguntarles qué leyenda habían tratado de contar (ellos o sus antecesores); habría ido a revolver en la biblioteca en busca de referencias o habría preguntado al quigutl Piztka, que sabía una barbaridad sobre toda clase de serpientes.

Sin embargo, Tess, la dama de compañía, más apagada y de dieciséis años, no tenía tiempo para tales intereses enrevesados y esotéricos. ¿Quién habría vestido a la anciana *lady* Farquist si Tess anduviera corriendo egoístamente en pos de su propia curiosidad? Y aún más importante, ¿quién presentaría a Jeanne al mundo y le buscaría marido?

Jeanne, bordando en el otro extremo del diván, era demasiado dulce y tierna para hacerlo por sí misma. Si dejaran que se las arreglase sola, nadie en absoluto se habría fijado en ella.

—La velada de *lady* Eglantine es esta noche —decía Tess mientras hilvanaba un nuevo ceñidor sobre el vestido de satén azul de Jeanne. También iba a añadirle cuentas de madreperla (había conseguido algunas de *lady* Mayberry a cambio de un succulento cotilleo) y nadie reconocería el vestido cuando lo hubiese terminado. Las gemelas Dombegh no podían permitirse mucha ropa nueva, por lo que Tess, la mejor costurera, había aprendido a procurarse recursos.

—¿No podríamos quedarnos en casa por una vez? —preguntó Jeanne, que apoyó su rubia cabeza en el respaldo del diván de pana y miró el patio

nevado por la ventana—. Estoy cansada de todo esto.

¿Jeanne estaba cansada? Pues a saber el cansancio que sentiría la persona que la vestía, le arreglaba la ropa y llevaba sus mensajes. La que examinaba a los solteros elegibles y surcaba la traicionera maraña de intrigas de palacio sin pensar en sí misma, y todo por la felicidad de Jeanne y para que su familia estuviese a resguardo. *Esa* persona debía de estar condenadamente exhausta.

Tess hilvanó con fiereza, metiendo y sacando la aguja, y con la boca firmemente cerrada.

Las gemelas no tenían más alternativa que asistir a todas las veladas hasta que el futuro de Jeanne se resolviera. Tess miró con el ceño fruncido por encima de su labor, intentando seleccionar las palabras que más convencieran a su hermana.

—Me he enterado de que va a estar allí cierta persona —dijo, ladeando la cabeza y batiendo las pestañas.

Jeanne sabía a quién se refería y se ruborizó, aunque despegó los labios para protestar.

Y entonces fue cuando sucedió el milagro: se abrió la puerta del salón y apareció un joven fornido de veintidós años, *lord* Richard Pfanztig, la «cierta persona» a la que la chica había aludido.

Tess no había planeado el encuentro; la espectral coincidencia de su aparición hizo que se le erizara el vello de los brazos. Tenía un aspecto alborotado por el viento y copos de nieve que relucían en su espeso y oscuro cabello; su nariz autoritaria brillaba roja del frío y la capa se enroscaba con dramatismo a su alrededor.

A Tess se le aceleró el corazón, aunque él no estaba allí por ella. No lo quería para sí ni envidiaba a Jeanne (más de lo normal); pero tenía una figura

romántica y ella no era inmune al romance, a pesar de todo.

Lord Richard Pfanzig se quitó la capa con un movimiento brusco, la lanzó hacia una silla y erró el tiro; a nadie le importó. Todas las miradas habían quedado prendidas en su entallado jubón granate y oro, sus calzas aunadas y sus relucientes botas. O tal vez en sus ojos, que miraban con ardor a Jeanne desde el otro extremo de la estancia.

Jeanne no lo pudo resistir. Profirió un chillido y se concentró aún más en la pastora de su bastidor. Tess suspiró para sus adentros, rezando para que su hermana no desperdiciase la ocasión.

—Me he enterado de que *lord* Chauncerat se propone pedir vuestra mano —declaró *lord* Richard, y se llevó un puño al pecho—. ¿Llego demasiado tarde?

Así que por eso había venido. Tess reanudó su labor con cierta satisfacción. Por supuesto, *lord* Chauncerat no había hecho ninguna proposición; era daanita, indiferente a las mujeres, pero lo guardaba en secreto. Tess lo había descubierto o, mejor dicho, lo había adivinado porque algo en su mirada le había recordado al primo Kenneth. A cambio de su silencio, *lord* Chauncerat le había permitido utilizar su nombre en vano y soltar el minúsculo rumor de que podría sentir cierto interés por Jeanne.

Era lo único que se necesitaba en la corte. Echabas una moneda de cobre en la máquina del chismorreo, cada lengua le sacaba brillo y salía irreconociblemente dorada. Para cuando el rumor llegara a oídos de *lord* Richard, lo habrían inflado a proporciones disparatadas. Él había irrumpido como si esperase interrumpir la boda misma.

Jeanne no conseguía recuperar la voz y Tess la sacó del apuro:

—En efecto, *lord* Richard, habéis llegado justo a tiempo.

El rostro del joven se iluminó como si hubiese hablado la propia Jeanne y no su oráculo personal al otro extremo del diván. A Tess no le importó. Habría introducido la mano en la espalda de su hermana y le habría movido la boca como al títere de un ventrílocuo si hubiese sido menester.

Lord Richard cruzó la habitación de tres zancadas e hincó una rodilla ante Jeanne. El bastidor del bordado se interponía; Tess lo enganchó con el pie y lo retiró. Los ojos de Jeanne se dilataron al verlo alejarse, dejándola sin otra alternativa que mirar a *lord* Richard directamente.

Bajó la vista a sus manos. Tess maldijo en silencio.

No era que a su hermana no le gustase el pretendiente; el problema consistía en que sí le gustaba, y mucho, pero había sido educada bajo las rigideces de san Vitt, que la obligaban a mantener sus deseos en riguroso secreto. Era demasiado difícil conciliar ambas cosas.

Tess lo sentía por ella, aunque eso era importante.

Lord Richard tomó las manos de Jeanne (¡hábil Richard!) y ella alzó por fin la mirada, sonrojándose. Tess advirtió con satisfacción que era bonita incluso ruborizada. También Richard pareció pensarlo así, porque se llevó sus nudillos a los labios.

Tess intentó no mirar, a pesar de que se suponía que era la chaperona, garante de que nada se desmadrara. En el fondo, deseaba que las cosas se desmadraran un poco. El pensar que hasta la pura y virginal Jeanne era una simple mortal le habría sosegado el corazón.

Como si *lord* Richard le hubiese leído el pensamiento, le soltó las manos a Jeanne y volvió a ponerse de pie, con metro y medio de decoro entre ellos. Tess suspiró.

—Jeanne —continuó él con voz ronca y el corazón en la gargan-ta—,

quiero casarme con vos. ¿Aceptaríais a un hombre como yo?

¿Un hombre rico y apuesto que parecía loco de amor por ella? A menos que fuera tonta de remate. Tess cortó un hilo suelto con las tijeras; no le había enseñado a Jeanne a ser tonta. No había cometido todos los errores en los que quizá hubiera podido caer, no había renunciado a todo para que Jeanne ahora se quedara ahí sentada sin pronunciar palabra, como si fuera tonta.

—Di que sí, Ne —murmuró Tess con la aguja entre los dientes.

Jeanne se levantó, recatadamente envuelta en su vestido verde de diario, e hizo una reverencia a *lord* Richard. No debería haber ninguna vacilación, pero de todos modos Tess se descubrió a sí misma sudando, con los ojos clavados en la pareja, el alto y moreno frente a la baja y pálida. *Lord* Richard se toqueteaba un botón del jubón, cosa que a Tess le parecía humana y adorable. Si Jeanne lo rechazaba, iba a costar mucho encontrar otro pretendiente la mitad de apropiado.

Con una voz tan segura y fuerte que Tess apenas podía creer que la que hablaba fuese su hermana, Jeanne anunció: —*Lord* Richard, aceptaría vuestra proposición con gusto, pero ¿comprendéis la posición de mi familia? A mi padre le han retirado injustamente su licencia de abogado y tenemos problemas desde entonces. Me sentiría avergonzada de cargar sobre vuestra casa un peso tan grande; por eso no puedo acceder a casarme con vos sin estar segura de que conocéis las muchas obligaciones que contraeríais conmigo.

Tess se quedó boquiabierta; eso no estaba en el libreto. O sea, era verdad, la familia necesitaba desesperadamente casar a Jeanne por dinero, aunque nadie podía, o debía, decirlo en voz alta. Era un juego en el que todos participaban, pero que nadie reconocía. Tess se sintió un poco mal. Le había preocupado que su hermana pareciese demasiado mercenaria, y ahí estaba la

propia Jeanne poniendo las cartas sobre la mesa.

Sin embargo, *lord* Richard sonreía y no con una sonrisa forzada de «¿en qué me he metido?», sino con una llena de calidez y amabilidad que casi la dejó sin aliento.

—Querida mía, no hay obligaciones que vuestra familia pueda cargar sobre mi casa que no podamos llevar con facilidad ni tome yo por vos con más gusto.

¡Por los Santos del Cielo, era perfecto! Jeanne no merecía menos. ¿Cómo habían tenido tanta suerte? Si Tess sintió autocompasión por su propio infortunio, por Val y Dormidio y todo lo demás que había perdido, reprimió el sentimiento casi antes de darse cuenta. No era el momento; era el momento de Jeanne, y era perfecto.

Agotado su coraje, Jeanne regresó a su naturaleza tímida y candorosa. Balbució unas palabras encantadoras de agradecimiento; Richard, llevado por la pasión, volvió a cogerle de las manos. Lanzó una rápida mirada a Tess para pedir permiso. Tess asintió con la cabeza y al pronto desvió los ojos a su bastilla.

Ahí dejó de vigilarlos. Los miró de soslayo y creyó que le iba a estallar el corazón cuando *lord* Richard besó a Jeanne de manera casta en la mejilla. Tess recordaba esos goces, aun cuando nunca los experimentaría de nuevo; claro que quería más que eso para Jeanne —¡debía besarla al menos en los labios!—, pero *lord* Richard provenía de una casa tan devota y estricta como la de ellas y la pasión no podía anular la educación. No aquel día, en todo caso.

Tampoco se demoró para no dar pie a habladurías. Uno de los grandes atractivos de Jeanne, a falta de dinero, era que no se veía envuelta en el

menor escándalo. Era la inocencia personificada. *Lord* Richard no se arriesgaría por comprometerse con ella.

Cuando se fue, Jeanne se giró hacia su gemela. A Tess se le heló la sonrisa al comprobar que los ojos de su hermana estaban anegados de lágrimas.

—Cariño mío, confío en que esas lágrimas sean de dicha —dijo Tess con dulzura, tendiéndole la mano.

Jeanne se desplomó sobre el diván y apoyó la cabeza sobre su hombro, donde empezó a llorar de verdad.

Tess dejó a un lado su labor y la rodeó con los brazos.

—No, no. ¿Por qué estás triste? Si te desagrada *lord* Richard, te buscaremos otro. No importa el dinero, no importa cuánto tiempo tardemos. Papá y mamá se las apañarán para enviar a Paul a la escuela. Seraphina intervendrá y lo arreglará todo... —En realidad, no lo haría porque no podía, y Jeanne lo sabía tan bien como ella, pero sentía que debía seguir dándole a la lengua para mantener elevado el ánimo de su hermana—. Aparecerá algo que nos ayude. Siempre lo hace.

Jeanne se sacó el pañuelo del corpiño y se lo llevó a la goteante nariz.

—No es eso, Sisi. Estoy encantada de casarme con Richard. Creo que puede que esté un poco enamorada de él.

Tess, desprevenida, se enderezó ligeramente.

—¿Cuál es el problema, entonces?

Jeanne tenía las mejillas moteadas como un huevo de codorniz sonrosado y los ojos enrojecidos.

—No puedo evitar acordarme de que tú eres mayor que yo, sea lo que sea

lo que finjamos ante el mundo. No merezco este honor y esta felicidad, cuando deberían ser tuyos.

A Tess se le encogió el corazón, rezumando la dicha desinteresada que había sentido antes. Aunque ¿no era eso lo típico? Ella no sólo no obtenía lo que debería haber sido suyo por nacimiento, sino que ahora tenía que consolar a la adorable y bondadosa Jeanne, a la que acongojaba tal injusticia. Tess no solía sentir verdadero resentimiento hacia su hermana, aunque en ese instante sí lo experimentó. Aliviar la culpabilidad de Jeanne, por encima de todo lo demás, parecía ya mucho pedir.

—Vamos, vamos —dijo, dándole otra palmadita en la espalda—. Las dos sabemos que tengo lo que me merezco. De haber valorado de verdad cualquiera de esas cosas, ten por seguro que habría tenido la sensatez de no rechazarlas.

Jeanne dio un sorbetón y asintió. Tess miró hacia otro lado; no quería que su hermana detectase el menor atisbo de enojo en sus ojos. No era culpa de Jeanne; cada onza de culpa se le podía atribuir a la propia Tess. Se podía y se debía. La asumía con todas sus fuerzas.

Sólo una hermana horrible y desagradecida podría enfadarse con la adorable y dulce Jeanne.

Tess anduvo el resto del día atendiendo a *lady* Farquist, riendo con las bromas de los caballeros durante la cena, guiando los pasos de Jeanne hacia la imperativa *soirée*. Jeanne y Richard intercambiaron prolongadas miradas de un extremo a otro de la estancia, pero no se dirigieron el uno al otro más que una palabra galante. A Tess le traía sin cuidado lo que hicieran; aguardaba el momento de estar por fin sola.

Alrededor de la medianoche, Tess cerró la puerta de su pequeño cuarto.

Técnicamente, era un tocador; su hermana «mayor» tenía el gabinete principal de la alcoba. Rebuscó detrás de los vestidos colgados de Jeanne y tres pares de zapatos, y sacó una pequeña botella de licor de ciruelas que había enviado *lady* Morena. Se racionaba el contenido religiosamente porque no sabía cuándo iba a poder conseguir otra. No obstante, esa noche se llenó el vasito tres veces. Le subieron incontenibles vapores por la nariz (el licor de ciruelas no estaba tan bueno como parecía), haciéndole toser cada vez que exhalaba, pero no le importó. Se dejó caer sobre su catre, con un agradable mareo, y otra vez despertó el júbilo en ella, una única burbuja de esperanza.

Después de dos años en la corte y de haber asegurado con diligencia el futuro de su hermana, Tessie sería libre.

π

Al día siguiente, trotó colina abajo hasta Villa Lavonda para comunicar a mamá el compromiso. Jeanne no podía ir: había ascendido a dama de honor, lo cual significaba que, mientras que Tess sólo tenía que vestir a *lady* Farquist (y a Jeanne), Jeanne tenía que acompañar a *lady* Farquist en la corte y ser una compañía amigable para la anciana. El ascenso de Jeanne era perfectamente aceptable para Tess, dado que exhibía a su hermana en la corte mientras ella trabajaba entre bastidores. También le permitía conseguir algo de tiempo para sí misma sin que la echaran de menos.

No es que fuera muy a menudo a la ciudad. Y cuando lo hacía, una de cada tres veces iba quemada; tres, cohibida. Sabía que era mejor no andar persiguiendo sus propios intereses egoístas. Ir a comunicarle a mamá la buena nueva, sin embargo, no era...

Sí, lo era. Tess sería la primera en sacarle una sonrisa, no Jeanne. Nunca parecía capaz de escapar del todo a su propio egoísmo, hiciera lo que hiciese.

Estaba tan pletórica con la noticia que se dirigió a la casa equivocada, a su hogar de la infancia, que se situaba junto al santuario de santa Siucré, y llamó a la puerta. Se dio cuenta de su error y, antes de que al criado le diera tiempo a responder, se batió en rápida retirada, dejando unas delatoras huellas de pisadas en la nieve.

El primer matrimonio de papá con una dragona en forma humana había sido ilegal cinco veces; no podía haber equivocación alguna en la ley goreddi al respecto. El que fuese un jurista y hubiese sido engañado sólo lo hacía más embarazoso. La reina Glisselda, gracias a su amistad con Seraphina, le había perdonado y salvado la vida, pero ni siquiera ella pudo impedir que el colegio de abogados revocara su licencia y lo apartara de la práctica. Asesoraba en el nuevo tratado dragontino de la reina, aunque en esa época de paz apenas le ocupaba la jornada completa. Daba clases en el seminario como adjunto de manera intermitente y, de vez en cuando —tapándose la nariz—, asesoraba a sus parientes políticos Belgioso en sus empresas económicas.

Por desgracia, la familia había ido contrayendo deudas poco a poco desde que empezaron a salirle escamas a Seraphina, cuando papá intentó apaciguar a una esposa dolida e irritada con vestidos y criados y porcelana fina. No se apaciguó la esposa y la casa fue hipotecada hasta el alero. Aun así, podría haber salido todo bien si hubiese llegado el dinero que esperaba tras la muerte de su madre.

No había recibido más que una misiva de su hermano mayor, Jean-Philippe, señor de Dombegh, que decía: «La casa de la ciudad era tu parte de herencia, idiota. ¿Acaso pensabas que madre iba a ablandarse e incluirte de nuevo en su testamento? Hacia el final, la vieja corneja ni siquiera recordaba tu nombre».

Tess se besó un nudillo hacia el Cielo por su abuela. El tío Jean-Philippe

no valía lo que una pulga de la cola de «la vieja corneja».

Hacía un año que vendieron la casa de la ciudad, después de irse Tess y Jeanne a la corte. La mitad del dinero obtenido se fue escapando por el enorme sumidero de la deuda y tres cuartas partes del resto estaban reservadas para la dote de Jeanne, como inversión con más probabilidades de obtener fuertes beneficios.

El nuevo piso apenas estaba a unas calles de distancia; Tess emprendió el camino de vuelta, callejones arriba y pasada la iglesia de San Brandol. Estaba en el otro lado de la plazoleta, encima del de un cartógrafo, y se accedía por una escalera exterior de peldaños inestables y resbaladizos festoneados de carámbanos. La joven pasó el dedo por la barandilla de madera, arrojando una lluvia de hielo que se hizo añicos en el adoquinado de abajo.

A esa puerta no hacía falta llamar. Ni siquiera cerraba del todo. Entró en el salón-cocina-comedor, donde su madre estaba amasando pan mientras enseñaba aritmética a su hermano pequeño. Aunque existía la creencia común de que las amas de casa goreddi no sabían sumar, cualquier mujer nacida en la ciudad era capaz de llevar un libro de contabilidad, y Anne-Marie no sólo era nativa de la ciudad, sino también una Belgioso, apellido vinculado a los negocios. Un mercader sería el primero en decir: «La esposa que sabe sumar y restar, además de multiplicar, es una honra para su casa».

Tess corrió una silla y se sentó frente a Neddie.

—Tengo noticias para ti, mamá —dijo, sin reparar en que estaba interrumpiendo la clase. El compromiso de Jeanne era tan trascendental que no podía esperar. Así que relató toda la historia, adornando el sentido del deber de Richard y omitiendo los besos, pese a lo inocuos que habían sido—. Lo van a anunciar oficialmente en el baile de la Víspera del Tratado de la Reina —concluyó. Richard se lo había comunicado en una nota esa mañana

—. Tienes que venir, por supuesto. Tendremos que estar junto al duque y la duquesa y...

—Debía habérmelo comunicado ella misma —dijo mamá al tiempo que estampaba la masa de pan sobre la mesa, levantando una nube de harina.

—Hoy Jeanne tiene trabajo —replicó Tess sin convicción. No había nada satisfactorio para esa mujer, ni siquiera cuando se le traía una buena nueva—. La noticia te llega antes que a nadie de la corte. He pensado que preferirías saberlo cuanto antes.

—Has pensado en robarle protagonismo —masculló mamá, que arremetía contra la masa con los puños.

Una chispa de ira calentó el pecho de Tess; se había reprochado a sí misma por eso, pero le dolió cuando su madre lo expresó con palabras.

—Estoy aquí con la bendición de Jeanne. Sabes que no le gusta el ruido.

—«La envidia es la termita de la buena fe» —dijo el mayor de sus hermanos varones, el Repelente Paul, citando a san Vitt. Se alisó su oscuro cabello con una mano y le sonrió con suficiencia.

—No soy una envidiosa —afirmó Tess, fulminándole con la mirada—. ¿Cuánto son trece por diecisiete?

—Vete al infierno —contestó Paul, que tenía casi trece años y podía acumular bastante veneno.

—Esa lengua, Paulie —intervino mamá, que seguía dándole puñetazos a la masa—. Son doscientos veintiuno, y a estas alturas tendrías que haberlo memorizado.

Tess miró a su madre incrédula.

—¿Esa lengua? ¿Esa es toda tu regañina? Cuando vendiste la casa,

¿vendiste también tu genio?

—Tess —dijo su madre con un temblor en la voz que dejaba claro que no tenía carácter.

—Cuando yo era pequeña, *Paulie*, me habrían zurrado por no saber multiplicar —soltó Tess.

Había recibido un número de golpes con la cuchara equivalente al resultado fallado; 221 había sido el máximo que había recibido. Cualquiera otro número desaparecería de su cabeza cuando fuese vieja y estuviera senil, pero el 221 lo tenía grabado de manera perenne.

Aun así, no se atrevió a contar la historia entera. Mamá tenía el cabello rubio recogido bajo un gorro y una redecilla, y Tess pudo ver que le palpitaba una pequeña venita de la sien, señal de lo mucho que le estaba subiendo la presión. Por más que Tess se repitiera que una dama de compañía era demasiado mayor y digna como para abrazarse a las rodillas de su madre, una parte de ella no acababa de creerlo.

Por supuesto, mamá no tenía que levantarle un sólo dedo; al menos, cuando tenía dos pequeños suplentes en esa mesa minúscula dispuestos a sustituirla.

—A lo mejor es que somos tan listos que no necesitamos que nos metan la aritmética a base de palos —dijo Nedward el Terrible, que tenía diez años, apartándose su pelo rubio de los ojos con la punta de la pluma.

—No hay castigo capaz de enseñar a nuestra Tess —dijo Paul—. Esa es la razón de que corriera a San Bert en busca de *conocimientos*. —La última palabra la acompañó de un gesto ambiguo.

Eso fue cruel. Tess lo sintió profundamente, aunque su cara no reveló nada. No obstante, lo que dijo su madre fue peor: —¡Niños! ¡Dejad de

meteros con vuestra hermana! —Como si mamá fuera la buena, atenta con Tess, intentando no herir sus sentimientos. Mantenerse con las manos limpias.

Tess miró furibunda a su madre, llena de reproche y rabia. Los niños habían aprendido de alguien a ser repelentes.

Y con todo, la culpa nunca se había pegado a mamá. Por mucho que Tess quisiera odiarla, comprendía demasiado bien lo que había sufrido a manos de su marido y por las humillaciones de su hermana mayor. Esa era la expresión de mamá ahora al arrojar con un paf la masa trabajada en la bandeja de hornear, la expresión lúgubre del sufrimiento prolongado.

—Ya que te vas, deja esto de paso en casa de Loretta —le pidió mamá, tendiéndole la bandeja. La despachaba.

El piso, a diferencia de la casa en la que habían vivido antes, carecía de horno. Se podía guisar un estofado a fuego lento en las brasas o asar algo pequeño —una liebre o un capón— en un espetón con el fuego vivo, aunque no había posibilidad de hornear el pan, a menos que recurriera a las vecinas.

Tess cogió la bandeja y ajustó el paño por encima, pero no se marchó. Necesitaba una respuesta y soportaría las miradas hostiles de sus hermanos hasta que la obtuviera.

—Mamá, creo que he cumplido con mis obligaciones aceptablemente bien. —¡Uh!, no, era un comienzo pésimo, impreciso y dulcificado. Probó de nuevo—: He hecho todo lo que la familia me ha pedido, sin pensar en mí misma. Jeanne estará bien establecida; habrá dinero para mandar a estos dos malandrines a la escuela de leyes y al seminario. Suficiente para que vuelvas a comprar algunas cosas de las que habías tenido que privarte: el coche, los vestidos, una cocina decente y un lugar donde alojar a tu familia. —Por no

hablar de la, en otro tiempo, espléndida biblioteca de papá, sólo que no se atrevió a mencionarla; papá siempre era ignominioso y digno de reproche a ojos de mamá—. A la luz de todo eso —continuó sin atreverse a mirar a su madre—, esperaba que...

—¿Qué? ¿Que pudieras casarte tú también? —graznó Nedward el Terrible.

Tess le lanzó una mirada amenazadora, pero Paul ya estaba alzando el grito: —No, ella quiere correr en busca de Serpientes del Mundo. ¿No te acuerdas de sus antiguas obsesiones?

—Yo creía que estaba loca por los chicos, no por los monstruos —se burló Neddie.

—Estaba loca por las dos cosas —continuó Paul—. Nadie está seguro de lo que la perturbaba.

—Por los nudillos de los Santos, ¿vais a parar? —gritó Tess, y estampó la bandeja del pan sobre la mesa que había entre ellos, haciéndoles saltar.

Miró a su madre, cuyos ojos se habían vuelto gélidos y distantes.

—¡Qué genio más desagradable tienes! ¿Acaso crees que has terminado, que has cumplido tu misión y eres libre de irte?

—Más o menos —respondió ella con cautela. Esa clase de preguntas solían ser la introducción de un sermón sobre por qué estaba equivocada.

—¿Y adónde exactamente te propones ir? —inquirió su madre, que se giró hacia el fuego y levantó la tapa del estofado. Burbujeaba ominosamente—. Has desperdiciado las oportunidades de casarte.

—No todo el mundo se casa —replicó Tess—. Podría trabajar de costurera.

—O de ramera —murmuró Paul. Los dos muchachos prorrumpieron en risas.

Mamá no comentó nada, lo que fue tan hiriente como cualquier cosa que hubiese dicho.

No había modo de no herir. Tess apretó los dientes para soportarlo.

Mamá rascaba el fondo de la olla; se estaba pegando el estofado.

—Los niños tienen razón: costurera hoy, pazpuerca mañana. Les pasa constantemente a las mujeres indefensas. —Se enderezó y estiró la parte inferior de la espalda, sin apartar los ojos de su hija—. Ya caíste una vez y te recogimos. No podemos seguir haciéndolo. Un convento te preservaría digna y te mantendría a salvo.

Tess abrió la boca para protestar, pero su madre la atajó:

—Tú te lo has buscado, Tess. No pienses que ya has ajustado tus cuentas. Como dice san Vitt: «Pagarás tus pecados diez veces diez lo que te costaron; pero, si has caído hasta dar en tierra, mujer, ahí habrás de yacer».

—Así que voy a yacer y a pagar —concluyó Tess furiosa—, sin remedio.

—Ya lo sabías antes de emprender obstinada el camino de la perdición —insistió la mujer, fría como agua de azanca—. Te he educado en el pleno conocimiento de las escrituras. Lo que sea que hayas hecho ha sido con los ojos abiertos y la barbilla levantada contra mí.

Ahora, agotada su rebeldía, a Tess le tembló la mandíbula. No cabía conversación con ella una vez que empezaba a citar las escrituras. Toda autoridad le era cedida a san Vitt, el santo más implacable y antipático de todos los Santos del Cielo.

Cabría pensar, tras la Guerra de Jannoula y la aparición de san Cazuela

Astrosa (brille el Cielo sobre su escamoso pellejo), que los Santos habían aflojado un poco, quizá, su presa sobre el corazón de los goreddi. Los Santos de antaño se habían revelado como ityasaaris, semidragones, y eso debía haber dado lugar a más dudas, no a menos. Según esa definición, la hermanastra de Tess, Seraphina, era santa, y Tess consideraba que eso tendría que bastar para que cualquiera se cuestionase todo el tinglado. Podía hacer una lista de las cualidades de Seraphina impropias en un santo —su aliento por la mañana y su forma ruidosa de masticar, cómo te retorció el brazo si entrabas en su habitación sin permiso, sus eructos y toda clase de defectos cotidianos y terrenales—; de todos modos, la conducta de una hermana no autorizaba a desacreditar a un panteón entero de santos.

Tras la guerra, la madre de Tess se había emboscado aún más en su fervor religioso, como una garrapata en la oreja de un perro.

No había discusión. No era sólo que la fe de mamá fuera inabordable, sino que Tess sabía en su interior que tenía razón. Por muy amargamente que pudiera protestar, se había hecho eso a sí misma y tenía su merecido. En cierto modo, era afortunada: san Vitt había defendido la lapidación de mujeres como ella, pero en la actualidad su madre jamás podría propugnar algo así.

Mejor dicho, podría, pero sólo si las piedras fueran palabras.

π

Al final, mamá y los niños no pudieron acudir al baile de la Víspera del Tratado para los esponsales. Dos días antes del feliz acontecimiento, cayeron enfermos de gripe —quizá contagiados por el bebé de la vecina, que tosió sobre su pan recién sacado del horno, o tal vez traída a casa de misa—. Sólo papá estaba lo bastante bien para acudir; nunca pisaba la iglesia (lo que

parecía indicar que el pan estaba libre de culpa) y tenía muy poco contacto relevante con su esposa como para pillarla de ella.

Fueron cuatro las parejas que anunciaron sus compromisos en el baile. *Lord* Thorsten, al parecer inspirado por tantos amoríos en el aire, le propuso matrimonio a *lady* Eglantine delante de todo el mundo, lo cual resultó embarazoso para él. Tess podría haberle advertido que no tenía ninguna oportunidad con ella, ya que conocía los asuntos de cada quien.

Eso sí lo echaría de menos de la corte. ¿Chismorreaban las monjas? Con su suerte, se le consideraría un pecado. Tess hizo una mueca, presintiendo ya el terreno en el que se metería en líos nada más llegar al convento. Estaba bien saber esas cosas con antelación.

Las familias de las cuatro parejas seguían de pie en el estrado de la cabecera del salón mientras toda la concurrencia aplaudía. Tess estaba triste por la exigua representación de Jeanne, sólo dos personas, y papá apenas contaba. Había adelgazado tanto desde que le privaron del ejercicio de la abogacía que casi no se le veía desde el otro extremo del salón. No obstante, Jeanne le cogió del brazo y asintió con la cabeza a Tess, que entendió que hiciera lo mismo, y tal vez eso fuese suficiente. Tal vez fueran recordadas como las gemelas Dombegh llevando una rama entre las dos.

Los futuros parientes estaban invitados a una recepción privada en el Salón Azul, donde la reina Glisselda los felicitaría personalmente. Jeanne iba delante con la familia de *lord* Richard, que había viajado desde la provincia de Ducana para la proclama de los esponsales: sus padres, el duque y la duquesa de Pfanztig, y su hermano mediano, un individuo simpático y cabezón llamado *lord* Heinrich. Tess agarró a su padre del brazo para que no pudiese escabullirse y lo obligó a ir detrás.

—¿No podríamos saltarnos esto? —susurró papá cuando entraban en el

salón—. La proclama ha terminado. Seguro que hemos cumplido con la debida diligen...

—Jeanne os necesita aquí —le espetó Tess. No tenía paciencia; todo lo referente a él le fastidiaba, desde su calva coronilla hasta la anticuada hopalanda, con su actitud sumisa como pidiendo disculpas por seguir vivo—. Hacéis muy poco por nosotras. Podéis hacer de tripas corazón y socializar.

Escrutó la estancia para ver dónde tenían que estar. Richard y Jeanne conversaban con la reina en el otro extremo de la habitación. El duque, la duquesa y *lord* Heinrich estaban cerca del centro con un pequeño grupo. Eran los únicos con quienes debía reunirse papá; Tess le llevó a rastras. El duque Lionel hablaba con grandilocuencia y Tess moderó el paso, consciente de que no era apropiado interrumpir a un duque. En cuanto al primo segundo de la reina, retirado hacía tiempo, superaba en rango a todos menos a su alteza y al príncipe consorte.

—Desapruebo la decisión de la reina, y no me importa decirlo —dijo, agitándose la blanca melena.

Tess se detuvo, temerosa de lo que pudiera decir el duque a continuación. Una de las críticas a la reina perjudicaba a su propia familia: la peculiar relación de los reales primos con Seraphina. Nadie, ni siquiera las hermanas de Seraphina, sabía mucho a ciencia cierta, aparte del hecho de que Seraphina vivía en el ala del palacio de la real familia. Sin embargo, aquello era alimento de sobra para la especulación —y suficiente para manchar la reputación de Jeanne si se era de espíritu estricto y censor—. Tess consideraba que habían tenido suerte de que nadie hubiera pensado en pintarlos con ese pincel en particular.

—¡Por las pelotas de los Santos, así se lo dije a la cara! —pontificó el duque Lionel, ajeno a la ansiosa presencia de Tess a su espalda—. No está

bien dejar que los quigs anden por ahí aterrorizando a gente inocente, le dije. «Encerradlos por las noches como solía hacer vuestra abuela o esto va a volver y a morderos el trasero». Y tanto que lo harán... Puede que literalmente.

Hubo respingos a su alrededor, escandalizados de que osase hablar con tanta desenvoltura de la retaguardia de la reina.

—¿Y qué respondió ella? —exclamó un caballero entrado en años.

El duque Lionel alzó sus hombros poderosos.

—En el fondo, sabe que tengo razón. Es ese idealista, el príncipe consorte, el que le mete esas ideas en la cabeza. Él o santa Seraphina.

Tess se erizó al oír el «santa» asociado al nombre de su hermana, y aun así era un alivio en este caso. Esa sería la razón de que a Jeanne no le recriminaran el cuestionable parentesco con Seraphina. Eran creyentes. Por definición, un santo no podía cometer errores.

A diferencia de Tess. Tess tenía que velar por mantener bien ocultos sus pecados.

Se acercó discretamente junto a su padre.

—Disculpad, duque Lionel, duquesa Elga, *lord* Heinrich. —Hizo una reverencia completa a cada uno. Se suponía que tenía que haber un tercer hijo, *lord* Jacomo, el más joven, pero al parecer no estaba presente.

—Tess Dombegh, si no me equivoco —dijo el duque Lionel, como lo haría un hombre convencido de que no se había equivocado en toda su vida—. La hermana gemela de Jeanne, la más joven. ¿Es este vuestro padre?

—Sí —respondió Tess.

El duque Lionel alargaba ya su mano enorme y estrujaba los dedos

fláccidos con su apretón. Papá soltó un gritito de alarma. Tess se crispó.

—Bien hallado, caballero —profirió el duque. Su cordialidad sólo parecía desanimarle más—. Vuestra Jeanne es una gran muchacha. Richard está embelesado con ella, y ni siquiera mi esposa le encuentra una sola tacha. Podríamos poner un guisante debajo del colchón de Jeanne y, sin duda, por la mañana le habría marcado un moretón.

Acompañó esta sentencia con un guiño horrible. La duquesa Elga, con el cabello entrecano cubierto por una caperuza samsamesa, pareció ofenderse ante este comentario, y tal vez estaba a punto de decirlo cuando Heinrich prorrumpió: —¡Jamás creímos que encontraría a alguien lo bastante bueno para madre! Teníais que haber visto las muchachas que ha rechazado. Os lo aseguro, he aprendido la lección. ¡Más vale dejar que escoja ella y ahorrarnos un montón de inconvenientes!

El semblante de la duquesa mudó de ofendido a lívido, pero Heinrich no pareció advertirlo. Esbozó una sonrisa amplia y estúpida, como un apacible perro de aguas que no tiene la menor idea de cómo han acabado las cortinas en el suelo con huellas de barro por todas partes. Era espantoso y, aun así, Tess se descubrió a sí misma con ganas de rascarle detrás de las orejas.

—Es raro encontrar una dama joven tan pura de espíritu como vuestra Jeanne —dijo la duquesa por fin con voz afectada—. La habéis educado piadosamente, consejero Dombegh.

—Lo hemos intentado —respondió papá con una inclinación de cabeza.

Tess luchó por no poner ojos de asombro. Papá y «piadoso» no encajaban en la misma frase, y sabía que «pura de espíritu» era un eufemismo de virginidad. Pura de cuerpo se ajustaba más al asunto, pero la duquesa nunca sería tan grosera como para pronunciar la palabra «cuerpo». Probablemente

ni siquiera había pensado nunca en la palabra.

Tess aceptó una copa de vino espumoso de un paje y le dio un sorbo rápido. Le asentó el estómago, que se le había revuelto un poco con la conversación sobre Jeanne como si fuese una ternera en el mercado. Bien cebada. De toro desconocido.

—Id por ellos —les dijo el duque a su esposa y a su segundo hijo con un gesto desdeñoso de la mano—. Traed a Richard y a Jeanne aquí con nosotros. —Cuando se marcharon diligentemente y la mayoría del corrillo de nobles se dispersó, el duque pasó el brazo alrededor de los esqueléticos hombros de papá—. Bueno, recordádmelo, sois el padre de santa Seraphina, ¿cierto? ¿Vuestra primera esposa fue la dragona?

—S-sí —respondió papá, y le lanzó una rápida mirada de pánico a Tess. Esta, que sentía el calor que se propagaba bajo sus costillas, imaginó que no podría recordar cuál de sus esposas había sido dragona.

—¿Y cómo era *eso*? —preguntó el viejo duque, profiriéndole a papá un irritante golpe de camarada en el estómago.

—Seraphina era una niña difícil en algunos sentidos... —empezó papá.

—¡Eso no! —gritó el duque—. Vuestra esposa dragona. ¿Qué tal os iba con ella? ¿Es cierto lo que dicen, que los saar tardan en calentarse, pero que una vez que han empezado son tan ardientes como el sol?

Papá quería que se lo tragase la tierra. Tess le habría cavado gustosa un hoyo, pero sabía cuál era su deber. Lo habría sabido incluso ebria.

—Ay, papá —se quejó con vocecita aññada—, ¿qué está insinuando? ¡Mis inocentes oídos no comprenden lo que quiere decir!

El duque Lionel se rio.

—¡Disculpadme, joven doncella! Se me olvidaba que entre los presentes hay algunos a los que aún no ha tocado la corrupción de la carne. Comprendo que hayáis decidido manteneros pura y delicada para el Cielo.

Tess dilató sus húmedos ojos, los más ingenuos entre los ingenuos.

—No tengo más ambición que servir a los Santos.

El duque hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Mi hijo menor, Jacomo, está en el seminario estudiando para el sacerdocio; lo conoceréis en la boda. Es un joven de lo más piadoso y estoy seguro de que tendréis mucho en común.

Tess sintió que se le endurecía el corazón —no podía tener nada en común con un estudiante para sacerdote—, pero mantuvo una afectuosa sonrisa. El vino ayudaba, y mucho. Era capaz de hacer todo lo que le pidieran sin rabia ni rencor; sus sentimientos eran tan insignificantes como una mosca de la fruta ahogándose en el fondo del vaso.

La duquesa Elga regresó con Richard y Jeanne a remolque.

—¡Ah, mi encantadora Jeanne! —exclamó el duque Lionel—. Estaba felicitando a vuestro padre por vuestra educación moral. Es raro y refrescante encontrar a una dama de vuestra posición con una reputación tan inmaculada.

Otro equivalente de «virgen». Tess se maravillaba de la cantidad de maneras que había de decirlo y de que fuese la credencial más valiosa que poseía su hermana.

Casi parecía una lástima casarla y perderla.

—Queremos fijar como fecha de la boda el día de San Munn —señaló Richard.

—No, no puede ser; faltan menos de cuatro meses. Demasiado pronto —

replicó su madre, con sus finos labios torcidos en una mueca—. La gente pensaría que tenéis prisa.

Y «prisa» significaba un embarazo agorero. Era impresionante la cantidad de significados que podían caber en una sola palabra. ¿Cómo era posible que tales palabras no se desmoronaran bajo su propio peso? Tess hacía girar lo que le quedaba de vino y lo meditaba.

—Tenemos prisa —confirmó Richard, apartándose su oscuro cabello de la frente—. Primero: porque amo a esta dama. —Jeanne se sonrojó de manera encantadora—. Y segundo: porque su hermano Paul cumplirá pronto trece años y espera ingresar en la Escuela de Leyes de San Fingal, según tengo entendido. —Hizo un gesto de asentimiento a papá, que respondió con otro. Paul iba a seguir los pasos de papá, evitando, naturalmente, los sitios donde él había tropezado.

La duquesa adoptó una expresión escocida.

—Vivimos tiempos permisivos, Richard, y supongo que no puedo disuadirte. Cuando yo era joven, en Samsam recibíamos enseñanza del sacerdote durante seis meses, hacíamos una peregrinación a San Abaster y nos sometíamos al rito de Novigsvigilt en nuestra noche de bodas.

—Madre —soltó Richard en tono de advertencia.

—Pero ¿qué es Novigsvigilt? —preguntó Tess, curiosa a su pesar.

—No hagáis que lo explique —gimió Richard.

—No seas pusilánime —lo regañó la duquesa, dándole un azote con el extremo de su larga manga—. En Samsam, cada familia manda un representante para que vigile la consumación del matrimonio y asegurarse así de que no hay fraude. No os podéis imaginar cuántas muchachas, ya mancilladas, se esconden en el corpiño un pequeño cuchillo, para herirse una

pierna y manchar de sangre las sábanas. A veces las ayuda el nuevo marido. —Entonces lanzó una mirada fulminante a *lord* Richard, que parecía escandalizado de que ningún varón que apreciase su hombría intentara algo así.

—Pero ¿y yo qué? —preguntó *lord* Heinrich con ansiedad. Era más bajo que *lord* Richard y había quedado oculto detrás de él.

—¿Tú qué? ¿Te ofreces voluntario como observador? —*Lord* Richard le dio a su hermano un codazo en las costillas.

—¡No! Pero madre quiere casarme con una joven condesa samsamesa —explicó Heinrich con una mueca—. Me estás diciendo que su familia enviará a alguien a observarnos..., ¿no? —Se puso muy colorado.

—Por supuesto que lo hará —espetó la duquesa—. Tu padre y yo pasamos por ello. Tendrás que mantener la cabeza alta y soportarlo.

—Propongo a Jackie por nuestra parte —dijo *lord* Richard riendo, ya que el estudiante para sacerdote Jacomo no estaba allí para defenderse—. Estará encantado, sobre todo si abraza una orden sometida al celibato.

—Tu hermano puede ser santo testigo mientras reza por vuestras almas inmortales —replicó la duquesa Elga mientras su expresión adoptaba la dureza de la madera.

Eso puso fin a toda broma procaz, para gran alivio de Tess. De lo contrario, habría tenido que buscar una forma de pararlo. Jeanne tenía lágrimas en los ojos; la estaban poniendo nerviosa.

Sólo al final de la velada, cuando las gemelas recorrían los oscuros pasillos del palacio hacia sus aposentos, Tess le dijo a Jeanne: —Tu futura suegra hace que mamá parezca todo un encanto. ¡Y el duque! Me figuro que, si tienes dinero y rango suficientes, puedes decirle lo que se te antoje.

—Sisi —dijo Jeanne en voz baja—, he hablado con Richard y considera que es una buena idea: ¿qué dirías si te ofreciéramos venir con nosotros al castillo de Rocamarog?

—No me voy a perder tu boda, tonta —respondió Tess, cuya agilidad mental se vio menguada por el vino—. No pueden meterme en un convento de golpe y porrazo.

—Me refiero a venirme a vivir con nosotros en lugar de ingresar en una comunidad —apuntó Jeanne—. Podrías hacerme compañía y, cuando lleguen los niños, podrías ejercer de aya. Yo apreciaría tu compañía en..., en esa nueva casa.

«Con la familia de Richard», completó Tess para sus adentros. El duque Lionel era pomposo y ofensivo; la duquesa Elga, estricta y agria. Heinrich parecía bastante inofensivo, aunque un poco estúpido, pero el hermano menor, el seminarista, sin duda era una manzana caída no lejos del árbol. Tess escogió un rasgo de cada progenitor: «pomposo» y «agria».

Si Jeanne se lo hubiese propuesto sólo un día antes, habría aprovechado la ocasión, siguiendo el principio de que cualquier cosa es mejor que un convento. Sin embargo, después de conocer a la gente con la que tendría que compartir la casa, se sentía sorprendentemente indecisa.

Aunque no, ahí estaba Jeanne apoyada con firmeza en su brazo y suspirando, con su rubia y adorable cabeza caída bajo el peso de sus temores. ¿Cómo podría decirle que no? ¿Qué clase de corazón despiadado podría oponerse a Jeanne? Besó a su hermana en la coronilla y dijo: —A mamá no le gustará, pero por supuesto que iré, cariño. Dondequiera que estés tú, se hallará siempre mi hogar. Nosotras contra el mundo.

2

Pasaron semanas. Las gemelas cumplieron diecisiete años en la fría y oscura festividad de San Willibald, a mitad de camino entre el solsticio y el equinoccio. Invitaron a su familia a palacio para que *lord* Richard pudiera asistir sin vergüenza a la celebración. Seraphina acudió (llevando consigo a su extraño y adusto tío dragón en contra del deseo de todos) y luego anunció, como si hablara para sordos, que —¡sorpresa!— iba a tener un hijo. Todos, hasta la mismísima Seraphina, daban por supuesto que una semidragona era como una mula, mitad esto mitad aquello, totalmente estéril...; pero, por lo visto, no. Todos juraron mantenerlo en secreto; Seraphina se retiraría a Villa Ranleigh, una de las propiedades rurales de la familia real, y permanecería allí durante el embarazo.

El inoportuno anuncio hizo que a Tess se le agriara la tarta en la boca. Jeanne advirtió la expresión y le susurró al oído: —Debía habérselo contado mañana, no el día de nuestro cumpleaños.

Tess respondió con una débil sonrisa, pese a que Jeanne había errado el diagnóstico del malestar. Seraphina siempre les había robado el protagonismo, de modo que eso no tenía importancia. Ni siquiera le molestaba tener que guardarle otro secreto más.

Era el orgullo indisimulado de papá lo que le revolvía las tripas, y la sonrisa de mamá. Si bien la sonrisa era falsa, al menos se molestaba en fingir.

Más tarde, a solas en su vestidor, Tess dio cuenta del licor de ciruelas. Se despertó con un terrible dolor de cabeza y malhumorada. Con todo, izó su sonrisa, igual que un cubo agujereado de las profundidades de un pozo de agua estancada, y vistió a Jeanne con toda la alegría que pudo reunir.

π

Una semana antes de la boda, cuando los primeros cerezos y narcisos cabeceantes acababan de florecer, *lord* Richard llevó a Jeanne y a Tess de Villa Lavonda al castillo de Rocamarog, en la provincia de Ducana.

En otro tiempo había sido un castillo de verdad, pero, al igual que el castillo de Orison de Villa Lavonda, el tiempo y la paz lo habían transformado en algo más palaciego que castrense. Sólo quedaba un semicírculo de almenas, que ahora acotaban jardines simétricos y fuentes. La fortaleza se había convertido en una enorme casa de piedra con tres alas, como un tridente. Cúpulas, tejados a dos aguas y chimeneas caprichosas llenaban la silueta del tejado; hileras de ventanas idénticas reflejaban la puesta de sol. La fachada era de piedra caliza goreddi original, que brillaba con fuerza a la luz del atardecer, labradas con frisos y volutas alrededor de las enormes puertas.

Era todo muy flamante y anunciaba con claridad: «Aquí reside la opulencia». Jeanne iba encogida; Tess la sujetó por la cintura durante el recorrido del coche por el paseo adoquinado y al subir la escalinata.

—Menudo hogar acogedor vas a tener —le susurró a su hermana al oído, pero Jeanne estaba demasiado petrificada hasta para sonreír.

Las gemelas pasaron allí una semana antes de que llegase el resto de la familia, perdiéndose por la gran casa, paseando del brazo por el jardín entre narcisos y crocos, y sentándose por las tardes en el salón de seda color azafrán con la duquesa Elga mientras leía en voz alta a san Abaster. Evitaban concienzudamente la terrible sala de los trofeos, que pertenecía a Heinrigh y estaba decorada del suelo hasta el techo con fantasmales y desventuradas cabezas de ciervos, jabalíes, uros, linceos y lobos; un oso negro de colmillos

descubiertos pero con ojos de cristal tristes. Jeanne salió deshecha tras visitar esa habitación y juró no entrar nunca más en ella, aunque viviera allí mil años.

En cambio, Tess había vuelto sola otra vez para comprobar que había visto lo que creía haber visto: la cabeza de un quigutl con la boca abierta junto al hogar, utilizado para colgar los herrajes de la chimenea. Tess alzó un atizador, a un tris de ir a buscar a Heinrich, y luego lo dejó indignada. No ayudaría nada a Jeanne si matara al hermano pequeño de Richard antes de celebrarse la boda.

Se arrodilló y acarició la frente cubierta de espinas de la criatura.

—Sé cómo te sientes —dijo.

Si el duque y la duquesa consideraban que encajaba allí, Rocamarog también sería su hogar. Le habían asignado una habitación muy lejos de la de su hermana, junto a los antiguos cuartos de los niños. Los viejos juguetes —caballitos de madera, pequeñas máquinas de asedio y más muñecas de lo que se habría esperado— eran casi tan espeluznantes como la sala de trofeos a la luz de la luna.

Los pasillos vacíos devolvían un eco melancólico, como su corazón.

El resto de la familia de Tess y Jeanne, a excepción de Seraphina, llegaron el día previo a la ceremonia. Se les habría recibido antes —de hecho, el duque y la duquesa apenas se habrían dado cuenta de que había cuatro personas más deambulando por su morada—, pero así los Dombegh estaban en disposición de traer con ellos al hijo menor de los duques, *lord* Jacomo, que había terminado el curso en el seminario y no podía regresar antes a casa.

En cualquier caso, esa era la versión oficial. Extraoficialmente, fue *lord* Jacomo quien trajo a los Dombegh, dado que era el único que tenía un

carruaje lo bastante sólido para resistir los accidentados caminos rurales. Si se ahondaba más, resultaba obvio que sólo *lord* Jacomo contaba con coche propio.

Cuando llegó el carruaje, los habitantes de Rocamarog salieron a recibir a los recién llegados; Tess detrás de su hermana, como buena dama de compañía. No le importaba ser la última; iba a tener la mejor vista de su madre y la duquesa Elga, un encuentro que había estado esperando ansiosa y con cierto regocijo sádico. ¿Qué opinarían la una de la otra? Eran tan parecidas y tan diferentes que podía suceder cualquier cosa: convertirse en mejores amigas o en enemigas irreconciliables.

Tess esperaba lo segundo; no porque abrigara rencor a su madre —o no sólo por eso—, sino porque como amigas podrían ver en ella un objetivo común y actuar al unísono.

Las madres se acercaron con cautela, como dos perros lobos; la duquesa pulcra de la casa y Anne-Marie polvorienta de la carretera (punto para Elga). El vestido de la duquesa, de terciopelo verde esmeralda con recamados, relucía esplendoroso al sol de la mañana. Un momento, ¿no tenía Anne-Marie un ademán conmovedoramente humilde? Más joven y rubia que la duquesa (punto para Anne-Marie), llevaba el radiante cabello cubierto con una toca y el rostro limpio de todo cosmético, salvo de fervor religioso.

«Pues ¿qué mayor adorno necesitas, mujer, que el esplendor de la aprobación del Cielo?», decía san Vitt, quien sin duda debía de saberlo.

La evaluación superficial del primer asalto era a favor de su madre, decidió Tess. La duquesa Elga entornó los ojos de forma maliciosa. No iban a ser las mejores amigas.

—Así que sois la gemela —dijo alguien arrastrando las palabras con voz

desdeñosa.

Un joven, que sólo podía ser Jacomo el seminarista, se había acercado sigilosamente a Tess y continuaba a su lado. Tenía los penetrantes ojos oscuros y el frondoso y arrugado entrecejo de la duquesa, y el mismo cabello espeso y negro de Richard (y, es de suponer, del duque Lionel antes de que se le blanqueara la melena). Era más alto y grueso que sus hermanos mayores; sin duda, el seminario contaba con excelentes cocineros.

—Tenéis ventaja sobre mí —respondió Tess con aire de superioridad, fingiendo no saber quién era; un modo sutil de recalcar su tosquedad, pues debió haber empezado con su nombre.

Él curvó la boca con la sonrisa más amarga que la joven había visto en su vida.

—Sí —convino—. La ventaja la tengo yo. No lo olvidéis.

Pasó a zancadas por delante de ella y entró en la casa. Tess se quedó preguntándose qué había querido decir mientras se le acumulaba la ansiedad en el estómago.

La cena fue el segundo campo de tanteo para las consuegras. La duquesa Elga presidía la mesa, dominando la comida como un castillo en un cerro descollando sobre un pueblo. No, como un dragón posado sobre las ruinas del castillo del cerro. A menudo volvía su férrea mirada hacia Jeanne y *lord* Richard. Era la primera comida en la que se permitía a la pareja prometida sentarse junta, pero no iba a haber roces de manos ni —¡no lo permitan los Santos!— besos. La duquesa no se había dado cuenta de que la madre de Tess era de la misma opinión respecto a esas cosas. La chica no iba a decírselo. No era su responsabilidad hacer que las dos mujeres congeniaran.

La duquesa Elga rechazó el vino ostentosamente (forzando a Anne-Marie

a interrumpirse en mitad de un sorbo) y a continuación mamá recitó el *Triticum Benedictio* de san Abaster sobre los panecillos. Tess se las imaginó sosteniendo un devocionario después de la cena —una competición secreta, por supuesto—. La campeona de san Abaster contra la campeona de san Vitt. ¿Quién leería con la más sincera y lacrimosa devoción? ¿Quién elegiría los versículos más severos? Lanzarían miradas fervorosas al Cielo y puñales entre ellas.

Era la primera comida en la que se servía vino, una concesión a la familia de Tess. Tess lo agradeció; las tensiones familiares se manejaban mejor con un poco de aceite para engrasar. Cuando terminó la primera copa, las altisonancias del duque Lionel parecían casi ingeniosas. El cabeza de chorlito de *lord* Heinrich ya no era un pesado incorregible, con su perorata sobre la caza, sino un simpático *bonhomme* que les obsequiaba con relatos de grandes aventuras y animales muertos. Aunque *lord* Jacomo observaba con el ceño fruncido, el vino hacía que pareciera más bien cómico. Evidentemente, su semblante se había petrificado en ese gesto cuando era joven. Habría sido trágico si no fuera tan merecido.

Daba la sensación de estar frunciéndole el ceño a *ella*. Pero eso era absurdo. *Lord* Jacomo no podía tener motivo alguno para mostrar disgusto tan repentinamente, sobre todo cuando Tess era un encantador ejemplo de impecable respetabilidad. Dilató las aletas de la nariz y le puso cara de rana en correspondencia; él desvió la mirada con manifiesta confusión.

Satisfecha con tan insignificante victoria, Tess sustituyó su cáliz vacío por el lleno de Neddie el Terrible. Este ni se percató; él y el Repelente Paul estaban muy ocupados dándose patadas por debajo de la mesa.

Mamá, sin embargo, sí se dio cuenta e intentó hacerle llegar un mensaje desde el otro extremo utilizando sólo los ojos. Habría podido parecer una

confusa forma de comunicación, pero ella lo entendió de sobra: «¡Ni se te ocurra! Estropea los intereses de tu hermana y no te lo perdonaré nunca. Todo esto podría haber sido tuyo, pero has echado a perder tu futuro y me has roto el corazón y...».

Tess dejó de interpretar; sabía cómo terminaba esa epopeya. Mamá daba por sentado que era un estorbo, incluso después de dos años de esfuerzos concertados. Es posible que los Santos ofrecieran redención para los caídos (hasta el gruñón del buen Vitt si cumplías sus estrictas condiciones), pero con mamá no había segundas oportunidades ni perdón alguno. En realidad, daba igual lo que hiciera.

Con esta nota amarga, apuró su segundo vaso de vino.

π

La joven se retiró temprano, justificándose con un dolor de cabeza, pero lo cierto era que ya no podía soportar la mirada furibunda de mamá. No había vino en el mundo capaz de mitigar aquello. Según subía la escalera hacia su solitaria ala del castillo, las voces forzadas se fueron apagando como si se le cayera un peso de los hombros.

Cruzó el dormitorio a oscuras y abrió las cortinas; guardaba una botellita verde en el alféizar de la ventana. Había descubierto botellas escondidas por toda la casa: aguardiente en una librería, jerez bajo la escalera. Supuso que pertenecían a la duquesa Elga. Cualquiera que no bebiese en público otra cosa que agua era el primer sospechoso de empinar el codo en privado.

Tess profesaba cierta simpatía por eso; además, era uno de sus pasatiempos. En sus ratos libres, cuando Jeanne no requería sus solícitos cuidados, había salido en busca de la colección de licores de la duquesa como

un cerdo en pos de las trufas. La mayoría de las botellas parecían mostrar un uso regular, así que, mientras pudiera dar un sorbo a hurtadillas aquí y allá, no le hacía falta escabullirse con una botella entera. Sin embargo, esta, de color verde, había estado escondida entre las peludas nalgas del oso negro de la sala de trofeos de *lord* Heinrich («oso alemán», rezaba la placa, lo cual consideró bastante gracioso). Estaba cubierta de polvo; seguro que se habían olvidado de ella. Tess la había rescatado antes de que llegaran sus padres, junto con una copa con forma de tulipán, pero aún no había tenido ocasión de probar su contenido.

Se sirvió un poco mientras la luna se elevaba sobre los aseados jardines frente a su ventana. Un olor dulzón asaltó sus fosas nasales. Frunció el entrecejo y olió la copa para comprobar.

¡Puf! *Crème de menthe*. No era de extrañar que hubieran abandonado la botella. Los mendigos, por desgracia, no podían elegir. Esa podría ser la divisa de su vida allí.

Alzó la copa hacia la luna y la vació de un trago. El licor era, como había previsto, repugnante, pero tomó una más, suficiente para embotar las aristas dentro de ella y anestesiar todo sentimiento. Escondió la botella y la copa detrás de las cortinas y se dejó caer bocarriba sobre la cama.

Era su manera predilecta de dormirse: con la cabeza pesada y los miembros ingravidos, su amargura dulcificada y sus penas envueltas en un embotamiento algodonoso que las hacía irreconocibles incluso para ella. El colchón de pluma de ganso era exactamente como su cabeza: bien... esponjoso.

El ruido de la puerta al cerrarse la despertó con un sobresalto.

—¿Qué pasa? —gritó alarmada, como si la causa de esta invasión le

importase más que la identidad del intruso.

—Soy yo —dijo Jeanne, y se detuvo junto a la puerta—. ¿Puedo...? O sea, espero no...

—¡Sí, pasa! ¡No dormía! —exclamó Tess, que había estado tan profundamente dormida que no conseguía dar con la manera de incorporarse. Se descubrió a sí misma luchando cuerpo a cuerpo con las sábanas. Ganaron las sábanas. Al final decidió dar una palmada en la cama, a su lado—. Una última reunión la noche antes de casarte, ¿eh? Como en los viejos tiempos.

Los viejos tiempos, cayó entonces en la cuenta, distaban apenas cuatro años, y había sido la propia Tess quien puso fin a la costumbre de meterse la una en la cama de la otra. De lo contrario, habría sido imposible salir de la casa a hurtadillas. Aun así, parecía que había pasado toda una vida desde aquella época.

Jeanne cruzó con timidez la estancia, con su camisón de lino bañado por la luz de la luna como un fantasma, y se metió en la cama al lado de su hermana. Las sábanas eligieron no pelear con ella. Tess le ofreció la mitad de la almohada y se arrebujaron en la semioscuridad con las cabezas juntas, la oscura trenza de Tess pegada a la de color miel de Jeanne.

La mano de Jeanne, al alargarla para coger la suya, estaba fría como el hielo.

—Quería hablar contigo, Sisi —empezó. A lo largo de diecisiete años, habían acumulado docenas de nombres tontos con que designarse mutuamente, y «Sisi» implicaba que iba en serio.

—¿Qué sucede, Ne? —A continuación utilizarían su lenguaje secreto de gemelas. Tess no estaba segura de recordar cómo era.

Jeanne suspiró como podría hacerlo una mariposa.

—Necesito saber que te encuentras bien.

Tess se quedó tan estupefacta por esta clase de indagación que tardó un momento en poder hablar. ¿Qué esperaba? Quizás una reprimenda para que se comportara como era debido por la mañana.

—¿Quieres decir bien ahora mismo —preguntó, sintiéndose idiota— o en un sentido cósmico?

—Te dolía la cabeza después de cenar.

—En realidad, no —respondió Tess—. Estaba harta de las incesantes grandilocuencias del duque Lionel, nada más.

Jeanne no rio. Tal vez sonreía; estaba demasiado oscuro para distinguirlo.

—Temía que estuvieras molesta —soltó tras una pausa—. Has sido muy responsable esta semana y aprecio lo mucho que te has esforzado. A la familia de Richard le gustas. Tengo la certeza de que se alegrarán de que te quedes. La boda va a ser difícil para todos, en especial para ti, y quería asegurarme de que estabas bien.

La mente de Tess se había detenido en la idea de «gustar» a la futura familia política de Jeanne. Estaba cada vez más convencida de que a ella no le agradaba. Había cumplido las normas y protocolos de la corte durante dos años, pero había tenido un objetivo: mantener cuidada a Jeanne y persuadir a algún rico de casarse con ella. Podía soportar lo que fuera mientras no descuidase tal propósito.

Vivir ahí entre esos aguafiestas era el final. Tendría que comportarse lo mejor posible durante el resto de su vida. Aunque la cuestión no era lo que quería, sino que no estaba segura de poder hacerlo.

—Sisi —dijo Jeanne, y ella se sobresaltó como si se hubiese dormido de

nuevo.

Imposible. Sabía con exactitud en qué estaba pensando.

—No me he dormido.

Jeanne aspiró despacio por la nariz y Tess se dio cuenta de que su hermana estaba oliéndole el aliento a menta. Y bien pensado, no podía haber ninguna duda.

—Cariño, necesito saber que estás bien —insistió Jeanne.

Una petición irritante. Jeanne necesitaba oír las palabras mágicas que tranquilizaran su conciencia, ¿no? «Oh, sí, querida hermana. Adelante, cástate. Me encantaría ser el aya de tus hijos. Nunca he querido nada para mí, en realidad».

Amarga y desagradecida. Tess sabía que no merecía la ayuda que recibía.

—No te envidio si es eso lo que te preocupa. —No mentía exactamente. Era menos envidia que autocompasión. ¿Le hacía eso sentirse bien o no?

Jeanne suspiró.

—Yo tampoco me envidiaría. ¿Has conocido a mi suegra?

Tess no pudo reprimir una sonrisa al oír la pregunta.

—Voy a estar aquí para protegerte —afirmó, estrujando la mano de su hermana—. Y una vez que empieces a darle herederos al mundo, no tendrá nada que criticar.

Jeanne se puso tensa.

—Sisi, ¿duele...?, ¿duele mucho?

—¿El qué, tener un bebé? —Reclinó la cabeza en dirección a su hermana. Jeanne nunca le había preguntado al respecto; el silencio se había instalado

entre ellas como un sapo.

—¡Ay, no! —dijo Jeanne con embarazo—. Sé que eso debe de doler. ¿Te acuerdas de cómo gritaba mamá cuando nació Neddie?

Entonces Tess sospechó lo que le estaba preguntando en realidad. Aunque era un poco cruel, quería oírsele decir en voz alta.

—Me refiero a... —Jeanne volvió a empezar. Hizo una pausa como si esperase que eso fuera suficiente; Tess no iba a darle esa satisfacción—. Sabes a qué me refiero.

—En verdad, no —replicó Tess.

Jeanne le dio un codazo; Tess se hizo la tonta.

—Me refiero a la noche de bodas —concluyó al fin con voz de mosquito aterrado—. ¿Duele tanto como siempre dice mamá?

Tess estuvo tentada de responder: «Nunca he tenido una noche de bodas», pero el desasosiego de Jeanne era tan patético que le hizo aplacarse.

—Si te refieres a la *consumación*, como lo llama nuestro venerado san Vitt... —Tess se interrumpió de repente. Estuvo a punto de contestar con humor; aunque otra respuesta le rondó peligrosamente cerca de los labios: «Duele. Todos los días».

Pero esa no era la respuesta a la pregunta de Jeanne, que preguntaba sobre el acto en sí, no..., no sobre lo que podía sentir su corazón, su conciencia o el ver su futuro destrozado ante ella como un espejo. Jeanne tenía la sanción oficial y la bendición de ambas familias, del Cielo y de los Santos. Su situación era hartamente diferente.

—No duele —dijo Tess por fin—. Te lo prometo. Apenas lo sentirás.

—Pero se supone que una sangra —exclamó Jeanne con voz ahora

claramente asustada.

Tess envolvió con sus brazos a su hermana, que temblaba como un polluelo.

—No siempre, aunque seas virgen. Esa parte es mentira. Y Richard será delicado contigo si se lo pides. Él te ama, Ne. Sé que sí. Eso es lo que inclinó la balanza a su favor; de lo contrario, te habría recomendado que aceptases a *lord* Thorsten.

Jeanne soltó una risita llorosa; *lord* Thorsten tenía sesenta años y las piernas torcidas como un escarabajo.

Se quedaron un largo rato en silencio, Tess entrando y saliendo de recuerdos y sueños. Los recuerdos eran sobre todo de Val —las manos grandes, las pequeñas humillaciones—, aunque también del nacimiento de Dormidio. Los sueños..., bueno, soñó que Jeanne le murmuraba su antiguo lema: «Nosotras contra el mundo» y que la besaba en la mejilla.

Se despertó horas más tarde ante la cacofonía de aves campestres chillándole al amanecer. Jeanne se había ido hacía mucho; su lado de la cama estaba frío.

π

Tess se había encargado de vestir a su hermana toda la semana, mas el día de la boda la duquesa Elga insistió en dejar que Jeanne usara su propio vestidor y a su propia doncella. Tess no se opuso; habría sido inútil y tenía ya suficiente con arreglarse ella. Aunque la duquesa les había proporcionado vestidos a ambas, lo que parecía generoso a simple vista, Tess sabía que era porque no era apropiado que la hermana de la novia se viera desaliñada. Los otros nobles invitados lo comentarían.

La teoría actualizada de Tess, cuando se puso su verdugado —unas enaguas importadas de Ninysh con aros de mimbre cosidos—, era que la duquesa estaba intentando torturarla. La ropa interior con armazón proporcionaba una excusa a los sastres para añadir un palmo más de tela a los bajos y casi diez kilos adicionales de cuentas, botones y bordados a todo lo demás. Todo ese peso confluía justo en la cintura; se sentía estrujada cada vez que algo topaba con su perímetro, y ella iba topándose con todo. No podría acostumbrarse a lo amplio que era.

Tess se enrolló las trenzas castañas en torno a la cabeza y se miró con el ceño fruncido en el espejo, consciente de que debía acicalarse la cara, pero agotada de sólo pensarlo. Cuando le arreglaba la cara a Jeanne, actuaba con esperanza y expectación; no obstante, arreglarse la suya propia parecía subrayar la futilidad de todas las cosas. Se empolvó las mejillas (que de pronto estaban húmedas) y se pintó los labios de carmín, y consideró que estaba bastante bien.

Se sentó en el borde de la cama, una maña complicada con el verdugado, y se tomó otra *crème de menthe*, con la mirada perdida en los ordenados setos de topiaria frente a su ventana. Se tomó un segundo vaso. Podría haberse tomado más; el vaso era pequeño y ella estaba ausente. Sus manos y su boca habían llegado a algún tipo de entendimiento entre sí y la habían dejado fuera.

Dejó la mitad del carmín de los labios en el borde del vaso. No le importó.

La ceremonia tenía que empezar a mediodía, al estilo samsamés. Tess fue a buscar a Paul y a Ned a su habitación y los arreó por la escalera central en curva hacia el magnífico vestíbulo, donde pululaba un centenar de invitados recién llegados, o más. Se detuvo en el rellano a contemplar la sala desde

arriba y permitió que sus hermanos bajaran sin ella. Era una muchedumbre extravagante, la mayoría miembros de la aristocracia rural, pero los magistrados de la cercana Puentefé también habían sido invitados, así como algunos de los comerciantes más notables.

Aunque tal clase de combinación social todavía era infrecuente, habría sido absolutamente inaudita apenas seis años atrás, antes de la Guerra de santa Jannoula. Mucho había cambiado desde entonces.

Un trompetero entró disparado desde el exterior y sonó una alegre fanfarria, la nueva, compuesta por Seraphina en honor a la reina. La patulea de invitados a la boda se separó por el medio sobre la marcha y se situaron de cara hacia la puerta. La reina Glisselda, con un vestido verdugado de seda azul noche salpicado de constelaciones de perlas, entró del brazo del príncipe consorte Lucian Kiggs. La hermanastra de Tess, Seraphina, vestida con una anticuada hopalanda de color granate, iba varios pasos por detrás tratando de pasar desapercibida.

Lo bueno de esa hopalanda era que le disimulaba la barriga. ¿La tenía o no la tenía? Puede que sólo fuera la caída de la túnica.

Tess ansiaba decirle a alguien, a cualquiera, que Seraphina, la presunta santa, no era tan buena como debería. Con todo, ¿habría sido una deshonra a la reina insinuar que su esposo le era infiel? Porque sin duda el bebé tenía que ser del príncipe Lucian. Por descontado, hasta donde Tess sabía, había recibido la bendición de la reina Glisselda. Seraphina tenía los labios tan sellados en lo concerniente a los primos reales que Tess no podía sino especular.

Por otra parte, ellos podían hacer lo que quisieran. Tal vez la gente murmurase, pero nadie trataría de impedirselo. Debía de ser estupendo.

Junto a Seraphina iba una mujer regordeta con un sombrero emplumado de fábula y un vestido rojo y verde, con la falda tan corta y descocada que se le veían las botas. Se trataba de la condesa Margarethe de Mardou, la famosa exploradora; Tess la había oído hablar en una ocasión en San Bert. Aunque la condesa tenía la tez oscura de su madre porphyriana, era manifiestamente ninysh, con su vestido y su carruaje extravagantes. Los goreddis, hasta la reina misma, por fin estaban adoptando el verdugado, y allí las ninysh ya se habían pasado a las faldas a media pierna, los cuellos alzados y rectos, y las brillantes y suntuosas botas. No les seguían el ritmo.

La estrategia de Seraphina para pasar inadvertida al entrar detrás de la reina y al lado de la mujer más moderna del lugar no le estaba saliendo bien. Los invitados la acosaban con ostensibles deseos de saludarla, aunque lo que de verdad querían era estrecharle la mano para después decirles a sus amigos y parientes: «Ya sé que asegura que no es una santa, pero juro que he sentido la gracia del Cielo en su palma».

Seraphina, reservada por naturaleza, lo soportaba lo mejor que podía; sin embargo, el príncipe Lucian estaba, incluso ahora, abriéndose camino entre la multitud para rescatarla.

Tess chasqueó la lengua, negándose a sentir lástima. Para ella no había sido tan duro; siempre había sido la especial. La inteligente. Jeanne era más bonita y más dulce. Eso no dejaba mucho margen a Tess, más allá de «la mejor postulante a llevarse una zurra».

La visión fugaz de un rostro entre la multitud —ojos azules, sonrisa arrogante— captó su atención y casi se le paró el corazón. ¿Habían invitado a Valliant de Affle a la boda?

El rostro desapareció. Se forzó por reanudar la respiración, y con ella venía el discernimiento. Era imposible; el duque y la duquesa de Ducana no

se relacionarían con un estudiante pobre como él. ¿Dónde habrían coincidido? En cualquier caso, seguro que Val estaba fuera en cualquier expedición. «Se le habrá presentado una oportunidad única en la vida», se había dicho a sí misma durante los últimos dos años. Era la única excusa que podía más o menos aceptar.

Val la había abandonado, quién sabía adónde se había marchado o para qué, y ella lo había desterrado de su corazón y su mente. Ya no era bienvenido. Si apareciera de la nada, Tess no sabría cómo reaccionar. Sería como ver un fantasma.

De hecho, sospechaba que gritaría. Aquello sólo la hizo enfadar.

Un leve roce en su hombro la hizo sobresaltarse. No era más que mamá, que tenía la habilidad de acercarse a la gente sin hacer ruido.

—He ido a buscarte a tu habitación —dijo con acusadores ojos azul hielo, como si le hubiera causado muchas molestias.

—No veo por qué —respondió ella, volviéndose hacia el mar de invitados—. He traído a Ned y Paul, como me habías pedido. Si hubieses estado aquí, habrías visto...

—He descubierto algo muy preocupante detrás de la cortina de tu ventana —siguió su madre.

—Ah —dijo Tess con voz apagada. Jeanne debía de haberla informado de su aliento de la noche anterior. «Nosotras contra el mundo, y un cuerno»—. Insisto, ¿por qué te has molestado? Podrías haberme preguntado.

—¿Y que me respondas con una mentira?

Tess se encogió de hombros.

—Me imagino que nunca lo sabrás.

Su madre la cogió del brazo, lo cual complicó el verdugado de Tess. De hecho, en cuanto su madre tocó el perímetro, sintió un fuerte pellizco en la cintura. Se preguntó si se habría puesto bien el armatoste. Su madre llevaba un vestido de terciopelo azul sin aros, más práctico. Papá había empeñado lo que quedaba de su biblioteca para comprarlo, cerciorándose de que la inversión valía la pena. Jeanne estaba prácticamente casada; el declive de la fortuna familiar acabaría pronto.

Tess acompañó a su madre escaleras abajo, poniendo sumo cuidado en no resbalarse; sin duda alguna, la mujer la escudriñaría con ojos de lince por su inestabilidad, tratando de calibrar el grado de embriaguez y hacer planes de contingencia. Tess caminó con paso firme para darle la menor satisfacción a la anciana.

Anciana. Bah. Mamá tenía treinta y cinco años. Tenía diecisiete, igual que Jeanne, cuando se casó con papá. Los años de sinsabores, no obstante, le habían dejado finas líneas alrededor de la boca y una profunda tristeza en la mirada. Todavía no tenía el cabello gris, pero nadie lo habría adivinado nunca. Lo ocultaba bajo un griñón como una viuda o una penitente.

Tess también rehusó compadecerse de su madre; sabía que la convertía en una hija ingrata e insensible. Se lo habían dicho bastante a menudo.

Un toque de trompeta de cinco notas anunció que era hora de ir a la capilla. Ambas se detuvieron detrás de la multitud; los familiares de los prometidos serían los últimos en entrar. Tess observó a sus homólogos políticos, *lord* Heinrigh y *lord* Jacomo, el apacible hermano mediano de cabello rubio y el alto, gordo y anubarrado hermano menor.

Menos mal que *lord* Jacomo había dejado de mirarla furioso; paseaba y rezaba en voz baja, practicando para el servicio.

Al espaciarse, la multitud reveló a una sonriente Seraphina, que se acercó a papá y lo tomó del brazo.

—¿Cómo te sientes estos últimos días? —preguntó papá a su hija mayor.

—Como un montón de ladrillos —susurró con esa voz suave que siempre sonaba como si estuviese escondiendo una carcajada en algún sitio.

—Deberías verme los pies. Están hinchados como los panecillos de la mañana.

Papá rio entre dientes y a Tess se le revolvió el estómago con amargura. Nadie había tenido la cortesía de interesarse por su salud cuando estuvo embarazada. Nadie habría sido cariñoso si se hubiera quejado de tener los pies hinchados. Seraphina era hasta el último pelo como una soltera, pero no parecía importarle a nadie. Era la excepción a todo; las reglas se inclinaban deferentes para cederle el paso.

Mamá, rebosante de su particular envidia, apretó más el brazo de Tess.

Las familias entraron al final, avanzando en procesión hacia los bancos dorados en la parte delantera de la capilla. *Lord* Richard, espléndidamente engalanado con un jubón de color vino y calzas acuchilladas unidas al cuerpo, esperaba debajo de la cúpula con el padre Michael, abad de la vecina San Munn. Mientras las familias tomaban asiento, *lord* Jacomo se arrimó al abad y dirigió la oración de inicio. Por fin entró Jeanne, radiante de oro y verde. Mamá, papá y Seraphina se pusieron de pie para ser sus testigos, a pesar de que sólo iba a hablar papá: «Sí, esta doncella ha venido a casarse por su propia voluntad, y no porque nosotros la hayamos traído a rastras gritando y pataleando».

Aunque esas no fueron las palabras exactas, Tess captó el pensamiento que subyacía tras ellas. Jeanne era un borrego llevado al matadero, un pájaro

a la jaula. Mediante su sacrificio, su familia sería redimida.

La imaginación de Tess divagó durante la ceremonia, sobre todo cuando *lord* Jacomo leyó las escrituras; no sabía qué clase de estudiante era, pero dominaba la parte de «orador monótono». En eso obtendría las mejores calificaciones. Tal vez era un don natural. Cuando terminó, la capilla arrojó a todos al gran salón, donde los criados habían instalado largas mesas para el banquete y en la tarima ya había empezado a tocar una alegre banda.

Después, Tess apenas se acordaba de la fiesta, salvo que había vino y ese vino fue un alivio que sofocó el fuego de su interior. En cuanto los invitados terminaron de comer, un ejército de criados desmontó las mesas y despejó la sala para el baile. Además, Tess era una bailarina aceptable y su cuerpo seguía los pasos maquinalmente, aunque tuviera la cabeza en otra parte. La habitación daba vueltas; las velas resplandecían. Era agradable, pero no le apetecía estar presente.

Con sus veleidades, estuvo a punto de chocar con la condesa Margarethe.

—Cuidado —dijo la condesa con las plumas del sombrero bamboleándose arriba y abajo y la copa apartada para que no le goteara sobre su vestido—. Eres Tess Dombegh, ¿cierto?

—Sí, señora —dijo Tess, dando cuidadosa cortesía, complacida de haber atraído la atención inesperada de un personaje tan elegante y de alta cuna.

La condesa Margarethe tenía la misma dignidad que el conde de Pesavolta, el gobernador de Ninys, por lo que era prácticamente una princesa en términos goreddi. Habida cuenta de que Pesavolta había exiliado o ejecutado a la mayoría de los nobles ninysh de dignidad superior a la de caballero, Margarethe era en verdad un ave insólita.

Aunque el sombrero de plumas había tapado la vista desde arriba, ahora,

a corta distancia, Tess advirtió que la condesa llevaba el denso cabello rizado muy corto y que era del color de una moneda de cobre, un tono más claro que su piel. Tenía una mirada perturbadoramente franca e inteligente, y mantenía un pie algo extendido, como para enseñar las botas, que eran muy brillantes y puntiagudas.

—Me han contado que has estudiado un poco de filosofía natural —comentó la condesa sin coherencia.

—Disculpadme... ¿Qué? —dijo Tess, que no había previsto esta línea de conversación en absoluto.

—Y que tienes un interés particular por la megafauna —continuó la mujer.

Hablar de megafauna, pese a que la condesa Margarethe no podía haberlo sabido, era igual que darle una bofetada a Tess. Se le encendieron las mejillas como si la hubiera golpeado.

—¿Adónde queréis llegar? —pregunto con la voz temblorosa.

—Estoy organizando una expedición por los Archipiélagos a lo más cerca posible de la Antártica que logremos —explicó la condesa—. Partiré tan pronto como el deshielo de primavera llegue a Mardou y podamos navegar.

Como Tess no respondió, Margarethe le dedicó una sonrisa cómplice.

—Te estoy invitando a venir con nosotros, Tess.

La joven sintió una especie de vértigo, como si se hubiera abierto el suelo bajo sus pies.

—El barco de mi tío es grande —siguió la condesa, a todas luces ajena a que la persona que tenía delante se estaba precipitando por un agujero mental—. No serás un estorbo. Habrá mucho trabajo con el que podrías ayudar, por

no hablar de los nuevos conocimientos que adquirirás: cartografía, navegación, idiomas, zoología. Seraphina dice que eres una chica inteligente y eso...

—Seraphina os ha obligado a invitarme —soltó Tess al comprender la verdad o, al menos, llegar a una conclusión.

—Ella no está en posición de obligarme a hacer nada —replicó la condesa Margarethe, enfadándose—. Pero hablamos de ti, sí. Le desespera que te hayan puesto entre la espada y la pared y te dejen sólo dos opciones en la vida: institutriz o monja. Desde luego, es una estupidez. Siempre existen otras opciones, pero a veces necesitamos que nos echen una mano. Te ofrezco sitio en mi barco porque puedo.

Seraphina indudablemente le había contado a la condesa por qué tenía sólo dos opciones, poniendo la vergüenza de Tess al descubierto, y ahora la mujer se compadecía. La náusea y la ira se alzaron en su pecho.

—No necesito vuestra caridad —murmuró.

La condesa Margarethe la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué caridad? Tengo la intención de hacerte trabajar.

Pero Tess apenas escuchaba. Miraba furiosa a Seraphina al otro lado de la atestada habitación, que estaba en una silla alta junto a la reina Glisselda, riendo y charlando. El príncipe consorte volvía de ir a buscar refrescos con una copa para la reina y un vaso de agua para Seraphina. La reina hizo un gesto rotundo y el príncipe Lucian asintió. Seraphina parecía poner reparos, pero eso no impidió que el príncipe le rozara subrepticamente la espalda.

La condesa Margarethe hizo girar el vino en su copa.

—¿Necesitas algo de tiempo para pensarlo?

Aunque iba a ser difícil pronunciar las palabras como si fueran sinceras, Tess trajo a colación toda su terquedad. Tenía un deber. Quería a su hermana.

—No puedo ir. Tengo que quedarme aquí por Jeanne. Me necesita.

La interrumpió la expresión desdeñosa de la condesa Margarethe.

—Esa es una gran ambición.

—Eso es virtud. Y responsabilidad. Algunas personas tenemos un fuerte sentido de ambas cosas y no vamos detrás de cada capricho egoísta —dijo Tess con la cara lívida y el corazón roto.

La condesa no pronunció ni una palabra más. Giró sobre los tacones de sus elegantes botas y se marchó airada.

Tess tenía más cosas horribles que decir; estaba que reventaba por soltarlas, como una tetera que han puesto a hervir con un corcho en el pitón, lista para escaldar a cualquiera que se acerque demasiado. Al mismo tiempo, estaba horrorizada de sí misma. Debería echar a correr detrás de la condesa y disculparse, pero ¿cómo podría resistirlo? De todos modos, la culpa la tenía Seraphina por tratar de remediar lo irremediable. Tendría que haber aprendido a no entrometerse.

Fue a buscar más vino y lo halló sin problemas: lo encontró en abundancia; reducía el fuego a brasas y amortiguaba el estridente silbido de la tetera hasta un gemido sordo de autocompasión.

No había modo de escapar de la fiesta hasta tarde. Al menos, no era la celebración goreddi de siempre; Tess no iba a aguantar la noche entera. Todo esto se había hecho al estilo samsamés, en deferencia a la duquesa Elga: el oficio a mediodía, seguido de banquete, baile y «ascensión de la escalera» de la feliz pareja después de la puesta del sol (Tess se rio del eufemismo). La fiesta continuaría hasta medianoche, tras la exposición de las sábanas

nupciales, una costumbre bárbara en su opinión, aunque no tanto como el rito samsamés que estaban omitiendo, el Novigsvigilt.

Jeanne se había horrorizado sobremanera cuando la duquesa Elga lo había descrito, y su temor de la noche pasada... Tess había sido cruel cuando tendría que haber sido comprensiva. Conocía ese miedo. Debía disculparse. Esa noche su infamia estaba calando muy hondo de verdad.

Entre una niebla de alcohol, distinguió la corpulenta figura del hermano menor de Richard junto a la pista de baile y eso la distrajo de su propósito. Se rio por lo bajo al recordar cómo había señalado Richard a «Jackie» en su ausencia para el Novigsvigilt de Heinrigh y había hecho un chiste procaz al respecto. Tenía gracia porque los sacerdotes eran célibes —o lo eran algunos— según la orden. Tess tuvo la ocurrencia medio beoda de ir a contarle la broma a Jacomo; era tan melindroso que sin duda le horrorizaría, lo que le brindaría a ella cierta aproximación a la diversión.

¿Melindroso o mantecoso? Tenía suerte de ser tan alto, así su grasa podría extenderse de manera uniforme y pretender no ser sino de contornos redondeados.

Mientras se abría paso hacia Jacomo, Heinrigh se unió a su hermana y los dos se quedaron conversando cabeza con cabeza. A Tess se le ocurrió una idea más hilarante si cabe: puesto que el diminutivo familiar de Jacomo era «Jackie», ¿cómo llamarían a Heinrigh? ¿«Heinie»? Tenía que ser así; era una ley de nomenclatura. Aquello le provocó una carcajada, así que se vio obligada a aminorar el paso hasta recuperar la compostura.

Estaba lo suficientemente cerca de los hermanos para oírles hablar.

—Mira, yo tampoco quiero bailar con ella, pero la gente hablará si no lo hacemos —decía Heinrigh.

—Déjalos —contestó Jacomo arrastrando las palabras—. No me importa. De cualquier modo, seguro que tengo alguna clase de exención sacerdotal.

—Todavía no, no la tienes —dijo Heinrigh, riéndose—. Además, los sacerdotes bailan todo el tiempo, incluso en Samsam, así que madre no podría criticarte... Y eso que sería capaz de criticar a un gatito recién nacido.

—No me refería a la exención de bailar —explicó Jacomo, y bajó la mirada desdeñosa hacia su hermano mayor, que era más bajo que él—. Me refería a una exención moral. La muchacha no es buena.

—Me he dado cuenta de que bebe mucho —apuntó Heinrigh, meneando su cabeza de calabaza.

—Oh, es mucho peor que eso —dijo Jacomo mirando de soslayo a su alrededor.

Tess tuvo la impresión de que la buscaba a ella y se situó detrás de una columna desde donde aún podía oírlos. Le ardían las mejillas. ¿Qué podría saber él? Habían sido muy cuidadosos.

—Si sabes algo de la hermana o la familia, deberías habérselo comentado a mamá —le riñó Heinrigh—. Antes de la boda, claro está. Ahora es demasiado tarde.

—Por eso no lo he mencionado hasta ahora. Richard me presentó a Jeanne hace meses. Estoy convencido de que la quiere. Hubiera podido arruinar el compromiso antes de que comenzara, pero no podría cargar con ello.

—¡Qué diplomático eres! —se burló Heinrigh—. No tenía la menor idea.

—Sólo hasta cierto punto —dijo el joven sacerdote—. Me disculparás que no baile con la hermana cuestionable.

—Has activado mi curiosidad, desde luego. ¿Qué podría haber hecho para ganarse la censura inalterable de un futuro sacerdote no tan santo?

—Prefiero no decirlo —respondió secamente Jacomo—. En cualquier caso, ya no cambia nada.

Pero a Tess sí le importaba. Seguro que *lord* Jacomo lo sabía todo: Val, el bebé, todo. Apoyó la cabeza contra la columna, deseosa de que su temblor se quietase. Encontró otra copa de vino y, aunque redujo el peligro del pánico, también redujo su memoria, lo cual resultó desafortunado.

La noche se convirtió en una taracea de cosas que podía recordar y que no podía recordar. Bailaba con determinación, alegría y traspiés, como para demostrar a esos hermanos que le daba igual, que otras personas consideraban que valía la pena bailar con ella, que era buena. Su cabeza, no obstante, volvía a los mismos pensamientos una y otra vez: casi había arruinado las expectativas de Jeanne por el mero hecho de existir. ¿Cómo podría quedarse de aya de sus hijos si uno de sus cuñados lo sabía todo sobre ella? Jacomo no iba a vivir en Rocamarog; tendría una iglesia en alguna parte, pero estaría en casa durante las vacaciones y las reuniones familiares, y no soportaba la idea de ver su sonrisa omnisciente a través de la mesa.

Una sonrisa desdeñosa no era nada. Jacomo podía hacerle la vida imposible de muchas maneras.

¡Dichosos hermanos! Los odiaba a los tres. A Richard, por ser lo bastante perfecto como para casarse con Jeanne; a Heinrich, por parecer amable cuando estaba dispuesto a pensar lo peor de ella; y a Jacomo, por saber y juzgar. Los jóvenes se aproximaban mucho en la edad, con menos de un año de diferencia entre cada cumpleaños, lo que los *goreddis* llamaban «gemelos *ninysh*». Tenía gracia, porque los *ninysh* eran apasionados. Tess, que era medio *ninysh* y gemela de verdad, encontraba el término un poco ofensivo: y

de todas formas, en su caso, sin duda eran trillizos ninysh.

Jacomo parecía el mayor, por ser el más alto, lo que había resultado ser una suerte. Tess, la más alta de las gemelas, se había hecho pasar por la menor para que Jeanne se casara antes. Tess había temido que nadie se lo creyera, pero los Pfanzlig ya habían sentado el precedente. Jeanne había ido primero a la corte, todos los que importaban la conocían desde hacía mucho más, y así de fácil fue.

«Así que eres la mayor de las gemelas. Nos has engañado».

Tess se mofó.

—No sobre nada importante. No es que en el contrato matrimonial de *lord* Richard se especificara «la mayor de las gemelas Dombegh» y estemos planeando dar el cambiazo en el dormitorio esta noche. —Se tambaleó un poco, desplegando una sonrisa absurda—. Aunque eso no sería gracioso. Jeanne se mete detrás del biombo para cambiarse y se transforma en mí.

El compañero de baile de Tess se detuvo en seco y la siguiente pareja de la fila de la zarabanda estuvo a punto de chocar con ellos.

—Si vuestra familia miente sobre algo tan banal, ¿qué más se nos ha ocultado? ¿De verdad es virgen vuestra hermana?

—¿Qué...? Pues claro que sí —dijo Tess, horrorizada por la pregunta. Nadie podía dudar de la virtud de Jeanne. Nadie. ¿Quién era este mentecato incrédulo?

Había estado bailando con *lord* Heinrich, pero se había vuelto todo borroso y por eso no se había percatado. Aunque había estado meditando, había terminado por expresar sus pensamientos en voz alta. ¿Cómo había ocurrido? ¿Qué le había dicho?

—Yo no soy un romántico como Jacomo —dijo Heinrigh con su simpático rostro cuajando en un entrecejo fruncido. Le estrujó el brazo de forma dolorosa—. A mí no me importa si Richard la quiere. Esto no va sobre Richard, sino sobre nuestra familia y el engaño que habéis estado tejiendo a nuestro alrededor.

—Oh, no —farfulló Tess. El mundo giraba a su alrededor como si se precipitara por un desagüe—. Por favor. No mortifiquéis a Jeanne por mis pecados. No arruinéis a mi familia. Este matrimonio va a salvar a papá y a enviar a los chicos a la escuela, y a hacer que mamá sonría otra vez y...

Pero le estaba hablando al aire. Heinrigh había salido haciendo aspavientos en busca del duque y la duquesa.

π

Todo el griterío tuvo lugar en el tercer salón, el de color melocotón que no gustaba a nadie, lejos de los invitados. La duquesa Elga iba y venía, tronando de manera terrible, delante de la chimenea apagada; el duque se hallaba serio y adusto. *Lord* Richard se sentó en el sofá con el brazo alrededor de una Jeanne llorosa. Mamá y papá escogieron los extremos opuestos de la habitación y se quedaron de pie.

Jacomo y Seraphina ocuparon las últimas sillas, dejando a Tess sin sitio donde acomodarse. Ella dio una vuelta haciendo eses y vomitó en un jarrón.

Lord Heinrigh, zumbando como un avispon, le reclamó a Jacomo: —¿Qué más sabes?

—¿No te basta con eso? —dijo Jacomo con voz cansada, pasándose una mano por la papada.

—¡Insinuaste que había algo peor! Tienes un deber para con tu familia.

—Te has librado de ella, héroe. No tengo nada que añadir.

Tess estaba demasiado ebria para entender qué era lo que ocultaba. Se tumbó en el suelo; la habitación no dejaba de dar vueltas.

—¿Por qué iban a mentir en algo tan banal sino para encubrir otra cosa peor? —La voz de la duquesa Elga llegaba como a través del agua a sus oídos. La discusión que siguió parecía provenir de la lejanía; las palabras rompían sobre ella como un oleaje.

El único argumento que oyó con claridad fue el de Seraphina:

—El primer instinto de mi padre es ser minucioso e inscribirnos cambiadas en el registro. De ese modo me mantuvo a salvo. En este caso no era necesario, no tenía que haberlo hecho, pero poner delante a Jeanne fue la decisión correcta. Tess no tiene un temperamento apto para el matrimonio. Ahí la tenéis, miradla.

La joven gateaba hacia la ventana. Se asomó y vomitó sobre un arriate de tulipanes.

Había más voces; Tess las ignoró, concentrándose en la brisa fresca de la noche que le daba en la cara. Era lo único que impedía que se inflamase.

Al parecer, Richard defendió a su novia con elocuencia y, dado que ya se había efectuado la ceremonia, el matrimonio seguía su proceso... por el momento. Aún tenía que consumarse la noche de bodas y, si al final la virginidad de Jeanne quedaba en entredicho, el enlace podía ser declarado nulo y sin efecto.

Para asegurarse de que no había engaño, la duquesa invocó su terrible derecho samsamés de Novigsvigilt. Se plantaría encima de la cama como un buitre para observarlo todo por sí misma, pero Jacomo intervino (una de las cabezas más frías en esta crisis, aunque fruncía el ceño como un bulldog) y se

ofreció voluntario. Todo el mundo estuvo de acuerdo en que tal vez la justa ira de la duquesa sólo haría las cosas más desagradables de lo que ya eran.

Por la parte femenina del matrimonio, se ofreció Seraphina, pero Jeanne reclamó a Tess con lágrimas en los ojos y sus padres decidieron que era una justa exigencia. Tess, para su eterno pesar, recibió una taza de té y algo de tiempo para recuperar un poco la sobriedad. Aquel desastre era culpa suya y no iban a dejar que lo olvidara.

A medianoche, los novios ascendieron la decorada escalera, según la costumbre samsamesa; Tess y Jacomo subieron discretamente por otra escalera más reservada.

A ella la dirigieron detrás de una sencilla mampara tallada en palo de rosa, con pequeños calados en forma de tréboles de cuatro hojas. Si guiñaba un ojo, podía ver a través de ellos la suntuosa cama con dosel. Tess decidió mirar lo menos posible de esa manera; en vez de eso, desvió los ojos hacia el banco estrecho e incómodo donde debía permanecer sentada. Todavía estaba lo bastante borracha para notar que el mundo oscilaba y que el banco dorado se combaba bajo el peso de su mirada, como si fuera a decantarse al más ligero impulso y hacerla caer de bruces.

Se dirigió hacia él con una mano presta para someter su verdugado a la fuerza y la otra, la de la taza de té, extendida para mantener el equilibrio. El banco se estremeció al sentarse despacio, como un gorrión en una cerca.

El gordo Jacomo se dejó caer de golpe a su lado. El banco tenía el asiento de muelles y rebotó; Tess conservó el té en la taza a duras penas y estuvo a punto de caerse de espaldas.

Recuperó el equilibrio y miró furibunda a Jacomo. Él había tenido todas las oportunidades de revelar a sus padres su vergonzosa historia. Tal vez

había guardado silencio por Richard o tal vez tenía la intención de hacerla sufrir. Podía sostener su información sobre ella como un hacha y tenerla aguardando para siempre con temor a que cayera un día.

Le puso mala cara. Jacomo la ignoró: frunció sus pobladas cejas y entrecerró los ojos para observar la escena del otro lado de la mampara. Su boca carnosa se plegó con desagrado.

Tess no lo pudo evitar: miró. Richard, sin jubón, con la camisa plisada cayendo suelta alrededor de las calzas hasta la cintura, guiaba a Jeanne de la mano por la habitación. Las doncellas la habían desvestido (ya no era tarea de Tess ni volvería a serlo en la vida; la puerta se había cerrado) y sólo llevaba una saya de lino blanco. Seguía a su reciente marido con desgana, volviéndose hacia la mampara con una mirada que Tess conocía demasiado bien.

«¿Duele a morir?».

—Túmbate de espaldas y piensa en otra cosa —murmuró Tess a su taza de té.

—No habléis —dijo Jacomo, desviando su torva mirada hacia ella—. No quiero oíros decir ni pío. Estamos aquí por vuestra culpa.

—De hecho, no. Es de vuestro despreciable hermano —dijo Tess, que no pudo contenerse de pinchar al oso con un palo— o de la bruja de vuestra madre.

—Madre estaba encantada con este matrimonio y satisfecha de la virtud de la novia —comentó el estudiante para sacerdote, cruzando los brazos rollizos sobre su rollizo pecho y reclinándose hacia atrás hasta que sus hombros descansaron contra la pared—. Tuvisteis que chismorrearle a Heinrich. No podíais permanecer callada unas horas más por el bien de

vuestra propia hermana.

—No sabéis lo que he hecho ni lo que haría por el bien de mi hermana —siseó Tess. Sus dedos se cerraron alrededor de la taza como si fuera a arrojarle el contenido a la cara.

—Sé más de lo que os figuráis. —Jacomo tuvo la desfachatez de sonreír. Tess resopló de forma desagradable.

—Sea lo que sea lo que imagináis, no tiene ninguna relación con Jeanne.

—Mi madre no estaría de acuerdo —dijo con una expresión salaz en los ojos—. ¿Significa algo para vos el nombre de «Bocado Pequeño» de *lord Morney*?

En realidad, no. Algo en su interior se relajó un poco. Quizá Jacomo no supiera nada.

—«Bocado pequeño» suena a caballo. ¿Os referís a su corcel?

Jacomo emitió un sonido equino con los labios.

—Sé de buena tinta que ejercisteis de ramera para *lord Morney* y la mitad de los muchachos en San Bert.

—Mentiras. —Apuró lo que quedaba en la taza, aliviada. A lo sumo, conocía medias verdades. Los rumores habían convertido la historia en algo refutable; el parecido con personas reales, vivas o muertas, era casual. Depositó la taza en el suelo; captó un fugaz atisbo de la escena del otro lado de la mampara y apartó la vista—. ¿De dónde habéis sacado tal patraña? —preguntó.

—Suelo frecuentar el Mallet y Mullet —dijo, y esta vez Tess se sobresaltó. No podía haberla visto allí; habían pasado casi tres años. Jacomo desplegó una sonrisa de satisfacción, con la malicia escrita en la rubicunda

cara—. De vez en cuando, bebo con Harald Fjargard y Roger Ivy. Cuentan historias divertidas sobre una tal Therese Belgioso. No negaréis que sois vos: ni yo soy estúpido ni vos, una maestra del disfraz.

A Tess se le secó por completo la boca y de pronto se encontró de nuevo en el Mallet y Mullet.

En el cuarto de Val encima de las cocinas, con el suelo cubierto de libros y ropa. Le llegan risitas que vienen de detrás de la antipara. Val salta de la cama y descubre a Harald y Roger —sus mejores amigos— escondidos detrás. Extiende los brazos y les permite captar su desnudez.

—¿Contentos ahora? ¡Puede que sea lo último que veáis en la vida!

Sacude a los dos con la camisa y estos huyen riendo.

Tessie llora desconsolada, mortificada porque la han visto, porque lo han visto todo. Val vuelve a la cama, la acoge en su regazo y dice:

—Me alegra el corazón verte llorar. ¿Sabes por qué, pichoncito? Eres la misma chica tímida e inocente que cuando te conocí, tan modesta y pura. — Le besa el hombro desnudo—. ¡Todavía eres virgen de corazón, mi pichoncito, mi esposa!

Tess obligó a su cabeza, que daba vueltas y sentía náuseas, a regresar al presente; deseaba ocultarse en un agujero y morir. Sólo podía mantener la mirada fija en el suelo, en su falda o en la rodilla forrada de negro de Jacomo.

No iba a imitar a Roger Ivy en la noche de bodas de su hermana.

El seminarista estudió su semblante como si examinara un jarrón en busca de grietas.

—Observo que eso ha tocado un nervio —dijo—. ¿Os incomoda vuestra conciencia, *doncella* Dombegh?

Tess sintió su sarcasmo y autosatisfacción como otra capa de mugre sobre su piel.

—¿Es así como pasáis el tiempo en el seminario? —espetó Tess entre dientes—. ¿Echando basura sobre todo el mundo?

—Ayuda a pasar el rato —contestó él con frialdad, levantando la barbilla de forma que sólo era doble y no triple.

—Vais a ser un sacerdote horrible —replicó Tess, y juntó las manos sobre su regazo.

Jacomo se inclinó con una sonrisa, enseñando unos dientes pequeños y precisos en su cara redonda.

—Tal vez. Pero al menos no soy una sucia rame...

Antes incluso de que su cerebro registrara esas palabras, el puño de Tess se puso en movimiento, como si su cuerpo hubiese tomado la decisión sin ella, seguro de que lo aprobaría. Y lo aprobó, en teoría, a pesar de que en la práctica la colisión con la nariz de Jacomo le hirió los nudillos.

Jacomo se levantó de un salto; la sangre le corría por la barbilla y se colaba en los pliegues de su gorguera blanca.

El traicionero banco cedió finalmente y tiró a Tess de espaldas. Luchó con su verdugado y logró recobrar su posición justo a tiempo de ver a Jeanne, con la cara pálida y los ojos enormes, apretando una sábana contra su pecho, asomarse por el canto de la antipara.

3

Esa noche, Tess soñó.

Ebria como estaba, lo normal habría sido que no se acordara de sus sueños, pero este era excepcionalmente vívido. Descubría (en el país de los sueños) que tenía el pie izquierdo envuelto en vendas sucias; no recordaba el porqué. Al quitárselas, resultó que las vendas mantenían el pie unido a la pierna y que sin ellas el pie estaba completamente suelto. Se encontraba tendido sobre el montón de vendas, inerte.

¿Cuánto tiempo llevaba el pie separado del resto de ella? ¿Cómo había ocurrido y cómo podía haberlo olvidado?

Se había amputado su propio pie con una cuchilla de carnicero. Ahora que lo pensaba bien, se acordaba de haberlo hecho. ¡Menudo olvido! Debió de ser el momento más aterrador de su vida cuando se dio cuenta de que tenía que hacerlo y lo haría. Debió de ser doloroso (no lo recordaba, pero lógicamente tuvo que serlo). ¿Cómo había reunido el valor y la voluntad para hundir el cuchillo?

Se pasó el resto del sueño tratando de recuperar esa emoción: la claridad, la seguridad y la determinación. La determinación. Cuando decides cortarte un pie, no puedes vacilar; el golpe ha de ser rápido y decidido o tu vida entera quedará mutilada por los remordimientos. Pero ella lo había hecho. Había sido así de fuerte, aunque sólo una vez.

La luz del sol hizo que parpadeara y se dio la vuelta con malhumor; no quería despertarse. Estaba a punto de recuperar la sensación: cómo había hundido el cuchillo sin vacilar, lo trágica y valiente que había sido, y cómo se habían astillado y roto sus huesos; pero todo había terminado en un instante.

Cercenado.

Abrió los ojos de golpe y por un momento no supo dónde estaba. Enredada en las sábanas, se hallaba tendida a lo ancho de una cama desconocida, con la cabeza medio colgando fuera del borde. Por encima de ella, el techo estaba poblado de querubines, y durante un segundo de pesadilla creyó que estaba otra vez en casa de su abuela, en el cuarto donde había nacido Dormidio.

Se debatió, aterrada, hasta que logró más o menos incorporarse. La habitación daba vueltas a su alrededor y dentro de ella se le revolvía el estómago.

No era aquella habitación. No había telarañas ni comadronas ni una cuna vacía en el rincón. No conocía ese cuarto. Se dejó caer de espaldas, aliviada, aunque con el estómago todavía revuelto. Se giró despacio, después con mayor premura, inspeccionando el suelo en busca del inevitable orinal; lo encontró; vomitó.

¡Por los Santos, se había emborrachado! Y aún no había conseguido despejarse del todo.

Volvió a ponerse bocarriba, limpiándose los labios con un extremo de la sábana, y pudo contemplar los querubines con algo más de sosiego. Retozaban sobre nubes esponjosas, persiguiéndose unos a otros. Observó sus rostros una y otra vez, hasta que se percató de que estaba buscando a Dormidio. No iba a encontrarlo. Sintió vergüenza de haberlo esperado.

En realidad, no se acordaba de cómo era exactamente. Pelirrojo. Enjuto. Como un viejo sarmentoso todo hecho mojama. Esos angelotes, aunque bebés, eran mucho mayores, rollizos y sonrientes, y tenían el pelo rizado. Por eso mismo los despreciaba.

Tess se restregó los ojos con la base de las palmas hasta que vio chiribitas. Después se forzó a sí misma a abandonar la cama. Tenía un ligero dolor de cabeza e iba a empeorar.

Usó el orinal sintiéndolo un poco por quienquiera que tuviese que limpiarlo más tarde. Hasta donde sabía, era ella. Tenía puesto su camisón de lino; el vestido verdugado estaba tirado en el suelo junto al guardarropa. Era demasiado complicado volver a ponérselo; además, estaba lleno de recuerdos lamentables (fue evocándolos lentamente: la condesa Margarethe, Heinrich y algo más que aún no era capaz de identificar). Abrió el guardarropa y no encontró otra cosa que una hopalanda corta marrón de hombre. Suficiente. Le cubriría lo que quería cubrir. Se la puso encima del camisón a modo de salto de cama, cruzó la habitación haciendo eses hasta la puerta y la abrió.

No reconoció el pasillo. No estaban en el castillo de Rocamarog. Y no había estado allí en su vida.

Como a propósito, le llegó a los oídos un hilo de notas de clavicordio. Era como un rastro de migas de pan recorriendo la casa, y supo a quién la llevaría. Siguió la tenue música por el oscuro y alfombrado corredor y la escalera oval hasta una cámara de techo alto con grandes ventanales inundada por el sol matutino.

No, más bien por el sol de mediodía.

Seraphina, en ropas matinales holgadas y pálidas, estaba sentada ante el instrumento, con el banco bastante retirado para hacer sitio a su barriga. Su cabello castaño, más oscuro que el de Tess, se arrollaba sobre sus hombros en una trenza; su rostro, redondeado por el peso del embarazo, brillaba como la luna. Sus ojos oscuros pestañearon a Tess, pero no rompió el compás. Cerca del hogar vacío había una mesa redonda con un servicio sucio y otro limpio, restos del desayuno. Tess fue allí derecha, se puso una taza de té y se la bebió

de un trago.

—Sírvete —dijo Seraphina demasiado tarde—. Si quieres algo caliente, llamo a Anna.

El té estaba tibio y amargo. Puede que marcara el tono de su réplica.

—¿Dónde estamos y por qué me has traído aquí?

—Es la residencia de verano de la reina, Villa Ranleigh —contestó Seraphina, que interrumpió su interpretación para coger un carboncillo y apuntar unas notas en la página que tenía delante.

«Residencia de verano» debía de ser en la familia real el cifrado equivalente a «lugar para esconder embarazos». De todos modos, la joven había oído mencionar el nombre de Villa Ranleigh; Seraphina vivía allí desde hacía dos meses y seguiría ahí hasta dar a luz.

Tess echó una mirada a la gruesa alfombra zibú, las cortinas de satén y el mobiliario suntuoso. Es posible que fuera una casa de campo conforme a los estándares de una reina, pero de nadie más.

—En cuanto al porqué —continuó Seraphina, alargando la última palabra como si pretendiese que la pregunta fuera su respuesta—, voy a aventurar que tienes alguna idea.

Los recuerdos volvieron a Tess en tumulto: le había roto la nariz a Jacomo y había echado a perder la noche de bodas de Jeanne. La sangre se agolpó en el rostro y por un momento fue incapaz de hablar. Seraphina la miró a los ojos desde el otro lado de la habitación y pareció adivinar las preguntas que ella no podía formular, porque entrelazó las manos sobre su barriga y dijo: —Jeanne está bien. Casada. Que te comportaras como una borracha agresiva no lo ha invalidado.

Tess suspiró y se sentó temblorosa en una silla. Su dolor de cabeza empezaba a afirmarse.

—¿Me van a acusar de agresión?

La boca de Seraphina se curvó divertida.

—Cualquiera pensaría que eres hija de un abogado. —Hizo una pausa, como si esperase la risa de su hermana, pero esta no lo consideró gracioso—. Parece que no va a haber denuncia. *Lord* Richard salió dando voces en tu defensa, asegurando que *lord* Jacomo te había provocado. Sólo se me ocurre que estaba deseando él mismo propinarle un puñetazo en la nariz.

Era un alivio, pero no suficiente. Tess echó una ojeada a la comida que se le ofrecía. Tostadas frías. Fresas de invernadero. Todo le provocaba náuseas. Aceptó el té, a pesar de que la segunda taza contenía posos de la tetera. Le añadió leche y se lo bebió de un trago.

—¿Están aquí mamá y papá? —preguntó, depositando la taza y mirando alrededor con aprensión.

—No, sólo nosotras —dijo su hermana, que volvió a recorrer el teclado con los dedos—. Me he ofrecido para ocuparme de ti. En estos momentos, todo el mundo está demasiado enfadado contigo para dirigirte la palabra.

—Ya veo —dijo Tess, que se repantigó agresivamente al tiempo que se cruzaba de brazos. Por supuesto que se la iban a endilgar a otra persona, igual que habían hecho cuando estuvo embarazada. Era demasiado horrible para tomarla en consideración—. Oh, santa Seraphina milagrera, ¿no podrías librarnos de la molesta Tess?

Seraphina levantó la cabeza y la miró con ojos incrédulos. Las gemelas siempre habían llamado a eso su «cara de búho desconcertada», que no debía confundirse con su «cara de búho meditabunda» ni con su «cara de búho» o

con la de «largo de mi habitación si no quieres que te dé con mi terrible pico». Era un búho hasta la médula.

—No eres la misma desde hace un tiempo, Sisi —continuó Seraphina. Sólo a Jeanne le permitía llamarla así. Tess se crispó—. Has sido desdichada. Todo el mundo anda de cabeza intentando ayudarte.

—Oh, por supuesto, *todo el mundo* ha intentado ayudarme, ¿no? ¿Les preocupa verme desdichada? Pues tienen una curiosa manera de demostrarlo.

—Han intentado hablar contigo. Que no te des cuenta puede ser indicativo del problema —apuntó Seraphina demasiado tranquila, como de costumbre. Era semidragona, y era fácil distinguir cada mitad—. En cuanto alguien saca a relucir el pasado, te pones a la defensiva y no escuchas.

—¡Cuánta insensatez autocomplaciente! —exclamó Tess; se levantó de un salto y se puso a dar vueltas delante del hogar vacío—. He renunciado a toda esperanza, deseo o ambición personales, he dedicado todo mi empeño a conseguirle un dichoso marido a Jeanne (para que Neddie y Paul puedan estudiar), y a cambio me van a enviar a un convento. Pero no, dices que están preocupados por mis sentimientos y quieren ayudarme. Y una mierda. ¡Podrían ayudarme ofreciéndome otra alternativa en la vida!

—Tenías la opción de quedarte como aya hasta que te emborrachaste y te pusiste a dar puñetazos. He intentado darte otra opción —reconoció Seraphina fría como el mármol—, pero la has despreciado y despachado.

Se refería a la condesa Margarethe. De repente, el dolor de cabeza de Tess pareció propagarse a todas sus extremidades.

—No quiero tu compasión —soltó Tess desdeñosa.

—Pues es una suerte, porque no la tienes —replicó Seraphina, aunque había aspereza en su tono y sonreía al hablar, como si le resultase vagamente

divertida la rabieta de Tess—. No me das ninguna lástima.

—¿Porque he provocado todo esto yo sola? —tanteó Tess con burla.

—Porque no estás tan mal como imaginas —contestó Seraphina, e hizo algunas anotaciones más en sus partituras—. Tienes diecisiete años. Todavía tienes la vida entera por delante.

Tess quiso volverle a gritar a su hermana, estallar de rabia y furor, pero se lo impidió un nudo en la garganta. ¿La vida entera por delante? Qué gran mentira.

A los diecisiete años, Seraphina había estado recorriendo las Tierras del Sur en audaces aventuras, había detenido una guerra, convocado a gigantes, objetado modestamente cuando la declararon santa y cautivado a los primos reales. No veía lo afortunada que era. No tenía la menor idea de lo que era tirar por la borda su propio futuro en un abrir y cerrar de ojos, y ser relegada a servir a su hermana o recluirse en una comunidad religiosa.

Ella lo tenía fácil; había conseguido vivir conforme a normas diferentes del resto del mundo porque era diferente. Cada vez que Tess se había quejado de la injusticia de las cosas —«¿Cómo consigue Seraphina instructores? ¿Por qué se le permite peregrinar sola a Santa Ida y a mí no?»—, mamá contestaba en tono bajo y feroz: «Porque no es como nosotros».

La envidia era un trago amargo. Tess la odiaba, aunque no era lo único que odiaba de sí misma; podría ponerlo a la cola de todo lo demás. Se volvió hacia la mesa mientras se secaba los ojos con disimulo y fingió dirigir su atención a una tostada.

Seraphina empujó su banco hacia atrás y se levantó como un camello achacoso, apoyándose en el instrumento con una mano. Se aproximó anadeando hacia la mesa.

—Puedes quedarte aquí hasta que estés preparada para enfrentarte a la ira paterna —añadió con dulzura, colocando la silla delante de Tess—. No te vas a cruzar con nadie hasta que nazca el bebé.

—El bebé podría nacer mañana —replicó Tess mientras le quitaba la corteza a la tostada.

Seraphina puso mirada de búho otra vez, como si se esforzara en recordar qué había ocurrido con el bebé de Tess o tratase de escoger la mejor manera de abordar el asunto. Tess sonrió con tristeza. Incluso Seraphina, a pesar de sus valerosas palabras, tenía que andar de puntillas.

—Nunca he llegado a saber cómo fue tu parto —dijo Seraphina sin andar de puntillas—. Espero que me cuentes...

Tess se erizó.

—No me acuerdo —espetó.

Seraphina estaba en lo cierto al pensar que Tess no quería hablar, aunque eso no le daba la razón.

—No tienes por qué hablar conmigo. Podemos evitarnos la una a la otra. Algo habrá que te proporcione paz, espacio y tiempo para pensar. Haré que se vayan papá y Anne-Marie, y las Hermanitas de Santa Loola tendrán que esperar a que estés preparada.

Tess se contrajo. Lo inevitable no era menos inevitable por posponerlo. Estaba recibiendo lo que merecía, pero aun así se sentía castigada.

—Sabes que siempre que llamas «Anne-Marie» a mamá hieres sus sentimientos. Te apresuras en subrayar que no eres una de nosotros. —Levantó la vista de su tostada mutilada. Seraphina no parecía herida (era demasiado dragona para eso), pero se había vuelto sobrenaturalmente serena

—. Te crees muy superior —continuó Tess, empeñada en ser cruel—. Mírate, aquí en el palacio de verano de la reina, dispuesta a cargar con el bastardo de un bastardo. No eres muy diferente a mí, aunque nadie se atreva a llamarte ramera.

Seraphina abrió la boca y la volvió a cerrar. Sus cejas descendieron como si estuviera considerando los méritos del argumento, acusando el peso de esa palabra final sobre su conciencia.

—Es posible que la bendita Jannoula tuviera razón —continuó Tess—. Es posible que seas una santa. Imagino que más nos valdría dejarte hacer lo que se te antoje, por si acaso.

Era un golpe bajo y Tess lo sabía. Las relaciones entre Seraphina y santa Jannoula habían sido dolorosas y complicadas, y detestaba que la llamasen santa.

Sin embargo, no dijo nada.

—¿Sabes quién más era santo? —exclamó Tess, y dio un puñetazo en la mesa—. San Vitt. ¿Y sabes lo que dice de las mujeres como tú? «Deberán entrar en el Cielo por el siguiente orden: primero, la virgen, cuya pureza equivale a la de la última morada; después, la viuda casta, que retorna a su estado de pureza tras haber cumplido con su deber; por último, la esposa, que necesariamente debe mancillarse para repoblación del mundo...».

—«Repoblación» es una palabra asombrosa. —Seraphina esbozó una leve sonrisa.

Tess prosiguió con obstinación:

—«¿Y quiénes no pueden entrar en el Cielo? La esposa impía, la ramera impura, la ramera cobarde y desvergonzada. Para ellas están preparadas las calderas, perspectiva de largos días de aflicción».

—¿De verdad? —Seraphina pareció relajarse ante la perorata de escrituras sagradas de Tess—. Comprobarás que eso contradice radicalmente el credo de Santa Loola: «Sólo puedes alcanzar el Cielo por la misericordia a los caídos». Si vas a unirte a las Hermanitas, puede que necesites introducir algún ajuste a tu teología.

—¡Siempre haces lo mismo! —exclamó Tess, revolviéndose con frustración—. Desvías los debates hacia cuestiones irrelevantes. Me da igual que el lenguaje de San Vitt sea arcaico. Me da igual que le contradigan las Hermanitas de Santa Loola...

—Sí, sí; sólo querías llamarme ramera —dijo Seraphina, ahora con mordacidad—. Ya lo has hecho. Dos veces. Bien por ti. ¿Has terminado? Tengo un regalo, pero cada vez tengo menos ganas de dártelo. —Se acercó de nuevo al clavicordio con paso decidido, sacó de debajo un pequeño cofre de madera y lo dejó caer a los pies de Tess—. Por mi posición de mujer *deshonrada*, como tú, sé lo que es ser la que no está casada —continuó con las manos en las caderas. Le dio un golpecito al cofrecillo con la punta del pie—. He pensado que Jeanne no debería ser la única que reciba regalos hoy.

Tess miró con recelo a su hermana, pero en su cara no halló indicio alguno de engaño. Nunca lo había, aunque estuviese mintiendo de manera flagrante.

Suspiró dramáticamente, contrariada de tener que agacharse, con su fuerte dolor cabeza, a recoger el regalo; pero no iba a inclinarse otra vez la joven embarazada. Hizo saltar los cierres de latón y abrió la tapa de golpe. Dentro había un par de botas de cuero oscuro, altas hasta la rodilla y flexibles, con fino repujado, y suaves como una cría de quigutl. Desprendían un olor delicioso.

—Las botas de la condesa Marga me han fascinado desde el día que la

conocí —explicó Seraphina—. Por fin me ha confesado quién es su zapatero. Puesto que tú y yo tenemos más o menos la misma talla de pie, las he encargado a mi medida.

Tess ya había cogido una de ellas y la estaba sujetando contra su pecho como a un niño, pero esta aclaración adicional de Seraphina le echó a perder el regalo. No había nada lo bastante bueno que la familia no pudiera estropear. Dejó caer de golpe la bota en el cofre.

—Gracias —dijo en tono cortante.

Seraphina no se mostró molesta, aunque una nunca sabía lo que pasaba en su interior. Sonrió como si decidiera creer que a su hermana le gustaba el regalo y luego volvió a su instrumento.

Tess dejó atrás las botas al abandonar la estancia, pero unas horas más tarde descubrió que habían emigrado a su dormitorio infestado de querubines.

—No me sigáis. —Y empujó la caja debajo de la cama.

Las botas no le respondieron.

π

Lo propio de las botas, sin embargo, es hablar con sutileza. Esa noche, Tess no podía dormir pensando en ellas. Parecían ser una insinuación repujada en el cuero.

«Es hora de alejarse de todo esto», decían.

—Callad —soltó Tess, y lo hicieron durante un rato.

«Has soñado con pies, lo que significa que hay un viaje inminente», dijeron las botas.

—No, he soñado que me cortaba un pie. —Tess le hablaba a la oscuridad—. Estoy mutilada. Impedida. No puedo ir a ningún sitio.

Pero eso no era del todo cierto. Le faltaba enteramente el aroma del sueño. El pie no le había dolido en el sueño; se lo había vuelto a unir a la pierna y seguía caminando como siempre. Cercenárselo había sido un acto de trágico valor y había necesitado toda su valentía y determinación.

Toda su Valentía. Rio por lo bajo, lo que era absurdo porque no tenía gracia.

«Es hora de cortar lazos —dijeron las botas-de-su-corazón—. Ese sueño también era una sugerencia. Va a ser difícil, pero tú eres lo bastante valerosa».

—Pero ¿tengo yo la Valentía? —dijo Tess, repitiendo el mismo juego de palabras.

Esta segunda vez no le hizo gracia. Valliant de Affle no le había traído más que aflicción; no quería que regresara. No debió haberse reído (y es posible que no lo hiciera). Entre la risa y el llanto hay una línea, y Tess estaba en el mismo filo de la navaja, oscilando adelante y atrás, esperando caer a un lado u otro en cualquier momento. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas; empezaba a dolerle el diafragma y no podía respirar. Sepultó la cara en la almohada y sólo consiguió empaparla con sus lágrimas y provocarse un acceso de hipo.

«Sólo yéndote evitarás el convento», le recordaron sabiamente las botas.

—Las botas no pueden decirme lo que ten..., hip..., que hacer.

A la mañana siguiente, sin embargo, se las puso para probárselas. La izquierda le venía a la perfección. La derecha era de la misma talla, pero algo en la punta impedía que le entrase el dedo gordo. Volcó la bota y de ella cayó

un anillo de peltre que rodó tintineando por el suelo. Corrió tras él y vio que era un zmib, uno de los baratos ahora omnipresentes en los mercados de Villa Lavonda.

Probablemente Seraphina tenía la pareja, pero Tess no quiso averiguarlo. Era evidente lo que implicaba: Seraphina esperaba que Tess se pusiera las botas y se marchase y, en caso de tener algún tropiezo, podría llamar a casa con este zmib.

Eso era casi suficiente para hacer que se quedara. La naturaleza antagónica de Tess —en especial contra Seraphina— era tal que habría preferido lanzar al aire diez bebés y beberse el agua de la bañera antes que hacer caso a cualquier insinuación. Dar un ojo con tal de que le sacasen otro al vecino. O andar treinta kilómetros en una tormenta de nieve para traer un bizcocho de almendras amargas, de haber encontrado un proverbio a propósito..., y puede que más, aunque no lo hubiera. Los proverbios debían acomodarse a su genio; los sobrepasaba todos, uno por uno.

Volvió a guardar las botas en la caja y la empujó bajo la cama. Lanzó con fuerza el anillo al techo poblado de querubines. Rebotó y aterrizó no sabía dónde.

Pero más tarde, ese mismo día, se hallaba en las cocinas sin nada que hacer y hurtó —simplemente porque estaba aburrida— unos cuantos quesitos mientras la cocinera le daba la espalda. Husmeó en las habitaciones de invitados y se hizo con un morral y algunas sayas fuertes, de la clase que le harían parecer una honrada campesina. Sustrajo un amplio sombrero de paja del cobertizo del jardín; los jardineros lo echarían de menos, pero supuso que le dirían a la reina que se lo habían comido las marmotas y ella exigiría uno nuevo.

—El presupuesto real del sombrero de jardinero —imaginó que le

comentaría la reina Glisselda a Seraphina— ha subido por las nubes. Por las marmotas, ya sabes. Son insaciables.

Al día siguiente, Tess cogió unas cuantas tortas de avena, varias calzas y una botella de vino. Al cuarto día se apoderó de una manta de lana y sustrajo otra botella de vino. La primera botella estaba ya, quizá no por arte de magia, vacía.

En la biblioteca había un mapa de las Tierras del Sur —Goredd, Ninys y Samsam, además de algunas de las islas sureñas— que ocupaba casi un lienzo de pared entero. Tess se puso a estudiarlo, especialmente Ninys, la tierra ancestral de su madre. Hablaba un ninysh práctico aunque oxidado. Ya no tenía familia allí; su bisabuelo, el conde Julian Belgioso, había sido exiliado junto con toda su progenie por diversos crímenes, tanto reales como imaginarios. Habían venido de Segosh, que al ser la capital era fácil de localizar. Quienquiera que fuese el que había cartografiado ese mapa había representado la ciudad con fantásticos edificios y agujas de campanario; Tess le pasó los dedos con la misma delicadeza con la que acariciaría a un asustadizo pinzón, como si fuese a echar a volar.

Una podía empezar de cero en una ciudad, borrar el pasado, ser cualquiera. Su familia Belgioso lo hizo al trasladarse al norte. En contra de lo que predicaba mamá, a veces las mujeres sí se iban de casa para vivir sin carabina. Tess había oído hablar de casos, y no siempre acababan en desastre.

Había pasado los dos últimos años alterando los vestidos de Jeanne; no le entusiasmaba, pero podía trabajar de costurera.

Trabajar como costurera de verdad, no de ramera. El Detestable Paul podía irse al infierno.

Si Seraphina se percataba de sus hurtos y proyectos, no daba ningún

indicio. La mayor de las hermanas Dombegh, solemne a sus veintidós años, se ceñía a su rutina diaria: composición por la mañana, un paseo por el jardín por la tarde, una visita a la comadrona después de cenar. Tess la veía en las comidas y conseguía, con esfuerzo, no pelearse con ella.

A la quinta mañana, Seraphina leía detenidamente una carta en la mesa del desayuno.

—Te interesará escuchar esto, Tess —dijo, e hizo un ademán con su taza de té—. Papá y Anne-Marie...

—No me interesa —soltó Tess con la boca llena de arenque ahumado.

—... piensan venir aquí mañana —continuó Seraphina, como si no hubiese hablado—. No para llevarte a casa (les he dicho que puedes quedarte todo el tiempo que quieras), sino para traer a dos abadesas a entrevistarse contigo: la madre Philomela, de la orden de Santa Loola, y la madre Nancy, de la de Santa Agnyesta. —Alzó sus inocentes ojos castaños hacia Tess y sonrió—. Bueno, es alentador, ¿no? En Santa Agnyesta hacen queso. Lo preferirás a la peste, me imagino.

Tess no prestaba atención a lo del queso; se había quedado atascada en la palabra «mañana». Se le había acabado tiempo. La carta no decía que venían a buscarla, pero, si conocía a su madre, la carta era un cebo. Seraphina no podía protegerla de sus padres; vivir en casa de la reina no le daba el poder de una reina. De todos modos, daba igual lo que hiciera Seraphina. Una mirada al semblante lloroso y decepcionado de mamá y algo se desmoronaría en el interior de Tess. Se tragaría su desesperación y obedecería, ya que la desesperación de mamá era más abrumadora y la conciencia de Tess no soportaba aumentársela.

¿Qué poder era ese llamado «mamá»? ¿Por qué no podía oponerle

resistencia? Durante los últimos días, se había rebelado contra Seraphina, y el mismo acto de rechazarla hacía que se sintiese viva. Pero no había rechazo posible contra mamá.

Tess retiró las finísimas espinas del pescado de su desayuno y cayó en la cuenta de que podía irse esa noche, al amparo de la oscuridad. Podría estar en el campo y a medio camino de Puentefé antes de que sus padres llegaran. ¿Y por qué esperar a que oscureciera? Podía decirle a Seraphina que se sentía mal.

—No voy a estar en el almuerzo —anunció, retirándose de la mesa—. Ni en la cena.

—¿De verdad? —preguntó Seraphina mientras untaba un bollo con mantequilla—. Me parecía que no te encontrabas bien, pero no quería decírtelo.

Tess frunció el ceño con ferocidad, irritada por la manera en que descifraba su interior. Seraphina no se molestó en alzar la vista y afrontar la fulminante mirada.

—¿Sabes qué eres? —añadió Tess, que no podía irse sin darle una última patada a su hermana—. Una petulante insufrible. Te consideras muy sensata y crees que sabes lo que los demás van a hacer, pero te equivocas. No sabes nada. Un día te voy a dar una sorpresa y te caerás redonda por la impresión.

Seraphina levantó los ojos, terminó de masticar su bollo sin prisa y dijo: —En tal caso, moriré feliz. Es una buena noticia. Aunque, claro, ahora la estaré esperando.

Tess le sacó la lengua, silbó groseramente una canción de despedida, giró sobre sus talones y se fue.

4

La joven abandonó la casa, a su familia y su vida entera antes del almuerzo.

Sería muy típico de papá llegar antes de lo acordado, así que evitó el camino principal. Atajó a través de extensos prados, cruzó un seto de tejo y un jardín de rosales añosos y retorcidos (ni siquiera habían echado las hojas todavía), un prado de ovejas que balaban con inquietud a sus corderos y unos peldaños en un muro de piedra. El terreno del otro lado del muro estaba lleno de maleza y de zarzas, y Tess esperaba que eso marcara el límite de la finca de verano de la reina. No obstante, con la reina uno nunca podía estar seguro; cualquier cosa que no pertenecía de forma explícita a alguien era suya por defecto.

Los peldaños eran de una escalera de madera en forma de A por encima del muro, y Tess se detuvo en lo alto, con toda la provincia de Ducana extendida a sus pies calzados con botas. Las alquerías y las iglesias de los pueblos salpicaban las ondulantes colinas, mientras que los setos vivos y los muros de piedra las segmentaban como un tablero de ajedrez de sembrados, con la alternancia del verde amarillento de los brotes nuevos y la tierra negra empapada. El cielo resplandecía de un azul intenso, como si estuviese decidido a hacer que el día no fuera sólo bueno, sino desmesurada y absurdamente hermoso.

Incluso el corazón autocompasivo de Tess se hallaba un poco conmovido.

Las agujas de la catedral de Puentefé, la población más grande de la provincia de Ducana, se alzaban al suroeste. Aquel le había parecido el sitio lógico adonde ir primero; allí podría comprar provisiones y después tomar la carretera principal hacia el sur. En cuanto descendiera de la cumbre, la

población desaparecería de la vista. La ruta directa pasaba por el castillo de Rocamarog (que podía distinguir enroscado como una serpiente en mitad de los árboles), y eso no era nada bueno. Podía toparse con sus padres —o, lo que era más humillante todavía, con los suegros de Jeanne— por el camino en cualquier momento.

Como había estudiado el mapa, sabía qué otros puntos de referencia buscar en el paisaje. Justo al sur había una colina coronada por unas ruinas, el Castro de Pentrac, adonde se podía llegar a pie por trochas, antiguas servidumbres de paso que cruzaban en línea recta las tierras de los campesinos. Desde lo alto de la colina, debería poder ver otra carretera que iba al oeste hacia Puentefé.

Tenía que recorrer el camino más largo, los dos catetos del triángulo, porque la hipotenusa le estaba prohibida. Aquello le pareció una metáfora perfecta de toda su vida.

El sol resplandecía; se puso el sombrero de jardinero para protegerse. Los tirantes de su morral se le clavaban en los hombros y los setos se enganchaban en su falda al pasar. Ascendió una gran bandada de mirlos gritando, que la asustaron. El viento le azotaba las mejillas, la tierra embarrada obstruía las suelas de sus botas y el bajo de la falda estaba cada vez más sucio.

A pesar de todo esto —en realidad, a su pesar—, el corazón de Tess empezó a elevarse a medida que caminaba, o es posible que empezara a disminuir de peso. Lo había conseguido. Se había liberado de su familia («por ahora», le insistió una voz desde el interior de su cabeza). El polvo, la molestia y la incertidumbre no eran nada para ella.

Casi se estaba sonriendo a sí misma cuando rebasó una cuadrilla de campesinos con camisas y zuecos. Se encontraban en el siguiente pastizal,

gritando y azotando las vacas con varas de sauce para apartarlas de los desgraciados becerros. Dos hombres agarraron después por las patas a un ternero solitario, dando coces y corcoveando, patas arriba entre sus brazos, y lo llevaron a otro cercado. Las vacas mugían, afligidas y desesperadas, con las ubres cargadas de leche para sus becerros, los cuales reclamaban a sus madres —un reclamo inhumano, pero inconfundible para Tess—.

La chica no comprendía qué misteriosa finalidad agrícola exigía separar las familias bovinas. Observaba con una mano en el corazón y la otra en los labios, y le impactó la crueldad de los hombres tanto como constatar que ella era una mujer, que iba sola.

Empezó a caminar más rápido, con la esperanza de que ninguno mirara en su dirección.

Como si hubiesen leído sus pensamientos, uno de los hombres empezó a cantar: *Una muchachita pequeña y bonita*

avanzaba por la hierba de rocío perlada.

Yo la seguí a la hondonada,

diciendo adiós me despreciaba.

Tras lo cual, los demás braceros abordaron el estribillo:

En el páramo, la colina y el cerro,

niña mía, haré cuanto deseo.

El rostro de Tess se contrajo al oír la letra y se le cayó con el verso siguiente (que era demasiado obsceno para el público en general). Encorvó los hombros y siguió andando. Creyó oír silbar a alguien, pero tal vez fuera meramente el reclamo del alcaudón del seto.

No, aquello era un silbido. Ella no volvió la vista atrás.

El mundo estaba lleno de hombres. Tess había estado tan ansiosa por emprender la marcha que no le había dado a esa consideración el peso que merecía. Por cuenta propia, la voz de mamá habló en el interior de su cabeza: «Los hombres son unos canallas y siempre quieren lo mismo. Probarán todos los ardides del manual para seducirte y, si no vas voluntariamente, se las apañarán para agarrarte de todos modos».

Se estremeció. Mamá no decía tales cosas a menudo —prefería centrarse en las inconveniencias de Tess—, pero eran el corolario de todo lo que siempre dijo san Vitt. ¿Por qué iban las mujeres a estar con cien ojos, a vestir con humildad y a reprimir sus deseos si no fuera por los hombres? ¿Cómo le echaban la culpa al lobo si las ovejas campaban a sus anchas?

«No provocarás» no era un mandamiento de ningún santo que ella conociese, aunque podría haberlo sido.

A lo mejor podía conseguir vivir sola y mantenerse por sí misma —aún tenía fe en eso—, pero ¿atravesar todas las Tierras del Sur sin nadie que la protegiera hasta llegar? De pronto, no parecía una idea tan inteligente. No iba a sobrevivir.

Se detuvo a la sombra de un arrayán, fuera del alcance de ojos curiosos, a quitarle la corteza a un queso y masticar ruidosamente una torta de avena. Ese almuerzo llenaba bastante, y la marcha rápida y los calurosos rayos del sol primaveral le habían producido una tremenda sed. El queso salado y las tortas secas no ayudaban.

Lo único que había llevado era vino. Sostuvo la botella en alto hacia la luz; el brillo del sol era fascinante a través del cristal verde y el líquido, oscuro como la noche. No iba a saciar su sed demasiado bien. Lo sensato habría sido ir a buscar agua. Sin duda, cada pequeña alquería tenía su pozo... y un vaquero desprevenido, o un pastor lascivo o cualquier otro tipo de

hombre con una canción indecente en la cabeza y un destello en los ojos al comprender que la tenía a su merced.

Por supuesto, algunos eran buenos —seguro que la mayoría lo eran—, pero no se podía saber a simple vista; ese era el problema. Se bebió más o menos la mitad del vino, se levantó con torpeza y se puso en marcha, ahora intentando no ser vista sin salir de la sombra de los setos.

Mientras avanzaba a hurtadillas, le llegó la voz de su madre: «No se puede saber si un hombre es bueno o malo, pero ¿sabes lo que ellos sí pueden saber con sólo mirarte? Que no estás donde deberías estar y que, por tanto, no eres lo que deberías ser. No estás en casa, así que tienes que ser propiedad pública. Nadie se hace cargo de ti; por tanto, cualquiera podría reclamarte».

Una cuadrilla de hombres con horcas cruzó de repente la carretera por delante de ella, pasando de un prado a otro. Tess se pegó a un arrayán para evitarlos. Uno de los más jóvenes le guiñó un ojo; no había engañado a nadie.

«Lo saben —dijo su madre—. Eres un zapato viejo que podría calzar cualquier pie. Una vieja chupada y escurrida. Un escupitajo de caramelo masticado que ha perdido su dulzor hace mucho. No es extraño que te dejase Val; sabía lo que eres en realidad».

—¡Ya basta! —musitó Tess, enjugándose los ojos. Volvió a sacar la botella del hatillo y le lanzó una fiera mirada acusadora. Había llegado a un acuerdo con el vino: sería un buen amigo para ella y silenciaría esas voces, pero hoy no estaba cumpliendo su parte. Les había cedido el terreno a ellos y la había despojado de defensas.

Se bebió el resto, todavía confiando en que haría lo que debía hacer.

La voz de su madre la siguió el resto del camino hasta Puentefé. Tess la sentía como un aliento caliente en la nuca, la olía en ráfagas de madera

quemada y estiércol. Se enroscaba en torno a sus tobillos como una enredadera, haciéndola tropezar, y se enganchaba en los bajos de su falda cuando subía los peldaños de las cercas. La voz le decía que se escondiera dondequiera que los braceros apareciesen a la vista, la llamaba insecto despreciable por esconderse y después la sobrevolaba como una bandera para asegurarse de que todos se enteraban.

Así, se perdió la antigua belleza del Castro de Pentrac, se perdió un atardecer de color salmón y el ansiado meandro del río, pues estaba absorta en batallar con lo invisible.

Llegó a Puentefé al anochecer y se quedó en el puente del mismo nombre a contemplar los oscuros edificios con el corazón en un puño. Aunque tuviera dinero suficiente para permitirse el alojamiento, cosa que dudaba mucho, no tenía coraje para llamar a puertas desconocidas y preguntar.

Fugarse de casa era la peor decisión que había tomado en su vida. Se arrepentía de todo.

Una idea burbujeó en su embarrado cerebro: ¿no vivían los duendes de los cuentos debajo de los puentes? En cualquier caso, le proporcionaría refugio suficiente para una noche. Se abrió paso entre la maleza y se arrastró bajo el puente. Aunque estaba húmedo, era más espacioso de lo que había imaginado. Exhaló al sentirse por fin a salvo. «Como una cucaracha en una rendija», dijo su madre, incapaz de resistirse a una última patada mientras Tess estaba debajo. Hacía mucho tiempo que la botella de vino estaba vacía (lo comprobó por última vez para estar absolutamente segura), así que la lanzó hacia el río, donde se reventó contra rocas invisibles.

Al menos, debajo del puente la tierra estaba fría contra su mejilla.

π

Para su inmensa decepción, se despertó.

Incluso antes de abrir los ojos supo que se encontraba mal. La garganta le raspaba y pinchaba como si se hubiese tragado una rama de tojo. Le dolía cada centímetro del cuerpo. La rigidez de las botas nuevas le había hecho ampollas en los pies y le dolían los músculos por los veintisiete kilómetros de cuestas. El suelo duro le había agravado los dolores; sentía las articulaciones entumecidas.

Quizá le habría venido bien dormir algo más, pero el ruido de carruajes y pisadas la despertaron sin miramiento. Tumbada de lado, encogida bajo su manta y con el sombrero de jardinero como áspera almohada, escuchaba molesta y se preguntaba si podía evitar levantarse. Se arrebujó más. Seguro que no tendría que volver a moverse si no quería.

Y no lo habría hecho si el hombre no la hubiera agarrado por detrás.

El pánico hizo que se levantara antes de que pudiera pensar y se quedó mirando al individuo andrajoso y raquítico que había llegado sigilosamente durante la noche para dormir junto a ella. Era viejo, no tenía apenas dientes y bostezaba de forma grotesca, con la boca como un agujero negro en la barba blanca cual matojo de aulaga. A su mano derecha, que aferraba una esquina de la manta de Tess contra su pecho, le faltaban dos dedos. Era repugnante.

La joven sintió que le latía la cabeza por el movimiento repentino y su miedo se condensó en ira.

—Dame eso —gruñó, agarrando la manta. Estaba aprisionada bajo el cuerpo del hombre.

—¿Annie? —graznó él de manera incongruente.

Tess lo apartó de un empujón; el individuo rodó, pero siguió sujetando férreamente el pico de la manta. Ella intentó abrirle su puño nudoso a la fuerza, lo que le hizo dar un chillido y revolverse. Descargó un golpe tan fuerte con su antebrazo en la dolorida cabeza de Tess que a esta empezaron a zumbarle los oídos, y lo siguiente que supo fue que le estaba dando patadas —una, dos, tres veces— en las costillas. El pecho del hombre sonaba cavernoso.

Tess se apartó, jadeando, horrorizada de sí misma. Nunca..., nunca había estado tan irritada... Podría haberle roto la caja torácica con la misma facilidad con que aplastaría un cesto de mimbre.

—¡Ay, Annie! —dijo el vagabundo con desconsuelo. Se había hecho un ovillo de huesos, con la mejilla en el barro—. Sé que me lo merezco.

Tess agarró la manta y la batió furiosamente para sacudirle el polvo.

—¿Qué sitio es este? —preguntó él. Su tono era como de niño. El polvo le hizo toser.

Tess dobló la manta y la embutió en el morral con ambas manos. Tenía que irse de ahí.

El viejo se pasó la mano con tres dedos por su blanco y desgredado cabello.

—¿Te ha perseguido el dragón hasta aquí? Lo vi y vine corriendo. Creí que podría salvarte esta vez.

Cuanto más hablaba, más hería a Tess en su conciencia. Había pateado a un anciano trastornado que no sabía dónde ni en qué día estaba. Se sentía fatal. Se echó el morral a la espalda y salió a toda prisa de debajo del puente. El viejo la llamó: «¡Annie!»; pero ella fingió no oírle.

Tess emergió de las sombras, impaciente por dejar atrás el puente y al mendigo, y subió por el terraplén de rocas hasta el camino. Había tanta luz arriba que no podía abrir los ojos del todo. Fue tambaleándose por el puente en medio del tráfico de caballerías y gentes a pie. En la calzada se alineaban carretas con comida, y el olor a guiso le revolvió el estómago; no sabía si de hambre o de náuseas.

Aceleró como si la persiguieran, abriéndose paso a empujones entre las anchas ancas de las caballerías y las cestas de la compra de jóvenes esposas, hacia la plaza del mercado. A su alrededor, los niños reían, el sol relumbraba sobre los puestos, varias banderas brillantes ondeaban con la brisa primaveral y las golondrinas descendían en picado trinando sobre su cabeza. Tess sentía todas las cosas bonitas como un puño estrujándole el corazón.

Hundió la cara en la fuente del mercado, sin importarle lo zafia que parecía, y tragó agua frenéticamente como si tratara de ahogarse.

Había pateado a un anciano. No representaba ninguna amenaza para ella y lo había atacado con saña; y en parte lo había hecho (para ser sincera) porque era débil. De todos los hombres que hubiera querido tratar así, había escogido al que no podía defenderse.

Retiró la cara de la fuente, sin aliento, y se secó con el brazo. Unas mujeres con cántaros la miraban atónitas; se alejó a toda prisa, avergonzada. No había dado aún diez pasos cuando tuvo que detenerse y apoyarse en un puesto, temblando y sudando, e incapaz de sosegar la respiración.

Era despreciable. ¿Cómo podía continuar?

En ese mismo instante, acertó a alzar los ojos y mirar al otro lado de la concurrida plaza. Ahí, resplandeciente como el mismísimo Mensajero del Cielo, estaba el más pateable de los hombres, su padre, montado en un

caballo prestado. La invadió una sensación de alivio y una ternura inusitada.

Había venido a buscarla y salvarla de sí misma. Estaba preocupado; la quería.

Se le relajaron los pulmones y aspiró una enorme y reconstituyente bocanada. Tenía que ser una señal de los Santos. Se había salido con la suya —montando una escena como de costumbre— y ahora era el momento de admitir la derrota. Estaba demasiado cansada para seguir luchando.

Tess se dirigió derecha hacia su padre, dispuesta a ponerse en sus manos amables y capaces, pero en su camino se interponían hordas de compradores.

—¡Papá! —gritó, agitando el brazo; pero él ni la oyó ni la vio.

Él hizo girar al caballo por una calle lateral. Iba a perderlo; ni siquiera utilizando los codos a discreción conseguía despejar su camino lo bastante deprisa a través del gentío. Observó por dónde desaparecía la pluma del sombrero de su padre y ese punto se convirtió en su guía y estrella polar.

Hacía rato que se había ido cuando Tess consiguió salir de la plaza. Rezando por que hubiese seguido en la misma dirección y no hubiese doblado por una calle lateral, echó a correr dejando atrás merceros, sastres y curtidores, taconeando la tierra compacta de la calzada y con la cabeza latiéndole dolorosamente. Como a kilómetro y medio más adelante, la calle torcía hacia el sur y terminaba en un vasto edificio de madera con una estatua en la cúspide del tejado. No se le veía por ningún lado, pero el caballo que había montado estaba atado delante junto a un burro minúsculo.

Tess moderó el paso al ver el santo del tejado, cuya gran manzana verde reconoció incluso antes de leer la placa: «HOSPICIO DE SANTA LOOLA PARA INDEGENTES E IMPEDIDOS».

Papá no la buscaba; aún no se había enterado de que se había escapado de

casa. Había venido a buscar a la madre Philomela. Naturalmente, tenían que recoger a las monjas en la ciudad. No podían andar vagando los campos cercanos a Rocamarog, pastando y mugiendo.

Ahora no sabía qué hacer. Su padre no sentiría alivio al verla, como lo había sentido ella... Se le encogieron otra vez los pulmones. Debería haber aprendido a no hacerse ilusiones. Puede que ni siquiera la llevara de vuelta a casa, sobre todo cuando en ese momento estaba donde él quería dejarla finalmente.

Se abrió la puerta y Tess se escondió detrás del caballo. Sacó su manta del hatillo y se la puso sobre la cabeza como un chal de viuda.

Un chal de viuda con un delicado tejido de cuadros. No engañaría a nadie.

Papá se acercó al corcel para desatarlo, pero estaba en el otro lado, enfrascado en una conversación con una monja de edad avanzada, la madre Philomela de Santa Loola, a juzgar por la carta del día anterior.

—Ya no sabemos qué hacer —oyó decir a papá con voz cansada—. Mi esposa insiste en que esta hija simplemente ha nacido mala...

—Nadie nace malo —atajó la monja. Tess la miró por encima del lomo del caballo; tenía sesenta años como mínimo y la hechura de un almiar, impresión que acentuaba su hábito amarillo. Miraba a papá con perspicacia—. De todas formas, no estáis de acuerdo con vuestra esposa. ¿Cuál es vuestra teoría?

El vaciló; contradecir a Anne-Marie siempre le ponía nervioso.

—Supongo que... daba por sentado que el mal comportamiento de nuestra Tess era por la pura y anárquica alegría de la desobediencia.

¿Pensaba que era mala a propósito? Fue como si hubiera alargado la

mano por encima del caballo y le hubiera dado una bofetada. Hasta ahora, jamás había oído lo que de verdad pensaba de ella.

—Así que tampoco tenéis idea —dijo categóricamente la madre Philomela—. Habladme más de ella. Me figuro que está fuera hasta las tantas bebiendo, divirtiendo a los jóvenes, vestida con dejadez.

—Ejem —carraspeó papá mientras se quitaba el sombrero y se rascaba la calva.

A Tess se le pusieron las orejas coloradas al comprender que no lo sabía. No tenía la menor idea de cómo iba vestida, de qué hacía durante todo el día ni por qué. Mamá era más adusta y cruel, pero al menos prestaba más atención.

—Le ha pegado a un sacerdote —declaró por fin papá débilmente.

—Bah. ¿Y quién no? —La madre Philomela había soltado a su burro y estaba acariciándole el morro—. Bueno, no importa. Los padres nunca se enteran. Llegaré al fondo del asunto. Nuestra orden es beneficiosa para las jóvenes alocadas y egoístas. No hay nada como un hospicio lleno de enfermos de viruela para darle cierta perspectiva a una. La vida es breve, gracias al Cielo, y nosotros, demasiado frágiles. —Saltó sobre su burro como una mujer con la mitad de años y comenzó a cantar con una voz de soprano inesperadamente clara: *La carne no es más*

que de pulpa un costal,

de gusanos un festín

que excavar hasta el fin.

Recuerda, mortal,

en tu lucha fatal,

*que, codicioso budín,
también has de morir.*

Papá montó en su caballo, con los labios apretados como si le molestara la canción. Tess se había quedado petrificada escuchando la conversación y había olvidado cubrirse la cara con el chal. Papá la miró directamente al dar la vuelta a su corcel.

La miró a los ojos.

Puede que pensara que le resultaba familiar; arrugó el ceño y se quedó contemplándola. Puede que pensara: «Esa mujer casi podría ser gemela de Tessie». O quizá, de camino a Villa Ranleigh, le asaltara la duda: «Un momento, ¿habré visto de verdad...? No, no puede ser».

No reconoció a su propia hija fuera de contexto. Prosiguió su marcha sin ver, sin reconocer. Ella lo observó alejarse, boquiabierta, con la voz trabada en la garganta, inconsistente como un espectro.

5

Tess se dejó caer en una entrada vacía de un extremo de la plaza del mercado y apoyó su dolorida cabeza contra el marco. Papá la había dejado conmocionada.

Siempre había sabido que tenía muchos defectos —era el pan de cada día —, pero no había sido mala adrede. Incluso aunque de niña hubiera sido un poco rebelde, eso ya quedaba muy atrás. ¿Creía papá que disfrutaba abochornando a su familia y a sí misma? ¿Qué clase de diversión, anárquica o no, iba a obtener de desperdiciar su vida?

Y, aun así, Tess tampoco creía ser mala de nacimiento. De algún modo, su existencia entera había empezado con el pie izquierdo, pero no había sido siempre horrible. Había cuidado bien de *Rafy*; había salvado la vida a un quigutl que estaba poniendo huevos en el sótano. Había ido a misa —bueno, no: mamá la había llevado a la fuerza—. Pero ¿alguien malo de nacimiento habría dedicado dos años de su vida a ayudar de manera desinteresada a Jeanne a encontrar marido?

«¿De manera desinteresada? Estuviste todo el tiempo quejándote — susurró la voz de su madre desde el fondo de su cabeza—. Y por poco se lo echaste a perder al final. Luego están Val y el bebé. Y esta misma mañana has pateado a un viejo indefenso».

Tess cerró los ojos deslumbrada por el sol, demasiado cansada. Cósmicamente cansada. Había huido de casa y ahora quería huir de haber huido, pero era inútil. Tess (la mala de nacimiento) la acompañaba siempre, allá donde fuese.

Tal vez el vino habría ayudado, pero casi no tenía monedas en su pequeña faltriquera. Podría haberse permitido tomar cerveza, aunque... Se estremeció

al recordar su estado mental del día anterior, la incesante persecución de la voz de mamá. Embriagarse no le garantizaba la paz interior; además, habría recuperado la compostura, sin un céntimo antes de darse cuenta, y entonces, ¿qué iba a hacer? Tess (m. de n.) estaría esperándola más perversa que nunca.

Sólo había una forma definitiva de escapar de sí misma. La sopesó con detenimiento. El cuchillo que traía consigo era pequeño y romo, y no sabía dónde clavárselo de manera efectiva. Sería embarazoso que se le formara costra antes de desangrarse del todo. El puente bajo el que había dormido no era alto, aunque había unas rocas apropiadas para arrojarse contra ellas. No obstante, arrojarse le parecía un método falible. Con su suerte, simplemente se rompería el tobillo y se quedaría allí, agonizando en el suelo, hasta que alguien la encontrara.

La canción de la madre Philomela decía que la muerte era tan fácil como inevitable, pero Tess tenía (sentía) un talento especial para hacer las cosas mal. Lo malo de ser mala de nacimiento era que se trataba de más que de una mera inclinación al pecado; malograría su intento de quitarse la vida, en caso de haber una mínima posibilidad.

Se quedó mirando ese burlón cielo azul. Morir requería compromiso. Era más fácil vivir en la incompetencia. ¿Y si aplazaba la decisión hasta el día siguiente? Necesitaba tiempo para armarse de valor y dar con una forma infalible e indolora de hacerlo. Hasta entonces, seguiría adelante... a duras penas.

Se levantó tambaleante, se sacudió el polvo y se encaminó de nuevo hacia el mercado. Compró un pastel de cerdo, que devoró sin fruición, y una bota de agua, que le pareció prudente. Después, tras haber agotado casi toda su capacidad de planificación, compró unos cuantos quesitos más, provisiones que requerían menos deliberaciones y ambición.

Bien. Incompetencia cumplida: viviría un día más.

«Nunca llegarás a Segosh», dijo la voz de su madre. Se sacudió la monserga de pensamiento. En ese preciso momento, no podía pensar en Segosh; lo único que podía hacer era poner un pie delante del otro.

No muy lejos había un puesto de brillantes artilugios quigutl, y los pies de Tess, actuando con independencia de su voluntad, la llevaron a inspeccionarlo más de cerca. La mayoría de los artículos eran dijes de comunicación, relucientes zmibs y zmirs amontonados en cajas de peltre o colgados del toldo con sus correspondientes parejas, que tintineaban como un carillón en un día de fiesta. A Tess le traían sin cuidado; su amiga de la infancia, Piztka, le había contagiado el gusto por las curiosidades: una estatua que repetía tus palabras, que se anunciaba como una ayuda para la memoria; un pez con cuatro patas que bailaba, que se vendía como un juguete infantil o para dar masajes en la espalda; un silbato con forma de gamba mecánica, plegable como una navaja, sin ninguna finalidad.

Piztka salió de la vida de Tess antes de que la mayoría de las manufacturas quigutl estuviesen legalmente al alcance del público, pero le regaló una pequeña colección de curiosidades durante los años en que fueron amigas. Seraphina también había coleccionado tales baratijas, pero sus dóciles estatuillas resultaban sosas en comparación con las inquietas mascotas de Tess. (Por supuesto, establecía paralelismos evidentes entre ella y su hermana; era tan infrecuente que aventajara a Seraphina en cualquier terreno que se había aferrado a esta única victoria con feroz aunque mal enfocado orgullo). Piztka le había dado una oruga de latón de movimiento continuo, una vaca alacrán que se llamaba *Rejón* y una *flamozca* (palabra de Piztka) que aleteaba como una mariposa borracha y te pinchaba en el ojo a la menor ocasión.

—Ze zupone que tiene que pincharte en loz ojoj —le había explicado Piztka—. Ez parte de un juego que jugamos noz, y ze llama «pínchame el ojo». Ze trata de...

—¿Pinchar a alguien en el ojo? —había atajado Tess, como la personita sabihonda que era entonces.

—No, no —dijo Piztka—. Hay que pezcarla con el cono del ojo antez de que oz lo pueda picar. —Hizo una demostración; al igual que los camaleones, los quigutl tenían unos conos oculares prominentes y, al parecer, podían ensanchar y estrechar la abertura a voluntad. Cuando la flamozca le daba un picotazo, la apresaba—. Ez bueno para dezarrollar la habilidad ocular —le aclaró Piztka.

—¿Y qué ocurre si consigue atravesarlo? —preguntó Tess con mórbida fascinación.

—Ceguera —aclaró Piztka amablemente, como si estuviese hablando de un pastel.

El recuerdo hizo sonreír a Tess a pesar de sí misma. La mayoría de los goreddis consideraban horribles a los alagartados quigutl, pero, si lograbas traspasar la superficie —aprender su idioma, para empezar—, eran muy singulares. Mucho más extraños de lo que nadie imaginaba. Y ella se sentía privilegiada por saberlo.

El puesto del mercado de Puentefé lo llevaban tres quigutl: el más joven, que trepaba a los postes de la caseta para traer nuevas existencias de debajo de los aleros de paja; una hembra de mediana edad, que regateaba con clientes humanos sirviéndose de una voluminosa máquina de traducción, y el viejo y regordete patriarca encargado de la caja registradora. Estaba sobre sus patas traseras en el fondo del tenderete, vestido con un atuendo semejante al

de los goreddi. Ya que las calzas eran poco prácticas debido a la cola, usaba falda. Llevaba una camisa cubierta de encaje, con amplias aberturas en la espalda para su segundo par de brazos —seguramente sus antepasados tenían alas, como los grandes dragones, pero los quigutl actuales poseían un par de brazos dorsales como ramitas, con dedos largos y hábiles—. Tenía un sombrerito ridículo acoplado sobre la frente, entre los conos oculares, y detrás de él, las espinas de la cabeza desplegadas en abanico. Aunque se le veían más de cuarenta espinas —indicio de edad avanzada—, las listas rojizas de su garganta indicaban que aún podía engendrar hijos.

La visión de estas criaturas, incluido el macho de más edad ridículamente ataviado, trajo a Tess una oleada de nostalgia. Se acercó más, no para comprar nada, sino para oírles hablar. Había aprendido quootla por su cuenta para comunicarse con Piztka. No tenía las piezas bucales adecuadas para hablarlo, como es natural, pero Piztka comprendía a los goreddi. La mayoría de los quigutl de Goredd lo comprendían; no tenían otra alternativa.

Al lado de Tess, un opulento individuo con un jubón de color rosa y un bonete en forma de pan de azúcar agitó una caja de zmibs y dijo: —Cuarenta y siete es demasiado. La última caja de transmisión que compré no tenía el alcance que asegurabais. No quería volveros a comprar nada, porque tendéis a estafar a las personas honradas, pero la parienta insiste en favorecer la industria local. La semana próxima voy a estar en Villa Lavonda y me propongo ver lo que están vendiendo allí los quigs.

Tess se sintió ofendida. A los quigutl no les gustaba que se refiriesen a ellos como quigs, que también significaba «basura» en mootya; pero los goreddis insistían en ser despreciativos o ignorantes perezosos.

La hembra giró un cono ocular hacia el patriarca, que se lamía la nariz. Alzó entonces la máquina traductora como si fuera un acordeón

sobredimensionado, manipuló con rapidez las teclas de un extremo y ajustó los bajos.

—Cuarenta y siete —jadeó una voz— y añadimos una burra gratis.

De las vigas descendió una pértiga y por ella bajó oscilando una criatura mecánica, un mono con cabeza de perro, cuya mandíbula funcionaba frenéticamente. Tess había visto burras antes; servían para coger frascos de estantes elevados y limpiar el polvo en los rincones inalcanzables. A menudo mordían a la gente.

El cliente arrugó su sensible y respingona nariz. Tess se preguntó si habría asistido a la boda de su hermana; daba la impresión de ser alguien importante. En cualquier caso, no pudo resistirse a murmurar detrás de él: —Pedid un gusano de puerta en vez de eso. Son mucho más útiles.

El hombre retrocedió como si la joven oliese mal, lo que de hecho podría ser el caso, y frunció el entrecejo.

—¿Qué es un gusano de puerta?

Los ojos de Tess se agrandaron con aire de inocencia, estrategia que empleaba a menudo para cautivar a las viejas damas de la corte.

—Si perdéis vuestra llave, introducís el gusano en la cerradura y él os abre la puerta.

El gusano de puerta también podía destruir la cerradura y a veces la puerta, la pared y el suelo; excavaría sin parar hasta que se rompiera, y algunos granujas eran demasiado duraderos. Sin embargo, el individuo estaba sopesando las posibilidades. Por lo visto, todo el mundo tenía una puerta que le gustaría abrir; por lo general, una a la que no le estaba permitido asomarse. El gusano era una forma muy poco sutil de entrar, pero de eso se daría cuenta demasiado tarde.

Por supuesto, no estaba bien jugarle una mala pasada a un desconocido incauto, aunque se lo mereciera. Tess tenía que admitir que estaba gozando con aquello. Luchó con su conciencia y estuvo a punto de retractarse de su sugerencia, pero el hombre alzó una barbilla como la proa de un barco y dijo: —Si añadís un gusano de puerta, pagaré cuarenta y cinco.

La hembra volvió sus conos oculares hacia el patriarca, cuya bolsa gular se hinchó al punto en repuesta.

—Sin duda, tus regateos nos van a arruinar —resolló la máquina mientras la hembra siseaba al joven de las vigas—: Tira un gusano, Azla.

El hombre se marchó muy ufano con su regalo. Sólo un ojo avezado podía apreciar que el quigutl se mostraba igual de satisfecho, con las espinas de la cabeza en un ángulo arrogante.

—¡Cuarenta y cinco es un montón! Podemos comprarte una gola, Kazt —gorjeó el joven.

—Le sentaría mejor a Fuza —dijo la hembra, lanzando una mirada al viejo macho, que tamborileaba distraído con los dedos sobre la caja del dinero—. *Ko* tiene el cuello más largo.

Ko era el pronombre que utilizaban los quigutl para los demás, aunque Tess nunca se había atrevido a usarlo. Con las piezas bucales humanas costaba pronunciarlo correctamente, aunque lo más desagradable era que se trataba de una palabra neutra. En su opinión, *ello* hacía referencia a un objeto o, en el mejor de los casos, a un animal. Le parecía irrespetuoso.

Tess ya se había dado la vuelta y se alejaba del puesto, cuando la máquina traductora le voceó: —Joven doncella, ¿qué vais a comprar? ¿Zmibs, zmirs, juguetes, herramientas, artículos especiales?

—No, gracias —contestó, desandando los pasos con las manos levantadas

—. No tengo dinero.

Los dos adultos fruncieron sus picudas bocas con remilgo, pero el pequeño descendió por la pértiga cabeza abajo y gritó: —¿Cómo vive sin dinero? ¡Decíais que era imposible! —Acompañó la exclamación de una mirada acusadora a Kazt.

—No es fácil —intervino Tess con la esperanza de evitar una pelea. En general, los quigutl no tenían reparo en enzarzarse como gatos, pero esos dos eran atípicos y en el tenderete estaba repleto de objetos que podrían romperse —. No me ha faltado durante mucho tiempo y espero remediarlo pronto, pero...

Dejó de hablar porque los tres quigutl la estaban mirando boquiabiertos.

—¡Entiende el quootla! —gritó el pequeño, que era dado a gritar excitado.

—¿Cómo conoces nuestra habla, humana? —preguntó la hembra con recelo, sin la máquina.

—Me la enseñó una amiga quigutl. Se llamaba Piztka —contestó Tess.

—¡Piztka! —cacareó el chaval, Azla—. Piztka vive con nozotroz en la Caza Grande. Deberíaiz venir a vizitarko. Kazt, ¿puede venir a caza a conocer a todoz?

A ella le dio un vuelco el corazón. No había visto a Piztka desde hacía años, desde antes de la Guerra de santa Jannoula; la pequeña quigutl había desaparecido sin dejar rastro. Cuando la guerra forzó a los ciudadanos de Villa Lavonda a refugiarse en los túneles, Tess se había atrevido a bajar a los subterráneos de Quigatera, donde los quigutl tenían sus nidos (llevando consigo a una aterrada Jeanne). Ningún quigutl supo decirle adónde había ido Piztka. Si estaba aquí, en Puentefé, tenía que verla.

Kazt, la hembra, continuó:

—Zí, ve a ver nueztra caza. Noz compramoz una caza, ¿comprende? En una calle. La caza de un quigutl máz grande de Goredd. Noz fuimoz aztutoz al mudarnoz aquí, donde laz cazaz zon barataz. Todoz loz quigutl de Puentefé viven en nueztra caza o debajo de ella. Hazta Piztka, que tiene guztoz anticuadoz y de vez en cuando ze ezcabulle por laz cloacaz. Fuza tuvo que romperko el brazo dorzal para hacerko obedecer.

Fuza, en el fondo del puesto, gruñó asintiendo.

—Pero ahora *ko* vive en caza y hace cozaz maravillozaz —intervino el pequeño Azla alegremente, como si Kazt no acabara de decir algo terrible.

—Comprendo —respondió Tess, ahora preocupada.

Los quigutl podían ser crueles; la madre de Piztka le había mordido en la cara; pero nunca antes había visto utilizar ese tipo de violencia para imponer disciplina. Decidió no formarse un juicio hasta ver cómo lo estaba llevando Piztka; había aprendido hacía mucho que lo que importaba era la opinión de Piztka, no las pusilánimes normas humanas.

El patriarca, que había estado departiendo con Kazt por medio de señas con las manos, hizo un gesto de asentimiento. En el alero, el chaval profirió un hurra, saltó abajo y tomó a Tess de la mano con las yemas de los dedos de las suyas ventrales.

—¡Fuza dice que podemos!

—Te sigo —dijo Tess, desasiéndose con suavidad. No estaba bien caminar por la ciudad de la mano con un quigutl, ni siquiera en estos tiempos liberales y tolerantes. Además, tenía la mano pringosa, así que se limpió disimuladamente en la saya.

El chico brincaba delante, volviéndose de vez en cuando para asegurarse de que no se había escabullido. Tess no haría eso; era incapaz de portarse de manera grosera con un quigutl. Los dragones eran otra cosa —al saar no le importaba—, pero los quigutl tenían sentimientos, por mucho que los naturalistas lo negasen. Ni los estudiosos dragones ni los humanos habían dedicado tantas horas a la observación como ella.

La Casa Grande se encontraba, en efecto, «en una calle» en el sentido de situarse en una avenida principal. Tenía cinco plantas, con vigas vistas, y ventanas de cristales romboidales y alegres contraventanas amarillas. Las macetas de los alféizares contenían plantas, a pesar de ser aún pronto para las flores, y las golondrinas anidaban en los aleros.

Las casas adyacentes estaban en venta, observó Tess con pesar, aunque poco sorprendida.

El chico la escoltó al interior y ella se detuvo en el recibidor, respirando aceleradamente por la nariz para adormecer su sentido del olfato. La planta baja estaba desierta, aunque el crío insistía en abrir todas las puertas para enseñarle su colección de mobiliario humano refinado: exquisitas sillas de madera noble, divanes con patas en forma de garra, biombos decorados, mesas taraceadas, sacabotas y percheros caprichosos, aparadores del tamaño de islotes, retratos de condes samsameses, armaduras de la antigua dragomaquia en posturas realistas..., más muebles y obras de arte de los que Tess podía asimilar de una vez, y menos identificar, hacinados de la manera más absurda.

—Cuatro zalonez —dijo el pequeñín, ladeando sus espinas—. ¿Alguien más tiene cuatro?

—Por supuesto que no —respondió Tess. Las residencias de Rocamarog y de la reina no contaban—. Aunque no puedes sentarte en ellos. Esa es la

razón de ser de los salones, a mi entender: sólo para estar en ellos.

—Noz no podemos zentarnos en zillaz de eza forma —atajó el pilluelo—. Zon por zi vienen invitadoz.

Subieron al primer piso, donde se encontraban los talleres de confección de artilugios. Los pisos de los dormitorios estaban más arriba, le había dicho el crío; Tess no tenía necesidad de verlos. Los quigutl habrían construido sus nidos para dormir amontonados; la casa apenas parecería casa ahí arriba. Tess siguió al chico por un corto pasillo hasta una habitación soleada provista, curiosamente, de mobiliario de diseño quigutl: divanes o bancos que les permitían tumbarse bocabajo con las manos libres para trabajar. Varias de las criaturas alagartadas estaban en plena actividad. Algunas se habían ajustado lentes de aumento en la abertura de sus conos oculares para hacer delicadas filigranas sobre los zmibs. Otras confeccionaban objetos más grandes: burras, grogletes, sardinas, dopillos..., o soldaban las junturas con el chorro de fuego de la punta de sus lenguas huecas. Hacia el techo ascendían volutas de un humo caliente y metálico.

En el otro extremo, un quigutl más bien pequeño giró un ojo en dirección a Tess, después el otro; a continuación alzó verticalmente la parte anterior de su cuerpo y exclamó: —¡Tezi!

Tess se quedó estupefacta. Ese quigutl era un macho, con listas rojizas en el cuello; no podía ser la misma Piztka que ponía huevos cuando Tess la vio por primera vez. Y con todo, el quigutl sabía su nombre (Tess sólo percibía el notorio ceceo quigutl cuando intentaban pronunciar palabras del goreddi; su nombre era un reto). Reconoció la voz y, a pesar de que sonaba como una garza atragantada con una rana —un croar el doble de fuerte, por decirlo así—, se le hizo un nudo en la garganta.

¿Qué otro quigutl podría conocer su nombre o alegrarse de verla? Al

menos... parecía que se alegraba. No había hecho ademán alguno de abandonar su diván.

—Piztka, ¿de verdad eres tú? —consiguió decir Tess.

—Yo podría preguntarte lo mismo. Has crecido mucho —dijo Piztka, con las espinas de su cabeza bamboleándose alegremente—. Pero acércate para que pueda olerte. No puedo dejar el banco.

Tess se abrió paso entre los trabajadores quigutl, que la ignoraron, y vio que Piztka no exageraba: tenía un grillete alrededor del tobillo con una cadena que lo sujetaba al banco de trabajo. Tess se arrodilló junto a él, con un brazo extendido para que lo olfateara, y mientras lo hacía estudió su cara escamosa. Efectivamente, era Piztka: tenía rota una espina de la cabeza y una cicatriz detrás de la oreja, donde la había mordido su madre.

La madre de él. ¿La madre de ello?

—Túúúúú —dijo Piztka con un largo suspiro— has estado corriendo aventuras sin mí.

—Ninguna que merezca ese nombre —replicó Tess con una sonrisa de disculpa.

—Tonterías. Eres madre: lo huelo. ¡Enhorabuena!

Ella retiró el brazo, avergonzada. Habían pasado muchas cosas desde la última vez que se vieron; de repente, sintió que se abría un gran lapso de tiempo y experiencias entre ellos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Tess, cambiando repentinamente de tema—. ¿Cómo es que ahora eres un macho?

Piztka chasqueó la boca, la risa quigutl, y le explicó:

—Me convertí en macho hace tres años. Tenía un retraso y los demás me

incitaron: «¿Quieres poner otra nidada de huevos, después de que casi te matara la anterior?». Aunque temía el dolor que podía producirme la *muztapcia*.

Tess no conocía la palabra «*muztapcia*»; pocos no-quiigutl la conocían. Ni siquiera los grandes dragones de Tanamoot, que pasaban toda su vida con un mismo sexo, acababan de entenderlo. Los quiigutl no podían transformarse en humanos como los saar, pero conservaban el impulso de cambiar. Mudaban de macho a hembra y viceversa varias veces a lo largo de su existencia y, evidentemente, *muztapcia* era como llamaban a ese proceso. Se parecía a la metamorfosis de una oruga en crisálida; aunque la oruga, que era más una aficionada, sólo lo conseguía una vez.

Tess archivó la palabra para más tarde.

—Pero ¿cómo viniste a Puentefé? Te marchaste sin despedirte y nadie sabía adónde te habías ido. —Las palabras le salieron acusadoras como si, de no haber desaparecido, su vida hubiese sido distinta. Sin duda, Piztka la habría mantenido libre de problemas.

Tess confundía los recuerdos: Piztka siempre fue más propensa a meterla en problemas que a sacarla.

—Ellos lo sabían —declaró Piztka—. Vinimos al este un nido entero. Estábamos hartos de la ciudad y nos contaron que la vida era más sencilla en Puentefé.

Los demás quiigutl de la sala, que habían estado escuchando sin disimulo, aplaudieron con la cola en señal de aprobación.

—¿Más simple en qué sentido? —inquirió Tess, que observaba insegura a los otros. Piztka era el único encadenado a la mesa de trabajo; era evidente que las cosas no habían salido como esperaba.

—No puedo hablar por el resto —dijo—, pero yo quería escapar de la tiranía del dinero.

Los demás quigutl se removieron incómodos, deseosos ahora de hacer como que no escuchaban.

Piztka continuó en un tono demasiado alto para ignorarlo: —Hubo un tiempo en que usábamos nuestras manos, cabezas y lenguas fogosas para disfrutar. Cuando seguir nuestra naturaleza era la recompensa en sí. Ahora vamos incesantemente detrás del dinero. Y me parece vacía tal existencia.

En la habitación, el lenguaje corporal de los quigutl se elevó e intensificó como una ola. Aunque ella era una experta interpretándolo, hacía tiempo que no se enfrentaba a tantas muestras a la vez. Allí había un escéptico movimiento de hombros; allá, un arqueo irritado (¿o desasosegado?, le faltaba práctica) de espina. Los enfadados agitaban la cola de un lado a otro con rápidas sacudidas, con actitud firme y deliberada.

Tess dedujo por aquella sinfonía de movimientos que la sala se había puesto de pronto tensa y a la defensiva. Piztka los había ofendido a todos.

—Simplificas demasiado nuestra historia y la embadurnas de nostalgia —graznó una vieja hembra desde el otro lado de la estancia—. Omite generaciones de quigutl a los que los dragones forzaron a trabajar en sus artesanías; la forma en que humanos y dragones se quedaban con el fruto de nuestro trabajo; cómo nos despreciaban porque vivíamos como bestias, sin los refinamientos de la civilización.

Los reunidos hincharon sus sacos gulares y expresaron su conformidad.

—Cierto. Ahora tenemos dinero, un bien tangible. Deben respetarnos y tomarnos en serio.

Piztka giró un cono ocular hacia Tess y lo meneó con cierto sarcasmo.

—Y de este modo los quigutl de su edad confunden el respeto con la perplejidad; la tolerancia, con el resentimiento; y el placer, con el dinero.

—Mientras que tú confundes la realidad con los sueños —replicó la hembra vieja—. Nos devolverías a la impotencia y la sumisión con tal de convertirte en leyenda. ¿Qué placer hay en eso?

—Hermanos, es la hora de cenar —anunció una hembra mucho más joven asomándose a la puerta.

—Sí, vamos —les voceó Piztka a los demás, que se deslizaron de los bancos y echaron a correr hacia la puerta—. Comer a su hora. Dormir a su hora. Hacer caca a su hora.

—Deja de atosigarlos, madre —dijo la joven quigutl que les había anunciado la cena.

—Tez —dijo Piztka con un gesto hacia la pequeña—, ¿te acuerdas de Kikiu?

La jovencita se encabritó y cruzó los brazos ventrales sobre su pecho en una actitud muy humana. Tess no la reconoció, ni a ella ni su nombre.

—Ko es mi cría —explicó Piztka—, la que sobrevivió. La que me convenciste de que conservara.

Tess pestañeó con incredulidad; había medio olvidado aquella discusión, en parte porque no había vuelto a ver a la cría.

—¡Al final no te la comiste! Pensé que estabas siguiéndome la corriente.

—Podría habérmeko comido, a pesar de mi promesa —dijo Piztka socarrona—, pero ya me había comido siete y tenía la tripa llena.

Kikiu bufó con tanto desdén como cualquier adolescente humano.

—Así que la culpa es de este humano.

—¿Que ella tiene la culpa de que estés viva? Sí, pobre de ti. Seguro que ha sido espantoso —soltó Piztka.

Las fosas nasales de Kikiu expelieron volutas de humo y mantuvo un ojo suspicaz sobre Tess mientras decía: —Voy a traerte la cena, madre. Hay estofado de cabra y pan recién traído de la panadería.

—Quiero hongos —replicó Piztka de mal humor—. Y estiércol.

—Nos ya no comemos eso —contestó Kikiu, levantando el hocico.

—Y por eso siempre te muestras dispéptica.

Kikiu se marchó con un altivo meneo de la cola, dejando a Tess y a Piztka a solas.

—¿Aún te llama madre, incluso ahora que eres macho? —preguntó la joven, que se esforzaba por entender los matices.

—Puse su huevo —espetó Piztka—, así que soy su madre. Eso no se puede cambiar. —Se apartó la tripa y adujó la cadena sujeta a su pata—. Deprisa, Tezi, cierra la puerta y atráncala con algo. Me alegro de que estés aquí; necesito que me ayudes con esto.

Tess hizo lo que le pedía, arrastrando un banco de trabajo hasta la puerta.

—¿Qué estás...? —empezó, pero no le hizo falta terminar; Piztka estaba aplicando la llama de su lengua sobre uno de los eslabones de la cadena y tiraba para abrirlo.

No cedía.

—Estúpido hierro —gruñó—. Estúpido alto punto de fusión.

—¿Qué puedo hacer? —inquirió Tess.

Piztka no podía responder, ya que tenía otra vez la boca ocupada. Señaló con una de sus manos dorsales. Tess cogió el martillo indicado.

Piztka sostuvo la cadena tirante sobre el puño de su banco de trabajo, la llameó hasta que emitió un resplandor naranja y entonces le indicó a Tess dónde debía martillar. Dio un golpe débil que levantó una lluvia de chispas. Piztka redobló la llama; el metal alcanzó el rojo blanco y el banco empezó a arder. Tess apretó los dientes y volvió a golpear, aplanando el eslabón, pero sin romperlo.

Les llegaron voces cavernosas del otro lado de la puerta y llamadas a continuación. Piztka temblaba por el esfuerzo de mantener una llama tan potente. Tess buscó frenéticamente una herramienta mejor y encontró unas tijeras de podar de aspecto atroz. Con dificultad, partió en dos el eslabón incandescente.

El hierro tintineó en el piso de madera, el cual empezó a humear. Piztka aspiró con fuerza, tirando para liberarse; todavía tenía el grillete en el tobillo, pero se había soltado del banco.

Detrás de Tess, la puerta crujió y se astilló bajo un fuerte impacto.

—Por aquí —gritó Piztka, saltando al marco de la ventana. Podía descolgarse sin esfuerzo por la pared, y no perdió un segundo en hacerlo. Tess asomó la cabeza; abajo, el callejón estaba lleno de desperdicios y era una altura considerable. Estudió el muro a ambos lados, buscando la manera más segura de bajar, y localizó unos puntos de apoyo a su izquierda. Había pasado mucho tiempo desde que se descolgó de una ventana; sólo le había traído problemas.

Saltaron los goznes de la puerta. El banco de trabajo la contuvo, pero una grieta en la parte de arriba permitió que los quigutl irrumpieran en tropel por

el techo. Tess hurgó en su escarcela, agarró las últimas monedas que le quedaban y las arrojó a la habitación, confiando en que su debilidad natural por los metales, o su reciente codicia *civilizada*, los mantuviera ocupados un minuto o dos.

Después elevó una apresurada plegaria y se descolgó detrás de Piztka.

6

Tess gateó por los callejones detrás de Piztka, que parecía tener una idea clara de adónde se dirigía. La guio fuera de Puentefé por la carretera del sur del río, corriendo a cuatro patas; su cuerpo alargado se ondulaba como el de una nutria. No dejaba de mirar atrás para comprobar que le seguía.

A Tess todavía le dolían las piernas de la larga caminata del día anterior, las ampollas de los pies gritaban de agonía y no estaba segura de cuánto peligro corrían exactamente, pero, con todo, corría con una sonrisa. Había encontrado a su más querido amigo de la infancia y estaban haciendo justo lo que habían hecho siempre: huir de la travesura. En ese momento, tuvo la sensación de haber retrocedido en el tiempo o estar huyendo también de todos los años intermedios.

La carretera del río transcurría atrozmente despejada y recta. Si pretendían burlar a sus perseguidores, sería más inteligente atajar por los pastos de ovejas y los setos.

—¿De qué serviría eso? —dijo Piztka cuando se lo sugirió—. Nos rastrearían con el olfato. Nuestra mayor esperanza es alejarnos de la ciudad. La mayoría no nos seguirá muy lejos. Incluso los más obstinados decidirán que no merecemos el esfuerzo a partir de cierta distancia..., digamos, de trece-coma-dos kilómetros.

—Eso es disparatadamente preciso —bufó Tess.

Piztka meneó las espinas de su cabeza. Una risita quigutl.

—A lo mejor puedo cuantificar la pereza.

Su carrera devino en paseo cuando Tess sintió un pinchazo en el costado. Puentefé se difuminó y desapareció tras ellos, pero continuaron la marcha.

Hacia la puesta de sol, llegaron a una confluencia de sólidos molinos de agua, dos en la orilla más cercana del río y uno en la otra, unidos por un puente. Una imponente casa aislada se alzaba entre diversos edificios anejos. Tras una breve discusión sobre dónde pasar la noche —el establo estaba fuera, pero Piztka era propenso a expeler chispas mientras dormía—, se instalaron en el segundo edificio, donde se encontraban los animales.

Tess se había manifestado en contra de esa opción; en primer lugar, porque apestaba y, en segundo lugar, porque tendrían que andar de puntillas por el patio de grava para llegar hasta él, y no es que Piztka pudiera caminar de puntillas exactamente. No obstante, Piztka tomó un atajo quigutl por el tejado de la casa, donde sus dedos pegajosos y acolchados no hacían el menor ruido. A Tess le tocó cruzar sola el patio entre crujidos, justo por delante de las altas ventanas del comedor. Se detuvo a observar al molinero y sus hijos adultos trinchar un venado asado. Un criado joven servía vino; unas velas de cera iluminaban el festín. A esos molineros se los veía más acomodados de lo que lo había sido su familia en los últimos años.

A esas alturas, su familia debía de saber que se había ido. Se preguntaba cómo se lo habrían tomado. Mamá estaría furiosa, por supuesto, y Tess lamentó un poco no estar allí para verlo. Papá estaría encogido ante la ira de mamá; Seraphina, plácida e impasible; Jeanne...

Entonces palideció. Se había pasado los dos últimos años pensando ante todo en Jeanne y ahora había huido sin dedicarle a su gemela un solo pensamiento. Debería haberle dejado una nota, al menos. Se le hizo un nudo en la garganta. El sol podía dejar de salir, pero ella jamás dejaría de portarse de un modo egoísta, irreflexivo, testarudo e hiriente.

Se tragó esa culpa, junto con las demás, y se recordó que había aplazado lo de morir de vergüenza. Podía replanteárselo por la mañana, pero de

momento tenía que seguir caminando.

O andando de puntillas, para ser exactos. La grava se quejaba audiblemente.

El establo estaba bien construido y limpio, con olor a cabra pero sin cabras; debían de estar pastando, pues hacía suficiente calor. Por desgracia, allí tampoco había heno; de todos modos, Tess y Piztka subieron al pajar, fuera de la vista de quien pudiera entrar por la noche.

Tess sacó sus escasas provisiones; Piztka se extasió con el queso, lo que le hizo sonreír. Su entusiasmo era el de siempre, a pesar de lo mucho que había cambiado en otras cosas.

π

Tess había conocido a Piztka cuando tenía... ¿cuántos años? Tenía que calcularlo.

A Seraphina le habían brotado las escamas el invierno anterior; todos los acontecimientos familiares se databan a partir de ese hito miliar. Se suponía que Tessie y Jeanne no debían saberlo, por lo que, claro está, lo sabían. Su hermana mayor podía ser reservada y esquiva, pero las gemelas eran perspicaces. Además, también eran ruidosas y Seraphina estaba demasiado enferma para echarlas cuando se colaban en su alcoba.

No notaba la presencia de sus hermanas durante sus delirios febriles. Jeanne le apartó el cabello de su frente cubierta de sudor. Tess prestó atención a cómo le asomaban las escamas en el brazo: eran plateadas, rodeadas de una carne enrojecida, irritada, supurante.

Jeanne, boquiabierta, se tapó los ojos; Tessie, más audaz, tocó una. Seraphina profirió un grito, que hizo saltar a Tessie y chillar a Jeanne. Aún

más terrorífica fue la repentina silueta amenazadora del hombre que había permanecido sentado, tan inmóvil que no habían advertido su presencia. Se levantó de la silla, agarró a las niñas de una oreja y las sacó al pasillo.

A mamá, que llegaba en ese momento, se le cayó del susto la bandeja que traía para Seraphina.

—¡No las toquéis, monstruo! —gritó, arrancando a las gemelas de las garras del hombre—. De haber sabido lo que erais, nunca habríais puesto un pie en mi casa.

—Soy el único que puede ayudarla —dijo Orma, y se rascó la barba mientras regresaba a la habitación—. Encontrad la manera de soportar mi presencia, señora.

Mamá, trémula de palabras furiosas no pronunciadas, se agachó a recoger los fragmentos de porcelana. Jeanne fue a buscar un trapo y Tessie, un cubo de agua. La ayudaron a limpiar el caldo del suelo, observando con impotencia las lágrimas de rabia que bañaban sus mejillas.

—No llores, mamá —aventuró Jeanne al fin, rodeando con los brazos su cintura, que empezaba a aumentar por el embarazo de Neddie—. Seraphina se va a poner bien. Papá dice que los dragones son buenos médicos y...

—Ese no es su *médico* —dijo mamá con acritud. Lanzó una mirada a su espalda al tiempo que se secaba las mejillas con el dorso de la mano. La puerta de la habitación de Seraphina estaba cerrada. Su dulce rostro se endureció; bajó a las gemelas al recibidor, las pasó al cuarto de los niños y cerró la puerta. El pequeño Paul estaba dormido en la cuna, aunque no importaba. Esta era la clase de noticia que sólo puede comunicarse en voz baja—: El saar Orma es tío de Seraphina, niñas. Claude... —Le falló la voz; las gemelas, presas de pánico, se abrazaron a su madre cuando empezó a

llorar otra vez—. No debéis decírselo jamás a nuestra familia Belgioso — continuó cuando estuvo lo bastante recuperada para hablar—. Prometedme que no diréis una palabra de esto a nadie.

—Por supuesto que no, mamá —dijo Jeanne, y Tessie asintió vehementemente con la cabeza.

—La primera esposa de vuestro padre fue una dragona —murmuró mamá, que las agarraba con fuerza—. Una pérfida saarantras sin escrúpulos que le engañó para que creyera que era humana. —Su boca se movía espasmódicamente; sus enrojecidos ojos se volvieron feroces—. O eso asegura él. No me queda más remedio que creerle. Sin embargo, vuestro padre es un hombre inteligente y no comprendo cómo no fue capaz... Tiene que haber diferencias entre los dragones y las personas de verdad.

Tessie y Jeanne intercambiaron una mirada, y tuvieron uno de esos instantes —más habituales cuando eran pequeñas— en los que compartían un pensamiento. «Papá todavía quiere a esa dragona —pensaron a la vez—. Mamá lo sabe y le duele».

En este momento, mamá estaba de rodillas, rodeándolas por los hombros.

—Niñas, recordad: este mundo mortal, material, os defraudará. Los esposos, el amor, la vida: todas las cosas y todas las personas os decepcionarán con el tiempo. Sólo hay algo que nunca falla. ¿Sabéis qué es?

—El Cielo —respondieron las gemelas sumisamente.

Mamá asintió, con sus ojos pálidos destilando acero.

—La fe es el único islote en el tempestuoso océano de la vida. El Cielo es perfecto y eterno, y nos espera si mantenemos nuestra fe en él.

—Papá no cree, ¿verdad? —preguntó Jeanne con voz atiplada.

Conocía de sobra la respuesta, pero las gemelas usaban esa táctica para calmar a su madre. La pregunta ponía a papá en su lugar y le hacía manejable.

—Sus defectos tienen que contabilizarlos los Santos. —El tono de mamá era compasivo y condescendiente—. Nuestra tarea sólo consiste en perdonar, no en juzgar.

Aquello le dio pie a Tess para juzgarlo con todo lo que tenía: —Papá es un terrible pecador, mamá, ¡y le odio!

—Ah, no; no debes odiar, cariño —replicó mamá, de nuevo dueña de sí—. Puede que no sea creyente y puede que haya dejado que el deseo carnal le cegara respecto a la naturaleza de su primera esposa...

Ese era un nuevo punto de vista sobre papá. Si Tessie hubiese podido orientar las orejas como *Rafy*, el sabueso, ahora las tendría en alerta máxima, erguidas y aguzadas para oír mejor.

—... pero vuestro deber es quererlo con todas sus imperfecciones, como lo es el mío —concluyó para desencanto de Tess. Besó a las dos niñas en la frente y se levantó con dificultad.

En la cuna, Paul empezó a berrear. Mamá lo cogió en brazos y las niñas aprovecharon la oportunidad para escabullirse en silencio, cogidas de la mano, a su habitación.

Seraphina cayó enferma la mañana del Tratado al final del invierno y Piztka reptó hasta el sótano antes del verano siguiente —antes de la boda de tía Jenny y del infructuoso experimento de hacer niños—, así que Tess no debía de tener más de seis años y medio.

Mamá estuvo en cama un mes antes del nacimiento de Neddie. Sus ancianas tías Belgioso se turnaban para rondar la casa: hicieron enormes

marmitas de sopa, armaron violentos zafarranchos de limpieza y pusieron a trabajar a las niñas. Seraphina, de nuevo en pie, siempre se las arreglaba para escabullirse de las tareas domésticas; las clases de música de su tío dragón tenían prioridad sobre cualquier otra cosa. Además, la parte Belgioso de la familia, no sabían por qué, consideraba a Seraphina extraña y fantasmal. Nadie se atrevía a presionarla para que sirviera en contra de su voluntad. Tessie y Jeanne, en cambio, eran presas fáciles y estaban lo bastante crecidas para mandarlas a por agua o sábanas o cebollas, cualquier cosa que necesitaran las vengativas tías.

Los repollos fueron la excusa de Tessie para bajar al sótano aquel día. Estaban en una caja en la parte delantera, junto a la escalera, y no habría necesitado más de tres minutos en subir una, pero tía Mimi, la más desagradable de las tías de mamá, se encontraba allí ese día. Afortunadamente, también era la más fácil de evitar. Tenía mal las rodillas; lo único que necesitabas hacer era ingeniártelas para que te mandasen arriba o abajo, y ya estabas fuera de alcance de su bastón y de sus rebuznos.

Jeanne consiguió la breva de llevarle el té a mamá. A la tía Mimi le gustaba más Jeanne, porque era dulce y obediente y rubia como una verdadera Belgioso. Tessie no la envidiaba por eso más de lo que pudiera envidiarse a una rosa, pero conllevaba trabajar el doble para escapar de la anciana. Mientras la tita hacía sopa, Tess no paraba de sugerir ingredientes que sabía que estaban en el sótano. Por desgracia, la noche anterior habían subido una caja entera de cebollas y tía Mimi sólo dijo que le faltaba subir un repollo, después de hacerle cortar diez cebollas en rodajas finas como el papel.

Tess consideró que se había ganado ese respiro del sótano e intentó aprovecharlo al máximo.

Se entretuvo en rincones oscuros donde no había repollos (como bien sabía). Ella era Dormidio el Pirata, el héroe de sus relatos de aventuras porphyrianos favoritos. Su género no era obstáculo, aunque ponía sumo cuidado en abstenerse de imaginarse aquejada de deseos carnales, igual que mamá se abstenía de leer en voz alta los pasajes escabrosos (como habían descubierto las gemelas, ahora que ellas podían leerlos).

A Tess-Dormidio la habían enviado en busca del Repollo Alhajado de Condamaciato (aproximación de Tess a un nombre porphyriano), pero no podía acercarse porque lo guardaba la Serpiente Tetuda de Flitiflutis. («Tetuda», dedujo, significaba «bella», puesto que así se describía a las mujeres en los párrafos que mamá no leía). La serpiente era tan bella que nadie soportaba hacerle daño, a pesar de que se comía a todo aventurero fascinado que se le acercaba.

—No mires, no mires, te deslumbrará —cantaba Tess para sí mientras saltaba entre las cajas, barriles y cubas del sótano, alumbrándose con un candil y blandiendo una lanza-escoba—. ¡Sal, bestia infernal! ¡Dormidio te lo ordena!

Golpeó el costado de un barril medio lleno de cerveza con el palo de escoba y sonó un agradable paf. Lo golpeó otra vez para calibrarlo bien y después se subió a un baúl, con lo cual se pisó el dobladillo de la falda y se le desgarró. Desde allí arriba podía dirigir la luz de la lámpara por encima del desorden. Trazó un gran círculo con el brazo, haciendo que las sombras se postraran ante el valiente y bravo Dormidio.

Trepó a un nivel más alto y derribó por accidente un tarro de pepinillos, que se hizo añicos y llamó la atención tía Mimi, que por desgracia no estaba sorda. La vieja dama aulló hacia abajo de la escalera: —¡*Piquietta!* —Que quería decir «niñita endemoniada» en ninysh, el epíteto habitual de los

Belgioso para Tessie—. ¡Vuelve aquí!

—Estoy buscando los repollos, tita —exclamó Tessie.

—¡Están al pie de la escalera, monstruo! —gritó Mimi—. Los estoy viendo desde aquí. Si no fuera por mis rodillas, yo misma habría bajado.

—¡No los veo! —chilló Tessie.

—¡Embustera! Estás jugando ahí abajo, más cerca de tu amigo el diablo. Si tanto te gusta el sótano, muy bien. —La luz disminuyó: Mimi estaba cerrando la puerta—. Vamos a ver cuánto dura tu lámpara y cuánto disfrutas entonces. —Pasó el cerrojo con un golpe sordo.

El corazón le dio un vuelco a Tessie. No podía haber pedido nada mejor. Tía Mimi daría por supuesto que estaba encerrada y se olvidaría de ella. Ahora podía hacer lo que quisiera.

—¿No creerás, viejo behemoth, que sólo hay un acceso al sótano? —murmuró mientras se abría paso entre un bosque de sillas auxiliares hacia el fondo de la estancia, en donde un pasadizo comunicaba con los viejos túneles de la ciudad. Antes de que la reina Lavonda firmase la paz con la dragonidad, los ciudadanos de Villa Lavonda solían esconderse en estos subterráneos para escapar del fuego dragontino.

Los pasadizos se hallaban en mal estado, pero no se habían cegado. Tess había hecho suficientes exploraciones —cuando sólo tenía seis años y medio —, por lo que había recorrido ese camino antes. Un desvío corto conducía a un túnel mayor bajo la calle y, luego, un estrecho respiradero se abría tras el santuario de Santa Siucré por debajo de la manzana. Escaparía por ahí, entraría en casa por detrás, subiría a hurtadillas la escalera y jugaría con Jeanne —suponiendo que hubiera sido lo bastante sagaz para alargar sus propios quehaceres y no hubiese regresado obediente a la cocina entretanto

—.

Con Jeanne nunca se sabía; a menudo se esmeraba en portarse bien. Tessie la adoraba por ello, pero a veces podía ser fastidioso.

—Condenadamente fastidioso —dijo en voz alta, disfrutando de la libertad para blasfemar.

Se dirigía hacia el túnel cuando un ruido espeluznante la detuvo en seco. Procedía de la oscuridad que tenía ante sí, una especie de iih-iih-iih, y luego un k-k-k-jii, y a continuación un zuu-ii-zoo-ii-zaaaaah de lo más desconcertante y extraño.

La niña se pegó a la pared del sótano y avanzó poco a poco hacia la salida, deseando atreverse a apagar la luz. La criatura la vería aproximarse.

¿Qué haría Dormidio?

Tessie contó hasta tres y saltó hacia la salida blandiendo el palo de escoba y gritando: —¡Bah..., ah!

Acurrucado en el suelo delante de ella y temblando incontrolablemente, un pequeño quigutl había hecho un nido improvisado con trapos, hojas y papel, y (observó Tess con interés) un repollo deshecho. La criatura ya había puesto una nidada de huevos —siete en total, uno roto—, pero había otro más sobresaliendo de su cuerpo. Tessie se quedó mirando imperturbable. Un vecino tenía gallinas; ya había visto poner huevos, aunque no tan grandes.

El quigutl le siseó. Como ella no se acercó más, arqueó el lomo y siguió a lo suyo. Se tensó y gruñó y gruñó, pero el huevo no quería salir.

Tessie se cansó de estar de pie, de modo que se acuclilló a observar. ¿Se tardaba tanto normalmente en poner un huevo?

—Eso tiene que doler —dijo sin esperar que el animal la entendiera. Sin

embargo, este volvió veloz la cabeza hacia ella y... —¿sería imaginación suya?— asintió.

El quigutl se dobló con el esfuerzo de otra contracción y chilló de forma sobrecogedora. El huevo seguía sin avanzar. Algo iba mal.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Tessie. Se le estaba apagando la lámpara; no serviría de mucha ayuda a oscuras.

El quigutl gorjeó, claramente asustado, y a ella se le aceleró el corazón. Tenía que hacer algo: el huevo iba a desgarrar en dos a la pobre criatura.

—No te comprendo. —Se esforzaba por mantener un tono tranquilizador—. Pero mi hermana sí podrá. Voy a buscarla y te ayudaremos. Enseguida vuelvo.

Sorteó el nido y salió disparada hacia el túnel más grande, subió por la escalera de caracol al santuario de Santa Siucre y después a casa. Ni siquiera se molestó en ir a la puerta trasera —no había tiempo—, sino que irrumpió por la principal. Subió como una exhalación y entró en el cuarto de Seraphina sin llamar.

Seraphina apenas levantó la vista de su libro.

—¿Qué falta de educación es esa?

—Quigutl... Se está muriendo en el sótano... Habla con él... —Tessie estaba sin aliento—. Por favor.

Seraphina frunció el entrecejo.

—Será mejor que se lo digas a papá. Apestará toda la casa si muere. Contratará a alguien para que se lo lleve.

—¿Es que no lo entiendes? —protestó Tessie—. No tiene por qué morir. Podemos salvarlo.

Seraphina puso ojos de sorpresa, marcó la página que estaba leyendo con una cinta y siguió a Tessie escaleras abajo. Tessie se detuvo en el recibidor a coger más aceite para la lámpara y luego guio a su hermana al exterior, hacia el santuario de Santa Siucré. Si a Seraphina le pareció que era una ruta singular para acceder al sótano, no lo manifestó; de hecho, volvió a abrir el libro y fue leyendo mientras caminaba.

El quigutl estaba donde Tessie lo había dejado, jadeando y doblado de dolor. Ahora el huevo tenía manchas plateadas, sangre de quigutl. A Tessie no le pareció una escena dramática, pero Seraphina retrocedió.

—Pregúntale cómo podemos ayudarle —dijo Tess, tirando de la manga de su hermana para que se acercara más.

—No, pregúntale tú —replicó Seraphina, arrugando la nariz—. Entiende el goreddi.

—Vale —exclamó Tess impaciente—. ¿Qué necesitas?

Seraphina frunció el ceño, concentrada en el parloteo de la criatura.

—Aceite —tradujo—. Aceite de cocina, no de lámpara. Y agua caliente.

—Uf, esas cosas están en la cocina —gritó Tess, y dio una patada en el suelo—. Y tía Mimi ha echado el cerrojo de la puerta.

Seraphina suspiró sonoramente y tendió el libro a Tess para que se lo sostuviera.

—La atenderé, pero las quigutl parturientas te tocan a ti. A mí no me han contratado para meter el brazo en la cloaca de nadie —Gracias. ¡Pero date prisa!

Seraphina cogió la lámpara, dejando a Tess y al quigutl a oscuras. La criatura gemía y daba golpes con la cola.

—Pobrecita —dijo Tessie—. No te preocupes, animalito. Estará de vuelta al instante.

Tess alargó la mano, creyendo que las caricias consolarían a la pobre criatura, pero el quigutl no quería que lo tocaran. Se retrajo y le soltó un gruñido.

—¡Ay! Lo siento. —No se lo tomó como algo personal. El animal estaba sufriendo.

Rebuscó en el bolsillo de su mandil, donde a veces se metía algo que triscar más adelante, y sacó una pella húmeda y medio deshecha de queso.

—¿Tienes hambre? Estás haciendo un esfuerzo enorme.

Tendió la mano lo más que se atrevió, y no tardó en sentir una vaharada de aliento caliente cuando el quigutl se acercó otra vez con cautela. Una lengua áspera, como las hojas otoñales, atrajo el queso hacia una boca invisible. Tess rio con asombro.

Seraphina, que se había tomado su tiempo para atravesar el sótano, golpeaba ahora la puerta, gritando: —¡Soy Seraphina! Me habéis encerrado en... No, Tessie no está aquí. Debéis de haberos confundido. Siempre leo en la bodega. Abridme, por favor.

Le parecía eterno esperar sin poder hacer nada mientras el quigutl gruñía y gemía de dolor, pero Seraphina regresó con una segunda lámpara y un poco del caro aceite de oliva porphyriano, y más tarde con una olla de agua humeante y unas tupidas vendas de lana, lunessas, como las que usaba mamá para su menstruación cuando no estaba embarazada.

El quigutl farfulló en tono urgente y Seraphina asintió con la cabeza.

—Unta el aceite en el huevo y aplícale compresas calientes en la piel de

alrededor de la abertura alternativamente. Cuidado con la sangre: es venenosa —advirtió Seraphina—. Y devuélveme el libro. Gracias.

Acto seguido se sentó, con los ojos pegados a su libro. La asistencia recayó en Tess, que no protestó ni un segundo por ello. Limpiaba con calma la sangre del huevo, escurría las compresas, las aplicaba y las quitaba. Había un olor penetrante, como de aguas residuales metálicas calientes, que le revolvió el estómago, pero ella siguió con la tarea imaginándose a una cirujana en un campo de batalla o una heroica campesina salvando una oveja..., una oveja escamosa, hedionda e irritable.

De vez en cuando, el quigutl chirriaba y Seraphina traducía sin levantar la vista: «Más a la derecha esa compresa» o «Ahora presiona sobre su barriga justo debajo del esternón».

—¿Qué es un esternón? —exclamó Tess, temerosa de equivocarse.

Seraphina señaló el suyo y Tess se dedicó de lleno, tal vez con demasiado entusiasmo. El quigutl profirió un chillido, pero fue el último empujón. El huevo salió reluciente de aceite y sangre de quigutl.

La cáscara era de un gris pétreo ligeramente moteado. Tess lo limpió con su delantal, dándose cuenta demasiado tarde de que le dejaría unas manchas difíciles de explicar. El quigutl se tumbó de lado, exhausto, con las costillas subiendo y bajando deprisa.

—¿Hay algún huevo más ahí dentro? —preguntó Tessie.

Agotado, el quigutl negó con la cabeza. Tessie también estaba cansada, además de entusiasmada. Casi sentía que hubiese acabado.

—Yo soy Tessie —dijo, conteniendo el impulso de alargar una mano para estrechar la del quigutl. Sin duda, así no era como se saludaban los quigutl entre ellos—. ¿Cómo te llamas tú?

La criatura giró un cono ocular hacia ella, como si no pudiera creer que aún siguiese hablando.

Tess se levantó de mala gana, se desató el delantal sucio e hizo una bola con él. Tess había levantado una lámpara y Seraphina la otra, cuando el quigutl alzó la pesada cabeza y habló.

Tessie miró a Seraphina, con su cara espectralmente iluminada desde debajo.

—¿Qué ha dicho?

—Su nombre. No lo puedo traducir. No es más que un nombre.

—¿Lo podrías repetir? —le susurró Tessie al quigutl, sin ánimo para sobreponerse a su agotamiento.

El quigutl lo pronunció:

—Piztka. *Fzuma tikiz pa Anazzuzzia kiuchz.*

—Se llama Piztka —dijo Seraphina, transformando los duros sonidos de la boca del quigutl en fonemas humanos más suaves. Hizo una pausa mientras se mordía el interior del carrillo, como si el resto fuera más difícil de traducir, y luego continuó—: Te encomienda a la gran serpiente... ¿Anassussia?

—*Anazzuzzia* —la corrigió el pequeño quigutl.

Seraphina se encogió de hombros.

—No tengo ni idea de qué clase de estrambótica bendición serpentina puede ser esa, pero ahí la tienes.

—Gracias. —En cualquier caso, Tess era consciente de que se trataba de un regalo. Sonrió a Piztka y el quigutl sacudió las espinas de su cabeza, por lo

que supo, sin comprender cómo, que estaba correspondiéndole a la sonrisa.

7

—Gracias por ayudarme a escapar —dijo el macho adulto Piztka en el pajar del corral de las cabras, una vez que hubieron comido su escasa cena—. Es la segunda vez que me nombras la vida.

—¿Que te qué? —preguntó Tess deteniéndose, con la polvorienta manta a medio sacar de su saco.

—*Nombrar* tiene un matiz diferente en quootla, disculpa. Quiero decir que es la segunda vez que me salvas la vida.

—¿Iban a matarte? —inquirió Tess horrorizada.

—Con el tiempo —respondió Piztka—. Tal vez no en sentido literal. No sé cuánto tiempo habría podido resistir frente a ellos o cuándo habría decidido que no valía la pena luchar por mis convicciones.

Tess sacudió la manta, la extendió y se tumbó, echándose una parte por encima y dejando una orilla para que Piztka se tendiera. Este se acurrucó a su lado como un perro caliente y espinoso.

—¿Así que te salvé la vida aquella vez en el sótano? —murmuró Tess con la mirada perdida en la oscuridad. En realidad, sabía que le había salvado la vida, pero quería oír que había hecho algo bueno de niña. «Si fuiste capaz de hacer algo bueno, no pudiste nacer mala».

Piztka estaba de cara a ella, con el hocico escamoso pegado a su nariz.

—No lo dudes. Aquel último *güevo* era demasiado grande para poder expulsarlo; yo sabía que lo iba a ser incluso cuando se estaba formando la cáscara. Me puse a ponerlo solo porque creía que moriría si no, y no quería darle a Karpez esa satisfacción.

—¿Karpez? —preguntó Tess mientras se apartaba del fétido aliento de Piztka.

—Mi hermano. —Piztka se retiró—. Karpez era... ¿Cómo se llama el que es profundamente creyente y no puede dejar de hablar de ello?

—¿Sacerdote? —sugirió Tess perpleja—. ¿Filósofo? Los dragones y los naturalistas también...

—*Filósofo* —dijo Piztka, satisfecho con la palabra goreddi—. *Nos* no tenemos una palabra concreta para eso; «quigutl» solía ser suficiente. Hubo un tiempo en que todos éramos *filósofos*, pero las cosas han cambiado. Vamos a la deriva y la más ligera brisa puede mandarnos a donde quiera.

Tess reconoció esa última sentencia como una cita de Dormidio y sonrió para sus adentros. Cuando eran pequeñas, a Piztka y a ella les fascinaban los cuentos; Tess había intercambiado relatos de Dormidio por los antiguos mitos quigutl sobre enormes serpientes bajo tierra.

—Está visto que las ideas de Karpez resultan pegadizas; se adhieren a mis hermanos como una segunda capa de escamas. Cuando terminó la guerra y el ardmagar Comonot legalizó la venta de nuestros artilugios en las Tierras del Sur, Karpez decidió que era nuestra oportunidad. Podíamos acumular dinero y volvernos más como los saar —explicó Piztka, apartándose inquieto de Tess. Empezó a pasear de un lado a otro en el pajar—. Seríamos implacables, lógicos, dominantes, mezquinos. Acaparadores. Sin compasión con los débiles. De este modo los saar lograron poder mientras *nos* nos arrastrábamos en la sombra, alimentándonos de basura.

»Pero mírame: pequeño para mi edad, nunca el más fuerte. Sin embargo, mi mente y mi corazón se mantenían imperturbables; discutí mucho con mi hermano y hubo quienes coincidieron conmigo.

»Karpez me tendió una emboscada y me llenó de *güevos*, a sabiendas de que ponerlos podía matarme.

—¡Por los huesos de los Santos! —exclamó Tess, horrorizada de que su amigo hubiera sufrido un acoso violento (por parte de un hermano, nada menos) y hablara de ello con total naturalidad, como si no fuera algo insólito.

—No me hubiera importado morir —dijo Piztka, que había malinterpretado el espanto de Tess—, pero *ko* habría invitado a todo el mundo a verlo y *fzep*me en juicio.

Piztka demostró el *fzep* con un punzante coletazo a la pierna de Tess.

—¿Vino Karpez a Puentefé? —preguntó Tess.

—Karpez murió —declaró Piztka con un tono que impedía seguir haciendo preguntas—. Pero subsisten las ideas de *ko* y, cuando me opongo a ellas, obtengo cosas peores que un mero *fzep*.

—¿Por qué te encadenarían y te obligarían a quedarte? ¿No habría sido más grato para todos que te marcharas?

—Esa —empezó Piztka— es una historia para otro momento. Prefiero con mucho oír lo que has estado haciendo tú estos seis últimos años a revivir mis peores recuerdos de Puentefé en una noche. —Se sacudió como un perro y a continuación metió el hocico en la axila de Tess—. No me equivocaba: has tenido un niño. No lo niegues; tengo el olfato más fino de la naturaleza.

—En realidad, no puedes notar olor a niño debajo de mi brazo —replicó ella en un tono forzado de ligereza, luchando contra la agobiante pesadez que le iba invadiendo las tripas.

—Es el tejido mamario. Cambia cuando...

—Vale. Déjalo —le cortó Tess. De repente, le asomaron lágrimas en los

ojos. Se rodeó la cabeza con los brazos como para contenerlas.

No se atrevió a llorar. Tres años de dolor contenido habían acumulado presión, como el agua en una presa, y no podía soltar sólo un poco. Irrumpiría sin control, la hendiría en dos y la mataría, igual que intentar poner un huevo demasiado grande.

Piztka le olfateó la cabeza con inquietud.

—¿Qué te ocurre?

—Lo siento —se disculpó Tess—. Lo siento. Ya... me controlo. Estaré bien en un minuto.

—No; lo siento yo —dijo Piztka atropelladamente—. No huelo a niño pequeño en ti. No había considerado lo que eso implica. No tienes que contarme la historia si te hace daño.

No obstante, Tess necesitaba decir algo o la historia se apostaría entre ellos como un sapo malévolos, envenenando el aire mismo. A lo mejor resultaba un alivio contárselo a alguien como Piztka. Seguro que él no la juzgaría. Pero no quería sentir nada mientras lo contaba, lo cual era un reto.

Se devanó los sesos componiendo una versión oficial y objetiva. La única manera era juzgarse a sí misma.

—Fui estúpida.

—Eso no me lo creo —dijo Piztka, acariciándole el pie.

Tess aspiró una profunda bocanada de aire cargado de olor a cabra.

—Necia, entonces. Después de la guerra, empecé a frecuentar San Bert a escondidas y a asistir a clases de filosofía natural. En parte, atraída por tus viejas historias de la Serpiente del Mundo. —Otra profunda bocanada—. Quería saber más sobre esa y otras maravillas que pudiera esconder el

mundo. —Y se había aburrido y enfadado con su madre. No tenía sentido entrar en todo eso.

—¿Ves? —exclamó Piztka—. Querías aprender las leyes de la naturaleza. ¡De estúpida nada!

Tess sonrió con melancolía ante su ingenua fe en ella, pero no le contradijo. Si se interrumpía, perdería impulso.

—Conocí a un joven, Valliant de Affle, y...

¿Qué podía decir de Val que no doliese?

«¿Que era apuesto y cuidaba de mí?».

No.

«¿Que prometió casarse conmigo?».

Dos veces no.

«¿Que algún día viajaríamos juntos en busca de la Serpiente del Mundo?».

Ja.

Piztka le ofreció una interpretación:

—Lo amabas, como la princesa amaba a Dormidio.

Tess reflexionó. Estaba todavía tan furiosa de que la hubiera dejado, tan humillada y mortificada, que ni siquiera recordaba haber sentido amor. Probablemente lo sintió. Qué más daba.

—Lo amaba e hice todo lo que mi madre me había dicho siempre que no hiciera.

—¿Quién sino tú para decidir lo que no se podía hacer? —dijo Piztka con

sensatez.

—S-sí. —No era exactamente eso lo que había pasado con Val, pero daba a la historia una lógica limpia y hacía recaer la culpa justo donde correspondía—. Yo era el gato al que acabaría matando la curiosidad, solía decir Seraphina. En cualquier caso, aprendí que la que no escucha a su madre acaba embarazada.

Era inútil aparentar frivolidad; las lágrimas amenazaban otra vez. Soltó el aire como la matrona Chessey le recomendó durante el parto.

—El cuerpo quiere lo que quiere —anunció sabiamente Piztka.

Eso la irritó. El deseo carnal no le había anulado el discernimiento; Piztka lo estaba malinterpretando. No obstante, discutir implicaba ahondar más en la historia y... no podía. Iba siendo hora de recoger ese recuerdo y encerrarlo en el rincón más oscuro de su cabeza, fuera de la vista.

—He echado a perder mi futuro —dijo Tess lacónicamente para abreviar. Esa era la historia completa, la verdadera historia—. Jeanne ha conseguido ser la *mayor* y casarse con un duque. Yo he tenido que servirla en la corte.

Tess se lanzó a relatar el noviazgo de Jeanne y su boda, cosas que por lo menos podía contar con humor. Piztka la escuchó embelesado: graznó con simpatía ante las humillaciones de Tess y meneó la cola de excitación cuando le dio el puñetazo en la nariz a Jacomo.

—¡Eso es! —gritó Piztka como si hubiese estado esperándolo—. Después de todo, sigues siendo la misma.

—¿Qué? ¿Una abusona de curas?

—No, no. —Le dio un topetazo en las costillas a Tess—. Temía que tus infortunios te hubieran quitado el gusto por la aventura, que hubieras

decidido adoptar una vida insignificante y limitada, como la penitente Julizima Roza.

Julissima Rossa había sido una de las amantes del pirata Dormidio. El remordimiento le había llevado a renunciar a las aventuras, y después, como Dormidio no la dejaba en paz, se había quitado la vida, hundiendo «el centelleante cuchillo en su pecho de ébano».

De niña, Tess había encontrado esa descripción enormemente romántica, pero hacía años que dicha historia no le venía al pensamiento. Ella no tendría una muerte tan bonita; todo lo que hacía salía mal.

—Seguro que te fugaste para correr aventuras, como nos decíamos siempre —insistió Piztka.

Tess soltó una risa amarga.

—Piztka, cariño, podría salir de aventuras tanto como podría volar. Una cosa era soñar con eso cuando era pequeña y no sabía nada. Ahora que tengo más sensatez sobre lo que es posible (y lo malas que pueden ser las consecuencias), sé que esa no es una opción. Incluso en las historias de Dormidio, las mujeres jamás salen solas en busca de aventuras. Es demasiado peligroso.

Piztka ladeó la cabeza.

—Julizima Roza luchó junto...

—¡Julissima Rossa se quitó la vida! —exclamó Tess—. Julissima Rossa confirma la regla: mujer más aventura igual a desastre.

Piztka se quedó callado, como si estuviese evaluando su vehemencia.

—¿Por qué te has ido de casa, entonces?

—Porque estas botas parecían pedírmelo —bromeó Tess sin convicción

—. No tenía ningún plan, aparte de escapar de mi familia y eludir el convento.

—Emprendiste el camino a alguna parte. No puedes huir de un sitio sin avanzar al mismo tiempo hacia otro lugar.

Tess soltó un bufido.

—En el caso de que consiga llegar a donde sea sin que me asalten, me roben, me den por muerta y me abandonen en la maleza, creo que... tenía idea de dirigirme al sur, a Ninys.

Piztka dio un brinco de entusiasmo, incapaz de contenerse.

—¡Yo voy al sur! El mundo te ha traído a mí por una razón. No quería ir solo; ningún quigutl debería estar siempre solo.

—¿Que vas adónde? —preguntó Tess perpleja.

—¡De vuelta al principio, de vuelta a la fuente de mi pueblo, a Anazzuzzia! —exclamó Piztka—. ¡Anazzuzzia, Anazzuzzia, Anazzuzzia!

Tess se incorporó. La luz de la luna se filtraba por las grietas del paramento de tablazón, y Piztka bailaba dentro y fuera de ella, apareciendo y desapareciendo de súbito como un antiguo espíritu, como una criatura salida de un mito.

—No te referirás... —dijo Tess entre risas.

Piztka interrumpió su danza y le cogió la cara. Tess sintió el calor de sus acolchadas manos ventrales en las mejillas.

—La Serpiente del Mundo. La que está debajo de nuestro continente, la que nos devolverá nuestro ser. Soñé que estaba bajo un campo de trigo ondulante, en las altas planicies ninysh.

—¿Soñáis los quigutl? —inquirió Tess. Los grandes dragones no lo hacían.

—Sólo cuando estamos solos. No cuando estamos juntos en un nido... y, aun así, yo lo hice. Por eso es importante: porque es imposible.

No, sólo era excéntrico. Imposible era una mujer sola recorriendo los caminos a pie. Si viajaba con Piztka, no obstante, no estaría sola.

—Piénsalo —dijo él cuando Tess se recostó. Se enrolló formando un círculo cerrado y le echó su cola en la cara—. Hace mucho tiempo, propusiste ir en busca de las Serpientes del Mundo. Este sueño significa que Anazzuzia está lista para ser hallada.

Tess había estado realmente deseosa de emprender esa búsqueda, antes de que Val le arrebatara el futuro, todo su coraje y entusiasmo. Posó una mano sobre la arqueada espina dorsal de Piztka, quien sentía de plomo sus huesos debido al cansancio.

—Duerme, amigo. Decidiremos por la mañana.

Esa no era la única decisión que estaba aplazando hasta entonces.

Piztka se durmió con la barbilla apoyada en el tobillo de ella y no tardó en empezar a roncar.

π

No hay ronquido que se parezca al de los quigutl. Los grandes dragones roncan, claro, pero resuenan tan profundamente que el sonido es más táctil que auditivo. Los quigutl roncan con acordes, como tristes y desinflados acordeones con varias teclas trabadas, una canción que hace rechinar los dientes y pone la carne de gallina.

Seraphina habría podido identificar las notas exactas; Tess, por desgracia, tenía que soportarlo en la ignorancia.

Aunque no al principio. Estaba tan exhausta que se durmió con la respiración jadeante de Piztka..., por no hablar de sus nudosos pies en la cara, la cabeza espinosa sobre una pierna y su temperatura corporal, que era como la de un horno portátil.

Una vez que hubo dormido lo suficiente para vencer el cansancio, los ronquidos la despertaron y se le disipó el sueño. Reflexionó sobre las palabras de Piztka. «Después de todo, sigues siendo la misma», había dicho, como si le preocupara que se hubiese convertido en algo diferente durante los años en que no se habían visto.

Desde luego que lo había hecho. Una no sufría una caída tan dura como la que había sufrido ella y salía ilesa. Cuando era pequeña —cuando Piztka la había conocido—, aún tenía esperanzas de que, si se esforzaba, podía ser lo bastante buena para ver la Casa Dorada y vivir para siempre con Todos los Santos y Jeanne. De que tal vez su madre —o alguien, fuera quien fuese— estaría algún día orgullosa de ella e inclinada a decir: «Tess no era la dulce ni la inteligente, pero se las ingenió para ser digna a su manera».

Pegarle a un sacerdote no había sido digno ni bueno, ni siquiera del todo razonable; luego, ¿qué había colegido Piztka? ¿Que era tan infantil e impulsiva como siempre? ¿Que todavía aspiraba neciamente a ser como Dormidio, que respondía al mundo con los puños?

Pero Dormidio no siempre había resuelto las dificultades a puñetazos. Podía ser astuto cuando tenía que serlo, o cortés o escurridizo. La principal virtud de Dormidio era el ingenio. «Nunca hay que conformarse con intentar un único recurso, camaradas», solía decir.

Tess se giró, dejándole la manta a Piztka. Ya no quería seguir siendo Tess; Tess no equivalía a más que problemas. ¿Por qué no podía ser Dormidio a cambio? Allí y a las tantas de la madrugada, no le parecía una aspiración tan infantil. Ciertamente era mejor que morir.

Si Dormidio veía ante sí caminos imposibles, infranqueables, ¿se asustaría y temblaría y se echaría a llorar? Por supuesto que no. Buscaría algún otro recurso.

Tess se quitó de encima las partes de Piztka que aún la cubrían —un brazo dorsal, la cola— y se descolgó por la escala de mano del pajar. Abrió despacio la puerta del establo, encogiéndose con las protestas de los goznes, y salió muy rápido. Aunque persistía una fina luna cerca de la línea del horizonte, que proporcionaba algo de luz, no se hacía idea de la hora. Cruzó deprisa el patio de grava en dirección a donde recordaba haber visto ropa tendida.

Había llegado la hora, pensó, de su propia *muztapcia*.

La ropa estaba tiesa a causa del rocío. Encontró corpiños, calzones y una jaqueta acolchada, pero no camisas. Daba igual, eso serviría. Volvió aprisa al establo y se puso el atuendo sustraído.

—Yarr —masculló como un pirata al enfundarse los calzones. Le quedaban ceñidos en el trasero, pero se abrochaban con hebillas ajustables, y eso servía.

Solucionó el problema de la camisa con su pequeño cuchillo, haciendo una incisión a su propia enagua a la altura de la mitad del muslo y rasgando la tela al bies. Sus años de costura no habían sido en balde. Se metió la camisa en los pantalones y se probó la jaqueta. Era mullida y entallada, la mejor gala de alguien para los días de fiesta, y le comprimía y aplanaba los

pechos de manera alentadora. Nunca habían sido nada del otro mundo y tras el parto se le habían reducido aún más. No los echaría de menos.

«El pecado está impreso en la figura misma de la mujer», le gustaba decir a san Vitt.

Al demonio su figura, entonces. Sería una persona nueva con un cuerpo diferente.

Subió la escala del pajar con el cuchillo y la ropa sobrante, preguntándose qué hacer con su cabello. Los hombres solían llevarlo largo a menudo, sobre todo en Ninys. Pero ella no tenía una barbilla lo bastante prominente. Sus ondas oscuras le daban un aspecto demasiado suave y femenino.

Estaba sentada en el pajar, con las piernas colgando y el pequeño cuchillo en la mano..., y vacilaba. Era un paso serio; cruzado el límite, no habría vuelta atrás. Nunca se había considerado ligada a su trenza, pero por lo visto conllevaba una carga simbólica. Sería otra persona sin ella.

«Bien».

Tomó aire —¡determinación!, ¡decisión!— e intentó segar la maldita trenza. Cortó unos pocos mechones con renuencia, pero era como tratar de talar un bosque con una hachuela. Tess perseveró con obstinación.

Un gallo cantó en el patio de la granja. El tiempo pasaba y había progresado poco.

—Déjame a mí —la sobresaltó la voz de Piztka junto a su hombro.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Tess, y bajó las manos—. ¿Arrancármela de un mordisco?

Piztka le deshizo la trenza con destreza y Tess no tardó en sentir el olor acre a pelo quemado. Estaba utilizando su llameante lengua quigutl.

—No te muevas —dijo entre llamaradas.

El cabello caía como nieve blanda y humeante. Piztka, delicado y preciso, cogía los mechones de uno en uno, soplabla entre los cabellos y separaba la parte chamuscada próxima a la cabeza. En ningún momento Tess notó que la llama le rozara siquiera el cuero cabelludo.

Cuando Piztka hubo terminado, Tess se llevó las manos temblorosas a la cabeza. Parecía un melocotón aterciopelado. Acostumbrarse le iba a llevar su tiempo.

—Debía haber robado un gorro.

—No necesitas gorro —dijo Piztka de manera categórica—. Estás preciosa.

Eso sí que no se lo podía creer nadie. Tess se dejó caer sobre el montón de pelo, riendo.

—Agradezco tus palabras —respondió por fin, secándose los ojos.

La puerta del establo chirrió al abrirse; Tess se incorporó alarmada. Un muchacho espigado, de un cabello pardo-ratón más enhiesto y despierto que cualquier otra parte de él, entró adormilado en el establo, arrastrando los pies.

Alzó una linterna y miró con ojos entrecerrados a través del polvo que había levantado Tess.

—¿Quién se está riendo? —dijo.

Piztka había trepado a las vigas del techo y se había escondido en las traviesas, dejando a la chica sola a la luz de la lámpara, inútilmente petrificada. Vaciló al borde de un ataque de pánico, pero sólo durante un instante. El muchacho era demasiado joven y escuálido para infundir temor. Se parecía a Neddie, aunque estirado; estaba claro que su cabello había

pasado la noche corriendo aventuras sin él.

Creería que era su igual, y no una joven asustada y vulnerable. Necesitaba interpretar ese papel.

Tess enderezó los hombros y dijo con altanería:

—¿Existe alguna ley que prohíba reír en los establos? No debemos reírnos en la iglesia, pero en un establo deberíamos ser libres de reír cuando nos plazca.

Habló con su acento más pomposo, esforzándose en adoptar un tono campanudo. Estaba elaborando mentalmente un personaje, alguien que llevara esas calzas y esa jaqueta con las botas. Las botas acapararon su atención. Con unas botas así, una situación ridícula no representaba ningún obstáculo. Podía despachar lo que fuera con una patada.

El chico, que tendría unos quince años, parecía confundido.

—¿Por qué estás ahí arriba?

—En realidad, estaba a punto de irme. Pensaba marcharme antes del alba. Me he escapado de casa y preferiría que no me viesen.

Los ojos bovinos del muchacho se agrandaron, como si él mismo hubiera pensado en esa posibilidad y sintiese cierto respeto hacia dicho asunto.

—¿No vas a echar de menos a tu madre? —preguntó un poco más sosegado. Estaba claro que el punto de fricción para él era su propia madre.

—Mi madre es Elga, duquesa de Pfanzig —dijo Tess, poniendo cara fúnebre—. Apuesto a que no me echará de menos, la vieja arpía.

Su espectador mostró el correspondiente asombro ante el parentesco de Tess o ante su audacia al insultar a la duquesa. Sin embargo, por sus ojos pasó una sombra de duda y Tess temió haberse sobrepasado. De hecho, iba

vestido de campesino, no como un hijo de duque.

No obstante, no era su ademán lo que tenía desconcertado al muchacho, sino una prenda concreta.

—¿Por qué llevas puesta mi jaqueta?

¡Por san Daan en un batán! Desde luego que la llevaba, y desde luego que él la había reconocido hasta con briznas de paja y de pelo adheridos. En primer lugar, era a rayas. Le dieron ganas de arrojársela a la cara, pero temía que descubriese que era chica, incluso en la semioscuridad. Su camisola era demasiado ligera para esconder lo evidente; la jaqueta era fundamental para su disfraz.

—La he visto fuera —dijo, manteniendo la voz severa—. Y me ha gustado su aspecto, así que la he cogido. Comprenderás que puedo hacerlo. Soy hijo de duque. Joven duque, si quieres.

El chico asintió con la cabeza, sin atreverse a llevarle la contraria, y durante un vertiginoso segundo Tess pensó: «Qué fácil ha sido. ¿Qué más podría llevarme por la cara?».

Una joven malintencionada podría haber exigido dinero o tributo. Una joven práctica podría haberle hecho jurar que guardaría silencio. Sin embargo, Tess era... un chico bondadoso. Le conmovió el inmerecido temor de sus ojos.

—Escucha —dijo suavizando la ampulosidad—, la necesito. He perdido la mía en un terrible percance de mi ropa exterior y no hay vuelta atrás. Pero mi padre el duque no querría que ningún molinero fuera sin jaqueta. Tráeme pergamino, pluma y tinta y le escribiré, ordenándole que te la retribuya.

El muchacho pareció horrorizarse y Tess se preguntó en qué se había equivocado. Él enseguida se lo aclaró, tartamudeando: —Yo no... soy

molinero, mi señor. Na más soy el que acarrea el grano.

Un criado. Le había visto durante la cena, ahora que lo pensaba, sirviendo a los hijos mayores del molinero. No podía traerle recado de escribir sin sustraérselo a sus amos.

—Entonces no vale —dijo Tess, y arrugó el entrecejo—. ¿Tienes un salterio de tu propiedad?

—Mi madre sí —respondió el chico.

Lo más probable es que fuera la cocinera.

—Corre y tráelo, entonces. Sin duda, los Santos me dejaron media página en blanco en la que escribir.

El chico se dio la vuelta para irse.

—Y trae algo de pan —reclamó Tess—. O alguna sobra de venado. O cualquier cosa comestible, en realidad. No soy tan melindroso como cabría esperar en un noble.

Tess no tenía con qué escribir, aunque el chico le trajese una hoja en blanco.

—Eh, Piztka —gritó hacia el canalón—. Puedes quemarme el pelo, pero ¿podrías hacerme algo de carbón?

—Tengo un poco en la bolsa de la garganta —respondieron las sombras—. Es bueno para el estómago revuelto.

—¿Los quigutl sentís náuseas? —preguntó Tess, divertida con la idea—. Coméis basura. Seguro que tenéis unas tripas de hierro.

—En efecto —dijo él secamente mientras descendía por la pared—. Pero en estos tiempos modernos en que nos atraen los atavíos de la *civilización*,

ponemos a prueba nuestra digestión con alimentos humanos. Con el queso, por ejemplo. Por lo general no comemos secreciones mamarias.

—¿Por qué no me dijiste en todos estos años que te estaba envenenando?
—chilló Tess, medio consternada, medio enfadada con él.

—Porque me gusta el queso.

Tess había empaquetado los bártulos, recogido el carbón de Piztka y bajado del pajar cuando regresó el chico. Este le dio una hogaza del día anterior y longaniza seca; luego le tendió el libro de su madre. Tess miró primero la contracubierta, pero estaba ocupada por un árbol genealógico trazado a mano. Aquel muchacho campesino —Florian, según lo consignado en el libro— era descendiente de condes samsameses por parte de madre, seis generaciones atrás. Tess se preguntó si le daría rabia saberlo.

Hojeó las páginas y encontró un espacio encima al dorso del cántico final a san Eustaquio, patrón de los difuntos, que tenía más páginas de poesía que la mayoría.

Cuando Tess y Jeanne se preparaban para damas de compañía, la clase más sorprendente había sido la de caligrafía; conocer diferentes tipos de escritura la capacitaba a una para pasar notas en la corte. Tess, que rápido comprendió las posibilidades para la arteria y la intriga, había aventajado con creces a su gemela al aprender diecisiete caligrafías frente a las ocho de Jeanne. Sabía exactamente cómo redactaría una carta el hijo de un duque, así que escribió con su letra masculina más elegante: *A mis reverendos padres, los duques de Pfanzig de Ducana:*

*Ruego entreguéis al portador del presente libro dos jubones
y tres pares de calzas nuevas (o su valor monetario equivalente)*

en recompensa a su gentileza conmigo durante el viaje. He dado fe de vuestra generosidad y cuento con ella.

Vuestro afectuoso y honorable hijo

Tess dudó con qué nombre firmar, pero supuso que sólo podía ser Jacomo, quien pronto emprendería el regreso al seminario de Villa Lavonda. Jacomo, resolvió, era la suerte de aguafiestas sin sentido del humor que mantendría su firma proporcionada y recta.

Sintió no poder falsificar la de Heinrigh, que probablemente utilizaría docenas de florituras. A Tess le gustaban las florituras.

—Hagas lo que hagas —le advirtió al muchacho, devolviéndole el libro—, no les digas a mis padres que estaba escondido en vuestro corral para las cabras. Si te piden una explicación, les dices que me caí del caballo, pero que ya estoy mejor y camino del seminario, que no tienen de qué preocuparse.

El joven Florian miró la nota con escepticismo.

—¿Entiendes lo que pone? —le preguntó Tess.

—No. Para mí, lo mismo puede poner que me ahorquen. —Era analfabeto pero astuto.

Tess se la leyó, señalando cada palabra con el dedo. Los jubones eran más bonitos que las jaquetas e iba a recibir más de lo que le había cogido.

Aún no parecía muy convencido.

—Le pediré al padre Barnard que la lea antes de llevarla, con perdón de vuestra alteza.

—Eres prudente y juicioso, Florian —dijo Tess afectuosamente, imbuida de fraternal ternura—. Haces bien en no confiar en *lord* Jacomo por la sola razón de su dignidad.

Florian regresó a sus quehaceres; Tess y Piztka salieron a las brumas del amanecer.

—Ha sido inteligente —comentó Piztka tras recorrer cerca de un kilómetro y medio por la carretera del río. El sol había disuelto la niebla; la grava crujía bajo sus pies—. De haber sido necesario, le habría mordido, pero es mejor así. No era más que un crío.

Tess se llenó los pulmones con el aire limpio de la mañana. No había dormido demasiado, pero estaba encantada con su indumentaria nueva y su nuevo yo.

—¿Has vuelto a pensar en Anazzuzzia? —preguntó Piztka, que la adelantó de un brinco y giró en círculo—. ¿Qué has decidido? ¿Qué, qué, qué?

Era pura gesticulación: arqueaba la espalda, subía y bajaba la cabeza, agitaba las espinas de la cabeza con optimismo (o tal vez quejumbrosamente) y sacudía la cola. A eso se le sumaba una gran emoción. Debía de haber un nombre quigutl para designar ese estado, un término muy peculiar y semipoético, como «cuando no puedes encontrar tu nido porque tus hermanos lo han cambiado de sitio para gastarte una broma, o cuando se rompe la cáscara y adviertes que el mundo es demasiado grande».

Tess sentía lo mismo que él, aunque no daba con el término goreddi.

No, no lo mismo que él. Piztka estaba preocupado de manera muy trascendental, como si fuera a hacerle estallar.

Tenía miedo de que Tess le dijera que no.

¿Tan importante era este viaje para él? Eso parecía. La joven no había captado la gravedad y no terminaba de comprender sus motivos, pero daba igual. Por supuesto que se prestaría.

Después pretendería convencerse a sí misma de que era una decisión bien meditada, de que había evaluado metódicamente las ventajas de viajar en compañía, además de satisfacer su inveterada e insaciable curiosidad, y una lucecita de esperanza de encontrar una Serpiente del Mundo antes que Val (dondequiera que estuviese, que el Cielo le diera un sopapo en su cara petulante); aunque todo eso no eran sino razonamientos retroactivos.

Piztka, su amigo más antiguo, que la había conocido cuando aún era ella misma, la necesitaba. Respondió con el corazón: —De acuerdo. Vamos a buscarla.

Tess casi esperaba que Piztka echara a correr en círculo, presa de una incontenible alegría quigutl. En su lugar, se quedó paralizado, sus tripas produjeron una convulsión, un gorgoteo, y a continuación vomitó a los pies de ella.

Tess retrocedió de un salto, alarmada. Piztka volvió a regurgitar, y luego una tercera vez.

—¿Qué te pasa? —exclamó—. ¿Es el queso?

—No, no —jadeó el quigutl—. Sólo es —chof— el exceso de emoción. —Glup—. A vosotros os pasa algo parecido cuando sentís demasiada alegría. Os sale por los ojos.

Tess le miró estupefacta.

—Te refieres a... ¿llorar? ¿Estás *llorando*?

—Claro que no estoy llorando —exclamó Piztka cortante, cada vez de peor humor a causa de las arcadas—. Es la analogía más afín. El cuerpo ya no puede contener más.

Calmaron sus accesos; se llevó un puñado de arena y grava a la boca, hizo

gárgaras con él y lo volvió a escupir. Tess se situó, protectora, junto a él, aunque no venía nadie por la carretera. Siguieron caminando cuando Piztka estuvo en condiciones.

—Seguro que quieres una explicación —dijo tras coronar otra cuesta.

—No tienes que decirme nada si te es demasiado doloroso —concedió Tess al recordar lo que tan cariñosamente le había contado él la noche anterior.

Las entrañas de Piztka experimentaron otro espasmo, como si le estuviera volviendo la náusea, pero se le pasó.

—Se trata de Karpez y de cómo *ko* murió. Siempre que recuerdo la historia, me pongo así y no puedo...

—Comprendo —susurró Tess—. No pasa nada.

—En lo respectivo al ahora, te diré que me salvas la vida por tercera vez.

—Si esto fuese un cuento infantil, la tercera vez significaría que se me concede un deseo.

—Por supuesto. —Piztka echó a correr camino arriba por delante de ella.

A pesar de que sabía, o creía saber, que el pequeño quigutl estaba siguiéndole la corriente, la joven se llevó una mano al corazón (notaba los latidos incluso a través de la jaqueta de Florian) y pidió un deseo con todas sus fuerzas. No los clásicos recursos piratas —venganza, fama o fortuna—, sino poder desprenderse del pasado como de una piel y seguir caminando sin nada, limpia y nueva.

La brisa le cosquilleó en la cabeza recién pelada, como en respuesta. Parecía una buena señal. Continuaría un día más.

8

Al principio, el mundo fue un fracaso.

Había querido ser útil, favorable y hermoso, un hábitat para las plantas y los animales, como había visualizado en su mente, pero no pudo llevar a efecto sus ideas. Se colapsó como una vanidosa bola de fuego y agua. Sin aire, sin tierra.

El sol y la luna lo miraban con desprecio desde arriba.

—Te jactabas de poder crear vida —se burlaban—. Pero ¿qué podría prosperar encima de una tormentosa ruina como tú?

Con todo, de entre las llamas y las tormentas sobrevivió una cosa: la memoria. El mundo tenía memoria de lo que una vez había intentado ser y fallado absolutamente. El recuerdo se endureció y enfrió formando siete ramales, y cada ramal se convirtió en una serpiente. Entonces el mundo tuvo miedo y no quiso el recuerdo nunca más, si bien no había nada que detuviese a las serpientes, nada que las controlase. Comieron fuego y agua, y los enfriaron en forma de tierra y aire, como los gusanos renuevan el suelo.

El mundo gritó de dolor y las combatió, pero las serpientes sabían lo que estaban haciendo.

—Resiste muy quieto —le aconsejaron al mundo—. Déjanos hacer nuestro trabajo, recorriendo tu interior como sangre y aire. Sólo cuando te hayamos cortado en pedazos podrás volver a ser un todo.

El aterrado mundo trató de creer en ellas. Dejó de luchar; aunque su ardiente corazón aún se estremecía, dejó que las serpientes hicieran su trabajo.

π

Aquella era la primera narración de las Serpientes del Mundo que Piztka le había contado a Tess, el comienzo de su prolongada fascinación. Tess nunca había oído un cuento así, claro e impreciso al mismo tiempo, crudo y violento. No tenía sentido y, sin embargo, lo tenía todo. Reclamaba escucharlo una y otra vez.

La segunda vez que Piztka se lo contó, las serpientes no eran memoria. Eran conocimiento. Tess le echó la culpa a su deficiente quootla, supuso que no había comprendido bien, hasta que Piztka le contó la historia de otra manera. Esta cambiaba en cada versión: las serpientes eran consciencia o desgracia, una plaga que sanaba o una oscuridad que traía luz.

Sólo hacia el final de su tiempo juntas, antes de que estallara la guerra, reunió la chica el valor suficiente para preguntar sobre los cambios: —¿Qué eran en realidad las serpientes?

—La palabra con que solemos describirlas es *zmepitlkikiu* —aclaró Piztka—, que significa «lo que mata toda palabra que intentes ponerlas». Es demasiado grande, demasiado terrible, demasiado excesiva. Puedes gritar palabras al vacío eternamente y no llenarlo nunca.

—Por eso las has llamado de un modo diferente cada vez...

—Para darte una idea de lo complicadas que son. —Hinchó la bolsa gular para aseverarlo—. A fin de cuentas, se comieron el mundo entero. Lo contienen todo.

Tess no podía estarse quieta y se armó de valor para formular la pregunta más importante: —Pero ¿son reales las serpientes o una simple leyenda?

Los ojos de Piztka giraron con perplejidad.

—Nada es simple en lo que atañe a las leyendas. Las leyendas son de lo más real.

—Pero... ¿literalmente real? ¿Podemos ir a buscarlas por el mundo?

—Por supuesto que podemos —respondió el pequeño quigutl.

—Pues eso es lo que quiero hacer —declaró Tess—. Seguro que no parecerán tan inmensas e incomprensibles cuando les echemos la vista encima.

—O puede que parezcan aún más incomprensibles.

—Será nuestra aventura más extraordinaria. Iremos en su busca cuando sea mayor.

—Desde luego que sí —asintió, aunque había algo evasivo en su semblante.

En ese momento, ignoraba que Piztka estaba a punto de marcharse para siempre.

π

Buscar a las serpientes había sido para Tess mucho más que un capricho infantil (aunque también lo había sido). Las serpientes eran como un espejo que reflejaba tus interioridades en vez de tu apariencia exterior, había sostenido Piztka a veces. En cuanto vislumbrabas la verdad sobre ti mismo, la comprensión era absoluta y por fin se podía estar en paz.

Había cosas que Tess quería comprender, respuestas que necesitaba, a pesar de no ser capaz de formular las preguntas con facilidad.

Eso no quería decir que los santos de su credo no proporcionaran respuestas. San Vitt, en particular, tenía mensajes ajustados a sus flaquezas:

«Sí, niña, tu misma naturaleza es imperfecta. Sí, mujer, tu cuerpo es la cuna del pecado y la depravación. Debes trabajar sin descanso, cada minuto de cada día, para tener alguna esperanza de ver la Casa Dorada del Cielo».

Esas respuestas no le gustaban, aun cuando temía que fueran ciertas.

Pero Piztka se esfumó. Llegó y terminó la Guerra de santa Jannoula. *Rafy* murió —descanse en los soleados almohadones del Cielo—. Tess creció inexorablemente, y alcanzó su estatura definitiva y su nueva feminidad a los trece años.

Hacerse mayor no le aportó otra cosa que tedio y desencanto. Es decir, lecciones de dama de compañía.

Una vez terminada la Guerra de santa Jannoula y restablecida la paz, el gremio de abogados convocó un comité de ética para examinar el primer matrimonio de papá. Mamá vio el futuro con la misma claridad de un augur: se avecinaban tiempos difíciles. Habría hecho lo que fuera para proteger a sus hijos, pero los hijos también tenían que tomar parte. Tess, como la mayor de las gemelas, habría de contraer un buen matrimonio, y el mejor lugar para encontrar un marido rico era la corte.

Las gemelas Dombegh tenían el linaje adecuado para desempeñar un servicio modesto: el hermano mayor de papá, Jean-Philippe, era un hidalgo de poca importancia; el abuelo de mamá, un conde ninysh exiliado. Aun así, Seraphina (el contacto de la familia en la corte) tuvo que hacer uso de todos los hilos a su alcance para que las admitiesen.

Llevó su tiempo; el capital político de Seraphina aumentaba muy despacio, e insistía en encontrar sendos puestos para las dos.

—Ya sé que sólo hay dote para una, pero estarán más felices juntas. Una dama de compañía mohína no conseguirá que nadie se fije en ella —había

dicho con sensatez.

Mamá había lanzado una mirada fulminante a Tess, como si le reprochara su predisposición a un hipotético fracaso en encontrar futuro marido. Aunque le molestó, Tess se enderezó en su asiento.

Después de muchas discusiones nocturnas —o voces, como se decía en casa de los abogados independientes—, mamá convenció a papá de que invertir en un curso de educación sería beneficioso para toda la familia. Doña Edwina, una baronesa viuda en dificultades, se trasladó a vivir a su ático para convertir a las niñas en genios de la etiqueta.

De pequeña, Tessie había envidiado que Seraphina tuviese preceptoras, pero, ahora que ella tenía una, lo odiaba. Los buenos modales eran un arte fastidioso y complicado. Había un sinfín de maneras de estarse sentada, algo hacia lo que ella sentía innato rechazo, y montones de fórmulas corteses que atañían a su propio rango en lo que se refería al rango de los demás. Había dieciséis clases de reverencia, todas ellas utilizadas en la corte.

Tess había oído hablar de media reverencia, incluso de un cuarto de reverencia, pero cinco dieciseisavos de reverencia era para morir.

—Al empezar, seréis doncellas de compañía o doncellas de cámara si tenéis suerte —explicó doña Edwina, que estaba arrugada como una pasa—. Con diligencia y una discreción impecable, podréis ascender a dama de honor, lo que significa que vuestra señora confía especialmente en vosotras. Seréis su confidente, custodia de su correspondencia y sus intrigas.

La imaginación de Tess ya había empezado a divagar; sólo conseguía permanecer anclada a su asiento practicando caligrafía eclesiástica o bordado de raso, pero escuchar al mismo tiempo las nimiedades de doña Edwina estaba más allá de sus límites.

Jeanne, por otra parte, preguntó radiante:

—¿Una doncella de honor es una doncella de la corte?

—¡Acertada pregunta! —exclamó doña Edwina, complacida de que fuese tan sagaz—. Una doncella de la corte tiene derecho a su propia doncella de compañía, mientras que una mera doncella de honor, no.

Más tarde, en su reunión a medianoche, Tess hizo que su hermana se lo explicara. Jeanne se puso nerviosa.

—Tienes que escuchar y tomarte esto en serio, Sisi. La familia entera depende de ti.

—¡Oh, vamos! —se había quejado Tessie, y le dio un tironcito de nariz a su gemela—. Si la familia confía en mí, entonces yo confío en ti. Somos nosotras contra el mundo. Siempre ha sido así.

En la penumbra, la sonrisa de Jeanne se volvió dolorosa. Tess trivializaba los problemas.

No obstante, Tess era pura baladronada. Cada día, mientras peroraba doña Edwina, se sentía más inútil e inepta, como si tuviese pegados encima un montón de harapos mojados. Por separado, cada uno no era nada, pero juntos pesaban una tonelada y la agobiaban.

La mayoría de edad iba a asfixiarla.

Fue el primo Kenneth quien inesperadamente le dio una idea de cómo librarse de los harapos del deber. Kenneth, de dieciséis años, era el ser bondadoso de cabello pajizo y mofletes sonrosados de siempre, sólo que de un metro ochenta y tres de estatura, y fornido a causa de su trabajo en la estiba. Después de la jornada en los almacenes de los Belgioso, solía gorronearle la cena a mamá, su hermana mayor, y repantigarse en el salón. A

veces incitaba a Tessie y Jeanne a jugar una partida de backgammon o de ajedrez. Las gemelas formaban un equipo ineficaz. Jeanne gimoteaba cada vez que Tessie se volvía demasiado agresiva, Tessie se resignaba para calmar a su hermana y Kenneth, el muy bribón, aprovechaba cada oportunidad.

Una tarde, mientras mamá llevaba a los demás hijos a la última misa, Tess se había quedado en casa, indispuesta por la menstruación, que parecía determinada a matarla. Por aquel entonces, llevaba cerca de un año sufriendola, mientras que a Jeanne todavía no se le había presentado.

—A cada una le llega cuando el Cielo dispone —había dicho mamá.

Tess, poco caritativa, deseaba que el Cielo hubiese elegido antes a Jeanne. Aunque le encantaba parecer años (en vez de minutos) mayor que ella por ser bastante más alta, los dolores y trastornos menstruales hacían que no mereciese la pena.

Se hallaba ovillada en el diván con una compresa caliente en los riñones cuando oyó que llamaban a la puerta.

—¡Papá! ¡La puerta! —gritó, pero su padre estaba en la biblioteca escogiendo algunos de sus queridos libros con idea de venderlos. Se arrancó del tapizado con un gemido y le abrió la puerta a Kenneth—. Llegas tardísimo —dijo con sequedad, ocultando la compresa caliente entre los pliegues de la falda para que no la viese, adivinase por qué se había quedado en casa y se sintiese incómodo o molesto.

—Imagino que no quedará nada para cenar. —Kenneth rozó a Tess al pasar derecho hacia la cocina—. Pero es que, Tespuco, no he comido desde mediodía y estoy hambriento.

Tessa-puco era «cabeza de chorlito» en ninysh; Kenneth le había puesto ese mote cuando ella tenía nueve años, después de que, en una de sus

travesuras, lo arrojara al río. Ahora era un término cariñoso que sólo le estaba permitido usar a Kenneth.

—¿Has salido con las gabarras nocturnas? —preguntó Tess, ciñéndose la dolorida barriga con los brazos mientras él escarbaba en la despensa. Cuando los Belgioso traían contrabando, había que descargar las gabarras de noche. Aun así, era temprano para haber terminado ese tipo de trabajo.

—Hmm, no —dijo Kenneth, ya a punto de terminarse una bandeja de bocaditos de salchicha con queso—. De hecho, me he largado antes de hora. Tío Leo me va a despellejar mañana, pero valía la pena. ¿Hay mostaza?

Tess localizó la mostaza, intrigada sobre qué consideraba él que valía la pena que lo despellejaran.

—¿De qué te has escaqueado, bribón? —Se frotó la parte inferior de la espalda. No sirvió de nada.

Kenneth, ajeno a su malestar, la miró enarcando las cejas.

—De la clase de astronomía.

Parecía difícil que eso valiera la pena.

—Ni hablar. Más bien habías quedado con algún chico en La Lamprea Viscosa.

—¡Por los huesos de los Santos, Tespuco, a ti no te mentiría! —replicó Kenneth. Se besó los nudillos y lo llevó hacia el cielo—. Era una conferencia pública en San Bert. Dos astrónomos, un saar y un humano, hablaban de utilizar lentes para observar el firmamento.

—¿Te refieres a un catalejo? ¿Como los piratas? —A Tess todo le recordaba a los piratas, incluso cuando tenía cumplidos los trece años, era más alta que su madre y ya debería haber dejado atrás esas bobadas.

—Es verdad, lo juro. Los dragones dicen que hay otros mundos ahí fuera y que se pueden ver incluso sin la lente. Son las estrellas itinerantes, las que los paganos tomaron por dioses y los Santos llamaron «linternas del Cielo». Son otros mundos, Tess, dando vueltas alrededor del sol.

Tess negó de forma inconsciente con la cabeza, no porque no le creyera, sino porque su imaginación ya se había encendido. ¡Otros mundos! A Piztka le habría entusiasmado la idea de surcar los cielos, explorando y merodeando otros mares como un Dormidio del aire.

—Todavía no me crees. —Kenneth se apoyó en la mesa de la cocina y se chupó los dedos—. Hay dos clases a la semana, abiertas al público. No siempre tratan sobre los cielos. La próxima es sobre electrostática, creo. Deberías venir conmigo.

Tess soltó una carcajada.

—¡Eso ni siquiera es una palabra! ¿Y cómo voy a ir? —Sintió una punzada en el estómago—. Mamá no me dejaría.

—Bah. No es un ogro. Yo puedo manejarla —dijo Kenneth con un ademán desdeñoso.

Kenneth volvió al día siguiente, haciendo un guiño intencionado a las dudas de Tess, y ayudó a recoger la mesa y fregar los platos, lo que despertó las sospechas de Anne-Marie. Después de cenar, cuando la familia se reunió en el salón —incluido papá, que por lo general se retiraba a su biblioteca, pero no podía soportar ver los huecos recientes—, Kenneth se derrumbó en una butaca y dijo lánguidamente: —Y bien, ¿cuál de mis primitos quiere venir conmigo mañana por la noche a San Bert para asistir a una clase gratis?

Nadie se levantó de un salto ni alzó la mano o gritó «¡yo!». Tess permaneció en silencio, petrificada para no dar ninguna señal ni hacerse

ilusiones.

Anne-Marie, que estaba zurciendo calcetines, frunció el ceño.

—¿Por eso es por lo que estás enfurruñado? —le preguntó a su hermano menor—. ¿Porque no quieres ir solo?

—Todo lo contrario, ya he ido solo. —Kenneth alzó la barbilla—. Gracias a mi audacia, he sido recompensado con cierta iluminación. He visto la luna de cerca a través de un telescopio.

Al oír esto, los jovencitos Paul y Ned aguzaron el oído.

—Tiene la superficie llena de agujeros, como picada de viruelas — explicó Kenneth con suficiencia—. Pero no lo distinguiríais mirando a ojo desnudo.

—¡Kenneth! ¡El lenguaje! —exclamó Anne-Marie, tapándole los oídos a Neddie con las manos.

—Es como dicen los astrónomos. Nada por lo que alguien deba sonrojarse. En cualquier caso, la de mañana no es tan escandalosa como la de observar la luna. Van a explicar electrostática, la energía que hace funcionar los artefactos quigutl. Habrá máquinas con las que podréis jugar.

Las últimas palabras se las dirigió a los chicos, a los que se les avivaron los ojos. Esta, comprendió Tess, era la estratagema de Kenneth para conseguir que asistiera: apelar a la indulgencia de Anne-Marie para con los niños —indulgencia que él recordaba bien de su propia infancia—.

Dio resultado. Paul y Neddie, subidos a las rodillas de mamá, reclamaban a voces poder jugar con los maravillosos artilugios.

Anne-Marie frunció el ceño, indecisa, pero Kenneth vio las hilachas de su resolución y empezó a tirar de ellas.

—Si no quieres ir tú, hermanita, a mí no me importa llevarlos. No les quitaré los ojos de encima; pero, si eso no te tranquiliza, quizá Tess tenga la amabilidad de ayudarme, así cada uno cuidará de un niño. No hay manera de que podamos perderlos. ¿Qué dices tú, Tespuco?

Tess, tespiana por naturaleza, sabía exactamente cómo responder: — ¡Siempre tengo que acompañar yo a los niños! Seguro que le toca a Jeanne.

—A mí no importa hacerlo —dijo Jeanne.

—No —replicó mamá cortante—. Tess acompañará a sus hermanos. Cuidar de los hermanos pequeños, Tess, es un deber que eludes cada vez que...

La niña reprimió una mirada de triunfo. Se sabía el discurso al dedillo, pero se quejó como si no diera crédito a sus oídos.

Fuera del campo de visión de Anne-Marie, Kenneth le hizo un guiño. Había acertado: era capaz de manipular a su hermana.

—Pero sólo es una clase. —Tess expresó su inquietud la noche siguiente, cuando recorrían las calles oscuras detrás de los niños, que iban brincando—. ¿Cómo vamos a convencerla la próxima vez?

—¿Aún no has asistido a la primera y ya quieres ir a la segunda? — Kenneth se rio—. Habrá un momento, primita, en que no necesitaremos convencerla. Se acostumbrará a que ir a San Bert sea algo habitual en ti. Y en caso de que eso falle, nos las ingeniaremos para sacarte a escondidas. ¿Te has descolgado alguna vez por la ventana?

Lo había intentado.

—Jeanne tiene el sueño ligero —refunfuñó Tess. Entonces se le ocurrió una idea radical. ¿Tenían que compartir ella y Jeanne la habitación? ¿Y si se

mudaba al antiguo dormitorio de Seraphina? ¿Se había vuelto su vida tan agobiante como para plantearse renunciar a su hermana y sus conversaciones nocturnas?

Tenía que hacer algo. Se sentía como un ratón en una ratonera.

Llegaron al Viejo San Bert, en el corazón de Quigatera. En otro tiempo, ese barrio se había cerrado al anochecer y sus puertas de hierro forjado se habían asegurado con cadenas. Después de la guerra, sin embargo, la reina Glisselda había decretado una iniciativa de normalización. Quigatera ya no se volvería a precintar, al final del día se impartirían clases públicas en la vieja iglesia y los ciudadanos humanos de Villa Lavonda aprenderían tanto filosofía natural como a no tener miedo de los saarantrai y los quigutl que pululaban alrededor.

Esa era la teoría. Las clases aún no habían adquirido gran popularidad.

Aquella en particular contaba con escasa asistencia, por lo que Tess y Kenneth llevaron a los niños a primera fila. Un saarantras, con su campana de plata prendida escrupulosamente en el hombro, se hallaba de pie en la tarima, detrás de una larga mesa cubierta de aparatos extraños. A su espalda destacaba una gran pizarra montada sobre un atril, donde su auxiliar, un joven de unos diecinueve o veinte años, garabateaba notas y diagramas con tiza.

Tess había conocido ya a otros saarantrai —el hosco tío de Seraphina, al menos—, por lo que el profesor dragón Ondir no le fascinó en demasía. Su monocorde tono de voz y la naturaleza esotérica del tema tampoco atrajo su atención; el duro banco hizo que removerse fuera casi inevitable. De hecho, la primera clase de Tess podría haber sido la última, de no haber tenido toda su atención polarizada en lo que el profesor tenía detrás.

Habían quitado el retablo, puesto que el edificio ya no era una iglesia, y lo habían sustituido por un enorme mural, regalo de santa Fredricka antes de partir a su hogar en los Archipiélagos. El fresco representaba las miríadas de criaturas de tierra, mar y aire corveteando en multitud. En el centro, un ser humano y un dragón se estrechaban mano y garra en señal de amistad. Todo estaba en movimiento alrededor de estos dos polos de quietud. Las aves parecían a punto de alzar el vuelo hacia las alturas de la nave; el océano, de sepultar los asientos. El uro saltaba con la rana y la abeja bailaba con el lobo. Era un mundo armonioso, inmortal. Un sueño.

Tess lo encontraba profundamente emotivo. Es más, aportaba color a todo lo que saar Ondir tenía que decir sobre electrostática.

—El mundo está formado de partículas infinitesimales, más pequeñas de lo que podemos ver o imaginar —empezó con voz nasal y átona.

Tess tuvo la sensación de que veía esas partículas como mosquitos y mariposas brillantes revoloteando en los cielos del mural.

—Las piedras de calamita se atraen unas a otras debido a una fuerza invisible llamada magnetismo —continuó el profesor en tono monótono, y la chica creyó verlo manifiesto en los bancos de caballas y las bandadas de estorninos, líneas de movimiento, atracción y repulsión, el gran círculo de la vida.

El mural hervía de vida. Quería ir derecha a ese mundo sin mirar atrás.

Paul y Neddie no pararon de moverse durante la clase, pero después disfrutaron con los aparatos. Paul hizo girar una manivela, que acumuló en una varita la carga suficiente para producirle a su hermano una sacudida repentina; Ned hizo brillar un tubo desplazando un imán por una bobina de cable y, a continuación, dejó caer la pesada calamita sobre el dedo gordo del

pie de su hermano.

Eso entraba en sus tonterías habituales. Tess ni se fijaba en ellos; reprendía al uno y consolaba al otro alternativamente. Sus ojos aún estaban fijos en el mural. En un ángulo había algo que no acababa de distinguir, una vaga sugerencia de espiral detrás de las focas, los cetáceos y los icebergs. Unas veces parecía agua, como si la engañaran sus ojos, pero otras estaba segura de verla.

Y cada vez le producía un estremecimiento. Sentía que en su corazón volvía a prender una llama, algo que los harapos empapados de estulticia casi habían apagado por completo.

—Disculpad —le dijo en voz baja al auxiliar del profesor dragón Ondir, un joven alto y de sagaces ojos azules que se había abalanzado a rescatar un motor helicoidal de las manos de Neddie—. ¿Qué es eso que hay en ángulo en el mural? No será una de las Serpientes del Mundo, ¿verdad?

—¿Serpientes del Mundo? —repitió el joven con voz ligera y alegre—. No he oído hablar de ellas.

Por supuesto, no conocía el nombre; era la traducción del quootla, lengua que nadie se molestaba en aprender.

—Un quigutl me contó historias —empezó, pero el muchacho la interrumpió: —Los quigutl no saben goreddi —dijo como si se lo estuviese explicando a una niña.

—Yo he aprendido quootla —replicó Tess con sequedad, irritada por su entonación.

—¿De veras? —Sonó sorprendido y contrito—. Sin duda, sois mayor de lo que aparentáis.

—Tengo dieciséis años —declaró Tess, que no los tenía.

—O sea, que no —concluyó él con descaro.

Tess reprimió una sonrisa, complacida en secreto por hacerse pasar por una chica de dieciséis. Eso era casi ser adulta. No se le ocurría que alguien de trece años que sabía quootla fuera más impactante aún.

—Hay siete Serpientes del Mundo —explicó Tess—. Y... mantienen el mundo unido. Tienen poderes extraordinarios.

Se avergonzó de lo absurdo que sonaba, como las criaturas mágicas del cuento de Dormidio. El joven no iba a tomarla en serio.

—Venid a ver la esquina del mural —dijo ella.

Le guio alrededor de la mesa y le enseñó la zona del cuadro que parecía confusa. Había rumores sobre las pinturas de santa Fredricka: se decía que se movían, lloraban o cambiaban; y, desde luego, la imagen daba la sensación de ir y venir de la manera más desconcertante.

El joven se apartó el rubio cabello de los ojos.

—Hay algo vago. Que me aspen si sé lo que es. —Se frotó la barbilla partida—. En los Archipiélagos, se cuentan historias sobre un monstruo que habita debajo del hielo. Como sabéis, santa Fredricka venía de esas regiones. Tal vez incluyera una alusión a las antiguas leyendas para divertirse. Los artistas suelen hacer bobadas así.

—Pero, si los pueblos meridionales tienen leyendas y los quigutl cuentan leyendas parecidas, ¿no creéis que puede haber algo detrás? —inquirió Tess.

—Los sabios dragones nunca han mencionado nada por el estilo. Si existiesen criaturas así, más grandes y poderosas que los saar, ¿no creeréis que...?

—¿Que los dragones admitirían que no son los monstruos más grandes del mundo?

La expresión sobresaltada del joven encendió una llama de satisfacción en el corazón de Tess. Le había hecho pensar.

—Los quigutl dicen que los dragones niegan la existencia de las Serpientes del Mundo porque no soportan ser los segundos en nada —añadió.

El auxiliar de Ondir sonrió, con visible alarma.

—Bueno, sois una pequeña filósofa muy poco ortodoxa. ¿Cómo os llamáis, si se puede saber?

Como por instinto, intuyó que no debía dar su verdadero nombre. A mamá le llegaría noticia de que había hablado con un joven. No estaba segura de que eso fuera un delito, pero mamá lo interpretaría así. No obstante, no estuvo bastante rápida en inventarse un nombre y dijo: —Therese Belgioso.

—Bonito nombre. —La sonrisa del chico se ensanchó y animó—. Bienvenida a las clases, Therese. ¿Acierto al deducir que os interesan los animales?

Piztka y Melo —¡cuánto los echaba de menos!— le acudieron al pensamiento, y se le hizo un nudo en la garganta, por lo que sólo pudo asentir con la cabeza con cierto vigor.

—En ese caso, permitidme que os ofrezca una invitación personal para mi charla sobre la megafauna de las montañas la semana que viene —le propuso el joven con los ojos centelleantes—. Confío en que vendréis.

Tess pugnaba por recuperar la voz y pensar en una respuesta coherente —decir algo digno de una verdadera filósofa no-ortodoxa de dieciséis años— cuando saar Ondir alzó la voz: —Valliant, termina de socializar. Necesito tu

ayuda con el pulsador antes de que estos niños lo estropeen.

Fue la señal para que recogiera a sus hermanos. Agarró a Neddie y Kenneth se encargó de Paul; abandonaron San Bert una hora más tarde de lo que habitualmente se iban a la cama los niños y emprendieron el regreso cruzando la ciudad.

—Quiero asistir a la conferencia sobre animales de la semana que viene —le dijo Tess a Kenneth.

—He visto cómo examinabas el mural.

Ella sintió como se ruborizaba en la oscuridad, aunque el tono de su primo no era insinuante.

—Hay docenas de conferencias sobre animales, exploradores que hablan de criaturas fantásticas de islas lejanas, y no sólo las conferencias públicas. Hay cursos (cursos nocturnos para la gente honesta que trabaja) sobre cualquier materia que se te antoje. Yo he pensado en asistir a uno sobre astronomía. No puedo trabajar en el almacén toda la vida —añadió en voz baja, de manera que las grandes orejas de los pequeños no alcanzaran a oírlo—. Lo detesto. Hablan de mandarme de cobrador porque soy fuerte. ¿Me imaginas rompiéndoles los dedos a los pobres que no pueden pagar?

Tess no podía; quizá Kenneth fuera egocéntrico, pero tenía un corazón bondadoso. Semejante violencia se lo destrozaría.

—Necesito alejarme de la familia —estaba diciendo. Los Belgioso siempre se referían a sí mismos como «la familia», como si no existiese otra—. Anne-Marie tomó la decisión correcta al casarse fuera del negocio, aunque tu padre haya resultado ser una elección peculiar.

Al oír esa calificación, Tess frunció el ceño. Mamá y él ya no se querían, si es que alguna vez lo habían hecho, pero era doloroso oírlo decir de forma

tan explícita.

—Si tú asistes a un curso, es posible que también yo asista a uno —dijo Tess.

—Juntos nos atrevemos a más, ¿eh? —comentó Kenneth sonriente, y le dio un codazo.

Por un momento, Tess se acordó con pesar de Jeanne, de «nosotras contra el mundo». Sin embargo, su hermana nunca había sido su compañera en hazañas; Piztka, sí, pero ella ya no estaba.

Tess podía soportarlo todo —todas las lecciones de urbanidad y moralidad del mundo— siempre y cuando tuviera alguna felicidad secreta, algo que le gustase que fuese suyo y sólo suyo. Salir de tapadillo para ir a San Bert era justo lo que necesitaba para darle un nuevo aliciente a su vida y, si de vez en cuando ayudaba a que se pusiera en contacto con jóvenes instruidos que respondiesen a sus preguntas y la trataran como si fuese una adulta, tanto mejor.

Guardó la palabra «megafauna» en su corazón como si se tratase de la llave que abriría su prisión.

9

Tess y Piztka siguieron el río hasta que dobló hacia el este, y entonces tomaron el camino del sur por encima de una loma. Más allá, el terreno se allanaba y se expandía. El cielo era inmenso. Tess, que había crecido en una ciudad, siempre había imaginado el cielo como una especie de techo pintado de azul sobre ella, pero allí era claramente una bóveda. Llegaba hasta el suelo.

Piztka había salido con ánimo juguetón, pero al atardecer empezó a mostrarse receloso. Dejaba el camino para reptar bajo los arbustos y las arroyadas, y no cesaba de volver la vista atrás.

—Nos están siguiendo —dijo por fin, emergiendo de un albañal.

A Tess, presa de pánico, la asaltó una idea:

—¡Papá!

Las espinas coronales de Piztka refulgieron.

—No. Mis hermanos. Ya sabía que algunos serían tenaces.

Tess entrecerró los ojos ante el resplandor. Detrás de ellos, el camino se extendía recto y desierto a lo largo de casi dos kilómetros.

—Yo no veo a nadie.

—Yo los *güelo*. Si el viento cambia, me olerán ellos a mí. Siguen mi rastro, así que voy a conducirlos a una persecución. —Saltó por encima de un muro de piedra a un pastizal, lo que provocó que unas ovejas se desperdigaran.

La planicie acababa en unas lomas irregulares, formadas por el curso perezoso de un río al abrirse paso. Tess reconoció el fenómeno por las clases

de geología, en las que se divirtió.

El camino cruzaba el río por un vado espumoso que puso a prueba sus botas.

Piztka no dejó que regresara al camino, sino que la condujo corriente arriba por donde el agua era somera.

—Si no consiguen oler nos enseguida, es posible que se rindan. —Iba sumergido hasta el cuello y nadaba con elegante ondulación serpentina—. A estas alturas, hasta el más porfiado se habrá cansado de seguirme.

La orilla estaba invadida de matas de cola de caballo y de lodo, que casi succionaba las botas de Tess. Salieron trepando a un soto, un bosque cuidado que hacía más fácil la marcha, y al divisar otra vez el camino ya casi había anochecido.

El soto abundaba en leña; Tess recogió un poco para hacer una hoguera y Piztka prendió fuego al montoncito con la lengua. Aunque no tenían nada que cocinar, el fuego disipaba buena parte de la oscuridad, y Tess, con ampollas en los pies y los músculos doloridos, necesitaba ahuyentar las tinieblas que empezaban a invadir su corazón.

Era la voz de su madre otra vez. Hoy había estado más callada, o Tess distraída; pero, en cuanto se puso el sol, se había encendido en su interior: «¿Qué haces aquí? No sabes lo más mínimo sobre supervivencia. Te devorará un oso».

Ah, la muerte. Sonrió sin alegría y pensó que podía postergarla de nuevo, al menos hasta por la mañana. No obstante, se sentía inquieta y le habría gustado tener un poco de vino. Sólo había agua y lo que les quedaba del pan y la longaniza de Florian, y algo de queso (se sintió culpable al darle ahora a Piztka). Comieron en silencio, y después Tess extendió la manta y se tumbó,

todavía intranquila. Estaba demasiado cansada para dar un paso más; aun así, tenía ganas de correr, de pegar, de dar patadas.

Era esa voz moscona todavía bordoneando. Dio un zarpazo al aire, lo que no le sirvió de nada.

—¿Por qué no me cuentas alguna historia de las Serpientes del Mundo?
—le pidió a Piztka.

Él avivó el fuego con un palo.

—¿Cuál? ¿La de la creación de los dragones y los quigutl? ¿De cómo los dragones le volvieron la cola a la verdad?

Se la volvieron, desde luego, recordó Tess irónicamente. El profesor dragón Ondir había negado la existencia de las Serpientes del Mundo y el erudito Spira, el archirrival de Val, había publicado trabajos demostrando su imposibilidad física. Los suficientes para hacer dudar incluso a Tess.

—Cuéntame una que pruebe que son reales, que no vamos en pos de una quimera. —Se acomodó con el hatillo debajo de la cabeza.

Piztka, un manojo de nervios por lo general, se calmó y se puso serio.

—Por una vez, acuclillémonos sobre el tiempo/no-tiempo, y empecemos
—entonó, y Tess estuvo a punto de soltar una carcajada.

Había intentado enseñarle a empezar los cuentos con «érase una vez». Por desgracia, dada su corta edad, no había sabido explicarle el significado exacto del modismo, así que Piztka se inventó una translación idiosincrásica al quootla. No concebía «vez» sin ir precedida de una acción, de ahí lo de «acuclillarse». Y ya que «vez» en ese caso indicaba intemporalidad, Piztka la había acompañado de su contrario¹

El quootla tenía un sufijo: *utl*, que podía añadirse al final de lo que fuera

—nombres, verbos, adjetivos, pronombres, pequeños roedores— y designar la palabra en sí y su contraria simultáneamente. No siempre se traducía al goreddi. «Vez/no-vez» casi tenía sentido; «azul/naranja» o «caer/subir» o «perro/lo-que-sea-el-opuesto-de-perro» eran perfectamente inteligibles en quootla, pero causaban perplejidad a casi todo el mundo.

Incluso a Seraphina, que la mayoría de las veces se negaba a ayudar a Tess a entender el habla quigutl, le desconcertaba el caso contradictorio.

—Es un neologismo quigutl ilógico —había dicho—. Los dragones de verdad no soportarían semejante sinsentido. Les implosionaría el cerebro.

Sin embargo, la imaginación de Tess en aquellos días era dúctil y se había conciliado con el uso, aunque nunca llegó a comprenderlo del todo.

—Acuclillados sobre el petulante rostro del tiempo-*utl* —dijo ahora Tess, dirigiendo una sonrisa a las radiantes estrellas.

Piztka cerró los ojos; su piel brillaba anaranjada a la luz del fuego.

—A las Serpientes del Mundo a veces se las llama las Muy Solitarias, pero no siempre fueron solitarias. Los grandes dragones y los quigutl convivieron con ellas durante una era de la tierra. Mucho después, los dragones las abandonaron en busca de la racionalidad; los quigutl se quedaron. Cuidamos de nuestras grandes madres hasta que nuestras alas se transformaron en brazos enjutos y nuestra feroz llama se hizo precisa y sutil. Dormíamos sobre ellas, piel con piel, y nuestros sueños se enroscaban y entrelazaban como el humo.

»Sé que son reales, Tezi, porque a todos nos duele su ausencia cuando estamos solos. En ocasiones, incluso soñamos con ellas si no tenemos cerca a otro quigutl.

—Pensaba que habías dicho que no podías soñar —dijo Tess.

—Lo era, porque soñaba en el nido, no a solas. Dormir amontonados silencia los sueños, acalla nuestra pérdida y nos hace olvidar que no debemos estar separados...

De súbito, una silueta oscura salió disparada de debajo de la maleza como el dardo de una ballesta y golpeó a Piztka de lleno en el costado, precipitándolo a la hoguera.

Piztka cayó con fuerza y esparció las ramas de las llamas, pero resurgió de pronto como un resorte. Su adversario siseó y arañó el suelo, con las espinas extendidas de furia, e intentó morderle el cuello. Rodaron en medio de una nube de polvo; los latigazos de sus colas dieron en el fuego levantando una lluvia de chispas.

Tess se levantó de un salto y se puso a dar vueltas alrededor de ellos, buscando una forma de detenerlos. No podía lanzarles agua; sólo tenía la que había en el odre. Arrojó su manta sobre el quigutl asaltante como si fuera una red y lo único que logró fue que se prendiera fuego una esquina.

Piztka, que había empezado con todas sus fuerzas, dejó de pelear. Rodó y quedó bocarriba, con las patas extendidas y el cuello estirado, en una postura casi vulnerable.

—¡Pelea, madre! —gritó su atacante con frustración. Era Kikiu.

—Ya he luchado —replicó Piztka en tono uniforme—. Hemos cumplido nuestra *fatlukez* y ahora hemos terminado.

Kikiu vaciló, jadeante, y a continuación mordió vilmente a Piztka en el muslo. Él profirió un chillido de dolor.

—Ahora sí hemos terminado —masculló Kikiu, escupiendo al fuego un trozo de piel de Piztka.

La sangre plateada perló la pata de Piztka. Tess dominó su horror, tiró su bulto al suelo y empezó a hacer jirones lo que quedaba de su camisola.

—Los otros se han dado la vuelta en el río, pero yo he adivinado tu pequeña estratagema —dijo Kikiu.

—Eres lista, ¿verdad?

—Sólo quería hacerte cumplir con tus obligaciones —atajó Kikiu, que desplegó las espinas de su cabeza.

Piztka ignoró ese último destello de agresividad, pero Tess la fulminó con la mirada, deseando tener espinas en la cabeza. Le habría hecho una buena exhibición a Kikiu. Pero Piztka necesitaba ayuda, así que volvió su atención hacia donde era útil.

Piztka dejó que le vendara la pierna sin gritar ni morder, agotado todo su ánimo de lucha.

Kikiu se limpió la sangre de las garras con su lengua llameante y devolvió las ascuas esparcidas a la hoguera.

—Te marchaste antes de que pudiera enfrentarme contigo —reconoció por fin—. Lo hiciste a propósito, sabiendo que no conseguiría mi *fatlukez* a menos que te siguiera.

Fatlukez era el rito de iniciación a la edad adulta, recordó Tess: las crías luchaban con sus madres; después, quedaban libres unas de otras. Las espinas dañadas de la cabeza de Piztka eran consecuencia de ese combate.

—¿Acaso crees que no pensaba en ti? —preguntó Piztka con una mueca de dolor mientras Tess ataba los vendajes—. Cabe la posibilidad de que quizá no seas el centro del universo.

—Nunca tuviste intención de pelear conmigo —gritó Kikiu—. Has

abandonado el nido. ¿Qué clase de quigutl eres?

—Eso no era un nido —replicó Piztka—. Te habría aconsejado que lo abandonarás tú también, al igual que a sus falsos ideales, aunque sé que no lo harías. Te asusta tu verdadera naturaleza.

—¿Verdadera naturaleza? —exclamó con sorna.

—Búrlate si quieres, pero estoy haciendo lo que se me ha pedido que haga: ir en busca de las Más Solitarias.

Kikiu se sobrecogió al oír el epíteto, como si su madre acostumbrara a utilizar el nombre como arma; no tardó en recuperar la sonrisa desdeñosa y desvió su atención hacia Tess.

—¿Cómo te ha convencido Piztka para ir en busca de monstruos imaginarios? —dijo mordazmente, con los ojos como agujeros negros puestos en ella mientras sacudía la manta—. ¿Sabes por qué encadenamos a *ko* a ese banco de trabajo? Porque lo encontramos en el fondo del pozo más profundo de Puentefé, desfallecido a causa de una herida autoinfligida, envenenando con su sangre el agua de los ciudadanos.

Tess se quedó mirando a Piztka alarmada; Piztka no levantó la vista hacia ella.

—*Ko* podría haber muerto —añadió Kikiu— y al resto nos habrían expulsado de la ciudad. ¿Y por qué? Por una superstición estrafalaria basada en antiguas leyendas.

—Escogí un mal sitio. Estaba lo más lejos de la superficie que pude llegar —explicó Piztka con una mirada furtiva. Intentó tranquilizar a Tess—: Fui convocado; lo oí en mi sueño. Hay una leyenda muy antigua que dice que, cuando las Serpientes del Mundo nos piden que regresemos a ellas, debemos acudir...

—Y cuando las encontremos, el mundo se acabará —añadió Kikiu—. Pasas por alto esa parte.

—No tiene por qué acabar —replicó Piztka, ahora en tono suplicante—. Las leyendas dicen que acabará el singular-*utl*. Esa palabra está plagada de interpretaciones posibles.

—¿Qué es más singular y plural que el mundo mismo? —dijo Kikiu.

—Las Serpientes del Mundo —respondió quedamente Piztka—. O aquel que las busca.

—¿Estás oyendo, humana? —Kikiu se giró hacia Tess—. Mi madre pretende matarnos a todos o morir, o puede que ambas cosas. Tú, más estúpida todavía, has soltado a *ko* en el mundo; pero aun estando el mundo a salvo, ¿puedes soportar el conducir a un amigo a la muerte? Yo no podría.

Tess no respondió. Kikiu le había quitado el apoyo que sustentaba cuanto creía saber sobre el viaje de Piztka y la había dejado suspendida en el aire.

—Lo único que sé es que he sido llamado —alegó Piztka de manera casi inaudible, como partículas en el viento—. ¿Cómo voy a vivir con la conciencia tranquila si no contesto?

—Vives/mueres —dijo Kikiu con amargura, utilizando el caso contradictorio—. Como todos nosotros.

—Tú lo sientes —afirmó Piztka mientras volvía los ojos de soslayo. Su cuerpo débil y exhausto parecía fundirse en la tierra—. La desazón. El malestar. La insidiosa certidumbre de que nos hemos equivocado.

—Siento cosas peores que eso —dijo Kikiu, que echaba chispas por los ojos—. Tú no sabes ni la mitad. Pero yo cargo con ellas. Me someto a las reglas y no ando llorosa detrás de mitos ni fantasmas. —Se levantó de un

salto y se sacudió—. Mi *fatlukez* ha terminado y yo he terminado contigo. Ya no tienes ningún derecho materno sobre mí.

—Bien. Vete.

Kikiu escupió al suelo, les volvió la cola y huyó.

Tess juntó las manos alrededor de sus rodillas, indecisa sobre qué decirle a su amigo. Había estado luchando contra su propio deseo de morir, obligándose a seguir andando; qué farsa tan cruel sería que al mismo tiempo estuviera acompañándole hacia la muerte.

Piztka rompió el silencio:

—No es tan horrible como lo ha pintado Kikiu. Probablemente el fin del singular-*utl* sea una desintegración metafórica. O una fusión. Quizá sea la maraña de sueños que mencioné.

—Probablemente. Quizá —repitió Tess, golpeando a Piztka con sus propias palabras evasivas.

—Ha transcurrido un milenio desde que dejamos a las Más Solitarias —continuó Piztka mientras restregaba su cuerpo en la tierra para hacer un hoyo donde dormir—. No pretendo saber qué pasará. Pero he sido llamado: tengo que ir. Ya sabes lo que es eso. Tú respondiste a la llamada de tus botas.

—¡Eso fue una broma! —exclamó Tess ofendida.

Extendió la manta en el suelo, tratando de calmar su irritación, pero sin conseguirlo. Tal vez ayudara la comida. Revolvió en su hatillo en busca de más y se alarmó al no ver nada. Volcó sus pertenencias en el suelo: sólo quedaba un queso; nada de dinero.

Se tumbó dispuesta a dormir, con el bordoneo de la voz de su madre machacando otra vez: «Te vas a morir de hambre. Eres una pésima amiga».

La historia no la había acallado; su desazón por Piztka y por la comida iba en aumento. Se notaba cada vez más tensa, como un resorte de amargura, hasta que no le quedó más remedio que descargarla.

—¿Debería haber dejado que el huevo te matara? ¿Es lo que en el fondo querías? —soltó Tess, y se sintió cruel—. Si no, ¿por qué llamaste a tu hija Kikiu, «muerte»? No creas que se me ha escapado ese morboso detalle. Vaya nombre para andar con él. No me sorprende que esté resentida contigo, cuando la obligas a recordar que estuvo a punto de matarte por accidente.

Piztka abrió los ojos; se había quedado dormido.

—Kikiu no está resentida conmigo —dijo por fin, ignorando el resto de pullas—. Es más bien que... *ko* se ha hecho demasiado grande y se siente atrapada en su propia piel. La oprime. Tiene que desprenderse de ese nido contaminado, pero por supuesto *ko* no lo hará. Ha asimilado sus maneras artificiosas y, en cualquier caso, es más fácil echarme a mí la culpa. ¿Para qué están las madres, sino para cargar con las culpas?

Dicho eso, se dio la vuelta y se alejó del fuego, indicando de esa agresiva manera que iba a dormir, y dejó que Tess lidiara sola con sus complicados sentimientos. Estuvo un buen rato echada contemplando el cielo nocturno a través de las ramas, hasta que la fría imparcialidad de las estrellas apaciguó sus nervios.

π

A primera hora de la mañana, Tess se encontraba enterrando las cenizas del fuego cuando uno de sus puntapiés levantó dos trocitos sueltos de metal. Uno resultó ser una llave diminuta; al parecer, Kikiu la había escupido al suelo al partir. Abría la pesada argolla que ceñía el tobillo de Piztka.

—Qué amable por su parte —comentó Tess.

—Simbólico, en realidad —dijo Piztka, y arrojó la llave y la argolla a las cenizas—. Ahora soy completamente libre. No me puedo quejar.

Tess se había apropiado de la otra pieza de metal, un anillo de peltre, que debía de haber salido de su hatillo. Era evidente que la entrometida de Seraphina se lo había metido cuando ella no miraba.

—Piztka, sé sincero —dijo Tess, jugueteando con el zmib a su espalda—. Me dijiste que al viajar contigo te salvaba la vida. Kikiu ha asegurado que te estoy llevando hacia la muerte. ¿Cuál es la verdad?

A Piztka le tembló la bolsa de la garganta al tomar aire.

—Te dije que estabas *nombrando* mi vida, lo cual es parecido, aunque no lo mismo, a salvármela. Nos nombramos algo para hacerlo real, para dotarlo de significado. Tú puedes nombrar mi vida y yo aún podría morir. No se excluyen mutuamente.

—No haces que me sienta mejor —dijo Tess con tristeza.

—Entonces, ¿qué me dices de esto? —replicó Piztka—. Estarás nombrando también tu vida. Anazzuzzia sostendrá un espejo ante tu corazón, contestará lo incontestable, allanará el terreno irregular.

—¿Destruirá el mundo? —Tess aún seguía escéptica.

—El mundo es asombrosamente difícil de destruir —respondió Piztka con delicadeza—, mientras que salvarlo puede hacerse poco a poco. En cualquier caso, no tengas miedo. Nos estamos alejando de la muerte, no vamos hacia ella. La muerte está a punto de regresar a Puentefé.

Tess abrió aún más los ojos al oír el equívoco quootla y se le aflojó la tensión. Piztka preguntó si había algo para desayunar y ella sacó el último

queso.

Pero, ¡ay!, bajo la prístina corteza de cera, el queso estaba plagado de gusanos. Piztka lo engulló entero, incluso las larvas.

—Están llenos de queso. ¡Saben a queso!

Tess no tuvo valor suficiente para probarlo. Se dirigieron por un bosquecillo incipiente hacia el camino del sur, ignorando los ominosos rugidos del estómago de Tess y cualquier pensamiento de lo que tardaría en llenarlo ahora que iba sin una sola moneda.

En el bolsillo, el anillo reclamaba su atención.

10

Piztka, que tenía una caldera interna que alimentar, no se quedaba satisfecho con un queso agusanado. Rebuscaba en las cunetas que flanqueaban la carretera en busca de tubérculos y bulbos. De la barbilla le colgaban briznas de algas como una asquerosa barba verde.

Tess procuró no mirarle mientras comía ni olerle el aliento después.

Más avanzado el año, la campiña se convertiría en un banquete de cosas deliciosas: bayas, miel, cebollas silvestres, nueces. Los campos junto a los que pasaban, por desgracia, no tenían más que los primeros asomos, un verde indicio de la abundancia por venir, o estaban negros y empapados, pringados de estiércol (Piztka, de forma inquietante, se atiborraba de estiércol). Las zonas aisladas de bosque no contenían ningún tesoro comestible que Tess pudiera distinguir; las zarzas apenas tenían hojas todavía, y menos aún moras.

Podría haber ordeñado una oveja —no es que supiera cómo—. Lo pensó cuando caminaban junto a un pastizal, al ver mamar a los corderos recién nacidos y *no-ver* a Piztka recorrer la pradera a hurtadillas para comerse las placentas secas de las ovejas.

Estaba poniendo recelosos a los animales. ¿Podía matarte una estampida de ovejas? Aunque la respuesta fuese «no», estaba segura de que harían una excepción con ella. Esa sería una manera ridícula de morir, y ya había decidido que hoy continuaría su marcha. No se atrevía a arriesgarse.

Los retozones corderos, endémicos en la campiña goreddi en primavera, daban brincos en el aire por pura exuberancia, como agujijoneados por abejas de alborozo. Eran la encarnación de la felicidad sobre la hierba nueva. El corazón de Tess se animó al principio, pero, al cabo de dos días sin comer, sus cabriolas dejaron de hacerle gracia.

Al tercer día, estaba tan hambrienta que el anillo de peltre empezó a susurrarle: «Di una palabra y Seraphina vendrá a buscarte. Nunca pasaste hambre en casa. Nunca te salieron ampollas ni te rozó el borde superior de las botas».

—Calla, anillo —murmuró Tess entre dientes. De volver a casa, nada. Eso equivaldría a entregarse ella misma al convento.

«En un convento abunda la comida», le recordó el anillo con sensatez.

Cerca de ella, los corderos elevaron roncós balidos y lanzaron al aire sus estúpidas pezuñas en señal de asentimiento.

—¡Silencio, corderos! —exclamó Tess, y apretó el paso.

Pasada la loma siguiente, junto a un riachuelo rumoroso, se desplegó la finca de un acomodado aparcero, cuidada y bucólica, como salida de un cuadro. Los amorcillos no habrían estado fuera de lugar entre los melocotoneros en flor, ni un rayo de sol irrumpiendo entre las nubes para hacer resplandecer de oro las techumbres de paja.

Tess se detuvo en seco, pero no por asombro; le había llegado un aroma a pan recién horneado y la pura necesidad la paralizó.

—Piztka —medio susurró, y él apareció a su lado, como un magnífico dios-lagartija—. No es pecado robar cuando se tiene mucha hambre, ¿verdad? Seguro que el Cielo me perdonará, ¿no?

—¿Por eso no has comido? —dijo Piztka—. Creía que estabas ayunando para que se recuperase tu fauna intestinal.

«Fauna intestinal» no era una expresión quigutl. Incluso tras una profusa explicación: «Tus intestinos están llenos de bichos diminutos», los oídos de Tess se negaban a comprender. No podía ser cierto. Piztka le estaba tomando

el pelo.

—No quiero robar a siervos ni a villanos. Son pobres.

—¿Más pobres que tú? —preguntó con astucia Piztka—. No lo creo. De todos modos, rechazo «pobre» en tanto que es una creación artificial de humanos y dragones. El hambre, en cambio, existe; y una criatura hambrienta tiene derecho a comer.

De hecho, Tess estaba tan hambrienta que el olor a pan le mareaba. No era capaz de seguir el discurso de Piztka, pero sí podía seguirle hacia la alquería.

—Tú te apoderas del pan —decía como un general exponiendo su plan de batalla—. Yo me cuelo en el gallinero y en la fresquera. Me reuniré contigo en la otra orilla del arroyo, en ese conjunto de hayas.

Desapareció en la maleza de detrás del huerto. Tess se sacudió, esforzándose por concentrarse, y se deslizó furtivamente en el caserío.

Robar en casa de un aparcerero no era lo mismo que robar a los siervos, aunque Tess no veía la diferencia; para ella, toda gente de campo eran «campesinos». Un aparcerero no tenía tierra propia —perteneía a su señor—, pero sí era propietario de la casa y el ganado, y era libre de dejar la agricultura si quería. Los siervos se asemejaban más a los árboles: no podían desplazarse, no poseían otra cosa que sus hojas (por así decir) y podían talarlos a voluntad. Un aparcerero podía tener siervos a su cargo, que pertenecían a la tierra arrendada. El aparcerero se aprovechaba de su trabajo, supervisaba los pagos de deudas y las resoluciones de litigios, y ejercía de agente subcontratado para el señor del lugar.

Por lo tanto, esa vez Tess no robaba a un pobre de solemnidad. Aunque saberlo no le aliviaba la conciencia: el cerebro le hervía de admoniciones

bíblicas contra el hurto, servicialmente recitadas por la voz de su madre, mientras cruzaba con cautela el patio de la granja.

Habían vaciado el horno; una niña estaba sacando las cenizas con una azada. Tess pasó por detrás de ella, avanzando cuando hurgaba con la azada y deteniéndose cuando ella paraba. Todavía olía a pan, y no hacía falta tener la capacidad olfativa de un quigutl para saber que provenía de la casa principal.

La nariz la condujo a una ventana abierta y, dentro, a cinco perfectas hogazas que se enfriaban sobre una tabla. Tess estuvo a punto de alargar la mano, pero en el último minuto echó una mirada hacia arriba y vio a la mujer de la casa removiendo un caldero en el fuego. La chica se agachó con el corazón acelerado y aguzó el oído. La mujer tarareaba mientras trabajaba; el sonido no se aproximó. Tess se puso en pie a un lado de la ventana, fuera de la vista, y se asomó al interior con precaución. La mujer no se había movido.

Silenciosa como una sombra, Tess se inclinó sobre el alféizar y cerró los dedos sobre la hogaza más cercana.

Estaba ardiendo; hizo una mueca, pero no gritó. Volvió a cogerla con rapidez para evitar quemarse. Con la prisa, le dio con el codo al palo que mantenía levantada la hoja de la ventana y esta le cayó sobre el hombro. Ahogó un grito. La mujer se volvió, vio a Tess y bramó como un toro. La joven aferró el pan caliente con valentía, lo sacó de un tirón y dejó caer la hoja de la ventana.

A continuación, echó a correr.

No había tiempo para pensar ni calcular en esa huida. Vio vagamente a los peones y los evitó yendo por detrás del granero, del gallinero, del pozo, de una carretilla y de todo lo que podía interponerse entre ellos. Puede que la vieran o puede que no; corrían a la casa a atender los gritos de la mujer, y no

sabrían de la presencia de Tess hasta que llegaran a la cocina y oyeran lo ocurrido. Lo más probable es que luego pensarán: «Un momento, ahora que lo dice, he visto a un chico con jaqueta de rayas y toda la pinta de ser un bribonzuelo; tal vez debería soltar a los perros para hacerle salir».

Cuando llegó al bosquecillo de hayas donde Piztká dijo que se reunirían, le ardían los pulmones y veía chiribitas. No se atrevió a detenerse tan cerca del caserío. Siguió corriendo —o, para ser exactos, andando porfiadamente a trompicones— hasta que llegó a un redil, con un puente de tablas estrecho por el que las vacas, dada su corpulencia, evitarían cruzar. Se metió en la zanja, se arrastró hasta debajo del puente y se tumbó en la hierba jadeando. La luz del sol se filtraba entre las tablas alabeadas.

Cuando hubo recuperado suficiente el aliento, se echó a reír y, cuando ya no pudo reír más, se lanzó sobre el pan como un buitre sobre un cadáver hinchado. El interior humeaba y le abrasó el paladar, pero no le importó. Jamás en la vida había probado un pan tan dulce y exquisito.

Su cabeza descansaba en una hierba de hojas largas y finas; por encima de estas, el azul del cielo relumbraba de un modo sobrenatural a través de las tablas. Mientras masticaba despacio, reparó en una abeja que trepaba por una brizna de hierba sobre su cabeza. Contó sus rayas, asombrada de verlas yuxtapuestas a las rayas de cielo. Las de la abeja eran una advertencia; las del cielo, una promesa que no conseguía descifrar, y por un momento todo pareció conectado, la belleza dolorosa y el peligro inminente, la fragilidad de la abeja y su paladar escaldado, el sabor extraordinario del pan y el hecho de estar literalmente tumbada en una zanja.

El momento le produjo una impresión tan profunda que no lo olvidó nunca, aunque no era capaz de explicarlo más que con una sola palabra: *ahí*. Estaba ahí. Presente en sí misma. No lo había estado siempre, así que la

experiencia valía la pena.

Piztka le dio alcance poco después, con una fuente de hierro en las manos dorsales, además de huevos frescos, carne ahumada, una cuña de queso tierno y un tarro de mermelada de melocotón. No quedaba pan para la mermelada, pero Tess la extrajo alegremente con dos dedos y así se la comió. La abeja se había ido; de lo contrario, le habría alargado un dedo untado de mermelada, como si fuese una amiga.

Cerró el tarro y guardó el resto en su hatillo para más tarde.

—¿Todavía me están buscando? —le susurró a Piztka.

—Están buscando un quigutl —respondió él, con voz similar a un camino de grava—. Me deje ver y solté un rastro de almizcle para confundir a los perros. Procura ser más sigilosa, si no te importa.

—¡Ha sido mi primera vez! —protestó Tess mientras salía reptando de debajo del puente.

—Casi ha sido la última —replicó Piztka suavemente—. Supongo que mejorarás con la práctica.

π

Tess durmió mal esa noche, con la tripa llena y toda ella exhausta de correr y salvar peligros. Piztka la dejó dormir una hora entera antes de saltar sobre ella.

—He localizado varias entradas de cuevas mientras buscaba comida —exclamó, y se sentó sobre su pecho—. Hoy escogeremos la mejor y emprenderemos nuestro viaje a Anazzuzzia.

—Bufff —dijo Tess medio dormida. Había tenido un sueño espantoso: su

madre la había desmembrado, metido en una cesta y descolgado en un foso donde se ocultaba un monstruo, sin parar de reprenderla por haber elegido ser sacrificada de ese modo. Había estado tan hundida en el sueño y en el pozo que le costaba trabajo emerger—. Creía que lo habíamos emprendido ya —murmuró—. Y que Anazzuzzia estaba al sur. En Ninys. Debajo de un campo de trigo. —Una idea terrible le vino a la cabeza; intentó incorporarse, pero el peso de Piztka sobre sus costillas se lo impidió—. No pretenderás que viajemos a Ninys bajo tierra —dijo, dejándose caer de espaldas.

—No, no. ¿Recuerdas lo que estaba haciendo yo en Puentefé, lo que soliviantó a todo el mundo?

—¿Sangrar en el pozo? —Tess lo miró con recelo.

—Eso es lo que hacía, pero no es lo que estaba *haciendo* —replicó Piztka mientras se bajaba—. Estaba avisando a Anazzuzzia. No podemos acudir a ella sin avisar antes; no nos acercáramos nunca. Tengo que llegar a mucha profundidad para hacer... lo necesario.

Tess se incorporó, todavía recelosa. Piztka bullía de tics y contorsiones, lenguaje corporal que ella no conseguía interpretar del todo.

—¿Eso implica sangrar?

—Kikiu hizo que sonara peor de lo que es.

—Pues haz que suene mejor.

—Se llama *kemzikiemzlutl*.

Tess desenmarañó la palabra con cierta dificultad: un sueño dentro de un sueño, que era además lo contrario a un sueño dentro de un sueño.

—Tengo que llegar muy hondo y dormir —continuó Piztka—, y también sangrar, aunque sólo un poco. Eso hará saber a Anazzuzzia que estoy en

camino y ella, a su vez, me indicará con más precisión adónde debo ir. Espero.

La idea de la sangre hizo temblar a Tess, pero concluyó que se trataba de algún tipo de ritual, un sacrificio simbólico que no implicaba su muerte, y eso la tranquilizó un poco.

—De acuerdo —aceptó con más suficiencia de la que sentía—. Puedes intentarlo, pero si veo que peligras tu vida...

No había manera de terminar la frase. No tenía ni idea de qué haría.

Comió deprisa, recogió sus cosas y lo siguió hacia un riachuelo que se adentraba en la arboleda. No tardaron en llegar a un valle húmedo donde se abría la boca de una caverna bajo una cornisa desmoronada.

Tess nunca había estado en una cueva, a pesar de que en Goredd había innumerables. Aquella parte de las Tierras del Sur descansaba sobre una caliza blanda y estaba cincelada por las persistentes filtraciones de arroyos que confluían en ríos subterráneos, arterias invisibles del mundo. Según se decía, algunos eran enormes, más grandes que cualquier río de superficie, y corrían en la oscuridad no se sabía adónde.

Las cuevas eran un tema fascinante en las clases de San Bert, pero la entrada de esa cueva en concreto exhalaba un aliento a descomposición. La perspectiva de adentrarse en aquella desolada negrura le produjo un estremecimiento.

—¿Y si hay un desprendimiento? —le preguntó a Piztka, que enrollaba hojas secas de helecho en el extremo de un palo—. En las cuevas de roca caliza suele haberlos. El agua desgasta la roca y...

—No sabremos lo que nos ha golpeado porque habremos muerto —contestó él mientras ataba con firmeza las hojas de helecho con sus ágiles

dedos dorsales. Les prendió fuego con la lengua—. O lo sabremos y moriremos tras una larga agonía. No hay por qué preocuparse antes.

Le pasó la antorcha a Tess y se sumergió en la oscuridad sin mirar atrás.

Tess, harto desconcertada, se armó de valor y lo siguió.

La angosta y embarrada cueva se adentraba en la ladera de la montaña, y no tardaron en dejar atrás la luz del día. Por el suelo corría un arroyuelo cantarín; al principio Tess lo evitó, pero después concluyó que para eso estaban las botas. Piztka se adhirió al techo y reptó al revés. La joven cuidaba de no chamuscarle la cola con la antorcha, pero, si las llamas le acariciaban, no parecía notarlo. Culebreaba entre los pedúnculos de roca, ninguno lo bastante prominente para considerarlo estalactita. Tess se golpeó la cabeza dos veces porque iba con la atención puesta abajo: en el arroyuelo nadaban foxinos y una salamandra blanca y gorda. Entonces apoyó la mano en una roca y algo inquietantemente zanquilargo le corrió por encima.

Se retrajo con un respingo; la antorcha le reveló que se trataba de un grillo enorme y fantasmal, casi transparente. Y se rio de sus propias aprensiones. La oscuridad era total, más absoluta de lo que jamás había imaginado; y, curiosamente, le resultaba tranquilizadora.

Llegaron al final y emergieron a la luz del sol. Tess se sintió al mismo tiempo eufórica y apenada de haber salido tan pronto. Piztka parecía inquieto y espasmódico.

—No has intentado tu sueño-en-un-condenado-no-sueño —dijo Tess.

—No era el sitio adecuado —explicó Piztka mientras se restregaba contra la hierba—. No puedo lograrlo aquí.

A Tess no le importó. Apagó la antorcha y dijo: —Busquemos otra.

Había multitud de cavidades donde elegir. Examinaron dos más esa tarde, para inmenso placer de Tess; pero Piztka se decepcionó enseguida.

—Estas hendiduras de caliza se adentran muy poco —refunfuñó—. Sospecho que necesitamos algo más profundo.

La palabra le produjo a Tess un escalofrío de entusiasmo y de temor a la par. Más profundo conllevaría más peligro, sin ninguna duda; lo deseaba, pero también le daba miedo. Piztka, sin embargo, parecía haber terminado por ese día. De momento, Tess tenía que conformarse con ir más al sur. Siguió a Piztka a través de la hierba crecida, por un pedregoso campo de retoños, y volvieron al camino, al corazón del corazón del país.

11

Cada mañana, como se había prometido a sí misma en Puentefé, tomaba la decisión de vivir. Ya se le iba haciendo más fácil, aun cuando robar era difícil y peligroso, y no le hacía ninguna gracia. Tenía a Piztka y disfrutaba caminando.

Esa excéntrica búsqueda era una peregrinación, pensó. Piztka no lo había dicho de forma tan explícita, pero Anazzuzzia era algo más que megafauna para él. Se trataba casi de una diosa, lo que resultaba asombroso si uno sabía algo sobre los quigutl. No eran tan racionalistas como los grandes dragones, pero no era previsible que los reptiles tuvieran ninguna clase de religión. A Tess le habían enseñado de pequeña que la fe era exclusivamente humana.

La religión de los quigutl habría podido dar ocasión a una conferencia asombrosa en el Collegium. En ocasiones se imaginaba en el estrado frente al mural de santa Fredricka, dejando a todos mudos de asombro. Spira estaría en una esquina boquiabierto de incredulidad. Ondir (de manera inverosímil) se habría desmayado y Val...

Como siempre, en cuanto apareció Val se le cortó la imaginación; volvió al mundo real, donde Piztka zigzagueaba alegremente delante de ella.

Pese a los años de separación, Tess no había olvidado lo vivaracho y bullicioso que era Piztka, que no paraba de moverse. Le recordaba, de manera dolorosa, a *Rafy*; no porque él fuese ninguna mascota —idea ofensiva para un quigutl— o se pareciese físicamente al sabueso de patas largas y flancos estrechos. Juntos habían sido un trío de puros diablillos, retozando por el patio, explorando túneles bajo la ciudad. Habían formado un continuo, con *Rafy* en el extremo animal, Tess en el humano y Piztka demostrando de manera concluyente que no había gran distancia entre los polos.

—Si tienes personalidad, es que eres persona —le había dicho una vez Seraphina a Anne-Marie en defensa de la dragonidad. A Tess se le había quedado grabado. Para ella, tanto *Rafy* como Piztka eran personas; la principal diferencia radicaba en que Piztka podía hablar.

Piztka entendía el goreddi y tenía la suficiente idea del alfabeto sureño para deletrear algo de forma improvisada. Tess logró comprender el quootla rápidamente sin la ayuda de Seraphina.

Lo que venía muy bien, porque a Seraphina, espinosa como un cardo, no le gustaban los quigutl.

—No soporto oírlos —había dicho mientras afinaba su ud y sin mirar apenas a Tess—. Su lengua no es más que el mootya mal ceceado; me saca de quicio.

—No es mootya para nada —había replicado Tess con malhumor—. Tienen su propio idioma y se llama quootla; y tú no entiendes nada.

Aquella vez Tess llevaba toda la razón, y la embriagadora sensación que le produjo le había incitado a aprender el caso contradictorio, el futuro perfecto, las palabras secretas que los quigutl jamás pronunciarían delante de los dragones —lo que fuera que Seraphina no supiese—. Seraphina se lo tomó a mal; ella siempre tenía que saber más. Tenía que estar más enterada.

Mamá tenía la respuesta moral. Y Tess siempre estaba equivocada.

Cuanto más se alejaba, más incongruente le parecía.

Caminar estaba bien en sí; era bueno, justo y necesario. El camino le proporcionaba satisfacciones nada insignificantes. Todos los días veía algo nuevo: los tejados blancos y cónicos de los secaderos de lúpulo, una zorra con sus crías, un color desconocido en el cielo del crepúsculo. Cualquier cosa podía surgir en la siguiente revuelta; podía caminar eternamente y no llegar

nunca al final.

El camino era posibilidad, del estilo que había creído que no se le volvería a presentar en la vida, y la misma Tess era movimiento. El movimiento no tenía pasado, sólo futuro. Cualquier dirección en la que caminaras era hacia delante, y así debía ser.

Seguir caminando se convirtió en su credo; se lo repetía cada mañana tras decidir levantarse y existir un día más.

π

Sus días empezaban antes del alba, cuando las aves comenzaban a discutir. Tess tomaba cualquier resto de comida que le hubiera quedado mientras escuchaba la animada conversación pajarera de su alrededor.

El canto de los pájaros era un lenguaje, sin discusión. Distinguía las llamadas de las respuestas, la agresión y la capitulación, y la seducción. Advertencias. Arrebatos. Se preguntaba cuánto tardaría en aprender ese lenguaje sin las ventajas que había tenido con Piztka.

«Si hubieses prestado tanta atención a la familia y al deber como se la prestas a los estúpidos animales —dijo la voz de su madre en su cabeza—, tal vez no habrías sido una hija tan decepcionante».

Esa clase de pensamiento era la señal para ponerse en marcha.

—Ahora pongámonos en marcha —le dijo Tess a la mamá-de-su-cabeza, y echó tierra con el pie sobre las cenizas de la víspera—. Creo que voy a vivir un día más.

Había dormido en un huerto y las flores de los manzanos habían derramado sus pétalos sobre todas las cosas como una nevada. El intenso

rocío había hecho que se le adhiriesen a la manta y al hatillo.

No veía a Piztka; a menudo se levantaba antes que ella e iba en busca de comida. Emprendería la marcha. Piztka siempre la encontraba.

El sol empezaba a asomar de verdad; a Tess le encantaba cómo iluminaba primero las copas de los árboles, transformando las hojas en oro blanco. Detrás, el cielo era de un azul cálido, y al oeste la luna creciente se demoraba en las ramas como un pez atrapado en una red.

Como un delicioso secreto. Tess le lanzó un descarado beso.

El sol estaba muy alto y la luna se había ocultado cuando llegó a un caserío. Para una chica de ciudad como ella, no se trataba de un pueblo. No había iglesia ni taberna, ni fuente ni plaza del mercado, sino una serie de casas-establo en las que la gente vivía bajo el mismo techo que los animales, agrupada alrededor de un prado común. Los campos se cultivaban en largas franjas, de modo que ningún aldeano poseía la mejor tierra. Debajo del prado habría una antigua cámara abovedada, un lugar donde esconderse en caso de un ataque dragontino, ahora utilizado para almacenar el heno. Era una medida anticuada, al viejo estilo feudal.

En una esquina del prado se alzaba el horno comunal, como un cuenco de barro vuelto del revés, con el añoso encalado manchado de hollín. Eructaba humo igual que un pequeño dragón.

Tess hizo una pausa, ya con ardor de estómago. Si caminar era la mejor parte del día, robar era la peor, y lamentaba tener que hacerlo tan pronto. No se atrevía a pasar de largo por ese lugar. ¿Quién sabía cuánto tardaría en presentársele la siguiente oportunidad?

Piztka todavía no la había alcanzado y eso le preocupaba. Si estaba por ahí sangrando en una caverna él solo, se iba a enfadar de verdad. Tenían un

pacto.

Un pacto tácito, cayó entonces en la cuenta. Tendría que cambiarlo.

Con aire sombrío, inició la aproximación al horno. La mayoría de los campesinos, vestidos con capote y zuecos, trabajaban en las largas franjas de sembradío: esparciendo estiércol (la brisa lo confirmaba) y escardando plantas de repollo. Sin duda, habría alguien al cuidado de las ovejas del prado y echando un ojo al horno. Tess todavía no veía a nadie.

La aldea era un laberinto de cercas de piedra. La chica avanzó agachada, pegada a ellas, aunque era un inconveniente que no tuviesen portillo, sino sólo escalones de piedra salediza, ya que eran difíciles de subir discretamente. Asomó la nariz por encima de un muro, como un topo estudiando la situación del mundo de arriba, y a continuación se aplastó contra la parte superior y rodó a la siguiente parcela. De este modo cruzó tres muros sin divisar al pastor.

Al rebasar el cuarto, sin embargo, vio a dos chicas más o menos de su edad al otro lado del prado comunal. Habían estado sentadas a la sombra del muro, conversando animadamente, y ahora se ponían de pie con unos cayados.

La vieron en el instante preciso en que Tess las vio a ellas.

Tess saltó y gateó a toda velocidad. Dobló una esquina y se escondió antes de que las muchachas llegaran a la linde del prado.

—Te hemos pillado espiando, Mumpinello —gritó una de ellas—. No puedes esconderte de nosotras en nuestra casa. Te haremos salir.

—Y después te atizaremos con un bastón —voceó con entusiasmo su compañera más baja.

Las jóvenes, que conocían bien su oficio, se subieron al muro y echaron a andar por encima, cayado en mano, inspeccionando los cercados.

Tess gateó frenéticamente; la única manera de esquivarlas era seguir adelante. Llegó a un callejón sin salida y luego a otro, hasta que sus únicas opciones fueron un albañal lleno de barro (que le estropearía la jaqueta) y una pocilga donde había una cerda amamantando a sus cochinitos. Las cerdas — hasta una chica de ciudad lo sabía— tenían fama de feroces. Y aunque no la mordiera, se pondría a chillar y la descubriría.

Había perdido aquel juego del escondite. Lo único que podía hacer era no empeorarlo.

Se incorporó, con las manos en alto en señal de rendición.

Las campesinas corrieron hacia ella por encima de los muros, con pies firmes como las cabras. Se acercaron riendo, lo que ella interpretó como buena señal.

—Oh, vaya; no es Mumpinello —dijo la muchacha más alta y corpulenta, recogiendo las enaguas tejidas en casa y saltando abajo para acercarse a Tess—. Confesad por qué entráis a escondidas, forastero. —Se echó las rubias trenzas a la espalda—. Y someteos a nuestro inflexible juicio.

—Este es el tribunal de las pastoras —intervino la más baja y morena con desparpajo. Se quedó en lo alto del muro, con el cayado a la altura de la cabeza de Tess—. Comportaos, villano. No quisiera tener que llamar a gritos a mi padre.

—Os puedo asegurar... —empezó Tess, pero la canija le atizó en la cabeza.

—Nada de palabras untuosas —atajó la moza que estaba junto a ella, que se llevó las manos a sus anchas caderas—. Las preguntas las hacemos

nosotras. ¿Por qué nos espiabais? Si era con intenciones lascivas, os lo advierto, os colgaremos.

—De las pelotas —chilló la pastora del muro; el perro pequeño que ladra más fuerte.

—Os puedo asegurar —el instinto ayudó a Tess a esquivar otro viaje del cayado— que no tengo ningún propósito ruin hacia vuestras personas.

En ese punto, las pastoras parecieron decepcionadas. Tess pestañeó desconcertada.

—Sólo quería un poco de pan. Tengo hambre.

—¡Así que pensabais robarnos! —exclamó la pequeña desde arriba, agitando amenazadoramente el cayado.

—Nuestro padre nos agradecerá que hayamos pescado a un bastardo robando —dijo la más alta junto al codo de Tess, casi susurrándole al oído—. No nos vais a convencer, ni a Blodwen ni a mí, de que os soltemos.

—En realidad —replicó Tess, cuyo padre era abogado—, habría sido hurto, no robo. El robo implica violencia, y yo no estoy preparado ni mucho menos para usar violencia.

Blodwen, sobre la cerca, alzó las manos; la chica que estaba al lado de Tess resopló con desagrado. Estaban intentando jugar a algo, comprendió Tess de improviso. Su captura era de lo más emocionante —como Mumpinello, quienquiera que fuese— y ahora las tenía decepcionadas.

—P-porque he abandonado mis antiguas maneras violentas —añadió Tess al punto, improvisando—. Después de matar al hombre aquel. Juré no volver a ser violento nunca más y me ordené sacerdote.

Las muchachas aguzaron el oído e intercambiaron una mirada

significativa.

—El viejo padre Martius —dijo Blodwen desde el muro, y asintió con teatralidad—. Puede que sea un asesino él también, Gwenda.

—Muchos curas tienen un pasado secreto —dijo esta, arqueando sus cejas trigueñas con tristeza—. Pero ¿qué hicisteis, padre? ¿Fue un crimen pasional o estaba calculado a sangre fría?

Tess, divertida porque la llamaran «padre», moldeó un gesto solemne con la boca con cierta dificultad.

—Pasional, por supuesto.

Las pastoras aplaudieron y sonrieron con morbosos regocijos. No se iban a dar por satisfechas hasta haberle sonsacado el último detalle del asunto. Carraspeó.

—Es una historia muy larga y os la podría contar mejor si no tuviese la garganta tan seca.

Las muchachas captaron ansiosas la indirecta. Blodwen brincó por el muro para llevarle algo de beber y Gwenda la guio por el paso de cerca al redil, donde podían sentarse a la sombra y seguir al cuidado de los corderos mientras Tess hablaba. Blodwen regresó con una taza toscamente tallada con poca agua —una no sabía bien si los curas tomaban cerveza—, pero estaba fresca y deliciosa, y Tess no pudo quejarse.

Tess se lamió de los labios las últimas gotas. Había tenido tiempo para pensar en una buena historia.

—Me enamoré de Julissima Rossa, esposa del duque de Barrabú, y ella de mí.

Era una aventura de Dormidio el Pirata; en el campo no habrían

importado los libros de cuentos porphyrianos. Las chicas escucharon embelesadas cómo Tess se había vuelto medio loca y había atacado al duque con su espada mientras desayunaba, sólo para hacer que Julissima Rossa se arrepintiera de su infidelidad al ver al anciano desangrándose sobre sus gachas.

«Hombre terrible y cruel —había exclamado Julissima Rossa, poniendo la punta de una daga enjovada sobre su pecho de ébano—. Habéis matado a mi esposo y me habéis deshonrado, y por eso os maldigo».

Las pastoras ahogaron un grito ante el suicidio de Julissima Rossa y se llevaron las manos al corazón, apiadadas, al oír que su familia le había negado la entrada al funeral.

—El hijo del duque aún me persigue —finalizó Tess—. Y llegará a los confines del mundo hasta obtener venganza, una deuda que pagaré con mi sangre.

—¿No os protegerá la iglesia, padre? —preguntó Blodwen con lágrimas en sus castaños ojos—. ¿No significa nada que os hayáis arrepentido?

—Importa un comino —dijo Tess con la voz algo entrecortada, afectada por sus propias figuraciones—. No se puede deshacer lo que ya se ha hecho. Un yerro momentáneo en una decisión y te has perdido para siempre. Tal vez debería arrojarme a una zanja y esperar a que me alcance mi destino.

—¡Nunca! —exclamó Gwenda con tal vehemencia que tres ovejas que pastaban cerca se sobresaltaron y se alejaron trotando—. Blodwen, tráele al padre..., umm...

—Padre Jacomo —la ayudó Tess con amabilidad, sintiéndose un poco ridícula por invocar al cuñado de Jeanne una vez más. Necesitaba una reserva más abundante de nombres de emergencia.

—Vamos a traerle algo de pan al padre Jacomo —dijo Gwenda, y se levantó con gran esfuerzo—. Sé qué provisiones no echará de menos tía Dee.

Se fueron volando y regresaron con pan, huevos y un tarro de remolachas encurtidas, todo envuelto en una pañoleta limpia. Tess sintió una punzada de culpabilidad: era un gran regalo de gente que no podía prodigarse demasiado. Empezó a tartamudear una disculpa, pero las muchachas no quisieron ni oírla. Acompañaron a Tess hasta el límite de la aldea, mirando en una y otra dirección del camino como si de un momento a otro esperasen ver venir atronando a la carga hacia ellas al joven duque de Barrabú.

—Ah —añadió Tess, llevándose pesarosa una mano al corazón—, si las cosas hubiesen sido distintas y no me hubiera ordenado, os daría un beso a cada una por vuestra generosidad.

—¿Habéis ingresado en una orden de celibato? —exclamó Blodwen, decepcionada al parecer.

—Pues claro, tonta —dijo Gwenda, y le dio un cachete—. Es un penitente auténtico y su crimen fue pasional a la par que violento.

—Pertenezco a san Vitt —declaró Tess, y esbozó una doliente sonrisa—. Para mí no hay medias tintas.

—Como debe ser, padre. —Gwenda hizo una inclinación de cabeza—. Que el Cielo proteja vuestro camino.

—Cuando pasen vuestros enemigos a preguntar, les diremos que no sabemos nada —saltó Blodwen cuando Tess se volvió para irse—. No os hemos visto por aquí.

Tess caminó de espaldas, despidiéndose con la mano, y después enfiló otra vez cara al sur.

π

Desaparecida la diversión de las pastoras, Tess se sintió extrañamente infeliz, una comezón en el fondo de su alma. Los campos de ranúnculos asintieron bajo el cielo del mediodía; ella pasó de largo, inadvertida, desenredando los sentimientos incómodos como deshace una tejedora su tejido.

Había estado tan metida en su historia que sin darse cuenta les había contado a las muchachas algo que era verdad: importaba un comino que se hubiese arrepentido. Un yerro momentáneo en una decisión y su futuro se había perdido para siempre.

Las pastoras, sin embargo, habían perdonado sus delitos —o más bien los delitos del padre Jacomo—. Había matado a un hombre en un arrebato de pasión; era un asesino, pero en él el pecado era adorable porque no había sido su intención, pobrecito. Era víctima de la intensidad de sus propias emociones, lo cual le hacía terriblemente romántico.

Y lo peor era que Tess también lo había sentido así. Había estado tan atrapada como las pastoras —de hecho, era su antigua historia favorita—, sólo que al mismo tiempo había cambiado algo. Una parte de ese cuento la incomodaba. Tenía la sensación de haber estado mirando con dos ojos diferentes: un ojo lleno de estrellas que aún veía el aspecto romántico y otro nuevo que había adquirido por el camino, un ojo lleno de...

Lleno de fuego, entendió. Su segundo ojo veía cómo se consumía la carne de la historia, sostenía los huesos de su propia narración y percibía la injusticia.

Ella también había cometido un crimen pasional, pero el suyo había

creado vida, mientras que el del padre Jacomo —en realidad, Dormidio el Pirata— la había arrebatado. En realidad, si hacía la cuenta exacta, el pirata tenía dos vidas en su posesión: había empujado a Julissima Rossa a quitarse la suya.

Así que ¿por qué Dormidio podía ser perdonado y Tess no?

Esa pregunta la sumió en una efervescente espiral de rabia. Arrojó el tarro de remolacha contra un árbol, y se hizo añicos, desparramando pulpa roja por doquier como si fuesen sesos, o como su corazón. Era un derroche tremendo, pero no le gustaba la remolacha, en cualquier caso, y quería ser despilfarradora.

O quería dilapidar... algo. Lo que fuera. Todo.

Piztka la encontró poco después y le aseguró que no había estado sangrando bajo tierra. Tess no escuchó más allá de eso. Se sacudió sus ruidosas preguntas y caminó entre brumas, sin apenas ver el camino. Cuando por fin se hizo de noche, se acomodó junto al fuego, todavía echando humo.

Piztka se dispuso a dormir, pero ella no podía. Las historias fundacionales de su vida le habían traicionado; el interior de su cabeza tintineaba con disonancia. ¿Quién tenía la culpa? ¿Sobre quién podía descargar su ira?

Probablemente la culpa era suya por ser ingenua. Eso sólo la sacó más de quicio.

De súbito, se le ocurrió que aún tenía el anillo de peltre. Cuando consiguió suficiente comida, dejó de llamarla para que regresara a casa, por lo que casi se había olvidado de él. Hurgó en su equipaje, lo encontró y le dio vueltas entre los dedos, deseosa, pero sin atreverse. Era noche cerrada, el momento más intempestivo para despertar a su hermana. Seraphina no iba a perder los estribos, no era propio de ella, pero seguro que diría algo que haría

saltar a Tess, y luego ella tendría que gritarle a alguien.

Eso le haría sentirse mejor.

Accionó el mecanismo. El zmib canturreó en su mano. Una vez, dos veces. Media docena de veces.

Al final, estalló una voz:

—¿Sisi?

No era Seraphina. A Tess se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Tess, eres tú? —Se trataba de Jeanne, su vocecita lastimera—. Seraphina me dijo que tenías tú la pareja del anillo, pero llamo y llamo, y nunca contestas. Por favor, ¿dónde estás? Estamos muy preocupados. Lloro todas las noches imaginando lo que puede pasarte por esos mundos. Mamá dice que te demos por muerta, aunque...

Tess arrojó el anillo lejos de sí, como si le quemase. El suelo arenoso impidió que rebotara. Le puso el tacón encima, lo aplastó y lo machacó, con la respiración acelerada e irregular. La voz de Jeanne crepitó y se desvaneció.

Una fría oleada de arrepentimiento la golpeó con fuerza. ¿Por qué era tan impulsiva? Debía haber hablado con su hermana. Jeanne lo estaba pasando mal y la culpa era suya; podía haberla tranquilizado, pero ese arrebató de rabia había... ¿Por qué había...?

«Mamá dice que te demos por muerta». Ahí estaba el porqué. Podía aliviar a todo el mundo haciéndolo realidad.

De pronto, Piztka saltó a la palestra gritando:

—¡Destruyelo! —Enfocó su llama sobre el zmib machacado hasta convertirlo en un charco brillante de metal fundido. Las hojas secas que había alrededor se prendieron. Piztka ejecutó una danza grotesca sobre sus patas

traseras, saltando entre las llamas, como la antigua pintura de un espíritu salamandra, con malicioso regocijo—. ¡Abajo los falsos y desalmados zmibs! —gritó hacia la oscuridad—. ¡Abajo los repugnantes beneficios que nos alejan de nuestra verdad y nuestro modo de vida! ¡Construyamos sólo lo que nos dicta nuestra naturaleza y seamos fieles a nuestra naturaleza por encima de todo lo demás!

Tess se sentó rígida, aterrada de sí misma y perpleja ante la reacción de su amigo. Este sopló aire frío sobre la masa fundida, solidificándola, y se la guardó en la bolsa de la garganta. Advirtió la mirada atónita de ella y añadió en tono tranquilizador: —Has hecho bien en destruir el zmib. Los fabrican en cantidad para venderlos en el mercado, como si pudiésemos comprar la estima humana si tuviéramos suficientes monedas. Yo te haré un artilugio mejor, dos artilugios mejores. Una vez que descubramos cuevas más profundas, querremos buscar cada uno en una dirección y así nos encontraremos otra vez. —Sostuvo la mirada de Tess—. Aunque eso no era por lo que estabas enfadada, ¿verdad?

—No precisamente —dijo Tess, ahora malhumorada y arrepentida. ¡Querida y triste Jeanne! Había tenido la posibilidad de darle consuelo, incluso de decirle una o dos palabras amables, pero había actuado antes de que su cerebro pudiera...

Era igual que darle patadas al mendigo de debajo del puente. En su interior seguía bullendo algo terrible, fuera de su control. Jamás desaparecía, ni siquiera mientras caminaba en silencio. Caminar sólo refrenaba su perversidad innata. No era un remedio. Tal vez no había ningún remedio. Había nacido mala, y arrastraba su malvada carcasa por el desierto en vano.

Se dejó caer con pesadez sobre la manta, desmoralizada, con la sensación de haber regresado de vuelta al principio. Mañana le iba a costar obligarse a

seguir caminando.

Piztka seguía a su lado; le rozaba la mejilla con sus dedos tiernos.

—¿Es por ese muchacho? —le preguntó sin venir a cuento.

—¿Qué muchacho? —dijo Tess. Le dio un cachete en las manos, a pesar de que su tacto era un consuelo. No merecía consuelo.

—Al que querías, el que te abandonó —respondió Piztka—. Llevas furiosa todo el día, desde mucho antes de que te llamara Jeanne. ¿Es él el manantial de tu ira?

Tess estaba segura de no haber dicho que Val la había abandonado. Ni siquiera utilizaba esa palabra cuando pensaba en Val; siempre decía que *desapareció*.

—Estás haciendo suposiciones.

—Deducciones —la corrigió Piztka—. Y por supuesto. Es mi deber como amigo.

Tess se retorció; había una piedra bajo la manta.

—¿Te acuerdas de la historia de Julissima Rossa? ¿De cómo se quitó la vida, arrepentida de su infidelidad, mientras que Dormidio, que había matado a su marido, andaba detrás de un tesoro como si no hubiera pasado nada?

—¿Adónde quieres llegar? —inquirió Piztka.

—¿Por qué perdonamos a Dormidio? —La voz de Tess sonaba como las ascuas del fuego.

—No comprendo la pregunta. ¿Quién perdona a Dormidio?

—Todo el mundo —contestó Tess—. Nadie dice: «Por los Santos del Cielo, este hombre es horrible», y deja de leer a partir de ahí. Si podemos

perdonarle por haber matado a un anciano, ¿por qué no podemos..., por qué...? —No podía terminar, no si quería mantener la compostura.

Piztka, confundido, ladeó la cabeza.

—Yo no puedo perdonar a Dormidio. Le mordería, pero a mí no me ha hecho daño, así que... la idea no tiene sentido.

Tess se dio cuenta por primera vez de que Piztka había dicho «perdono» con un marcado acento goreddi, como si no hubiera una palabra equivalente en quootla.

—¿No es un concepto quigutl?

—Nosotros nos mordemos unos a otros —explicó Piztka—. Viene a ser lo mismo. Elimina el veneno de tu organismo, de manera que deja de devorarte.

—¿Y si no puedes morder a quienes te han hecho daño? —preguntó Tess desconcertada—. ¿Y si... no sabes dónde están?

—¿Y si han muerto o son humanos? —dijo Piztka—. Entonces estás mordiendo-*utl*. Lo cual puede llevarte a la muerte: a la tuya, si tienes suerte, o a la de otro. Si no puedes morder a quien tienes que morder, acabas mordiendo a quienquiera que se te acerque.

Tess comprendió de pronto que ella había hecho eso. En la boda había sido la mordera más mordera, porque la persona a la que quería morder en realidad era... No. No iba a pensar en él.

Se había portado de un modo horrible. Se sintió peor de lo que se había sentido desde hacía semanas, como si todo se le viniese encima otra vez. En ese preciso momento, le hirió la voz de su madre, más adentro que nunca: «¿Arruinas la noche de bodas de tu hermana y después eres incapaz de

intercambiar dos palabras con ella? ¿Qué tal duermes por las noches?».

Desde luego, esa noche no dormiría.

—Piztka —medio murmuró Tess—, ¿qué haces si eres tú mismo la persona a la que más desesperadamente necesitas morder?

—Pues te muerdes —respondió él—. Con el pensamiento.

—¿Que me flagele, quieres decir? —dijo Tess con amargura—. ¿Que recite mi larga letanía de arrepentimientos? Lo hago constantemente.

Le hacía desear estar muerta. Se envolvió la cabeza con los brazos.

—No, no es eso —replicó Piztka. Su aliento le quemaba el cuello—. Me refiero a que te sujetes a ti misma. Reprímete. Aguanta con todas tus fuerzas. —El fuego crepitaba; los grillos cantaban—. Y luego suelta —le dijo el caliente aliento al oído.

Ella no contestó. Piztka regresó reptando al otro lado del fuego. Tess esperó hasta que le oyó roncar; entonces dejó correr las lágrimas.

Las críticas de mamá eran demasiado dolorosas para aferrarse a ellas y demasiado primordiales para dejarlas pasar. Eran la roca que había estado empujando montaña arriba toda la vida y tenía el palpito de que aquello no podía resolverse en una sola noche. Ni aproximarse siquiera.

Pero había muchas otras cosas que podría analizar con detalle si se lo proponía. Comportamientos concretos en que había sido horrible. Cosas concretas que había hecho.

«Val».

Val aparecía en su cabeza de vez en cuando y ella siempre le hacía retroceder a las sombras. Fue una etapa de su vida que prefería olvidar. Había sido estúpida e ingenua y...

Su misma renuencia sugería que era importante. Debía aferrarse a los recuerdos que no quería rememorar.

Y entonces, quizá, podría soltarlos al fin.

Invocó a Val en su cabeza deliberadamente por primera vez en mucho tiempo.

12

Aquella primera degustación de la libertad, en la clase de electrostática, a Tess sólo le había abierto el apetito. Las clases de dama de honor iban de tediosas a torturantes. No podía concentrarse en nada. Se le soltaban las puntadas, embarullaba los linajes y siempre utilizaba el tenedor equivocado.

—Hay remedios para la falta de atención —dijo doña Edwina al cabo de tres días—. Un golpetazo en los nudillos con una cuchara de madera hace milagros. Me limito a mencionarlo.

En realidad, no se limitó mencionarlo. La anciana hizo una demostración sobre los dedos de la joven poco después —cuando estuvo a punto de usar el tenedor de pescado para comer pastel de perdiz— y hasta Tess tuvo que admitir que era muy motivador.

Cuando llegó el día de la clase de megafauna, Tess se retorció como si tuviese hormigas por todo el cuerpo. Al final pudo salir y olvidarse de todo aquello durante un rato. Parecía que la noche no iba a llegar nunca.

Doña Edwina, cómo no, eligió esa mañana para ponerles un examen sorpresa sobre protocolo: «¿Qué grado dais al tercer hijo del Conde de Blystane? ¿Y a sus sobrinos?». Después de veinticinco reverencias con sus correspondientes florituras (Tess era consciente de que muchas de las cuales las había hecho mal, porque Jeanne las había estado haciendo en otra dirección), la chica perdió la paciencia.

En la siguiente pregunta, contestó que once dieciseisavos de reverencia, razonando que probablemente el Scion de Ziziba no sabía qué grado esperar, puesto que venía de muy lejos.

Por absurdo que parezca, la mejor floritura fue la de once dieciseisavos de

Tess; era la menos utilizada y, por tanto, algo gracioso y divertido de aprender.

Doña Edwina pareció tomárselo como un sarcasmo. No se equivocaba.

La anciana la agarró de una oreja y la llevó a un diminuto trastero del piso de arriba. No tuvo que decir palabra; Tess había estado allí antes. Entró y se sentó en un cofre diminuto, con las rodillas incómodamente encajadas entre montones de cestas polvorientas.

La viuda se quedó en la puerta, una franja de irritada oscuridad a contraluz.

—¿Crees que esto es un juego? —preguntó doña Edwina. Su voz sonó serena y acerada, como un cuchillo al ser desenvainado.

—No —contestó ella con hosquedad, frotándose la oreja dolorida.

—Y, sin embargo, te empeñas en no tomarte nada en serio —repuso la anciana—. Tú eres la que se tiene que casar, que el Cielo nos asista.

Tess se echó hacia atrás contra la pared.

—Ojalá no lo fuera.

—Te agrada la penuria, ¿no? Bueno, pues tu familia no está de acuerdo. Te guste o no, vas a ir a la corte y la única herramienta que tendrás a tu disposición es una etiqueta impecable. No tu belleza ni tu temperamento.

«A diferencia de Jeanne». Aunque no lo dijo, Tess sabía que las estaba comparando.

—¿Queréis decir que mi carácter es un estorbo? —respondió Tess con amargura—. ¿Que nadie podría amarme tal como soy?

Doña Edwina soltó un bufido de frustración.

—Lees demasiadas novelas. Nadie se va a enamorar de ti. No habrá ningún príncipe montado sobre un corcel blanco que caiga rendido a tus pies. Esto es negocio, no historias de amor. Sólo tienes que buscar un pretendiente convenientemente adinerado y luego convencerle de que serás una madre aceptable y no le pondrás públicamente en apuros. Eso es todo, Tess. Ese es el destino. Quédate ahí y resígnate. —Doña Edwina cerró la puerta del trastero, dejándola a oscuras.

A ella no le importó. Sin darse cuenta, la anciana le había dado algo sobre lo que meditar. ¿De verdad las novelas habían deformado sus expectativas y hacían que se sintiera insatisfecha con su suerte?

¿O eran su erróneo mapa de ruta?

A los trece años, había leído ya cientos de variaciones de este tema: a una princesa su familia le exige que se case con alguien terrible, ella se opone y es encerrada en una torre oscura (o cuarto trastero), y entonces Dormidio (o alguien así) viene y la rescata con la fuerza del amor.

El amor era la tradicional escapatoria de casi todo: de ogros, de brujas, de bandidos, de obligaciones tediosas. No les gustaría a sus padres, pero seguro que incluso ellos tenían que admitir que el amor lo conquistaba todo.

¿No se había casado papá con aquella mujer dragona, a fin de cuentas? ¿No se había casado mamá con papá? El amor había triunfado en cada ocasión, por muchos arrepentimientos que vinieran después.

Tess no era tan ingenua como para imaginar que su amor intuiría por arte de magia que estaba en aquel trastero. No era práctico esperar a un príncipe de verdad; y, en cualquier caso, ella no era una princesa de verdad. Si era ella quien debía salir en busca de su salvador, lo haría.

De hecho, ahora que lo pensaba, puede que conociera ya a alguien

apropiado.

Se levantó y dio unos ligeros golpecitos en la puerta. Doña Edwina descorrió el pestillo y abrió de golpe. Tess parpadeó deslumbrada.

—¿Y bien? —reclamó.

Tess mantuvo su expresión rigurosamente neutra.

—Entiendo lo erróneo de mis modales, doña Edwina, y estoy dispuesta a colaborar.

La anciana levantó una ceja con profundo escepticismo, pero la dejó bajar, incorporarse de nuevo al círculo de su favor. Tess necesitó toda su fuerza de voluntad para no sonreír.

π

Por fin llegó la noche.

Se descolgó por la ventana del antiguo cuarto de Seraphina, se reunió con Kenneth en el santuario de Santa Siucré y atravesó la ciudad con él. Kenneth parloteaba sobre su día en los muelles y Tess sonreía y asentía en los momentos oportunos, sin escuchar apenas.

Estaba demasiado enfrascada en sus expectativas. Esta noche podía cambiarlo todo. Tal vez.

«Por favor», le suplicaba a cualquier santo que pudiese estar escuchando.

El auditorio de San Bert se hallaba repleto hasta los topes, y no sólo de vecinos, para una lección gratuita. Varios jóvenes, estudiantes del Colegio de San Bert, habían llenado la sala para escuchar la charla sobre la megafauna. Tess advirtió lo entusiasmados que estaban, se sonreían y se daban codazos unos a otros.

Al parecer, el tal Valliant de Affle era un orador bastante animado, visto el murmullo de expectación que despertaba.

Era una cualidad que lo recomendaba. Tess iba tomando nota mentalmente.

No había asientos vacíos en la platea, así que subió al gallinero detrás de Kenneth. Los últimos dos asientos juntos estaban arriba, frente a la galería de palcos; pero, para cuando lograron cruzar entre la multitud, uno de los asientos tenía ya ocupante, un individuo delgado de nariz aristocrática y largos rizos oscuros.

—Por la lápida de san Masha —juró Kenneth—. Toma asiento, Tespuco. Yo me quedaré de pie.

—¿Vais juntos? —preguntó el joven caballero de cabello largo a Kenneth mientras Tess sorteaba con dificultad sus rodillas—. Tomad mi asiento y sentaos con vuestra acompañante. —Se levantó para cederle su asiento.

—Estoy bien —dijo Kenneth—. Sólo es mi prima.

—Por favor —insistió el individuo. Tenía aproximadamente la edad de Kenneth, tal vez un año más, y casi la misma estatura. Su rostro denotaba una inteligencia ágil; con el cabello suelto parecía sumamente guapo—. Es evidente que lleváis trabajando todo el día, mientras que yo he estado sentado asistiendo a un debate entre humanos y saar. Mi día ha sido cansino pero no cansado, si me comprendéis. Seguro que necesitáis el asiento más que yo.

—Me llamo Kenneth. —Se puso colorado hasta las orejas.

—Rynald, señor de Averbath —se presentó el joven con una sonrisa—. Sentaos. Tal vez me instale aquí en el pasillo, a vuestro lado. ¿Estuvisteis en nuestra conferencia sobre astronomía la semana pasada? Me resultáis familiar.

Kenneth estaba o bien impresionado por él como astrónomo, o bien tímido por su belleza. El caballero Rynald parecía encantado con su turbación, en cualquier caso. Tess suspiró soñadora.

Kenneth era adorable por naturaleza, espontáneamente adorable. Ella no iba a tenerlo tan fácil.

Se mordió el labio y centró su atención en el escenario.

Había sido un día de debates, como había dicho *lord* Rynald, y esta —la conferencia y acto público final— no iba a ser una excepción. Habían instalado dos tribunas. Val, alto y rubio, estaba en una, sonriendo y saludando a la gente del auditorio; tenía un montón de amigos (segundo tanto a favor para la evaluación, o tal vez tercero; seguro que el hecho de ser alto y rubio contaba también).

En la otra tribuna había una persona fornida de cara pastosa, vestida de manera ambigua con una túnica anticuada que le llegaba hasta el suelo.

—El investigador Spira, dragón —le dijo *lord* Rynald a Kenneth.

El profesor dragón Ondir levantó las manos pidiendo silencio. Los ruidosos estudiantes patearon y elevaron un último hurra antes de acomodarse.

—La última pareja de hoy, investigador frente a investigador, son mis dos candidatos al doctorado. El dragón Spira —ligeros aplausos y burlas— va a debatir con Valliant de Affle —ruidosos vítores ahora— sobre la megafauna de las regiones montañosas, si explotarla o protegerla, y la mejor manera de conseguirlo. Investigadores, adelante.

—Gracias, profesor —dijo en voz alta Valliant a la figura en retirada del dragón Ondir—. Por supuesto, se nos exige que omitamos a los animales montañoses más grandes de todos, los dragones; lo cual es como omitir a los

buitres en una controversia sobre aves, pero procuraré simular que no existís.

El investigador Spira intervino con una voz suave como la vitela: — Permittedme empezar por...

—¿Habéis oído algo? —exclamó Valliant. Su cohorte humana estalló en carcajadas.

Fue un comentario jocoso más bien estúpido, pero Tess se descubrió sonriendo por primera vez en todo el día.

—Nuestros profesores dragones nos aconsejan estos debates —le estaba diciendo *lord* Rynald a Kenneth. Tenía que gritar para que le oyera; Tess se inclinó para escuchar—. Su objeto es aguzar nuestras facultades críticas, pero una agudeza de ingenio es más contundente que el argumento más afinado. Hoy los dragones han sido aplastados en el ajuste de cuentas humano.

El investigador Spira inició su discurso, con voz quejumbrosa, nasal y estridente, a favor de la preservación..., postura contradictoria en un dragón, a juicio de Tess. ¿No les gustaba exterminar especies enteras? Tal vez sólo a la humanidad.

Más tarde, Tess no conseguiría recordar los argumentos de Spira. La voz del erudito era como una uña arañando sobre una pizarra y Valliant de Affle se pasó todo el tiempo poniendo caras.

«Grosero», pensó la joven. Tendría que haber sido una nota en su contra, pero ahí estaba la sonrisa otra vez, tirándole de las comisuras de los labios.

—¿Hay alguien despierto todavía? —dijo Valliant cuando por fin tomó la palabra. Su voz fue como una brisa marina favorable tras la calma chicha de la monocorde de Spira.

Tess lo habría considerado encantador si no hubiera estado argumentando

a favor de la explotación. Los grandes animales, según su tesis, no eran más que un recurso, y el Cielo los había puesto ahí para que los hombres los utilizaran como juzgasen conveniente.

—Por supuesto, excluyo a los dragones —dijo con un guiño malicioso—. Como estoy obligado.

Sus amigos del público se rieron, pero a Tess su exposición le pareció insensible y muy decepcionante. Él sabía que ella amaba los animales y eso la había inducido a creer, quizá por error, que también él los amaba.

—Y ahí lo tenéis, en el papel de provocador —estaba diciendo *lord Rynald*—. Sin saber lo que se pesca y con el público humano tragándose el anzuelo.

¡Ah! Sin duda era esa la explicación. Argüía para vencer, no para convencer.

Tess tenía que elogiar sus agallas, aunque parecía una forma peligrosa de conducirse.

Valliant apoyó las manos en el podio de oradores como si se dispusiese a lanzar la hipótesis más provocadora de todas.

—Para finalizar, permitidme sugerir, Spira, que quizá los dragones tenéis una razón oculta detrás de vuestra ética de la «conservación». —Alzó la barbilla y la voz—. Creo que existen animales, criaturas fabulosas, como seres salidos directamente de los mitos, que los saar tenéis interés en ocultarnos. —Hubo risas entre sus amigos, ante lo cual Valliant se mostró algo irritado—. Pensáis que estoy bromeando. Pero nuestras dos especies trabajan juntas en este Colegio aparentemente para compartir conocimientos y establecer confianza. Eso requiere buena fe por ambas partes. ¿Cómo va a ponerse nunca al día la humanidad si la dragonidad no nos cuenta toda la

verdad?

La palabra «verdad» resonó en el silencio de la sala y a continuación se elevó un murmullo de confusión. Sin duda, no había querido decir eso.

Spira, pillado por sorpresa, revolvió sus fichas de notas en el atril y dijo: —Ejem. ¿Cómo?

—Me refiero, naturalmente, a las Serpientes del Mundo —explicó Valliant.

Tess se envaró en el asiento, con los ojos muy abiertos. La había..., le había tomado en serio.

—Veo que ninguno de vosotros sabe de qué estoy hablando. —Val levantó las manos para calmar el crescendo de murmullos de desconcierto—. Los académicos goreddi nunca han profundizado en esto, pero yo he tenido una corazonada. La semana pasada, un comentario de una de nuestras mentes más perspicaces confirmó mis sospechas y me dio valor para hablar.

Se refería a Tess. «Una de las mentes más perspicaces» era una exageración, ridículamente enaltecida, pero a ella le llegó al alma de todos modos. Se llevó una mano al corazón.

Había dicho que no había oído hablar de las Serpientes del Mundo, aunque conocía la leyenda pelaguesa. Tal vez ella había entendido mal. Tal vez él no había atado cabos.

—Acudir a leyendas en busca de la verdad está pasado de moda —estaba diciendo—; pero ¿no han probado que nuestros propios santos son reales? Los antiguos sabían mucho sobre el mundo natural. Tal vez haya cosas que aprender cuando las viejas leyendas nos cuentan la misma historia.

»Mirad ese mural. —Hizo un amplio gesto hacia el mural que tenía detrás

—. Santa Fredricka incluyó alusiones a una criatura enroscada bajo el hielo, un animal considerado por el pueblo pelagués un dios en el pasado que guardaba el don de la profecía y el secreto de la eterna juventud. Pues bien, los paganos anteriores a nuestros santos hablaban de un monstruo similar bajo la tierra, cuya sangre podía sanar heridas y curar enfermedades. Si una de estas leyendas es aún en parte cierta, sería el mayor descubrimiento de nuestra vida. Si las dos son verdad, las posibilidades son inconmensurables.

Valliant hizo una pausa dramática.

—Amigos, este mundo puede estar plagado de grandes serpientes de incalculable poder y los dragones no quieren que sepamos nada de ellas.

El auditorio entró en erupción, y no en sentido aprobatorio. Los instructores humanos proferían gritos airados, escandalizados de que Val acusara a sus colegas de una cosa así. Las risas eran de dos sabores: burlonas y tremendamente divertidas. Los saarantrai, como era de esperar, observaban en un silencio sepulcral.

—No puede hablar en serio. —Kenneth tuvo que gritar para que se le oyera—. ¿Cómo van a existir semejantes criaturas?

Lord Rynald sacudió su rizada cabeza con desconcierto.

—¿Y no está buscando problemas al acusar de engaño a los dragones?

—Si el saar fuera propenso a la ira, tal vez —respondió *lord Rynald*—. Ni siquiera se molestarán en rebatirle. Bueno, no, Spira podría redactar un escrito. Spira es un poco pedante.

Tess, pinchada por su escepticismo, exclamó:

—¡Las Serpientes del Mundo existen! ¡Está diciendo la verdad!

Los hermosos ojos oscuros de *lord Rynald* parpadearon.

—Si vos lo decís.

Irritada, Tess apartó la vista y cerró los puños sobre la barandilla de la galería. Deseaba que Valliant mirara hacia arriba, pero cuatro amigos suyos se habían precipitado al estrado y cantaban una canción grosera sobre Spira (complementada con una coreografía) que debían de haber preparado con antelación.

Oh, Spira, acércate

y levanta tu faldón.

¿Eres hembra o varón?

¿O gordo y fresco ligón?

Ya es, Spira, asaz infernal

ser saar nada más.

De doncella es tu andar...

¡Lo que eres has de probar!

Spira, que estaba hablando en voz baja con el profesor el dragón Ondir, no les hizo caso. Tess se habría compadecido de él (¿o ella?, resultaba difícil decirlo) si la burla pudiese ofender los sentimientos de los dragones. Al menos, debía haberse escandalizado ante una canción tan soez, pero una vez más se descubrió luchando con una sonrisa.

Val era incorregible. Pícaro y descarado, y todo lo que le habían dicho a ella una y otra vez que no debía ser. Todo lo que siempre había admirado en Dormidio.

¿Qué haría él si se enterase de que estaba encerrada en una torre oscura? Apenas se atrevía a soñarlo.

Justo entonces, Valliant levantó la vista y se encontró con sus ojos desde el otro lado de la multitud. Se le ensanchó la sonrisa y le guiñó un ojo. Sintió que le invadía un calor de la cabeza a los pies.

La canción había interrumpido el hilo de los debates: no podía restablecerse la dignidad. Ondir hizo unas cuantas amonestaciones sobre las normas y el orden, pero nadie le prestó atención. El público, después de armar más escándalo del que cabía esperar, empezó a dispersarse.

Kenneth no parecía tener prisa por marcharse. Se reía y charlaba con *lord* Rynald al fondo de la nave, buscando pretextos para demorarse y seguir hablando. Tess permanecía a la espera, moviéndose nerviosa y lanzando miradas a Valliant, quien todavía estaba en la cabecera de la sala.

Pensó subir al estrado pero no fue capaz de hacerlo. Una Tessie de seis años lo habría sido, media vida atrás, antes de que le hubieran quitado a golpes la ingobernable fiereza. Antes de comprender para qué servían los modales y que no se podía causar buena impresión comportándose como una niña tonta y marimandona.

Se mordió el labio, luchando consigo misma. Reprimir su vehemencia no era una nimiedad.

Un momento después, Val cruzaba la sala hacia ellos. Tess no le miró directamente a los ojos, sino que desvió la mirada con recato, como le habían enseñado.

Aventuró una ojeada fugaz para comprobar si había causado buena impresión.

Él le dedicó una sonrisa cálida como el sol tras la tormenta. Tess nunca había sido objeto de una sonrisa así. Se había comportado como se esperaba de ella y había sido recompensada.

Podía hacerlo. Tenía los medios. Las posibilidades eran incalculables.

—Me alegra mucho que hayáis venido, Therese —dijo Valliant, acercándose—. Espero que hayáis reconocido el propósito de estimular de mi pequeño panegírico.

—Por supuesto. Os lo agradezco —contestó Tess, procurando mantener la voz firme y digna—. Me asombra haber sido de alguna ayuda para alguien como vos.

Eso era dorarle un poco la píldora. Se avergonzó, temiendo haber dado un paso en falso, pero a él no pareció importarle.

—Podéis incluso ser de más ayuda. —Su cabello rubio caía de forma atractiva—. La biblioteca de la facultad me ha sido de cierta utilidad, pero estoy seguro de que vuestro amigo quigutl os ha contado historias más provechosas que nada de cuanto haya descubierto yo allí. Me encantaría poder cotejar notas algún día.

Tess sintió mariposas en el estómago. Mariposas de verdad. Siempre había considerado absurda aquella metáfora, pero ahora las sintió.

—A mí también.

—¿Qué vais a hacer ahora? —preguntó él—. Podríamos ir al Mallet y Mullet.

Tess dirigió una mirada algo asustada a Kenneth, que estaba enfrascado con *lord* Rynald. Valliant se percató y dijo cordialmente: —Por descontado, vuestro amigo nos acompañará también.

—Es mi primo —se apresuró a responder Tess.

—Tanto mejor —dijo Valliant, recuperando de golpe su tono cálido. No había nada sugerente en su voz y, sin embargo, Tess se puso colorada.

—¡Val! —llamó *lord* Rynald, dándose cuenta por fin de que se les había acercado el héroe de la velada. Alargó una mano delgada, que Valliant estrechó con la suya, más grande.

Los dos eran más altos que Tess. Se sentía como un ratón.

—Muy divertido —dijo Rynald—. Ondir te hará pagar el haber humillado a su sapo mimado.

Val se encogió de hombros.

—Spira se humilla a sí mismo sólo con existir. Había que contar la verdad. Venid al Mullet, tú y tu amigo. Estoy reuniendo un grupo.

Minutos después, Valliant, Tess, Kenneth, *lord* Rynald y un puñado de amigos y gorriones estaban en la calle riendo de forma escandalosa. Alguien les arrojó un zapato desde una ventana, lo cual sólo les hizo reír más fuerte. Tess era la única chica del grupo, pero no estaba asustada. Kenneth no dejaría que le pasase nada —si podía sustraerse a los ojos de Rynald— y, en cualquier caso, ¿qué iba a pasar? Aquellos tipos eran encantadores; le hablaban como a una adulta y no como a una cría recalcitrante. Sentía cada año de los dieciséis que fingía tener.

Se sentía la reina del mundo.

Val pidió pasteles y cerveza ale para todos. Tess, que nunca había bebido nada más que cerveza ligera y vino aguado, encontró la ale demasiado amarga. Luchó contra las arcadas. Estaba fuerte y probablemente la haría achisparse, así que moderó el ritmo y se aseguró de comer suficiente pastel.

Los estudiantes de San Bert trasegaban con liberalidad y se mostraban más bulliciosos a medida que pasaban las horas. Contaban anécdotas de bromas gastadas a profesores y otros estudiantes, de las manías de Spira (que parecía una persona muy zafia y excéntrica). Cuando las historias derivaron

hacia las conquistas amorosas y las sospechosas inclinaciones sexuales de una profesora dragona, Tess se sintió incómoda y se puso a desmenuzar su pastel y a evitar las miradas de los demás. Valliant, bendito fuera, se dio cuenta y le dio una colleja al que tenía la palabra.

—Hay entre los presentes quien puede sentirse incómodo, animal.

Era considerado, cosa que le tocó el corazón. Le dedicó una fugaz sonrisa de agradecimiento y él se la devolvió decuplicada como lo habría hecho un espejo mágico.

Era tarde. Tess ya tenía claro que iba a estar destrozada por la mañana. Varios chicos se levantaron de la mesa lamentándose del horario temprano del laboratorio. Antes del mediodía todo era temprano, dedujo Tess; no veían a menudo la hora a la que se levantaba ella, a menos que lo hicieran desde la otra dirección.

Tess esperó a Kenneth, que estaba cuchicheando con Valliant y Rynald. Por fin se acercó su primo.

—Escucha, ah, Tespuco...

—*Therese* —susurró ella, dirigiendo una rápida mirada a Valliant.

—¿Ya somos adultos? —siguió Kenneth divertido, pero sin sarcasmo. No había dejado de sonreír en toda la noche—. Bueno, escucha, quiero hablar un poco más con Rynald...

—¿Sobre astronomía? A lo mejor te enseña su telescopio —soltó Tess sin poder contenerse. Estaba más entonada de lo que creía.

Kenneth la miró boquiabierto con incredulidad.

—¡Diablillo! Pero lo que quiero decir es que... ¿te importaría mucho que no te acompañara a casa?

Ella sintió una sacudida de pánico —no podía cruzar la ciudad sola en plena noche—, pero Kenneth se apresuró a añadir: —Val se ha ofrecido a acompañarte. ¿Te valdría eso?

Ahora sintió una sacudida distinta, pero la desterró de inmediato. No iba a dejar que Kenneth notase la menor sombra de entusiasmo en su expresión.

—Supongo que sí —dijo con calculada renuencia.

Y así, Kenneth se fue con Rynald —a mirar las estrellas, a mirar la luna, a mirarse mutuamente a los ojos— y Tess y Valliant se marcharon en la otra dirección.

—¿Puedo ofreceros mi brazo? —le preguntó Valliant.

Aunque ella anhelaba tomarlo, ¿no sería demasiado precipitado, demasiado prematuro? No podía arriesgarse.

Él no insistió, sino que caminó a su lado dejando una distancia prudencial entre ambos.

—¿De verdad creéis que existen las Serpientes del Mundo o estabais tratando de hacer que Spira pareciera estúpido? —soltó Tess antes de haber caminado dos manzanas—. *Lord Rynald* dice que no tenéis ni idea.

Adiós a mantener su vehemencia a raya. Estúpida cerveza. Seguro que a él le horrorizaban sus maneras directas, impropias de una dama.

Para su desconcierto, Valliant se rio.

—No he descubierto ninguna prueba de que existan las Serpientes del Mundo... *todavía*. Pero vale la pena investigarlo. Has visto lo mosqueados que estaban los dragones. —Tess se preguntó cómo podía saberlo—. Hasta en esta época de paz, siguen siendo nuestros rivales. Tenemos que aprovechar cualquier oportunidad para ponernos por delante. A saber —dijo al tiempo

que se acercaba más—, acudiendo a fuentes no tradicionales, folclore, testimonios quigutl y la vivaz e inesperada inteligencia de mujeres jóvenes.

Se refería a ella, que se estremeció gratamente.

Las estrellas brillaban de manera especial; era como una noche sacada de un cuento. Le habría gustado girar en círculos exuberantes, saltar, gritar, pero no podía permitírselo.

Tampoco podía dejar que él viera su casa, en cuya puerta una placa rezaba: «Dombegh»; de lo contrario, sabría que le había mentido sobre su nombre —y su edad—. Era bastante fácil enterarse de cuántos hijos tenía su padre y qué edades tenían. Tess condujo a Valliant calle arriba, al santuario de Santa Siucré.

—Es un santuario bastante pequeño como madriguera de los Belgioso —dijo él con fingida seriedad.

—Hay un túnel hasta mi casa. —Señaló hacia el otro lado de la calle en la dirección opuesta—. Entrar por ahí es más discreto que trepar por una ventana.

Siempre y cuando nadie hubiera echado el cerrojo de la puerta de la cocina. Elevó una breve plegaria.

—Os he retenido hasta muy tarde —dijo Valliant en tono solemne—. Confío en que no tengáis problemas.

—Nunca. —Sonaba optimista—. Gracias por acompañarme a casa, Valliant.

—Val para los amigos. —Le cogió osadamente la mano y la estrechó entre las suyas—. ¿Volveré a veros? Todavía me debéis algunos mitos quigutl, pero, sobre todo, me encantaría mostraros San Bert. Cualquier cosa

que despierte vuestra curiosidad, hacédmelo saber y os guiaré. Vivo encima del Mullet; fácil de encontrar.

—Entonces, os encontraré —aseguró Tess con lo que esperaba fuera una pícaro sonrisa.

Val presionó sus labios sobre sus dedos con la suavidad de una mariposa al posarse.

Tess sintió una efervescencia en el estómago.

—Perdonadme —se disculpó él, soltándola.

—No hay nada que perdonar —respondió ella.

Entró precipitadamente en el santuario y se apoyó contra la puerta para recobrar el aliento.

«Inteligencia vivaz». Todavía no se había recuperado.

Alzó los ojos a la imagen de madera que tenía delante. A santa Siucro siempre la representaban como una anciana marchita con la espalda encorvada y de ojos brillantes. Era una especie de santa silenciosa, del tipo en el que nadie pensaba demasiado, y era la patrona de Tess, para su infinita confusión. Habría preferido tener a alguien ingenioso y sociable, como san Willibald o, mejor aún, san Masha; incluso la imperturbable santa Gobnait de Jeanne habría sido preferible a esa anciana, maternal y olvidada santa, cuyo gran derecho a la fama se debía a que ayudaba a encontrar las cosas que una perdía.

Por primera vez, aquello le pareció oportuno. Era patrona de la memoria. Tess encendió una vela y la hundió en la caja de arena; dentro sólo había otras dos.

—Dulce santa Siucro —empezó, utilizando el epíteto tradicional. Era lo

deseable: todos los recuerdos debían ser dulces—. No permitas que olvide nunca esta noche —rogó, e hincó una rodilla—. Cómo me ha besado los dedos, cómo me ha tomado en serio, cómo me siento ahora mismo. —Hizo una pausa, con el corazón palpitándole esperanzado—. Creo que... podría amarle. Eso espero. Y quiero.

Se movió incómoda, con la rodilla dolorida por las losas. No sabía cómo terminar la plegaria; nunca había sido su fuerte atender en la iglesia.

—Bendícenos a todos por los siglos de los siglos, amén. Gracias. Esto... ¿Buenas noches?

Después encendió una segunda candela del santuario y la utilizó para alumbrarse de camino a casa.

13

—¡Despierta! ¡Despierta! —Piztka estaba otra vez pegado a su cara.

No era más temprano de lo que solía levantarse; sólo lo parecía, ya que se había pasado la mitad de la noche despierta, recordando.

—Se me ha ocurrido una idea —dijo el quigutl cuando Tess se hizo a un lado para alejarse de su aliento—. Ayer vi una casa grande mientras buscaba alimento. Allí tendrán los metales que necesito para fabricar los zmibs de los que te hablé.

Ella recogió sus cosas como atontada, demasiado soñolienta para discutir. La niebla matutina hacía que fuera difícil seguir a Piztka, el cual tenía que estar constantemente volviendo hacia atrás para que pudiese verlo.

Era como una máquina de movimiento continuo. Algunos amigos de Val habían intentado construir una, pero los aguafiestas de los dragones no dejaban de destripar el resultado: nunca iba a funcionar. A nadie le había ocurrido aparejar un quigutl.

A Tess le gustaba la niebla. En la ciudad, siempre la había considerado acogedora, al llenar el espacio entre los objetos conocidos y hacer que el mundo pareciera más cercano y pequeño. Era como un velo sobre una cara familiar.

Ahora no tenía ni idea de qué podía haber detrás del gris. Tal vez maravillas y peligros no imaginados; tal vez nada en absoluto. Se figuró que el mundo no existía, que la niebla se solidificaba a su paso y creaba las cosas sobre la marcha: un granero cuadrado, los dedos fantásticos de los árboles... Las brumas figuraban objetos y les daban vida a su paso.

¡Qué maravilla era adentrarse en lo desconocido e invisible! Nada estaba

engastado en piedra.

Después de toda la ira y el dolor de la víspera, era un profundo alivio.

La niebla aclaró lo suficiente para notar que Piztka la estaba guiando fuera de la carretera principal, por una derivación hacia el este. Estaba bien conservada, cubierta de gravilla, como el acceso de carruajes de una casa señorial.

Piztka había comentado algo sobre una casa grande, recordó ahora que estaba más despierta. Aminoró la marcha.

—¿Adónde vamos exactamente?

—No te preocupes. No hay nadie en la casa —respondió Piztka—. Hay un viejo guarda, pero...

—No voy a allanar una mansión. —La cuesta se hacía más pronunciada; la gravilla resbalaba bajo sus botas.

—Es más bien un pabellón de caza —replicó Piztka, como si eso fuera mejor.

Llegaron a la orilla de un río ancho y lento, en cuya oscura superficie danzaban las brumas. El camino acababa ahí y no parecía que pudieran continuar. Una gruesa cuerda, atada a un poste, se alargaba por encima del agua y desaparecía en la niebla, probablemente amarrada a algo en el otro lado.

—Es el transbordador —explicó Piztka—. Puedes desplazarte al otro lado con la cuerda cuando el barquero no está aquí para llevarte..., y no está, no temas. Lástima que la barca siga en la otra orilla.

Parecía el momento ideal para negarse. Tess se plantó igual que *Rafy* cuando llovía.

—Piztka, soy una pésima ladrona. Lo has visto con tus propios ojos. Se me han echado encima los perros una docena de veces. Tropezaré con un rastrillo o estaré a punto de caerme en el pozo. ¿Te acuerdas de aquella vez que espanté una bandada de cuervos y el granjero me persiguió con un hacha?

—Estaba a tu lado, atontando a los perros y haciéndole zancadillas al granjero —le recordó Piztka, que se enroscaba en sus tobillos—. Y te quiero aquí, Tez, por si algo va mal. Somos nido el uno para el otro.

—Me..., me honra que me digas eso. Pero una cosa es robar para comer...

—Yo me encargaré de todos los robos —aseguró Piztka—. Sólo será esta vez, te lo prometo.

—¿Y cómo vamos a llegar hasta ahí? —Dio una patada al agua con la bota—. No sé nadar.

—Agárrate a la cuerda del transbordador. Todo lo que se pueda mojar lo llevaré yo a la espalda.

El ofrecimiento no incluía a la propia Tess, por desgracia. Le tendió el hatillo y, con cierta renuencia, las botas. Ya que estaba, podía haberle dado las medias también y la jaqueta de Florian. A continuación, puesto que había ido tan lejos, decidió desnudarse por completo y darse un pequeño baño. No lo había hecho desde Villa Ranleigh.

—Me alegro de que hayas llegado a esa conclusión por ti misma —comentó Piztka, embutiendo la ropa en la bolsa—. No quería tener que decirte lo mal que hueles.

—¡Oír esto de un quigutl! —soltó Tess con sorna.

—Exactamente. —Parecía aliviado—. Sabes lo desagradable que es. Además, tu menstruación está al caer.

Tess se quedó helada, se encontraba estupefacta de que hubiese mencionado tal cosa.

—No dudes de esta nariz —dijo Piztka impávido ante la furibunda mirada de la joven—. Necesitarás prepararte, porque te resultará difícil mantener tu disfraz si tus bombachos...

—Basta de cháchara. Ya, por favor —espetó Tess, y se frotó los brazos porque tenía la carne de gallina.

Piztka se sujetó todas las pertenencias a la espalda, con las botas arriba, y nadó entre la bruma. Se perdió de vista antes de que Tess, que ya tiritaba, consiguiera meter los pies. El agua estaba fría y las rocas del fondo, resbaladizas. Anduvo con el agua hasta los muslos despacio, agarrándose a la cuerda de remolque. La corriente no era fuerte a esa distancia de la orilla, pero no le gustaba no ver el otro lado. Era como caminar por el inframundo.

El sol, que había estado indeciso en los árboles, se había elevado y empezaba a deshacer la niebla. Tess se sentía desagradablemente expuesta; el agua le llegaba sólo hasta las caderas.

A pesar de que debía soltarse de la cuerda, se agazapó en el agua poco profunda para no tener que verse a la luz el vientre blanco, el pecho plano. Su cuerpo la horrorizaba y avergonzaba. Era el epicentro de su maldad.

Y ahí estaba, en mitad de ninguna parte, completamente desnuda en un río. No aprendía nunca.

Se adentró más hasta que sólo tuvo expuestos la cabeza y el cuello. Había supuesto que podría agarrar otra vez la cuerda, pero colgaba fuera de alcance. La corriente tiraba y succionaba sus tobillos como un bebé, y enseguida se

encontró en una zona demasiado profunda, manteniéndose de puntillas, con la cara hacia el cielo. El peso del agua le oprimía los pulmones y sintió un acceso de terror.

Piztka había depositado las cosas en la otra orilla y regresaba a toda prisa para ayudarla a avanzar. No iba a llegar a tiempo.

Tess vacilaba; las únicas alternativas eran hundirse o nadar. Podría ser cualquiera de las dos. Hoy aún no había decidido si seguir caminando; Piztka la había hecho moverse antes de que ella hubiera podido hacer su promesa diaria. No iba a hallar una forma más fácil de morir que esa. Sólo tenía que dejarse ir, dejarse hundir y posarse en la oscuridad del fondo. Sería arrastrada y no la encontrarían nunca.

«Ser arrastrada» fueron palabras fortuitamente elegidas: la hicieron enloquecer. Había sido arrastrada una vez —¿no se había pasado la noche recordándolo?—. Se había dejado llevar, lo había esperado y deseado; así era como sucedía siempre en las historias románticas.

Nunca había vuelto a ser tan pasiva. Era muchísimo mejor elegir.

Había visto nadar a *Rafy*, años atrás, cuando el travieso trío descubrió un coraclo abandonado, como un caparazón de una tortuga, cabeceando en el río Mews. Piztka se había echado a nadar y había empujado el diminuto bote (pirata) hacia la orilla. *Rafy* no quiso tener nada que ver con el asunto. Tess embarcó al perro, que no paraba de gemir y en cuanto se vio libre saltó por la borda y salió a la orilla, sacudiendo frenéticamente sus flacas patas.

Si un lebrel esquelético podía nadar, ella también. En un ataque de optimismo, levantó las puntas de los pies y se hundió en el acto. Los oídos y la nariz se le llenaron de agua, pero imitó los aspavientos de *Rafy*: movía las manos en círculo, como las ruedas de un molino, y meneaba las rodillas

adelante y atrás, como las de un bebé. Contenía la respiración con confianza; cuando sacó la cabeza a la superficie, soltó un grito de triunfo.

—¡Ya voy! —gritó Piztka, culebreando en su dirección.

Tess, con tanta agitación, podía haberse cansado enseguida y haberse hundido, pero Piztka la alcanzó. La chica le agarró la mano dorsal y dejó que la remolcara hacia la orilla. El agua era como una caricia ondulante, como los dedos de un dios, como si en ella no sólo estuviera limpia, sino también renovada. Se dio la vuelta, con el pecho hacia el cielo, dejando que las piernas flotaran libres, y por un instante olvidó que se desagradaba a sí misma. Permitió que el sol y las nubes la vieran bien. Ella era el río, y el río no tenía nada de qué avergonzarse.

—Ya haces pie —dijo Piztka, pero Tess no quiso intentarlo. Había descubierto cómo flotar, con las extremidades extendidas como una araña de agua y la espalda arqueada hacia el sol.

Pasó el resto de la mañana nadando. Piztka no se quejó. De hecho, este —de nariz sensible— le lavó las ropas y las puso a secar sobre unas rocas. Cuando Tess salió finalmente del río, extenuada, con los miembros flojos y algo quemada por el sol, su ropa interior ya estaba seca, pero no los bombachos ni la jaqueta. Se vistió a medias, lo suficiente para que un transeúnte inexistente no se escandalizara, y a continuación utilizó la última lencería de repuesto que llevaba en el hatillo para hacerse tres pequeñas fundas, en forma de lunessas, para su inminente menstruación. Las relleno con musgo.

Cuando terminó, el sol ya había rebasado su zénit. Se disculpó por haber empleado el día entero, pero Piztka no se inmutó.

—Al menos, el guarda no olerá nuestra llegada.

—Te olerá a ti —dijo Tess, todavía molesta por ese asunto.

—Aunque lo haga —replicó Piztka sin aspereza—, no sabrá qué está oliendo.

Tess siguió a Piztka por un borde herboso, menos delator que el camino de gravilla. El pabellón no quedaba lejos; en realidad, de haber habido alguien vigilando en la solitaria torrecilla, habría podido ver a Tess bañándose en el río. Sintió una punzada de vergüenza innecesaria y tardía.

El pabellón de caza estaba absurdamente fortificado con murallas almenadas y un foso seco. Piztka guio a su amiga hacia el interior del foso, por una zona plagada de lo que resultaron ser ortigas (gracias a Todos los Santos por las buenas botas, pese a que las ortigas le irritaron las rodillas a través de los bombachos). Se metió en un agujero del terraplén; Tess lo siguió a cuatro patas.

—Descubrí esto ayer —aclaró Piztka desde la oscuridad de delante—. Pensé que a lo mejor bajaba a una cueva, pero sube a las cocinas.

—¿No podías haber cogido entonces lo que necesitabas? —preguntó Tess, ayudándole a abrir la trampa.

—No se me ocurrió hasta que aplastaste el anillo —se excusó él al tiempo que su cola desaparecía por la abertura.

Tess lo siguió hasta una despensa. Piztka, con la lengua encendida, encabezó la marcha hacia la puerta de la cocina, la cual tenía ventanas con mugrientos cristales en forma de rombo y un evidente problema de ratas.

—Ve a la parte delantera —ordenó Piztka—. Si viene el guarda, entrará por ahí. Vuelve corriendo para avisarme.

Tess no puso ninguna objeción. No quería saber qué robaba Piztka,

aunque fue lo bastante práctica para birlar ella misma algunos artículos de la despensa. Vagó por un corredor, pasando por habitaciones con muebles fantasmagóricos cubiertos con sábanas. Le habría gustado que los criados también hubiesen tapado las cabezas de ciervos de la sala principal; los propietarios de este pabellón hacían que *lord* Heinrich pareciese un aficionado.

Por fin llegó al gran vestíbulo de entrada, decorado con antiguas tallas de piedra: postes ogámicos, jefes de los hombres verdes y una «Marica Bostezante», eufemismo con que se denominaba a la estatuilla pagana, y no era porque tuviese la boca abierta. Probablemente habían sido diosas de la fertilidad en otra época, pero su verdadero nombre se había perdido con los siglos. Tess mantuvo la mirada religiosamente apartada.

Llevaba allí un cuarto de hora, admirando los tapices, cuando de repente una campana grave sonó en lo alto de la torre. Casi le saltó del pecho el corazón, aterrada de que fuera el guarda, pero en tal caso no avisaría. Tendría una llave. Debía de tratarse de una visita.

Una visita acabaría por irse o recurriría a la casa del guarda. Tess se acomodó en un banco e hizo caso omiso de los tañidos cuando volvieron a sonar. Ignoró también los golpes en la puerta y las voces. Sólo cuando oyó un ruido fuerte y áspero, como de carcoma, se preocupó. Algo estaba royendo la puerta; la luz del día empezó a filtrarse en una espiral alrededor de la cerradura. Tess se levantó de un salto, pero, antes de que pudiese echar el cerrojo, derribaron la puerta de una patada con un tremendo crujido.

—Ya te decía yo que el gusano de puerta iba a sernos de utilidad —dijo el de la patada a la puerta con voz ronca. Era un hombre alto de unos treinta años, enjuto y de brazos velludos, con cara de mulo enfadado.

—Pero ¿dónde vamos a conseguir otro? —se quejó un segundo individuo,

gordo y sudoroso, detrás de él. Ambos iban vestidos con mugrientos blusones y calzas de campesino; sus caperuzas en otro tiempo habían sido sacos de grano.

—La fortuna favorece a los afortunados, Rowan —dijo el alto, parpadeando mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra interior—. ¿Quién anda ahí?

A Tess se le había paralizado el ingenio junto con el cuerpo y era incapaz de pensar en ningún nombre salvo el suyo. No se atrevía a decírselo. Cuando consiguió tartamudear: «¿Q-qué queréis?», le salió una voz chillona y aniñada.

—Queríamos que nos abrieras la puerta, despreciable mequetrefe —espetó Rowan, el gordo—. Mira lo que nos has obligado a hacer. A tu señor no le va a gustar.

Su compañero de rostro equino sacó un cuchillo de una vaina del muslo, lo apuntó a la garganta de Tess y le sostuvo la mirada como esperando amedrentarla.

—Tú no eres de aquí —comentó con una seguridad sorprendente mientras hacía serpear la punta del cuchillo sobre su piel—. Un criado no es tan descuidado de sus obligaciones a menos que esté borracho. Eres un intruso... refugiado aquí.

Rowan se acercó. También él tenía un cuchillo ceñido a su carnoso muslo, aunque no lo había sacado todavía. Miraba porfiadamente al pecho de Tess, como si pudiese verla a través de la ropa.

«No puede saberlo», pensó a manera de plegaria, desesperada, tratando de mantener a raya el pánico.

—Bonita jaqueta —dijo Rowan, y ella casi se derrumbó de alivio—. No

la manchas de sangre, Reg. La quiero. —Alargó sus dedos rechonchos hacia los botones.

—Tocadme y me pondré a gritar —contestó Tess, con un estremecimiento por lo femenina que sonaba semejante amenaza—. El guarda os sacará las tripas —añadió para reforzar su retórica.

—Puede que sí o puede que no —dijo Reg, y se dio golpecitos en la barbilla con la hoja del cuchillo, indiferente.

—Mi quigutl está detrás de ti, preparado para atacar —replicó Tess. Era mentira. De hecho, esperaba que Piztka hubiese tenido la sensatez de huir.

Al oír eso, Reg no parpadeó, pero Rowan miró alrededor con temor.

—Está adiestrado para hacer lo que yo le diga y su mordedura deriva rápido en gangrena —continuó ella—. ¿Cuál es tu miembro favorito? Me aseguraré de que haga presa en él.

Los dos rufianes juntaron las rodillas por instinto. En mejores circunstancias, a Tess le habría parecido divertido.

De pronto, Reg volvió a envainar el cuchillo; tal vez temía un inminente ataque del quigutl o tal vez había decidido que no valía la pena perder el tiempo con ella.

—Es evidente que eres compañero de descontento. —Y miró por encima de la cabeza de Tess hacia el gran salón—. Lo respeto, y puedes quedarte con lo que hayas cogido. Aquí hay de sobra. Rowan, trae al viejo.

Tess estaba demasiado atareada aspirando profundas y entrecortadas bocanadas de aire para preguntarse de quién hablaba.

Rowan y Reg se asomaron al brillante sol de la tarde.

—¡Maldita sea! —exclamó Rowan—. Se ha vuelto a largar. —Salió al

trote. Tras unos cuantos gritos y golpes, regresó con un viejo barbudo, pálido y flaco, al que le faltaban dos dedos en la mano derecha.

Era el mendigo de Puentefé.

π

El anciano se encontró con la mirada de Tess y se la sostuvo. Lo más probable era que no la hubiera reconocido; en aquel momento estaba medio dormido y confuso, y ella tenía aspecto de damisela. No obstante, el hombre se acercó un dedo sarmentoso a los labios como si compartieran un secreto.

Rowan lo llevaba por el brazo mientras Reg dirigía su atención alrededor del vestíbulo principal, señalaba obras de arte llamativas y preguntaba: —¿Qué dices de este tapiz del unicornio, Griss? ¿No? ¿Tú eras aficionado a los hombrecillos verdes?

—Él es un hombrecillo verde —masculló Rowan para su coleteo.

—¿Preferirías una Marica Bostezante? —inquirió Reg, y ambos se echaron a reír.

Eran horribles. Tess se estremeció al pensar que, si hubieran llegado una hora antes, la habrían sorprendido bañándose. Se planteó salir corriendo mientras le daban la espalda, pero no le gustaron sus probabilidades. No era una corredora veloz y seguro que le darían caza. Esa era la lógica básica del sabueso que aprendió de *Rafy*: si corrías, eras presa.

Guiaron a Griss al gran salón y continuaron con el extraño interrogatorio. «¿Son estas tus butacas? ¿Tus chimeneas? ¿Tus horripilantes cabezas de ciervo?». El viejo negaba con la cabeza a cada pregunta.

—N-no lo sé —dijo—. Creo que tengo una chimenea..., chimenea...,

puerta de chimenea como esa.

—¡Al diablo! —Rowan le dio tal patada a la pantalla (palabra que había estado buscando Griss sin dar con ella) lacada de la chimenea, que cayó ruidosamente al suelo.

—Modérate —dijo Reg; su ceño fruncido labraba surcos junto a su boca—. Te lo he dicho: tiene el cerebro como un queso de gusanos. Lo que necesitamos son señores y damas que *lo* reconozcan. Viene de buena familia, créeme; alguien lo conocerá.

Tess se quedó atónita. ¿Habían forzado la entrada para averiguar si esa era la casa del viejo? ¿Estaban intentando devolverlo a su familia? Supuso que una familia noble ofrecería una recompensa por un señor desaparecido, pero no podía creer que el viejo hubiese sido nunca señor de nada.

—Querido *lord* Calzasverdes —empezó Reg, pellizcándole al hombre su cetrina mejilla. El pellizco le dejó una roncha—. Nos has metido en un montón de problemas. Creo que nos merecemos una pequeña recompensa.

Fueron al piso de arriba a buscarla, dejando solos al anciano y a Tess, para gran sorpresa de esta. ¿Tan seguros estaban de que no escaparía?

Griss no hizo el menor ademán de huir; se sentó tembloroso en una de las butacas de terciopelo y, sin sonreír, le hizo una seña a Tess para que se acercara. Ella se planteó ignorarlo, librarse de esa casa y de estos villanos; pero se impuso la culpa que la empujó a ir junto al anciano. Gracias a Todos los Santos, parecía recuperado de las salvajes patadas en las costillas, pero ¿qué le harían los dos villanos si no encontraban su mansión?

¿Y qué podía hacer ella al respecto? Como mínimo, le debía una disculpa.

El viejo se incorporó cuando ella se acercó, la tomó por los hombros y la sacudió.

—¿Qué estás haciendo aquí, Johnny? —siseó—. Estos hombres son peligrosos. He estado tratando de alejarlos de ti, y de Annie y el pequeño Lion. Y ahora tú..., tú..., tú... —Sus ojos se volvieron ausentes y asustados, como si viese algo que no estaba ahí o se hubiera desorientado—. Te juro que, si vuelvo a verte, te mataré —dijo afligido—, pero no estoy seguro de tener el..., el... —Se golpeó el pecho hundido de manera significativa.

Tess se liberó de su garra; las nudosas manos del hombre no eran lo bastante fuertes para retenerla.

—No soy Johnny. Me llamo..., esto..., Jacomo. —Griss la miró alicaído, lo cual la impulsó absurdamente a tranquilizarlo—: Es fácil confundirse. Empieza por la misma letra.

—¿Jacomo? —repitió él, escrutándola. Hasta sus pestañas eran blancas; con los ojos, detrás, oscuros como el agua—. ¡Dulce santa Siucré! Perdóname, criatura: has crecido tanto que no te he reconocido.

Griss se acercó de nuevo, alzando sus manos temblorosas hacia el rostro de ella. Tess dejó que le tocara las mejillas con aquellas manos secas como el papel.

—Te pareces a tu madre.

—¿A mi madre..., Annie? —preguntó Tess. Era el único nombre que podía aventurar.

A Griss se le hundió la expresión.

—Oh, Johnny. ¿No te has enterado? Annie ha muerto, y por culpa tuya.

En PuenteFé, Tess lo había encontrado aterrador. La verdad, ahora que hablaba con él, tenía un sabor distinto y más cercano a su corazón: era como la abuela Therese.

Antes de dar a luz, Tess había pasado dos meses en la mansión Dombegh con su abuela paterna, quien estaba convencida de que Tess era Agnes, su difunta hermana. Tío Jean-Philippe había calificado el estado de su madre de *antiquitus extremus*; Chessey, la comadrona, había preferido *segunda infancia*. Tess había pensado, de manera un poco poética, que su abuela había llegado a desligarse del tiempo. Siempre creía que era otro año, otro lugar, otra gente.

Griss no era un ser despreciable únicamente digno de lástima. Dentro de él había una persona, por muy confundido que pudiese estar.

Tess acompañó a Griss otra vez a su butaca.

—No soy Johnny, pero contádmelo todo sobre él.

Ella se arrodilló y le cogió la marchita mano. Tenía la barba enmarañada y le faltaban varios dientes (los que le quedaban, envalentonados por el espacio de más, se habían rebelado contra la tiranía de mantenerse en línea). Se humedeció los labios con una lengua pálida y dijo: —Te he confundido con mi hermano. Tu cara..., yo creía que... Esto sigue ocurriendo. Nada permanece donde lo pongo. Lo siento, Ja..., Ja...

—Jacomó —se apresuró Tess.

—Eras el más honesto de tu casa, de los mejores..., el más grande. —Se dio otra palmadita en el corazón; al parecer, esa palabra le resultaba demasiado resbaladiza para sujetarla—. Me alegra que no te vencieran. Lo intentamos, ¿verdad?

—¿Qué es lo que intentamos? —La chica le seguía a duras penas. Parecía referirse a cierto Jacomó que había conocido realmente, no a su hermano Johnny otra vez, pero resultaba difícil estar segura.

Griss clavó la mirada en la chimenea apagada.

—Intentamos hacer lo correcto y nos..., nos..., nos asaltan en grupo, el miedo, el dolor y la venganza. Y..., y después descubrimos que nos hemos equivocado.

Tess sintió que se le encogía su propio corazón resbaladizo. Sus palabras se acercaban a la verdad que ella había querido contarle.

—Necesito pedirlos perdón. —Fue lo único que tuvo el valor de murmurar.

—¿Por qué? —preguntó Griss con expresión relajada y perpleja.

Ella aspiró entrecortadamente.

—Os di una patada en las costillas, en Puentefé, y después hui y os abandoné porque no fui capaz de afrontar lo que había hecho.

Las hirsutas cejas de Griss descendieron mientras analizaba su rostro. Por un momento, Tess pensó que iba a reconocerla, pero entonces dijo: —¿Yo estaba en Puentefé?

—Lo que importa no es Puentefé. ¿Recordáis que alguien os pateara?

Su expresión se volvió ensoñadora; se tocó el costado con la mano de tres dedos.

—No fue un... No, no; vi al dragón. Se llevó a Annie y yo..., yo corrí tras él. Después no conseguí regresar a casa. Alguien había cambiado las montañas.

Debería haber sido un alivio saber que no lo había dejado herido o aterrorizado; aun así, Tess se retorció de frustración, era como disculparse con una pared: ¿cómo iba a perdonarla si no recordaba que había sido injusta con él? ¿Cómo podía enjugar su culpa sin su perdón? No se había evaporado al disculparse; al contrario, continuaba atormentándola.

Resonaron grandes exabruptos en la parte delantera de la casa, seguidos de un silbido y ásperos ladridos.

A Tess se le heló la sangre en las venas.

El guarda había venido a inspeccionar el pabellón y se había encontrado forzada la puerta.

14

—¡Rápido! —Agarró a Griss de un brazo y lo arrastró por el oscuro pasillo hacia la cocina. Oyó a Reg y a Rowan bajar las escaleras, pero no miró atrás. Los perros del cuidador ladraban en el vestíbulo. Confió en que los sabuesos mantuvieran ocupados a esos villanos.

A Piztka no se le veía por ninguna parte de la cocina, aunque en el suelo había un plato dorado con un mordisco. Tess esperaba que eso significase que había huido y que lo encontraría fuera.

Si hacía desaparecer a Griss por la vía de escape de la despensa, quizá podría alejarlo de aquellos dos bufones. Así aliviaría su remordimiento de conciencia.

Con todo, fue difícil convencer al viejo de que bajara por el agujero y más aún, una vez abajo, convencerlo de que avanzara a gatas. Griss gimoteaba de miedo.

—No sé dónde estoy —sollozaba—. Y no sé dónde está Annie. Annie ya no vive aquí.

—Seguidme —dijo Tess, estrechándose para adelantarlo al no conseguir que se moviera de ninguna otra manera.

De arriba llegaban golpazos, aullidos y ladridos de perros, un rifirrafe terrible entre el guarda y los vagabundos. Con suerte, eso mantendría a todos ocupados hasta que Griss y ella se hallaran bien lejos.

Alcanzó el canal cubierto de maleza del foso. Griss salió detrás. Tess tiró de él; le pareció ligero como un niño. Aún no se veía a Piztka por ninguna parte. Tess corrió hacia el río, confiando en que el viejo la siguiera, pero se resbaló y se cayó en el empinado camino de grava, así que ella se apresuró a

regresar, se pasó su brazo alrededor del cuello y le ayudó a llegar a la orilla, manteniendo a duras penas la estabilidad.

Piztka tampoco estaba en el transbordador. Tess, llena de energía por el pánico, logró empujar la pesada embarcación un poco hacia el agua, rezando por que apareciera el pequeño quigutl.

Piztka podía olerla; podía cruzar el río a nado, no había problema. Sin embargo, no se atrevió a varar el transbordador hasta confirmar que no le había sucedido ningún contratiempo.

—¡Piztka! —gritó, y su voz rebotó en la orilla del río. No hubo ninguna agitación de la maleza en respuesta. Era reacia a regresar al pabellón, pero no veía otra alternativa. Podría estar atrapado o herido—. Quedaos aquí —le aconsejó a Griss, sentándolo en la balsa—. Si veis un quigutl, gritad.

Griss asintió con la cabeza, pero tenía la mirada vacía. Era como hablarle al viento.

Tess corrió hacia la cabaña, sin molestarse en ocultarse. Si aparecía el guarda, se haría pasar por un viandante preocupado porque había oído ruidos.

Reg y Rowan salían del portal, riendo histéricamente. Cada uno cargaba con un bulto de artículos robados envueltos en una manta y el blusón de Reg estaba salpicado de rojo. El hecho de que no fuese sangre de quigutl era un triste consuelo.

—¡Vamos! —gritó Reg a su compañero, saltando a la pata coja mientras envainaba el puñal—. ¡Vamos, vamos, vamos!

La maleza del camino crujió: era Piztka haciéndole una seña para que se quedase quieta, que retrocediese y dejara pasar a Reg y Rowan, que iban desalados. Puede que Tess lo hubiera hecho de no haber gritado Griss: — ¡Corre, Johnny! ¡Si te pillan cazando sin licencia, seguro que esta vez te

ahorcarán!

Tess desconocía los gestos quigutl para «No puedo abandonarle sin más» o «Me siento responsable». Confió en que Piztka se los leyese en la cara. Se lanzó hacia el transbordador por delante de Reg y Rowan; empezó de nuevo a empujar la embarcación, pero pesaba más con Griss a bordo, y entonces Reg y Rowan la alcanzaron y vararon el bote.

Daban por supuesto que había estado tratando de ayudar, no de escapar con su prisionero, lo cual, sin duda, era lo mejor. Seguían riendo mientras halaban del transbordador a cuatro manos tirando del remolque. Tess intentaba recobrar el aliento; Piztka nadaba detrás, con una mirada furiosa, como un cocodrilo malhumorado.

Griss le agarró una mano a Tess y se aferró a ella. Una vez en la otra orilla, no quería abandonar la barca.

—Vamos, mi señor —dijo Rowan con tono persuasivo—. Que no te dé tanto miedo. Lo del blusón de Reg no es sangre, sino vino que se le ha derramado. Somos tus mejores amigos. Nos recuerdas, ¿a que sí?

—Peste y Estrago —dijo Griss. Le hizo un guiño a Tess y esta advirtió que, al menos en ese momento, estaba lo bastante lúcido para burlarse de sus captores. Al parecer, se abría a veces su niebla de senilidad, dejando que destellara un agudo sentido del humor.

Le recordó tanto a la abuela Therese que le dolió el corazón.

Rowan no se percató.

—Siempre vaticinando fatalidades —murmuró.

—¿Podríamos alejarnos cuanto antes de este río? —gritó su compañero. Reg había enjuagado su camisa en el agua y la estaba escurriendo; unas gotas

de color herrumbre manchaban la gravilla. Tenía el cuerpo pálido como un hongo y cubierto de cicatrices—. Los perros están muertos, pero no estoy seguro al mil por cien de haber matado al guarda. Sabrá que hemos cruzado el río. Tenemos que desaparecer.

Los hombres volvieron a empujar al agua el transbordador para que fuese a la deriva corriente abajo y confundiese a sus perseguidores. Piztka reptó junto a Tess y siseó: —He conseguido lo que necesitaba. Vámonos.

Tess se arrodilló como para rascarle las espinas de la cabeza y susurró: —Quiero liberar al viejo de sus garras. Le hice daño cuando acababa de irme de casa; necesito repararlo.

Los ojos de Piztka parpadearon con escepticismo.

—Si tu conciencia lo exige, podemos seguirlos durante un tiempo, mientras viajen hacia el sur. No obstante, en cuanto se terminen los zmibs, quiero ir bajo tierra. No los quiero con nosotros... Ni siquiera al viejo.

—Entendido —contestó Tess, poniéndose en pie.

Los dos rufianes iban ya por mitad de la cuesta, con Griss a rastras entre los dos. Griss se resistía, estiraba la cabeza para buscarla y gimoteaba de manera lastimosa.

—¡Johnny!

Tess enderezó los hombros y los siguió obstinadamente, con Piztka traqueteando cuesta arriba detrás de ella.

π

Rowan no dejaba de volverse a mirar a Piztka con recelo; estaba claro que la amenaza de Tess a su miembro favorito le había causado impresión. Reg

ignoraba categóricamente la presencia de Tess y Piztka, a pesar de que sujetaba el brazo de Griss con tanta fuerza que le blanqueaban los nudillos, y escrutaba el bosque a ambos lados del camino como si quisiera echar a correr. Quizás habría intentado hacerlo si Griss hubiese podido ir un poco más deprisa y no arrastrando los pies.

Cayó la tarde y los rufianes proseguían su marcha hacia el crepúsculo. Tess se preguntaba si tendrían intención de continuar toda la noche, hasta que Rowan empezó a quejarse. Reg le soltó un enérgico bufido; se enzarzaron en una intensa discusión en voz baja que ella no alcanzaba a discernir.

Esperaba que no fuese sobre si la mataban o no. Comprendió que debía darles razones para no hacerlo.

Había un claro a menos de seis metros del camino. A una señal de Tess, Piztka se puso a preparar allí una hoguera. Tess cortó en rebanadas las salchichas que había sisado y empezó a freírlas. Reg y Rowan, que todavía discutían, hicieron caso omiso de todo eso, pero Griss observaba ansioso. Sus ojos reflejaban el fuego como los de un animal nocturno.

Al fin, el olor de las salchichas se hizo lo bastante irresistible como para atraer a Reg y a Rowan al círculo que iluminaba la hoguera. Todavía se mostraban recelosos, así que Tess esbozó una ancha sonrisa e hizo un ademán hacia la sartén para mostrar que estaba dispuesta a ganarse su voluntad. Si aceptaban la invitación, mañana estarían sin provisiones; intentó no pensar en eso.

—¿A qué estás jugando? —preguntó Reg, clavándole los ojos entrecerrados desde el otro lado del fuego. Alargó un brazo para impedir que Rowan y Griss se acercaran más sin su beneplácito.

—¿A la cena? —dijo Tess, tratando de mantener bajo el tono de voz.

Cayó en que, para todo el mundo, cocinar era un ardid más bien femenino. ¿Estaba sujetando el mango de la sartén con demasiada delicadeza?

Había muchas maneras de desacreditar su disfraz. El hierro fundido hacía que le sudara la mano.

—Veréis, amigos —continuó Tess atropelladamente—: vamos en la misma dirección. Se me ha ocurrido que también podríamos juntar nuestras provisiones...

—¿Y qué dirección es esa, exactamente? —Reg no había relajado su actitud ni su mirada colérica. Su voz era el rabo de un gato a punto de atacar: sólo una leve crispación revelaba el peligro que se corría.

Piztka se situó junto a Tess y le devolvió la mirada colérica, sacudiendo el rabo de manera elocuente.

—«Hacia la fama y la gloria, camaradas —respondió ella con cautela, citando a Dormidio el Pirata—; pero iremos a por el tesoro si es menester».

Hubo un largo silencio. Tess se preguntó si podían oír cómo le latía el corazón.

A continuación, los dos rufianes estallaron en carcajadas; Tess también rio, pero de desesperación, confiando en que aquello significara que les había relajado la animosidad. Al menos, se acercaron al fuego. Rowan se desplomó sobre su gordo trasero y tiró de Griss hacia abajo para que se sentara a su lado.

Reg deambuló alrededor del perímetro de luz con naturalidad estudiada, hasta que se plantó junto a Tess. Esta sintió un escalofrío en la nuca; trató de no encogerse de manera demasiado palmaria. Piztka, al otro lado, gruñó, pero Reg lo ignoró, se acuclilló y le acercó la boca a la oreja.

—¿Quién eres en realidad? —dijo entre dientes—. No eres como nosotros. Tu forma de hablar es demasiado educada.

—¿Lo es, seguro? —exclamó Rowan, sirviéndose una rodaja de salchicha caliente—. «¿Cuál de tus *miembros* es tu *favorito*?».

Se burlaba de ella adoptando un tono atiplado; Tess esperó que no fuera con intención de ofenderla y que su voz no hubiera sonado así de verdad. Si le salía como la de una niña, su disfraz no iba a durar.

Las espinas erizadas por el enojo de Piztka le dificultaban pensar. Posó una mano sobre su cabeza para apaciguarlo. Necesitaba contarles una historia convincente antes de que su amigo decidiera intervenir en el asunto con sus propias mandíbulas.

Del centenar de historias de Dormidio que tenía a su disposición, ninguna venía al caso. Si se presentaba como alguien importante, la secuestrarían para pedir rescate; si aparentaba ser demasiado peligrosa, podían decidir despacharla como medida preventiva. Reg había sacado su cuchillo y le estaba dando vuelas con aire distraído.

—Me llamo Jacomo. —dijo por fin—. Me crie en la iglesia, pero perdí la fe en cuanto, ejem, alcancé la edad adulta. —Era difícil mostrar seguridad con un cuchillo a un lado y un quigutl protector al otro—. El prior me ordenó hacer una peregrinación para encontrarla. En lugar de eso, he descubierto aptitudes para allanar y escalar, y muchas cosas buenas que robar.

Rowan soltó una fea risotada. Reg dejó de jugar con el puñal y lo utilizó para pinchar unas cuantas rodajas de salchicha. Tess se permitió relajarse un poco.

—Entonces, ¿cómo has conseguido un quigutl de mascota, padre Birla-Mis-Joyas? —preguntó Reg con la boca llena—. ¿Y qué reliquias sagradas

nos has traído de ese pabellón de caza? ¿El cáliz de santa Copa Áurea? ¿Los huesos de santa Amatista y santa Perla?

—Ten un poco de respeto. Algún día será arzobispo del Botín del Robo —exclamó Rowan. Se rio estrepitosamente de su propio chiste, agarrándose los costados como si fuese a reventar como una ciruela madura.

—Basta —espetó Reg. Rowan se embutió la manga de la camisa en la boca para reprimirse.

—Aquí está tu *mascota* —siseó Piztka—. Toda obediencia. Toda docilidad.

Un cuchillo pasó silbando junto a la cabeza de Piztka y se clavó, vibrando, en un árbol que había detrás de él.

—Si pretendes acompañarnos en nuestro camino, hermano Murcielaguina —añadió Reg, que con dos zancadas pudo recobrar su arma—, no quiero oír hablar a ese monstruo. ¿Está claro?

—Por supuesto —respondió Tess, antes de que Piztka pudiera abrir la boca de nuevo. Piztka le lanzó una mirada cargada de ácido y ella no supo cómo calmarlo—. No estaremos mucho con vosotros.

—Es lo que esperaba que dijeras —declaró Reg, y enfundó el cuchillo al fin—. Podemos recorrer el mismo camino durante un tiempo, pero no eres nuestro camarada. No vamos a compartir la recompensa.

Tess habría querido preguntar: «¿Qué recompensa?», pero Rowan tenía una sonrisa de burla.

—Griss es nuestro noble loco; lo hemos encontrado primero. Tú puedes irte al cuerno, por San Masha.

—¿Es ese vuestro plan? ¿Localizar a su familia y cobrar una recompensa?

Los rufianes no respondieron. Estaban atareados ventilándose el resto de las salchichas.

π

Tess se habría fugado con Griss esa misma noche, pero los tipos lo habían atado a un árbol.

—En el nombre del Cielo, ¿qué...? —empezó ella, horrorizada ante esta humillación.

Rowan, al divisar nubes tormentosas sobre la cabeza de su socio, la llevó aparte y le confió: —*Lord* Griss se aleja si no lo atamos. No eres el único Johnny que ve, ¿sabes? Persigue Johnnies por toda la creación y le gustaría pillar a uno sobre un barranco.

Griss sonrió tristemente desde el otro lado del fuego.

—No importa, Jacomo —dijo en alto—. Se lo he pedido yo. Es embarazoso despertarse el Cielo sabe dónde, junto a alguien a quien no reconoces.

Era lo más próximo que llegaría a recordar.

Aun así, Tess podría haberle desatado si para ello no hubiese tenido que inclinarse sobre un hombre con un cuchillo. Reg y Rowan se habían echado al pie del mismo árbol.

No le gustaban sus expectativas. Extendió la manta junto a Piztka al otro lado de la hoguera.

—¿Puedo hablar ahora? —siseó Piztka—. Deberíamos irnos. No me importa que haya anochecido ni que el remordimiento te corroa el corazón. A la larga, el alto nos matará a uno de los dos en un arrebato, pese a insistir en

que era lo lógico.

—No puedo —contestó Tess con serenidad—. Griss corre un serio pelig...

—¡Que le parta un rayo! —siseó Piztká—. No tienes ninguna obligación con él. Tu culpabilidad nos matará.

Tess se hizo un ovillo bajo la manta, pensativa. No consideraba esto como un deber; desde luego, el *deber* la habría mandado echar a correr en dirección contraria. Y no se trataba de mera culpa. Sentía... como si se lo exigieran la conciencia y el corazón. Como si fuese aquí donde tenía que estar. ¿Cómo iba a volverse de espaldas cuando delante de ella había alguien que necesitaba ayuda? En especial, cuando ese alguien le recordaba tanto a su abuela Therese, quien la amparó durante los peores días de su vida.

π

Tess tenía catorce años escasos cuando tuvo que confesárselo todo a su madre.

En los cuentos, las chicas malas siempre se quedaban encintas a la primera; algunas veces (dependiendo del argumento), habían hecho poco más que introducirse en la alcoba de un hombre y cerrar la puerta. Para Tess no era evidente (hasta que lo fue) a lo que habían llegado; sólo que el dictamen era rápido y seguro.

Dice san Vitt: «Peca y pecarás ante los ojos del Cielo. El Cielo no parpadea».

Pasaron varios meses con Val sin consecuencias; Tess mantenía una alegre negativa a admitirlo. Cuando finalmente se le retrasó la regla, no le importó. ¿Quién iba a echar de menos ese engorro? A los tres meses de

retraso, sin embargo, empezó a extrañarse y luego a asustarse. Si una se quedaba embarazada, ¿no se ponía mala? Con Ned, mamá había estado vomitando hasta el amargo final. Tess no sentía otra cosa que una constante ansiedad. Se volvió callada y retraída. Si Val lo notó, no le preguntó qué le pasaba.

Al final no pudo continuar negándose. Decidió preguntarle a Val; un naturalista debía de tener alguna idea. Pero, antes de poder hablar con él, desapareció. Pagó la cuenta en Mallet y Mullet, y se fue sin dejar una dirección. Nadie sabía adónde; ni Roger ni Harald, que habían preguntado si necesitaría un nuevo amante; tampoco el saar Spira, que la había devorado con ojos estrábicos como si pudiese oler su secreto.

Ni siquiera se lo comunicó a su tutor, el profesor dragón Ondir.

—No ha defendido su tesis —dijo el viejo saar con voz monótona—. Decidle que no tendrá su título hasta que lo haga.

Desesperada, Tess le pidió a Kenneth que aguzara el oído en los almacenes de los Belgioso. No creía que Val pidiera dinero prestado al conde Julian, pero se le habían agotado las ideas. Si Val estuviese en el fondo del río, al menos se enteraría. No obstante, hasta donde podía discernir Kenneth, nadie había matado a Val.

Los vestidos se le quedaron estrechos de cintura. Tenía que contárselo a alguien o irse a morir a una cloaca como la mujer sucia que era. La última, aunque angustiada, parecía la opción más atractiva.

Primero se lo diría a Jeanne; sería comprensiva, aunque no supiera qué hacer.

Entró con sigilo en el dormitorio de su hermana, pero ya estaba dormida, iluminada por la luz de la luna. Se sentó cautelosamente en el borde del

colchón, esperando que Jeanne abriera los ojos. No lo hizo y eso le dolió. En otro tiempo, Jeanne habría notado su presencia; en otro tiempo, existía un férreo vínculo entre ellas, pero Tess lo había roto egoístamente. Avergonzada, volvió discretamente a la habitación donde ahora dormía sola y que antes había sido de Seraphina.

Como si así lo hubiesen dispuesto los santos patronos de la comedia y la tragedia, el día siguiente trajo a su puerta un carruaje con el timbre de la casa real. Sin fanfarria: era Seraphina, que se dignaba a descender de las alturas. Papá estaba en casa del conde Julian, humillándose para conseguir un empleo, pero hoy Seraphina no estaba aquí por él. Mamá la llevó al salón, le ofreció té como si fuera una duquesa y llamó a las gemelas —lo que era innecesario, puesto que estaban escuchando junto a la puerta—. Primero irrumpió Jeanne; es decir, se deslizó como un cisne. Sólo los ojos sagaces de su gemela leyeron en ese detalle un entusiasmo desbocado. Se sentó en el borde de una silla, vibrante como un canario. Tess, por el contrario, entró encorvada y trató de hundirse en los cojines del diván.

—Tessie, enderézate —la regañó mamá. Tess se removió, intentándolo.

—Traigo noticias —anunció Seraphina mientras miraba a Tess. Parecía recelosa, aunque no tenía por qué estarlo. Nadie conocía aún la noticia que agobiaba a la joven—. He apalabrado dos colocaciones —continuó—. Jeanne puede acompañar a Tessie a la corte a primeros del mes que viene. Asistirán a *lady* Farquist, que es como una anciana y adorable tía para todos los nobles jóvenes. Y encontrarás algún soltero atractivo, Tess. —Seraphina remató su declaración con un guiño sugerente; Anne-Marie le dio un cachete en el brazo.

Tessie se echó a llorar.

No podía ir. De ningún modo era posible. Dentro de un mes, su vientre se

habría hinchado tanto que no se podría disimular, ¿y entonces? ¿Cuánto tardaba en formarse un bebé? Con Neddie, mamá había tenido un embarazo interminable.

—Tess, deja de ponerte melodramática —espetó mamá—. Por más conmovida que puedas estar, las demostraciones exageradas no son de recibo. La gente va a pensar...

Tess se dejó caer junto a ella, de rodillas, lo que interrumpió la lección de golpe. Mamá se quedó boquiabierta, como si acabara de ocurrírsele que su llanto presagiaba algo serio. Jeanne corrió a su lado; fiel e incondicional, le apartó el cabello húmedo del rostro y le dio su pañuelo.

—Cariño, ¿qué ocurre?

Seraphina alzó las cejas como esperando que alguien le explicara esta explosión.

—No puedo... —gimió Tess. Estaba sudorosa y mareada. Y... ¿era el perfume de Jeanne? Era diez veces más fuerte de lo debido; le revolvía el estómago—. No puedo ir, mamá.

—¿Qué significa eso de que no puedes ir? —inquirió ella con tono peligroso—. Llevamos casi dos años preparándote para que desempeñes tal labor.

Tess hacía esfuerzos para respirar, temiendo desmayarse y deseando hacerlo. Jeanne la sostenía, le murmuraba con dulzura. A Tess se le embrollaban las ideas: ¿cómo empezó su penosa historia? ¿Con las Serpientes del Mundo, con Kenneth o con la filosofía natural? Con «Val me ha hecho una promesa de matrimonio», con «Val se ha ido y nadie sabe adónde» o... Santos del Cielo, Val se había ido y se lo había llevado todo, dejándola cargar con esto sola, y ella no podía...

Estaba fuera de sí; un regusto agrio y salado le subía a la garganta.

—Mamá, lo siento. Me he dejado llevar por la perdición. Lo he echado a perder todo —fue lo último que consiguió decir antes de que todo el desayuno y toda la cena y todo lo comido en su vida (esa impresión daba), además de su coraje y sus sueños y su futuro, le salieran torrenciales de las entrañas y se desparramaran en el suelo de madera.

π

Se decidió que, llegado el momento, Jeanne iría a la corte; alguien tenía que hacerlo. Ocuparía el lugar de Tess como doncella de compañía de *lady* Farquist y el puesto de Tess en la jerarquía de casadera y salvadora de la familia. Probablemente, Jeanne debía haber sido la mayor de las gemelas para empezar, de no haber cedido cortésmente a Tessie salir del bombo primero. Fue propio de Jeanne ese gesto.

Era propio de Tessie apartar a su hermana de un codazo, sin pensar en nadie más que en sí misma.

Papá, en un arrebato sin precedentes de conciencia paternal, quería ir en busca de Val para matarlo o traerlo a rastras para que se casara con Tess. Mamá opinaba que eso sólo atraería la atención hacia la desgracia de su hija y haría peligrar las perspectivas de Jeanne. Seraphina sugirió que Tess podría salir en peregrinación, idea acogida con miradas de asombro a su alrededor (nada señala tanto un embarazo inesperado como una peregrinación), pero a continuación se le ocurrió lo de la Mansión Dombegh, y aquello pareció del agrado de todos.

De todos menos de Tess, que no contaba. Había perdido su derecho a opinar.

Los Belgioso pululaban por Villa Lavonda como termitas en un árbol hueco, pero Tess no había llegado a conocer la rama Dombegh de la familia. El hermano mayor de papá (Jean-Philippe, señor de Dombegh) y su anciana madre, Therese, residían en pleno campo y nunca venían a la ciudad. La historia de Tess sería la que decidieran sus padres. Nadie la comprobaría.

Así que, en un acto (totalmente característico) de devoción filial, la joven insistió en acompañar a la abuelita Therese en sus últimos días, o eso decía la historia. Tess acudiría a la corte más adelante —¡encantadora y compasiva niña!— para asistir a su hermana. Era tan abnegada, generosa y cumplidora como podía esperarse de una hija, y Anne-Marie Dombegh (de soltera, Belgioso) se sentía bendecida a diario.

Tess, a la que ahora todos tenían por piadosa y obediente, fue despachada a la Mansión Dombegh en mitad de la noche.

π

El tío Jean-Philippe, señor de Dombegh, era un hombre corpulento y bigotudo, a quien papá podría haberse parecido si se hubiera pasado cuarenta años comiendo, bebiendo y persiguiendo mujeres en lugar de mortificándose, mintiendo y avergonzándose. El caballero la recibió fuera de la casa y, a pesar de que estaba exhausta por el largo viaje nocturno, la acompañó primero al pueblo.

—Tu abuela se está echando la siesta —le explicó— y, si la despertamos demasiado pronto, se transformará en una escandalosa y desorientada arpía.

Tess apenas le oía. Iba a su lado dando tumbos, con lo que veía resbalando ante ella como el agua sobre el lomo de un ganso. El tío Jean-Philippe la presentó a la partera, Chessey, una mujer gruesa de mediana edad

con una maraña de cabello castaño tirando a gris en las sienes. Tenía los ojos brillantes y agudos como los de un cuervo, y un leve bigote que le daba cierto aspecto de oso.

—Te encontrarás en unas excelentes manos, sobrina —dijo el tío Jean-Philippe—. Ella ha traído al mundo a toda mi progenie ilegítima, a los veintiséis, y la que venga. Yo la llamo «Vieja Traedora de Bastardos».

—Han sido veintitrés, mi señor —le corrigió Chessey con una reverencia—. Debéis de haber preñado también a vuestra imaginación.

Tess estaba demasiado atontada como para apreciar la broma; no se sintió herida cuando su tío la llamó «pequeña zorra» al irse. Chessey torció el gesto en reprobación.

Cuando regresaron, la abuela Therese ya se había despertado. Una agobiada doncella condujo a la escuálida anciana al recibidor.

—Es vuestra *nieta* —anunció muy alto (por enésima vez, a juzgar por su exasperación)—. La pequeña de Claude.

—¿Quién? —gritó la baronesa. Llevaba puesto un salto de cama y el fino cabello le caía suelto sobre los hombros; volvió los ojos como un caballo asustado. Al advertir la presencia de la chica, se quedó atónita—. No, no puede ser —dijo, al borde de las lágrimas—. Agnes, cariño mío. Has vuelto.

Echó los brazos alrededor de Tess como si recibiera a una hermana perdida hacía mucho tiempo... No, no *como si*: estaba haciendo justo eso. Su dolor traspasó el velo de entumecimiento de Tess y, unos segundos después, ambas lloraban abrazadas bajo la desdeñosa mirada del tío Jean-Philippe.

—Me encanta que vuestra tocaya sea de vuestro agrado, madre —comentó con maldad.

La abuela Therese arrugó el entrecejo, como si su hijo fuese un simio entrometido, y condujo a la joven hasta un diván mohoso. La sentó entonces a su lado con un tirón y le dijo al oído en voz alta: —Ignora al patán con quien me casé, Agnes. Es un mentiroso que sólo quiere escudarse en mi buen nombre. Debería haber seguido tu ejemplo y ser feliz en lugar de dejarme tentar por su título y su dinero.

—Puedo oíros —gritó el tío Jean-Philippe desde el otro lado del salón—. Y me habéis confundido otra vez con padre, vieja corneja. ¿Recordáis siquiera los nombres de vuestros hijos?

—Está el pequeño Claude, que se marchó a la ciudad —empezó la abuela, que tamborileaba con un dedo blanco en su barbilla—. Luego viene mi hijo mayor, que ya nació canalla... ¿Qué nombre le puse?

Miró a Tess de soslayo, con dos trocitos de ópalo por ojos, y ella sospechó que su abuela sabía el nombre, que estaba fingiendo. Jean-Philippe dio un paso hacia ella con los brazos en jarras, dispuesto a pelear.

—¡Ya me acuerdo! —dijo alegremente—. El mayor se llamaba Jean-Philander y era un saco de iniquidad, como su padre.

El tío Jean-Philippe levantó una mano para golpearla. Tess, con un grito, cubrió a la anciana con los brazos para protegerla del impacto. Su tío contuvo la mano y la utilizó para atusarse el bigote como si esa hubiese sido su intención desde el principio.

—Toda tuya, pequeña zorra. —Se columpió sobre los talones—. Para eso estás aquí de manera oficial. Espero que la disfrutes. Ahora está simpática porque cree que eres Agnes, pero que el Cielo te ayude cuando decida que eres su madre.

Aunque Tess se resistía a reconocerle sentido común a papá, enseguida

hubo de admitir que, con razón, había mantenido a sus hijos alejados de la Mansión Dombegh. Ella misma estaba empezando a tenerle miedo a su tío. Por fortuna, Jean-Philander era fácil de evitar: sólo tenía que permanecer junto a su madre.

Abandonada a sí misma, quizá Tess hubiera llenado los días llorando o planeando la manera de acabar con todo de una vez: la mansión tenía hastiales lo bastante altos sobre el enlosado de los patios y, si no, siempre estaba el viejo recurso del pozo. No obstante, su abuela la necesitaba y ella encontró la compañía de la anciana sorprendentemente agradable. Juntas eran felices como niñas, aun cuando una estaba embarazada y la otra era una venerable anciana de setenta y ocho años.

A la abuelita le gustaba que le cepillaran el cabello; cerraba los ojos y casi ronroneaba. Se reunían para tomar el té y se probaban todas las joyas y vestidos antiguos. También le gustaba bordar, pero todo le salía mal: centones de satén desiguales, un bosquecillo silvestre de puntos de espiga, un sembrado disperso de puntadas. Al final, se daba cuenta de que le había quedado horrible y lloraba de frustración. Tess le cambiaba el bastidor y convertía sus burujos en animales y paisajes imaginarios, para deleite de su abuela, que parecía no acordarse de haber participado en su creación.

Tess le envidiaba un poco su falta de memoria. Habría sido un gran alivio olvidar a Val, a mamá, toda su vergüenza y su repugnancia; pero estaba condenada a acordarse de todo lo que no había sofocado activamente. Santa Siucre había escuchado su plegaria: su bendición era una maldición.

Otro de los pasatiempos favoritos de la abuelita Therese era dormir la siesta, lo cual también le venía bien a ella. Dormitaban en el salón, justo donde daba el sol de primavera, una manera encantadora y cómplice de pasar la tarde. Al principio Tess no advirtió que su abuela estaba cansada porque se

pasaba la mitad de la noche levantada y vagaba por los jardines en camisón, llorando y lamentándose. Su voz espectral la despertó tres o cuatro veces antes de atreverse a abrir las contraventanas y asomarse.

Lo que vio la asustó más que ningún fantasma. La mujer se iba a perder o a lesionarse o a ser devorada por los lobos. (La imaginación de Tess aún fluía, incluso estando embarazada).

La puerta de la abuelita tenía cerrojo, pero la doncella se negó a utilizarlo.

—Es una ofensa y una afrenta encerrar a la baronesa viuda en su cuarto —insistió, lanzando una mirada por encima del hombro—. Además, lo he intentado. Grita y aporrea la puerta toda la noche. El baronet no quiere nada de eso, y ella no puede lastimarse en el jardín. —La doncella miró hacia atrás otra vez y bajó más la voz—: Cuando ella le molesta en exceso, su hijo es el mayor peligro... para todos nosotros.

—¿Podrías quedarte en su habitación por las noches? —imploró Tess.

La sirvienta pareció ofendida.

—Si me necesita, tocará la campanilla. Además, ronca. Yo también necesito descansar, como comprenderéis.

Tess comenzó a dormir en el suelo junto al dormitorio de su abuela a fin de velar sus vagabundeos. La anciana siempre hacía el mismo recorrido, a través de las topiarias hasta la rosalada, donde daba vueltas durante horas. En ocasiones caminaba hasta el amanecer, a pesar de las súplicas de la chica de que volviera a casa.

Chessey, la comadrona, examinaba a Tess cada semana, punzándola y midiéndola bajo la mirada terca de los querubines del techo. A la sexta visita, declaró que todo estaba correcto, «excepto que, evidentemente, no dormís lo bastante». Le lanzó una mirada feroz desde debajo de su única y adusta ceja.

—Dormiré más —declaró Tess. Sus ojos se negaban a fijarse en nada; renunció a esforzarse por mantenerlos abiertos—. Es sólo que temo por mi abuela. —Le confió a Chessey toda la penosa historia (con los ojos cerrados): lo intimidante que era el tío Jean-Philippe, cómo permitía que su propia madre deambulara por las noches sin vigilancia—. ¿No tiene el convento de Santa Loola un hospicio cerca? —preguntó Tess. La partera no llevaba hábito, pero sin duda se había formado con las religiosas.

—Se intentó —respondió Chessey con la boca estirada—. Vuestro tío echó sin paliativos a nuestra madre superiora. El de Santa Loola no es lo bastante prestigioso, adujo. Tiene un motivo (un motivo despreciable y egoísta), aunque muchas casas santas la aceptarían. El de Santa Clara o el de Santa Katy. Vuestro tío podría rascarse dote suficiente para que incluso los monjes la aceptaran y permanecer así fuera de su vista para siempre. Pero no quiere gastarse el dinero. Creo que la quiere aquí, sufriendo donde él pueda verla.

Poco después, Tess se dirigía a la habitación de su abuela, con la colcha en la que dormía y dos almohadas. La Mansión Dombegh tenía una estructura quimérica, como una casa hecha de otras casas; los pasillos no coincidían, y algunos casi no se utilizaban. El camino más corto entre el cuarto de Tess, el aposento de los querubines malhumorados, y la habitación de su abuela la llevaba por una parte de la casa oscura y sin habitar en la que las puertas estaban condenadas con clavos (curiosa, había intentado abrir unas cuantas).

Su tío salió al pasillo justo delante y ella se paró en seco, asustada.

Parecía resquemado; era evidente que venía de fuera. Tenía las botas llenas de barro y la capa empapada. Tess se pegó a la pared, confiando en que pasara sin decirle nada, pero la vio. Su aliento estaba tan cargado de alcohol que habría podido prenderle fuego. La agarró bruscamente y gritó: —¡Sé que

sientes devoción por la vieja urraca, pequeña zorra! —Salpicaba saliva al vociferar y le clavaba las uñas—. La ves muy dulce e inocente y yo te parezco un demonio, pero ¿quién me ha hecho así? ¿Y al sosaina de tu padre? Cuando creces con una zorra amargada y chismosa por madre, ¿qué esperanza hay de que algo salga bien? —Se echó a llorar—. Cada vez que he intentado hacer algo bueno, lo ha aplastado con el pie. Cualquiera delicadeza de mi espíritu ha sido una sabrosa perdiz a la que hincarle el diente. Es un monstruo, y no es justo que esté perdiendo la cabeza. Se puede obviar su crueldad, reinventarse como una santa senil; yo no. Yo no puedo. —Soltó a Tess y se perdió haciendo eses en la oscuridad, intentado de vez en cuando abrir a la fuerza una de las puertas cerradas a cal y canto.

La chica temblaba como un ratón. Fuera retumbaban los truenos.

Se dirigió a toda prisa a la puerta de su abuela, se acomodó en el jergón de paja que la doncella había instalado fuera para ella y trató de dormir. Los relámpagos iluminaban las ventanas y las ramas las arañaban intentando entrar, aunque no era la tormenta lo que la mantenía despierta. Sus pensamientos eran una mezcla de madres terribles y crueldades imperdonables. ¿Por qué la abuelita Therese no debía reinventarse a sí misma? Había sido amable con ella, lo que no era poco. ¿Había redención para una al final o habría siempre un Jean-Philippe de turno, herido y obsesionado, clamando sangre? En su imaginación fundía a la madre con el hijo, a la santa con el pecador, la crueldad con la dulzura. Entre su confusión y la furia de la tormenta, apenas notaba que le dolía la espalda y se le acalabraba el estómago.

Se despertó con un sobresalto; una claridad dudosa en las ventanas anunciaba la inminencia del alba. ¿No había salido la abuelita Therese? Tess luchó por levantarse, deteniéndose a tomar aliento al contraérsele el

abdomen. El dolor era horrible, pero solía hacer caso omiso de su cuerpo.

Llamó con timidez a la puerta del dormitorio. No hubo respuesta. La entreabrió y prestó atención a los ronquidos. El silencio era total. Estaba demasiado oscuro para ver, así que avanzó despacio para descorrer las pesadas cortinas. La abuelita Therese había acumulado setenta años de recuerdos —jarrones, chucherías, una alfombra de piel de oso, escabeles, un globo terráqueo, una armadura— y Tess tropezó con la mayoría de ellos al cruzar la estancia. Hasta una vieja medio sorda se despertaría por el ruido.

Descorrió las cortinas y una luz mortecina cayó sobre la cama vacía.

La abuelita Therese debía de haber salido sigilosa, sin que ella la oyera, durante la tormenta.

—No, no, no —repetía Tess por el corredor, por la escalera, por toda la casa, en los jardines, andando como un pato tan deprisa como podía y deteniéndose cada vez que una punzada de dolor le cortaba el aliento. Era como mil veces la menstruación. Tenía que acordarse de comentárselo a Chessey la semana siguiente.

Los caminos de gravilla se hallaban sembrados de charcos; no tardaron en empapársele las zapatillas, pero ahora sólo podía pensar en lo mojada y muerta de frío que estaría su abuela, toda la noche a la intemperie (a menos que estuviera en el cenador; pero no, no estaba).

—¡Therese! —gritó Tess, ya que la anciana rara vez respondía a «abuelita».

En la rosaleta, le dio un vuelco el corazón; las plantas sólo le llegaban a la altura de la cintura, así que debería haber visto a cualquiera que anduviese por los senderos.

A cualquiera que estuviese de pie. Empezó el recorrido del perímetro

con sombría diligencia y el corazón encogido.

Alguien había cavado una zanja en medio del camino, al fondo del jardín. No profunda pero demasiado ancha para rodearla. Una anciana podría no verla en la oscuridad. Una anciana podría caerse y romperse la cadera o el cuello. Quien la había cavado podía haber previsto, o no, que embalsaría agua con la tormenta... Sólo tres centímetros, pero tres centímetros era suficiente.

Tess se tambaleó en el borde de la zanja, mirando con fijeza el cuerpo de su abuela, el cabello pálido como briznas mojadas, el camisón empapado y manchado de arena. Habría llorado, pero en ese preciso momento la dominó una horrible contracción. Y gritó.

15

Compartir la comida con Reg y Rowan no le granjeó su buena voluntad. Las provisiones de Tess se habían acabado para el desayuno y los dos rufianes, con sus dos sacas todavía llenas, no tenían un bocado de más que darle a ella. Aun así, si habían esperado ahuyentarla, sufrieron una gran decepción. Tess siguió pegada a ellos como una garrapata, decidida a liberar a Griss.

Por desgracia, necesitaba comer. A la segunda mañana, su estómago rugía de una forma insoportable; tendría que dejarlos e ir a robar algo para ella. Entró en una granja a por pan y queso, pero la esposa la vio venir y la persiguió con el rodillo de amasar. Tess se vio obligada a desviarse de su camino un kilómetro y medio y, cuando encontró de nuevo la carretera, no había ni rastro de los tres hombres.

No podían haber llegado muy lejos; Griss, en concreto, tenía que caminar despacio. Casi un kilómetro más adelante, Tess y Piztka llegaron a un pueblo. Normalmente lo habrían rodeado, dado que Piztka alarmaba a la gente, pero el pueblo estaba casi vacío. El día era cálido y agradable, y todo el mundo se hallaba trabajando en el campo.

En el centro del pueblo, Piztka se volvió de repente hacia un edificio grande y sólido, una posada, y Tess lo comprendió: los hombres se habían detenido a almorzar. Los encontró allí sentados: Reg y Rowan bebiendo cerveza, Griss dormitando con la barbilla sobre el pecho.

La chica se sentó a su mesa, lo que despertó a Griss con un sobresalto. Sonrió adormilado. Reg y Rowan cogieron sus jarras y se cambiaron de mesa de manera ostensible, lo que era ridículo: la sala estaba desierta, salvo ellos cuatro. Tess suspiró, envidiándoles un poquito por las cervezas, y entonces

notó que le tiraban de la manga.

—Johnny —susurró Griss—, no puedes seguir practicando la caza furtiva. Vas a conseguir... —Imitó el movimiento de retorcerle el cuello a un pollo.

—Si conoces una forma mejor de que me alimente, me encantaría oírla —dijo Tess de mal humor.

Griss siguió tirándole de la manga hasta que alzó la vista. Entonces señaló afuera por la ventana. Más allá de las casas con techumbre de paja ascendía un campo de hierba crecida. En la ladera de la colina, una fila de campesinos segaba con guadañas; detrás de ellos, las mujeres rastrillaban y echaban la hierba segada en montones que se extendían a lo largo del prado. Tess alcanzaba a distinguir fragmentos de una canción.

—No tienes por qué... Hay trabajo honrado que hacer, Johnny —susurró Griss—. El mundo está lleno de trabajo esperándote. Te lo he dicho cientos de veces.

—Ah, ¿sí? —respondió Tess ausente, fascinada con el ritmo y la eficiencia de sus movimientos. Era como una danza: cortar, voltear, rastrillar, repetir.

Y así fue como el viejo Griss, a quien Tess se había propuesto salvar, puede que la hubiera salvado a ella a su vez. Pese a lo inepta que era robando, nunca se había parado a pensar en las labores agrícolas, y ahora se abrieron ante ella posibilidades no consideradas hasta el momento.

Descubrió que adoraba voltear el heno, sentir el peso del biello de siete dientes, la manera en que la hierba fresca olía verde, medio seca olía dulce, y seca y crujiente olía lo bastante bien para comerla. Adoraba el corte y el sonido sibilante de las guadañas, las canciones (nunca se quedaba el tiempo

suficiente para aprenderse las letras, por desgracia), cómo se reían las mujeres ante su preferencia por la tarea femenina de apilarla en montones (Tess no era aún lo bastante fuerte para mantener el ritmo de los hombres con las guadañas). Adoraba cómo le dolían los hombros y cómo sentía su piel cuando por fin la liberaba del polvo en algún arroyo apartado al acabar el día.

Acudía a los campos cubiertos de rocío, lo primero, y trabajaba toda la mañana a cambio de una ración de comida a mediodía. Junto al insospechado placer del trabajo físico, sentía la alegría de no robar. Bueno, más o menos. Robó un jubón de cuero que se habían dejado en un tocón, porque el tiempo empezaba a ser desagradablemente caluroso para la jaqueta de Florian y necesitaba algo que le ocultara los pechos y que no le diera mucho calor. Dejó un pequeño ramillete de amapolas en señal de agradecimiento, aunque sabía que no lo compensaba.

Después de almorzar, se dio prisa en ir detrás de Reg y Rowan. Estos nunca caminaban más de cinco o seis kilómetros y solían detenerse a pernoctar a media tarde, así que los alcanzaba con facilidad. Si no sabía a ciencia cierta en qué taberna estaban emborrachándose, Piztka los detectaba con el olfato.

Aunque no sin rezongar.

—Van a matarte —decía—. Y entonces, ¿quién me ayudará a llamar a Anazzuzzia? El viejo no. Ni tu espectro.

Reg y Rowan parecían decididos a beberse el botín que habían robado en el pabellón de caza. Tess confiaba en que agarraran tal cogorza que pudiese esfumarse con Griss, pero no era tan sencillo. Preferían las posadas a acampar y atrancaban su puerta por la noche.

Tess se sentaba con ellos a la mesa en las tabernas al anochecer, así que

sabían que no los perdía de vista. Evitaban hablar; ella escuchaba al violinista del pueblo y hacía que le durase su única cerveza, que se ganaba si tenía la suerte de limpiar el establo o realizar alguna otra tarea para el tabernero.

Una noche memorable, un sacerdote trajo noticias: ¡la reina Glisselda había tenido descendencia! Una niña a la que todavía no habían puesto nombre. El tabernero, en un arranque de generosidad, anunció que la siguiente ronda corría a cuenta de la casa, y Tess —que no aguantaba como antes— acabó conversando con Reg y Rowan.

—¿Qué pensaríais si os dijera que la criatura no es para nada de Glisselda? —soltó con imprudencia—. ¿Y si os dijera que es de Seraphina y la están haciendo pasar por hija de la reina?

Por suerte, Reg estaba el doble de borracho que ella.

—Te diría que fueras a ahogarte a la poza de san Cazuela Astrosa, porque has pronunciado en voz alta la más augusta blasfemia que se haya oído nunca.

—¿Blasfemia? —exclamó Tess—. Es «desacato a Su Majestad», no *blasfemia*; quiero decir, *flasbemia*. ¡Maldita sea! —No era capaz de repetirlo, lo cual era bochornoso.

—Idiota. —Reg adoptó un aire de superioridad—. Santa Seraphina no podría quedarse encinta.

—Es una semidragona —explicó Rowan—. Será estéril, como las mulas.

—¡Peor aún! —exclamó Reg—. Imbéciles, es una jodida santa. ¿Creéis que tiene las partes obscenas de las mujeres debajo de las faldas? Jamás. Será pura como la nieve derretida, virginal e inmaculada. Tendréis que hacer penitencia por vuestros pensamientos ofensivos; el Cielo os va a dar un tortazo por tontos.

Tess tuvo el juicio y la sobriedad suficientes para morderse la lengua. Había visto a Seraphina en el baño y no podía confirmar otra cosa que los pechos, que no eran el punto fuerte de su hermana. «¡Planta repollos en esa delantera!», había escarnecido a Seraphina una vez, y aquello, por los Santos, le había acarreado una buena azotaina. Fue la única vez que tuvo la certeza de que Seraphina se había chivado.

Esa necesidad no le aportó ninguna ocasión de rescatar a Griss. Tess se fue ofendida, durmió la mona y por la mañana siguió de nuevo tras ellos.

Una vez, por algún milagro, Reg y Rowan salieron sin Griss. Tess, que había estado vigilando la puerta de la taberna, se apresuró a entrar. Alguien vociferaba en el piso de arriba; ella subió los escalones de dos en dos y se encontró a la propietaria gritándole al pobre Griss, que estaba atado a la cama, tendido sobre sus propias heces y llorando de terror. Era la oportunidad para liberarlo, pero antes había que lavarlo y no podía, en conciencia, dejarle a la propietaria el embolado. Tess le prometió a la mujer una pepita de oro (haciendo votos por que Piztka tuviera alguna; había estado usando varios metales preciosos para fabricar zmibs) y juntas desataron a Griss, quitaron las sábanas, bajaron el jergón al fuego y subieron paja fresca del cobertizo. Limpiaron al pobre Griss en el patio junto a las gallinas, lo secaron y vistieron con un par bombachos para los que el mesonero había engordado demasiado.

Tess descubrió a Piztka subido a un manzano y le pidió una brizna de oro.

—Te van a matar —le recordó él, y le alargó un trozo del tamaño de la uña de su pulgar.

Antes de que Tess le pudiera pedir que le arrancara un fragmento más pequeño, un alboroto le hizo alzar los ojos. Al otro lado del prado, la propietaria la había emprendido a gritos y escobazos con Ruina y Perdición,

pero estos sacaron sus cuchillos, cogieron a Griss entre los dos y se lo llevaron.

Tess terminó por darle a la propietaria la pieza de oro entera.

Esa fue la gota que colmó el vaso. No podía esperar a que se presentaran las circunstancias adecuadas; cuanto más tardase, más vejaciones habría de soportar Griss. No lo resistiría.

Tenía que propiciar por sí misma esa oportunidad.

Antes de abandonar el pueblo, preguntó a la propietaria qué había al sur: ¿paisajes, casas señoriales, hospicios?

—Si lo que quieres es salvar al abuelete, deja que te ayude. —Colocó el oro sobre el mostrador junto a la mano de la joven. Tess empezó a protestar (aunque, a decir verdad, la pepita había disminuido un poco), pero la mujer no quiso escucharla—. Llámalo caridad. Al final, por disposición del Cielo, todos vamos al mismo lugar.

Tess abandonó la aldea con un plan, algo de dinero y una esperanzadora viveza en su marcha.

π

—He oído hablar de un palacio cercano —les contó a Reg y a Rowan una vez que les dio alcance.

Llevaban ya un buen rato bebiendo en el Choto Chato, en el pueblo de Masfavor. Tess se había provisto de una jarra de cerveza, una nada más, financiada por una caritativa donación. Después de todo, iba a abordar el asunto de Griss y necesitaba valor.

—El *palacio* —repitió, dado que no le hacían caso— pertenece al duque

de Barrabú. Según la gente del lugar, es increíblemente rico y (aquí viene lo mejor) perdió a su padre hará unos meses. No quiero decir que se le haya muerto, sino que lo ha perdido.

Rowan la miró de reojo.

—Suen a falta de cuidado.

—Desde luego. —Tess mantuvo la compostura—. Por las noches, el viejo duque deambulaba por la rosalada. No le vigilaba nadie, pensando que en el peor de los casos sufriría algún enganchón en las espinas. Un día, sin embargo, el jardinero se dejó la puerta abierta. El viejo se adentró en el bosque y no se le ha vuelto a ver.

Ahora había captado la atención de Reg. Se rascó la nariz pensativamente con el pulgar y dijo: —Supongo que quieres algo por esa información.

—No pido ninguna recompensa —se apresuró a responder Tess, como si rechazara su generosidad—. Yo sólo me introduciré por detrás mientras vosotros distraéis a todo el mundo en la parte de delante y me haré con unos cuantos tenedores de oro.

Los hombres se echaron a reír y llamaron al tabernero para que les trajera más cerveza, tras lo cual Griss le susurró a Tess al oído: —No existe ningún duque de Barrabú.

—Tenéis que guardaros eso bien callado —musitó ella—. ¿Seréis capaz?

Griss asintió solemnemente con la cabeza; Tess podría haberse preocupado, pero estaba segura de que Griss se olvidaría del duque de Barrabú incluso antes que de su promesa.

Se encaminaron campo a través, bajo la dirección de Tess, hacia una cresta distante al sur. Tardarían más de un día en llegar, le había dicho la propietaria. Tess llevaba viajando lo suficiente para estimar distancias con cierta precisión; calculó que sería una caminata de cuatro o cinco horas para ella, incluso al paso cansino de Griss. No obstante, los premiosos por excelencia eran Reg y Rowan. La cresta estaba más lejos de lo que ellos solían andar en un día. Hacia mediodía les dolían los pies y estaban sedientos, de modo que ¿para qué darse prisa? El palacio del duque de Barrabú no se iría a ninguna parte.

Aunque Tess no se atrevió a dejar que se detuvieran en una taberna por temor a que se enteraran de que el duque no existía.

—Hoy es una tirada, pero, si acampamos en la cumbre, mañana será un cómodo paseo cuesta abajo hasta la mansión. Ya sé lo que os disgusta acampar —levantó la voz por encima de sus protestas— y por eso he comprado una botella de pisky para aliviar vuestros sufrimientos.

La promesa del pisky pareció aplacarlos un poco.

—La pena es que no tengo otra cosa que salchicha para acompañarlo —le dijo Tess a Griss por lo bajo, agarrándole de su escuálido brazo—. Si de verdad yo fuese Johnny, cazaría un venado; ¿qué decís a eso?

Griss negó con su leonina cabeza.

—Caza con lazo las..., las pequeñas con orejas. Esas son leales.

Tess tuvo que hacerle una serie de preguntas antes de entender lo que decía: se refería a las liebres y a que eso era *legal*.

—Si supiera cómo preparar trampas, Griss, ahora mismo estaría comiendo como un rey.

El anciano lanzó una mirada maliciosa a Piztka.

—¿Tu dragoncito tiene algún...? —Simuló tirar de algo largo con ambas manos—. ¿Cuerda? No, cuerda de metal.

De hecho, Piztka podía hacer alambre con los fragmentos de su buche; expulsó algunos cuando pararon a almorzar y echar una cabezada. Griss, demasiado tenso para dormir, enseñó a Tess a hacer un lazo con alambre. Sus manos recordaban el proceso: un cerco pequeño, una vuelta y luego había que pasarlo por un cerco más grande.

Le explicó cómo se colocaba.

—Busca donde... hacen una ronda. Una senda. No debes estar ahí por la noche. Así atrapó a Annie. —Se puso melancólico—. Pude haberle dicho dónde cazaba. Llevaba un tiempo en nuestro valle; había estado siguiéndolo. —Había pasado sin transición de las liebres al dragón que se había comido a su hermana.

—¿Por qué fue allí? —susurró Tess—. Contadle a Jacomo lo que sucedió.

—Johnny estaba cazando furtivamente. Yo había hecho la vista gorda, pero entonces perdí los dedos. —Representó una trampa para osos cerrándose—. Me chivé. Creía que papá iba a regañarle y... —Lanzó un puñetazo—. Pero él se lo contó al duque. Iban a ahorcar a Johnny. Annie salió a prevenirle, pero... —Hizo el movimiento de agarrar con su mano de tres dedos—. Un dragón la atrapó.

Tess nunca le había oído contar la historia entera. Era como si confeccionar el lazo hubiese abierto una puerta en su memoria, aunque sólo por un momento.

Llegaron a la loma con lo que quedaba de luz. Tess ayudó a Griss a colocar la trampa —en una senda de liebres, no de dragones— y, al cabo de

un par de horas, habían atrapado una. Griss le retorció el cuello con un movimiento brusco (Tess observaba con una mezcla de aversión y curiosidad; necesitaba aprenderlo, por horrible que fuera). La desolló con el cuchillo de Rowan con tal rapidez que ella apenas sí se enteró de lo que había hecho. Parecía que había vuelto del revés a la pobre bestezuela.

La chica tuvo la certeza de que, por muy refinados que fueran sus modales y su lenguaje, eso se había dedicado a hacer casi toda su vida. También Reg observaba con los ojos entrecerrados, probablemente porque tenía pensamientos parecidos y renovadas dudas respecto al duque de Barrabú. Ella dio gracias al Cielo de que todo acabara esa noche.

Se dieron un festín con la liebre asada, y Tess se encargó de que Reg y Rowan se terminaran la botella de pisky (ella no lo probó; necesitaba tener la cabeza despejada). Conseguir emborracharlos hasta tumbarlos no era fácil; tenían una tremenda capacidad y años de práctica. Arrepentida de no haber comprado dos botellas, intentó mantenerlos de buen talante contándoles aventuras de Dormidio sobre peces del tamaño de una isla, rinoceroses y camellopardos, y mujeres hermosas y complacientes. Rowan pasó de embelesado a feliz y adormilado, pero el ceño de Reg se acentuó. Parecía totalmente sobrio.

Una vez agotada la bebida y las historias, y cuando el fuego se redujo a rescoldos, ataron a Griss a un árbol como de costumbre. Reg se acercó a Tess haciendo eses y le puso la punta de su navaja en la garganta. Ella se quedó tan quieta como una liebre.

—No sé a qué estás jugando. —Su voz le erizó los pelos de la nuca—. Si yo atiborrarse a mis camaradas de bebida e historias, significaría que tramo algo. Te lo advierto, chaval: duermo con un ojo abierto. Como te levantes por la noche siquiera a mear, te corto el cuello. ¿Está claro?

Tess sólo se atrevió a asentir en respuesta. Reg dormiría más profundamente de lo que alardeaba —media botella de pisky no era poca cosa, incluso para él—, pero tendría que esperar, escuchar y cerciorarse. Piztka había accedido a quemar la cuerda para que ella no tuviera que inclinarse sobre Reg y Rowan para desatar a Griss. El anciano era quien le preocupaba. Se desorientaría una vez liberado; puede que se sobresaltara y gritara. Embutirle un trapo en la boca le asustara aún más.

Tendría que improvisar.

Hacia medianoche, la despertó la lluvia salpicándole el rostro: unas gotas gruesas duras como guijarros. El frondoso dosel había impedido que llegara la lluvia más ligera, pero ahora lo atravesaba; un trueno retumbó sobre el insistente rumor del aguacero. Rowan y Reg gritaban, lanzando golpes al aire, sin saber dónde estaban ni cómo habían llegado hasta allí.

Arreció la tormenta.

El viento azotaba las ramas. Los manojos de hojas mojadas sacudían la cara y el cuerpo de Tess, mientras que por encima los brazos del árbol gemían y crujían de forma amenazadora. Un rayo cayó sobre un árbol en lo alto de la cresta, y a continuación otro, al que le prendió fuego brevemente. Los truenos próximos le resonaban en los oídos.

Tess corrió al árbol de Griss. Reg y Rowan habían huido hacia la oscuridad después de que cayera el segundo rayo, el Cielo sabía adónde.

Piztka había aprovechado la oportunidad para empezar a quemar las cuerdas.

—Vamos —gritó Tess por encima del aullido del viento, y tiró de la mano de Griss—. ¿Podéis caminar?

Un relámpago iluminó su semblante aterrado. Al revolverse, golpeó a

Tess en un lado de la cabeza. Ella apretó los dientes y lo agarró; era como pelear con una nutria, húmeda, resbaladiza e inesperadamente fuerte, y decidida a zafarse. Lo cargó a hombros, de la misma forma que un campesino lleva un becerro. Griss se agitó con violencia, pero se quedó sin fuerzas cuando Tess se levantó tambaleándose.

La lluvia azotaba su cuerpo, le bajaba a chorros por la cara, por el jubón, por las botas. Estuvo a punto de tropezar con una raíz que resultó ser Piztka, que intentaba conducirla en la dirección correcta. Los truenos y los relámpagos hacían que todo se confundiera; la ladera parecía igual a ambos lados.

Seguía la llama de la lengua de Piztka como si fuera un fuego fatuo entre grupos de árboles, sorteando riscos lo más rápido que podía sin caerse. Creyó oír a Reg y a Rowan gritar a lo lejos. Esperaba que hubiesen corrido colina abajo por el otro lado de la cresta, que se hubieran separado o, tal vez, despeñado en algún precipicio.

Al pie de la colina se extendía un huerto de repollos, como había descrito la posadera. Los pies de Tess batían el barro al correr, haciendo saltar pellas negras. Arrancaba de cuajo repollos al tropezar, pero se las arreglaba para no resbalar y caer. Los rayos y los truenos se desplazaban hacia lo alto de la cresta.

—¡Vigila el cielo, Annie! —oyó gritar a Griss.

Turbulencia del Melindroso, el pueblo prometido, aparecía cada vez que surgía un relámpago, con voluminosas cabañas de paja, y allí, junto al río, se vislumbraba un amplio complejo con un santo en el ápice del tejado. Tess llegó a la puerta del patio, depositó a Griss en la entrada y llamó con las fuerzas que le quedaban, confiando en que la oyeran por encima de la tormenta.

—Yo esperaré aquí —afirmó Piztka desde un arbusto de tejo cercano—. No me querrán dentro.

Antes de que Tess pudiera replicar, se abrió la puerta y salió una novicia, con su espectral hábito amarillo a la luz de la antorcha.

—Caridad en una noche lluviosa —exclamó, sujetando la puerta para Tess y Griss sin preguntar siquiera qué querían. Nadie llamaba a la puerta en una noche como esa a menos que se tratase de una emergencia.

Un cuarto de hora después, se encontraban en la sala del hospicio, una pieza alargada con ocho camas, tres de ellas ocupadas. Griss, envuelto en mantas frente a la chimenea, tiritaba y gemía mientras una segunda novicia le metía cucharadas de sopa en la boca. Al parecer, a las jóvenes les tocaba servicio por la noche. La que les había abierto interrogó a Tess sobre la condición y los orígenes de Griss; Tess se sintió contrariada por lo poco que sabía.

—No es familia mía; debe de ser de Puentefé. No sé qué edad tiene. Puede que se llame Griss o puede que no —dijo. Y se lo repitió más de una vez—. Le persiguen dos hombres. No debéis dejar que se lo lleven. Por la noche lo atan, y creo que lo matarán cuando quede claro que no es rico.

—¿No crees que sea rico? —inquirió una voz cortante y muy familiar desde el otro extremo de la enfermería.

Tess se giró para descubrir a una religiosa robusta y mayor que avanzaba entre las hileras de camas. La estancia estaba casi a oscuras, pero la silueta de la mujer y su porte le confirmaron su identidad: era la madre Philomela, a la que había visto con su padre en Puentefé.

Hay momentos en que no podemos por menos que dudar de nuestro albedrío, preguntarnos si el mundo no interviene en él con alguna clase de

conciencia, intentando enviarnos un mensaje. Y aquel fue ese momento para Tess.

Nunca se habían visto cara a cara y el aspecto de la joven era muy diferente ahora; aun así, se puso de pie y extendió la mano.

—Me llamo Jacomo —se presentó, como para evitar la posibilidad de que la reconociese dándole a la mujer un nombre falso.

La vieja madre superiora la ignoró, se acercó a Griss y le tocó la frente.

—¿Sois rico, venerable padre? ¿Haréis una donación?

—No tengo nada —reconoció él con voz ronca—. Nada hay que merezca la pena poseer desde que maté a Annie.

Contó una versión embarullada de la historia. Annie había muerto por su culpa; él la había enviado a la muerte. Había querido darle una lección a Johnny, en realidad, pero, por mucho que uno quisiera hacer lo correcto en este mundo, el mundo encontraba la manera de aplastarle.

La madre Philomela ni confirmó ni refutó dicha hipótesis, sino que le atusó los cabellos apartándoselos de los ojos, le tomó el pulso, le auscultó los pulmones —los cuales, declaró, tenía muy mal— e indicó a las novicias que le dieran cuanta sopa quisiese tomar.

Tess tiró de la manga amarilla de la religiosa cuando pasó a su lado.

—Dos rufianes, Reg y Rowan, quieren llevárselo, pero no les dejéis. No merece ese fin.

—Estoy de acuerdo en que no lo merece —dijo la religiosa con severidad—. Aunque es curioso: es indiscutiblemente uno de los inocentes del Cielo y, aun así, se siente tan cargado de culpa que confiesa sus pecados a todo el que ve.

Griss tenía el aspecto inocente de un pollito con la boca abierta, esperando la siguiente cucharada de sopa.

La madre Philomela fue a una cama ocupada para comprobar la bacinilla.

—Dime una cosa, muchacho —dijo en voz alta por encima del hombro a Tess, que no la había seguido—. No es ni tu padre ni tu abuelo, pero has arriesgado tu bienestar para traerlo aquí en una noche como esta, con unos hombres peligrosos siguiéndooos. ¿Qué te ha impulsado a ayudarlo? ¿La culpa? ¿La compasión? ¿Otra cosa?

Tess reflexionó, apartando los ojos de la desagradable tarea que la ocupaba ahora: limpiar a su anciano paciente.

—Me recuerda a mi abuela.

—¿El amor, entonces? —La mujer volvió a arropar con la colcha a su paciente, que le dio las gracias con voz queda. Le dio unas palmaditas en la frágil mano y llevó las lavazas a la cama siguiente—. El amor es un noble motivo, aunque ya ves lo deprisa que puede deteriorarse hasta convertirse en culpa. Después de todo, quería a su hermana.

Involuntaria y dolorosamente, a Tess le vino Jeanne al pensamiento. Val no iba muy a la zaga.

—¿De verdad son cosas distintas? —preguntó Tess, y alzó la mirada—. A mí me parece imposible desligar el amor de la culpa.

—O sea que has estado pensando en eso —dijo Philomela, al parecer satisfecha y sorprendida. Se ocupó de otro paciente, una anciana—. Nunca lo imaginarías, pero el hospicio es un lugar excelente para reflexionar mientras tus manos, casi sin querer, hacen el bien. Te diré una cosa: el amor y la culpa son como los huevos y el jamón: mucha gente los disfruta juntos, pero no hay norma escrita que diga que hay que comerlos a la vez. Ni siquiera comparten

origen. —Vació otra bacinilla—. Te pondré una analogía que me gusta: la culpa es un carro que baja sin control por la ladera; puede llevarte muy lejos, pero suele acabar en desastre. El amor, por otro lado, es mucho más lento (en realidad, tus dos pies nada más) —añadió, lanzándole un vistazo elocuente—, pero es más probable que te lleve a un sitio adonde merece la pena llegar.

Tess nunca había conocido a nadie que hablara de ese modo, todo en un plano abstracto, y no sabía muy bien qué responder.

—A mí me gusta caminar —dijo por fin, débilmente.

—Tienes unas buenas botas para ello —comentó la monja, ocupada con el último paciente.

Tess esbozó una sonrisa irónica.

—Y los pies llenos de callos. Viajar a pie también brinda tiempo para pensar.

—Diría que eres filósofo —contestó Philomela con tono afectuoso—. Oigamos lo que has discurrido, pues.

—*Seguir caminando*. —Según lo decía, se sintió inesperadamente cohibida, como si estuviera mostrándole a la hermana el interior de su corazón.

Philomela permaneció callada mientras vaciaba el orinal.

—Bueno, ¿eso es todo? —preguntó a continuación.

—Es más complicado de lo que parece —explicó Tess, y se cruzó de brazos—. Cada vez que empieza a parecerme que..., que no voy a llegar, decido seguir al menos un día más y...

—Y entonces lo haces, ¿verdad? —inquirió la vieja monja—. Suena un poco a huida.

—¡No! —exclamó Tess, molesta—. Es lo contrario de huir.

—¿Huir hacia delante? —dijo la monja al tiempo que levantaba el balde de heces. Hizo un gesto con la cabeza hacia una puerta de doble hoja; Tess la abrió. Fuera, en el patio, la lluvia salpicaba ruidosamente. La madre Philomela dejó el balde bajo un alero y cerró otra vez la puerta—. No digo que no haya que huir o caminar, como dices tú; sólo que parece incompleto como filosofía de la vida. Pretendía inducirte a profundizar más. —Se secó las manos en el mandil—. ¿Qué harás cuando llegues?

—Uno no *llega* —replicó Tess, cada vez más molesta—. Estás en el Camino, y el Camino siempre sigue y sigue. —Se percató de que había dicho «Camino» como si se escribiera con mayúscula, igual que el nombre de una persona; no había tenido consciencia de sentirlo así hasta que no lo pronunció en voz alta.

—Ahora estamos llegando a alguna parte. Todos estamos en este camino, metafóricamente hablando —dijo la anciana monja de vuelta hacia el hogar—. Ese es nuestro destino. ¿Es ahí adonde vas? ¿Y uno debe optar por seguir caminando en vez de sentarse sobre sus posaderas, afligido, a lloriquear?

¿Por qué sonaba estúpido en boca de la madre Philomela cuando lo había sentido tan profundo mientras caminaba?

—Supongo —dijo Tess, que estaba empezando a lloriquear y, sin duda, se habría sentado afligida sobre sus posaderas de haber tenido cerca una silla.

—Es un comienzo —concedió la anciana, y se lavó las manos en una jofaina que había junto al fuego—. Aunque dime una cosa: ¿caminar es la única virtud en tu sistema filosófico? ¿Y si alguien decide quedarse en un sitio y no seguir andando... a propósito? ¿Estaría mal?

Tess reflexionó.

—Llevo caminando... dos meses, literalmente, y me siento... bien cuando lo hago. Tengo las ideas claras; el mundo tiene sentido. Caminar es bueno en sí.

—Desde luego —soltó Philomela con brusquedad—, pero no es lo único bueno. Puesto que ahora estamos siendo literales, ¿te has sentido claro y sensato en otros momentos durante tus viajes?

La pregunta hizo pensar a Tess.

—Mientras volteaba el heno. Nadando en el río, reptando en las cuevas... Una vez estaba tumbado en un cercado comiendo pan, y el cielo estaba azul y había una abeja... —Calló de repente, avergonzada. Resultaba difícil explicar lo de la abeja.

—Exacto —convino la madre Philomela con firmeza—. Trabajando, nadando, comiendo. Caminando.

Tess parpadeó, insegura de adónde quería llegar.

—Te sientes completo cuando haces cosas, Jacomo. Cuando estás en tu cuerpo —dijo la monja despacio, como si Tess fuera estúpida—. El pensamiento puede salir disparado en todas direcciones, pero la verdad se centra en el cuerpo a la larga.

El cuerpo sonaba a cadáver en un funeral.

—¿En el cuerpo, en... la fuente del pecado? ¿En el autor del exceso y la miseria? ¿En ese cuerpo? —Trató de sondear lo que quería decir la monja.

—No me cites a San Vitt —espetó Philomela, que puso cara de bulldog—. Eso no es a lo que me refiero. Aquí no suscribimos sus credos desdeñosos.

—«La carne no es más que un saco de materia pringosa» —recitó Tess

con crueldad, pestañeando.

La religiosa alzó su doble barbilla.

—*Materia pringosa* es una descripción, no un juicio. ¿Cómo podría hacer yo esta labor —abarcó la sala de la enfermería con un gesto amplio— si despreciara el cuerpo? Nuestras hermanas también son comadronas, como bien sabes. —Tess no lo sabía—. Traemos cuerpos a este mundo y los acompañamos a la salida. Como este anciano amigo tuyo nos recuerda de manera conmovedora, la cabeza se nos va. El alma... ¿quién sabe qué es o dónde se aloja? Al final, la mitad de las veces el cuerpo es lo único que somos nosotros.

De pronto, la joven sintió que el jubón le oprimía el pecho.

—Diría por tus citas reaccionarias que te educaron en el desprecio de la carne y los asuntos de la carne. Así que dime, joven caballero —empezó Philomela, poniendo un leve énfasis, no del todo sarcástico, en *caballero*—, según tu opinión filosófica, o de san Vitt, ¿nace malvado el cuerpo o hace el mal por el simple y anárquico placer de hacerlo?

Tess se quedó helada. Philomela estaba citando a su padre. Había visto a través de ella y deducido quién debía ser. No debería haber cantado ese fragmento de canción.

—Nace malvado —respondió Tess con el corazón acelerado—. San Vitt dice explícitamente que la hembra...

—Falso —espetó la monja, captando con sus agudos ojos verdes cada matiz de la reacción de Tess—. Primero, te he dado dos opciones a modo de prueba: nunca hay sólo dos opciones. Eso es una mentira para impedir que pienses demasiado a fondo. Segundo, y más importante: el cuerpo es inocente. Profunda, hermosa y esencialmente inocente.

—Eso no es verdad —medio susurró Tess. Cada una de las palabras de Philomela era un puñal que penetraba en una herida profunda todavía sin curar.

—Tercero —añadió la hermana, como si Tess no hubiese abierto la boca —: piensa en los niños, que se limitan a seguir su naturaleza. Pueden nacer difíciles o rebeldes, pero nunca malos. A los que disfrutan comportándose mal se les puede enseñar a ser mejores. Por desgracia, demasiados tienen padres que los desprecian.

Tess temblaba de tal manera que le castañeteaban los dientes.

—Lo mismo ocurre con el cuerpo —prosiguió la monja, estrechando los ojos con cierta fiereza—. Los inocentes aborrecidos se vuelven aborrecibles. La bondad se marchita cuando es pisoteada de continuo. Cumplimos los más aciagos augurios de nuestros padres; después nos ovillamos en torno a nuestro dolor hasta que no podemos ver más allá de nosotros mismos. ¿Quieres caminar? Hazlo saliendo de esa sombra. Camina, niña.

Tess luchó por contener las lágrimas.

—He visto lo que piensan de ti. —Suavizó el tono—. Me alegró saber que habías alzado el vuelo tú sola, pero aún tienes un largo camino por recorrer. Tu amabilidad hacia esta persona, cuando no tienes por qué tomarte tantas molestias —hizo un ademán hacia Griss—, me muestra tu verdadero corazón. Tu credo va más lejos de lo que piensas; sigues caminando, sí, pero no pasas de largo ante quienes te necesitan. Enderézate, a fin de poder mirarlos y responder.

La joven estaba demasiado turbada para interiorizar todo aquello. Las palabras rebotaban en ella como salta una piedra sobre la superficie de un lago.

Una piedra puede saltar un buen trecho, pero al final siempre se hunde.

—¿Cómo habéis sabido quién soy? —preguntó cuando fue capaz de hablar.

—No estaba segura hasta que me lo has confirmado, pero parecía posible. Tu caso lo llevo clavado. Cuando tus padres se enteraron de que te habías ido, se condujeron como personajes de una mala función teatral: sobreactuaban y exageraban. Se avergonzaban de haberme hecho salir para nada. No tenía por qué haber sido así; habría podido aconsejarles cómo sobrellevar tu pérdida o cómo mejorar ellos mismos para tu eventual regreso. No les interesaba. Por debajo de los jadeos y resoplidos, sospecho que se sentían aliviados.

Eso no hizo que Tess se sintiera mejor.

—¿Y mi hermana? No Seraphina, sino...

—¿Tu gemela? —La memoria de la vieja Philomela no había menguado un pelo—. La conocí, y también a su bondadoso marido. No te voy a mentir: la heriste. Se ha puesto a caminar, enderezándose ella sola para ello, sin las botas y la tozudez. Encontrará su camino. Si no puede, no es culpa tuya.

Tess se sintió herida también; un baño tibio de culpa hizo que le escociera.

—Pero ¿cómo habéis venido a parar aquí? —preguntó, buscando a tientas un tema menos doloroso.

La madre Philomela se echó a reír.

—¿Puedes creerlo?, tu partida me hizo pensar. Nunca he llegado demasiado lejos y no me quedan muchos años. Estoy en un viaje de despedida a cuantos hospicios pueda llegar con mi burro. —Le centellearon

ojos. Tess se acordó de su asno—. Ya he visitado tres y me siento fuerte como una vaquera. Puede que llegue a Samsam antes de morir. —Se volvió hacia Griss y posó las manos sobre su cabello crespo—. En cuanto a vos, viejo amigo: Annie eligió esa cima. El dragón fue una desafortunada casualidad. Vos no la matasteis. Los dos quisisteis hacer las cosas bien y todo salió mal.

—Esperad, ¿conocéis su historia? —preguntó Tess—. ¿Sucedió como la cuenta?

—Más o menos —respondió la anciana con tristeza—. Yo nací y crecí en Puentefé. Todos los de mi generación conocíamos la historia. Se convirtió en una balada popular.

Y empezó a cantar:

Entonces huyó Johnny, nunca sintió contrición;

a su hermano le dejó roto el corazón.

Delirando y clamando, allí lo dejó,

ante la tumba de Annie, que jamás existió.

Griss se animó al oír la canción y se unió a ella:

Los años reptan, pero los gusanos vuelan.

La tumba de la pobre Annie en el cielo queda.

La madre Philomela sonrió débilmente.

—En ocasiones, cuando el resto de nuestra razón nos abandona, queda la música. Nosotras cuidaremos de él, hija. Pero ¿qué piensas hacer ahora?

Tess miró hacia atrás. La lluvia todavía repiqueteaba en el tejado, aunque los contornos de las ventanas empezaban a hacerse visibles; por detrás de una

colcha de nubes salía el sol.

—Haberlos encontrado aquí casi parece una señal del Cielo —respondió—. Casi me entran ganas de quedarme.

—*Casi* no es suficiente —replicó Philomela—. Igual que no lo es la culpa.

Tenía razón, y ella sintió que se le quitaba un peso a su corazón. Rodeó a Griss con los brazos y lo estrechó un momento. Olía fatal, pero a Tess, amiga de un quigutl, no le importaban esas cosas.

—Aquí estaréis a salvo, lejos de Ruina y Perdición. Aunque os echaré de menos.

Griss se echó a llorar.

—Oh, Annie, adiós —sollozó—. Nunca había dicho adiós.

—Acabáis de hacerlo. Adiós, querido anciano —dijo Tess. Le besó en la frente, se secó los ojos y se dispuso a marcharse.

Las novicias siguieron dándole cucharadas de sopa (el viejo era un pozo sin fondo). La madre Philomela la acompañó al patio, bajo la llovizna y el crepúsculo, hacia las puertas de la entrada. Todavía había ruido fuera, aun cuando habían cesado los truenos.

—Podrías quedarte a dormir hasta la salida del sol —le ofreció la monja, que moderó el paso.

—Os lo agradezco, pero tengo promesas que cumplir —contestó Tess, a pesar de que el ruido comenzaba a preocuparla a ella también. Había empezado en forma de forcejeos y golpes secos, pero ahora se oían gritos y gruñidos.

La madre Philomela se desvió hacia un lado del patio y llamó a una

puerta.

—Hermana Mishell —dijo con voz leve y reposada—, toca la campana. Ahora, por favor. —Le hizo una seña a la chica para que se quedara quieta. Sonó una clara campanada, tras lo cual la madre Philomela agarró un atizador oxidado que habían dejado junto a las puertas sin atrancar y las abrió despacio hacia dentro.

Ante las puertas del hospicio, Reg y Rowan luchaban contra dos quigutl. El primer quigutl saltó sobre Reg y recibió un sartenazo en la cara. Cayó inconsciente al suelo. El segundo quigutl hizo una finta a la izquierda, amagó a la derecha y luego cerró sus mandíbulas sobre el muslo carnoso de Rowan.

Su alarido rasgó el aire como un rayo.

16

Piztka era el que había caído al suelo.

Tess se lanzó de rodillas sobre el fango a su lado y le buscó el pulso caliente en la garganta, rezando a todos los santos que conocía (excepto a su hermana) para que no hubiese muerto. Piztka se estremeció y después aspiró una enorme bocanada de aire, aunque tenía la mirada perdida. En la bolsa de su garganta se veía un tajo de más de siete centímetros por el que sangraba copiosamente.

Tess le protegió con su cuerpo de la violencia que continuaba por todos lados. Reg profería obscenidades, Philomela blandía el atizador y Rowan gritaba incoherencias. Entonces los aldeanos bajaron en masa, convocados por la campana, con sus bieldos en alto.

La madre Philomela ordenó a los lugareños que apresaran a Reg y lo llevaran a la picota.

—Iré a verlo más tarde —aseveró—, y lamentaré verme. —Se acercó a Rowan con precaución, como si fuera un oso que rugía de dolor, y trató de sacudirse al quigutl atenazado a su muslo—. Estate quieto o tendré que dejarte sin sentido —soltó con un tono de inapelable autoridad.

Rowan se esforzó en reducir sus rugidos a meros lamentos y sus sacudidas, a estremecimientos.

—Amiguito —le dijo la madre Philomela al segundo quigutl—, si lo sueltas, ¿su arteria femoral sangrará y lo matará? Si es así, aguarda.

El quigutl abrió la boca con cuidado y se apartó, dejando la pierna de Rowan presa de un artilugio de acero, un juego de mandíbulas falsas tan fuertes y puntiagudas como un cepo para lobos.

—Tez —la llamó Kikiu—, dile que se desangrará en cuanto alguien lo suelte.

—¿Qué es eso? —exclamó Tess—. ¿Y qué estás haciendo *tú* aquí?

—Un potenciador de mordiscos —respondió Kikiu con calma, como si no se tratase de un artilugio de muerte atroz. Se acercó y aplicó su lengua hueca a cada ojo de Piztka para detectar algún signo de vida en el quigutl—. Y mi historia puede esperar. Mi madre-*utl* necesita atención más urgente.

Las monjas echaron a Piztka y a Rowan en sendas literas y los metieron en el hospicio. Tess ayudaba cuanto podía, sin quitarle ojo a Kikiu. ¿Por qué habría vuelto la cría con una trampa de hierro en la boca si no era porque tenía la intención de volver a morder a Piztka?

Kikiu, como si pudiese leer las sospechas de Tess, ladeó las espigas de su cabeza con sarcasmo y le dio un *fzep* en las rodillas al tiempo que se volvía para seguir a las monjas al interior.

π

Las hermanas estaban especializadas en cuidados paliativos, pero también sabían cómo actuar en la sala de operaciones. Con Rowan calmado fue fácil; hacia el final del día, le habían cosido y encadenado con su compañero en la picota del pueblo. El cargo oficial fue «conspirar para cometer violencia contra las religiosas». Reg y Rowan serían procesados cuando dispusiera el señor del lugar; el pueblo entero de Turbulencia del Melindroso estaba dispuesto y deseoso de testificar.

Piztka necesitaba intervenciones de más envergadura. Aparte de la perforación de la bolsa de su garganta, tenía una conmoción cerebral y un brazo dorsal dislocado.

—Tal vez tarde semanas en poder viajar —dijo Philomela, que nunca estaba dispuesta a suavizar las cosas—. Pero eres libre de quedarte hasta que se haya repuesto.

Así que Tess acabó quedándose entre las monjas más tiempo del que había previsto. No lo hacía a disgusto y sorprendentemente no se aburría. Exploraba Turbulencia del Melindroso, los campos y las colinas de los alrededores, los zarzales a lo largo del río. Les contaba cuentos a Griss y a los demás pacientes del hospicio. Hacía mucho tiempo que no permanecía en un sitio con lo suficiente para comer y sin prisa por llegar a donde fuera. Al parecer, ella también necesitaba descansar.

Se sentía un poco culpable por las heridas de Piztka. Seguir a Reg y a Rowan y poner a Griss a salvo había sido sólo decisión suya; Piztka había participado a regañadientes y había pagado un alto precio. Tenía que resarcirle. Si podía localizar una cueva grande en las proximidades, quizá su amigo lograra realizar su *kemzikiemzlutl*, soñar con Anazzuzzia y llamarla.

Tess se dedicó a indagar. Si había cuevas grandes cerca, habría leyendas. Seguro que las vacas se caían en ellas alguna que otra vez o que alguna joven pareja se había perdido en ellas. Tanto las monjas como los aldeanos le daban la misma respuesta: debía visitar el Gran Escalofrío, una cueva tan grande que se había tragado un castillo entero.

Le habló de dicha cueva a Piztka después de que hubiese pasado un par de semanas en la enfermería; aún parecía sufrir muchos dolores, y pensó que podía necesitar un estímulo.

—Sólo está a unos tres kilómetros —le contó Tess. Estuvo a punto de decir «a una hora a pie», pero no estaba segura de cuánto tardaría en andar ni lo deprisa que lo haría.

Piztka, ovillado en el nido de mantas que las monjas le habían hecho, no respondió.

—¿Todavía no has encontrado tu monstruo subterráneo? —inquirió con burla Kikiu, que acababa de surgir de dondequiera que durmiese por las noches.

Tras dos semanas, Kikiu aún seguía allí y sólo se separaba de Piztka para dormir. Al principio Tess miraba a la cría con escepticismo, sin saber qué se proponía, pero no hizo ningún movimiento amenazador. Las religiosas habían guardado el potenciador de mordiscos en una caja fuerte, lo que tranquilizaba considerablemente a la chica.

Piztka levantó la cabeza por Kikiu, al menos.

—¿Lo has conseguido? —jadeó. El agujero de su garganta hacía que le costase hablar.

Kikiu se inclinó sobre Piztka y le enseñó los dientes. Le destellaron fríamente.

—¡No te atrevas! —gritó Tess, casi antes de comprender lo que estaba viendo.

Kikiu llevaba puesto el potenciador de mordiscos.

La joven quigutl giró los conos oculares con taimada expresión, pero Piztka intervino: —No pasa nada. He pedido a *ko* que... me lo enseñara. Quería... comprender.

—Pero la dentadura estaba guardada bajo llave —añadió Tess, que todavía no se fiaba.

—La cerradura no era muy fuerte —comentó Kikiu con astucia. Se volvió otra vez hacia Piztka y abrió sus horribles mandíbulas para dejar que su

madre las examinara desde distintos ángulos—. Les di la fuerza de unas buenas cizallas —explicó—. Se cierran de golpe. No se oxidan ni se atascan.

Piztka levantó un dedo cauteloso; Kikiu se quedó quieta y le dejó tocar el acero dentado.

Tess se encogió, aunque no tenía por qué; parecían estar congeniando.

—He hecho lo que me dijiste —susurró Kikiu—. Tenías razón respecto a Puentefé. Era un nido falso. No pude volver.

—¿Qué es lo que te dije? —preguntó Piztka con esfuerzo—. ¿Que buscaras tu verdadera naturaleza?

Kikiu asintió enérgicamente con la cabeza.

—Creo que aprobarías cómo he estado viviendo. Sin dinero, sin...

—Si eso es verdad —siseó Piztka con rencor, arqueando el lomo—, ¿por qué el... potenciador? Te estás... volviendo *antinatural* a ti misma.

Kikiu se encogió ante la ferocidad de Piztka, con un gesto tan avergonzado e incómodo que Tess no pudo más que sentir pena.

—¿Por qué has regresado... en realidad? —rugió Piztka, y la perforación de la bolsa añadió un resuello silbante a su pronunciación.

—¿Adónde iba a ir si no? —replicó Kikiu con vehemencia.

—Pero ¿cómo... me has encontrado? —jadeó Piztka.

Kikiu apartó los ojos para evitar su mirada, murmurando algo que Tess no pudo oír.

—No es así —dijo Piztka—. Sabías... dónde estaba. —De repente, se lanzó con fiereza y mordió a Kikiu en la cara, el hocico entero, la nariz y la boca, de modo que no podía hablar ni respirar.

Kikiu se debatió e intentó zafarse, con los ojos desorbitados de pánico. Rodaron juntos por el suelo, Piztka ignorando sus heridas abiertas, Kikiu agitándose con la energía frenética de quien cree que puede ser su última pelea.

—¡Piztka, detente! —gritó Tess horrorizada. Cogió la banqueta en la que había estado sentada y la descargó sobre su cabeza.

Piztka soltó su presa.

—¿Estás loco? —farfulló Kikiu, y retrocedió de espaldas hacia la pared, alejándose de Piztka.

—Ahí tienes —respondió Piztka, jadeando de dolor. Se había desgarrado de nuevo la bolsa de la garganta y supuraba—. Lo necesitaba... una vez más. La *fatlukez* no funcionó...; todavía estábamos ligados. Por fin... libre.

A Kikiu le sangraba el hocico. Podía haber atacado a Piztka con sus mandíbulas de metal —como temía Tess—; en lugar de eso, dijo con acritud: —Todavía no seremos libres, ya verás. Entre nosotros hay y siempre ha habido algo mal. —Echó a correr hacia la puerta.

Tess miró frenética a Piztka, consternada por lo que acababa de pasar, pero este no hizo el menor amago de ir tras su hija.

Tess sabía que los quigutl se mordían unos a otros y que parecía más cruel de lo que era, pero eso era distinto. Así lo indicaba la reacción de Kikiu y el hecho de que Piztka podría haber matado a la cría.

No estaba segura de que la hubiese soltado de no haber llegado a darle con la banqueta en la cabeza.

Corrió al patio detrás de Kikiu. Las puertas de delante estaban cerradas. Kikiu había trepado arriba del todo y estaba a punto de saltar. Cuando Tess

gritó «¡espera!», ella se detuvo, con las espinas bajas como un perro escarmentado.

—Piztka no es él mismo —empezó Tess, trotando hacia la puerta—. Todavía está herido. No piensa con claridad. Le conozco y esto no es propio de él. Estoy segura de que no pretendía... —Hizo una pausa para recuperar el aliento y pensar en la retahíla de excusas no solicitadas que dar para la violencia de Piztka. Al final, dijo débilmente—: ¿Te encuentras bien?

—Nunca me he encontrado bien —contestó Kikiu con voz normal—. No sé si lo creerás, pero he venido confiando en que *ko* se sentiría orgulloso de mí. Me estoy abriendo camino a través de la selva, a través de mis propias pesadillas. Pero ¿de qué sirve? *Ko* no tiene el menor interés.

—¿Pesadillas? —preguntó Tess con un destello de esperanza en la voz—. Estás soñando, sin tus compañeros de nido alrededor. ¿Has soñado con la serpiente? Cuéntaselo a Piztka. Creo que él...

—¿Me daría otro mordisco injusto? —concluyó Kikiu, que escrutaba a Tess desde arriba como un gato en un árbol—. Escucha esto, humana: yo he soñado siempre, incluso allá en Puentefé. Me esforcé mucho para hacerme un sitio allí, seguir las normas y encajar. Y todavía soñaba, incluso con mis hermanos amontonados alrededor de mí, como si fuese vieja y senil. Me sentía avergonzada.

»Después, Piztka tuvo el sueño ese, esa *llamada*, y fanfarroneaba al respecto como si fuese un milagro y no la prueba de que también *ko* estaba irremediablemente solo.

—Pero entonces es algo que tenéis en común —razonó Tess. Sin duda, era un malentendido. Piztka no había pretendido ser cruel, no lo habría sido si hubiese estado al tanto—. Vuelve y habla con él. Todavía podéis ser cobijo el

uno para el otro.

—Jamás lo hemos sido —sentenció Kikiu—. Y jamás lo seremos.

—Si sueñas con la serpiente, es porque te ha llamado —insistió Tess, ahora suplicante—. Estás con nosotros en la búsqueda de la Más Sola.

—Yo soy la más sola —siseó Kikiu—. Tal y como me hizo mi madre. — Con un movimiento serpentino de su cola, se dio media vuelta y saltó de las puertas, fuera del hospicio, y se alejó.

Tess se quedó mirando el sitio donde había estado. La palabra «madre» la había golpeado como una bofetada; y por fin veía lo que había estado ahí desde siempre: Piztka, su mejor amigo en el mundo, había sido un progenitor totalmente inadecuado.

Kikiu, concebida con violencia, cuyo nacimiento casi mató a Piztka, habría sido devorada si Tess no lo hubiera impedido. Piztka no había querido ni apreciado a Kikiu; tampoco había sido un cobijo para ella. Tess no sabía qué se consideraba una buena madre quigutl, pero, si Kikiu había estado tan sola como para soñar, Piztka no había cumplido como debía.

Era comprensible y una deshonra lacerante.

Tess volvió a entrar trastabillando, dominada por una especie de vértigo, preguntándose si habría algo que pudiera hacer.

π

La impaciencia de Piztka por ponerse en marcha iba muy por delante del proceso de curación, y cuatro días más tarde, una cálida y despejada mañana, emprendieron el camino hacia el Gran Escalofrío, antes de que se encontrase en condiciones de viajar.

Tardaron medio día en hacer los tres kilómetros porque paraban cada vez que la respiración de Piztka se volvía demasiado fatigosa. Tess iba cargada con todas sus cosas, además de las provisiones que las monjas habían tenido la amabilidad de prepararles, esperando no tener que regresar al hospicio, pero Piztka andaba tan despacio que empezaba a arrepentirse de no haberse quedado una semana más. Hasta media tarde no divisaron las ruinas en lo alto de la loma.

Los habitantes de Turbulencia del Melindroso, que tenían un talento especial para poner nombre a las cosas, llamaban a los restos de la fortaleza el «Viejo Encantado». Parecía un suflé desinflado, doblado sobre sí mismo, hundido y encogido por el centro. Los muros de piedra se inclinaban y pandeaban de forma peligrosa. Las enredaderas reptaban por las paredes y afloraban brotes nuevos de las grietas de las almenas. Las cavernas de debajo del castillo se habían derrumbado un siglo atrás.

¿Habrían advertido algún indicio los moradores del castillo o habrían caído de improviso en un socavón y habían muerto? Puede que en las cuevas todavía hubiera huesos o tesoros. Tess sintió un rudimentario remusgo pirata.

La entrada más accesible del Gran Escalofrío, tal y como habían insistido las monjas, estaba al sur de la fortaleza, un pozo de quince metros cubierto de vegetación. Era un descenso difícil para Tess, incluso con rocas y enredaderas donde agarrarse, lo cual le hizo sorprenderse de esas monjas. Debían de ser ágiles como cabras.

Incluso herido, Piztka aventajaba a la chica. Para cuando ella alcanzó el fondo, dolorida, arañada y orgullosa, él ya estaba preparándole una antorcha.

—Acabé estos... la noche de la tormenta —dijo Piztka con el áspero e irritado susurro en que se había convertido su voz. Con cuidado, sacó de su garganta lo que parecían un par de cucarachas enormes. Eran zmibs con una

tosca forma lunar; Tess había confundido los cables sucios con las patas—. Sólo con manos y lengua. Sin herramientas —carraspeó Piztka, asombrado de sí mismo.

Tess se guardó el bicho —todavía lo encontraba insectoide— bajo la pechera de su jubón. Piztka encendió la antorcha y descendieron juntos hacia la húmeda y fría negrura.

Esas cuevas eran de una escala diferente a las que habían recorrido antes, y caminaron durante horas. Piztka escogía pasadizos grandes, en busca de un lugar lo bastante profundo y majestuoso para hacer su llamada. Insistía en que lo reconocería en cuanto lo viera. Encontraron un lago enorme que horrorizó y fascinó a Tess, y descubrieron salas llenas de maravillas cristalinas: cascadas congeladas, bolas de yeso, débiles agujas de piedra... Pero nada le parecía apropiado a Piztka.

Llegaron a una cámara similar a la nave de una catedral, cuyo techo y paredes estaban mucho más allá del alcance de la antorcha. Cerca del centro había una enorme roca plana, como un estrado; había caído del techo invisible un siglo atrás.

—Aquí —anunció Piztka con un gesto de aprobación—. Ayúdame, Tez. —Hizo una pausa, con la mano en la garganta, hasta que se le pasó el dolor.

—Por supuesto —respondió Tess amablemente, encajando la antorcha entre dos rocas para tener las manos libres—. ¿Qué necesitas?

—Pínchame la arteria. —Señaló un punto blando debajo de su brazo—. Recoge la sangre. Viértela alrededor mientras yo duermo.

Según parece, las cuevas son increíblemente silenciosas cuando estás demasiado pasmado para hablar.

—Utiliza tu cuchillo —añadió Piztka con dulzura, como si le hablara a un

niño asustado—. Tu cazo. Yo no puedo hacerme... el corte si está demasiado duro. —La bolsa de la garganta le temblaba al hablar.

La incisión era en un sitio que Tess había perforado, desde luego, pero no el único sitio. Era demasiado grotesco llenar el cazo de sangre, como si fuera a hervirla para hacer una morcilla de quigutl. ¿Qué más tenía para recoger la sangre? El pellejo de agua estaba lleno. Las monjas les habían mandado un tarro de col fermentada. No podía comérsela tan deprisa.

Echó una mirada alrededor con frustración y advirtió dos extrañas piedras blancuzcas a cierta distancia. Eran idénticas, curvas como cuencos no muy hondos, en forma similar a unas uñas y del tamaño de dos manos ahuecadas. Nunca había oído hablar de semejantes formaciones en ninguna clase de geología.

Eso sí, tendrían capacidad para un goteo de sangre.

—¡Tez! —exclamó Piztka—. Ahora. Rápido.

Ya estaba sangrando. Tess cogió los cuencos de piedra, uno con cada mano, y fue a recoger la sangre plateada.

—¿Qué son? —preguntó Piztka con el brazo sangrando.

Tess examinó de nuevo los cuencos de piedra. Aunque en realidad no parecían de piedra. Eran demasiado ligeros en sus manos, lechosos y traslúcidos y... ¿flexibles? ¿Un poco?

—A decir verdad, parecen uñas. —Aquel comentario le pareció ridículo.

Piztka, con cierta dificultad, pasó el brazo que no sangraba por encima de su cuerpo y tocó el borde de uno de los cuencos.

—Ooooh —suspiró—. Tienes razón, Tez... Eso ha sido materia viva.

—¿Una concha? —inquirió ella, porque la otra materia viva con aquella

forma que le vino a la cabeza era demasiado extraña. No podía ser. Los cuencos eran bastante pequeños.

—Anazzuzzia —dijo Piztka con voz entrecortada, como si el nombre se llevara todo lo que tenía.

—¿Una escama desprendida? —No había modo de que proviniera de una gran serpiente—. Es muy pequeña.

—Ha sido joven... muchas veces. Se regenera... Partenogénesis. Ha debido de pasar por aquí... hace mucho.

Tess desconocía la palabra «partenogénesis» —ni en quootla ni en goreddi—, pero sí sabía cuándo estaba sufriendo su amigo.

—¿Es suficiente con esto? —Hizo girar la sangre en ambos cuencos.

—Es probable. Sólo es una suposición —respondió Piztka. Se cauterizó la herida con la lengua flameante y a continuación se desplomó otra vez sobre la piedra plana, exhausto—. Espera a que me haya dormido.

—¿La vierto sobre ti o a tu alrededor? —Tess trató de no sonar aterrorizada.

—Prueba las dos cosas —contestó débilmente—. Sigue tu instinto. Haz lo que mejor te parezca. La intención es más importante... que los detalles. Probablemente.

Tess se sentó con cuidado, con un cuenco —¿una escama?— lleno de sangre en cada mano, y esperó a oír sus ronquidos. Salieron como un hilillo, luego un rugido.

Antes de que se decidiera a empezar a asperjar la sangre, esta comenzó a brillar. Los cuencos desprendían un resplandor azul claro en sus manos. Otras esferas empezaron a brillar por toda la caverna, como un centenar de lunas

reflejadas en el lago, impresionantemente hermosas. La sala estaba repleta de esas... ¿escamas?

Sin duda, Piztka había acertado con su suposición. ¿Qué, además de las escamas de la Serpiente del Mundo, brillaría por afinidad con el sueño de un quigutl? Tess, recordando su cometido, se levantó con torpeza y giró la piedra de Piztka, vertiendo la sangre alrededor de él. Cada salpicadura formaba una constelación.

Roció las últimas gotas sobre su cuerpo y entonces también Piztka empezó a refulgir.

Tess cayó de rodillas justo cuando se apagó la antorcha. La luz azul claro de un centenar de escamas brillantes bañaba todo y era suficiente. Fluctuaba sobre Piztka como los Faros del Sur, resplandeciendo encima de la bolsa de su garganta, su brazo dorsal, su cráneo.

Ante sus ojos, el orificio de la garganta de Piztka se cerró de golpe.

La chica contemplaba todo como hipnotizada. Después, la luz comenzó a desvanecerse, tan despacio que Tess no sabía si aún persistía el resplandor o era una imagen accidental en su retina.

Al final, la oscuridad fue total. Piztka dejó de roncar y el silencio fue completo también.

Por un momento, Tess se imaginó que no existía. Era sorprendentemente tranquilizador.

—¡Tez, Tez, Tez! —gritó Piztka justo a su lado—. ¡Lo hemos conseguido! ¡He soñado con ella! Nos está esperando. Me cuesta creer que haya funcionado...

El torrente de entusiasmo fue sustituido momentáneamente por el ruido

de sus arcadas. Su voz sonaba más fuerte.

—¿Estás bien? No veo nada —dijo Tess, tanteando alrededor.

Piztka volvió a prender la antorcha y vomitó otra vez. Tess advirtió lo que el sonido de su voz le había hecho esperar: volvía a tener la garganta entera. Se arrodilló a su lado y alzó una mano vacilante; Piztka se quedó quieto y dejó que le tocara la piel, el brazo, la cabeza, todos los sitios que le habían brillado con un resplandor extraordinario. Todo él estaba entero.

Val suponía que las serpientes podrían sanar —los mitos paganos y pelagueses daban esas pistas—; aun así, ver la evidencia era impactante.

—¿Cómo es posible? —Tess acarició todas las cicatrices de Piztka—. ¿No ha sido algo..., algo sobrenatural?

—No, amiga —respondió él con dulzura—. Si existe en la naturaleza, es natural, no *zobrenatural*. Tal vez el mundo es diferente a como piensas tú. Nosotros los quigutl somos las serpientes, Tess, hechos de sus sueños y sus huesos, y ellas son nosotros. Nos han enviado tras los grandes dragones para traerlos de vuelta. Pero nunca formamos un hogar, no sé por qué. Hemos olvidado quiénes éramos, y sospecho que las serpientes se han olvidado de nosotros. ¿Cómo llamas a esa cosa que haces para recordarles a tus zantos que existes? Pronuncias palabras especiales, algo así como agitar una bandera para que ellos te encuentren.

—¿Oración? —preguntó Tess—. ¿Acaso esto era una oración a Anazzuzzia?

—Yo soy la *oración* —afirmó Piztka, repitiendo la palabra *goreddi*—. A la Más Sola en nombre de mi pueblo.

Ese era el Piztka que adoraba, lleno de ilusión, sabiduría y entusiasmo. La serpiente no sólo había sanado su cuerpo, también su espíritu.

Si alguna vez había un momento para sacar a colación a Kikiu —la otra más sola—, sin duda era ese. Kikiu sufría, llevaba años sufriendo; Piztka se preocuparía si conseguía hacérselo ver.

—Kikiu me dijo algo antes de partir —dijo Tess—. ¿Sabías que sueña?

—¿Por el camino? Pues claro —replicó Piztka—, sin el nido para acallarlos...

—No, no. Empezó antes, en Puentefé, antes de que lo hicieran los tuyos. Le daba vergüenza contárselo a alguien. Creía que sólo revelaría lo perdida y desconectada que estaba.

Piztka observaba a Tess con intensidad sin decir nada.

—Pensaba que debías saberlo —insistió ella—. Tenéis esa particularidad en común. Si contactaras con ella, los sueños podrían ser un puente entre vosotros, una manera de ser nido para...

—Yo he sido *llamado* —espetó Piztka—. Soy el único que ha estado solo, desde el momento en que murió Karpez. Soy el único que ha vivido con dolor. Kikiu no tiene nada de qué quejarse.

Era una réplica insensible y áspera, como la que podía haber dado mamá. Su agudo sufrimiento —verdadero sufrimiento, Tess no podía pretender otra cosa— siempre la había cegado respecto al de los demás.

Por la disposición de sus espinas, la chica supo que ahora no era el momento de hablar de eso.

—Debemos continuar hacia el sur —dijo Piztka con acritud. Su cola se sacudía de lado a lado con mal disimulada irritación—. Anazzuzzia dice que el mundo nos conducirá a ella y tengo fe en que lo hará. He sido llamado para encontrarla.

Tess se tragó su decepción y metió los cuencos de escamas en su hatillo, por si acaso volvían a necesitarlas. Piztka la guiaba en furioso silencio por el laberinto de cuevas hacia alguna lejana salida que sólo él podía distinguir.

17

Salieron al otro lado de la cresta, lo que los situaba, de acuerdo con las monjas, a unos tres kilómetros de la frontera ninysh. Ahora que Piztka había sanado, hacían buenas jornadas.

Las fronteras fluctúan curiosamente a lo largo de los siglos. Como un río que cava un vasto valle, esa frontera se había desmandado toda ella, por más dócil que pareciese en su curso actual.

En aquellos días, un castillo goreddi protegía el límite. En tiempos de dominio ninysh, cuando la frontera se había desplazado más al norte, la fortaleza se llamaba Palasho du Morney, pero ahora era simplemente el viejo castillo de Morney. Tess lo avistó a lo lejos: una verruga costrosa en una ladera; la carretera lo rodeaba por el oeste. Descubrió que estaba en Ninys, la tierra de la familia de su madre, cuando al mirar por encima del hombro descubrió el almenaje.

Era un hito digno de tener en cuenta, y no sólo porque tendría que desempolvar su oxidado ninysh para comunicarse. Cruzar una frontera internacional —en el momento del solsticio, nada menos— era una proeza para ella. Había recorrido un largo y empecinado trayecto, sin detenerse ni amilanarse, ni abandonar ni necesitar la ayuda de nadie. Era una hija del Camino.

—Tenemos que celebrarlo —le dijo Tess a la sombra de Piztka en la hierba crecida—. Al parecer, hay una aldea en el valle debajo del castillo. Paremos a comer como es debido. —Las palabras le salieron sin pensar: Piztka no podía comer en una fonda.

—Consígueme un poco de queso, nada más —respondió él, cortando en seco sus disculpas.

Todavía estaba molesto con ella. No era propio de Piztka seguir enfadado. Aunque, a decir verdad, Tess le había pisado el rabo al sacar a relucir a Kikiu y no sabía cómo arreglarlo.

Y no podía disculparse. De eso estaba bastante segura.

La aldea, formada por poco más de un centenar de familias, contaba con dos iglesias, cuatro tabernas donde reunirse y, como no tardó en averiguar, dos lenguas, lo cual explicaba la duplicidad. Tan cerca del flujo y reflujo de la frontera, todos estarían mezclados aunque ferozmente separados. Juzgando las tascas por sus nombres, se decidió por Do Flaquette, un establecimiento ninysh con tortitas pintadas en el cartel. Sus tías Belgioso hacían unas tortitas gloriosas; Tess tenía esperanzas.

El camarero la saludó y ella le entendió a la perfección —«¿Qué va a ser, barbián?»—, aunque le costó dragar una respuesta del lodo renuente de su memoria.

Mamá hablaba siempre en ninysh con sus tías, así que Tess consideraba que estaba algo preparada. Sin embargo, entenderlo era más sencillo que dar con las palabras adecuadas e hilarlas.

—Esto...., dame la tortita y el queso y el... No la corteza. Ni la cereza. ¡Por san Daan en un batán, si lo sé!

Pronunció la última frase en frustrado goreddi. Se hizo el silencio en el local; las cabezas se volvieron hacia ella.

—¿*Ese* lenguaje, *aquí*? —exclamó alguien—. ¿Quieres que te sacuda, puco?

—Chis —soltó el encargado de la barra, que le lanzó una mirada feroz al rudo cliente—. Está claro que es un norteño zafio y no tiene la menor idea de lo que está haciendo. Ferdono, llévale a uno de los mesones goreddi.

—¡Oh! —se sorprendió Ferdono, un pinche pecoso, mientras secaba un vaso—. ¿No puedo llevarlo con los caballos? Su dinero sigue siendo bueno.

—Date prisa —gritó otro—. Cada palabra es una mierda que apesta la sala.

Tess, que había empezado a sentirse avergonzada, se volvió indignada hacia sus detractores con las manos en las caderas. Quizá no sabía de dónde le venían las palabras —tal vez de la tía Mimi—, pero era evidente que las había tenido almacenadas mucho tiempo, fermentando.

—¡Tú, criatura grosera! —exclamó—. Ya veo que te asoma el demonio por los ojos, pero te voy a sacudir hasta que te salga por las narices. ¿Qué te apuestas?

Se hizo un silencio conmocionado en tanto una treintena de clientes trataban de adivinar de dónde rayos podía proceder Tess.

—Eh, no está mal —intervino un hombretón que estaba a su lado junto al mostrador—. Un poco loco, tal vez. ¿Cómo te llamas, barbián?

La chica le dio astutamente el nombre ninysh que le había atribuido Kenneth: —Tespucó.

Se oyó una risa nerviosa y después otra, y una avalancha de risas barrió todo resentimiento de la estancia. Tess fue proclamada «hijo del Cielo», y entendió que no se trataba de un cumplido, pero, si habían decidido dejarla en paz, no tenía de qué quejarse.

—Amigo, ¿cómo se llama esta bebida? —preguntó Tess, tirándole de la manga al grandullón.

—Cerveza. —Alzó su jarra para que pudiera ver el contenido—. Has pasado en el Goredd profundo más tiempo del que te convenía. Aquí, en

Afale, no la hacemos con cortezas ni cerezas.

Tess, de repente, sintió como si le hubieran dado una bofetada.

—Perdonadme —añadió, conteniendo un temblor en la voz—. ¿Cómo la habéis llamado? El nombre de esta villa.

—A-fa-le —repitió él con una pronunciación exagerada. Tras la lánguida *ele*, la última vocal era un poco semiabierta, lo suficiente para que sonara algo distinta de la versión del nombre en *goreddi*.

Aunque no tan distinta.

Tess había llegado a *Affle*, la villa natal de Val.

Y acto seguido —lo siguiente de lo que tuvo conciencia—, estaba fuera de *Affle*, al otro lado de la aldea, subiendo con esfuerzo una cuesta. Los últimos rayos de sol cruzaban su sendero, tiñéndolo de naranja.

Se detuvo, con la respiración entrecortada, y volvió la vista atrás. La ciudad de Val se acurrucaba en el fondo del valle. Todo estaba en calma; nadie la había seguido. ¿Había salido volando de la taberna? ¿Se había escabullido? ¿Había echado a correr, agarrándose el estómago?

Se sentó con pesadez en la tierra, atontada. Unas hojas anchas susurraron a su lado y a continuación surgió *Piztka* de la maleza. La dejó terminar de llorar —o dejó que terminara su rostro—; el llanto había empezado sin permiso. Tess no se dio cuenta hasta que tuvo que sonarse la nariz.

Su cuerpo había tomado decisiones por sí solo otra vez.

—¿Qué te pasa, *Tezi*? —estaba diciendo *Piztka*. Al parecer, la preocupación había barrido la irritación—. ¿Estás triste? ¿Enfadada? ¿Enferma?

—¿Estás pasando lista? —preguntó Tess en un esfuerzo por bromear,

aunque sólo consiguió sonar resentida.

—Sí. Tienes una expresión negativa que no había visto nunca, así que estoy intentando determinar qué puede ser.

Por supuesto, ¿qué era? Algo similar al pánico. Descubrir que estaba en el pueblo de Val (volvió a echar un vistazo; aún estaba ahí) había abierto una brecha entre su mente y su cuerpo; se había dividido en dos. Todo lo que había hecho para recomponerse —caminar, nadar, aventar el heno— se deshizo con un golpe relámpago de miedo.

Le debía una explicación a Piztka.

—Ese es el pueblo de Val. Me..., me ha pillado por sorpresa.

Eso le había recordado que Val aún existía. Estaba en algún lugar del mundo. Era real.

La idea era aterradora.

—Nunca hablas de él. —No era una pregunta (el *quootla* hacía las preguntas claras con una partícula interrogativa), pero Tess sintió una docena de interrogantes presionándola por detrás.

—No quiero hablar de él —dijo Tess—. No quiero recordar aquellos días.

Había arrumbado cada recuerdo en la oscuridad, en el *oubliette* de la última mazmorra de su mente. No servía de nada. El pasado nunca era de verdad pasado si el mero hecho de estar en Affle podía devolverlo íntegro en tromba.

Piztka apoyó la cabeza en su regazo y permanecieron sentados como el remedo de un tapiz de unicornio.

—¿Tú lo *zluff*? —preguntó Piztka, utilizando la palabra *goreddi* para «amor»—. Los humanos preferís *zluff* a vuestros semejantes.

—¿A diferencia de qué? —preguntó Tess.

—De responder a la llamada de las feromonas —contestó Piztka sin más, como si no fuera nada—. Las hembras nos llaman y nosotros nos subimos encima. Es maravillosamente fácil.

—No —dijo Tess, horrorizada—. No se parece en nada a eso.

Pero mentía; al menos, un poquito. Se aplastó tal pensamiento como si la hubiera picado.

Y después le contó un cuento a Piztka.

π

Su recuerdo más vívido y brillante de Val era de la tarde que intentaron robar las notas de Spira.

Por aquel entonces, Tess llevaba saliendo de casa a hurtadillas durante más o menos un mes. Kenneth enseguida había empezado a ir en serio con *lord* Rynald, de manera que Val era quien iba a buscarla al santuario de Santa Siucré y también era él quien la acompañaba de vuelta al terminar la noche. La colaba en las clases y en la biblioteca de la facultad, le presentaba a los estudiantes lumbreras y le dejaba participar (pese a algún que otro refunfuño) en los acalorados debates alrededor de su mesa en el Mullet.

Parecía más una francachela de estudiantes que un debate propiamente dicho. A Tess le encantaba, y no sólo porque ganaba a menudo. Le hacía sentirse como uno de ellos, valiente y aventurera.

También había envalentonado a Val: la había besado junto a la fuente en el antiguo claustro, con las estrellas danzando por encima de ellos. Aquel instante fue una perfecta maravilla y sintió en su corazón que se estaban

cumpliendo todos sus sueños.

Si no podía ser Dormidio —cosa que había aceptado en algún momento—, aún quedaba la aventura y cierta apariencia de libertad en mantenerse a su lado como amante.

La noche en cuestión —la aventura de las notas de Spira—, Val y ella habían salido de una clase de geología. Val estaba haciendo una imitación de la saar Fikar, la hembra geóloga, diciendo *nafta* con avidez, como si fuera algo para untar en una tostada. Tess le agarró el brazo y lo llamó malo entre risas.

Roger Ivy los esperaba en el pasillo, folleto en mano.

—Roger, mi compañero de juegos favorito de la infancia —exclamó Val sin interrumpir su interpretación—. ¿Nos vas a acompañar al Mullet a tomar una llameante jarra de nafta?

Tess sonrió a Roger y apoyó la cabeza en el hombro de Val.

—Tienes que ver esto —dijo Roger con tristeza, y puso el folleto en sus manos.

Se titulaba: *Parte 3 de 4: Sobre el disparate de confiar en falsedades de quigutl y quimeras de niños.*

—Maldición —soltó Val—. Otro más, no.

Roger salió disparado. Val siguió andando por el corredor hojeando el trabajo de Spira; Tess, de su brazo, leía todo lo que podía antes de que él pasara las páginas, sintiéndose cada vez más alarmada y humillada por parte de él.

Val se percató de que ella también estaba leyendo.

—No te preocupes, Therese. —Le tiró de la trenza como suave

reconvención—. Son sandeces. Spira carece de argumentos y ahora recurre a ataques *ad hominem*, publicando tan deprisa como sea posible con objeto de apabullarme cuando todavía estoy refutando el primero. —Enrolló el folleto y lo estampó contra la palma de su mano, con la boca estirada de frustración—. Queda por salir una cuarta parte. Tengo que impedirlo.

Tess leyó su mandíbula tensa, su mirada distante; esos folletos le dolían profundamente, por más que se hiciera el duro.

—¿Podrías anticiparte a Spira y tener lista una refutación? —preguntó.

Los ojos azules de Val se dispararon hacia ella; meneó un dedo despacio, como la cola de un gato a punto de saltar.

—No es mala idea. Conque «quimeras de niños»... Spira puede irse al cuerno.

Agarró a Tess de la mano y, con la rapidez habitual, se precipitó escaleras arriba hacia el ala de la facultad. Ella avanzaba dando tumbos, tratando de seguirle el paso como una cometa atada a un cordel.

—Las notas de Spira están en un armario cerrado con llave —comentó Val—. No puedo decir que haya forzado nunca una cerradura, pero por muy difícil que...

Se paró en seco al torcer una esquina. Delante, una franja de luz se alargaba por el oscuro corredor; Spira se quedaba trabajando hasta tarde.

—¡Por las aletas de los Santos! —murmuró Val—. No, esto puede ser bueno. Puede que no tenga que forzar la cerradura después de todo. Pero necesitaré tu ayuda, palomita.

—Lo que sea —dijo Tess.

En la penumbra, la sonrisa de Val se volvió maliciosa.

—¿Incluso sentarte en el regazo de Spira y flirtear con él?

Tess torció el gesto. Había dicho «lo que sea» sin pensar que podía pedirle algo tan repugnante. Odiaba romper su palabra, odiaba decepcionarle, pero cómo podría...

Val rio ligeramente entre dientes, como si aquel tira y afloja interior fuera transparente para él.

—Sé que no eres esa clase de chica. Pero no voy a pensar menos de ti (ha sido idea mía, a fin de cuentas) y tú no podrías estar más a salvo. Un organismo asexuado como Spira no se tomará libertades. Se sentirá desasosegado y, lo que es más importante, se distraerá mientras yo registro su armario.

—¿No hay otra cosa que pueda hacer yo? —empezó ella débilmente—. Eso parece una mezquindad.

Val le rodeó la cintura con los brazos; su jubón estaba perfumado con algún aroma zibú que Tess no identificaba.

—Tienes razón, sería mezquino —reconoció él, con el cálido aliento en su oreja— si Spira pudiera acusarlo o si no lo tuviera bien merecido. Eres una palomita muy dulce y sensible, corrigiéndome y siendo la voz de mi conciencia. Claro que no tienes que hacer nada que te haga sentir incómoda. Está bien. Mañana reventaré la cerradura.

Aún conservaba el folleto enrollado. El título era rebuscado, pero Tess lo recordaba: un insulto no sólo para ella, sino también para Piztka y todos los quigutl. Los dragones siempre andaban menospreciando a sus primos menores, matándolos, utilizándolos. El desprecio de los saar por los quigutl era mucho peor que el de Val por los saar; los dragones tenían el poder adecuado para herir. A Spira no le vendría nada mal que le bajaran los humos

mientras ella se alzaba en defensa de los quigutl a su modesta manera.

Y significaría mucho para Val.

—Está bien, lo haré —aceptó de mala gana—. Pero no se me da bien flirtear.

—Eso es una mentira manifiesta —replicó Val, y le dio un beso en la oreja. Tess le apartó con aire juguetón.

Spira, doblado sobre su escritorio como un budín inflado, resolvía ecuaciones cuando entraron ellos.

—Ah, lo habéis leído —dijo el licenciado al ver el folleto—. Bueno, Valliant, no debéis tomaros estas cosas desde una perspectiva personal. El profesor Ondir me pidió que explorara las posibilidades de que existieran criaturas tan enormes, cómo podrían esconderse, incluso de nosotros. Y hasta vos tenéis que admitir que la mayor parte de vuestras fuentes son basura.

Se refería a los quigutl, y eso ayudó a Tess a sentirse un poco menos asqueada ante lo que se proponía hacer. Se armó de valor y se sentó con audacia en el regazo de Spira. Era blando, como también lo eran los hombros que rodeó con un brazo. El cabello color guano cortado a tazón olía a grasa de ganso de cerca. Los ojos le sobresalían como dos huevos.

—Apartaos de mi persona —ordenó el saar.

Tess fingió no comprender diciéndose a sí misma que se había sentado sobre una gaita, la cual había gemido en protesta.

Val había cruzado hasta el armario; Tess no se atrevía a observarlo, no fuera que Spira se volviese a mirar. Fijó la vista en los ojos grises de miope del académico, sintiéndose ridícula. Flirtear con Val ya había sido bastante complicado, dada su educación, pero eso parecía directamente antinatural.

—Admiro vuestros tratados —dijo sin convicción.

Spira, a todas luces sobresaltado, respondió:

—Gracias. Son un poco pedantes para ciertos gustos, pero es importante ser riguroso.

Sin darse cuenta, Tess había dado con el modo de captar su atención.

—De hecho, no estoy segura de que hayáis sido lo suficientemente riguroso —continuó.

—¿Qué insinuáis? —interpeló Spira con el ceño fruncido.

Tess desplazó su peso; era como estar sentada sobre una pasta, y corría peligro de naufragar en ella.

—Afirmáis que la Serpiente del Mundo no puede obtener la energía necesaria para moverse, aunque coma carbón o alquitrán, pero ¿y si escarba en el manto de la tierra?

Val dejó de registrar el armario para mirarla; la expresión de Spira se aguzó.

—Acabamos de estar en una clase de geología —explicó Tess—, lo cual hace que me pregunte si dicha criatura podría tenderse sobre el ardiente corazón de la tierra como una serpiente al sol y sacar fuerzas de ahí.

Spira se quedó con la mirada perdida, cavilando.

—Habéis planteado una cuestión que no había considerado. Merecerá la pena evaluarla para estar seguros.

Tess pestañeó y le dio una palmadita en la pastosa mejilla.

—¿Estáis *seguro* de que deberíais hacerlo, Spira? No sé dónde he leído que es un disparate tomarse en serio esas elucubraciones infantiles.

Spira palideció. Val no se atrevió a reírse, pero hizo una mueca, blandiendo un estuche plano de cuero. Tenía lo que había ido a buscar. Tess sólo debía retener la atención de Spira hasta que él pudiera escabullirse.

Val frunció los labios para sugerirle que besara a Spira. Tess se plantó: eso era inaceptable. Spira debió de advertir la expresión de desagrado en su rostro.

—¿Qué está haciendo él ahí atrás? —exclamó el licenciado, que intentó volverse para mirar.

Tess, desesperada, agarró la cabeza de Spira y le estampó un beso en los gruesos y pegajosos labios. Fue como besar una trucha. Spira se revolvió, pero Tess lo sujetó.

—¿Qué es esto, saar Spira? —tronó una voz terrible.

La chica se apartó con brusquedad de él y se levantó de un salto. La profesora dragona Fikar estaba en la puerta con una mirada gélida.

Val ya estaba dándole la vuelta a la escena:

—Spira acaba de agarrarla. Es un maníaco. Necesita que le cercenen el cerebro.

Tess estaba tan estupefacta y avergonzada que no oyó la mitad de la reprimenda de la saar Fikar. Antes de enterarse de lo que estaba pasando, Val la había tomado de la mano y corrían a lo largo del pasillo. Tirando de ella, dobló una esquina y cruzó una puerta, que se cerró de golpe detrás de ellos.

Val se apoyó contra la puerta, con una risa tan desternillante que casi no podía tenerse de pie, y Tess también se rio, descargando con un largo torrente toda la tensión y la ansiedad de los últimos minutos.

Val tomó su rostro y empezó a besarla ardientemente.

Tess se obligó a apartarse sujetándole las manos para no ir más allá. No se atrevía a perderse ella ni a dejarle a él ir demasiado lejos; fuera cual fuese la pequeña rebelión que había perpetrado contra su familia, no significaba que hubiera abandonado sus principios. No era esa clase de chica. Incluso era cuestionable besarle, pero se lo había razonado a sí misma; no se trataba del Asunto Final, como lo había expresado su madre ominosamente, y el Asunto Final era lo que tenía que evitar, según la legislación vigente. Tess era medio abogada; sabía lo que era un tecnicismo.

—¿Spira va a tener problemas? —preguntó, intentando que ambos bajaran de las nubes.

—Un problema terrible. La vieja Fikar estaba redactando una amonestación cuando nos hemos ido —anunció con regocijo.

La cara de Tess debía de reflejar todo el desagrado que sentía. Val le acarició la mejilla, con las cejas arqueadas en exagerada compunción.

—Es normal que te sientas mal por él, cariño. No esperaba menos de ti. Tienes un corazón tan grande que te apiadarías de una babosa aplastada de un pisotón o de un pez agitándose en la red.

»Aun así, ha salido mejor de lo que esperaba. —Cogió el estuche de cuero que guardaba debajo del brazo—. Spira lleva esto a todas partes. O contiene sus notas o algo muy personal. En ambos casos, le hemos pillado.

Tess le siguió hacia una ventana iluminada por la luna. Estaban en el museo, su lugar favorito, una antigua residencia monástica ahora poblada de animales disecados —tejones, armiños, leones, cisnes— y anaqueles con frascos ambarinos en los que se mecían las más extrañas criaturas. El olor a pétalos de rosa secos disfrazaba un efluvio más sombrío de decadencia; la luz de la luna infundía vida a las salvajes sombras de una manera espeluznante.

Val abrió el estuche a la fría noche y se sentó en el banco de la ventana; Tess se acomodó enfrente, observando cómo sus elegantes manos desataban las correas. Él le guiñó un ojo y dijo: —Ahora, por fin, desvelaremos el feo corazón de Spira...

No había notas. Val se quedó helado con evidente confusión.

El estuche estaba lleno de pequeños viales de cristal, envueltos en tela para que no entrechocaran. Tess cogió uno y agitó las hierbas secas de su interior.

—¿Será un negocio de contrabando de té? —sugirió—. ¿O que Spira es adicto al orégano?

Val, en un inesperado ataque de ira, lanzó un vial por la ventana. Se hizo añicos contra el pavimento de la panda del viejo claustro. Arrojó otro, y a continuación volcó el resto.

—¡Val! —gritó Tess consternada.

—Seguro que puede conseguir más. —Y se encogió de hombros.

Sin embargo, no eran las hierbas esparcidas lo que alarmaba a Tess, sino el acceso de rabia de Val. Nunca le había visto actuar tan impulsivamente. Era casi violento.

Aunque era comprensible: le conocía mejor que nadie y veía su parte buena. Le había frustrado no conseguir las notas. Los ataques intelectuales de Spira habían debido de tener su parte también. Su silueta a la luz de la luna parecía la de la estatua de un rey trágico, traicionado y amargado. ¿Qué era la ira sino el disfraz de alguna secreta debilidad, de algún pesar?

Tess se sintió privilegiada por haber presenciado su dolor.

Se inclinó sobre el banco de la ventana para besarle otra vez y un segundo

después, quién sabe cómo, estaba en su regazo, mucho más sólido que el de Spira. Podía haberla alarmado, pero ya había cruzado ese río, al parecer, y no había sucedido nada indecoroso. Ese no era el Asunto Final.

Acto seguido, la mano de Val se introdujo en su corpiño y le rodeó un pecho a través de la camisa de lino.

Tess se catapultó de su regazo y aterrizó tres metros más allá.

—¡Val!

—Oh, amor mío —dijo Val, llevándose una mano al pecho, con sus azules ojos muy abiertos y brillantes—. Me he sobrepasado. Perdóname: me he emocionado y no era consciente de lo que hacía.

Tess volvió a abrocharse el corpiño nerviosa, con lágrimas en los ojos; su madre se había negado a comprarle un vestido con «presillas de meretriz» por delante, así que había modificado el vestido ella misma, y ahora veía lo que había ocurrido. Debió haberse puesto cordones apropiados y decentes.

Val extendió la mano en ofrecimiento de paz. Tess no se la tomó a propósito.

—¿Te puedes creer, palomita, que esto es lo que más me gusta de ti? —musitó con la voz algo temerosa—. Lo buena que eres. ¿Qué otra, en mitad de un besuqueo, tendría presente su virtud? Confío en que sepas que lo admiro.

Tess apartó la mirada; un cosquilleo le subía por el pecho. Sabía que no era tan buena, en especial después de lo que acababa de hacerle a Spira, y sin embargo...

—Eres una criatura extraña y hermosa —continuó Val. A la luz de la luna, el cabello rubio le formaba un halo alrededor de la cabeza—. Ojalá

podiera construir una jaula, palomita, o una hermosa torre, para resguardarte de este mundo corrupto y cínico. No sabes lo precioso que es ser ingenuo e inocente. Sólo quiero protegerte para que puedas cantar y ser libre como el pájaro dorado que eres.

Daba lo mismo que estuviera equivocado; estaba ansiosa por que le dijeran exactamente eso, que no era una inútil ni había nacido problemática, que no era un imán para los azotes ni una niña endemoniada. Que no estaba malogrando los deseos más profundos de su corazón.

Val le hizo un gesto para que se acercara. Ella vaciló, pero regresó a su regazo.

—Tu virtud me expía y me hace querer ser mejor —le susurró al oído. Al notar su aliento cálido, Tess se estremeció—. Hasta un beso —la besó obstinadamente— podría ser algo sórdido, pero tú lo conviertes en algo radiante y puro.

Tess sucumbió otra vez a su boca. Y cuando, poco después, la mano de él volvió a su pecho —en esa ocasión, por fuera del corpiño— dejó que se posara; pensó que aquello tampoco se trataba del Asunto Final y que a alguien que la valoraba tanto debería concederle un poco más de libertad. Además, quizás esa caricia estaba dentro de su facultad de expiar, como un fuego purificador.

π

La noche había caído por completo sobre Affle, encapotada, sin estrellas. Tess tiritaba a pesar del calor.

—Solía recordar aquella noche y reírme —empezó con voz hueca, como el viento a través de los juncos—. Pensaba en ella como en un cuento

divertido de Dormidio, «De cómo nuestros héroes engañaron a Spira, quien se lo merecía». Éramos alegres y vivaces (¿cómo podría eso estar mal?), y yo creía que había hecho algo muy útil para Val, al que atormentaba algún agravio que no quería explicar.

Como al héroe romántico de casi todos los cuentos. Tess se sentía embarazosamente transparente.

—Pero el daño que hicimos lo sobrepasaba todo —continuó—. Spira tuvo que presentarse ante un tribunal dragontino por conducta impropia. Aquellas hierbas eran medicinales. Él... —No; no era así. Ella todavía no trataba al licenciado como a una persona, al decir él—. *Ko* tenía el síndrome de Tazlann. Ningún recuerdo materno; ninguna parte masculina ni femenina; un sistema inmunitario débil. Hicimos que *ko* enfermara.

Piztka movió la cabeza en su regazo, incómodo.

—Es una de las cosas de las que más me arrepiento. Desearía que hubiese algún modo de congraciarme con Spira —añadió Tess, confiando en que Piztka no pensara que era una persona horrible.

Su amigo levantó la cabeza enérgicamente y dijo:

—No te va a gustar oír esto, pero a veces no puedes recomponer lo que has roto. A veces sólo tienes que vivir con ello. —Estaba tan irritado que le salían chispas de las fosas nasales.

Lo había vuelto a enfadar.

Tess se apartó, más que nada para evitar el fuego, y respondió, vacilante: —No quería insinuar... ¿Hablamos de lo mismo?

—Hablamos de responsabilidad y de convivir con los errores del pasado. —Había una mordacidad en su tono que ella no le había advertido nunca

antes—. Ah, sí. Has sido sutil, pero estoy seguro de que nos comprendemos mutuamente.

—¡Piztka! —exclamó Tess con frustración—. Estoy confesando mis pecados. Ahora puedo lamentarme de cómo he tratado a Spira sin que eso sea una crítica solapada... a Kikiu ni a ti.

Piztka había dejado de escuchar. Dio media vuelta, con la cola culebreando ominosamente, y se adentró en la noche creciente. En vano, Tess le llamó hasta que casi lo había perdido de vista.

No tenía más opción que seguirle en la dudosa oscuridad.

18

Al final acamparon, y por la mañana parecía que Piztka la había perdonado o, al menos, que había recobrado la ecuanimidad. Siguieron camino hacia el sur en silencio.

Las carreteras en Ninys eran mejores que las de Goredd, eso era un hecho, y producto de sus historias diferentes. Al enfrentarse a dragones merodeadores, Goredd no había dado prioridad a cosas como el enlosado del pavimento, la nivelación del firme o el drenaje. Claro que durante generaciones había sido más seguro permanecer fuera de los caminos. Los dragones sabían buscarte allí.

En la época de Paz de la reina Glisselda, el Cielo quiera que dure, las carreteras goreddi por fin recibían cierta atención. Las mejoras se extendían desde la capital hacia el exterior como una semilla echando brotes, aunque todavía no habían alcanzado los rincones más alejados del reino.

Sería exagerado decir que los caminos se volvían más rectos y limpios en cuanto uno cruzaba la frontera, pero era porque la frontera se desplazaba muy a menudo. Los caminos de alrededor de Affle eran alentadoramente dignos; unos pocos kilómetros más allá, el enlosado adoptaba una regularidad geométrica. El firme adquiría una curvatura que favorecía que el agua fluyera hacia los lados en lugar de acumularse en el centro como un paraíso para los mosquitos y el hedor. Tess, que había llegado a considerarse algo conocedora del camino, apreciaba la mayor comodidad para andar.

Sin embargo, era difícil acostumbrarse al aroma. Los caminos ninysh olían más a civilización que a misterio. La chica tenía que entornar los ojos para ver las posibilidades, para seguir creyendo que podía surgir cualquier cosa en la siguiente revuelta. Todos los caminos eran uno, sin duda, aunque

fuesen diferentes en la construcción.

¿Era ella tan diversa, con una parte accidentada y llena de baches como las carreteras goreddi y otra eficiente como las ninysh? Con frecuencia sentía, por la mañana temprano, cuando el mundo parecía más dúctil, que albergaba esas dos capacidades y más. No se trataba sólo de que podía ser cualquier cosa, sino de que era todas al mismo tiempo.

Por lo tanto, cuando se topó con la cuadrilla del camino, se aproximó con curiosidad. La manera de comprometerse aquí con la carretera era diferente y parecía tan abierta a ella como cualquier otra.

Piztka, sin pronunciar palabra, se zambulló en el trigo para esconderse.

Los trabajadores tenían un gran campamento, con una docena de tiendas y casi el mismo número de carros. Al acercarse más, Tess vio que los peones estaban apiñados alrededor de un profundo socavón en mitad de la calzada. Llevaba allí tanto tiempo como para que los viajeros que transitaban hubiesen dejado al sortearlo profundas rodadas en el trigal adyacente.

Tess se acercó a un joven rubicundo que se apoyaba en su pala y masticaba una brizna de hierba. Enfrente, una carreta vertía grava en el hoyo, levantando nubes de polvo y haciendo toser y quejarse a todo el mundo. Cuando se disipó el polvo, el agujero parecía tan profundo como antes. El chico pelirrojo escupió al vacío.

—¿La roca se ha tragado el agua? —preguntó Tess mientras se acercaba con cautela al borde y se asomaba a la oscuridad. No sabía decir «caliza» en ninysh; de todos modos, aquello no era caliza. Ese extremo meridional se trataba del Escudo de Ninys, según había oído: una extensión de basalto. No se erosionaba tan deprisa como la caliza. Que se produjera un socavón era bastante sorprendente.

El chico —apenas mayor que Tess— le lanzó una mirada y se frotó la pecosa nariz.

—Lo hemos cavado nosotros mismos —dijo, arrastrando las palabras—. Es una letrina.

Tess pasó por alto el sarcasmo.

—¿Qué lo ha provocado?

Él se encogió de hombros, de repente aburrido de ella, ya que no se reía de sus bromas.

—Nuestro geólogo lo desconoce. Es una cueva gigantesca, como nadie de la Academia ha visto antes. Está harto porque el cabecilla Gen no le permite bajar desde que murió Daniele ahí dentro. —El chico señaló a un hombre con mandil de cuero, cabello largo y recogido por detrás, y una cuerda alrededor de la cintura que descendía en la sima—. Está bajando un canario en una jaula. No puede hacer mucho más.

Los hombres trabajaban alrededor del geólogo, arrojando paladas de grava a la oquedad.

—¡Felix, hijo de burra, ahí no tienes nada que hacer! —gritó uno, lanzando una mirada fulminante desde enfrente al chico que hablaba con Tess. Hasta el geólogo alzó la vista y frunció el ceño.

—¡Le estaba diciendo a este ganapán que hable con Gen si quiere trabajo! —gritó Felix en respuesta, tocándose la nariz con el pulgar—. Perdóneme por intentar buscar a alguien que sustituya al pobre Daniele.

—Al menos, Daniele no era un estúpido haragán —soltó un hombre musculoso de pelo cano mientras daba la vuelta al otro lado del carro. Los demás fingían trabajar duro en lugar de observar maliciosamente a Felix.

Felix se enderezó a regañadientes.

—Estaba trabajando, Arnando —murmuró—, hasta que me han interrumpido. —Fulminó con la mirada a Tess, el molesto interruptor, y emprendió la marcha alrededor del perímetro.

El Gran Arnando, evidentemente el capataz, se cruzó de brazos y observó a Felix como un halcón.

Tess miraba fijamente la oquedad. Esa cueva podría ser incluso más grande que el Gran Escalofrío.

—El cabecilla está en la tienda principal —informó Arnando; su voz profunda le llegó sin esfuerzo.

Había creído a Felix sobre que estaba buscando trabajo. Para su propia sorpresa, Tess se sintió tentada. Era un trabajo honrado y pagaban con dinero, no con el almuerzo. Tenía que pensárselo. No podía vivir siempre con una mano delante y otra detrás.

El trigo se extendía hasta el horizonte. Era justo el tipo de lugar donde Piztka dijo que se encontraría Anazzuzzia. El pequeño quigutl había desaparecido justo cuando vieron la cuadrilla de trabajo, pero debía de seguir cerca. Tess paseó la mirada tratando de localizar un movimiento delator en la vegetación, pero las plantas estaban inusitadamente inmóviles.

Entonces lo localizó. Había reptado hasta el borde de la sima, a plena luz del día y delante de todos esos hombres. Piztka estaba agarrado al borde del socavón, inmóvil como una piedra, sin hacer nada que atrajera la atención; sólo su mirada escrutadora le había permitido a Tess detectarlo. Rodeó el socavón hacia él.

Se hallaba tendido, olfateando el aire subterráneo, con un ojo puesto en los peones y el otro vuelto hacia Tess. La cola se sacudía de lado a lado con

nerviosismo a duras penas contenido, y Tess comprendió: era el sitio. No era de extrañar que la cueva hubiese desconcertado incluso al geólogo. La había hecho una Serpiente del Mundo.

Pediría trabajo. Necesitaban una excusa para permanecer allí.

La lona de las tiendas estaba más limpia de lo que cabría esperar. Distinguió la más grande sin dificultad, pero la solapa de la entrada estaba cerrada. ¿Cuál era la norma correcta en el caso de una tienda? ¿Llamar con los nudillos? ¿Dar una voz? ¿Entrar? Echó un vistazo en busca de alguien a quien preguntar, pero otro carro de grava estaba reculando hacia la sima y todos los ojos estaban puestos en la operación.

Tess aspiró hondo y apartó la solapa. En el otro extremo de la penumbra vio a una mujer. Al parecer, se había equivocado de tienda y había importunado a alguien.

—Ay, lo siento —balbució, y dejó caer la solapa.

La mujer la llamó:

—¿Y bien? ¿Vas a entrar o no?

Tess se asomó por la abertura y vio que la mujer estaba sentada detrás de un escritorio plegable de campaña, con un libro de contabilidad delante.

—Sea lo que sea lo que quieres —dijo la mujer con tono airado—, huele a majadería; y de verdad que hoy no estoy de humor para majaderías. Sobre todo para las de mocitos imberbes. Si vas a entrar, entra.

—Estoy buscando al cabecilla Gen —aseguró Tess con voz muy parecida a la de un muchacho imberbe.

—¿De veras? —La mujer hizo una pausa para subirse las lentes. Tenía una constitución angulosa, con una nariz chata y una trenza rubia enrollada

alrededor de la cabeza—. ¿Te haría gracia o te alarmaría saber que el cabecilla Gen te está mirando?

—¿Vos..., vos sois la jefa? —preguntó Tess, entrando del todo en la tienda.

—Oh, bravo —dijo Gen, subrayando algo con énfasis—. Puede que seas casi lo bastante espabilado para trabajar aquí, aunque te lo advierto: te exprimiré hasta que sangres.

—Quiero un puesto de trabajo —dijo Tess antes reparar en que Gen podría dar ya por hecho que estaba contratada—. Es decir..., ¿me acabáis de ofrecer uno?

Gen levantó una terrible ceja y Tess sintió que algo se encogía en su interior.

—Sí, aunque más bien eres corto de entendederas. Por desgracia, eso significa que encajarás muy bien. Necesitamos reemplazar a Daniele, que descansa feliz en brazos del Cielo. —Hizo una mueca por algún recuerdo—. Si vas a trabajar aquí, has de saber que no se pueden hacer exploraciones en el túnel en el tiempo libre. Nuestro propósito es rellenarlo, no acabar aplastados como cucarachas.

Más tarde, la entrevista se volvió técnica; Gen le explicó el duro trabajo que debía realizar a cambio de dinero. Aun después de lo que había trabajado en el campo, Tess no estaba segura de tener suficiente musculatura para esas tareas. Gen se anticipó a tal objeción: —Se te ve algo endeble, pero no te preocupes si todavía no eres fuerte. Pronto lo serás de sobra, niño.

La última palabra encerraba cierto sarcasmo. Tess la miró fijamente, intentando discernir si sabía lo que ocultaba. Gen la observó a su vez con una mirada feroz que sugería que podía ver a través de su ropa.

Tess jugueteó con un botón de su jaqueta. Mantener la historia estando rodeada de hombres sería un reto. Podría ser útil que alguien supiera la verdad, alguien a quien pudiera acudir en caso de necesidad. Si la jefa era una mujer, seguramente podría confiar a ella en eso.

—Hay algo sobre mí que debéis saber —empezó Tess.

—¿Que eres una chica disfrazada? —Hizo un claro esfuerzo por no poner los ojos en blanco. Sacó una navaja y afiló la pluma.

Tess se tocó con timidez el cabello, que todavía estaba muy corto.

—Lo sabíais.

—No, pero sólo hay unas cuantas suposiciones posibles cuando alguien me dice en secreto que hay algo que debo saber —alegó Gen, mirando con perspicacia por encima de los lentes—. A nadie podría preocuparle menos que a mí lo que eres. Llevo cinco años apisonando la calzada y diez encajando adoquines, y no hay nada que no puedas hacer en esta cuadrilla una vez que hayas adquirido algo de fuerza, salvo orinar de pie, y hasta eso es posible con la práctica, según me han dicho, aunque ¿quién quiere mojarse los pies?

Su despreocupada vulgaridad dejó a Tess sin palabras. La jefa Gen escarbó en un arcón y encontró un sombrero ancho para el sol y un mandil de cuero.

—Ya tienes unas buenas botas y la jaqueta servirá. Sudarás, no te equivoques, y se meterán contigo por no quitarte la camisa... Oh, no pongas cara de susto. Supondrán que te da vergüenza tu pecho sin vello y hundido de impúber. A menos que les cuentes la verdad, pero no te lo recomiendo.

—Por supuesto —dijo Tess con un asentimiento cómplice de mujer a mujer.

—Me has malinterpretado. Estarás perfectamente a salvo con mis hombres —manifestó Gen con agudeza—. Si tocaran un solo pelo de tu cabeza, los haré *castameri* con la mano izquierda.

Tess desconocía el término y Gen hizo un gesto de agarrar algo como envolviéndolo, que no dejaba lugar a dudas de lo que agarraría y arrancaría como una fruta. Tess se encogió, aun sin tener la anatomía requerida.

—Ahora pregúntame qué estaré haciendo con la otra mano —murmuró la jefa Gen.

—Esto..., lo que estaréis haciendo, esto..., con vuestra... —empezó Tess, que no estaba segura de querer saberlo.

—¡Estaré escribiendo un soneto! —exclamó Gen, y dio una palmada en el escritorio—. Pero sigue fingiendo que eres un chico. De lo contrario, sólo te asignarán trabajos insignificantes y yo necesito que trabajes duro. —Empezó a redactar un contrato—. ¿Cómo se supone que te llamas, sir Peón Caminero?

—Tespucó —contestó Tess sin inmutarse.

—¿Cabeza de chorlito? —preguntó la jefa Gen, anotándolo—. ¿Qué edad tienes, ocho?

—¿Me lo preguntáis porque tenéis que indicar mi edad en el contrato?

Gen rio encantada.

—Tal vez no seas tan tonto. Aunque te falta mucho para impresionarme, *muchacho*. Firma esto y vete. Ocupa el antiguo catre de Daniele, con Mico, Aster y Felix.

Tess leyó la hoja de arriba abajo, lo que hizo que Gen emitiera resoplidos de enojo y sorpresa alternativamente. El contrato era de un mes, un periodo

de prueba razonable para ambas partes (Tess no tenía la menor idea de cuánto tardarían en encontrar a Anazzuzia). El salario semanal le pareció enorme, hasta que vio las deducciones de comida, alojamiento y alquiler del delantal. Aun así, se alegraría de tener dinero. Todavía faltaban meses para el invierno, pero estaría bien ahorrar un poco con vistas a algún tipo de albergue. Lo más probable era que, una vez que encontrasen a Anazzuzia, se quedase sola, y no tenía idea de lo lejos que estaba Segosh ni de si quería seguir hasta allí por la nieve.

Cuando salió de la tienda de la jefa, Piztka aún estaba pegado al borde del socavón, en el otro extremo. Tess no podía acercarse sin más a hablar con él. Tenía que buscar su tienda, y no sabía si estaban etiquetadas de algún modo. Buscó a Felix. Su cabello de color ladrillo pasaba desapercibido, aunque lo reconoció por su postura al apoyarse en la pala y mirar a la lejanía.

—Te la mostraré —dijo cuando ella le preguntó dónde estaba la tienda—. Cuanto antes te instales, antes estarás aquí, ocupando el puesto de Daniele. Hasta entonces, eres un peso muerto... y no necesitamos más. Ya me basto yo. ¿Cómo has dicho que te llamas?

Tess vaciló. Su apodo de la infancia le parecía cada vez menos conveniente, pero ya se lo había dado a Gen.

—Tespucó —respondió, adoptando una actitud temeraria.

Las cejas de Felix se dispararon hacia arriba.

—O eres un poco simplón o tienes unas *pelodas* del tamaño de huevos de dragón.

—Lo último, te lo aseguro —dijo Tess, un tanto envarada—. Más..., más que esas pequeñeces que decías que puedes sacudir con un palo.

Felix rio, con la nuez bajando y subiendo por su flaco cuello de pavo.

—Venga, Zoquete. Vamos a instalarte para que te dé tiempo a una tarde de honrado trabajo.

Tess le siguió hacia las tiendas. Cierta intuición la impulsó a volver la vista al socavón, justo a tiempo de ver la cola de Piztka desaparecer en él.

19

Antes de irse a la cama, Tess se escabulló de las tiendas, siguió un sendero a través del trigo cabeceante y se sentó detrás del muro del prado vecino, donde no podían verla. Anocheceía tarde en ese lejano sur. La puesta de sol asalmonada persistía con obstinación; las estrellas tenían que gritar para que se las oyese.

Sacó el zmib de Piztka, el pequeño insecto lunar, y giró el interruptor.

—¿Qué tal por ahí abajo? —le preguntó—. ¿Algún rastro de ella?

—Está por todas partes —siseó su voz, y apareció otra vez—. Su olor, quiero decir. Ha pasado por aquí recientemente. Es tan penetrante que me cuesta decidir cómo buscar. Si siguen vertiendo grava en el socavón, van a obligarme a escoger una dirección antes de saber hacia dónde ha ido.

—No me digas que Anazzuzzia ha seguido avanzando. ¿Cuánto habrás de recorrer para encontrarla? —dijo Tess con desaliento. Acababa de firmar un contrato para quedarse allí.

—No lo sé —respondió Piztka—. Estoy algo tentado a esperar aquí. El sueño era muy claro: un campo de trigo, dijo; y aquí estamos. Pero ¿y si tengo que seguirla?

Tess arrastró la punta de su bota en la tierra, preguntándose qué probabilidades había de que Piztka se marchara en pos de Anazzuzzia y no regresara.

¿Estaría todavía enfadado con ella? No habían tenido ocasión de calmar los ánimos antes de que se zambullera en el socavón, y ahora ella no sabía cómo preguntarle. Al parecer, Kikiu era una herida abierta y no sabía cómo evitar ahondar en ella de nuevo.

—Ten cuidado —fue lo único que consiguió decir—. No quiero perderte por el interior de una cueva.

—Entonces, detén las carretas. Es más probable que acabe enterrado por una montaña de grava.

Tess apagó el zmb desconsolada y se lo guardó debajo de la jaqueta. ¿Cómo iba a detener las carretas de grava? No se le ocurría una forma más segura de que la echasen.

Más tarde, al oír los ronquidos de sus compañeros de tienda, logró pensar en diversas formas más seguras de que la echaran. Podría arrojar a Felix, Aster y Mico al hoyo.

Tess se pasó el día siguiente hecha polvo, y fue un pequeño milagro que no acabara cayéndose al pozo. La gravilla, aunque formada por fragmentos diminutos, acumulada pesa mucho —muchísimo más que el heno— y, aunque palearla puede parecer sencillo al principio, cada palada pesaba más que la anterior. Al acabar la jornada, le ardían el cuello y los hombros; apenas podía volver la cabeza o levantar la cuchara para tomarse la sopa.

Si Aster, Mico y Felix roncaron esa noche, Tess roncó más alto.

Al final no tuvo que detener las carretas, porque para cuando terminó el segundo día fue evidente que todos los esfuerzos comunes habían sido inútiles. El suelo de la caverna descendía en dos direcciones y la grava se escurría indistintamente por ambos lados. De seguir así, tendrían que llenar de grava el espacio entero, y no había suficiente grava en el mundo.

La jefa Gen celebró una reunión de emergencia con el geólogo, el topógrafo y Gran Arnando, el capataz. Como la reunión se realizaba en una tienda, todo el campamento pudo oír lo que ocurría —en especial en los momentos en que gritaban, que eran muchos—. Felix le hizo un gesto a Tess

para que se acercara a la sombra de la tienda, donde Mico, Aster y él habían puesto un cajón y estaban jugando a las cartas.

—Incluye a Tespuco —dijo Felix, y le ofreció su sitio en la sombra más oscura.

—¿Es capaz de sostener las cartas siquiera? Tiene los brazos como fideos —comentó Mico, un tipo de piel oscura. Llevaba la misma perilla que Felix y Aster, pero su coleta formaba un copete rizado como el rabo de un perro de aguas.

—Las cogeré con los dedos de los pies —propuso Tess—. ¿A qué estáis jugando?

—¡No, no podemos trazar una circunvalación! —gritó la jefa Gen al otro lado de la tela—. ¿Sabéis cuánto papeleo conlleva? ¿Cuánto costará el nuevo derecho de paso? Nos retrasaría meses, y mientras tanto tendremos el socavón ahí abierto. Y el ganado se caerá en él.

Felix rio entre dientes.

—Está entrañablemente preocupada por sus amigos cabestros. Pucio, el juego se llama «el culo de Madeleine». Las reinas son las que más valen...

A Tess le despistó el nombre, pero comprobó enseguida que era una variante de la crespina y había jugado miles de veces con *lady* Farquist. Al principio apostaba con indecisión, simulando sorpresa por su «suerte del principiante», pero a la quinta mano les dio una buena paliza. Tras la octava, Aster se levantó de un salto, dio una patada al cajón y sacó un cuchillo.

—¡Haces trampas, Penoio! —exclamó, las primeras palabras que Tess le oía decir.

—¡Basta! ¡Déjalo! —gritó Mico, y rodeó la agitada cintura de Aster con

sus musculosos brazos. Para sorpresa de Tess, Felix la agarró de la misma forma. Ella no se había levantado en respuesta al desafío de Aster (en lugar de eso, prefirió encogerse), pero era obvio que Felix esperaba que lo hiciera.

—No estás haciendo trampa, ¿verdad, Puco? —preguntó Felix. Estaba sudoroso y maloliente, y ella quería que la soltase.

—No, no —respondió Tess al instante—. Aunque me estaba haciendo el tonto más de lo que soy.

—Eso no va contra las reglas —dictaminó Felix, como un juez—; es estrategia. Yo finjo ser siempre un vago, de manera que, cuando realizo algún trabajo, todo el mundo se queda gratamente sorprendido.

—Estoy más que seguro de que en realidad eres así de vago —soltó Mico, que todavía sujetaba a Aster por la cintura.

El rostro de Aster perdió poco a poco el enrojecimiento; cuando dejó de forcejear, Mico lo liberó. Aster no quiso mirar a Tess, pero hincó la punta de su bota en la tierra.

Con todo el barullo, se perdieron el final de la reunión. De improvviso apareció Gran Arnando para ordenarles que volvieran al trabajo.

—¿Para hacer qué? —reclamó Felix, sulfurado ante la injusticia de que le dijeran que hiciese su trabajo.

—Lamer gatos —replicó Arnando.

Mico soltó una carcajada. Tess se imaginó que era alguna expresión grosera ninysh, pero Arnando mantenía la expresión seria y una calma inalterable. Su misma serenidad sugería que no intentaran enfadarlo. Mico recogió las cartas y se reincorporaron al trabajo.

La cuadrilla estaba congregada lejos del socavón, en el lado occidental,

por donde los caballos y las carretas habían marcado un rodeo provisional invadiendo el campo de trigo. La carreta siguiente había sido redirigida por este desvío, y los hombres ya estaban extendiendo la grava con rastrillos.

—¡Odio este trazado! —gritó el topógrafo—. La carretera era completamente recta. ¡Esto es un grano en la cara de mi carretera!

—Sacad el instrumental y marcadnos un semicírculo perfecto —pidió Arnaldo, fresco como el rocío de la mañana—. Arreglaos con eso, geómetra insufrible.

Lo hizo sin dejar de farfullar en todo momento. Tess envidiaba a la ayudante del topógrafo, que además era su hija; era un trabajo que podría haber hecho ella: sujetar la cuerda de medir, sostener la plomada. Felix refunfuñaba, evidentemente pensando lo mismo.

Tess recibió una lección sobre la construcción de caminos durante los días siguientes; aprendió nivelación, allanamiento, cimentación, apisonamiento, adoquinado. Todavía se sentía derrotada cuando se echaba a dormir, pero los dolores eran más variados e interesantes que cuando trabajaba con la pala.

También aprendió lo que era la jerarquía. Sus compañeros de tienda y ella estaban en la base de la pirámide. Por encima de ellos estaban los veteranos. Por encima de estos, los enlosadores y, después, los canteros. Por encima de todos se encontraba el capataz, el Gran Arnando, y por encima de él, la jefa Gen. El topógrafo se hallaba en el mismo nivel que Arnando, pero no podía reprender a nadie si no era a través del capataz.

El geólogo estaba aparte de todos. No formaba parte del personal, como le había explicado Felix, sino que lo habían llevado para solucionar el socavón.

—La verdad, no sé por qué *tavía* está aquí —dijo Felix al tercer día de nivelar el desvío—. Hemos dejado ya de batallar con el socavón.

Aunque eso no era del todo cierto. Tess había visto al geólogo, de nombre Nicolas, acercarse al borde después de anochecer, cuando la jefa Gen no lo veía. Se tumbaba bocabajo como Piztka y miraba las profundidades, con el rostro tenuemente iluminado por el farol que había bajado en el extremo de un cordel.

Era la primera persona culta con la que Tess se había topado en sus viajes y le parecía fascinante. No es que lo considerase guapo, a decir verdad: tenía el rostro enormemente avejentado, un poco como la cara escarpada de un acantilado. Era más bien que sus manías —leer en la mesa del comedor, impacientarse y volverse irritable cuando los demás decían estupideces— hacían que se pusiera nostálgica.

Le gustaban los estudiosos. Habían sido lo mejor de sus desventuras juveniles. Seguro que era posible conversar con alguien así sin que la cosa acabara mal.

Tenía que comprobarlo por sí misma. A la cuarta noche, después de cenar, renunció a jugar a las cartas y salió hacia el socavón. Nicolas estaba tumbado bocabajo; un resplandor espectral iluminaba el socavón.

—¿Distinguís algo? —preguntó Tess, lo que provocó que casi se le cayera el farol del sobresalto.

—No te acerques con tanto sigilo —replicó el geólogo con el ceño fruncido—. ¿Quién eres tú?

—Tespuco. —Y se sentó con cierta cautela junto a él, con los pies colgando en el vacío—. Me gusta la geología.

—Ah, ¿sí, eh? —respondió con la cordialidad de una zarza.

Al hablar de rocas Tess iba a chocar directamente contra los límites de su ninysh.

—En Goredd tenemos cavernas provocadas por el agua —dijo—. He recorrido montones a gatas. Son hermosas y a veces se hunden. Esta, sin embargo... —Tiró una piedra a las profundidades; produjo ecos agudos y apagados—. No sé si es diferente. Esta oquedad no la ha hecho el agua. ¿Qué pensáis vos?

—Nada podría haberla creado. —Nicolas se puso a cuatro patas. Empezó a izar el farol—. Es *basalto* sólido, sin una sola señal de erosión. No estamos excavando esta parte del escudo. —Su tono se suavizó un poco—. Me fascina y me desconcierta por igual.

Tess sonrió para sus adentros: era un filósofo natural por antonomasia, irritable hasta que entendió que estaba interesada. Era evidente que nadie más se había preocupado por el *basalto*.

—Al menos, no seguimos intentando rellenarlo —dijo Tess, mirando al interior del socavón.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó Nicolas.

—Bueno... ¿Por qué el desvío, entonces?

Él negó con la cabeza.

—Eso es provisional. Ni siquiera tienen el permiso del terrateniente. Intentan hacerlo transitable hasta que llegue la roca. —El farol estaba por fin arriba—. La grava resbala por los lados, hacia las profundidades de la caverna, por lo que están trayendo roca grande de la cantera de Dulouse. Tardarán una semana, más o menos.

—Parece un desperdicio de piedra —comentó Tess, aunque la verdad era

que le inquietaba que Piztka se quedara encerrado dentro—. ¿No tendría más sentido levantar un puente por encima?

—¿Un... puente? —repitió Nicolas confundido, como si nunca hubiese oído hablar de semejante estructura.

—Si esto fuese un río, es lo que harían —declaró Tess—. No intentarían rellenarlo.

—Rellenar un río tendría consecuencias —reflexionó el geólogo—. Rellenar este agujero...

—Tiene consecuencias —concluyó Tess—. Nunca sabrías qué lo provocó.

—Tu teoría es un poco disparatada —dijo Nicolas con suspicacia, mirándola de soslayo.

Era cierto. Iba a pensar que estaba loca, pero Tess descubrió que le daba lo mismo. No tenía que demostrarle nada a este hombre y encontraba cierto placer en escandalizarlo.

—¿Alguna vez habéis oído hablar de las Serpientes del Mundo?

El geólogo se echó a reír.

—Ah, no, por favor. No me digas que esa excentricidad ha llegado hasta Goredd. Ya es suficiente con que algunos de los mejores y más brillantes de la Academia hayan salido corriendo tras una de la Antártica, pero...

—¿Desde cuándo los naturalistas se toman en serio las Serpientes del Mundo? —preguntó Tess, incómoda. Val y ella no habían convencido a nadie, pero ¿Nicolas estaba afirmando que los ninysh estaban interesados? Imposible.

Nicolas se encogió de hombros.

—Desde hace pocos años. La condesa Margarethe de Mardou se halla de viaje mientras hablamos, explorando las aguas que rodean los Archipiélagos.

Tess emitió un sonido amargo, a medio camino entre la risa y el ronquido. Era de suponer. La condesa había hablado de megafauna y Tess había caído en un agujero de su propia imaginación. Si hubiese hablado de una Serpiente del Mundo..., ¿habría habido alguna diferencia? ¿De verdad existía alguna posibilidad de que Tess estuviera navegando por la Antártica en ese momento? Probablemente se las habría ingeniado para tirar piedras contra su propio tejado. Aquel día estaba muy resentida y mordía a todo el mundo de manera indiscriminada.

—¿Qué Academia es esa que habéis mencionado? —preguntó Tess, desechando los remordimientos.

—La Academia de Segosh, más antigua y con mejor reputación que la vuestra de San Bert —respondió Nicolas con aire de superioridad—. Aventajamos a Goredd en la mayoría de los proyectos, pero incluso nuestras inteligencias más señeras pueden caer en modas y delirios. Antes de esto, se aplicaban en intentar reproducir las maravillas mecánicas de santa Blanche. Hicieron algunos avances, y hoy la precisión relojera ninysh es superior a todas en las Tierras del Sur, aunque nadie ha conseguido igualar a santa Blanche. Ella es una santa, pone parte de su alma en todo lo que crea. Los simples humanos no pueden.

—Los quigutl consiguen mucho sin que intervenga, esto..., el alma —replicó Tess, sacando el zimb insectoide de Piztka de su coleta.

Nicolas lo giró en sus manos. Los cables sobresalían en ángulos extraños.

—Nunca había visto uno tan chapucero.

—Lo hemos hecho por el camino. —Tess recuperó el zimb y se lo guardó

de nuevo, temerosa de que quisiera desmontarlo—. El quigutl no llevaba consigo sus herramientas habituales.

—Ese mecanismo interesaría mucho a la Academia. Podríamos aprender de él. Si alguna vez vas a Segosh, considera la opción de donarlo.

—Y vos deberíais considerar transmitir mi idea del puente a Gen. —Tess se levantó—. Si el socavón se deja abierto, podríais venir después con el equipo apropiado y explorar vos mismo sus profundidades.

Nicolas levantó la lámpara y miró hacia el oscuro pozo. Tess le dejó allí con sus reflexiones.

π

—Me han dicho que eres una bastarda inteligente —le dijo la jefa Gen al día siguiente. Había llamado a Tess a su despacho, para inesperada envidia de Felix y Mico. El sol era especialmente fuerte esa tarde—. Al topógrafo Vessi le encanta tu idea del puente. Ahora la carretera puede seguir con su monótona rectitud, como su imaginación. El conde de Pesavolta enviará otro equipo de hombres con un ingeniero y albañiles, lo que me parece bien. Una vez terminado el rodeo, podremos volver a nuestro trabajo: rellenar baches, no la misma tierra.

—¿He conseguido alguna bonificación con la idea? —preguntó Tess, envanecida por el inesperado elogio.

—No, y en realidad no te he llamado por esto. Quería preguntarte —bajó la voz—, de mujer a mujer, si estás bien preparada para la menstruación. No sé cómo te las has apañado en el camino...

—Musgo —explicó Tess.

—... y no quiero saberlo. —La mujer frunció el ceño por la interrupción—. Pero, ahora que estás entre hombres y finges ser uno de ellos, la colada se convierte en un problema.

—El musgo funciona sorprendentemente bien como lunessa y se puede quemar en la hoguera.

—Aquí, en los campos de trigo, el musgo escasea —añadió Gen, a todas luces arrepentida de esa conversación—. Tengo lunessas de lana en ese arcón. Úsalas cuando las necesites y lávalas en privado, aquí, en mi tienda. Es cuanto quería decirte. Puedes venir cuando quieras.

—¿No habrá cuchicheos? Van a pensar que el joven Puco es vuestro amante.

—¿Cómo es posible que no hayas muerto por tu estupidez? —exclamó Gen, al parecer irritada de que Tess hubiera pensado en algo que no se le había ocurrido—. El musgo ha echado raíces y ha crecido en tu cerebro. ¡Lárgate!

No obstante, el ofrecimiento había sido amable y la chica tenía intención de aceptarlo. Regresó al trote al sol ardiente, lamentando no poder quitarse la camisa como los demás.

π

Terminaron el desvío en dos días, así que desmontarían las tiendas a primera hora de la mañana para emprender la marcha. Tess, con toda picardía, había conseguido sin que se dieran cuenta que la cuadrilla se alejara del socavón y de Piztka. Después de esa última noche, salió a hurtadillas hacia el cercado de la pradera y llamó otra vez a Piztka por el zmib.

—Me quedaré aquí contigo. Voy a romper mi contrato, a bajar por el

socavón y...

—No es conveniente quedarse aquí. —La voz de Piztka le llegó metálica—. No creo que ella vuelva. Seguiré su rastro bajo tierra mientras tú viajas con el personal de la carretera.

—Pero hacemos *juntos* este viaje —gritó Tess.

—Por caminos paralelos, de momento. Quédate en la parte de arriba. Subiré para dar señales de vida cada pocos días y, cuando la encuentre, vendré a por ti, Tez. —Hizo una pausa y después añadió—: Hoy te he observado mientras trabajabas. Se te veía feliz. Será mejor para ti permanecer con criaturas de tu misma especie y a la luz del sol.

Aquello sonaba demasiado a una despedida.

—No hagas nada que pueda costarte la vida —dijo Tess con la voz empañándose—. De lo contrario, te buscaré en el Cielo de los quigutl, si es que lo hay, y te morderé como nunca antes te han mordido.

La risa de Piztka sonó como un palmoteo. Acto seguido, el zmib zumbó y se cortó. Tess se levantó, lanzó una piedra a la luna y regresó trastabillando al campamento.

π

Cayó en la rutina: el ritmo habitual de nivelar, apisonar, moler, rellenar y picar. Aunque ella jamás había trabajado tan duro, las ampollas se le acabaron convirtiendo en callos y los dolores, en pequeñas molestias. Punzadas, en realidad. El calor se hizo casi insoportable a medida que el verano se decantaba a tirones hacia el otoño, de modo que se mojaba el sombrero y bebía agua. A decir verdad, mantener la camisa puesta evitaba que el sol la quemara. Sus compañeros de tienda, incluido el moreno Mico,

tenían los bordes tostados como el rosbif. Sus músculos se rizaban bajo el sol. Tess se esforzaba por no mirarles de manera demasiado evidente.

Esa labor tenía tanto de ahondar dentro de sí misma como en la calzada. Todas las fibras de su cuerpo parecían conectarse a algo más, a una emoción, a un recuerdo, a un trozo de canción. Aquel dolor persistente era Val y ese otro, su madre; sus hermanas se ocultaban en inesperadas punzadas. El movimiento desgarraba porciones de ira y compunción, y el sudor las eliminaba. Se sentía vacía y llena al mismo tiempo, un estado extraño. El trabajo silenciaba la voz del tábano mejor que el vino. El vino la enmudecía, pero también embotaba sus defensas y hacía que ese monstruo zumbador pareciera enorme; el trabajo duro lo despejaba tanto que adoptaba sólo el tamaño de una mosca a la que se podía aplastar.

A Felix le gustaba cantar una canción que iba al compás del martilleo de la calzada. El esquema de la rima facilitaba la improvisación de versos entre golpe y golpe, incluso si el ninysh de uno era precario.

*La dulce Jessia es tan maja (zis zas), con lino de oro por guedeja (zas), que
daría de un año entero paga
por verla ahí alzada (zas).*

La mayoría de los versos continuaban con el mismo ritmo tedioso. Los versos de Tess, que empezaron como susurros de discretos ejercicios de rima, llegaron a oídos de Mico, quien los difundió al resto de los compañeros, y enseguida el tinte de la canción se volvió un poco más oscuro: *Este terrón es como mi corazón (zis zas), lo golpeo hasta su total disgregación (zas).*

*Tenía un fin, mantener su perfección,
pero eso está más allá de mi don (zas).*

Felix, con algo de envidia por los versos de Tess, a veces cambiaba la

última frase por «pero nadie da una mierda en concesión», lo que hacía reír a todos y parecía animarle a él.

Tess era bastante querida, pero pasaban las semanas y Aster no se mostraba amigable con ella. Los demás habían abreviado su nombre a Puco, «estúpido», menos Aster, que la llamaba Penoió, lo que significaba, hablando en plata, «pene». Tess no había reconocido la palabra, pero, cuando la entendió, se sintió insultada con razón. Un día sacó el tema con Felix mientras esperaban su turno junto al carro del agua a la sombra de un chopo: —¿Por qué Aster me llama así? —soltó furiosa.

—¿Cómo? —dijo Felix con terquedad.

—Ya lo sabes —replicó Tess, dándole un codazo.

—Juro sobre la tumba de mi madre que no lo sé. —Felix sonrió de un modo que daba a entender que lo sabía de sobra, pero quería que ella lo dijera en voz alta.

Justo lo que intentaba ella cuando Jeanne le preguntó sobre la noche de bodas. Se lo merecía, pero iba a hacérselo saber a Felix.

—¡Pene! —exclamó mucho más alto de lo que pretendía.

Todo el mundo enmudeció y miró a Tess, que se había puesto muy colorada. Una ola de risas de apreciación recorrió la fila, aunque retomaron su charla como si nada hubiera pasado.

Felix reía con su cabeza pelirroja vuelta hacia un lado. Tess lo miró furibunda.

—¡Oh, lo dices en serio! —soltó él, levantando las manos—. No sé. ¿Por qué te llamas a ti mismo así?

—Yo no me llamo así a mí mismo —dijo Tess secamente.

Felix suspiró.

—Tespucio, ¿quién te ha enseñado ninysh? A veces hablas como si lo hubieras mamado de tu madre, pero otras veces no entiendes nada. Al parecer, tengo que deletrear lo que sabe un niño de cinco años: ahí está tu cabeza despierta —se quitó el sombrero y le sacudió con él en las orejas— y aquí, tu cabeza estúpida. —Hizo como que le golpeaba en la entrepierna.

Ella lo esquivó y le pegó en el estómago.

—¡Eh, que yo no te he tocado! —protestó él, y le dio un puñetazo en el bíceps.

—Eh, chicos, ¿algún problema para manteneros en fila? —dijo Gran Arnando, que se acercaba por detrás de ellos.

—No —gritaron al unísono.

Arnando siguió su marcha; Felix prorrumpió en risitas. Tess no estaba tan alegre. Siempre había dado por sentado que Kenneth la llamaba Tespuco porque empezaba como Tess, pero ahora no estaba segura. ¿Conocía el doble sentido? ¿Era así como se había vengado por haberle hecho meter la cara en la fuente o casarse con Jeanne, o por las docenas de veces que se había aprovechado de su docilidad? Sería propio de él tomarse la revancha con tanta sutileza que ella habría podido irse a la tumba sin enterarse.

Sin embargo, la siguiente vez que Aster la llamó Penoi en mitad de una partida de cartas hizo una pequeña inclinación desenfadada. A fin de cuentas, ella misma se había llamado así. Ya puestos, bien podría reivindicarlo. Los muchachos estallaron en carcajadas e incluso Aster mostraba una mínima elevación de una sonrisa inusual en sus finos labios.

De vez en cuando, después de jugar a las cartas, Tess se escabullía para llamar a Piztka con el zmib. Por lo general, lo pillaba en algún túnel sin luz

que sólo podía describirle mediante el olfato. Una noche le preguntó: —¿Aún tienes esas escamas del Gran Ezcalofrío?

—Sí —respondió Tess con cautela—. ¿No estarás pensando en volver a hacer ese ritual? Creía que no podías solo. —Le desagradaba la idea de que sangrara en la oscuridad, lejos de toda ayuda.

—No estoy solo, para que lo sepas —dijo Piztka—. Al menos, espero no estarlo si consigo convencer a *ko* para que me ayude. —Un largo silencio—. He encontrado a Kikiu.

—¿Ah? —preguntó Tess precavida, sin saber si alarmarse o alegrarse.

—He percibido a *ko* en un pasadizo lateral de una antigua mina de hierro —explicó Piztka—. Estaba ahí, haciendo más... mejoras antinaturales. En cualquier caso, ya que has sido tan crítica, has de saber que hemos tenido una conversación muy cívica. Y yo tenía razón: Kikiu no fue llamada. No como yo.

»Pero puede que la tuvieras en otra cosa. Tal vez podamos soñar juntos con Anazzuzzia si ejecutamos el *kemzikiemzlutl* —continuó Piztka—. Quiero que comprendas que estoy haciendo un esfuerzo de buena fe para ser un nido para mi cría. Ya que eres tan crítica.

—Parece razonable —dijo Tess, dudosa de que nada de eso funcionase. Aun así, era buena señal que lo intentara. Hizo lo que él le pedía y dejó las escamas en el prado, bajo la cauta mirada de la luna.

Por la mañana, habían desaparecido.

π

Tess trabajaba todo el día y dormía a pierna suelta. Era, tal vez, la

existencia más plena que había tenido nunca. Aunque, cuando llevaba casi seis semanas con la cuadrilla, sucedió algo que echó a perder su idilio.

Un pintoresco carruaje de dos caballos surgió del horizonte en dirección a ellos, mandándoles un saludo estridente a la cuadrilla de la sima.

—¿Qué es? —le preguntó Tess a Felix. Este se limitó a agarrar a Mico y a bailar una breve giga. Tess no veía nada especial en dicho vehículo: tenía cuatro ruedas, un techo y una puerta, con una torcida chimenea de hojalata que asomaba arriba. Uno de los caballos llevaba un sombrero de paja; el otro miraba más abajo de su morro inclinado.

El carromato se aproximó más, y su brillante trabajo pictórico resultó ser un mural de espirales, mariposas y plantas inencontrables en la naturaleza, como el paisaje de un sueño. En medio de este caos, unas letras anunciaban «QUERIDA DULSIA». La misma Dulsia tenía bien sujetas las riendas y llevaba dos escoltas a caballo, matones armados con espadas, uno delante y otro detrás.

El carromato rodó hasta detenerse delante del firme levantado, hasta los vítores y sombreros lanzados al aire. Felix corrió a buscar a Gen, que surgió de su tienda protegiéndose los ojos del resplandor de mediodía.

—¿Quién era Querida Dulsia? —preguntó Tess a nadie en particular, como si ya se lo hubieran dicho una vez.

—El sacerdote itinerante —le explicó un sabelotodo, y le guiñó un ojo.

—Mi mujer —dijo otro—, aunque es demasiado para mí solo.

—Yo puedo ayudarte a cumplir, hermano —intervino uno de los canteros, y le dio una palmada en el hombro.

Hubo un montón de carcajadas. Tess evaluó el sentido de las risas y no le

hizo gracia. Tampoco aprobó del todo a la pequeña y regordeta dama que conducía el carruaje. Dulsia llevaba bisutería y una falda de volantes, nada práctica para conducir; lucía unos rizos complicados en el pelo y el rostro maquillado. Tess apretó las manos alrededor de su pisón y entrecerró los ojos.

Dulsia saludó a los hombres con la mano y gritó:

—¿Habéis levantado el camino para impedir que pase de largo? Ay, queridos, habría parado por vosotros en cualquier caso. Gen me reserva las mejores cuadrillas.

—¡Te queremos, Dudú! —gritó alguien.

Dulsia agitó los cobrizos tirabuzones.

—Y yo a vosotros, señoritos. Con el permiso de la jefa, claro está.

—Por favor —dijo Gen—. Sácalos de sus miserias.

Se produjo un clamor de carcajadas. Tess se sintió indignada. Cualquier duda que hubiera albergado respecto a la profesión de esa mujer se evaporó. Era ni más ni menos lo que parecía: una ramera. Una dama de la noche. La palabra por la que Tess le había dado un puñetazo a Jacomo.

Damaelle, la llamaba la cuadrilla —«querida dama»—. Era más correcto que cualquier epíteto goreddi y, desde luego, no la palabra habitual en ninysh.

Tess había visto de lejos a tales figuras en Villa Lavonda, donde se les exigía vestir de negro y amarillo, y mantenerse en rincones oscuros después del anochecer. Su existencia parecía contaminar el mismo aire; la luz de las farolas temblaba de vergüenza. La joven siempre había procurado no cruzarse con ellas.

Aunque resultaba difícil apartar la mirada de Dulsia. Era baja, adorable y

redonda, como una calabaza con patas, y tan animada que parecía brillar. Tess no podía calcular su edad. Dulsia saltó del carromato y se abrió paso entre los hombres mientras les saludaba, permitiéndoles que la besaran en las mejillas con hoyuelos. Uno —un compañero nuevo— intentó tomarse mayor libertad, pero al instante los musculosos escoltas, los hermanos de Dulsia, lo apartaron en volandas.

Gen le estrechó la mano a Dulsia, para asombro de Tess. Por otra parte, Gen siempre era sorprendente, así que tal vez no debería haberse sorprendido.

—¿Cuánto tiempo vais a quedaros? —preguntó la jefa—. ¿Te diriges a alguna cita?

—No hay prisa —declaró Dulsia, sonriente. Tenía los dientes torcidos de manera encantadora—. Debo estar en casa de un cliente en el equinoccio, pero faltan tres semanas. Puedo demorarme algunos días si alguien puede costeármelo. —Echó una mirada a los hombres que tenía a su espalda. Varios saludaron sin recato alguno.

—Como tú veas, *damaelle* —contestó Gen—; han estado ahorrando, por si acaso.

Tess no pudo oír más de la conversación. Regresó a su tarea de apisonar la calzada. Nadie más estaba trabajando, excepto Arnando, que la observó inquisitivamente. Ella esquivó su mirada, apretó los labios y levantó la pesada piedra de apisonar.

Sus compañeros de la cuadrilla no hablaron de otra cosa durante la cena: quién había ahorrado, quién (por desventura) tenía que enviar dinero a casa como persona responsable, quién había disfrutado antes de los favores de Dulsia y hacía descripciones lascivas de las inminentes delicias. Tess mantuvo los ojos fijos en el estofado, confiando en que nadie le hablara. Por

desgracia, sus toscos amigos no sabían dejarla en paz. Felix le echó un brazo alrededor de sus hombros encorvados.

—¿Has ahorrado suficiente, Tespuco? Lo dudo, a menos que Gen te pague más que al resto.

—Gen tiene una cosa para él. Algunas noches va a su tienda. Quién sabe cómo se gana la paga —intervino Mico, e hizo un gesto insinuante.

—¡Cállate! —exclamó Tess entre dientes. ¿No había advertido a Gen de que la gente hablaría?

—Dadle a Puco algo de crédito en el gusto —dijo Felix—. A él le van más jóvenes; no tan bovinas. Apuesto a que tiene tres novias en Goredd: una rubia, una morena y una pelirroja, todas con los pechos como...

—Basta de cháchara —gritó Tess; agarró a Felix por la pechera y lo zarandeó hasta que le castañetearon los dientes. Lo soltó con brusquedad, sorprendida de sí misma.

—¿Qué eres, una especie de mojigato? —masculló Felix, estirándose la camisa.

Mico se echó a reír.

—Es virgen. Ni un pelo en el bigote. Apuesto a que ni siquiera puede...

—¡Pues claro que puede! —exclamó Felix, saliendo en defensa de Tess sin que nadie se lo hubiera pedido—. Si no lo ha hecho, es porque nunca ha tenido oportunidad.

Y así fue como empezó la colecta «Vamos a encamar a Tespuco», con aportación de todos para costear la supuesta pérdida de virginidad de Tess. Ella rezaba para que nadie contribuyera a un proyecto tan ridículo, pero parecía que, cuanto más ridículo era, más sentía Felix la necesidad de

predicarlo. Circularon historias grotescas sobre el tamaño de la hombría de Tess y las privaciones de su infancia que lo habían llevado a ser, a la avanzada edad de diecisiete años, todavía ignominiosamente virgen.

La conclusión general era que a Tespuco lo habían criado en la Orden de san Vitt. Tess habría encontrado divertida tal explicación por lo acertada que era de no haberse tratado de un argumento para mandarla a la ramera ambulante.

La jefa Gen tenía normas estrictas sobre quiénes podían ser clientes de Dulsia. Hizo que los hombres se bañaran; al que se mostraba violento, gruñía o le crispaba los nervios, lo ponía en la lista negra. Si oía alguna grosería o falta de respeto, fingía estar escribiendo un soneto, lenta y ominosamente. Todos comprendían lo que eso significaba y temblaban cuando la veían así de concentrada.

Tess denunció a Gen la colecta «Vamos a encamar a Tespuco», pero la jefa opinó que la situación era cómica.

—Tienes dos opciones, cielo —empezó la mujer sin levantar la vista de sus papeles—. Mantenerte firme en que no vas a ir...

—¿O...? —preguntó Tess con los brazos cruzados.

—O *ir* —terminó Gen, mirándola—. Y deja de quejarte de que tu falta de acción haya tenido consecuencias. Para ser honestos, esto no es alquimia.

Bien podría haberlo sido. Aunque Tess protestara, nadie la escucharía.

—Tienes los pies helados —dijo Felix—. Dulsia te los calentará. Ya verás.

Dulsia acampó cerca durante tres noches. Sólo la última mañana, cuando casi había terminado de recoger y se disponía a partir, consiguieron los chicos

reunir suficiente dinero (de hecho, iban un poco escasos porque algún idiota había donado un botón y otro idiota simuló creer que era media corona). Dulsia estaba en la puerta de su caravana y levantó una ceja ante la historia de la trágica inexperiencia del pobre Tespuco —como le había relatado Mico, el cual añadió una malvada madrastra, una orden de monjes autoflagelantes, un chulo y un toro—. A Tess se le iba encendiendo la cara cada vez más, lo que Dulsia encontraba más interesante que la historia. Cuando terminó la narración, la mujer sopesó el pequeño saquillo de monedas y dijo: —¿Por qué no? Pero este es el último; tengo que ponerme en marcha, señoritos.

Todos fingieron llorar. Dulsia cogió la mano helada de Tess y la hizo subir los escalones de la caravana.

—No temas. —Cerró la puerta y animó a Tess a pasar al diminuto y pintoresco habitáculo—. Gen me ha dicho lo que eres. De hecho, ha apostado conmigo a que «tomarías la salida del cobarde», dando a entender que entrarías antes que decirles a sus chicos dónde meterla. —Sonrió, arrugando los ojos—. Pero yo no creo que sea cobardía, sino que estás siendo bastante valiente.

Tess, aturdida, se hundió en una butaca tapizada con echarpes verdes y morados. La habitación ocupaba sólo la mitad de la caravana; el resto estaba tras una puerta cerrada con candado. Las paredes se hallaban decoradas con flores sugerentes y del techo colgaban caprichosos farolillos. Había una cama de plumas con una pulcra colcha encima; un aparador, del que sacó una tetera y tazas, y una mesa diminuta en donde las dispuso. Una pequeña estufa de hierro murmuraba para sí en un rincón. La tetera acababa de entrar en ebullición.

—He pensado que no te vendría mal un té —dijo Dulsia con un guiño de complicidad.

Tess cogió la taza que le ofrecía, caliente en sus manos frías. Se le había disipado el miedo —en realidad, cara a cara, la *damaelle* no habría aterrorizado a nadie, con lo regordeta y cariñosa que era—, pero ella seguía nerviosa mientras se le disipaban los restos de pánico. La taza tintineaba contra sus dientes.

Dulsia dividió el dinero en cinco montones sobre la colcha. Chascó la lengua al ver el botón y se lo metió en el corpiño.

—Para mí y mis hermanos —musitó en tono familiar, metiendo tres de los montones en una caja de madera debajo de la cama—. Uno para el futuro. —Este fue a una caja de metal del aparador—. Y otro para mis compañeras de cama, las damas rojas de Segosh, que no son tan libres como yo. —Lo guardó en una bolsa de cuero tras la puerta cerrada—. Bueno —continuó Dulsia mientras regresaba a la cama contoneándose como una jovencita—, podemos tomar un té a expensas de los muchachos, pero yo preferiría haberme ganado el dinero. Doy por supuesto, a juzgar por tu recelo, que eres bastante reacia a mis servicios habituales para damas, pero, si quieres, puedo responder preguntas prácticas o dar un masaje a tus pobres hombros encorvados. Veo que cargas ahí tus problemas.

Tess sabía que debía desdeñar a una persona de tan mala reputación —lo bastante mala incluso para tomarse un té con ella—; sin embargo, el cuello y la espalda le dolían terriblemente, ahora que Dulsia lo mencionaba. Se sorprendió al sentirse tentada.

Su madre y sus hermanos le habían dicho que acabaría de ramera, y Tess sabía —todo el mundo lo sabía— que era un destino peor que la muerte. Y aun así, ahí estaba esa mujer que parecía..., parecía buena, amable, y ella sabía por experiencia que era difícil lidiar con la amabilidad si una rebosaba de amargura.

Dulsia no debería existir. Tess tenía preguntas, y la única manera de hacerlas era quedarse un poco más.

—Puedes masajearme la espalda, pero no toques el resto de mi cuerpo — soltó Tess, y levantó un dedo a modo de advertencia.

—Jamás —asintió Dulsia con firmeza—. A menos que me lo pidas.

La chica se tumbó en la cama sin el jubón (aunque sí con la camisa). Los fuertes dedos de Dulsia movieron los montículos de los omóplatos de Tess, elevó la concavidad de la columna, enderezó lo que estaba encorvado. A veces dolía y Tess soltaba algún gritito; la mujer hacía una pausa hasta que ella le instaba a que continuase.

—Tienes todas las penas anudadas aquí; puedo sentir las —comentó Dulsia sabiamente, y continuó con un toque más suave—. Si lloras, no te sorprendas; te advierto con antelación.

Por fin Tess se armó de valor para preguntar:

—¿Cómo has acabado... de prostituta?

Las manos de Dulsia se volvieron más fuertes; no le gustaba esa palabra o no le gustaba recordar.

—Cuando murió nuestro padre, nos dejó este carromato, un caballo y nada más —explicó—. Mis hermanos pensaron en alistarse en el ejército o inscribirse como guardias privados. Pretendían vender sus cuerpos, y posiblemente sus vidas, y tendríamos que separarnos. No podía consentirlo. Así que les dije: «¿Y si fuerais *mis* guardias? ¿Y si fuese yo quien vendiera su cuerpo y no muriese nadie?».

»Parecía sencillo, pero nada lo es nunca. —Dulsia la amasaba como un gato—. Ingenua de mí, había dado un paso fuera del precipicio, esperando

caminar en el aire. Fui a Segosh con la esperanza de colocarme de aprendiz (como panadera o tejedora), y estuve a punto de que me atraparan. Allí las mujeres están atadas por contrato a jefes sin escrúpulos. La ley no las protege; temen por sus vidas. Tuve suerte de marcharme.

Tess recordó el dinero que Dulsia había apartado. Debía de estar comprando los contratos, liberando a sus hermanas de la ciudad. Tess revolvió la mano dentro del bolsillo de la cadera, agarró la primera moneda grande que encontró y se la entregó. La *damaelle* se quedó mirándola, como si no supiera para qué era.

—Para las damas de rojo —aclaró Tess—. A cambio del botón.

Entonces Dulsia sonrió —toda hoyuelos— y se guardó la moneda en el corpiño.

—Gracias —dijo, retomando el trabajo en el cuello de Tess—. Sé lo afortunada que he sido. Hemos conseguido un poquito de independencia en la carretera; no sufro como mis hermanas.

—Pero ¿el trabajo... no es horrible? —preguntó Tess hacia la almohada—. ¿No pasa factura?

—Pues claro que sí, igual que apisonar carretera —respondió Dulsia—. Incluso un pintor, que despliega su propio corazón sobre el lienzo, lo vende por dinero y llora. No hay senda libre de sufrimiento, querida niña. Elegir es lo que hace la vida soportable. Todos los meses, mis hermanos y yo contamos el dinero y decidimos si lo dejamos o no. Cuando yo ya no pueda continuar, les tocará a ellos mantenerme. Hablan de abrir una tienda de cintas.

Era una escena tan incongruente que Tess se rio, y entonces los pulgares de Dulsia detectaron en ambos lados de su columna un cúmulo de tensión que casi le hizo soltar una lágrima. Ese masaje la hacía agitarse de un extremo a

otro.

—No habría podido sobrevivir sin mis hermanos —continuó Dulsia— ni sin amigas como Gen velando por nosotros. Ella siempre lo hace sin pedir nada a cambio, por gratitud.

Tess le dirigió una mirada escéptica.

—¿Qué puedes hacer por una mujer?

—¿Lo preguntas por curiosidad o porque quieres algo concreto? —inquirió Dulsia, deteniéndose bajo la caja torácica de Tess.

—Ni lo uno ni lo otro —se apresuró a contestar ella—. Pero nuestro papel en... las relaciones maritales —se sintió muy ridícula al confesarle eso a Dulsia— es sólo obligación y dolor; San Vitt compensa diez veces más nuestra resignación, siempre y cuando mantengamos la fe y no nos extraviemos, y de este modo las duras pruebas de mujer dignifican al final.

—Querida niña virginal... —empezó Dulsia con una sonrisa en la voz.

—No soy virgen —soltó Tess—. De verdad. He tenido un niño. Sé cómo funciona y por qué, y por tanto sé que no hay nada que dos mujeres puedan...

—Hay algo esencial que por lo visto ignoras. Una mujer puede obtener el mismo placer de unas *relaciones* que un hombre —continuó Dulsia—. Incluso puede dárselo ella sola sin necesidad de ningún hombre.

Y después le relató una historia tan extravagante que el interior de Tess se sublevó y se negó a aceptarla. No existía eso que ella llamaba *nupa* —Tess ni siquiera sabía traducir la palabra al goreddi—. Tenía que ser mentira.

La chica habría refutado con vehemencia ese sinsentido si las hábiles manos de la *damaelle* no hubieran alcanzado en ese preciso momento el más tenso y terrible de sus músculos, las fibras de la zona lumbar.

Exactamente donde más le había dolido en el alumbramiento de Dormidio.

Había mantenido el recuerdo encerrado en la espalda, como monedas en una caja fuerte, como prisionero en una mazmorra; y apisonar firme la carretera se lo había tensado aún más. Sentir otra vez la misma afección había desenterrado el recuerdo. El dolor germinó en el suelo en sazón del cuerpo de Tess y floreció: trébol rosa de dolor, brillantes ranúnculos de aflicción, llameantes amapolas de agonía.

De su garganta irrumpieron violentos sollozos, como ladridos. No podía contenerlos o se partiría en dos.

—¿Qué te pasa? —exclamó Dulsia, retirando las manos, aunque demasiado tarde.

Tess había naufragado en las rocas de la memoria y no había retorno. Apartó las manos de la *damaelle* de un empujón, se ciñó el jubón contra el pecho, abrió la puerta de golpe y salió disparada a la cegadora luz del sol.

Sus compañeros de trabajo levantaron la vista de la calzada y estallaron en vítores hasta que le vieron la cara.

20

Tess corrió a su tienda. Oyó cómo Gen mandaba a todos que cerraran la boca y volvieran al trabajo, y a continuación un golpe suave de la solapa al entrar alguien.

Alzó la vista desde su catre, con la cara empapada, pero no era Gen quien la había seguido; tampoco se trataba de Felix (su segunda conjetura). Era Gran Arnando.

Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas junto a la cabecera del catre hasta que se calmaron sus sollozos. Entonces se pasó una mano por el cabello entrecano y dijo: —Les decía a esos idiotas, Felix y Mico, que no parecía que te hiciera gracia ir con la *damaelle*, que tal vez eras daanita, como yo, y no querías decirlo. No me han hecho caso, y eso es lo que pasa. Felix tiene buen corazón, aunque le falta cabeza. Habría venido aquí corriendo, pero he pensado que quizá no querías verlo todavía.

—Gracias —respondió Tess. No le apetecía volver a ver a Felix jamás y esperaba que cayese en una sima.

Arnando bajó la voz:

—Gen anda rondando para mantenerlos a todos alejados. Nadie puede oírte. Cuéntame lo que sea, compañero, si eso te sirve de ayuda. Dulsia no te ha obligado a hacer nada en contra de tus inclinaciones, ¿verdad?

Tess negó con la cabeza, pero se echó a llorar otra vez. Arnando le cogió la pequeña mano recién encallecida con una de las suyas enormes y ásperas.

No le pidió más explicaciones, pero Tess quiso darle una. El recuerdo se había desatado en su interior, y estaba demasiado hundida para dominarlo y volver a enterrarlo. La única manera de liberarlo era pronunciarlo en voz alta.

No era la clase de cosa que se le cuenta a un extraño y, sin embargo, el hecho de que Arnando no fuese un amigo era un consuelo. Sería como confesarse con un párroco o, de acuerdo a su tamaño, con una montaña. Su instinto le decía que podía transmitirle su dolor. Deseó hacerlo.

—Ha hecho que me acordara de mi bebé —soltó Tess, y acto seguido se encontraba fuera del catre, en brazos de Arnando, llorando contra su poderoso pecho.

Pero él no dijo: «Un momento, ¿eres mujer?» ni «Entonces, ¿no te llamas Tespuco?». No se habría convertido en el capataz de la cuadrilla de la jefa Gen a menos que la hubiera impresionado, y no lo habría hecho si no fuese inteligente.

Arnando acunó a Tess contra sí, una roca en su mar tormentoso.

—Cuéntame tu historia.

π

La abuela Therese fue un alivio durante el embarazo de Tess, pero Chessey, la partera, fue dura como el granito. En sus revisiones semanales en el panóptico dormitorio de los querubines, no paraba de trabajar. Cuando decía «Quítate el vestido», Tess obedecía. Chessey la pinchaba y palpaba con manos devastadoramente competentes, escuchaba su abdomen por medio de un tubo, y medía la longitud y la latitud de su barriga.

Si Tess sentía lástima de sí misma y empezaba a sollozar —como ocurría algunas veces—, Chessey le espetaba: —Nada de eso. Puede que te hayas portado como una perra encargando este bebé, pero serás una princesa dándolo a luz. No es ningún desastre, y no es ilegítimo, diga lo que diga tu familia. El Cielo nos trae a todos a este mundo, y no me dirás que el Cielo no

sabe lo que se hace.

La noche que murió la abuelita Therese fue la noche en que empezaron las contracciones, con tres meses de antelación. Ahora el recuerdo era borroso; Tess empezó a chillar en el jardín. El tío Jean-Philippe la llevó a la casa; enviaron a todo correr a un pinche al pueblo en busca de la partera; alguien debió de meter dentro el cuerpo de la abuela, pero Tess no se enteró de nada. La trasladaron a la habitación de los querubines, donde los criados bordoneaban a su alrededor como abejas, trayendo toallas y agua hirviendo. Para cuando llegó Chessey, la habían envuelto como una momia.

—No —ladró Chessey, y echó fuera a la gente para rescatar a Tess del lío de ropa blanca. Posó las manos sobre su vientre y lo exploró con los dedos—. Esto parece serio —murmuró, retirando el camisón.

Tess estaba demasiado atormentada a causa de las contracciones para protestar.

Chessey meneó su avejentada cabeza.

—¡Por los juanetes de los Santos! Estás a punto de tener el niño ahora mismo. No me gusta, pero se ha adelantado tanto que el té no lo va a detener. Incluso podría acelerarlo. ¿Puedes ponerte de pie con un brazo alrededor de mis hombros?

Tess respondió con una negativa, o lo intentó, pero lo único que le salió fue un agudo chillido de pánico como el silbido de una tetera. Chessey le embutió un trapo en la boca.

—Calla y atiende —soltó en un tono que no admitía discusión—. Puedes dar a luz de la manera más espantosa y atroz o puedes hacerlo de manera algo menos terrible. La segunda implica escuchar y hacer lo que yo diga. ¿Qué decides?

Tess, por cuyas mejillas caía un torrente de lágrimas, señaló apresuradamente a Chessey.

—Bien. Ahora deja de gritar. Malgastas unas energías que vas a necesitar más adelante. Ponte de pie. —Levantó a Tess de un tirón y le arrancó el trapo de la boca—. Es menos aterrador estando de pie, te lo prometo. Camina conmigo, no te dejaré caer, y cuando llegue el momento, lo afrontarás erguida, como una joven orgullosa, y no tumbada de espaldas como una perra acobardada.

Caminaban, se detenían por el dolor, caminaban un poco más, volvían a pararse. Cada vez que hacían una pausa, cada vez que Tess empezaba a flaquear y a tener miedo, Chessey le susurraba: —Tú eres la viajera que lleva a cabo esta aventura. Eres la heroína que escribe la historia. Cuando el tramposo Pau-Henoa vagaba bajo la tierra, ¿qué encontró?

—El sol —resolló Tess cuando se le pasó la contracción y pudo hablar.

—Correcto —afirmó Chessey—. Incluso los paganos lo sabían: vagarás por los oscuros lugares bajo la tierra, pero regresarás con el sol.

La imagen del sol, la idea de la luz, la sostenía. Andaba cuando podía y esperaba cuando tenía que hacerlo mientras Chessey la guiaba por el laberinto de dolor.

Para cuando llegó el bebé, Tess había caminado por sí misma hacia una dama joven y orgullosa, y dejado atrás hacía rato todo vestigio de perra aterrada y sometida. Chessey recibió al bebé, como si recibiera generaciones de estrellas de mar, cortó el cordón umbilical y bañó al niño. Tess —que, después de luchar y triunfar, pudo acostarse al fin— acomodó sus exhaustos miembros sobre la cama; y con todo, no se sintió completamente exhausta. Su corazón se reanimó con una euforia inesperada, como si pudiera hacer

cualquier cosa, como si nada fuera a hacerle daño nunca más.

Chessey le trajo el envoltorio y ella contempló por primera vez aquella cara diminuta y arrugada como una pasa. Tenía las manos perfectas. En su pecho se extendió una calidez, el amor más puro y doloroso que había sentido en toda su vida. El bebé estiró el cuello como una tortuga, con los ojos cerrados, buscándola a tientas con la boca, y ella pensó que iba a morir de felicidad.

—Estoy aquí —susurró contra su húmeda y dulce cabellera—. Siempre, Dormidio, corazón.

π

Su respiración no era normal. Cada aspiración era ronca e irregular; Tess sentía el sonido como cortes en su piel.

—¿Qué le ocurre, Chessey? —clamó Tess, pero la partera meneó la cabeza con gravedad.

—Ha venido demasiado pronto —respondió—. Como el pan que se saca mucho antes del horno. Está sin terminar por dentro.

A instancias de Chessey, Tess probó a darle el pecho: «No es que tengas mucho que dar todavía, pero vamos a ver si puede mamar». Su boca era tan débil y diminuta que se atragantó y se puso azul. A Tess le entró pánico, pero Chessey, sin alterarse, lo reanimó. Había traído leche de cabra del pueblo y enseñó a Tess a mojar la punta de un pañuelo y dejar caer gota a gota en su boca. Algunas entraron, otras se salieron. Dormidio no abrió los ojos ni se durmió, sino que gimoteó de forma quejumbrosa como un gatito.

Al día siguiente, sus extremidades, que nunca habían sido fuertes, eran como de trapo; la piel, nada lustrosa, estaba demasiado gris. El tío Jean-

Philippe envió un jinete veloz a Villa Lavonda en cuanto se puso de parto; mamá llegó sin papá, Jeanne ni Seraphina, y el poco sol que Tess había conseguido retener se apagó. Mamá entró como un temporal, como un nubarrón, y miró la cama echando chispas.

—Es una suerte —dijo por fin—. Le he rezado a san Vitt para que abortases, pero eso servirá.

—Hablas como si ya estuviera muerto. —Tess estrechó a Dormidio contra su pecho.

—Ármate de valor. Iré a buscar a un sacerdote para que traiga su salterio a fin de escoger un santo que interceda para que entre en el Cielo, sin que tenga en cuenta tus pecados. Necesitamos ponerle nombre.

—Ya se lo he puesto —contestó Tess con frialdad—. Se llama...

Pero, cuando cayó en la cuenta, no pudo decir «Dormidio». No podía decir que le había puesto ese nombre a su hijo por los relatos de aventuras que mamá no había aprobado nunca, que la habían empujado a meterse en problemas. Sabía lo que pensaría mamá; no podría soportarlo, así que se quedó sentada allí, boqueando como un pez, tratando de dar rápidamente con uno en sustitución.

—Julian —dijo Tess al final—. Como tu abuelo, el conde.

—¿Ese viejo demonio? —replicó Anne-Marie con el ceño fruncido, pero no propuso otro, así que se quedó con Julian.

Llegó el cura y se decidió el santo del bebé: san Polipus, el artero, a propósito para Dormidio y el conde Julian. Después, como tranquilizado de haber conseguido un buen abogado para su entrada en el cielo, el pequeño Dormidio empezó a desvanecerse. Su piel se volvió casi transparente, su respiración se hizo tan leve y somera que apenas se oía, y a la mañana del

tercer día expiró en brazos de Tess.

No era capaz de... recordar cómo se dio cuenta. Sólo que estaba acostada y lo estrechaba contra su pecho, esperando contra todo pronóstico que aquello hubiera sido un sueño y que, conforme a la lógica de los sueños, se fundiese en su corazón.

—Has sido agraciada con un regalo, aunque no seas consciente —susurró su madre, tomando el diminuto cuerpo de sus brazos. (¿De dónde había salido? ¿Cómo se había enterado?)—. Hemos tenido que ocultar este embarazo, pero no hará falta mantener en secreto a ese molesto bastardo.

Tess no pudo replicar; no le quedaban fuerzas ni ganas.

—Cuando estés lo bastante repuesta para viajar, regresaremos a casa y te irás con tu hermana a la corte. Te necesita para mantenerse en el buen camino, puesto que ahora ya lo conoces. Puede que un día los santos escuchen tus plegarias y tu penitencia haya sido suficiente.

Ninguna penitencia podía ser más terrible que esa. Su corazón mismo estaba muerto.

π

—Me quedé aturdida. —Tess levantó la cabeza del hombro de Gran Arnando—. Veía mi dolor desde fuera y comprendí que me iba a matar, así que no me permití sentir. Me lo amputé; todo me lo amputé, como si cogiera un cuchillo de carnicero y me mutilase yo misma...

El pie. Como en ese sueño en el palacio de verano de la reina, salvo que en el sueño había sido un acto de coraje, no de cobardía.

—Hiciste lo que tenías que hacer para sobrevivir —dijo Arnando,

apretando su mejilla contra la frente de la chica. Olía igual que los campos polvorientos—. Si he aprendido algo sobre el dolor, es que es como una deuda con un prestamista: puedes demorar el pago, pero al final te toca saldarlo con intereses.

—¿Envían a alguien a romperte los dedos? —preguntó Tess, pensando en los Belgioso.

Arnando rio ligeramente.

—Ya buscas tú la manera de rompértelos por tu cuenta. —Hizo una pausa para dejar que ella reflexionara sobre lo que implicaba; Tess se hacía cierta idea—. En el corazón tengo un cuarto lleno de facturas sin pagar —continuó—. Todos tenemos uno. Es conveniente entrar de vez en cuando y repasar unas cuantas.

Tess se separó y se secó los ojos.

—Entonces, ¿la he pagado? ¿He terminado con Dormidio? —Se le quebró la voz al pronunciar su nombre y supo que no.

—Esa es muy grande, así que lo dudo —dijo Arnando, con la tristeza visible en sus ojos azules—. Puede que tengas que pagarla a plazos, pero ahora sabes que eres capaz. No te matará. Tienes los medios, Puco. —Se interrumpió, avergonzado por haberla llamado «cabeza de chorlito».

—Tess.

—Tess —aceptó, cogiéndole la mano y estrujándosela—. Eres más fuerte de lo que eras cuando ocurrió.

Ella asintió, aspirando con el último sollozo. Estuvieron sentados en silencio un momento y luego dijo: —Me gustaría ponerme a trabajar ahora.

—Bien. —Arnando se levantó y le ofreció una mano—. Siempre hay

cosas que hacer.

La ayudó a ponerse en pie y juntos salieron al sol abrasador del mediodía.

21

Arnando, fiel a su palabra, no contó a nadie lo que había pasado entre él y Pucó. De hecho, volvió a ser su capataz, para alivio de Tess, y no su amigo íntimo. Al haberse desahogado, luego no sabía bien cómo dirigirse a él.

Mico bromeó con ella como si nada hubiera pasado, pero Felix, al menos, se sentía culpable por haberla mandado a la *damaelle* en contra de su voluntad. Se encogió como un perro apaleado con grandes ojos tristes, que era lo más cercano a una disculpa para él. Tess no le perdonó del todo, aunque lo habría hecho si él se hubiese atrevido a disculparse.

π

Una noche, la despertó un cricrí, como si se le hubiese metido un grillo bajo la camisa y se hubiera puesto a cantar. Se incorporó medio asustada, dándose palmadas en el pecho, antes de caer en la cuenta de que era el zmib. Piztka no la llamaba nunca —siempre era al revés— y no se esperaba que sonase como un grillo. Puso una mano sobre el mecanismo para sofocarlo, agarró sus botas y se escurrió de la tienda sin despertar a Felix, Mico o Aster.

—¿Qué ha sucedido, Piztka? —le preguntó cuando estuvo lo bastante lejos de las tiendas como para que la oyeran.

Era bien pasada la medianoche. Gen ponía vigilantes a lo largo de la carretera, de manera que Tess había corrido en perpendicular, adentrándose en el trigal. Se detuvo y deslizó sus pies descalzos dentro de las botas.

—Hay un molino en la dirección del viento desde tu campamento —dijo Piztka débilmente—. Estaré ahí.

Las aspas triangulares se recortaban contra la luna saliente a unos dos

kilómetros y medio de distancia, según sus cálculos.

—Voy para allá —exclamó Tess, y apretó el paso.

Piztka no contestó.

Ella llevaba semanas observando los molinos de viento en las lejanas laderas, fascinada por su majestuosa lentitud. De cerca, ese crujía y daba aletazos; algún engranaje del interior producía un golpeteo persistente. La puerta estaba cerrada.

Tess exploró el perímetro y finalmente observó la parte del trigal del otro lado de la loma. Había una estela apenas visible de plantas aplastadas; terminaba a unos seis metros cuesta abajo. Se zambulló en el sembrado y descubrió a Piztka desplomado, con las escamas-cuenco sujetas a la espalda.

Un resplandor entre los tallos daba a la escena un halo mágico hasta que Tess comprendió que era el reflejo de la luna sobre un charco de sangre plateada.

Piztka mantenía los ojos cerrados con fuerza y tenía rotas otras tres espinas de la cabeza. Junto a estas, manaba sangre de una serie de punzadas, todas de la misma profundidad, formando una curva limpia. Tess sólo conocía una cosa que pudiera provocar tal herida: el potenciador de mordiscos de Kikiu.

Se arrodilló y posó una mano sobre la cabeza de su amigo.

—Has venido. —Su voz sonaba débil y crujiente como la arena bajo los pies.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Tess, acariciándole las espinas abatidas.

La respiración de Piztka sonaba extrañamente doble, como un jadeo seguido de un silbido, y Tess comprendió que tenía perforado un pulmón.

—No hables —exclamó—. Después me lo contarás...

—Puede que no haya un después —graznó él.

—¿Ha sido Kikiu? —masculló Tess con impotencia, furiosa.

—Me ha mordido como un animal. —Piztka hizo una pausa, jadeando—. No como haría un quigutl. Ese monstruo... —Tartamudeaba y sus ojos cónicos daban vueltas. Estaba helado.

El cerebro de Tess trabajaba deprisa: necesitaba atención. Regresaría con él a las tiendas, le vendaría las heridas y le daría alguna explicación de él a la jefa Gen. Aunque la posibilidad de que la cuadrilla de la carretera aceptara la presencia de Piztka fuese muy pequeña y no sabía siquiera si podría responder por él ante la jefa Gen.

Y, francamente, no estaba segura de que Piztka saliese de esta.

Anazzuzzia podía curarlo ahora mismo si conseguía hacer el ritual sobre tierra. No sabía si funcionaría; sólo que tenía que intentarlo.

Quitó con cuidado las escamas de sus brazos exánimes. Las heridas de su costado aún rezumaban despacio. Tess recogió el goteo lo mejor que pudo y repartió el líquido entre los cuencos; esperó que fuera suficiente.

Esperó *ser* suficiente. Piztka había sido el partícipe más activo la última vez.

Se acuclilló en el trigo, con los codos sobre las rodillas, sosteniendo los dos cuencos como una ofrenda.

No resplandecía nada.

¿Estaría Piztka demasiado inconsciente para soñar? No se atrevía a verter la sangre alrededor de él si no resplandecía.

Nunca se le había dado bien rezar; además, seguro que Anazzuzzia tenía más de monstruo que de diosa. No se le ocurría qué otra cosa intentar.

—Anazzuzzia —dijo al aire—. Soy el nido de Piztka, hasta donde puede serlo un humano. Nido y no-nido. Y yo te invoco, dado que Piztka no puede.

No se oía más ruido que el golpeteo y los aletazos del molino.

No ocurría nada. Tess no sabía qué hacer. La vez anterior Piztka le había dicho que se escuchara a sí misma, pero era inútil. Ella no era un quigutl. No poseía la clase de conexión que...

Una idea terrible le sobrevino de pronto. Parpadeó, como si tal pensamiento hubiese sido una mota de polvo en el ojo e intentara aclarar la vista, pero permaneció allí.

Piztka no estaba lo bastante consciente para soñar, y menos para confirmar a Anazzuzzia que Tess era su nido. La única manera que se le ocurría de demostrar a la serpiente que iba en serio implicaba ingerir veneno.

Removió la sangre, aspiró hondo y se llevó las escamas-cuenco a los labios.

Sorbió una única gota y le invadió una amargura astringente, como a cerumen de oídos y caquis verdes. Le anestesió la lengua y le estrechó la garganta, de modo que no podía tragar. Todo su ser pareció marchitarse y arrugarse, excepto el estómago, que sufría violentas contracciones. Un torrente de lágrimas bañó sus mejillas. No lo conseguía; había fallado.

Preso de las náuseas, se giró hacia el trigo. De los labios le colgaba un hilillo de baba.

Este empezó a brillar.

—Imposible —murmuró, y el viento susurró a través del trigo como si le

respondiera.

Sorbió otra pizca —menos terrible porque tenía ya la boca adormecida— y la escupió sobre Piztka como pudo. Las gotas brillaron como luciérnagas, y a continuación la sangre que él había dejado por el trigal empezó también a resplandecer como si de la larga cola azul de un cometa se tratase.

—Anazzuzzia, yo te invoco —gritó Tess con voz ronca, sintiéndola—. La Más Sola, que no está sola. *Utl*-singular. Piztka te necesita. Búscalos y tranquilízalos, y permite que vuelva a casa.

Se levantó viento; el trigo ondeó en oleadas como el océano. Tess era demasiado lógica para creer que se trataba de un reconocimiento, y no obstante...

Las extremidades de Piztka se sacudieron cuando por fin empezó a soñar; sus heridas comenzaron a cerrarse.

Tess se apartó un poco y vomitó en el trigo. Después se tumbó a su lado y se quedó dormida.

π

Aún tenía un sabor horrible en la boca cuando se despertó, pero no parecía haber sufrido ningún otro mal efecto. Iba a tener que hablar de eso con Seraphina si alguna vez volvía a verla.

Supo que la cuadrilla andaba ya levantada por los gritos amortiguados que llegaban desde el otro lado de la loma.

Tess bajó la vista a Piztka, que todavía dormía como un tronco. Había llegado el momento de que sus caminos volvieran a juntarse, no cabía discusión, pero antes tenía que atar algunos cabos sueltos. Tenía sus cosas en

el campamento y no le gustaría marcharse sin dar una explicación. Se la debía a Gen, al menos.

Si lo hacía rápidamente, Piztka no se enteraría de que se había ausentado. Corrió a través de los sembrados hacia el campamento, armándose de valor para despedirse.

Recogió sus cosas en la tienda desierta; Mico, Felix y Aster se habrían ido a desayunar. Se había llevado las escamas sin querer, así que las metió en la bolsa, junto con sus ahorros, la ropa sucia y todo lo demás. Cruzó el campamento hasta la desordenada tienda-comedor, entró y echó una ojeada a las atestadas mesas de caballete en busca de la jefa Gen.

—¿Adónde te habías ido, Puco? —gritó Felix.

—¿A dormir con la jefa otra vez? —intervino Mico a continuación, y se elevaron carcajadas por todas partes.

Tess les hizo burla con el pulgar en la nariz. Una ráfaga de viento agitó las lonas de la tienda-comedor, y luego se oyeron un escalofriante alarido inhumano y un grito de alarma muy humano procedentes de la carretera.

Todo el mundo se levantó de un salto y salió precipitadamente a ver qué había ocurrido.

Uno de los caballos de tiro relinchaba, con los ojos en blanco, y corcoveaba contra las huellas. Sus arrieros se esforzaban por calmarlo cuando se encabritó, volcó el carro y esparció la grava por todas partes.

Los hombres maldecían mientras levantaban el carruaje de nuevo.

La cuadrilla no podía ponerse a trabajar mientras no estuviera despejado el camino. Corrieron en busca de palas en tanto la jefa Gen ladraba órdenes.

No era el momento de abordarla para decirle que se iba.

Alguien le puso una pala en las manos y Tess echó a correr con ella hacia el borde de la carretera donde estaba el montón de grava, dispuesta a cumplir su trabajo por última vez. El viento arreció y le alborotó el cabello corto.

Había llegado al otro lado de la grava cuando una avalancha de animales aparecieron al otro lado de la carretera, frente a ella: ratones de campo, ranas, ratas, ardillas, tejones, culebras, grillos, una bandada de estorninos y, finalmente, un pequeño batallón de ciervos que salía incontenible del trigo. Los animales se desplazaron hacia el este, abriendo una senda en los campos a ambos lados de la carretera. La cuadrilla se quedó boquiabierta de estupefacción. Era como un cuento o un sueño: aquellos animales corrían juntos en una dirección y con un propósito.

Tess cayó de pronto en la cuenta de que el molino estaba al este. ¿Corrían hacia Piztka o huían de algo?

Fue entonces cuando la tierra empezó a estremecerse.

El temblor dejó sin apoyo a Tess bajo sus pies y cayó de bruces sobre los adoquines. Los hombres se desplomaron como troncos detrás de ella; se arrastraban con los codos y las rodillas, y gritaban de terror. El cerebro de Tess chapoteaba en su cabeza; se aferró a las rocas, sintiéndose patas arriba, como si alguien hubiese agarrado el mundo, igual que si de una pelota se tratara, e intentase sacudirle las hormigas. Se sujetaba con toda su alma.

Alrededor de ella, los gritos adoptaron un nuevo significado. Oyó su nombre —Tespucó— una y otra vez. Levantó la mejilla de las piedras y vio a sus compañeros haciéndole señas frenéticamente desde el montón de grava. Tess parpadeó desconcertada. Felix le gritó abocinando las manos y ella pudo distinguir sus estridentes palabras entre la cacofonía: —¡Cabeza de chorlito! Saca tu estúpido cuerpo...

No oyó el resto. Un ruido atronador, como del tracto intestinal de la tierra, la sacudió de arriba abajo y de lado a lado; el suelo firme desapareció debajo, y piedra y tierra se convirtieron en espacio vacío. Un rugido ensordecedor, oscuridad y polvo; Tess no podía orientarse en el espacio. Se desplomó como una muñeca de trapo, rebotando como si cayese por una escalera, resbalando, arañándose.

Se golpeó la cabeza y vio las estrellas. Cuando por fin notó que había dejado de moverse y la polvareda empezó a disiparse, vio el agujero, puede que a más de quince metros por encima de ella. Estaba sobre un montón de piedras sueltas, no debajo. Había sido una suerte.

Poco a poco se le fue aclarando el oído. Oyó a Nicolas ordenar a los demás que evitaran el socavón: —... no es porque podríais caer dentro y romperos el cuello..., ¡cosa que me tiene sin cuidado...!, sino que haríais que se desprendieran más rocas y podrían aplastar a Tespuco.

Tess sentía una gran contusión. Tenía los ojos encostrados de polvo. Al parecer, mantenía los brazos y las piernas indemnes y sin magulladuras, pero le había pasado algo en el costado izquierdo. Quizá tenía rota una costilla. Le oprimía el pulmón como un torno y le subía un espasmo de dolor cuando intentaba respirar.

—¡Puco! —Era Felix—. ¡Contéstame, maldita sea! ¡Si estás vivo, contesta!

La chica no podía aspirar aire suficiente para gritar.

—Aquí —resolló—. No estoy muerta. —Aquello le hizo gracia, aun cuando era evidente que no lo estaba. Todavía no, a pesar de todo.

No la oyeron; seguían gritando. Una ligera lluvia de grava le golpeó en la cabeza; se apartó arrastrándose a un lado del montón, adentrándose más en la

oscuridad. No la verían a menos que se acercaran al borde y encendieran una luz.

La voz estridente de Gen resonó por encima de todas las demás: —No os acerquéis más, idiotas. ¿Hemos olvidado ya el horrible ejemplo de Daniele? ¿Queréis ir abajo uno tras otro, en fila, como ratones de la tundra? Iremos a por ella, pero lo haremos metódicamente.

Hubo un silencio absoluto por un instante, y entonces alguien dijo: —¿A por ella?

Tess quiso reírse del desliz de Gen debido a la tensión, pero la risa se convirtió en tos, lo cual era un suplicio. Las lágrimas le rodaron por las mejillas, mezclándose con la suciedad y formando reguerillos de lodo.

—¡Chis! —gritó la resonante voz de bajo de Arnando—. He oído algo.

¿Les llegaban sus quejidos? Se le animó el corazón, pero acto seguido comprendió que no era ella quien más ruido hacía allí abajo. Algo resbalaba como las piedras por una pendiente desigual.

El suelo volvió a sacudirse. Alrededor cayeron fragmentos del techo; se alejó del pie de la pendiente lo más deprisa que le permitieron sus costillas, hacia la zona más profunda de la cueva, donde el suelo era firme y el techo no desprendía trozos de roca. La luz lejana del boquete apenas llegaba hasta ella, pero sus ojos se acostumbraron a la semioscuridad.

Algo se movía. No comprendía lo que estaba viendo: una de las paredes de la sala se desplazaba —¿y resplandecía... o era su imaginación?—. La cubrían unos guijarros dispuestos con más regularidad de la que podría adoptar ningún amontonamiento de escombros.

Se quedó sin respiración cuando la «pared» pasó por su lado, rematada en una punta roma, y luego desapareció en un recodo de la galería, sin dejar

detrás otra cosa que oscuridad.

Anazzuzzia. Se trataba sólo de la punta de su cola.

Por encima de Tess, las voces volvieron a hacerse audibles, aunque a esa distancia costaba más distinguir lo que decían. Captó fragmentos de una discusión acerca de si arriesgarse a enviar a alguien abajo con una cuerda o si esperar a confirmar que habían acabado las réplicas.

Tess se sintió como si de verdad hubiera muerto y estuviese oyendo todo eso a una terrible distancia, con desapasionado desasimiento. Una curiosa compasión agitó su corazón. Iban a echarla de menos.

El zmib trinó. Escarbó hasta encontrarlo y lo encendió.

—¿Piztka? —La pregunta le salió rasposa. ¡Por la letrina del Cielo, hablar dolía!

—Te he visto caer —dijo Piztka con voz metálica—. Enseguida estoy ahí.

Se había levantado otra vez; era una buena noticia. Tess hizo inventario de su hatillo mientras esperaba. Había obtenido pedernal y eslabón mientras estaba en la cuadrilla de trabajo, además de una pequeña linterna. La linterna estaba resbaladiza a causa del aceite, pero logró encenderla sin prenderse ella misma. Se forzó a ponerse de pie, sujetándose el costado punzante, y miró al frente, hacia la dirección de la serpiente. Daba la impresión de que la galería se prolongaba sin fin.

Sonaron voces y una silueta se precipitó por el agujero y bajó rodando por el conjunto de rocas desprendidas. Era Piztka, ileso pese a su caída. Brincó en torno a ella, formando sombras grotescas a la luz de la linterna.

—La cuadrilla intenta crear un arnés del que Felix no pueda caerse —le informó Piztka—, pero sospecho que él tiene aptitudes sin explotar. Van a

perder mucho tiempo buscándote.

Tess miró hacia arriba con pesar, sin hacerse ilusiones de que invirtieran tanto tiempo. Gen les concedería un día para buscar y después volverían al tajo; avisaría a los ingenieros de que había que construir otro puente y se despedirían de su supuesto cadáver, si no de su recuerdo.

Todavía hablaban de Daniele, así que seguirían comentando sus excentricidades durante mucho tiempo.

Lo último que oyó antes de seguir a Piztka tambaleándose pasadizo arriba fue a Felix gritar hacia el vacío: —¡Aguanta, amigo, quienquiera que seas! Vamos a encontrarte. No tengas miedo. —Se le quebró un poco la voz—. Espero que nunca hayas tenido miedo de nosotros.

—Nunca —susurró Tess, de repente emocionada.

A continuación, dio media vuelta y siguió a Piztka por otro camino.

22

Recorrieron la caverna alrededor de la curva y bajaron por una pendiente escarpada, hacia el centro de la tierra. Pequeñas galerías secundarias se ramificaban a intervalos regulares, y Tess percibió que Piztka se detenía a olfatearlas, aun cuando la serpiente nunca podría haberse metido a presión en ellas.

—¿Sigue Kikiu aquí abajo? —preguntó Tess al figurarse qué era lo que estaba olfateando.

—Ya no —respondió Piztka, aunque olisqueó una prolongada última vez—. Confío en que te des cuenta de que he intentado localizarla, Tez. Hice un esfuerzo de buena fe y casi morí por ello.

La costilla rota hacía que a la chica le doliera al hablar, así que se limitó a asentir.

—Kikiu se ha ido —explicó Piztka al llegar a la parte del techo situada sobre la cabeza de Tess—. *Ko* se está volviendo más antinatural a propósito. Ya viste esa dentadura metálica. Ahora se ha hecho unos cuernos de hierro. Si *ko* ha decidido actuar como un monstruo, no sé qué más puedo hacer yo. Lo he intentado.

A Tess le costaba contener la respiración, como si llevase un corsé apretado, pero no podía dejar pasar eso sin comentar: —No a... su debido tiempo, Piztka; no antes cuando... te necesitaba.

La cola de Piztka dio una brusca y serpentina sacudida de reproche. Después avanzó haciendo aspavientos por el techo, sin pronunciar palabra.

Una hora más tarde, la linterna de Tess se quedó sin aceite, de modo que siguieron andando a la luz titubeante de la lengua de Piztka. Le latían las costillas y le constreñían la respiración; necesitaba descansar cada poco. Piztka esperaba con ella, aunque cada inclinación de sus espinas delataba irritación e impaciencia. Él podía recorrer las cavernas sin luz de ninguna clase.

Dos horas después, divisaron más escamas, similares a las que llevaba en el hatillo aunque mucho más grandes. Lo suficiente para que sirvieran de trineo en invierno. Tess, que ya estaba demasiado dolorida y agotada para continuar, se ovilló y se durmió en una de ellas. Piztka permaneció en vela.

Sin embargo, cuando se despertó, Piztka no se encontraba allí.

La chica esperaba que simplemente hubiera decidido adelantarse a explorar. Seguro que volvería. Se incorporó con cuidado en la oscuridad más absoluta y le llamó en voz baja: —¡Piztka!

Su voz reverberó, como un mapa acústico que era incapaz de interpretar. Silbó, y gracias a eso se hizo una idea de la amplitud del espacio, por lo que experimentó un inesperado escalofrío y sintió que se le erizaba la piel.

No de miedo. De excitación.

Para intentar orientarse, buscó a tientas el borde liso de la escama en cuyo interior había dormido, desplazándose despacio. Se sentó con las piernas colgando por fuera para respirar (dolorosamente) y reflexionar. No temía que fuera a golpearse la cabeza con el techo abovedado. Suponiendo que no se hubiese dado la vuelta mientras dormía —en realidad, no era propensa a revolverse—, habría llegado por su derecha.

El avance hacia la serpiente debía de ser por su izquierda.

En su bolsa encontró pasas y la cantimplora, casi vacía: los límites de su

supervivencia. Dio un sorbo y comió un poco, volvió a guardarlo todo y se puso de pie. ¿Caminar o gatear? Su caja torácica eligió por ella, oponiéndose a que sus brazos cargaran peso. Se enderezó con precaución y echó a andar como un bailarín en una danza, tanteando el suelo con la punta del pie antes de dar cada paso.

El miedo todavía no se había apoderado con ella, pero eso no era tan distinto de como había estado viviendo desde que se fue de casa. Si no podía ver adónde se dirigía en la caverna, bueno, tampoco vería el final del Camino. De hecho, decidió que eso formaba parte del Camino. El Camino de la Serpiente. Las cualidades más útiles para el que caminaba eran la flexibilidad y la disposición a improvisar.

Acababa de pensar aquello —y decidir que le gustaba— cuando empezó a cambiar la oscuridad frente a ella. Se detuvo y miró; los ojos le informaron gozosamente que delante había luz, un levísimo resplandor. Discernía la boca de una galería. Quizá. A no ser que se lo estuviera imaginando.

Unos cien metros más allá, se hizo inconfundible. La negrura fue convirtiéndose despacio en gris oscuro, como el momento en que, antes del amanecer, el cielo comienza a pensar en el día y las siluetas de los árboles se vuelven visibles, negro contra algo menos negro. Tess distinguió la forma de su mano. Apretó el paso. Anazzuzzia había brillado; no era imaginación suya. Piztka debía de haberla alcanzado, lo cual explicaba por qué no había regresado.

El suelo tembló. Tess se cayó y se agarró a una roca. Llovió arena sobre su cabello y se produjo un ruido tan bajo que no lo oyó tanto como lo sintió en el pecho. Su corazón y sus pulmones vibraron en sintonía. Las costillas, barómetro delicado de agonía, la dejaron sin aliento, con la frente perlada de sudor.

Cuando la tierra se calmó, continuó andando, sujetándose el costado, con la respiración irregular. Anazzuzzia debía de estar delante. Seguro que nada más podía hacer un ruido así, ni siquiera la misma tierra.

La galería giraba a derecha e izquierda, el resplandor espectral aumentaba con cada revuelta. La luz prefiere líneas rectas, de manera que sólo le llegaba una media luz en las curvas, un recuerdo de iluminación, un ensueño diurno del día. Al final la galería se abría a una sala tan vasta que Tess no veía el extremo opuesto. En realidad, no veía mucho aparte de la luz.

El suelo era un cráter enorme y en el centro había una esfera que emitía un frío fulgor azul, un color ahora familiar. Nada daba sensación de escama; la bola podría ser del tamaño de una casa.

No había ninguna serpiente. Vaciló al borde de la cuenca y después dio un paso indeciso.

—¡Tez! —exclamó una piedra junto a sus pies. Tess estuvo a punto de pisar a Piztka; había permanecido inmóvil, pero ahora bailaba alrededor de ella; al parecer, había olvidado su anterior enfado.

—¡Es el nido de Anazzuzzia! —exclamó—. Ese es su huevo. ¿No es extraordinario?

Lo era. Tess intentó decirlo, pero Piztka brincaba de forma tan cómica que tuvo que poner todo su esfuerzo para no reír. Reír era un suplicio. Se agachó y Piztka se restregó contra ella.

—Lo ha dispuesto ante mis ojos. Debe de ser su antigua cuna.

—¿Dónde está ahora? —susurró Tess, y echó un vistazo en derredor. ¿Era peligroso invadir el nido de una serpiente? El instinto maternal podía volver feroces incluso a los seres plácidos.

—Se ha ido —resonó la voz cascada de Piztka; por lo visto, no compartía su inquietud—. Tal vez en busca de alimento. Poner huevos consume energía.

Tess apenas podía apartar los ojos del huevo. Su luz parecía remolinar y cantar, como la superficie de un río.

—Es su sangre la que lo hace refulgir —dijo Piztka, anticipándose a la pregunta de Tess—. Probablemente se irá apagando a medida que se seque.

Observaron en silencio.

—Piztka —dijo Tess por fin—, tengo miedo... Tengo que irme...

—Aguarda hasta que regrese. Mira a los ojos a Anazzuzzia y después dime si aún tienes ganas de estar en otro lugar.

Tess se removió con un gesto de dolor.

—No lo entiendes. He caído aquí... sin estar preparada. Casi se me ha terminado el agua. Quiero..., no quiero morir de sed.

—Oh, ¿eso es todo? —dijo Piztka, animándose—. Espera aquí. Buscaré una salida a la superficie.

Cuando regresó, el resplandor del huevo casi había desaparecido. Piztka había tenido el detalle de hacer una antorcha para su amiga.

—He encontrado una subida que no requiere reptar por el techo. Sígueme.

La condujo a una galería que, para sorpresa de Tess, parecía artificial; una escalera cincelada que ascendía en espiral.

—A lo mejor antes esto era una mina —especuló Piztka—. La sala podría haber contenido minerales provechosos. ¿Salitre? ¿Es eso lo que se usaba en el fuego de san Ogdo?

Tess carecía de erudición cabalaresca y no estaba segura. Subió sola la escalera.

Surgió, con las piernas de trapo después del prolongado ascenso, a una gruta decorada. Encima del arco de la entrada había tallada una antigua inscripción: «Puerta de Pau-Henoa».

Conocía ese nombre: era el dios pagano tramposo, el que había bajado a las profundidades de la tierra a buscar el sol. Quizá se trataba del lugar donde el mundo había engendrado la luz.

O quizá los paganos habían vislumbrado un huevo de la Serpiente del Mundo.

A pesar de la inscripción, la gruta se había transformado por completo en un santuario de santa Prue —santi Prudia en ninysh—, con su altar, bajorrelieves sobre la historia de su vida y flores secas en el suelo. Un símbolo pintado a mano prohibía a todos, menos al abad y los priores, descender por la escalera, oscura y resbaladiza, y conducía a una cámara de meditación que no contenía ninguna clase de tesoro. Tess se preguntó si aquella última declaración hizo que la gente quisiera mirar y cerciorarse. En el mundo había inconformistas, y ella debería saberlo.

Por lo visto, también había monjes que conocían la existencia de Anazzuzzia, lo cual era mucho más sorprendente.

En el exterior se alzaba imponente el enorme monasterio, circundado por un muro. Tess divisó un huerto al otro lado y más dependencias exteriores de las que se molestaría en contar. La campana que convocaba a los monjes a sus tareas empezó a repicar, y oyó ruido de pisadas y fragmentos de cánticos. Rodeó el complejo en dirección a poniente hasta que llegó a las puertas y vio que el monasterio, al igual que el santuario, estaba dedicado a santi Prudia.

Aquellos monjes serían historiadores y archiveros, pero, si ella tenía hambre, seguro que no le prohibirían la entrada.

La tierra gruñó otra vez. Tess se sujetó, apretando los dientes por el dolor de costado, y a continuación llamó a las soberbias puertas de bronce del monasterio.

Un panel se deslizó lateralmente y un par de ojos color avellana y largas pestañas escrutaron a Tess a través de la rejilla.

—¿Habéis llamado? —preguntó una voz nasal de tenor—. ¿O ha sido la tierra?

Tess adoptó un ademán piadoso.

—Alabado seáis, hermano. Pasaba por aquí... y estaba...

—¿Aterrado por los temblores de tierra? Hombre sensato. Volved por donde habéis venido. —El panel se cerró de golpe.

Tess, irritada, volvió a llamar. El panel se abrió muy despacio, ahora sin ojos visibles; sólo oscuridad en el fondo de la portería. Cuando Tess se acercó más para atisbar la penumbra con ojos entornados, apareció de repente el monje, sobresaltándola.

—Largaos. A la tercera no seré amable.

—¡No habéis sido amable ni una sola vez! —Tuvo que contener la respiración—. ¿Es así como vuestra orden trata a... los indigentes y los hambrientos? ¿A compañeros clérigos? Soy... seminarista.

Los ojos parpadearon y Tess oyó una exclamación en voz baja, algo similar a «maldición». La puerta se abrió con un golpe y allí plantado se hallaba un monje flaco y encorvado, quizá cinco o seis años mayor que ella, con una sotana azul. Su nariz afilada habría parecido decidida si el resto de su

rostro no hubiese reflejado tanta resignación; era la única discrepancia, y una un tanto decepcionante.

—Pasad, entonces. Y para que conste: no parecéis seminarista. Parecéis un sabihondo. —Dio un paso a un lado para dejar que entrase—. Yo soy fray Mohosi, para cuando informéis de mí al abad. ¿Cómo os llamáis vos, hermano?

—Jacomó. —Tess le tendió la mano y fray Mohosi frunció el ceño. Sólo entonces advirtió que tenía la manga derecha vacía, atada con un nudo para que no le estorbara—. Os ruego que me disculpe. —Y enseguida le ofreció la mano izquierda en su lugar. Él aceptó el ofrecimiento, sin abandonar su expresión escéptica en ningún momento. Tess hizo una mueca: su brazo izquierdo conectaba directamente con sus costillas doloridas.

Lo único que quería era un poco de comida y agua, pero fray Mohosi no quiso ni oír hablar de darle una hogaza y dejarle seguir su camino. No, no; no podía tratar a un seminarista de manera tan poco hospitalaria (salvo a los de San Abaster; a esos pájaros mejor ahorcarlos). Tenía que ofrecerle una cama, al menos. Tess protestó —Piztka se preocuparía si pasaba toda la noche fuera—, pero pronto quedó claro que no tendría comida a menos que permitiera a fray Mohosi mostrarle primero los dormitorios. Le siguió por las profundidades del monasterio hasta una angosta celda.

—Tenemos todas las dulces exigencias de la vida monástica: catre estrecho, ventana sin cristales, reclinatorio sin acolchado —declaró, señalándolos—. Aquí no somos grandes autoflagelantes, pero puedo conseguiros una cuerda con nudos si la necesitáis.

Tess soltó una risita dolorida; fray Mohosi le lanzó una mirada cortante.

—Lo siento. —Se puso colorada—. Creía que estabais bromeando.

—Supongo que sí —respondió él en tono sombrío—. No estoy acostumbrado a que nadie lo encuentre gracioso.

Hicieron un breve alto junto al pozo para que Tess pudiera lavarse — tenía sucias la cara y las manos, y arenilla en el cabello— y después fray Mohosi la condujo al refectorio, una amplia sala donde los monjes efectuaban sus comidas en común. La campana había tocado media hora antes para la cena, pero nadie había empezado a comer todavía. El abad, sentado a la cabeza de la estancia con los priores y los monjes más antiguos, aún peroraba sobre las Disquisiciones de santi Prudia.

—«Forjamos historia de nuevo cada día», dice santi Prudia, pero ¿qué significa? —estaba diciendo el abad cuando entraron.

Fray Mohosi avanzó entre los bancos repletos de monjes, guiando a Tess hacia el otro extremo de la estancia. Los únicos asientos vacíos estaban detrás de los novicios, que se negaron a desplazarse y dejar que Mohosi se sentase delante de ellos. Siguió un forcejeo silencioso, el cual perdió Mohosi. Hizo un brusco corte de mangas a sus arrogantes subalternos, con cuidado de que no lo viese el cabeza de mesa, y se sentó en el fondo con Tess, a regañadientes.

Uno de los novicios, con los ojos desorbitados de indignación, levantó la mano para pedir la palabra.

—El saber no es nada —dijo el abad, ignorando la mano. Un monje veterano de cabello gris y rostro arrugado se levantó, exhalando un profundo suspiro, y se dirigió al fondo de la sala; el sermón continuaba, imparable—: La interpretación da valor al saber, pero debe evolucionar conforme emerge nuevo saber...

—¿Qué haces aquí? —siseó el monje veterano, que de inmediato

identificó a fray Mohosi como el problema—. Tienes servicio en la puerta.

—Un visitante —susurró Mohosi sonoramente, y señaló a Tess—. ¿Tendría que haber dejado que se muriera de hambre?

El monje veterano se sentó al lado de Mohosi y mantuvieron una conversación con la mirada hasta que acabó el sermón. Tess los observaba fascinada. La expresión del anciano monje iba de severa admonición a preocupación paternal; la del más joven decía «vete al infierno» y luego, cuando el anciano se alejó, dejó traslucir desesperación.

—... de mil verdades incompletas, un todo más grande. Así sea —concluyó el viejo abad.

—Así sea —repitió reverentemente toda la sala, y a continuación sacaron la comida, más de la que Tess había visto desde la boda de su hermana: asado de venado, de cordero y de jabalí, cada uno con su salsa; pan blanco, verduras guisadas, delicado repollo con manzanas.

—Presenta a tu invitado, fray Mohosi —le instó el monje mayor mientras se servía chirivías.

Mohosi sacó su puntiaguda nariz de la copa de vino y la dirigió hacia Tess.

—Hermano Jacques do Mort, seminarista.

Tess sonrió otra vez, pero no sabía si bromeaba o había olvidado su nombre de verdad.

—Hermano Jacomo —le corrigió.

—Bienvenido. Yo soy fray Lorenzi, archivero mayor —declaró el monje más anciano, inclinando un poco la cabeza. En la calva de su coronilla tenía manchas de vejez—. Después de cenar, os mostraremos nuestra biblioteca.

—Es la joya de Santi Prudia —intervino fray Mohosi, arrastrando las palabras.

Tess se encogió ante su tono; si fray Lorenzi captó el sarcasmo, no dio muestra ninguna. Con el ceño fruncido, fray Mohosi cambió su copa vacía por otra llena de un novicio. Tess conocía esa artimaña.

—¿A qué seminario asistís? —preguntó fray Lorenzi. Tomaba la comida a pequeños mordiscos y masticaba a conciencia, como un conejo viejo.

—Al de Santa Gobnait, en Villa Lavonda —respondió Tess. Seguro que habían identificado su acento.

—¡Ah, naturalmente! —dijo el archivero con inesperado entusiasmo—. ¿Todavía es prior allí mi sobrino Bastien o se ha retirado?

Tess vaciló, haciendo que fray Mohosi se quedara congelado, con la mano junto a la copa de fray Lorenzi. Estaba a punto de hacer el cambio, pero todo dependía de que ella lo distrajera. La miró con ojos desencajados.

—Ah-h-h. —Tess alargó la exclamación, tratando de sostener la mirada del archivero—. No se había retirado cuando me fui, pero llevo meses de viaje, de modo que es posible... —Movié las manos con elocuencia; Mohosi hizo el cambio. Quizá eso la había hecho sonreír un poco.

—¿Adónde viajáis? —inquirió fray Lorenzi, sin percatarse de las triquiñuelas de Mohosi.

—En realidad, estoy siguiendo los consejos del prior Bastien —respondió—. Había perdido la fe, así que...

—¿Vuestra fe o vuestra vocación? —inquirió fray Lorenzi mientras juntaba las yemas de sus huesudos dedos.

Ella sabía que la pregunta era un precipicio sobre un profundo océano

filosófico.

—¿Las dos?

—Es una cuestión personal, disculpadme —dijo el viejo archivero—; pero la vocación es algo sobre lo que medito mucho. Cuando se encuentra, ¿a qué se debe? ¿Acude antes de la obra o es una buena obra, hecha con generosidad, la que comienza a llamarnos poco a poco?

Fray Mohosi volvió los ojos con dureza, luego parpadeó como si hubiera tensado algo.

Resultaba evidente que se trataba de una vieja disputa entre ellos. Tess escuchaba sólo a medias el bordoneo de fray Lorenzi sobre el amor y el trabajo; estaba ensimismada con la expresión de Mohosi. Era una absoluta máscara de desdén y, a pesar de eso, adivinaba torbellinos detrás —de desesperanza y de desesperación— con tanta claridad como si fuese transparente. Sus ojos enrojecidos no se encontraron con los de Tess.

Era una ruina, la versión humana de la Vieja Guarida. La chica se sentía como si estuviera viéndose a sí misma en la boda de Jeanne, pero peor. Como una caricatura. Aunque esperaba no haber llamado tanto la atención.

Mohosi miró la copa de Tess. Esta la deslizó hasta él mientras el archivero se servía salsa. Mohosi hizo una mueca de desdén, pero la apuró de un trago.

Un temblor hizo que se tambalearan los candelabros y mandó la salsera al otro extremo de la mesa. La sala se quedó muda un momento, y luego los hermanos siguieron comiendo y debatiendo las menudencias de la historia como si nada hubiese ocurrido.

Anazzuzzia habría regresado ya a su nido; Piztká se preguntaría por qué ella no.

—Gracias por la comida y por la buena compañía —dijo Tess a los presentes—, pero tengo que irme.

Fray Lorenzi se mostró decepcionado.

—¿No pretenderéis dormir a la intemperie? Quedaos hasta mañana, al menos.

Le dolían las costillas; una noche bajo techo le haría bien. Además, Piztki estaría embelesado con Anazzuzzia y, ahora mismo, no la echaría de menos. Tess accedió, lo cual alegró manifiestamente al anciano monje. Mandó a un novicio refunfuñón a relevar a fray Mohosi en el servicio de la puerta y después acompañó a Tess a la cabecera del refectorio. Fray Mohosi los siguió, taciturno y con paso inseguro.

El archivero mayor le presentó al abad, padre Livian, tan viejo y frágil que el cráneo parecía brillarle a través de la piel.

—Quedaos el tiempo que queráis, hermano Jacomo. —Los priores le ayudaron a ponerse de pie—. Pero no os sorprendáis si nuestra biblioteca os inspira para uniros a nuestra orden. Es la más selecta en las Tierras del Sur.

Al parecer, la biblioteca era un destino habitual después de cenar; fray Lorenzi condujo a Tess junto con una multitud de monjes que marchaban en la misma dirección. Llegaron a una cámara octogonal de techos altos llena de pupitres, un *scriptorium*, que era la primera sala de la biblioteca. Los hermanos se sentaron en sus sitios dispuestos a reanudar su trabajo. Muchos se habían llevado la copa de vino sin terminar y la colocaron junto al tintero. La chica se preguntó si se habrían equivocado de recipiente alguna vez al ir a beber y si, en tal caso, les importó.

Fray Mohosi consiguió abrir el tintero con una mano, incluso borracho. Afiló su plumilla contra una piedra y no miró a Tess.

El archivero mayor le hizo dar una vuelta por cuatro habitaciones abovedadas, resplandecientes con rico y oscuro enmaderado, doradas columnas y vidrieras de colores.

—Tenemos más de cinco mil volúmenes —anunció con modestia.

Era magnífica y, si Tess no hubiese visto nunca la biblioteca del castillo de Orison, que contenía las colecciones de san Ingar, habría estado de acuerdo con la afirmación del abad.

—Nuestros escribas copian cada libro que entra —explicó fray Lorenzi—. A los viajeros les gusta dictar sus aventuras. Tenemos libros que no existen en ningún otro lugar.

Tess tenía historias dignas de ser contadas. No sabía si ofrecérselas.

—Decidme —añadió fray Lorenzi, bajando la voz y mirando hacia el *scriptorium*—, ¿conocíais a Mohosi de antes?

—¿Antes de que perdiera el brazo? —susurró Tess sin pensar, especulando.

—No —respondió el archivero, desconcertado—. Bueno, sí; pero me refería... ¿No sois un viejo camarada de sus días de soldado?

Tess debió de parecer tan estupefacta como se sentía, porque fray Lorenzi sacudió la cabeza frunciendo el ceño.

—Disculpadme. Pensé que era posible, dado que os ha traído a cenar. Se supone que los huéspedes de vuestra condición comen en la cocina. Además, le habéis sonreído y... la gente no suele reaccionar así ante Mohosi.

Fray Lorenzi se esforzó por sonreír, aunque con los hombros hundidos. Cuando acompañaba a Tess de vuelta al *scriptorium*, la biblioteca sufrió una sacudida lo bastante fuerte para hacer danzar las arañas del techo y derribar

gruesos libros de los estantes superiores. Fray Lorenzi arrugó el entrecejo ante tal contratiempo y colocó en una balda más baja los libros caídos.

Ningún monje hizo comentario alguno sobre el temblor; debían de sufrir esos seísmos a menudo, y la leyenda encima de la escalera llamaba al nido «sala de meditación». Probablemente había volúmenes sobre Anazzuzzia en la biblioteca.

—¿Cuántos años tiene este monasterio? —le preguntó a fray Lorenzi en alto para que lo oyeran todos.

—Quinientos once —contestó con orgullo.

Varias docenas de ojos se alzaron para mirarla. Lo sabían. ¿Hombres dedicados al conocimiento viviendo encima de una serpiente inmensa durante quinientos años y llevando meticulosos registros escritos? No podían ignorarlo; la única duda era si hablarían con ella al respecto.

Con seguridad, no habían compartido su conocimiento con el mundo exterior. Val habría dado un riñón por entrevistarse con uno de los hermanos, de haber sabido de su existencia.

Pero Val no estaba allí. Estaba Tess. Y sonreía absurdamente para sus adentros.

Lo mejor era, sin duda, abordarlo de manera directa y respetuosa:

—Hermanos, he llegado aquí a través de las cavernas. Sé quién las ha hecho y quiero saber más. ¿Qué podéis decirme sobre la serpiente gigante que tenéis debajo?

—¡Ja, ja! —prorrumpió fray Mohosi.

El resto de la sala guardó silencio, no tanto enojados u hostiles como cautelosos. Fray Lorenzi escrutó el rostro de Tess.

Tess probó de nuevo:

—Es evidente que queréis guardar el secreto, y lo respeto. No obstante, he encontrado a ese ser por mi cuenta, siguiendo los socavones que ha hecho. Sólo quiero saber algo más sobre ella... Seguro que lo comprendéis, y debéis de saber más que nadie.

—Un momento, ¿qué? —Mohosi miró a sus hermanos con cara de espanto.

Los novicios parecían igual de confundidos, pero los monjes más viejos observaron a fray Lorenzi como si esperaran instrucciones.

El archivero parecía afligido.

—Los novicios aún no han accedido a esa información —dijo, dirigiendo a Tess una sonrisa triste y pesarosa. Les hizo un gesto a los nuevos reclutas para que salieran, incluido fray Mohosi, que debía de ser demasiado joven o demasiado irresponsable. No obedeció por las buenas; ofreció resistencia, chocando con atriles y taburetes. No apartó los ojos de fray Lorenzi en todo el trayecto—. La llamamos la Señal de santi Prudia —continuó mientras conducían a Mohosi a la puerta—. Regresa a intervalos irregulares, acompañada de temblores de tierra...

—Alto, no; un momento —soltó Mohosi. Se sentó para bloquear la puerta, negándose a dar un paso más. Sus escoltas le tiraban del brazo, pero no se atrevían del todo a sacarlo a la fuerza—. Habíais dicho que la tierra desperezándose era una Señal de santi Prudia. Nada de lo que alarmarse.

—En efecto, nada de lo que alarmarse —repitió fray Lorenzi con calma.

—¡Por el diablo, cómo que no! —exclamó Mohosi, y liberó su brazo de la presión del otro monje. En el *scriptorium*, sus hermanos se besaron los nudillos contra el mal—. ¿Una serpiente que provoca cataclismos y hace

socavones? ¿Cuándo ibais a hablarme de eso?

—Una vez que hubieras demostrado que lo merecías —respondió fray Lorenzi—. Tenía absoluta confianza en que, con el tiempo, lo conseguirías.

Mohosi se levantó de un salto y esquivó la acometida de su escolta, que cayó sobre una librería.

—¿Qué hace ahí abajo? ¿Qué come? ¿Qué *quiere*? —Con cada pregunta elevaba la voz media octava.

—Hablaemos de esto más tarde, cuando te hayas calmado —sentenció el archivero mayor.

Varios monjes más trataron de sacar a Mohosi a la fuerza. Por borracho y flaco que estuviera, lo habían adiestrado para la lucha en otro tiempo y era sorprendentemente ágil. Derribó a un hermano, esquivó a tres más y, no se sabe cómo, acabó encima de los pupitres, saltando de mesa en mesa y desparramando los montones de páginas manuscritas. Los pergaminos volaban como hojas en un vendaval; los monjes se precipitaron a recogerlos.

¿Estaba alterado por la serpiente o intentaba alterar a los demás? Tess no estaba segura del todo.

Fray Mohosi acababa de optar por subirse los hábitos y menear sus desnudas posaderas ante la sala (lo que contestaba a la pregunta no formulada de Tess), cuando se abrieron las puertas y entró el abad, el padre Livian, en brazos de dos priores. Se hizo el silencio en el *scriptorium*; incluso Mohosi se quedó petrificado en mitad de un meneo, con la cara hasta el suelo. El padre Livian, vetusto como era, abarcó de una mirada la estancia (pergaminos, caos, nalgas, todo) y dijo en voz baja: —Fray Lorenzi, si sois tan amable, quiero hablar un momento con vos.

Fray Lorenzi tuvo suficiente presencia de ánimo para indicar primero a

uno de los monjes jóvenes que atendiera a su huésped y, para su consternación, acompañaron de nuevo a Tess a su celda, donde le dieron las buenas noches.

π

La despertó la campana llamando a maitines (en realidad, no había sueño que la resistiera) y se levantó sólo para descubrir la puerta cerrada por fuera. La aporreó y gritó en vano, así que se volvió a la cama con la esperanza de que fuese un sueño y que las cosas fueran diferentes al levantarse.

El desayuno la despertó la segunda vez: una bandeja por debajo de la puerta. Tess se vio obligada a admitir que estaba encerrada y no tenía idea de por qué.

El abad la visitó al mediodía, con los priores asomando detrás de él, y le explicó que la Señal de santi Prudia era un misterio sagrado y, por lo tanto, no era posible dejar que se fuera. Sin embargo, podía ingresar en la orden y una vez que hubiera adquirido suficiente antigüedad...

Tess le cerró la puerta en la cara; tal vez no fue la idea más inteligente, ya que volvieron a echar el cerrojo de inmediato. La joven se dejó caer sobre la cama y ahí permaneció todo el día. La ventana, aunque sin cristales, era demasiado estrecha para escurrirse por ella.

Se despertó sobresaltada para descubrir a fray Lorenzi sentado a los pies de su camastro. Traía un rollo de pergaminos bajo el brazo y llevaba gafas. La luz que entraba por la ventana se había vuelto anaranjada; el sol casi se había puesto. Tess se incorporó rígida, con dolor en el costado, y trató de sacudirse el embotamiento.

—Perdonad que os despierte, hermano Jacomo —empezó fray Lorenzi—,

pero necesito vuestra ayuda, y creo que vos necesitáis la mía.

—No puedo entrar en vuestra orden —contestó Tess, dispuesta a explicar el porqué si eso la sacaba de allí.

Al monje se le hicieron más profundas las arrugas de la frente.

—Bueno, podríais si quisierais; aunque yo discrepo con nuestro abad en que ser testigo de la Señal de santi Prudia signifique que se haya hecho la elección por vos. —Bajó la voz, como si el padre Livian pudiera oírle—. Nuestra obligación es conservar e interpretar el saber, no ocultarlo. ¿Por qué el mundo no debe conocer la maravilla que habita bajo nuestros pies? ¿Somos los únicos dignos de vislumbrar la majestad del Cielo? No puedo aceptarlo.

»Sin embargo, si no os sentís llamado, no se os debe forzar a quedaros. Ambos sabemos que no sois seminarista. —Sonrió un poco ante la turbación de Tess—. No más fingimientos, Jacomo. Mi primo Bastien no ha sido nunca prior. Es el archivero mayor; viene de familia. —Sacó una complicada llave de su faltriquera y la depositó sobre el catre, entre los dos—. Esta llave abre todas las cerraduras del monasterio. Obviamente, la puerta principal estará vigilada, pero también está la cancela del huerto, donde cargamos barriles de sidra, y el portillo del fondo de la capilla, en caso de incendio. Hay varias más; daréis con el camino. —Se pasó el rollo de pergamino a las manos, apretándolo con nerviosismo—. Dejad la llave en el santuario. La encontraré.

—Gracias —dijo Tess con incredulidad—. Pero ¿por qué me ayudáis?

—Porque hay alguien más a quien parece que no puedo ayudar —respondió con tristeza fray Lorenzi. El brillo de sus lentes le ocultaba los ojos mientras desenrollaba los pergaminos sobre el fino cobertor.

Eran páginas extirpadas de libros, todas escritas por una misma mano (la

izquierda, notó Tess). Al principio pensó que quería que las leyera, pero pertenecían a textos diferentes y los pasaba demasiado deprisa.

Los márgenes estaban poblados de innumerables dibujos excéntricos.

—Mira este. —El hombre señaló un perro que llevaba una mitra de obispo.

Tess lanzó una mirada al viejo archivero, tratando de averiguar si esperaba que se horrorizara o se sorprendiera. Su expresión permanecía neutra; aun así, sus ojos brillaron al mostrarle el dibujo de fray Mohosi: una batalla entre ejércitos de cangrejos y de ranas. Tess concluyó que el anciano admiraba esos dibujos, aunque era demasiado circunspecto para confesarlo.

Había una monja poniendo huevos, un noble con cabeza de pez, un reconocible padre Livian que recogía fruta de lo sólo podía describirse como un árbol de testículos. Eran horribles e hilarantes, e hicieron que a Tess le doliera algo en el corazón.

El viejo bibliotecario apretó sus secos labios.

—En un primer momento, le mandé rehacer todo. Como eso no le hizo desistir, enseñé sus garabatos al abad, que lo encerró en el agujero de la bodega. A Mohosi no parecía importarle; pero finalmente fui incapaz de seguir. Dejé de denunciar, dejé de arrancar hojas. Hay demonios fálicos, gaitas con forma de trasero, todas las cosas escandalosas que podía concebir, diseminadas por toda la biblioteca para edificación de los futuros estudiantes, que el Cielo les asista.

—Entonces..., ¿queréis detenerle? —inquirió Tess, que se esforzaba por comprender.

Fray Lorenzi se sobresaltó.

—No, no. Paró en cuanto se dio cuenta de que no lo iban a castigar más. Todo ese talento feroz y escandaloso le importa un higo. Quería un correctivo y ha encontrado otras formas de ganárselo. —El bibliotecario alisó las páginas sobre su rodilla—. Ya casi no me habla. Esperaba, cuando le sonreíste, que quizá descifrarais su interior. Que trabarais amistad con él. No obstante, os vais.

—Así es —confirmó Tess, estudiando su rostro.

—Bien —dijo Fray Lorenzi lacónicamente mientras volvía a enrollar los pergaminos—. Sólo permitidme reiterar: esa llave abre las cerraduras de aquí. Todas. No tendréis problema.

No era muy sutil. Tess tomó la llave y simuló abrir el aire.

—*Todas*. Incluso el agujero del sótano. —Fray Lorenzi se levantó; se detuvo con una mano en la puerta, y el semblante apenado y lleno de esperanza—. Gracias —susurró—. Él es el hijo que nunca tuve. No sé qué más hacer.

Se marchó. Tess se calzó las botas, recogió sus cosas y se escabulló por el corredor de los dormitorios; luego cruzó las cocinas abovedadas y entró en la bodega. No encontró ningún «agujero»; sólo barriles, cuévanos y una oscura escalera a los subsótanos. Se adentró más a través de más salas de almacenamiento, y se disponía a desistir cuando descubrió detrás de un tonel de cerveza una depresión en el suelo cubierta por una reja. Al acercar la lámpara, asomaron unos dedos sucios entre los barrotes como tímidos renuevos de primavera.

—¿Fray Lorenzi? —llamó una voz acongojada.

—Me envía él a liberaros —explicó Tess, arrodillándose junto al agujero y metiendo la llave en el candado.

Las bisagras chirriaron al retirar la reja hacia atrás. Los ojos de Mohosi reflejaron la luz de la lámpara como los de un animal asustado. Tenía el mentón verduoso por la barba de un día.

—Dadme la mano —dijo Tess, y alargó la suya hacia él.

—¿Que os la *dé*? No tengo de repuesto, no como otros —replicó Mohosi, sin hacer amago de levantarse. De hecho, se aplastó para que Tess no lo alcanzara—. No voy a salir. No hace falta que os molestéis.

Tess se tumbó bocabajo, con los brazos cruzados junto al borde del hoyo, fascinada. Su petulancia no iba dirigida a ella y probablemente no había nada que Tess pudiera hacer para remediarlo; sin embargo, eso la atrajo como la llama a una mariposa nocturna.

—¿Estáis enfadado porque no ha venido Lorenzi? —conjeturó—. Ha pensado que no querríais hablar con él.

—Probablemente no lo habría hecho —contestó Mohosi a regañadientes—. Soy un ingrato incorregible.

—Amargo como la hiel —replicó Tess. Lo reconoció, aunque no veía la causa—. ¿Es porque perdisteis el brazo?

—¿Perderlo? —exclamó él—. Jamás. ¿No existe en goreddi la expresión «daría mi brazo derecho»? Yo di el mío para liberarme del sometimiento de los Archipiélagos. Me arrojé a los pies de un caballo.

Tess hizo una mueca, imaginando la desesperación que hacía falta para llegar a algo así.

O el valor.

—Fue un intercambio estúpido; había dado por supuesto que podría regresar a casa —explicó fray Mohosi, cada vez más tranquilo—. No

comprendía que era una simple moneda en manos de mi padre, el baronet. Destinarme a la guerra reportaba escaso beneficio, pero tenía que emplearme en algo. Yo no tenía voz ni voto en el asunto. Me redestinó aquí y decidió que mi hermano pequeño se hiciera soldado en mi lugar.

—Os preocupa que hieran a vuestro hermano —sugirió Tess, buscando aún a tientas la explicación.

—*Espero* que le hieran —corrigió Mohosi desde lo hondo del agujero—. Le gusta matar y se le da bien. Recuerda mis palabras: si arden los Archipiélagos, el causante habrá sido Robinôt, y su patético hermano Mohosi será el responsable en última instancia. Debíamos haber sido un soldado débil y un sacerdote terrible; era nuestro destino como segundo y tercer hijos de un baronet, y no habría detrimento ninguno salvo para mi espíritu. —Se le quebró la voz—. Ahora el mundo tiene que sufrir a un monje incompetente y un teniente hachero discutiblemente bueno, lo que es muchísimo peor.

—Vos no sois un simple monje —intervino Tess en tono alentador—. Sois historiador. Si hay problemas en los Archipiélagos, como decís, puede que algún día el conocimiento que tenéis de vuestro hermano os permita escribir la definitiva...

El zapato de Mohosi fue directo a la oreja de Tess, donde rebotó hacia el agujero y le acertó a él en la cara.

—Maldita sea —se quejó, frotándose la mejilla—. No, no soy historiador. Estoy atrapado, tanto como lo estaba antes, pero sin un miembro de sobra que roer.

»Fray Lorenzi dice que, si estudio, los hilos de la verdad se unirán en un tapiz numinoso y brillante, o en nada. Pero ¿sabéis cómo veo yo la historia? Mi madre llorona y mi padre atrabiliario; mi dulce hermano mayor, daanita,

obligado a azotar a sus siervos y engendrar un heredero; mis hermanas casadas con manirroto sólo para unir sus tierras a las nuestras; y un pequeño demonio que ha cambiado los sermones por la alabarda gracias a mi egoísmo.

»La verdad es esta, hermano Jacomo: la historia es un agujero en cuyo fondo hay un maloliente sumidero, un suelo húmedo y un monje licencioso que no ve cómo salir de la oscuridad.

Tess tardó un momento recuperar el habla; la palabra «egoísmo» resonaba en su interior, evocando recuerdos y remordimientos. La antigua amargura nunca había desaparecido del todo.

—Yo he vivido en ese agujero —reconoció en voz baja—. Y os aseguro que no es lo único que existe. El mundo es diferente de lo que pensáis.

Mohosi produjo un sonido grosero con los labios.

—Aun así —continuó Tess, levantándose del suelo y sacudiéndose la suciedad del jubón—, no puedo obligaros a salir. Fray Lorenzi confía en que os vayáis; yo sólo quiero que tengáis la opción.

A Mohosi se le debilitó la voz:

—¿Irme... del monasterio? ¿Adónde iría?

—Podrías venir conmigo —sugirió Tess, sin estar muy segura. Fray Mohosi sería un compañero de viaje deplorable, aunque tal vez esa opción fuera mejor que no tener ninguno. Piztka había concluido su búsqueda; Tess aún no había asumido lo que eso significaba—. Tengo que ocuparme de ciertos asuntos en la caverna; después, me dirigiré a Segosh.

—¿A ese estercolero? —exclamó él, recobrando el desdén con fuerza renovada.

—¿Acaso es peor que en el que estáis? —replicó Tess.

El silencio pareció intensificarse mientras fray Mohosi lo sopesaba.

—Buena pregunta —dijo al fin, y se sentó—. Segosh es ciertamente peor. Está claro que mi destino es seguir rodando cuesta abajo.

Se puso en pie tambaleándose. Tess vaciló y luego dijo: —¿Podéis trepar?

—¿Qué creéis? —ironizó Mohosi. Alargó la mano para que lo ayudase.

Se sacudió la sotana de detritos de la bodega y a continuación la guio por silenciosos pasadizos hasta los jardines; se detuvieron junto al pozo para que Mohosi bebiese y se echase un cubo por la cabeza, algo de agradecer, pues olía fatal. La puerta del huerto era la más cercana, así que salieron por ella y la cerraron. Tess avanzó por la ondulante hierba hacia el santuario, con Mohosi pisándole los talones. Dejó la llave en el altar para fray Lorenzi mientras Mohosi estudiaba la inscripción pagana sobre la puerta de abajo, meneando la cabeza.

—Tengo que volver a bajar antes de irnos —dijo Tess.

Mohosi arrugó la nariz.

—Abajo... con la serpiente gigante. A propósito.

Había subestimado su terror en la biblioteca.

—Si tenéis miedo, podéis aguardar aquí; pero antes o después fray Lorenzi vendrá a buscar la llave y no sé lo que tardaré. He recorrido un largo camino... —Varias vidas, le parecía—. Después de lo que he pasado para llegar aquí, tengo que ver a la serpiente. Y no puedo dejar a mi amigo ahí abajo sin despedirme.

Mohosi se miraba los zapatos mientras Tess hablaba; cuando levantó la barbilla, sus ojos tenían un brillo inusual.

—De acuerdo entonces. Visitemos a ese monstruo. ¿Y por qué no también al diablo?

Descendieron. A mitad de camino, un tremendo temblor sacudió la escalera y la hizo ondear como el océano. Se arrojaron al suelo y se agarraron a los escalones con todas sus fuerzas. Tess rogó a santa Prue (porque parecía prudente) para no ser enterrada viva en el hueco de la escalera.

Cesaron las sacudidas, y Tess se levantó, pero fray Mohosi no podía mantenerse en pie; temblaba como si el seísmo siguiera en sus propios huesos. No todo su miedo había sido una actuación. Tess le cogió la mano, le ayudó a levantarse y lo sujetó durante el resto del descenso.

Así fue como Tess, de la mano con un monje, entró en la gran cámara y lo vio.

π

El mundo era diferente de lo que cualquiera de los dos había pensado.

π

Tras aquello, Tess siempre sintió que las palabras no podían describir ni de lejos ese momento.

No es que no lo intentase, sino que describirlo era como pretender transportar un río en una taza de té. O aún peor: la experiencia era como una perfecta capa de hielo, fina como el papel, en la superficie de un estanque, y cada palabra de la descripción se asemejaba a una fuerte pisada, que destruía lo que pretendía esclarecer. La serpiente era, en verdad, *zmepitlkikiu*, la muerte del lenguaje.

La única aproximación era mediante analogías, aunque Tess no conocía muchas buenas.

Muy al norte, en el continente de Iboia, había un abismo, un tajo en la faz del mundo tan profundo y ancho que no se veía el fondo, ni siquiera el lado opuesto en un día brumoso. El borde, donde la roca era frágil y quebradiza, suponía un verdadero peligro de caer y rodar cerca de dos kilómetros, rebotando y maldiciendo. Sin embargo, la gente se acercaba atolondradamente, boquiabierta; no daba crédito. El abismo era demasiado grande para concebirlo.

Tess, por desgracia, no tenía acceso a esa metáfora.

Al final de la Guerra de santa Jannoula, cuando san Cazuela Astrosa se levantó del pantano y rodeó Villa Lavonda, despidiendo tierra y rocas y árboles y resplandeciendo con la luz del mismo Cielo, la gente cayó de rodillas, se prosternó y lloró de gozo y de terror. Su presencia era tan sublime que escapaba a la comprensión del entendimiento humano.

Tess, que estaba en los túneles cuando se levantó san Cazuela Astrosa, tampoco pudo hacer esa comparación.

Lo más que podía alcanzar eran las estrellas. En cierta ocasión, Kenneth le había explicado que, aunque parecía que el cielo se arqueaba arriba y que abajo la tierra descansaba sólidamente, arriba y abajo eran meras convenciones.

—En realidad, estamos anclados a una esfera —había dicho—. Desde algunas perspectivas, arriba es hacia la tierra y abajo, hacia el cielo; y todo, personas, caballos, catedrales, sueños, está suspendido en el vacío incesante, apenas colgando.

Después de aquello, Tess había mirado las estrellas de otra forma,

tumbada con la espalda bien pegada a tierra, y había sentido la emoción y el pánico de que la gravedad por capricho pudiera dejarla caer al cielo, y caer eternamente.

Anazzuzzia le hizo revivir ese terror y esa alegría. La cámara entera dolía de vida vibrante mientras su sangre luminiscente latía bajo escamas lechosas y translúcidas. Sus inmensas sinuosidades y espiras se curvaban de manera imposible, como arcos de piedra hechos de cielo meridiano, abiertos con fuego en la negrura de la noche. Tess tuvo que entornar los ojos porque la luz era excesiva. Todo en Anazzuzzia era excesivo.

Y Tess era evanescentemente pequeña.

Todo desaparecía. Val. Dormidio. Mamá.

«Todos tus fracasos y esperanzas, tu sufrimiento y tu esfuerzo —parecían decir las grandes espiras— son insignificantes comparados con esto. No son nada.

Tú no eres nada».

Era un consuelo no ser nada; producía una sensación profunda y hermosa y verdadera.

Lloró.

Junto a ella, Mohosi sollozaba por sus propios motivos. Tal vez por los mismos. Tess no le soltó la mano. No advertían el paso del tiempo.

Todo era nada. Exactamente como debía ser.

π

Mohosi rompió el hechizo al cabo de lo que podrían haber sido horas.

—La luz necesita el gran alivio de la oscuridad —dijo, y pese a que los pensamientos de Tess habían ido en otras direcciones, lo comprendió—. Las semillas brotan en la oscuridad. Se conciben los hijos y el sol renace. La muerte nos devuelve a ella. La oscuridad no es..., no es mala.

Estaba llorando otra vez. A Tess no se le ocurrió otra cosa que abrazarlo, con la cabeza apoyada en su hombro. Él se aferró a ella con furia hasta que se le sosegó la respiración.

—Vos no sois malo —susurró Tess entre su cabello. Le besó impulsivamente la coronilla.

Experimentar la nada le había dejado un inesperado sentimiento de plenitud.

Mohosi se incorporó y se secó la cara con el extremo de la manga. La luz azulena le daba un aspecto fantasmal.

—Espero que no os decepcionéis demasiado, hermano Jacomo, pero... tengo que volver. Yo... —Se le quebró de nuevo la voz, pero se serenó por sí mismo—. No puedo creer lo que voy a decir, pero he oído la llamada.

—¿Vuestra vocación? —susurró Tess, feliz por él.

Mohosi se encogió de hombros con timidez y esbozó la primera sonrisa que Tess había visto en él, un poco exigua, irónica y desacostumbrada.

—Son palabras solemnes, y significan que al fin uno advierte lo que tenía justo delante de él. Pero la Admonición de santi Prudia estaba pintada con letras kilométricas. «Oh, ignorante», decía, «tu vida no es una tragedia. Es historia, y es tuya». —Dirigió una mirada de disculpa a Tess—. Tenía un terrible aunque tranquilizador sentido del momento. Las palabras no son...

—Lo sé —respondió la joven—. Yo también he tenido un momento así.

—¿Os importaría hablarme de él? —preguntó con timidez fray Mohosi.

Pero antes de que ella pudiera responder, Anazzuzzia hizo un movimiento. Rozó el techo, y rodaron rocas desprendidas por encima su cuerpo refulgente como granos de arena. Un pedazo del tamaño de una casa de labranza se estrelló y se desintegró con un ruido como el fin del mundo. A lo largo del techo oscuro surgió una grieta más oscura, como un relámpago negro, que iba creciendo y ramificándose según se extendía.

Tess y Mohosi se abrazaron atónitos, olvidados de poner a salvo sus vidas, hasta que surgió una silueta de entre las sombras y los empujó hacia la escalera.

—¡Marchaos! —gritó Piztka—. ¡Salid! ¡Se está cayendo!

Tess fue la única en comprender las palabras. Agarró a Mohosi del brazo y lo arrastró hacia la escalera de caracol. El suelo se agitaba con tal violencia que apenas podían mantenerse en pie. Ascendieron interminablemente, con las paredes desmoronándose a su alrededor. La linterna se estrelló contra las rocas; pero siguieron avanzando a oscuras hasta que emergieron a otra espléndida noche otoñal.

Sólo las estrellas permanecían inmóviles.

La llanura ondulaba. Las manzanas se desprendían en el huerto zarandeado. La torre del campanario osciló, haciendo sonar las campanas, como si la agitase una mano invisible, y a continuación la biblioteca de Santi Prudia pareció derretirse cuando se hundió bajo ella la cámara de Anazzuzzia. Una nube de polvo se elevó de la sima.

Fray Mohosi se detuvo, tambaleante sobre sus pies.

—¡Dulce hogar Celestial! —murmuró—. Muchas veces he rezado por que desapareciera este lugar, Jacomo. Pero no así.

Tess lo siguió en medio de la nube de polvo, tosiendo y ahogándose, y gritando el nombre de Piztka cuando cogía aire. El pequeño quigutl no respondía.

Cuando lo alcanzó, Mohosi daba instrucciones a sus hermanos aquí y allá, organizando a los atribulados monjes en cuadrillas para quitar vigas del techo y liberar a los frailes atrapados. Él era el único puntal de serenidad en esa tormenta de pánico, tocando las mejillas húmedas y tiznadas de sus hermanos y susurrándoles al oído.

Tess sólo lo vio vacilar cuando miró hacia el precipicio. Al principio, pensó que se debía a su impresión de ver a Anazzuzzia de nuevo, no como el signo revelador de su vocación, sino como el monstruo que acababa de destruir su hogar..., y sin duda luchaba con esta terrible paradoja. Pero Tess siguió su mirada y descubrió que la superficie de la serpiente, su resplandor perceptible en el crepúsculo, estaba cubierta de piedras, estanterías rotas, miles de libros y los cuerpos destrozados de quienes se hallaban en la biblioteca.

El archivero mayor, reconocible por su pelo acerado y sus delgadas extremidades, yacía en una actitud dislocada. Fray Mohosi cayó de rodillas. Tess se apresuró a su lado en un instante.

No sabía qué decir, por lo que se sentó junto a él en silencio. Fray Mohosi dejó escapar un fuerte suspiro y se pasó la mano por la cara.

—¿Estáis bien? —susurró por fin Tess.

—No, claro que no. —Le temblaba la boca—. Pero estoy acostumbrado, Jacomo. Ellos no lo están. Creo que puedo mostrarles el camino de salida. Ahora comprendo que no es una cuestión de fe o de esperanza; existe y podemos encontrarlo. Aunque tardaremos algún tiempo.

Echó una última y larga mirada al cuerpo destrozado de fray Lorenzi y se llevó la mano al corazón, como si presionándolo pudiera conservarlo.

Luego se levantó tembloroso, agarrándose al brazo de Tess, y regresó a donde lo necesitaban.

π

Fray Mohosi no paró en toda la noche, tranquilizando a sus conmocionados hermanos e impartiendo instrucciones prácticas. Indicó amablemente a un grupo de bibliotecarios, que no cesaban de lamentarse, que el refectorio aún seguía en pie; entonces, dejaron de quejarse y se dedicaron a trasladar allí a los heridos. Como soldado, Mohosi había aprendido a vendar una herida y fajar un esguince, pero no podía apañarse con una sola mano; instruyó con calma a un novicio y este enseñó a otros. El padre Livian había recibido un golpe en la cabeza y parecía desorientado; Mohosi lo llevó con los aturdidos priores, los cuales salieron de su perplejidad y organizaron una especie de nido para él en la cabecera de la estancia.

Al poco, todos los supervivientes estaban cuidando de los heridos, siendo atendidos o rescatando las provisiones y artículos a los que podían llegar sin peligro. Tess se había unido a los encargados de vendar. Le dolían las costillas de manera atroz. Durmió un poco debajo de una de las mesas del refectorio y, cuando se despertó, fue otra vez en busca de Mohosi para ver qué más se necesitaba.

Lo encontró en la periferia de una reunión de monjes decanos, sentado como un perro pastor; los había juntado él y los vigilaba para que no se dispersaran. En cuanto la vio, se escabulló silenciosamente y la llevó a lo que quedaba del huerto.

—¿Ha sobrevivido vuestro amigo? —preguntó—. Supongo que era él quien nos empujó escaleras arriba.

Tess desvió la mirada; había estado evitando pensar en el destino de Piztka.

—Lo era. Y no lo sé.

—Bajad a buscarlo —dijo fray Mohosi, mirándola fijamente—. Y después debéis emprender el camino hacia Segosh, si es que tenéis intención de ir.

—Aún necesitáis ayuda aquí —empezó Tess, pero el pequeño monje alzó la mano.

—Habéis ayudado, y os lo agradezco de todo corazón —replicó—, pero en ningún momento os habéis planteado ingresar en nuestra orden; si vais a ir, para mí será más fácil que lo hagáis ahora.

Tess se tambaleó al levantarse, golpeada por una repentina oleada de afecto. Su cerebro repasó una serie de argumentos pueriles, tratando de idear una manera de quedarse, pero era imposible. Ese no era su sitio. No habría podido abrazar la orden aunque hubiese sentido la llamada.

De todas formas, no era esa clase de afecto. Podía marcharse y llevarlo consigo. El tiempo no haría mella en él ni lo apagaría la distancia.

Lo rodeó con sus brazos, todo dolorido. Pudo percibir la sonrisa en la voz de fray Mohosi cuando dijo: —Presentad mis disculpas a Segosh, pero aquí tengo mi propio estercolero del que ocuparme.

Tess le dedicó una última mirada. Ahora fray Mohosi parecía más cansado que desesperado; su decidida nariz había encontrado al fin su lugar. Dio media vuelta para irse antes de que le flaqueara el valor para hacerlo.

π

Con gran nerviosismo, regresó al santuario de Santi Prudia. La llave de fray Lorenzi se encontraba en el suelo, entre cascotes. La escalera de caracol parecía sorprendentemente intacta, así que emprendió el descenso.

Cuando se derrumbó la caverna, Piztka estaba justo detrás de ellos. Lo recordaba una y otra vez en su mente. Pero ¿lo había aplastado o había conseguido apartarse y se había librado?

Le daba miedo averiguarlo.

El pie de la escalera estaba obstruido por los escombros, pero consiguió salir por una estrecha grieta cercana al techo, con las costillas clamando de dolor. El otro lado, la caverna que ahora era un pozo, era amplio y luminoso, inundado por el sol de mediodía; un puñado de páginas sueltas revoloteaba atrapadas en una corriente de aire. Trepó por montañas de libros y rocas, que se deslizaban, desplazaban y desmoronaban bajo sus pies.

—¡Piztkaaaaaaa! —lo llamó. No obtuvo más respuesta que su eco.

La cuenca del nido de Anazzuzzia se había llenado de escombros; la misma serpiente estaba medio enterrada, cubierta de polvo y piedras. Apenas era perceptible su fosforescencia, pero aún irradiaba calor. Tess, embotada por el agotamiento y la preocupación, se sintió empujada a seguir entre los escombros, por encima de un último montón de libros destrozados. La serpiente, o al menos los anillos que no estaban enterrados, se alzaba como un muro viviente, temblando de aliento y esperanza. De una herida en la parte superior fluía un hilo de sangre resplandeciente, ya casi seca.

Tess se acercó, hipnotizada, y presionó con la palma de la mano el reguero de sangre pegajosa del costado. Un fuego azul le subió por el brazo;

no habría sabido decir si literal o figurado. Gritó, pero el dolor ya había pasado; sólo le quedaba una imagen oscilante, un calor suave que inundaba su cuerpo. Dejaron de dolerle las costillas, dejó de dolerle el alma, y se llenó de inesperada confianza: «Soy Piztka».

Apartó la mano instintivamente. Había oído la voz en su cabeza. Imposible.

π

Anazzuzzia refulgía delante de ella, inescrutable.

«¿Soy Piztka?». No había muerto, estaba segura, aunque podría haber sido... ¿subsumido? ¿Absorbido o devorado? La voz había sido tan tranquilizadora que no temía por él.

Era lo que él había deseado. El fin del singular-*utl*, lo que quiera que significase eso. Le sobrevino, y no por primera vez, la idea de que daba igual cómo había intentado definir el viaje de Piztka: búsqueda, ritual, peregrinación, religión; Piztka siempre había borrado las huellas y la había eludido. En realidad, había tomado un camino que ella no podía seguir ni comprender.

Estaba bien. Tenía que estarlo.

—Cuida de él —le dijo a la serpiente, como si su exhortación pudiera tener algún peso. Era tan razonable como dar órdenes a una montaña.

Se limpió la mano con las hojas de un libro destrozado y a continuación emprendió el camino de vuelta a la escalera, con menos precaución que antes.

Casi había llegado al pie cuando una hoja suelta voló hasta su tobillo y se le quedó adherida. La cogió y vio, junto a un relato de una antigua guerra, el

dibujo garabateado de un monje tocando lo que sólo se podría como describir gaitas con formas de trasero. Tess se echó a reír y a llorar, ambas cosas a la vez, y luego guardó el dibujo en su bolsa y siguió andando.

23

El monasterio se había derrumbado tan de súbito que Tess no había tenido tiempo de reflexionar sobre su propia experiencia con Anazzuzzia. No quería nada más que recuperar ese sentimiento: el consuelo y la alegría de la nada. Miraba al cielo mientras caminaba; no era exactamente el mismo tono de azul que pervivía detrás de sus párpados. Pensar en Anazzuzzia era casi como acordarse de un trocito entero de canción que había hecho que el mundo se detuviese.

Lo tenía en la punta de la lengua. Revoloteaba alrededor de ella como un vencejo.

Quería hablar de ello, decirles a los lugareños del campo y a los nobles de los palashos, a las vacas de los pastos, a las mismas aves del aire, que todo no era nada. Era un pensamiento delicioso porque significaba, para Tess, que una podía elegir libremente o negarse a elegir sin que la moviese la vergüenza o la coacción.

Para alguien que no era nada, todo era posible. No había imposiciones.

—¿Qué pensaríais si os dijera que todos somos muy, muy pequeños? —preguntó Tess a un viejo campesino mientras lo ayudaba a llenar su granero de paja con vistas al tiempo frío.

—Lo somos —respondió el anciano, observándola con desconfianza.

—¿Habéis visto alguna vez algo tan bello, tan pavoroso, que os haya hecho contemplar el mundo con otros ojos? —añadió la joven—. Pues a mí me ha ocurrido recientemente.

—Sí. —El granjero se rascó la áspera y enrojecida barbilla.

—Debajo del suelo hay una serpiente gigantesca —explicó Tess,

acometiendo la historia, pero era como empujar una roca cuesta arriba; el silencio de él hacía la pendiente más pronunciada. Tess sentía muerta esa historia en la boca.

No oyó lo que el anciano le susurró a su esposa al terminar de trabajar. La anciana le dio a Tess un pan entero y una manta abrigada, y le dijo con dulzura: —Santa Loola dirige un hospicio abajo en el pueblo. Cuídate, querida.

Así terminó la breve carrera de Tess como herpetoevangelizadora. Si nadie la creía con lo de la serpiente, no iluminaría a nadie balbuceando sobre la nada sublime.

Aunque no era cierto que no fuera a creerla nadie. Los maestros de la Academia ninysh de Segosh habían oído hablar de las Serpientes del Mundo; se lo había dicho Nicolas. Iba pensando, mientras caminaba, en sus conferencias favoritas de San Bert sobre animales exóticos, en cómo había absorbido cada palabra de los exploradores y había soñado con correr ella esa aventura... o acompañar a Val, que la consideraría indispensable. Ese fue un descubrimiento importante; a los maestros les interesaría si encontraba la manera adecuada de hablar sobre el asunto.

Imaginarían a Anazzuzzia como un mero animal, tal vez eso fuera más fácil. Cualquiera podía describir un animal; tenía características mensurables como tamaño, fuerza y hábitos alimentarios; era un conocimiento que podía impartir. De hecho, sentía en cierto modo que le había encomendado que lo hiciera fray Lorenzi, el cual había dicho que el mundo merecía saberlo.

Trató de recordar la mayor cantidad de detalles que pudo, reduciendo a Anazzuzzia a datos concretos. Echaba de menos la sensación de elevarse; pero era menos frustrante que no alcanzar a recordar un trocito de canción que la eludía o ver perderse de vista un pájaro como por ensalmo.

No obstante, cuando pestañeaba, a veces veía el azul pálido detrás de los párpados. En realidad, nunca desaparecía.

π

Las noches eran cada vez más largas y las mañanas, más frías; por eso Tess agradecía la segunda manta. El equinoccio había pasado sin que se diera cuenta; el invierno había llegado de golpe hasta el lejano sur, según todas las informaciones. En Goredd, la primera helada solía caer en torno a la festividad de Santa Prue, pero aquí lo había hecho, por lo menos, con dos semanas de antelación; y si seguía caminando hacia el sur, esa ventaja iría aumentando hasta alcanzarla y juntarse las dos en un beso.

A ella no le apetecía despertarse con los labios cubiertos de escarcha. Tenía que averiguar un modo de dormir bajo techo de vez en cuando. Una noche, paró en la taberna del pueblo de Anshouie y le preguntó al mesonero: —¿Cuánto cuesta una habitación?

Él estaba secando un vaso con el delantal.

—Dos y cuarto la noche, diez la semana.

Tess se encogió. El remanente de su paga de peón caminero no iba a durar y, una vez recogida la cosecha, las casas de labranza no ofrecerían mucho trabajo. Tenía que apresurarse en llegar a Segosh.

El mesonero la miró desde debajo de sus pobladas cejas.

—¿Bebéis?

—Branca Amarga —contestó Tess, pidiendo con aire distraído la favorita de Felix. Ese granuja. Los añoraba a todos.

Mientras el mesonero mezclaba cerveza y aguardiente de pino, Tess echó

una mirada a los parroquianos del mesón. La mayoría eran ancianos o desocupados, gente que probablemente llevaba allí todo el día. El público nocturno empezaba a menudear.

Llegó el párroco del pueblo, un joven flemático con hábito color rojo óxido de San Munn, cabello rubio ya escaso y hombros encorvados. Sus feligreses le dieron palmadas en la espalda y le trajeron algo de beber. Cuando descubrió a Tess, un extraño, le estrechó la mano y dijo: — Bienvenido, viajero. Soy el padre Erique.

—Hermano Jacomo —se presentó Tess.

—¿Eres monje? —preguntó el cura, lanzándole una mirada de duda nada sutil. Llevaba la jaqueta a rayas de Florian para protegerse del clima más frío.

—Seminarista. —Adoptó un ademán humilde. Le contó la historia de siempre: que había perdido su vocación, que andaba buscándola, bla, bla, bla.

El cura pareció divertido cuando dijo «vocación». Tess se preguntó cuál sería su historia y si se horrorizaría si le hablara de una serpiente gigante.

El padre Erique esbozó una sonrisa forzada.

—Si tenéis alguna pregunta sobre la Orden de San Munn, hacédmela saber.

Se dirigió al fondo de la sala estrechando manos a su paso, se subió a una silla y dijo en voz alta: —El Cielo guarde a todos los presentes. ¿Listos para las noticias?

Los aldeanos dejaron sus chismorreos para atender. Tess dio un sorbito a su cerveza de pino. El sacerdote alzó un anillo, que pendía de la cadena que llevaba al cuello, y continuó: —Esta semana el obispo de San Munn de Modera tenía mucho que decir. Primero, hay viruela ovina en las tierras altas

de Samsam, por lo que sed precavidos al comprar ovejas.

Siguió dando noticias de granjas de todas partes. El anillo era claramente un zmib. Todos los sacerdotes de San Munn debían de tener uno y así transmitían la información de su obispo, que se aposentaba en medio como una araña gorda, impartiendo mensajes.

El padre Enrique terminó con noticias del mundo: la flota samsamesa, destruida por Porphyria durante la guerra, había recobrado finalmente su antigua gloria. Una expedición a la Antártica (¿la condesa Margarethe?, se preguntó Tess) había reclamado para Ninys dos islas nuevas, pero traía las manos vacías de aceite de salamandra. Por último, pero no menos importante, las noticias de Goredd: —El bebé de la reina Glisselda, la princesa Zythia, se ha presentado al público por primera vez en su ceremonia de salterio. El Cielo ha decretado que su patrón sea —el padre Enrique consultó sus notas— san Polipus, el mismo que el de su real madre. Que el Cielo guarde a la familia real goreddi. ¡Todos tenemos derecho a alzar una copa por ello!

Así que ahora el bebé tenía nombre; sin duda, había sido sugerencia de Seraphina que le pusieran Zythia, por su amiga porphyriana, santa Zythia Perdixis Camba. San Polipus también había sido el patrón del pobre Julian-Dormidio. Tess suspiró con tristeza, apuró su Branca, que ya no le parecía demasiado amarga, y elevó una breve plegaria a su propia santa Siucré para que a Seraphina no le estuviera entristeciendo hacer pasar a su bebé por hija de la reina. Con lo doloroso que había sido perder un hijo, Tess sospechaba que se necesitaba un corazón de hierro para hacer lo que estaba haciendo su hermana.

«Por tanto, Seraphina es perfecta para el puesto», fue su reacción instintiva, pero, tras pensarlo con más detenimiento, no estaba tan segura. En realidad, no sabía lo que era capaz de herir a Seraphina. Tener un bebé lo

cambiaba todo.

Al final, decidió no coger una habitación. No hacía tanto frío como para no poder soportarlo, y pensar en Seraphina y en su bebé la había puesto nerviosa. Sintió un enorme deseo de volver al camino, al que pertenecía, y marcharse de allí.

Cogió el hatillo; estaba a punto de escabullirse cuando una mano le tocó el hombro.

Era el padre Erique.

—¿Necesitáis un lugar donde quedaros, hermano Jacomo? —le preguntó, toqueteándose el alzacuello forrado con piel de ardilla—. Podéis dormir en la iglesia, por supuesto, o en una habitación que tengo libre en la vicaría.

A Tess no se le había ocurrido que podía ir de iglesia en iglesia, haciéndose pasar por Jacomo, y así tener alojamiento gratis. Valía la pena meditarlo.

—Mi Angelica está asando una pierna de cordero —añadió el padre Erique persuasivamente.

El cordero era de lo más tentador. Tess lo contrapuso a la necesidad de caminar, y ganó la opción de llenar la barriga. Siguió al párroco a través del pueblo y más allá de la iglesia, hasta una casa no muy lejana bien equipada.

La vicaría era cálida y alegre, con un fuego crepitante, un perrito sobre un cojín y una joven criada que no debía de ser mayor que Tess y que en ese momento salía de la cocina con la cena.

—Trae otro plato, por favor, Angelica —le dijo el padre Erique, y dejó sus zapatos cerca de la puerta—. El hermano Jacomo va a quedarse a dormir.

Tess siguió su ejemplo y se quitó las botas. Al alzar la vista, sorprendió a

Angelica mirándola fijamente. La muchacha desvió los ojos casi en el acto; pero Tess sabía qué había visto. Odio absoluto. Quedó flotando en el aire como un olor.

La presencia de Tess suponía trabajo extra, desde luego; pero la intensidad del veneno en la mirada de Angelica parecía injustificada. ¿Acaso algún huésped anterior le había dejado un terrible desorden?

Tess se sintió obligada a tranquilizarla durante la cena. Cuando Angelica le llenó la copa de vino, le susurró: —Gracias, Angelica. —Y sonrió con calidez. Las chirivías estofadas y el budín de pan estaban especialmente deliciosos, así que Tess confirmó con convicción—: Angelica, sois una cocinera maravillosa.

La muchacha se retraía más cada vez. Cuando terminó la cena, estaba tan furiosa que temblaba; los comentarios de Tess habían empeorado las cosas sin querer y no lograba descubrir por qué.

El padre Erique no pareció notar nada raro, algo que a ella no le pasó inadvertido.

El párroco le ofreció un asiento junto al fuego mientras Angelica fregaba.

—Así que decidme —empezó el padre Erique, sacando una botella de coñac y dos copas de un armario junto al hogar—: ¿sois goreddi? Vuestras vocales suenan un poco inseguras.

Ante el murmurado asentimiento de Tess, el sacerdote le dedicó una sonrisa cómplice.

—En tal caso, ¿qué pensáis de esa princesa Zythia? ¿Es de la reina o han adoptado a la bastarda de un medio primo?

A Tess, que sabía la verdad, no le gustó su tono.

—¿Por qué suponéis eso?

—No seáis tímido. Incluso tan al sur, uno oye rumores. Sabemos que la reina y el príncipe consorte siguen unidos solamente por política. Pero ¿y la reina y santa Seraphina, eh? —Puso los dedos de ambas manos en forma de V, los entrelazó y movió sus cejas rubias de forma sugerente.

—No tengo la menor idea de lo que preguntáis. —Tess se negaba a darle esa satisfacción.

El sacerdote se encogió de hombros y le tendió una copa. Ella se la aceptó con prevención. La bebida la hacía propensa a dar puñetazos a los curas, y ese ya casi lo estaba pidiendo.

—Parecéis un espíritu aventurero —comentó el padre Enrique mientras se acomodaba en su silla—. ¿Habéis pensado alguna vez en la posibilidad de viajar a los Archipiélagos para convertir a los paganos?

—No —replicó Tess—. He perdido mi...

—Vuestra vocación. Lo sé —la atajó con una sonrisa floja—. No es infrecuente, hermano, creedme. ¿No es ese el objeto del viaje, reencontrar vuestras convicciones? Importa menos adónde se va que seguir caminando.

Tess había sentido eso a menudo. Cautelosa, hizo girar el líquido ambarino de su copa, pero prestando atención.

—He mencionado la expedición al sur; hay muchas de ese tipo, y cada una necesita un sacerdote. Si esas islas van a ser alguna vez totalmente ninysh (como sin duda es designio del Cielo; si no, ¿por qué están tan cerca de nosotros?), entonces tenemos que difundir el conocimiento de los santos entre la gente de allí. Hay que hacerles comprender que son parte de un plan divino.

Tess no debió de mostrarse muy entusiasta, porque añadió: —La expansión ninysh no es atractiva para un goreddi, ¿eh?

—No estoy seguro de que difundir las escrituras de por sí me atraiga.

De niña, leía las escrituras a diario; había sido la vara favorita de su madre para azotarla. Nunca había visto ningún plan divino, a menos que el plan fuera cargarla de culpabilidad y de odio a sí misma.

De súbito, cayó en la cuenta de que esas voces habían estado excepcionalmente calladas desde que viera a Anazzuzzia; como si la serpiente le hubiera dado permiso para desprenderse de todo eso.

¿Y ahora el sacerdote pensaba que debía llevar la vara de su madre a los Archipiélagos y azotar con ella a aquellas gentes? No, gracias.

El padre Erique se sirvió un segundo coñac.

—Es nuestro momento, hermano. Nuestra fe está en auge. Pensad cuántos nuevos santos salieron a la luz durante la Guerra de santa Jannoula. San Cazuela Astrosa anda por ahí, rozando las nubes con la cabeza; santa Jannoula es una viajera como vos. Llevamos la palabra a todos los rincones del mundo. Mi obispo incluso habla de convertir a los porphyrianos. ¡Qué gran triunfo sería!

El proyecto entero le parecía repugnante a la chica. El padre Erique malinterpretó su expresión y se echó a reír.

—Sois como yo al principio. Suena imposible. Pero ya veréis.

—Creía que los únicos que aspiraban a convertir a los demás eran los samsameses —dijo Tess—. Creía que los ninysh erais muy relajados en estas cosas.

La expresión del padre Erique se ensombreció bruscamente.

—¡No nos parecemos en nada a los samsameses! Veneran al riguroso e intolerante Abaster y a Vitt, mantienen encerradas a sus mujeres hasta el matrimonio y ni siquiera beben. ¿Qué clase de civilización es esa? Ninys es liberal y tolerante, y por eso mismo tenemos que ganar esta carrera. ¿No os dais cuenta? La flota samsamesa se ha reconstruido; mandarán misioneros tan pronto como puedan. ¿Preferís vivir en un mundo samsamés?

En cierto modo, Tess había vivido en uno gracias a la devoción de mamá por san Vitt. Ella sería la primera en tacharlo de represivo, pero le repugnaba la idea de convertir a «paganos». Su propio padre, a pesar de todos sus defectos, no era creyente. Era una de las cosas que más le gustaban de él.

El padre Erique, al parecer, concluyó que había ganado la discusión, porque se levantó y se desperezó como si la conversación, o tal vez la conversión, hubiera terminado. Probablemente así era. Tess estaba demasiado incomodada para seguir discutiendo y dudaba que él la escuchase. Dejó su coñac intacto debajo de la silla.

—He mandado a Angelica a que arregle su habitación para vos—dijo el padre Erique.

—Oh —exclamó Tess, sorprendida—. Pensaba que teníais una habitación libre.

—Esa es la habitación libre —adujo el padre Erique—. Podéis mandarle que duerma en una manta en el rincón si queréis, por supuesto, pero os recomiendo encarecidamente que la metáis en la cama con vos. Es agradable y cariñosa, mi Angelica, y complaciente para lo que gustéis.

La comprensión de Tess, que flotaba a la deriva por el río de su mente, se encontró de pronto firmemente amarrada en puerto. No era extraño que Angelica la odiase nada más verla. Al parecer, el padre Erique se la cedía a

los huéspedes para su uso personal. A Tess se le revolvió la cena.

—¿Daanita? —preguntó el padre Eriquer con conmisericordia; como si esa fuera la única explicación imaginable a la náusea que reflejaba el semblante de Tess.

No pudo contestar; era demasiado lo que sentía. El corazón le palpitaba con fuerza, y vacilaba entre partirle la cara o echar a correr. Ganó lo segundo. En la oscuridad de la noche, agarró su hatillo y se precipitó a ciegas hacia el santuario.

—La llave está debajo de la estatua del terrier de san Munn —le gritó el padre Eriquer a su espalda—. ¡Nos vemos en el desayuno! Mi Angelica hace el mejor...

Tess cortó aquello cerrando la iglesia de un portazo y se dirigió tambaleante al altar, donde una imagen de madera de san Munn se alzaba en la penumbra como una sombra sólida. Tess se dobló por la mitad, con las manos en los pies de roble del santo, y reprimió las ansias de vomitar.

Hasta ahora había viajado, sintiéndose ligera y libre, maravillada de que el mundo fuese distinto de como había pensado, cuando era igual que siempre: un mundo en el que Julissima Rossa moría de remordimiento y Dormidio seguía navegando; en el que una mujer que viajaba sola debía precaverse de cualquier pastor, tanto si pretendía hacerle daño como si no; en el que Roger Ivy la espiaba detrás de un biombo y permitía que los seminaristas la llamaran furcia; en el que ella quedaba deshonrada mientras que Val, que la había tomado sin preguntar, huía sin consecuencias.

En el que Angelica podía sufrir... Tess fue incapaz de completar ese pensamiento. La desalentó.

Se derrumbó delante del altar y estuvo inconsciente mucho rato, quizás

horas. Se despertó entumecida y fría, con las mejillas húmedas, y miró la imagen, sabedora de que no hallaría consuelo en ella. Los ojos de san Munn, pintados de un blanco fantasmal, se advertían en la oscuridad, como también el cerco de frágiles hongos que le crecían en el hombro. No conocía bien a ese santo; sólo sabía que tía Jenny se había casado en su iglesia y que la rama ninysh de la familia lo veneraba.

—Mi madre debió de rechazarte —susurró Tess, levantándose. Tocó su túnica, y la pintura se desprendió en escamas; la frágil madera se deshizo bajo sus uñas como el pan de jengibre—. Y por ello puedo concederte el beneficio de la duda; pero ¿qué le dices a Angelica para asegurarle que el mundo es más que lo que puede ver desde debajo de un monstruoso sacerdote?

«Pero ¿lo es? —pareció responder la imagen—. Te has vuelto demasiado arrogante. Has visto una enorme lombriz pagana y ya piensas que existe una forma de salir de todo esto. Sigue así, lloriqueando y regodeándote en una empalagosa sensiblería. Eso no cambia nada».

—Sí lo hace, pese a todo —dijo Tess, y se le encendió un resplandor en el corazón, una llama azul—. Puede que el mundo no sea realmente diferente, pero yo sí lo soy y estoy en el mundo.

No sólo estaba en él. Era él.

Sabía lo que tenía que hacer. Estaba llamada a hacerlo.

Se planteó derribar a san Munn, y habría encontrado cierta satisfacción en ello, pero esas fungosidades reflejaban que ya se estaba pudriendo por dentro. Brillaban débilmente sobre su hombro como una segunda imagen.

Tess regresó a la vicaría; la puerta se abrió sin obstáculo. No se molestó en quitarse las botas y fue a echar un vistazo en el dormitorio del sacerdote. No se encontraba allí.

Abrió la puerta de Angelica: allí estaba el padre Erique, que acababa de quitarse el camisón y se estaba metiendo en la cama; y allí estaba Angelica, encogida contra la pared, como intentando escurrirse por una grieta y desaparecer.

Su expresión interrumpió a Tess; era un vacío que conocía, que había vivido. Angelica estaba ausente; pero Tess estaba aquí, erguida, con el corazón a punto de estallarle.

Agarró al sacerdote por el brazo, levantándolo prácticamente de la cama. Era escuálido y, tras meses de trabajo en la carretera, ella estaba lo bastante fuerte para darle una paliza que lo dejara a un palmo de la muerte. Tan furiosa se sentía que lo habría dejado a la mitad de un palmo, o menos.

—¿Habéis cambiado de opinión? —se apresuró a decir el padre Erique—. Lleváosla con mi bendición, hermano.

Ella le torció el brazo detrás de la espalda.

Angelica rodó hacia la pared, cubriéndose la cabeza con los brazos. Tess comprendía lo avergonzada que debía de sentirse, pero antes tenía que ajustarle las cuentas al sacerdote.

—Sois un patán, irrumpiendo aquí con esa violencia —soltó el padre Erique—. Y lo habéis malinterpretado todo. La de San Munn no es una orden célibe y nosotros, los ninysh, tenemos una actitud más abierta sobre estas cosas que vosotros los goreddis.

Tess le dio un pisotón con su bota en el pie descalzo. El hombre soltó un aullido.

Habría sido capaz de matarlo, de desmembrar su desnudo cuerpo en mil pedazos. Le daban ganas de machacarlo, pero... no. Ella era algo más que una zurra-curas y siempre había otra estratagema a la que recurrir.

Dio una voz a Angelica:

—Vístete y búscame una cuerda, por favor.

Se volvió de espaldas para concederle a la chica un poco de intimidad. El enfrentamiento con el padre Erique requirió toda su concentración; era bastante escurridizo. Lo llevó forcejeando a la sala, hasta su sillón, y esperó a Angelica. La joven criada tardó varios minutos en volver de la cocina con la cuerda.

—Gracias, Angelica —dijo Tess con delicadeza, esforzándose en tranquilizar a la sirvienta, que parecía descompuesta. Sin duda pensaba que Tess era un hombre... ¿y quién sabía lo que se proponía hacer con ella?

—Ahora estás a salvo —continuó Tess, que no se atrevió a revelar su identidad ante el sacerdote.

Angelica desvió la mirada, retirándose de la cara la maraña de rubios cabellos.

Tess ató de pies y manos al padre Erique, y sentía la necesidad de sermonear mientras lo hacía. Las escrituras tenían que haberle advertido de la monstruosidad que estaba cometiendo (¿cómo podría no haber no sido así?); aunque a ella no le habían enseñado esos pasajes. Sin embargo, san Vitt abundaba en imprecaciones contra la mujer que desviara a un sacerdote hacia el pecado. Tess las recitó, dándoles la vuelta en pro de Angelica.

—«Mujer, no te sometás» —parafraseó Tess—. «Si un hombre se siente tentado, no eres tú la tentadora. Si un hombre es conducido hacia el pecado, su pecado no se suma a tu cuenta».

—Eso es al revés —exclamó el padre Erique.

—¡Calla! —le ordenó Tess. Apretó la cuerda contra su boca, sopesando la

posibilidad de amordazarlo, pero decidió no hacerlo—. Angelica, por favor, búscame tinta, pluma y pergamino.

La chica registró la gaveta de mal humor. Tess redactó una comunicación con una caligrafía claramente eclesiástica: «Yo, el padre Erique, confieso haber forzado a mi joven sirvienta y ofrecido su cuerpo a mis huéspedes. Me declaro execrable sacerdote y solicito que se me conduzca ante el señor local para ser sometido a la más severa justicia que permita la ley».

Tess dejó el pergamino a los pies del hombre para no amortiguar el pleno impacto de su desnudez. Se sentiría humillado cuando lo encontrasen así; por desgracia, no podía garantizarse otra justicia que esa. Quién sabía lo que diría el señor o los embustes que contaría Erique. Era muy escurridizo.

—Jamás he empleado la fuerza —dijo el padre Erique, leyendo del revés.

Tess necesitaba irse antes de emprenderla con él. Recogió sus cosas.

—Os encontraré, hermano Jacomo —gritó el sacerdote, sin dejar de forcejear con sus ligaduras—. Me vengaré.

—Lo dudo —replicó Tess, y se echó el hatillo al hombro. Miró a su alrededor, pero Angelica había desaparecido—. ¿Angelica? —la llamó Tess.

Unos ruidos confusos en la parte posterior de la casa se fueron apagando. Miró en la habitación de la joven; Angelica se quedó paralizada como una liebre al advertir el olor de los perros. Se había puesto un sencillo vestido de lana sobre la camisa y había recogido sus cosas en un atadillo.

—Ah, bien —dijo Tess, sorprendida de verla preparada para irse—. Vamos a sacarte de aquí.

Angelica miró hacia la ventana abierta, luego agachó la cabeza y siguió a Tess al exterior por delante del padre Erique, que gritó: —¡Ni se te ocurra,

Angelica! Tu nombre quedará manchado en este pueblo. Me aseguraré de que lo sufra tu familia. Desátame y se te perdonará todo. Viviremos como si nada hubiera ocurrido.

Angelica se giró y le dio una patada con tanta saña que la silla donde estaba atado cayó hacia atrás. Tess, impactada pese a su compasión, se apresuró a enderezarlo y luego salió corriendo al frío que precede al alba para buscar a Angelica.

No estaba en la carretera. Tess prestó atención, hasta que oyó lo que parecía un ciervo abriéndose torpemente paso en el arbolado de detrás de la vicaría. Tess se zambulló en la maleza tras ella; pero, cuanto más se acercaba, más rápido iba ella, hasta que acabaron corriendo las dos, tan rápido como les permitía la maraña de matorrales.

Se metieron en una plantación oleaginosa sin cosechar, en la que las vainas secas repiqueteaban y estallaban a su paso. Y allí alcanzó enseguida a Angelica; no quiso sujetarla para no asustarla aún más. Tess intentó hablarle: —Espera, por favor, Angelica... No puedes salir corriendo sola. Tenemos que llevarte a algún lugar seguro.

Angelica se volvió, encarándose a ella con mirada asesina.

—No iré... a ninguna parte... con vos —jadeó.

—No voy a hacerte daño —respondió Tess, y alzó las manos—. No soy como él...

—¡Un comino, no lo eres! —exclamó Angelica, partiendo un grueso tallo de girasol y dando tajos al aire frente a ella. Sonaba como un látigo.

—Ni siquiera soy un hombre. Sólo voy vestida como ellos. Me llamo Tess. —El nombre le sonó extraño al pronunciarlo—. Me he escapado de casa. Igual que tú.

Durante un brevísimo instante, Angelica se quedó petrificada de estupefacción, con sus ojos azules desmesurados y el cabello como una desordenada aureola resplandeciendo al sol de la mañana. A continuación, con un alarido, se abalanzó sobre ella, con uñas, puños, tallo y dientes. Tess era lo bastante fuerte para hacerle frente, pero tardó en darse cuenta de que la estaba atacando. Recibió un profundo arañazo en el pómulo.

—¿Qué te pasa? —exclamó Tess, enfadándose. Le había costado un valor y un esfuerzo considerables enfrentarse al padre Enrique y, aunque no lo había hecho para que se lo agradeciera, no se esperaba eso.

—¡Lo has echado todo a perder! —gritó Angelica—. ¿Crees que no sé cuidar de mí misma? Estaba hurtando monedas del cepillo; ahorra. —Se sacó una faltriquera del corpiño y la hizo sonar—. Tenía un plan, perra entrometida. Iba a escapar: yo sola, sin ayuda. He envenenado su asquerosa...

—Así que, además, te he salvado de convertirte en una asesina —la interrumpió Tess con vehemencia—. De nada.

—¡No lo has hecho! —vociferó ella, largando un latigazo con el tallo. Tess tuvo que agacharse para que no le diera en los ojos—. Por tu culpa, no he ahorrado bastante para irme de manera decente y ni siquiera he podido vengarme. No te debo nada, ¡y puedes irte al cuerno!

Tess tuvo un impulso fugaz aunque tremendo de cargarse al hombro a la desagradecida muchacha, llevarla de vuelta al pueblo y soltarla allí. Pero prevalecieron sus buenos instintos. Hurgó en su escarcela y sacó una moneda grande con dos dedos. Angelica la miró recelosa, pero se lanzó veloz y se la arrebató de un zarpazo. Luego echó a correr otra vez.

Tess no la siguió, aunque no pudo por menos de gritarle: —¡Es peligroso

viajar sola!

Nada más pronunciar esas palabras, se dio cuenta de que parecía Val, que la había escoltado por la ciudad cientos de veces para protegerla. Qué fantástica labor había hecho él también. Se sintió confundida y desconcertada.

Angelica se giró y le dedicó un gesto obsceno.

—¡Que el demonio te lleve! —gritó—. ¡Voy a prenderle fuego al mundo!
—Y poco después había cruzado el campo y desaparecía tras un seto.

Tess la observó alejarse, con una sensación de vacío y de frustración, aunque se preguntaba qué habría hecho ella si las cosas hubieran sucedido al revés. No sabía si se habría mostrado más amable con un caballero de brillante armadura.

De hecho, ahora que lo pensaba, se habría portado igual de hostil. Lo más probable era que la condesa Margarethe aún la odiara por eso.

El mundo estaba sembrado de todos los bebés que había arrojado con el agua de baño. Había quemado puentes mientras permanecía parada sobre ellos. Sabía mejor que nadie lo que era eso.

Se besó los nudillos y se volvió de cara al sur para retomar su propio camino, parpadeando sin parar contra el viento punzante.

24

Tess llegó a Segosh una cristalina mañana de otoño que la había helado hasta los huesos al despertar. Era el momento de ponerse a cubierto, a pesar de que era reacia a volverle la espalda al camino.

El camino, sin embargo, no se abandonaba tan fácilmente. Conducía directo a las puertas de la ciudad, desde donde se ramificaba en ramales que seguían su curso entre los edificios. Aquí lo llamaban calles y bulevares y callejones, pero seguía siendo el mismo y ella era su progenie.

Había crecido en una ciudad, cosa que nunca había valorado hasta ahora.

Parecía una vuelta triunfal a casa, un regreso a la civilización, y entró como una heroína, aun cuando nadie iba a percatarse. Si hubiese sido Dormidio, su entrada habría constituido la parte de la historia en la que sus hazañas recibían su recompensa, en la que por fin obtenía el reconocimiento que merecía. Habría llevado su descubrimiento a la Academia ninysh y se habría convertido en la famosa exploradora que siempre había soñado.

No sólo parecía posible, sino inevitable. Había hecho algo en verdad asombroso, y para ello había superado a cierto naturalista que conocía. Él podía besarle sus botas embarradas. Sonrió picarescamente a la única nube del cielo, que no guardaba parecido ninguno con Val, y pensó: «Chúpate esa, becario».

El recuerdo de Val le hizo reflexionar. La Academia ninysh era el lugar lógico y normal al que él habría ido cuando se marchó. No quisiera el Cielo que tropezase con él, pero, si ocurría, ¿no era ella fuerte y capaz? Había llevado a cabo cosas con las que Val sólo podía soñar. No le asustaba. Ni una Academia repleta de Vales era capaz de asustarla.

Conquistar la Academia no era cosa de una tarde; le urgía más encontrar un sitio donde dormir esa noche y un trabajo remunerado. Las calles de la ciudad no tenían un arcén de hierba que le sirviese de cama. Los callejones estaban llenos de ratas y basura y ancianos caballeros que hacían que el viejo Griss pareciese limpio y repulido.

Una vez creyó verlo de lejos, pero no era más que ropa tendida, un efecto de luz y sombra.

No tardó en descubrir que el barrio de bordadores consistía en una estrecha calle lateral llamada Angosta de los Encajes. Encaje, por supuesto, hacía alusión a un tipo de bordado. Tess comprendió lo de Angosta en el instante que posó su mirada: era difícil considerarla una calle, tortuosa y estrecha como era. La mayoría de las calles corren en una dirección determinada, pero esta tropezaba y zigzagueaba entre los edificios de entramado de madera que sobresalían, como si estuviera ebria.

Buscó trabajo en varias casas, pero, en cuanto pedía también alojamiento, todas la dirigían hacia una casa del final de la calle que se llamaba Buenavista.

—Madre Gaida tiene una habitación que puedes conseguir gratis si eres suficientemente fuerte, pero no te la cederá si trabajas para otra casa — coincidieron todas.

Tess no necesitó que se lo repitieran más de tres veces. Llamó a la puerta de Buenavista (preguntándose si el nombre era un juego de palabras con «buen trabajo»: «vista» y «trabajo» eran palabras muy similares en ninysh). Le abrieron tres mujeres jóvenes rubias entre risas. Habían visto a Tess desde la ventana voladiza y la habían tomado por el joven que aparentaba ser. Tess se quitó la gorra e hizo un cuarto de reverencia (más de lo que merecían), lo que provocó un raptó de grititos.

—Disculpad la intrusión, señoras —empezó Tess, dragando sus modales del fondo de algún profundo río de su alma. Era un río oportunamente frío; los había conservado frescos, aunque algo mojados—. Estoy buscando a madre Gaida.

Las damas dejaron a Tess en un sofá del salón densamente bordado entre un caos de almohadones. Las cortinas de flecos estaban cubiertas de brocado. Tess se descubrió sonriendo como una estúpida ante un pastor y una pastora enmarcados sobre la chimenea. Puntadas tersas hábilmente ejecutadas, observó, y rasgos reproducidos con detalle. Nudos de paloma. Espiras helicoidales. Se levantó para observar más de cerca, con las manos enlazadas a la espalda.

—¿Puedo ayudaros, señor? —inquirió una voz nítida.

Tess se volvió para mirar a madre Gaida, una anciana diminuta con una redecilla muy ajustada, delgada y correosa como una tira de cuero.

—¿Habéis venido a encargarme un retrato? —La mujer arqueó las cejas, señalando las figuras de encima de la chimenea—. Esos los hago yo misma. Bordamos prendas de vestir, naturalmente, y aceptamos arreglos aparte, a menos que seáis del Gremio de Sastres, en cuyo caso retiro lo dicho.

—Estoy buscando trabajo, señora, y un lugar donde alojarme. En las casas de la calle me han dicho...

—¿Que podría emplear a un chico como tú? —atajó Gaida, y alzó una ceja.

—En primer lugar, no soy un chico —replicó Tess—. Y entiendo de punto. He bordado en la corte de Goredd para lady Farquist...

—Eso hay que verlo; necesitaré una muestra —dijo madre Gaida, levantando un dedo sarmentoso—. Has dicho también que necesitas un lugar

donde quedarte. Tengo uno, pero puede que tú no lo quieras, no-chico.

—¿No? —dijo Tess, alicaída, porque era justo lo que más necesitaba en esa ciudad extraña.

—Por mi hijo, has de comprender —dijo Gaida—. Preciso de alguien que ayude a atenderlo. Lo tiró un caballo hace varios años y no puede andar. Habría muerto de no ser por los milagros de santa Blanche la Mecánica. —Se besó un colorado nudillo—. Se puede valer él solo en la mayoría de las cosas, los Santos lo amparan; pero necesita ayuda para entrar y salir del baño, por ejemplo. Yo no puedo levantarlo, y apuesto que un alfeñique como tú tampoco.

—Claro que sí —apuntó Tess al sentir que la mujer estaba siendo injusta con ella y con su alter ego masculino—. Es decir, salvo que sea tan grande como un granero.

Gaida se enderezó en toda su estatura, que no era mucha, y aspiró con desdén.

—Ha salido a su mamá en todas sus mejores cualidades, incluida su esbelta fig...

No consiguió más porque Tess, cansada de intentar mover lo inamovible, metió la cabeza por debajo del brazo extendido de la anciana y se echó a madre Gaida al hombro como si fuera un saco de grano. Voltar heno y apisonar calzada le había fortalecido los brazos y la espalda. La anciana gritó obscenidades cuando Tess la hizo girar. Otra vez de pie, madre Gaida se tambaleó mareada, le dio un cachete en la oreja a Tess y se echó a reír.

—¿Qué sois? —exclamó, incapaz de encajar a Tess en sus habituales categorías de personas.

Tess quiso responder: «Una hija del Camino», pero tenía miedo de ser ya

demasiado excéntrica para la vieja costurera. En su lugar, dijo: —Sólo yo, madre Gaida. Nada más.

La anciana vacilaba todavía.

—Pero... ¿has visto un hombre desnudo alguna vez? Me temo que no es un trabajo muy decoroso para una señorita.

—Permitid que nos conozcamos. Si él y yo vemos que puede funcionar, estaré encantada de ser su niñera hasta el fin del invierno. —Y tal vez más, pero no estaba segura de querer cumplir esa promesa. Llegada la primavera, el Camino comenzaría a llamarla otra vez.

Eso satisfizo a la anciana bordadora. Examinó las puntadas de Tess, llegó a un acuerdo sobre la paga y le encargó algunas labores de relleno (lo que no agradó a sus bordadoras, a las que ahora Tess no les hacía tanta gracia). Al final del día, Gaida cerró la tienda y condujo a Tess, durante un corto trecho por la calle tortuosa, a otra casa más grande que la vivienda donde había residido su familia los últimos dos años. Sus tres pisos sobresalían en la calle, cada uno un poco más avanzado que el inferior; de piedra el primero, de ladrillo el segundo y de madera el tercero. La entrada principal tenía doble puerta, como las de un establo.

El sol se había puesto, pero el interior estaba iluminado; alguien había encendido las lámparas. Al parecer, habían entrado directamente por la cocina.

—La casa está dispuesta a conveniencia de mi hijo —explicaba Gaida—. Aquí está su dormitorio. —Señaló una puerta doble al otro lado de la habitación—. La sala de estar, arriba. Tú te quedarás en el tercer piso, bajo el alero.

Antes de que Tess pudiera responder, un rechinar y chirriar proveniente

de la habitación contigua le erizó los pelos de los brazos. Lanzó una mirada a Gaida, cuya velluda barbilla se arrugó con inquietud.

Se abrieron a la vez las dos hojas de la puerta, y entonces se detuvo en la entrada un hombre con ocho piernas.

Tess ni gritó ni dio un respingo; si se asustó, fue sólo un momento. Primero advirtió que las patas de araña no eran del hombre, sino de la silla de hierro en la que estaba sentado; sus propias piernas, delgadas como palillos, las tenía recogidas debajo de él. Al instante siguiente, se dio cuenta de que ya había visto antes a ese hombre.

La silla andadora se la había construido santa Blanche, en agradecimiento por su servicio a Ninys antes de la guerra. Había sido heraldo y guía de Seraphina cuando tuvo que reunir a los demás semidragones. Cuando Tess tenía doce años, había ido a Villa Lavonda a visitar a Seraphina; la familia lo había conocido en casa de la embajadora ninysh, Dama santa Okra Carmine. La silla era toda una novedad, una maravilla de la ingeniería; era lo único de lo que se hablaba. Pero a Tess le impresionó más su rostro y la sombra de dolor bajo sus ojos cuando miraba a Seraphina.

La chica estaba convencida de que se había enamorado de la semidragona. Había hecho un largo viaje a Goredd para volver a verla y ella le había roto el corazón.

Ahora no parecía acongojado. De hecho, tenía muy buen aspecto, con el largo cabello rojizo atado atrás, la barba cuidada y sus alegres ojos azules. No conseguía recordar su nombre.

Gaida la salvó del apuro:

—He traído a casa un posible huésped, Josquin. Una dama, a pesar de su apariencia. Se llama...

Tess le había dado su nombre a Gaida, pero la memoria de la anciana no lo había retenido.

—Tess —intervino ella, dando un paso adelante y estrechando la mano de Josquin—. Tess Dombegh.

—¡Dombegh! —exclamó. Había olvidado lo profunda y agradable que era su voz—. Siempre es un placer escuchar ese apellido —agregó en goredi—. Confío en que tu hermana esté bien.

Tess no sabía bien qué contestar.

—Ha tenido una hija —comenzó débilmente.

—Conque era de ella, no de la reina —dijo Josquin—. Me lo preguntaba.

—Al menos, eso creo —dijo Tess, sin saber de qué estaba enterado y de qué no—. Hace seis meses que no paso por casa, pero vi a Seraphina embarazada.

—¿Y estás segura de que no puede haberlo tenido la reina en este tiempo? —preguntó Josquin con una sonrisa que sugería que sabía bastante. Tal vez más que ella.

—Nunca estoy segura de nada relacionado con esos tres —replicó Tess secamente—; y así lo prefieren ellos.

Josquin echó la cabeza hacia atrás y se rio. Gaida, que no hablaba goredi, se estaba impacientando.

—Si lo conocías, ¿por qué no lo has dicho? —gruñó. Al parecer, se había olvidado de que no había mencionado su nombre—. No lo niegues. Al final todas las mujeres se las apañan para conocerlo, no entiendo cómo.

—Hablan entre ellas, madre —comentó Josquin mientras Gaida acompañaba a Tess al piso de arriba—. Dicen: «Qué hombre tan bueno y

educado ha criado madre Gaida. ¿Y has visto qué piernas tan maravillosas tiene?». No podemos evitar que hablen. Podría ser menos cortés, supongo.

—Bribón —murmuró Gaida por lo bajo, pero sonriendo.

Tess se instaló enseguida; la habitación del ático era pequeña y ella sólo llevaba su hatillo. Bajó a disfrutar de un estofado y pan crujiente, un esfuerzo conjunto de madre e hijo. Tess saboreó cada bocado y ayudó a fregar los platos. Más tarde, Gaida dijo: —Será mejor que hables con él y te informes de lo que tienes que hacer. Piensa en si te interesa el trabajo. Está claro que ya os lleváis bien. —Frunció los labios con recelo—. Pero sólo de momento. Necesita atenciones, y las atenciones son trabajo. Puede que resultes ser demasiado delicada para eso. Ya veremos.

Gaida subió las escaleras con paso inseguro. Josquin, haciendo una seña a Tess para que lo siguiera, se dirigió a su habitación acompañado de ruidos metálicos. Cerró las puertas tras ellos con una barra. Un extremo de la estancia estaba acondicionado como estudio, con un amplio escritorio y estanterías; en el otro extremo, había una cama con barandilla y una enorme bañera redonda con una reluciente caldera detrás.

—Más artesanía de santa Blanche —explicó Josquin al percatarse de dónde se demoraban sus ojos—. Puedo llenarla yo solo con una bomba del pozo, pero alimentar el fuego me cuesta mucho.

—Tienes la suerte de contar con la atención personal de una santa viva —contestó Tess, y cayó tarde en la cuenta de que el «santa» podía recordarle a Seraphina. No quería entristecerlo ni inducirlo a una comparación de la que sólo podía salir perdiendo.

—Blanche se siente culpable por haber intentado matarme la primera vez que nos vimos. —Dirigió su silla a través de la habitación hacia otro par de

puertas—. También construyó el retrete del patio. Puedo utilizarlo sin ayuda, a menos que haya nieve.

—Encender la caldera; palear la nieve. ¿Qué más debo hacer? —preguntó Tess, y se cruzó los brazos—. Tu madre ha insinuado algo, pero no ha especificado nada.

—No hay mucho que añadir. —Josquin se puso serio—. La casa está acondicionada para que pueda valerme. No soy un inválido. —Su silla se desplazó lateralmente hacia el escritorio, donde se puso a ordenar los papeles—. A decir verdad, la que necesita ayuda es mi anciana madre. Se exige demasiado. Tengo que insistir para que me deje ayudar en la cocina; no quiere ni oír hablar de mudarse a una casa más pequeña. Te agradeceré cualquier cosa que hagas por ella: retirar la basura, llevarla del brazo en la escalera...

Tess miró por encima del hombro los papeles que estaba revolviendo. Parecían versos, pero él los retiró demasiado deprisa para poder leerlos. Se apoyó contra el escritorio.

—A tu madre le preocupaba que no tuviera suficiente fuerza para sacarte del baño; me la he echado al hombro y eso la ha convencido.

—Me habría gustado verlo. Supongo que no tendrás pensado hacerlo otra vez, ¿verdad?

—Me odiaría —replicó Tess—, y necesito un lugar donde quedarme. También quiero ganarme el sustento como es debido. Puedes hacerlo todo sin ayuda, pero no tienes por qué hacerlo siempre. No soy aprensiva y eso no me asusta. He visto hombres desnudos antes.

Josquin, que había cogido un mazo de cartas de la esquina del escritorio, dejó de barajarlas.

—Vas directa al grano.

—Olvida mis figurados remilgos, nada más —dijo Tess, tamborileando ligeramente sobre el escritorio—. He pasado dos meses con una cuadrilla haciendo una calzada, he volteado heno, limpiado establos, ayudado a cuidar a un viejo senil... —Se besó un nudillo hacia el cielo—. Mis remilgos se han quedado en algún lugar del camino.

Josquin la miró con renovado interés.

—No me gusta meterme en vida de otros, pero recuerdo a tu familia y no puedo evitar preguntarte: ¿por qué te has ido de casa? Supongo que no para trabajar en una cuadrilla de caminos.

Tess abrió la boca y, al no estar segura de hasta dónde confiar en él, volvió a cerrarla.

—Sólo estoy recorriendo el camino, buscando razones para seguir caminando.

—El camino se convierte en su propia razón, ¿no? —susurró Josquin, y Tess lo miró a los ojos, sorprendida—. He sido heraldo durante diez años, he cabalgado por todo Ninys y lo que más echo de menos no es el uso de mis piernas, sino el camino en sí. La perspectiva de cada revuelta, el horizonte siempre fuera de alcance. —Se puso sentimental—. Debes de tener alguna buena historia que contar.

—Tengo todas las historias —dijo Tess con vehemencia. Había encontrado un camarada cuyo viaje se había visto interrumpido por las circunstancias, y lo lamentó por él—. Si es así como puedo ayudarte, trayéndote el camino, te las contaré una por una. Dos veces si es necesario.

Josquin se echó a reír y bajó la mirada. Seguía barajando las cartas con sus grandes manos, competentes y precisas.

—Me encantaría. Aceptaría con gusto esa ayuda.

π

Tess encontró su lugar muy rápido. La rutina se ajustaba a su alrededor, como un río en torno a una nueva roca. Se levantaba antes del amanecer para preparar el desayuno de todos. Iba con Gaida al taller mientras Josquin se entretenía leyendo y escribiendo; volvían a casa para el almuerzo (competencia de Gaida) y más tarde para la cena (que Josquin había declarado oficialmente suya). Por las noches, Josquin se daba su baño, una larga inmersión terapéutica en la pila de santa Blanche. Tess terminó supervisándolo porque la anciana se puso firme. El mayor terror de Gaida era que su hijo se golpeará la cabeza en el baño y se ahogara.

A Tess le era difícil censurarla. Había hecho realidad el peor de los temores de su propia madre trayendo al mundo un bastardo; si podía aliviar el ánimo de Gaida con tan poco esfuerzo, lo haría.

Al principio, Josquin se mostró algo adusto al respecto. Tess le preguntaba, conforme a las instrucciones de Gaida, si necesitaba ayuda para meterse y después para salir, a lo que él contestaba con sequedad que no era un niño.

A Tess no le importaba la negativa; no era más que protocolo. En realidad, estaba allí para contarle historias. Si el baño se enfriaba antes de que Josquin se acordara de salir, Tess lo tomaba como señal de que el relato había sido bueno y se sentía satisfecha de estar cumpliendo su papel.

—¿No es un panorama encantador? —preguntó Gaida una noche en que se demoraban alrededor de la chimenea, demasiado llenos para subir al piso de arriba—. Te has adaptado bien, querida. Rebecca nunca hizo esa clase de

esfuerzo.

—Madre —dijo Josquin a manera de advertencia.

Pero el oído de Tess se había puesto alerta.

—¿Quién es Rebecca?

—Oh, era la anterior cuidadora de Jos —explicó Gaida, rebañando el fondo de su tazón vacío con la cuchara—. Una comadrona de los Archipiélagos; siempre iba de aquí para allá, atendiendo a sus pacientes antes que a mi Jos. Nunca me cayó bien.

—Tú la querías, ma —intervino Josquin con voz cansada.

—¡De eso nada! Yo supuse que, al no encontrar a un hombre que lo hiciera, ella podría atenderte, dado que era ruda y ordinaria como un patán. Aunque algo me decía que traería problemas. Con los pelagueses siempre los hay. No me sorprendí en absoluto cuando se marchó y te rompió el corazón.

—¿Te das cuenta de que Tess nos dejará en primavera? —dijo Josquin, frotándose el cuello—. Lo ha mencionado varias veces.

—¿Qué? Oh, ya sé que lo ha dicho. —Gaida se puso de repente nerviosa—. Pero aún falta mucho para la primavera. No hay que pensar en eso ahora.

Tess escuchaba con cierta diversión y, cuando Josquin se retiró a su baño, lo siguió con una sonrisa.

—Así que Rebecca... —comentó mientras alimentaba el fuego. Intentó no sonar burlona, pero fracasó casi con seguridad—. Los dos erais..., bueno...

—Sí —respondió Josquin, y se quitó la camisa.

Entonces Tess supo que había sido demasiado vaga. Había varias

preguntas no formuladas a las que él podía haber respondido. ¿Lo eran? Sí, lo eran.

—Madre esperaba que Rebecca se casara conmigo —continuó. Tess, detrás de la caldera, pudo advertir la sonrisa en su voz—: Vino aquí a estudiar y luego llegó el momento de regresar a casa. Es algo que siempre sucede, me dijo; yo lo sabía, pero frustró las esperanzas de mi madre.

—¿También voy a frustrarlas yo cuando me vaya? —preguntó Tess mientras daba unos golpecitos al indicador de temperatura y abría el grifo.

—Desde luego —respondió con tono jovial. Hubo una larga pausa mientras se quitaba los pantalones, una tarea bastante ardua desde su trono de patas de araña—. Es inevitable —declaró al fin al tiempo que ponía los pantalones cuidadosamente doblados sobre la cama y hacía una seña a Tess para que trajera dos toallas enormes—. Le asusta la idea de morir y dejarme solo del todo.

El rostro de Tess debió de reflejar la misma preocupación, porque se apresuró a añadir: —No estaré solo, Tess. Siempre he sabido hacer y retener amigos. No tienes que preocuparte y no tienes que quedarte aquí más allá de tus propias intenciones.

Tess asintió, un poco nerviosa ahora que estaba completamente desnudo. Por lo general, se ocultaba detrás de la caldera durante esa parte, pero habían estado conversando y él había dejado las toallas en el otro lado de la habitación y... Ella podía darse la vuelta ahora mismo. Podía hacerlo en cualquier momento. Era completamente libre de recuperar sus buenas maneras, comenzando en ese mismo instante. O incluso en el siguiente.

No obstante, estaba un poco impresionada por cómo se alzaba con las manos para salir de la silla, cómo se asía a las patas de araña y luego a los

agarraderos de la bañera, y con un balanceo se metía en el agua. Tenía el suficiente dominio de sus piernas para tensarlas y pasarlas por encima del borde; le ayudaban a controlar su descenso. Sus brazos eran enjutos pero fuertes; Tess podía ver trabajar cada músculo de sus hombros.

Observó toda la operación, fascinada, y luego se forzó a mirar hacia el rincón de la estancia.

—¿Qué puedo contarte esta noche? —murmuró pensativa, aunque ya sabía lo que quería contarle. Lo había estado posponiendo; lo había ensayado mentalmente. Las palabras no iban con la historia y necesitaba pronunciarlas en voz alta antes de llevarla a la Academia—. De niña, mi mejor amigo era un quigutl —comenzó—. Contaba historias sobre siete grandes serpientes que habitaban bajo la superficie del mundo. Siempre supuse que eran un mito.

Josquin cerró los ojos y se hundió en el agua hasta la barbilla.

Y así fue como le habló a Josquin de su búsqueda, con algunas omisiones: que había ido a San Bert con la esperanza de aprender más; que sólo Val pareció creerla; que habían planeado ir juntos a buscar las Serpientes del Mundo, pero que eso se había ido al traste (no entró en detalles); que había decidido buscar una por su cuenta después de escapar de casa (sentía cierta ternura respecto a la peregrinación de Piztka, por lo que la pasó por alto); que había caído en un hoyo y había visto al animal; que había seguido a la serpiente hasta su guarida; que se había topado con un monje afligido y, finalmente, que a la biblioteca de Santi Prudia se la había tragado la tierra.

Josquin escuchaba sin interrumpir. Tess paseaba por la habitación mientras lo contaba, del escritorio a la cama y viceversa, hasta que se sentó en el taburete junto a la bañera, con las toallas. El cuerpo de Josquin parecía pálido y retorcido bajo el agua, como un extraño pez.

Tess apoyó los codos sobre las rodillas.

—Quiero presentar el descubrimiento a la Academia. ¿Tú qué opinas?
¿Te parece creíble?

Josquin abrió sus ojos azules con seriedad.

—Yo te creo, pero la manera en que lo expones es un poco personal para una presentación formal. Ten en cuenta que lo estarás haciendo ante cientos de extraños.

—¿Personal? —exclamó Tess. Era precisamente lo que había tratado de evitar al omitir la empresa de Piztka, Val, Julian/Dormidio..., y ceñirse a los hechos—. ¿Qué parte ves personal?

Josquin expelió aire de los pulmones, formando ondas en la superficie del agua.

—No sé cómo llamarla. ¿La parte de revelación-extática-con-monje?

—Esa es la más importante —afirmó Tess, y se cruzó de brazos.

—Importante para ti —respondió él con delicadeza—. La Academia no siempre es comprensiva con esa clase de cosas. Si se ponen sarcásticos, te lastimarán.

Tess se echó a reír.

—Tengo una máscara que ponerme. Iré como Tespuco. Él puede hacerles frente.

Josquin alzó la vista al cielo.

—¿Sabes que ese nombre es demasiado soez?

—Disfruto con él —reconoció Tess con arrogancia.

—Si vas con un nombre falso, al menos elige uno más digno. ¿Cuál es el

otro que asumes a veces? ¿Hermano No-sé-qué?

—¿Hermano Jacomo? —Tess negó con la cabeza—. Para eso no. Es demasiado serio; Jacomo intenta desesperadamente no ser el terrible clérigo que en el fondo sabe que es. Si se burlasen, lo tomaría como algo personal. Tespuco es descarado y audaz. A él no le afectará.

—Si tú lo dices... —contestó Josquin, a todas luces poco convencido.

—De todos modos —añadió Tess, desechándolo con un ademán—, no van a pensar dos veces en las partes personales, sobre todo habiendo tantos hechos significativos que tomar en consideración. ¿Cómo resplandece? ¿Qué come? ¿Cómo me curó?

Soltó la última pregunta antes de caer en que Josquin sería especialmente sensible a ese tema. De hecho, había esperado que le preguntara sobre la curación, y sólo ahora se le ocurrió que quizá su silencio significara algo, pero ¿qué?

—No sé si sería posible... recoger sangre suya o algo así —balbució Tess—. Aunque ¿me curó la sangre o fue el tacto con la serpiente lo...?

Josquin frunció los labios y no dijo nada; sus dedos tamborileaban sobre el borde de la bañera.

No parecía esperanzado ni emocionado; ni siquiera mostraba particular interés en tal perspectiva. Tess trató de encontrarle sentido y no pudo. Había supuesto..., había supuesto que Angelica estaría agradecida. Tal vez hacer suposiciones no era la mejor manera de comprender las cosas.

—¿Querías curarte si consiguiéramos averiguar cómo? —preguntó Tess con voz serena.

Josquin alzó la mirada hacia ella, una mirada con innumerables matices.

Tess aguardó sus palabras.

—No lo sé —dijo por fin—. Debería, y quizá lo haga algún día, pero... No sé cómo hacer que lo comprendas. En un mal día, y de esos ha habido muchos, podría haber dicho: sí, por favor, mueve tu varita y haz que desaparezca. Pero ¿ahora? Siento parecer desagradecido, pero la idea me resulta ofensiva; es como si dijeras: «Todo tu sufrimiento ha sido un error. Toma, recupera todo». Excepto que no sería todo; no incluiría el tiempo ni el sufrimiento, ni los mil aspectos en los que he cambiado. —Se desplazó en el agua—. No lo desearía, Tess; pero tampoco estoy seguro de no desearlo. ¿Tiene eso algún sentido?

Tess no pudo hablar. Se acordó de la condesa Margarethe, abalanzándose como un hada madrina con todas las esperanzas abandonadas de Tess en una fuente, y recordó su propia reacción.

La mano de Josquin aún estaba en el borde de la bañera. Tess posó la suya encima y se la apretó. Y ese fue el comienzo, aunque ninguno de los dos lo sabía aún.

25

Tess, que estaba muy ocupada con el bordado, no se enteró al principio de que Josquin no permanecía en casa todo el día. Daba por supuesto que era un inválido; él había mencionado que tenía amigos, pero pensaba que venían a verlo a él y no al revés. Sólo cuando advirtió que Gaida nunca iba a la compra y que siempre había comida en casa, comenzó a sospechar que Josquin tenía toda una vida fuera de casa.

a la Sala de Archivos o a la Librea Moteada, donde bebían los miembros proyectos de la Hermandad de Heraldos.

Si no tenía libre la tarde, enseguida aprendió a conseguirla diciéndole a Gaida: «Josquin me ha pedido que...».

—Por supuesto —respondía Gaida—. Ve.

Josquin conocía a los maestros de la Academia ninysh.

—Cuando eres un milagro de la medicina y la ingeniería —le explicó a Tess mientras lo seguía por el mercado con la cesta de la compra—, es natural que todos quieran echarte un buen vistazo. Yo debía haber muerto, si no por la herida, por la infección. Entre el doctor Belestros y santa Blanche, he sido tema puntero en más de veinte conferencias.

Tess lo miró de soslayo.

—¿Puntero? Eso suele dejar de ser novedad rápidamente.

—Desde luego, pero santa Blanche es un encanto y no puedo reprocharle nada. Además, es importante. Gracias a mi beneplácito como paciente, se salvarán otros. Es bajo el precio que hay que pagar.

más de lo que parecía.

Tess limpió una manzana en su jubón.

—¿Podrías conseguirle una invitación a Tespuco para hablar?

—Puedo informar a Tespuco, si ese es su verdadero nombre, de que el Supremo Gran Maestro Pasiofloria desea que le hagan las peticiones por escrito.

Cuando llegaron a casa, Tess se puso directamente a ello, invadiendo el escritorio de Josquin. Él apenas tuvo tiempo de esconder su poesía.

—El que se va a comer deja sus versos leer —dijo Tess mientras Josquin le arrebatava notas, correspondencia y poemas repletos de comentarios garabateados.

rdida de Seraphina; lo único que pretendía era tomarle el pelo.

—¿Qué letra usaría Tespuco? —se preguntó—. Alguna audaz y masculina.

A modo de prueba, escribió con diversas caligrafías: «Me lancé y me abrí camino a través de Iboia».

—¿Cuál es tu letra? —inquirió Josquin mientras ordenaba su trabajo en diferentes estantes.

—Todas.

Tess eligió la más masculina y se puso a trabajar.

Firmó su larga petición con: «Tespuco el Explorador».

—Pareces un personaje de un cuento infantil —bromeó Josquin, pero Tess no desistió.

El maestro Pasiofloria respondió dos días después, expresando ligeras dudas sobre su historia. Tess le envió una escama del Gran Escalofrío del

tamaño de un tazón, un boceto de Santi Prudia y las cavernas de debajo, y al final, como añadido, un dibujo de Anazzuzia de lo más deficiente.

Una semana tardó en contestar el Supremo Gran Maestro, y Tess ya pensaba que su solicitud había sido denegada. Sin embargo, cuando llegó la respuesta, decía que se le había reservado un hueco para que diese una conferencia ante la asamblea en el Gran Odeón dentro de tres semanas. Escribió una amable nota de aceptación con la mejor letra formal de Tespuco y, de manera menos formal, bailó alrededor del cuarto de Josquin; él la observó con una chispa de afectuosa diversión en los ojos.

Josquin había recurrido a sus viejos camaradas de la Hermandad de Heraldos para entregar las misivas.

—Necesitamos el trabajo —le dijo a ella cuando se dirigían a la Librea Moteada—. Ahora que los zmibs se han vuelto tan comunes, nuestras filas están disminuyendo. Seguimos acompañando a los dignatarios, pero ya no somos la forma más rápida de transmitir noticias.

Tess reparó en los pronombres en primera persona. Todavía se consideraba un heraldo en el fondo de su corazón.

Llevar las cartas le brindó una excusa a Josquin para pasar una tarde con los veteranos, aunque no necesitaba ninguna. Además de poesías, estaba escribiendo una historia sobre los heraldos ninysh, por lo que acudía varias veces a la semana a tomar notas y beber cerveza alrededor de las endeble mesas verdes.

A Tess le gustaba ir a escuchar. Los viejos heraldos habían recorrido todos los caminos de Ninys, y había algo reconfortante y familiar en sus historias. El Camino los llevó de aventura en aventura; conocieron personajes curiosos, los dejaron atrás y los volvieron a encontrar. Tess casi podía ver la

trama y la urdimbre de un gran tapiz, el mundo, entretejiéndose a medida que hablaban.

En ocasiones, los relatos se ponían procaces. La presencia de Tess no parecía disuadir a nadie de contar tales historias; ella sólo esperaba que Josquin no advirtiese que se sonrojaba. De hecho, las narraciones obscenas de Josquin eran en cierto modo las peores. No porque entrase en detalles lascivos (él no era de los que se regodeaban hablando de senos henchidos o nalgas voluptuosas), pero era indefectiblemente franco. Si se hubiera pintado a sí mismo como un héroe romántico, ella habría podido imaginar que estaba hablando de otra persona. Su transparencia le hacía sentirse incómodamente conmovida.

—Dime una cosa —le dijo un día mientras volvían a casa a hacerle la cena a Gaida. Por encima de ellos, el cielo de finales del otoño formaba un arco claro y azul—. ¿Has tenido muchas amantes?

—¿Cuántas son muchas? —preguntó él—. ¿Más de seis? ¿Menos de ocho? En ese caso, sí. La mayoría de ellas después del accidente, si esa es tu verdadera pregunta.

Tess lo miró boquiabierta; tenía que haber sabido que sería sincero y directo.

—Pero... ¿tienes hijos bastardos? Seguro que sí.

—¡Por favor! Espero que no. Nadie me ha dicho nunca que los tuviera —comentó, y levantó ligeramente las cejas como si nunca se le hubiera pasado por la cabeza—. Eso es bastante fácil de evitar.

Tess arrugó el entrecejo al oír la palabra «fácil».

—Recuérdame un día que te muestre la «canastilla de bebé» de Rebecca —añadió él—. Las parteras saben de estas cosas; ella siempre tenía una

montaña de hierbas..., resina de pesario porphyriana, como la llamáis.

Tess no habría sido capaz de nombrar nada de eso y se sintió un poco perpleja de que él mencionara esas cosas con total despreocupación, como si fueran de lo más corriente. En el fondo de su alma, ardió una pequeña llama de ira. Habría podido utilizar esa información, tiempo atrás, si alguien hubiera considerado oportuno comunicársela. Frunció el ceño, pero no tenía intención de recordarle que le mostrara la canastilla.

Y sin embargo...

Como la metafórica gata que era, acuciada por la curiosidad, al final venció su mortificación y se lo pidió. Josquin le mostró todo lo que había en la canasta y le explicó para qué servía. Tess aprendió palabras nuevas y se puso roja como una remolacha; Josquin fingió bondadosamente no darse cuenta.

π

Fue inevitable que Tess comenzara a sentir algo por Josquin que preferiría no haber sentido.

No era sólo porque fuese tan sincero respecto a sus amantes y estuviera tan dispuesto a contestar a sus preguntas, aunque sin duda eso contribuía. Tess veía a Josquin desnudo casi todos los días. Era guapo, no se podía negar, aunque sus piernas fuesen delgadas y su equipo, extravagante. Esto no era un eufemismo: tenía diversos aparatos que lo ayudaban a vivir (bragueros, tubos, catéteres) diseñados e instalados por santa Blanche. Al principio, Tess había fingido no verlo, pero al cabo de un tiempo ya no le parecía más grotesco que cualquier otra cosa que mostrara un cuerpo normal: tendones, sangre o huesos. Había poesía en ello, y comedia, y mucha menos tragedia de lo que

ella habría imaginado.

—El cuerpo es siempre un deshonor para cada uno de nosotros —decía Josquin cuando el suyo se ponía difícil—. Estoy trabajando en un poema al respecto: «Somos flatulencias del Cielo, benditas sean nuestras escurridizas entrañas».

A continuación, Tess cantaba: «La carne no es más que un costal de Dios», y Josquin reía a carcajadas. Aquella risa lo valía todo. En esos momentos, lo habría besado.

Se esforzaba mucho para no hacerlo.

No porque temiese que no le gustara; le aterrizzaba que lo hiciera y no ser ella lo bastante fuerte o no mostrarse lo bastante entera para evitar que el pasado levantara la cabeza y la mordiera. Volvería a tener de repente trece años (contra su voluntad) y cruzaría esa última línea, incapaz de respirar...

el *oubliette* de su cerebro, aún medraban algunas pesadillas y no estaba preparada para asomarse. Nunca lo estaría. Josquin le tocaba casualmente la mano al servir la cena... O necesitaba que lo ayudara a desabrocharse una hebilla problemática del jubón y... O ella se ofrecía a frotarle la espalda, pero dejaba caer el cepillo, y entonces...

¿Qué contenían esas elipsis? No se atrevía a poner en palabras lo que venía a continuación.

La cura para los pensamientos pecaminosos, sabía ella bien, era la Invocación de san Vitt: «Contra los demonios de la carne». Había tenido que aprenderla de memoria, aunque mamá afirmaba que sólo los hombres la necesitaban de verdad.

—Puede que tu futuro marido no la conozca —le había advertido mamá—. Quizá te toque a ti enseñársela.

San Vitt, sálvame, pues he pecado con el pensamiento. El placer es engaño, el deseo es egoísmo y la lascivia nos aparta de nuestro propósito, la mayor gloria del Cielo. Soy carne, y la carne es para los gusanos; no merece desear. Pongo en tus manos mis deseos para que los destruyas sobre el Yunque de la Virtud».

Y seguía una triste retahíla de recriminaciones y remordimientos. Tess rara vez pasaba del Yunque de la Virtud, que le provocaba un incontrolado ataque de risa por lo gracioso que era. La risa le traía cierto alivio, pero no el suficiente. No podía dormir.

Entonces, un día Josquin tiró su tintero a la bañera; la culpa fue de Tess, que lo puso junto a su codo en la tabla del baño sin advertirle que estaba allí. Había querido anticiparse a dárselo antes de que lo pidiera. El caso es que se derramó en el agua, lo que hizo que urgiera sacar a Josquin antes de que se tiñera de color azul oscuro. Tess retiró rápidamente sus papeles de escritura y la tabla sin percance. Él salió por sí mismo de la bañera, pero necesitó ayuda para secarse. Josquin, que sabía encajar los contratiempos, reía mientras Tess le frotaba las partes difíciles de alcanzar.

A la hora de acostarse, sola en su habitación, todavía lo secaba en su mente. Su textura era reciente y vívida, así como el peso, la flexibilidad, la tensión. También su olor, y recordaba la risa resonando en sus oídos, la calidez. Se imaginó besando esa boca (lo había anhelado en el momento, lo había tenido muy cerca); lo suaves que serían sus labios, lo dulces...

Lo deseaba. Ahí estaba, el pensamiento impensable.

Por los Santos del Cielo, no podía seguir así. No podía bajar corriendo y abalanzarse sobre él, y la Invocación de san Vitt era inútil. Por lo general, resolvía o eludía esa lucha interna, pero su confuso deseo por Josquin la hizo retroceder; su naturaleza sórdida siempre se enfrentaba a su deseo de ser

buena. Se estuvo revolviendo desesperadamente en la cama como una trucha fuera del agua, hasta que le vinieron de golpe dos recuerdos a la vez.

Philomela diciendo: «Nunca hay sólo dos opciones. Eso es una mentira para impedir que pienses demasiado a fondo».

Y el segundo era lo que Querida Dulsia había dicho antes de que los dolorosos recuerdos de Tess la interrumpieran. Estaba demasiado molesta para escuchar y, sin embargo, había retenido las palabras, porque ahí estaban, surgiendo en el instante de necesidad: «Tu cuerpo es tuyo, su disfrute es tuyo y nunca debes permitir que nadie, ni siquiera un santo, te prive de él».

Dos mujeres de su viaje: polos opuestos, ¿o no? Ambas trabajaban con cuerpos y daban consejos; había más similitudes entre la monja y la prostituta de lo que hubiera imaginado. ¿Y si esos polos no fueran excluyentes? ¿Qué pasaría si los opuestos pudieran combinarse y trascender, aceptada la paradoja, una vida entera vivida de forma contradictoria?

Parpadeó y por un segundo lo vislumbró de nuevo, una impresión en la retina de fuego azul pálido. La vida en la ciudad la tenía tan atareada que había olvidado esa otra sensación, la de ser libre de elegir.

Esa vez tenía licencia para dejar que su cuerpo actuara y tuviera lo que quería. No había desterrado a Josquin con aquella reflexión; regresó a ella, lleno y glorioso y resplandeciente como el sol. Tocó lo que requería que se tocara y dejó volar su imaginación a donde quisiera.

era como toda la belleza del mundo canalizada de golpe por su columna. Como ser alcanzada por un relámpago hecho música. Sintió que se derretía hasta las extremidades.

Las lágrimas afluyeron a sus ojos. Nadie se lo había contado. Era el cuerpo. Todo. Nada.

Ahí.

más de recomponerse, como caminar o voltear heno. Bueno, más placentero que voltear el heno.

Mamá había sido bastante clara: los hombres podían disfrutar de sus deseos corporales, pero el destino de la mujer era el deber y el dolor (pese a que, era de suponer, una obtenía placer cumpliendo con el deber y sabiendo qué recompensas le esperaban más tarde). Tess se preguntaba si su madre había experimentado eso alguna vez. No pudo. ¿Cómo habría dejado de mencionarlo si lo hubiese sabido?

Era posible tener hijos y, sin embargo, no saberlo. Ella misma era la prueba.

Cuando ya se estaba quedando dormida, le vino de improviso, de manera hilarante, la idea de que debería contárselo a su madre. Debería contárselo a todos, predicar la palabra en las esquinas. Aquello era absurdo, por supuesto. Era más personal incluso que Anazzuzzia. Tampoco tenía el descaro de mencionar ese santo misterio en público.

En todo caso, todavía no.

π

Dos semanas antes del Año Nuevo, Tess dio su conferencia en la Academia.

Josquin le prestó su mejor jubón. Estaba un poco pasado de moda (se excusó él; Tess, como goreddi, nunca había visto ninguno similar), pero tenía buen corte, de terciopelo marrón oscuro con mangas acuchilladas, bajo cuyas aberturas se veía un satén rojo. Uno podía casarse llevando puesto un jubón así. Tess puso la cabeza hacia abajo sobre un cubo y se cortó el cabello un

poco más; Josquin lo llevaba largo, pero también tenía barba y una fuerte mandíbula.

Josquin chascó la lengua, no porque se trasquilara el pelo, sino por insistir en presentarse como Tespuco.

—No lo comprendes —le espetó ella, sacudiendo la cabeza y mirándose en el espejo. Parecía revuelta por el viento de un modo dramático, lo que la dejó bastante satisfecha—. Es mejor que siga fingiendo que soy un hombre. Ya he sido antes la única chica entre naturalistas. Jamás me tomaron en serio o, si simulaban hacerlo, buscaban algo a cambio.

—No todos son así —comenzó Josquin, pero se interrumpió cuando Tess le dirigió una mirada.

—Muy bien, digamos que no. Aun así, yo no soy extrovertida y sociable como tú. Tespuco es un escudo tras el que esconderme mientras hablo. Me da valor.

—Para eso podrías probar con una copa de vino —sugirió Josquin, y se quitó una pelusa de la manga.

—Por supuesto que no —replicó Tess, que tenía sus razones. Le cogió impulsivamente la mano y se la apretó—. Si tomara el suficiente vino para dominar mis miedos, se me olvidaría el discurso por completo.

Josquin le devolvió el apretón.

—Ojalá pudiera ir contigo y ser tu vino.

La forma en que lo dijo le llenó de júbilo el corazón, y fue igual de bueno.

Él no podía ir porque habían caído las primeras nieves y a su silla mecánica no le gustaba subir la cuesta resbaladiza. Tampoco a Tess le

gustaba mucho. Contrató a un joven mozo de cuerda con trineo para que le llevara los accesorios y dibujos a través de la ciudad, y ella fue a su lado, llena de entusiasmo, dando puntapiés a las pellas de nieve.

A diferencia de la de San Bert, la Academia ninysh no era una iglesia reconstruida, sino que se había erigido para albergar a los pensadores y sus experimentos. Contaba con un gran anfiteatro y un salón de baile, laboratorios con relucientes mostradores de esteatita, una biblioteca, una colección de animales raros, una cafetería (que proporcionaba sustento a cerebros eruditos) y un anfiteatro más pequeño para los debates (el Debatidero, lo llamaban algunos, a pesar de que era un nombre estúpido). Una cúpula enorme, pura racionalidad expresada en piedra, coronaba el edificio. Cada peldaño de la entrada tenía incrustada una virtud científica con mármol diferente: «Razón», «Escepticismo», «Empirismo», «Diligencia». Parecían admoniciones bajo los pies; de hecho, resultaba difícil pisar nombres tan portentosos sin sentirse una inepta.

Tess titubeó ante los peldaños, como muchas almas sensibles antes, calibrando su mérito para ascender. Se pegó a un lado y subió sin pisar ninguna de las palabras.

Con ayuda de Josquin, había preparado dibujos y diagramas en grandes lienzos, visibles desde el fondo del anfiteatro: una versión del mapa que le envió al maestro Pasiofloria, una pintura que intentaba captar cómo había brillado Anazzuzzia en la oscuridad y un diagrama de la cámara completa con dimensiones inventadas. Podría tener kilómetro y medio de profundidad, ¿no? Parecía plausible para ella, que se había perdido alguna conferencia sobre la importancia de la medición y la instrumentación precisas. Llevaba también la última escama pequeña y un colgante que sus compañeras bordadoras habían hecho para ella, que representaba el dibujo de la piel de

Anazzuzzia con colores chillones.

Como no había pronunciado nunca una conferencia formal, la había escrito entera y la había memorizado. Se había tomado muy en serio algunas sugerencias de Josquin y había omitido no sólo a Piztka, sino también a fray Mohosi y cualquier cosa que hiciera pensar que no iba con el único propósito de buscar a la serpiente. Eso conseguía que la historia estuviera más centrada, aunque la hiciese menos variada, profunda y veraz.

cómo todos contuvieron la respiración en un momento dado y cómo parpadearon las velas de la gran araña cuando soltaron el aire al unísono. hizo pasar por un peón caminero para indagar más y había conocido a un brillante geólogo que le facilitó la pieza que faltaba del rompecabezas (fue vaga respecto a esa pieza, pero al final repitió varias veces «Nicolas» con la esperanza de incrementar su reputación en la Academia; había olvidado que él despreciaba la institución).

Sólo vaciló cuando llegó la hora de describir a la serpiente, al percatarse de que el momento era todavía muy personal incluso sin Mohosi, incluso como Tespuco. Ciertamente su impresión principal (que ella no era nada, y el consuelo que le había aportado) era inexpresable ante tan filosófica asamblea. Su conclusión era opuesta a la ciencia; era especulativa, subjetiva, y no estaba demostrada.

Aun así, había contado la historia hasta ahí con tal vehemencia y entusiasmo que, cuando se quedó de repente sin palabras, no pareció importarle al público. Muchos habían aplaudido, conmovidos por su pasión. Estaban con ella; esperaron.

—Ahí la encontré —añadió Tess, con voz espesa y sobrecogida—. Debajo de la biblioteca del monasterio de Santi Prudia. Y caí de rodillas y lloré.

El anfiteatro estalló en un estremecedor aplauso.

π

Comoquiera que fuese, logró contar una historia convincente. Después, cuando los maestros de la Academia se acercaron a felicitarla y estrecharle la mano, cuando la mencionaron en la misma frase junto a las celebridades de la exploración ninysh, Nemadeaux y el capitán Foille, empezó a asimilar que la habían creído. Muchos académicos se habían mantenido escépticos respecto a que los viajes al sur (como el liderado por la Maestra Honoraria Margarethe, condesa Mardou) resultaran fructíferos y ahora parloteaban con entusiasmo. Anazzuzia sólo era el comienzo. Se decía que había siete criaturas de esas, y Ninys podría ser la primera tierra en descubrirlas todas.

—Sólo sus poderes curativos lo convierten en el mayor descubrimiento de nuestra vida, tal vez del siglo —declaró el maestro Pasiofloria—. ¿No os emocionan las implicaciones, doctor?

Quizás el médico al que se dirigía fuera un saar, porque se limitó a levantar una ceja.

—Está por ver... y por probar.

—Si pudiéramos embridarla de alguna manera —intervino un excitable erudito—, podríamos...

—Oh, hum. No —dijo Tess con cierta preocupación—. No es la clase de animal que se pueda embridar, caballeros. Es una fuerza de la naturaleza. Sería más fácil embridar la luna.

Todos rieron al oír esto y dejaron el asunto.

Uno de los maestros, un joven de cara chupada llamado Emmanuele, se

resistía a dar crédito a la historia de Tess.

—No vamos a dar credibilidad a este goreddi, ¿verdad? Nos toma por necios. ¿Qué clase de nombre es Tespuco para un hombre de ciencia? Huele a impostura, y lo voy a demostrar.

—Haced lo que queráis —contestó Tess con arrogancia—. Los monjes de Santi Prudia pueden corroborar mi historia. Preguntad por fray Mohosi o por el padre Livian, el abad. Ellos os lo dirán.

Tal vez el abad se enfadara por haberlo contado, pero ya no era su secreto para seguir manteniéndolo. Pensó que Mohosi lo comprendería.

—Es lo que voy a hacer —confirmó Emmanuele con desdén. Se alejó ofendido, apartando el aire con sus codos puntiagudos.

Cuando Tess volvió a casa, ya era de noche. Había dejado las ilustraciones, que eran lo mejor. Ningún mozo habría podido seguirla danzando y brincando de regreso a casa de Gaida.

La habían creído, habían sentido lo mismo que ella. Y apenas podía creérselo.

Entró; se habría dirigido al piso de arriba de no ser por la luz bajo la puerta de Josquin. Probablemente estuviera leyendo o escribiendo, pero llamó para ver si necesitaba algo.

Abrió un poco la puerta. Estaba echado en la cama, leyendo a la luz de la lámpara.

—Ya estás aquí. —Levantó la vista del libro. Ella se lo tomó como una invitación a entrar—. ¿Cómo ha ido?

—Menos aterrador de lo que me temía —respondió Tess, y cerró la puerta tras ella. Se quitó el elegante jubón y lo colgó en una pequeña percha

junto a la mesa—. Sus expediciones polares han resultado infructuosas, así que soy la primera exploradora en encontrar una, Josquin. La primerísima. — Hizo una cómica reverencia.

—Eso debe ser gratificante. —Le tendió una mano.

Ella se sentó en la cama a su lado. Él se movió hacia la pared para hacerle sitio. Impulsivamente, Tess se echó junto a él sobre la colcha, con la cabeza en la almohada; la forma en que solía tumbarse junto a Jeanne para sus conferencias nocturnas.

La forma en que se acomodaba con desparpajo junto a Val... Era una posición con historia variada.

Se giró para mirar a Josquin de frente; estaba muy cerca. Los cautivadores ojos azules, la boca tierna, la absurda barba roja. Se puso de costado, le acarició la mejilla y le besó en la frente. Él no retrocedió ante su caricia ni ante el beso, así que a continuación buscó su boca y encontró un puerto acogedor.

La realidad superó todos sus sueños. Se sintió iluminada.

—Comprendo —dijo Josquin cuando ella hizo una pausa para recuperar el aliento—. Es así, ¿verdad?

Tess respondió con más besos. Él sonrió contra su exigente boca.

—Tess —dijo, ablandándose. Entonces apartó la cara para poder hablar —: ¿Qué me estás pidiendo, cariño?

Ella interrumpió su asalto y apoyó la frente contra la suya.

—Ya lo sabes.

—Sí, pero ¿y tú? —Tomó su rostro entre sus manos y la obligó a mirarle a los ojos.

—Por supuesto —aseguró Tess, vibrantemente enardecida, abalanzándose otra vez sobre él y besándole su barba mullida. Era como estar ebria, pero mejor, todo más nítido en lugar de embotado.

—Espera, espera. Escúchame, cielo —dijo Josquin, amable—. Comprenderás, espero, que me tome esto muy en serio. Si es tu primera vez, es una responsabilidad que yo...

—No es mi primera vez —atajó Tess, sonrojándose. Odiaba confesarlo, pero no podía, en conciencia, dejar que la creyera mejor de lo que era.

Sus pálidas pestañas aletearon con confusión.

—Tus preguntas del otro día, sobre las hierbas de Rebecca, me hicieron pensar que eras inexperta.

Fue grosero citar a su exnovia en la cama. Tess sintió que se cerraba la caja fuerte donde guardaba su corazón. Se apartó, y él pareció deducir que había cosas de las que no le importaba hablar.

—Puede que me equivocara —añadió, y posó una mano sobre su antebrazo—, pero eres diez años más joven que yo, Tess. Si te hiciera daño, aun sin querer, tu hermana...

—Comprendo —respondió Tess, zafándose de su mano—. No has terminado con Seraphina.

Josquin emitió una breve carcajada.

—¿Terminar con ella? Es una de mis más queridas amigas. Analiza mi poesía mejor que nadie. ¡No permita el Cielo que termine con ella! Quería decir que me mataría si te hiciera daño. Me daría caza, y mi incapacidad no iba a ganar la menor clemencia de sus manos.

Seraphina no había dado caza a Val, recordó Tess con amargura, después

de que él hubiese... La cuestión no era lo que le había hecho. La había herido, y nadie la había ayudado. Entre él, Seraphina y Rebecca, había demasiada gente en la cama.

Tess se retorció y se frotó los ojos como si estuviera cansada para que Josquin no viera brotar las lágrimas.

—Ha sido un error. Tienes razón; no estoy preparada. He pasado por muchas cosas. No sabes ni la mitad.

—No me las has contado —susurró él.

—Ni lo haré —dijo ella, volviéndole la espalda—. Pensaba que tal vez era el momento y podría curar esas viejas heridas. Parecías bastante inofensivo.

—¿Inofensivo? —exclamó él, y luego la agarró.

Lo que sucedió a continuación sucedió tan rápido que, por un segundo, Tess no comprendió lo que había hecho. Estaba de pie, mirando a Josquin, que se tapaba la nariz. Ella había gritado; todavía podía oír el eco.

Su cuerpo había actuado sin ella. Otra vez. Después de todo su trabajo y su diligencia, su lucha por controlarse, ¿por qué seguía ocurriendo? ¿Cómo podía seguir acechándola así el pasado? Se tambaleó con desesperación. No iba a terminar nunca.

Se oyeron pasos fuera y apareció Gaida, con el gorro de dormir y el camisón, gritando: —Josquin, ¿qué le has hecho a la pobre chica?

—No pasa nada, madre —dijo Josquin con voz nasal. Se apartó la mano para mostrar la sangre que goteaba sobre su labio superior—. La he alarmado, pero ya iba a buscarme un pañuelo y luego se acostará.

Los ojos de Gaida bailaron del uno al otro, como si no pudiera decidir si

la nariz sangrante era la causa de la alarma de Tess o su efecto.

—Te espero fuera, Tess —dijo la anciana.

—Por favor, no —rogó Tess, mirando a Josquin a los ojos. Detener su hemorragia nasal no era suficiente; también había una hemorragia en su amistad. Aquello les llevaría algún tiempo.

Gaida se marchó, murmurando. Tess le acercó a Josquin el pañuelo solicitado y se apresuró al patio en busca de un carámbano. Él la dejó ocuparse de su nariz; no parecía rota, lo que era un triste consuelo. Tess no alcanzaba a comprender lo ocurrido, y menos aún saber qué decir. Se había vuelto de costado, él la había agarrado y un pánico, como la descarga de un rayo, le había recorrido el cuerpo entero. Al parecer, le había golpeado la nariz con la parte posterior de su cabeza antes de saltar fuera de su alcance.

—¿Sientes a veces como si tu mente estuviera llena de trampas? —preguntó Josquin con voz penosamente nasal.

—¿De trampas? —repitió Tess, sin comprender.

Él cerró los ojos, presionando lo que quedaba del carámbano contra un lado de su nariz.

—Hace mucho tiempo, iba buscando a los santos ninysh con tu hermana (con la que no he terminado), cuando divisamos la casa de santa Blanche la Mecánica al otro lado de un claro. No nos dimos cuenta, hasta que estuvimos en medio, de que el claro era cualquier cosa menos un claro. Lo entrecruzaban cables invisibles, cada uno conectado a una trampa. Hachas y troncos se precipitaron hacia nuestras cabezas, bajo mis pies se abrió un hoyo y tu hermana se enfrentó a arañas del tamaño de ovejas.

Tess le había oído contar esa historia a Seraphina; pero le había dado una sensación de leyenda, no de algo que hubiera acontecido a personas reales.

—Así que mi teoría es —continuó Josquin, dándole la vuelta al pañuelo para encontrar una esquina limpia— que nosotros tendemos trampas en nuestro cerebro de igual manera. Nadie puede ver los cables que las activan, ni siquiera quienes los han colocado, hasta que a alguien se le engancha un dedo del pie y las hace estallar.

»Creo —sostuvo su mirada de manera elocuente— que ahora mismo tú y yo nos hacemos volar el uno al otro. Con gusto me explicaré primero. Sé lo que ha pasado conmigo... —Tragó saliva con dificultad, subiendo y bajando la nuez en su garganta—. Me has llamado «inofensivo», pero mi cerebro ha entendido «roto».

—No lo decía en ese sentido —se apresuró a decir Tess, aunque era mentira. Sí lo había dicho, aunque no era todo lo que había querido decir.

Josquin sonrió lánguidamente.

—Lo ridículo es que soy inofensivo. Era inofensivo antes del accidente; pregúntale a tu hermana. Simplemente odio la implicación de que estoy impedido y emasculado. De que no podría hacer daño a nadie. En ese terrible instante, quería recordarte que soy lo bastante fuerte para hacerte daño si quiero. —Le brillaban los ojos; sangrar por la nariz no le había hecho llorar, pero sí confesarse—. Me avergüenza haber sentido la necesidad de demostrártelo. Lo siento.

—Lo siento —dijo Tess, y se sentó de nuevo. Pensó en besarle, pero temió darle en la nariz. Se conformó con cogerle la mano y besarle los nudillos.

Él la miró expectante; le tocaba a ella a ayudarlo a comprender. Le temblaban los labios. No estaba segura de cómo iba a reaccionar. El momento de la descarga de un rayo... había tenido lugar en algún otro

momento. Su cerebro había soltado amarras a tiempo, como el de Griss.

—No me gusta que me sorprendan por detrás —comentó ella al fin, débilmente.

Josquin asintió con seriedad.

—Lección aprendida, créeme. —Extendió un brazo, como para invitar a Tess a echarse y dejarse abrazar: de cara a él o como prefiriera. Tess vaciló, luego apoyó la cabeza sobre la almohada. Él se puso de lado y le acarició el cabello en silencio.

Tess se secó los ojos y se incorporó.

—Debería irme a dormir. —Su tono era sombrío. Se sentía como si hubieran transcurrido un millón de años desde su conferencia en la Academia y hubiese perdido toda la exuberante energía de sus miembros.

—Puedes dormir aquí —anunció Josquin—. No tienes por qué hacerlo, pero sabes que puedes.

26

Llegó una misiva de la Academia invitando a Tespuco el Explorador a una gala de bienvenida en su honor, tras la cual lo nombrarían Maestro Honorario de la Academia.

—Sí, puedes usar mi jubón otra vez —dijo Josquin antes de que ella se lo pidiese—. Y necesitarás algo mejor que esos pantalones, que han visto mucho camino. Es posible que madre tenga algo guardado que te sirva. No siempre he tenido las piernas tan delgadas.

Gaida dio con unas calzas enteras en uno de sus baúles de cedro; al mismo tiempo, no dejó de cloquear ni un momento su desaprobación.

—Deberías vestirte como es debido, niña —insistió detrás de Tess cuando bajaban la escalera—. Si te cubrieses el cabello con un birrete con faldón, nadie sabría que te has cortado el pelo de una manera tan espantosa.

—Déjala en paz, madre —intervino Josquin mientras probaba el estofado que estaba cocinando para cenar—. Está haciendo lo que cree que debe.

Tess se lo agradeció, aunque sospechaba que en el fondo opinaba lo mismo que su madre. Le estampó un beso en la boca antes de pararse a pensar en quién estaba mirando. Gaida carraspeó y la chica retrocedió avergonzada. La anciana sacudió la cabeza al marcharse.

—Primero la nariz ensangrentada y ahora esto —murmuró—. Avisadme cuando decidáis portaros con sensatez.

—Hemos confundido a mi madre —dijo Josquin, que tiró de Tess hacia sí hasta que esta perdió el equilibrio y acabó en su regazo—. Sí, la silla tiene cabida para ambos —añadió cuando ella bajó la mirada a las patas de araña de hierro, inquieta.

—Para mañana esta lluvia habrá fundido la nieve —comentó Tess, acomodándose—. Ven conmigo a la gala.

—¿Con mi segundo mejor jubón? —preguntó Josquin en tono provocador.

—Ah, pero eres el hombre más guapo de los dos, así que es lo justo —replicó Tess.

La noche siguiente los encontró subiendo la pendiente hacia la Academia.

Era una noche húmeda y desapacible, pero los salones desprendían calidez y luminosidad. Las celebridades de la sociedad segoshi —nobles, notables, intelectuales, financieros— habían acudido para brindar por el misterioso, apuesto y romántico Tespuco y su brillante descubrimiento.

Josquin localizó a veinte personas que conocía casi al instante. Se puso a socializar y dejó que Tess se las apañase sola, por lo que esta acabó junto a la chimenea, hablando seriamente con una mujer pálida y delgada con las mejillas y las manos picadas de viruela. Ella sonrió un poco; Val nunca habría hablado con alguien así.

Tess se cuadró de hombros y aceptó alabanzas de todos los círculos. Se regodeaba en ellas. Se solazaba con ellas. Si hubiesen sido agua caliente, se habría bañado; de haber sido vino, se habría sumido en una vergonzosa borrachera.

De hecho, esa recién adquirida fama no se diferenciaba tanto del vino. Por más halagos que disfrutase y se le subiesen a la cabeza, nunca eran suficientes. En su corazón había un vacío que reclamaba ser cubierto, pero hacerlo con elogios era como echar grava al socavón de Anazzuzia; cuantos más le prodigaban, más evidente se hacía que las alabanzas no estaban a la altura de la empresa. Tess se acercaba a corrillos de gente, ansiosa de que se

diesen cuenta de quién era y la aplaudieran por ello. Lanzaba indirectas lastimeras —«Estoy seguro de que os habéis enterado de mi descubrimiento»— y esperaba su recompensa como un mendigo, poniendo la mano.

No le gustaba verse haciendo eso y, sin embargo, no podía parar.

Si alguien consideraba que su descubrimiento era «notable», le preocupaba que no hubiera dicho «estupendo». Si era «estupendo», ¿por qué no «impactante» o «revolucionario»? Podía haber una docena de personas pendientes de cada palabra cuando contaba de nuevo la historia, pero si una sola se apartaba, su corazón la seguía y le resultaba insoportable. En un momento dado, se descubrió persiguiendo a un sujeto y gritando: —¿Os aburro, señor?

El hombre, un magistrado de mejillas rubicundas y con gorguera, la miró con rubor.

—Perdonadme, maestro Tespuco. Sólo iba a buscar un poco de pudín, y ya he escuchado dos veces vuestro relato.

Tess, abochornada, volvió también a por más dulces.

Más tarde, su mente empezó a divagar. Lo que verdaderamente quería, comenzó a ser consciente, era regresar a la gruta, contemplar a Anazzuzia una vez más. Ese momento había significado algo; lo de ahora era una pálida sombra. Los elogios del mundo no se podían comparar.

La tarta se volvió amarga dentro de su boca y la dejó a un lado. No tenía nada que hacer allí. Se despediría de los maestros de la Academia, buscaría a Josquin y se iría.

Se acercaba al maestro Pasifloria cuando un grito la dejó petrificada.

—¡Charlatán!

Tess se giró para ver quién había hablado. Se había abierto un espacio entre la multitud y allí, al fondo de la sala, estaba Emmanuele, que había dudado antes de su historia.

—¡Tespucio, farsante, yo te acuso! —gritó para que todos le oyeran—. No eres quien dices ser. Lo seguí a casa la otra vez, maestros. Vive con una costurera en Angosta de Encajes.

—Vos mismo podríais beneficiaros de una amante, Manuele —exclamó alguien.

Todos se rieron y al joven le salieron los colores. El corazón de Tess golpeaba contra sus costillas.

—¿De qué me acusáis? —preguntó—. Vivir entre bordadoras no es un delito.

—¡Tú eres la bordadora! —bramó triunfante Emmanuele—. En más de un sentido de la palabra. Tespucio es una costurera, caballeros, y *ella* ha hilado este cuento para engañarnos.

Tess se sintió desnuda, como si todos la vieran a través de la ropa.

—Con..., confieso que mi nombre no es Tespucio —balbuceó. Sintió los ojos de Josquin sobre ella—. Pero eso ya lo habréis imaginado, ¿no? ¿Cabeza de chorlito? Tenía que ser un mote. —No habló nadie; la estancia se había vuelto dura y fría. La voz de Tess apenas llenaba el vacío—: Trabajo de bordadora porque necesito ganarme el sustento. Y soy mujer. Gracias al Cielo, vuestro mejor académico ha resuelto esa incógnita.

Los maestros, los dignatarios y la gente de alto copete la fulminaban con la mirada.

—¿Qué importancia tiene algo tan trivial? —adujo Tess.

—Ah, pero debemos pensar con seriedad —dijo el maestro Pasifloria, subiéndolo al estrado—. Un maestro de la Academia, aun honorífico, debe ejemplificar las virtudes filosóficas en cada empeño, y el mayor de estos es la veracidad.

—El resto de mi historia es verdad —clamó Tess al percibir la furia de un puntal en su corazón.

—Ni siquiera sabemos tu verdadero nombre —manifestó Pasifloria, que ignoró su pregunta e hizo un gesto que por lo visto requería a la salvaguardia. Dos guardias se acercaron a Tess desde el fondo de la sala—. ¿Cómo podemos creer en nada de lo que dices? Caballeros, nunca debí permitir que las cosas llegaran tan lejos sin investigar las referencias de esta imprudente.

—¡El monasterio de Santi Prudia! —gritó Tess, intentando zafarse de los guardas. Sólo pudo soltarse de uno cada vez—. ¡Fray Mohosi y el abad os dirán que estuve allí!

—He hablado con fray Mohosi por zmib —dijo Emmanuele, con ojos chispeantes al desvelar ese triunfo final—. Me aclaró que un compañero monje, cierto hermano Jacomo, estaba allí cuando se derrumbó el monasterio, no una impostora que se hacía llamar Tespuco. Fray Mohosi también negó la existencia de ninguna serpiente de esa clase. Maestro Pasifloria, creo que esto se merece una investigación más exhaustiva y me gustaría ofrecer mi valiosa experiencia...

Los guardias tironeaban de los brazos de Tess; ella dejó de resistirse y les consintió que la escoltaran afuera. No se explicaba nada de lo sucedido. Nada de lo que había dicho Emmanuele debería haber bastado para expulsarla de la Academia, a menos que el maestro Pasifloria quisiera simplemente una

excusa para desacreditarla en público.

Y tanto que lo hizo. Quería que alguien fuera en busca de la serpiente y la «embridara», sin importar lo que eso significase. Si Tess se oponía al plan, ya nadie le daría crédito. Estaba más limpio de esa manera.

Para la cuenta que les traería... De ningún modo iba nadie a «embridar» a Anazzuzzia.

Tess esperó al pie de la escalinata —sin atreverse a permanecer sobre las virtudes científicas— a que Josquin saliera repiqueteando detrás de ella. Su silla iba muy lenta por las escaleras.

—No voy a decir que te lo dije —comenzó.

Tess alzó los hombros y los dejó caer, desalentada.

—No te puedes ni imaginar la de veces que me han dicho «te lo dije». Te lo dije, te lo dije, te lo dije. Y todavía sigo empecinada en hacer las cosas a mi manera.

La lluvia caía mezclada con nieve. Tess taconeaba cuesta abajo, despacio por consideración a Josquin, aferrada a su brazo. Cada vez estaba más aterida y mojada por el agua que le calaba cada parte del cuerpo (excepto los pies, gracias al milagro de llevar unas buenas botas).

—Probablemente, tampoco yo me habría escuchado —dijo Josquin cuando se acercaban a casa—. Hay lecciones que sólo podemos aprender cayendo. Pero, *Tespuco*, creo que *Tess Dombegh* es lo bastante buena como para ser la heroína de su propia historia, por si sirve de algo.

«Lo bastante buena». Sin saberlo, había escogido las palabras adecuadas.

—Tess era un desastre —comentó ella, con las pestañas perladas de aguanieve—. No he querido ser Tess desde que me fui de casa hace nueve

meses.

Entonces cayó en la cuenta de que nueve meses era un periodo de tiempo tan adecuado como cualquier otro para nacer.

Estaban tiritando cuando llegaron a casa. Siguió a Josquin hasta su habitación, creyendo que le iba a ayudar a bañarse como de costumbre, pero él llegó antes a la caldera y, pese a que le costaba manejarse detrás de esta, avivó el fuego.

—Ejem —dijo Tess, un poco confundida—. Eso tendría que hacerlo yo.

—Estás tan helada que tienes los labios morados, y tu noche ha sido horrible. Creo que te toca bañarte a ti primero. Puedo esperar en la cocina. O no.

Lo que sintió fue demasiado; su corazón parecía a punto de estallar.

—Quédate.

Josquin le sostuvo la mirada, y algún entendimiento tendió un puente entre ellos. Esa vez no habría escrúpulos de conciencia ni cabezazos ni resortes de trampas. Era el momento, era ahora, sin ninguno de los dos escorándose hacia el pasado.

—Te recuerdo con delicadeza que tu santa patrona, Rebecca, dejó su cesta bajo la cama —dijo Josquin, comprobando el indicador de temperatura. Abrió el grifo mientras ella iba a buscarla y cuando Tess sacó su veneno, por así decirlo, la atrajo hacia él y le rodeó la cintura con los brazos.

—Gracias —susurró ella, y lo besó.

Tess comenzó a desabotonarle su segundo mejor jubón mientras Josquin le desabrochaba a ella el que llevaba puesto. Muchos botones, muchos dedos moviéndose. Se sintió liberada del confinamiento, sintió el suave y

estremecedor roce de las hábiles manos de Josquin sobre sus pechos largamente reprimidos. Le recordó al recién nacido Dormidio, el dulce revoleo de su boca como alas de polilla contra su piel, y por un momento temió estar todavía demasiado cargada de dolor, que su cuerpo tuviera aún historia para estar presente en el ahora. Pero Josquin la besó de nuevo, y allí estaba: viva para cada terminación nerviosa gorjeante, para su tacto como lluvia suave sobre la tierra abandonada y asolada por la sequía.

«Forjamos la historia cada día, una nueva».

Cayó el resto de su ropa fría y húmeda. La tina se llenó y Josquin la dejó meterse antes mientras él terminaba de desvestirse, dándole unos minutos para disfrutar sola del agua caliente.

Le preocupaba venirse abajo, como había hecho bajo las manos de Dulsia.

Pero, al entrar en el agua, descubrió para su sorpresa que sus miembros habían adquirido nuevos significados. Esos eran los hombros que habían cargado a Griss hasta la madre Philomela; esos, los brazos que habían roturado la tierra y volteado el heno. La mano que había agarrado la de fray Mohosi. Los pies encallecidos que la habían llevado al otro lado de la frontera hacia una nueva serie de sucesos.

Era Tess del Camino, que se había bañado en ríos, disfrutando del correr del agua entre los muslos.

El calor penetró su corazón, que había estado tan solo como la Más Sola bajo la tierra.

Ella todavía tenía aflicciones, pero no se componía de ellas. Su vida no era una tragedia.

Era historia, y era suya.

Cuando se hubo distendido, Josquin se unió a ella, basculando las piernas juntas por encima del borde y descendiendo despacio. Ella lo tomó en sus brazos y lo besó otra vez, y juntos estaban rotos-intactos. Eran todo-nada. Y cualquier grieta que quedase entre ellos fue rápidamente salvada.

π

La Academia había quedado atrás, terminada y despachada, y ella se sentía como si la hubieran liberado de una terrible carga. Ahora no podía estar en ningún sitio más que aquí, en ningún momento más que ahora ni ser nadie más que Tess. El sol había salido y relucía sobre la nieve recién caída, y la joven percibía cada minúsculo detalle como algo limpio y nuevo.

Bordaba con fruición. Acompañaba a Josquin al mercado y a sus reuniones de la Hermandad de Heraldos; le ayudaba a cocinar y a traer madera y agua. Al atardecer hacía compañía a Gaida. Y por la noche se esforzaba por aparentar que se retiraba a su cuarto, pero se escabullía al piso inferior y dormía en brazos de Josquin.

Preguntó a Josquin sobre todas sus novias, en parte por curiosidad y en parte porque estaba armándose de valor para contarle lo de Val. Necesitaba hablar de él; nunca le había parecido tan lejano, como si la presencia de Josquin por fin lo hubiera exorcizado o le hubiese proporcionado algo con lo que reemplazarlo. Tal vez el pasado podía ser pasado. Eso le daba esperanza.

Le preguntó también sobre su primera vez y obtuvo una historia hilarante sobre una posada de la Pinobra en la que una madre y su hija habían rivalizado por su afecto. Había ganado la madre. Tess encontró aquello impactante, lo que provocó una leve risa.

—Fue lo mejor. Yo no sabía nada y tampoco su hija. No siempre sabemos

lo que queremos la primera vez; en realidad, no sabemos qué esperar.

—¡Exacto! —exclamó Tess, viendo su oportunidad—. Yo apenas sabía adónde iba todo, y me sorprendió verme de golpe en medio antes de comprender lo que había sucedido.

—Tú... Perdón, ¿qué? —dijo Josquin, al parecer desconcertado—. Empieza por el principio. Te acostaste con... Val, ¿no? ¿Por accidente?

—Sé que suena absurdo —prosiguió Tess con confianza, manteniendo el tono suave. Tal vez la historia podría ser divertida si la contaba bien—. Me había acostado con él (sólo tumbado, en sus brazos) unas cuantas veces y no había pasado nada —le explicó alegremente. Por ahora todo bien—. Me quedaba fuera hasta tan tarde que a veces era más cómodo echar una cabezada en su habitación e ir a casa justo al amanecer.

—Sin embargo, una noche sucedió algo —intervino Josquin sin sonreír.

Tess intentó transmitir tranquilidad:

—No tenía esa intención. Estaba casi dormida; había bebido mucha cerveza y él estaba detrás de mí, achuchándome y besándome la oreja, y era agradable, pero yo quería dormir. Y entonces, nunca he sabido exactamente cómo, de buenas a primeras noté que algo había cambiado, mi camisola se había ido levantando y él se había deslizado dentro. —Cada vez le costaba más mantener el tono jocoso—. Al principio, no sabía lo que estaba sintiendo o dónde lo estaba sintiendo; él había desaparecido del mapa y, de todas formas, se supone que la primera vez duele. El himen, ya sabes, se rompe y sangra. Mamá nos dijo que el suyo era tan grueso y recio que papá no pudo consumir el matrimonio hasta que vino una partera y se lo perforó con un cuchillo. Estaba segura de que a sus hijas les pasaría igual; me avergüenza admitir que contaba con ello. Se suponía que el dolor me advertiría que

estábamos demasiado cerca.

»En cualquier caso, él estaba dentro como por arte de magia. Apenas lo sentí. Una vez que fui consciente, pensé: «No puede haberlo hecho a propósito; estábamos de acuerdo en que no lo haríamos, no ha debido de darse cuenta». Con educación, traté de decirle que había ido demasiado lejos, pero entonces tenía todo su peso encima de mí y mi cara aplastada contra la almohada. No pude llamar su atención. Intenté golpearlo, pero él estaba detrás de mí y yo no tenía forma de zafarme.

Esa historia no era divertida. Tess lo entendió ahora, como si estuviese ahí; no podía darle la vuelta a la narración para que resultase una alegre farsa y, por lo visto, tampoco podía dejar de contarla.

—Tal vez podría haberle dado un cabezazo hacia atrás y provocado que sangrara por la nariz. Tal vez podría haber forcejeado más y haberme escapado de alguna manera.

—Pero no lo hiciste —susurró Josquin.

La joven se encogió de hombros. Una desesperación bien conocida la cubrió como una manta de plomo.

—No tenía sentido. Aquello me había destrozado la vida, y la culpa era mía. Había perdido la virginidad de la manera más estúpida que cabe imaginar. Detenerlo no me la devolvería. Sólo confiaba en que hubiera hablado en serio cuando dijo que quería casarse conmigo, y no lo haría si le rompía la nariz.

—Tess —dijo Josquin, pero ella no quiso mirarle a los ojos.

—No estaba enfadada con él, ¿no es absurdo? Él simplemente hacía lo que me había advertido mi madre de los hombres. Si acaso, estaba furiosa con ella y con mi virginidad. Creía que recibiría alguna señal de alarma, que

habría tiempo para detenerlo. No sabía nada.

—Tess —repitió Josquin en tono más perentorio—. No fue culpa tuya.

—Te equivocas —contestó con sequedad—. Estaba en su cama en ropa interior. Lo sabía de sobra. —«Lo tenía merecido», quiso añadir, pero se le quebró la voz por un momento—. De todas formas, no es del todo cierto que no lo quisiera. Una parte de mí lo deseaba, pero no en esa ocasión. Ni así.

—Si le dijiste que no lo hiciera —dijo Josquin sombríamente—, entonces fue...

—Por favor, no lo digas —le interrumpió Tess—. Por favor. Esa es una palabra terrible y, aunque fuera cierto, ¿qué pasaría? Llorarías por mí o te enfadarías, y yo sentiría que debo consolarte, ¿sabes? Ni siquiera puedo consolarme a mí misma.

Josquin meneó la cabeza, echando humo, pero la abrazó en silencio y con eso fue suficiente.

Podría haberle contado más. La traición de su confianza ni siquiera había sido lo peor. Lo peor fue la forma en que Val había respondido a su tristeza con falacias, insinuándole que la verdadera pureza provenía de la mente y el corazón, no del cuerpo; que él era su maestro, no sólo académicamente, sino en la vida, y que sin duda lo mejor era aprender la lección de alguien que la amaba; que no era ella la que estaba manchada, sino él quien era redimido por su bondad.

Y lo peor de todo fue cómo permaneció con él durante ocho meses más; soportó más humillaciones (por supuesto, se había jactado ante todos sus amigos) y aprendió a evadirse mientras él se complacía con ella. No se atrevía a rechazarlo ni a hacerle enfadar, porque sólo el fuego purificador del sagrado matrimonio podía devolverle la dignidad y la virtud.

Y ni eso le había dado.

π

Transcurrieron dos meses y medio, despacio y demasiado deprisa. El decimoctavo cumpleaños de Tess pasó volando sin que se lo dijera a nadie; no le apetecía que le recordaran que se avecinaba una decisión.

Un día, Tess volvió a casa del trabajo, gateando entre neveros. Entró precipitadamente con una ráfaga de nieve y se topó con Josquin dando la vuelta a un capón en un espetón.

—Tu madre se queda hasta tarde —dijo Tess, y le besó la oreja cuando atravesó la habitación—. Ese descomunal bordado de mostacillas para la contessa Infanta, el pavo real con la cola desplegada, está durando una eternidad.

—¿Quiere cenar en el taller? —inquirió él alzando la voz, ya que Tess enfilaba derecha hacia el fondo de la casa.

—No —respondió ella—. Dame un minuto, ¿eh? Necesito ir al servicio.

—¿Te aguantas todo el día? —preguntó él entre risas.

Si se burló más, no lo oyó. Estaba ya en el patio, y cerró la puerta tras ella.

De hecho, se había aguantado todo el día. El inodoro de Josquin era el mejor de Segosh —quitando lo que sea que utilizasen en el Palasho Pesavolta— y valía la pena retorcerse de malestar al acabar el día para llegar a casa y usarlo. Se encontraba en una espaciosa caseta independiente, con un fuego de carbón en invierno, que Tess alimentaba por la mañana y al atardecer. Santa Blanche, la Mecánica, se había superado a sí misma; apenas había olores.

Seguía siendo un agujero, como los demás inodoros de la ciudad, pero todo iba a parar al alcantarillado con un tirón de manija, reutilizando ingeniosamente el agua del baño de la noche anterior.

Era tan maravilloso que los niños del vecindario siempre intentaban utilizarlo. A Josquin no le importaba, con tal que lo dejaran libre cuando él lo necesitara. Hoy había tres críos gritando hacia el agujero y esforzándose por ver el fondo con un farol.

—¡Eh, largo! —les gritó Tess, aunque no le hicieron caso. Tess no tenía la autoridad de Josquin ni su intimidante silla de ocho patas—. Hablo en serio, salvo que queráis mirar. —Mantuvo la puerta abierta.

La mayoría de los pilluelos salió, pero la más pequeña se detuvo en la puerta, con los ojos muy abiertos, y exclamó: —¡Hay un monstruo en la cloaca!

—Yo soy el monstruo —dijo Tess, dándole un ligero azote—. Ahora, vete.

Tess fue directa al grano sin pensárselo dos veces. En consecuencia, cuando una llama le alcanzó el trasero, fue una absoluta sorpresa.

Dio un grito y se levantó de un brinco. Estaba oscuro; los niños se habían llevado el farol y la única luz provenía de los destellos de la luna llena a través de los listones de ventilación próximos al tejado. Tess se subió los pantalones y gritó: «¿Hola?» hacia el agujero del inodoro; se sentía estúpida. ¿Se había imaginado el fuego? Vaya ocurrencia.

No; ahí estaba otra vez. Un parpadeo en el agujero. Por los huesos de los Santos, ¿qué era? ¿Gas de los pantanos? ¿Alguna disfunción del alcantarillado?

Pensó que podría tratarse de un quigutl. No había visto ninguno tan al sur;

si era el único, podría estar perdido y asustado.

—¿Quién está ahí? Entiendo el quootla. Puedes hablarme.

—Estoy hablando... con fuego —dijo la criatura.

Tess reconoció la voz y se echó hacia atrás. Casi se había olvidado de Kikiu, pero por lo visto sus reflejos no.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, guardando la distancia—. ¿Has venido a matarme, igual que intentaste matar a Piztka?

—Me estaba defendiendo —exclamó la cría, y saltó del agujero. Llevaba tres cuernos relucientes; su potenciador de mordiscos centelleaba al gruñir—. Intentaba cortarme y verter mi sangre en un tazón. ¿Qué más podía hacer?

Tess notó disminuir su temor. Naturalmente, ambos estaban demasiado absortos en su propio dolor para escuchar al otro. Tal vez si ella hubiera estado allí para interpretar...

—Necesito tu ayuda —añadió Kikiu, que evidentemente no conocía una manera eficaz de solicitarla—. Mi madre está en la cloaca; he arrastrado a *ko* hasta aquí, kilómetros a través de la nieve, pero no puedo cargar con *ko* por este estrecho conducto. Tienes que venir a por *ko*.

—No comprendo —dijo Tess con el corazón encogido—. ¿Le has vuelto a morder? ¿Ha muerto?

—No, humana estúpida —escupió Kikiu—. *Ko* está enfermo. La que ha muerto es Anazzuzzia.

π

Una trampa en el patio permitía a santa Blanche visitar el inframundo cuando se atascaba su innovador sistema de desagüe. Tess la abrió de par en

par, respiró hondo para serenarse y descendió a la hedionda penumbra, agradecida de no haber renunciado a sus acostumbrados calzones y botas pese a las protestas diarias de Gaida. Los peldaños no eran más que muescas en la resbaladiza pared. Kikiu encendió su lengua, disipando un poco el olor, y la guio por un túnel de ladrillos abovedado, oscuro y húmedo. A la chica se le ocurrió —¿cómo no se le iba a ocurrir?— que Kikiu la estaba llevando allí para morderla, pero luego vio a Piztka exánime en un charco de lodo helado, sin apenas respiración.

Tess no se permitió pensar en lo sucio que estaba; de lo contrario, no habría sido capaz de continuar. Sacó a Piztka del lodo, lo cargó sobre sus hombros robustos y se dirigió tambaleante hacia la trampa. Pesaba más que Griss y era un peso muerto. Trepar hasta la salida fue una pesadilla; sujetaba a Piztka con una mano mientras, con la otra, se agarraba como podía a la resbaladiza pared. Kikiu lo agarró de la cola desde arriba y lo subió hasta el enladrillado del patio.

Tess sacó agua del pozo y le limpió el barro a Piztka. Emanaba vapor de él; aún ardía su horno interior. Kikiu rechazó el cubo; prefirió asearse con la llama de su lengua. Tess se quitó la chaqueta sucia y se lavó las manos.

—¿Qué es todo esto? —inquirió Josquin desde la puerta.

Tess había estado tan ocupada que no le había oído acercarse. No encontraba palabras para explicarlo, embotada como estaba por el frío, las náuseas y la preocupación.

—Estoy... Este es mi viejo amigo, Piztka, y su hija, Kikiu. Piztka está sucio y enfermo, y lo único que sé es que hay que despojarle de toda esa suciedad. ¿Dónde podemos meterlos sin alarmar a Gaida?

—No me retendrás —gruñó Kikiu, y desplegó las espinas—. No volveré

a vivir en una casa.

—De acuerdo, a Kikiu no —consintió Tess. Se pasó una mano temblorosa por la frente, dejándose un manchurrón.

—Está bien, Tess —dijo Josquin tras evaluar la angustia de la joven, y tomó enseguida una decisión—: Llevaremos a tu amigo a mi cuarto, a las baldosas junto a la caldera. Es un sitio incombustible y cálido.

Tess asintió, agradecida por su resolución, y recogió a Piztka. Estaba seco, el agua del baño ya se le había evaporado. Hicieron un pequeño nido con mantas y lo acomodaron allí. Kikiu se demoró en la puerta haciendo comentarios despectivos sobre la forma del nido.

—Servirá —dijo Kikiu al fin. Había algo en su voz que Tess nunca había percibido antes, una especie de resignación—. Salvad a mi madre o lo pagaréis con vuestra carne. *Ko* es todo lo que tengo, lo único entre yo y... — Las espinas de su cabeza temblaban levemente, como las hojas de un álamo —. Ocurrió algo cuando *ko* fusionó sus sueños con los de la serpiente; lo sentí, de un modo inexplicable, a kilómetros de distancia. Luego, cuando la mataron, lo sentí también...

—¿Quién ha matado a Anazzuzzia? —exclamó Tess. Que hubiese muerto Anazzuzzia era impensable, pero ¿que la *mataran*?

—No finjas que no los enviaste tú —siseó Kikiu, volviendo por un instante al veneno y la amenaza. Dio un coletazo al dintel y se encaminó hacia a la alcantarilla.

Tess cerró la puerta temblorosa, con el cerebro acelerado. Emmanuele. Tenía que ser él. Debió de ir a Santi Prudia, quizá con una fuerza expedicionaria, y... No quería ni pensarlo. Cuando al fin consiguió concentrarse, reparó en que había estado observando a Josquin sin verlo.

—¿Puedes decirme qué ocurre? —preguntó él al notar que había regresado al presente.

—Apenas lo sé —contestó Tess a media voz—, pero haré lo posible.

Dejó la peregrinación de Piztka fuera de su historia porque había muchas cosas que no comprendía y no podía explicar. Josquin escuchó con gesto serio y, al terminar, ella se refugió sollozante en su regazo.

—Tu amigo está enfermo —dijo él, acariciando sus rizos cortos—. Vamos a atenderlo esta noche; si por la mañana no ha mejorado, llamaré al doctor Belestros y a santa Blanche. Dicen que san Nedouard era un gran médico, pero estos dos juntos lo superan. Sabrán ayudar. Una vez que Piztka se encuentre mejor, tendrás tiempo para preocuparte por cómo arreglar la situación.

—¿Cómo sabías...? —empezó Tess, entre el llanto y la risa.

—Porque te conozco y conozco tu conciencia. He oído tus historias, ¿recuerdas? Si se acabara el mundo, te culparías por ello, pero te las ingeniarías para salir adelante y salvar lo que se pudiera.

Tess se secó los ojos.

—¿Me estás llamando prepotente, villano?

Josquin le dio un beso cálido y luego volvieron su atención a Piztka.

π

Fue una noche horrible. Piztka, presa de un delirio inconsciente, se revolvía y balbuceaba, y no reconocía a Tess. Sus ojos no enfocaban; los conos oculares descendían de manera alarmante. Tess se acurrucó a su lado y durmió lo mejor que pudo.

En cuanto amaneció, Josquin llamó al médico y a la santa mecánica por zmbib mientras Tess dormía (cuando al fin fue capaz). Una hora más tarde, Gaida abrió de golpe la puerta y exclamó: —¡El doctor Belestros está aquí, y santa Blanche! ¿Te encuentras mal, Jos? ¿Por qué no me lo habías dicho?

Josquin, que ya estaba vestido, pero aún no se había acomodado en su silla, se llevó un dedo a los labios y señaló a Tess y al quigutl, tendidos detrás de la caldera. Gaida dejó pasar a los visitantes, pero antes de marcharse dijo con brusquedad: —Suponía que, cuando no se encontraba en su habitación, estaría durmiendo *contigo*.

—Se acabó lo de no alarmarla —murmuró Tess desde el rincón, y un instante después estaba de pie, sacudiéndose y procurando parecer presentable.

Reconoció a santa Blanche como la mujer pálida y con cicatrices con la que Josquin había hablado en la gala de la Academia; de cerca, sus cicatrices resultaron ser escamas de plata. La santa sonrió con timidez. El doctor Belestros, saarantrai, era más alto y más oscuro que su compañera. Tess se sorprendió al descubrir que también lo reconocía como el doctor Pasiofloria, que había preguntado sobre el poder curativo de la serpiente.

El doctor dragón no perdió el tiempo en saludos, sino que fue directo a palpar la garganta de Piztka. Belestros auscultó el pecho del quigutl, abrió una rendija del cono ocular con dos pulgares; acto seguido, alcanzó un instrumento y lo introdujo en el ano de Piztka. Tess se estremeció; Josquin le tomó la mano.

—¿Cuándo fue la última vez que trataste un quigutl, Bel? —preguntó Blanche, con una nota de advertencia en su suave voz—. ¿Lo estás haciendo con suficiente cuidado?

—Santa Blanche es su conciencia —susurró Josquin a Tess.

—Podría dejar caer a este quigutl de cabeza —dijo el doctor en tono sereno— y no sentiría nada. —Se limpió las manos con una toalla—. Hay dos cosas que tiene mal: la primera, una neumonía que se puede curar con un jarabe; la segunda, y más peligrosa, una condición que los dragones denominamos «quietud quigutl inevitable». Lo he visto antes. Se creen ingeniosos cultivando la contradicción, pero pueden caer en la paradoja de tal modo que se les paraliza el entendimiento. La ganancia de lo ilógico es la parálisis; todo el mundo lo sabe. Blanche, voy a necesitar tu aparato de electroquietus.

Santa Blanche rebuscó en una gran bolsa de cuero y sacó un dispositivo similar a un erizo, cuyas púas eran alambres e interruptores. De dos cables más largos colgaban lo que parecían ser tenedores para dar la vuelta a la carne. El doctor Belestros presionó los dientes contra las sienes del pequeño quigutl, encajándolos en la carne bajo las escamas.

—Esperad —dijo Tess—. ¿Qué estáis haciendo?

—Vamos a enviar una corriente electrostática a través del cerebro para detenerlo —explicó el doctor Belestros, como si no tuviera la menor importancia—. Una segunda corriente lo pondrá en marcha de nuevo.

—¿Lo habéis hecho antes?

—Esto exactamente no —respondió el doctor, vendando la cabeza de Piztka para mantener las horquillas en su sitio—. Por lo general, la máquina se utiliza para el corazón, pero no veo ningún motivo...

—Todo irá bien —intervino Blanche mientras volvía sus solemnes ojos violeta hacia el rostro de Tess—. Yo he construido el aparato. Nadie puede manejarlo excepto yo, ya que funciona con mi poder. Es *mi* corriente la que

cerrará con suavidad su cerebro y lo despertará poco a poco.

—¿Y Piztka será el mismo cuando despierte? —preguntó Tess, temblorosa—. ¿Se acordará de mí y de todo lo que ha pasado?

—Oh, probablemente —dijo el doctor Belestros con un ademán de impaciencia—. Es un quigutl. ¿Qué importa lo que recuerde?

Santa Blanche le lanzó una mirada a su compañero.

—Haremos todo lo que podamos. Puedes irte si quieres.

Pero Tess no podía marcharse. Le habría gustado sostenerle la mano a Piztka, pero la obligaron a mirar desde la cama para que el dispositivo no la afectase también. Josquin la retuvo con un abrazo; Tess no apartaba los ojos de su amigo. Piztka se retorció, murió, volvió a retorcerse y aspiró una convulsiva bocanada de aire. Sus ojos enfocaron, aunque oscilaban; levantó la cabeza una pulgada del suelo y dijo: —¿Tez?

Ella se lanzó enseguida a su lado, de rodillas, y le acarició la cabeza, preguntándole cómo estaba y qué recordaba, y si sabía que ella lo quería.

—Para —dijo Piztka, retorciéndose en sus brazos—. Deja de hablar y escucha, Tez. Yo estaba... Nosotros lo llamamos *tutlkikiu*, la muerte escindida. Y caeré en ella otra vez. Ya lo estoy sintiendo.

—Tienes que dejar de tener pensamientos contradictorios —dijo el doctor Belestros.

—Silencio, dragón —espetó Piztka—. El pensamiento no puede hacer eso. Es el sentimiento, algo que los dragones no entienden, pero tú sí, Tez. Es como la vez que saliste aturdida de Affle; igual, excepto que es todo el tiempo y no puedo salir; me hundiré de manera definitiva, a menos que lo resuelva. —Respiraba con dificultad y tosía dolorosamente—. La Academia

mandó un pequeño ejército en busca de Anazzuzzia. Los monjes trataron de detenerlos... Algunos murieron en el intento. Yo también lo intenté, pero éramos muy pocos y ellos iban armados. Mataron..., mataron...

—Kikiu me lo ha contado —se apresuró a decir Tess para evitarle la angustia de revivirlo.

—¡Deja que lo diga! —gimió Piztka—. Mataron a Anazzuzzia con un dardo de balista en el ojo y luego la descuartizaron. Yo nadaba en sangre, ¡y te odié, Tez! Nadie más la había visto, aparte de los monjes y yo; tenías que ser tú quien los había enviado. Te odié, pero no puedo odiarte; no puedo dejar de pensar en ello, pero eres humana, así que no puedo..., no puedo...

—Está cayendo de nuevo —dijo el doctor Belestros.

—¿No podéis usar otra vez la máquina? —sollozó Tess.

—No sin riesgo —respondió santa Blanche, con sus pálidas cejas contraídas—. No comprendo todas sus palabras, pero creo que eres tú quien se lo provoca, cielo.

Piztka se debatía en los brazos de Tess, balbuceando y rechinando los dientes. Fue ese rechinar lo que hizo que Tess comprendiera la situación: —Dulce santa Siucree; necesita morderme.

—Su mordedura es séptica. Podría significar tu muerte —dijo santa Blanche con un movimiento como para interponerse entre Tess y el quigutl.

—No es una idea disparatada —reconoció el doctor Belestros, extendiendo un brazo para detener a santa Blanche, con una nota de curiosidad en la voz—. Así devuelven sus cerebros atascados a su estado natural, mordiéndose el uno al otro. La presión de la mandíbula libera un neuro desestresante...

Tess no tenía tiempo para aquello. Agarró la cabeza de Piztka, tratando de atraer su atención.

—Quiero que me muerdas. Sé que no muerdes a los humanos por principios y que me va a doler, pero, si es eso lo que necesitas para alcanzar la paz, hazlo. Por favor.

Extendió el brazo y Piztka se lo agarró con una fuerza tremenda antes de que estuviera preparada. En ese medio segundo sólo sintió sorpresa, pero enseguida le asaltó el dolor y la inundó por completo como una inmolación.

Luego, piadosamente, cuerpo y conciencia decidieron que ya había recibido bastante.

π

A las pocas horas, Tess se encontraba con fiebre. Estuvo ardiendo tres días, de los cuales sólo recordaba fragmentos: Piztka durmiendo a su lado, Josquin dándole caldo y el doctor Belestros haciendo una cataplasma de pan mohoso (eso seguro que lo había soñado; era demasiado extravagante).

Al cuarto día, la fiebre bajó lo suficiente para saber dónde estaba y poder hablar: —La próxima vez recordadme que ofrezca el brazo no dominante — graznó a través de sus labios reseco mientras Josquin le sostenía la cabeza y santa Blanche le acercaba un vaso a la boca.

—Si es capaz de bromear, es que va a mejor —dijo santa Blanche, y Josquin se relajó un poco.

—Preferiría tener otro hijo a que me mordiera un quigutl —declamó Tess, al borde del delirio—. Preferiría tener una docena de niños.

—Tomo nota —dijo Josquin. Le dio una palmada en la frente y sonrió.

—Preferiría casarme con Josquin a que me mordiera...

—Está bien, no exageremos.

Tess y Piztka se habían transformado en coinválidos, juntos en un jergón en el cuarto de Josquin. Al principio, Piztka no hablaba —se estaba recuperando de la neumonía y de todo lo demás—, pero yacían en un silencio amistoso y servían de nido el uno para el otro.

Cuando por fin lo hizo, fue en mitad de la noche. La luz de la luna entraba a raudales por la ventana; Josquin roncaba quedamente en el fondo de la habitación.

—Piztka —susurró Tess—, me apena mucho lo de Anazzuzzia. Esto no lo compensa ni arregla nada, pero no sé qué puedo hacer.

Piztka estuvo callado tanto rato que hubiera creído que dormía de no ser porque no roncaba. Al fin dijo: —Anazzuzzia ha muerto. Todavía queda el huevo, sepultado bajo la sangre. Las serpientes se renuevan eternamente; puede que quisiera morir pronto, de todos modos. Ojalá lo supiera. Fui arrojado de su sueño con demasiada brusquedad; me ha sido difícil orientarme.

—¿Cómo es soñar con ella? —preguntó Tess.

—Todo en *ard*, como dicen los dragones. Nunca he comprendido su obsesión por el orden; pero no existe una palabra mejor para eso. Estaba en el lugar adecuado, haciendo lo adecuado. Todo estaba bien. —Desenfocó la mirada, dirigiéndola hacia el techo—. Todo estará bien.

—Ha tenido que ser horrible perderla.

Piztka se estiró sobre la manta, reflexionando.

—No la hemos perdido, Tez. No del todo. En cualquier caso, me siento

peor por Kikiu que por mí. *Ko* llegó justo después de que mataran a Anazzuzzia, y sólo vio sangre y despojos.

—Dice que lo sintió cuando empezaste a soñar —comentó Tess—. Y que sintió cuando murió Anazzuzzia. Piztka, has dicho que se había roto y que era un monstruo, pero eso no me suena a monstruoso. Me suena a... No sé. ¿Como si ella conformara un nido para ti?

—A Kikiu y a mí nos ataron de una manera que no comprendo. La *fatlukez* no nos liberó; nos ató más fuerte. —Piztka se desplazó por las mantas y extendió una mano ventral dotada de dedos adhesivos para tocar la mejilla de Tess—. No me he portado bien con Kikiu. Me negué a ver a *ko* con claridad... o quizá no pude, hasta que soñé con Anazzuzzia y lo vi todo.

»Por mucho que quiera buscar otra serpiente y continuar el sueño, es Kikiu quien lo necesita. Algo se ha roto en el interior de *ko* (cuánta razón tenía acerca de eso), pero yo..., yo soy el responsable. Sigo siendo la madre de Kikiu, aunque no haya cumplido como tal, e inexplicablemente, *ko zluff*. —Escondió la cabeza debajo de la manta para evitar la mirada de Tess.

La chica le cogió la mano y se la apretó entre las suyas hasta que su pulso se suavizó. Y entonces, en la medida en que era posible en humanos y quigutl, soñaron juntos.

27

El deshielo de la primavera fue brusco y convirtió las calles en riachuelos fangosos. La alcantarilla de debajo del excusado era un torrente de agua, lo que provocó que la cisterna para la higiene fuera innecesaria; aunque Tess descubrió que había que desaguar el agua del baño o, de lo contrario, el sistema revertiría. Los ninysh eran grandes devotos de las flores de bulbo —crocus, tulipanes, junquillos, jacintos— que empezaban a brotar tenaces por todas partes, a través del fango, a través de las rendijas, dondequiera que los bulbos itinerantes hubiesen navegado con las aguas altas de la primavera. Tess rescató bulbos que habían quedado varados en mitad de la calle, enfrente de un estercolero, y se los llevó a casa para Gaida. El patio quedó circundado de tiestos de terracota, a punto de estallar en una desbordante floración.

Un día llegó un mensajero hecho una sopa con una carta. Josquin lo conocía, naturalmente, e hizo pasar al muchacho junto a la chimenea para tomar una taza de té. Aún seguían de cháchara cuando Tess llegó del trabajo y el mensajero le entregó la misiva.

La chica reconoció la letra. De todas las letras cortesananas, eclesiásticas y académicas que conocía, no había ninguna como esa. Era la de alguien que había aprendido a escribir por sí sola a una edad temprana, cuando su mano era demasiado pequeña para sostener el lápiz de una manera que no fuera con el puño. Hablaba de una obstinación inconvencible mientras tutor tras tutor intentaban corregir su caligrafía y la pedagogía estallaba sobre ella como la tormenta sobre una montaña. Redujeron el puño cerrado a medio puño de dos dedos, pero no consiguieron más de Seraphina. Tess casi podía oírla, fría como el agua, diciéndoles a los tutores: —Es legible. Qué más queréis.

Josquin también reconoció la letra e hizo amago de quitarle la carta de las manos.

—¡Alto ahí, tunante; lleva mi nombre! —exclamó Tess, esquivándole y señalando la T que, a decir verdad, se parecía a una J >más >de lo debido. Entró en la habitación, cruzó ante él, y abrió las contraventanas con una mano y la carta con la otra.

Querida Tess:

Tal vez te preguntes cómo he sabido dónde encontrarte. Puedes darle las gracias a Josquin, en quien espero que hayas encontrado un amigo digno de toda confianza. No te enfades porque me haya escrito; si no llega a hacerlo, creo que Jeanne se habría arrojado por un precipicio. Te echa mucho de menos, pero le consuela pensar que estás viva y bajo el cuidado de amigos.

No sé qué habrás oído en Ninys, pero di a luz mediados del pasado verano: una niña; se llama Clotilde Rademunda Zythia (los primeros son sus nombres reales y de familia; Zythia fue de mi elección, y querrá que la llamen así porque es el más bonito). Oficialmente es de Glisselda. Parece que la gente quiere creer que la reina ha llevado el embarazo con tal discreción que nadie ha llegado a enterarse. Así es la magia de la realeza, supongo.

Ahora me encuentro en Segosh por varias razones, ninguna de las cuales puedo poner por escrito, salvo la de que me gustaría verte en el palasho Pesavolta en cuanto puedas. Sólo pasaré aquí una semana (una semana es más de lo que al conde le gustaría alojarme), así que no te demores, pierdas tiempo o te dejes llevar por tu habitual terquedad a hacer lo contrario.

Tess se rio con tantas ganas al leer la descripción que tuvo que apoyar la cabeza contra la ventana. Josquin se acercó a ella traqueteando —no podía sorprender a nadie con ese artefacto— y esperó a que terminase.

—¿Buenas noticias? —preguntó cuando ella por fin recobró el aliento—. ¿O es que tu hermana simplemente está siendo ingeniosa?

Eso sólo sirvió para que se riera más fuerte, porque no había nada menos gracioso que lo que Seraphina contaba. Era duro como una tabla. Seguramente él lo sabía. Le tendió la carta; él la leyó, chascó un poco la lengua y dijo: —Claro que nos hemos enterado. No vivimos tan apartados del mundo.

—Haciendo un esfuerzo para no sucumbir a mi habitual testarudez obstruccionista, necesito lo más rápido posible algo que ponerme digno de la corte —dijo Tess con una reverencia burlona.

Cuando Gaida llegó a casa y se enteró de la noticia, fue a su alcoba y abrió un arcón.

—Arreglos no pagados —explicó, revolviendo linos y satenes—. A veces la gente no recoge sus prendas. Las guardo el tiempo que puedo, pero, a partir de un determinado momento, están disponibles.

Escogieron un vestido verde oscuro de excelente merino que Gaida había arreglado para la esposa de un comerciante de ámbar y que era improbable que lo reclamase ahora que el comerciante estaba en prisión. Era más o menos de la talla de Tess, algo justo en la parte superior de los brazos y estrecho de pecho; la esposa del comerciante, al parecer, no había apisonado carretera ni era de buen comer. Gaida ensanchó el pecho, que previamente había metido, pero no pudo hacer demasiado con los hombros.

Hacía tanto tiempo que Tess no se ponía un vestido que se sintió

demasiado expuesta. El aire se metía por debajo y la helaba.

—Me gustaría arreglarte el pelo —se empeñó Gaida, y pasó los dedos por las ondas de Tess—. Una caperuza con gablete lo escondería. No querrás que le dé un berrinche a la corte.

—No sabes lo que quiere —comentó Josquin.

Tess se sorprendió al descubrirse de acuerdo con Gaida. Las normas le resultaban irritantes cuando no tenía elección, pero ya no era una joven dama de honor dependiente, intimidada por sus mayores. Había recorrido sola el mundo y ayudado a quienes lo habían necesitado. Podía condescender a ponerse de tiros largos o no, podía enfrentarse a las normas de etiqueta y decir: «Muy bien, las cumpliré... esta vez».

Aun así, no quería una caperuza con gablete.

—¿Dónde podría encontrar un sombrero de ala ancha, preferiblemente con penacho?

Lo único que necesitaba eran tres mercerías y una parte de sus ahorros del pasado invierno: un sombrero que recordara al que llevaba la condesa Margarethe en la boda de Jeanne hacía casi un año. Lo único que pudo permitirse fue una pluma de faisán larga y puntiaguda, no un penacho de avestruz, y un bonete de fieltro, no de terciopelo, pero le gustó. El sombrero y las botas, que absorbieron agradecidas el betún como en otro tiempo ella absorbía el vino, emanaban tal aire de competente firmeza que fácilmente podían atribuirse las mismas cualidades a la persona embutida en ellos.

Se levantó temprano, dejando a Josquin enredado en las sábanas, y se vistió bajo la perspicaz vigilancia de sus ojos. Antes de marcharse, se inclinó con dulzura sobre el borde de la cama y le frotó la pierna.

—¿Quieres acompañarme para verla? —susurró.

—¿Qué? —dijo Josquin con un respingo, tratando de aparentar que acababa de despertarse y no había estado meditando sobre nada—. No, no. Es una reunión de hermanas. Estorbaría.

Tess esbozó una leve sonrisa, con el corazón contraído de compasión, pues comprendió en ese momento que no había terminado con su hermana y que no podía culparlo.

—¿Te ayudo a vestirme, al menos?

—No —contestó él, áspero otra vez con ella—. Ve. Deja de preocuparte por mí.

Lo besó en la mejilla y se marchó cuesta arriba hacia el palasho. El sol naciente coronaba de oro los edificios. Tess canturreó mientras andaba, disfrutando de la calle bajo sus pies. El viento y el barro habían ocultado su aspecto durante todo el invierno, pero ahora, con el azul arqueándose por encima y el empedrado seco y limpio, reencontrarse con el Camino era como ver a un viejo amigo tras muchos meses de separación.

La esperaban en el palasho; un guardia la escoltó desde la verja y la dejó en manos de un lacayo en el palacio propiamente dicho. El lacayo la condujo a la biblioteca del conde, donde Seraphina aguardaba, leyendo sentada junto a una ventana.

Tess estuvo a punto de echarse a reír. Había estado fuera el tiempo suficiente para que su hermana le pareciese adorable como una lechuza.

Seraphina cerró el libro en su favor (algo impropio de ella), la miró y sonrió antes de hablar: —Tienes buen aspecto.

—Estoy bien —dijo Tess, eligiendo una silla tapizada con seda bordada con un realce que pinchaba. Los brazos eran volutas doradas con lazos y racimos de uvas, alto barroco ninysh. Acto seguido, se sentó con las piernas

cruzadas por la rodilla, columpiando una bota y con el sombrero ladeado con suficiente desenfado, y sonrió burlonamente.

Ahí estaba. Ahí estaban las dos. Era delicioso.

—¿Qué tal te ha ido? —preguntó Tess.

—Bien —contestó Seraphina.

—Todavía acortas más las frases cortas.

Seraphina pasó por alto ese comentario. A veces era como un dragón.

—Me he enterado de que has tenido cierto éxito como naturalista — declaró—. La noticia de la gran serpiente llegó a Saint Bert por zmb. La Academia Ninysh se da prisa en vanagloriarse, nuestro Collegium se apresura a envidiar... y juzgar. Es una desgracia que la hayan matado.

Una desgracia mayor de lo que Seraphina podía imaginar.

Tess sintió que una sombra cruzaba por su corazón.

—Sé que eres quien la encontró —añadió Seraphina, y dejó el libro en la silla que tenía al lado—. Kenneth me trajo el informe, diciendo: «¿Quién iba a andar por ahí deliberadamente con el nombre de Tespuco?». Nos reímos acordándonos de cuando eras pequeña, con la casa entera convertida en escenario para una obra de teatro, y tú dirigiéndonos de aquí para allá. Te imaginamos dando órdenes a los maestros y a las Serpientes del Mundo, hasta que nos enteramos de que la habían matado.

Las manos de Tess se movían nerviosas en su regazo, la única manifestación externa de la culpa que agitaba sus entrañas.

—Nunca pensé que le darían caza y la matarían.

Seraphina la taladró con la mirada.

—¿Y qué creías que ocurriría?

Tess se violentó. No era una acusación, pero lo parecía.

—Pensé que se conmoverían cuando la vieran. Que... comprenderían. —
Sonaba poco convincente, incluso para Tess.

—Comprenderían ¿qué? —La severidad de Seraphina no vacilaba.

¿Cómo podía explicarle lo sucedido en la caverna? Contárselo a ella le intimidaba mucho más que exponerlo ante la Academia: había que superar historia y precedentes. A Seraphina no se le contaban sin más cosas personales. No le importarían; querría que una fuera lógica hasta la saciedad.

Pero Tess no había ido tan lejos para dejarse amilanar otra vez. Diría la verdad, la comprendiera Seraphina o no.

—¿Has experimentado alguna vez algo tan alejado de las palabras que no pudiste explicarlo? —dijo Tess—. ¿Y que, cuanto más intentabas explicárselo a la gente, más frustrada te sentías, porque nadie comprende a menos que le haya sucedido lo mismo?

Eran preguntas retóricas; no obstante, Seraphina respondió: —Sí. Dos veces.

—Es..., espera, ¿qué? ¿Cuándo?

—Durante la guerra, cuando volví mi mente del revés y llamé a san Cazuela Astrosa del pantano —le explicó Seraphina—. Y otra vez, en menor grado, cuando di a luz.

Tess contuvo el aliento. ¿Era posible que las dos hubieran tenido encuentros con lo numinoso? Nunca lo habría imaginado.

—Encontré mi vocación en aquella cueva —afirmó Tess por fin—. Codo a codo con un monje.

—Cuéntame —dijo Seraphina, casi en un susurro.

—Sentí la llamada —reconoció Tess, sintiéndolo de nuevo y buscando a tientas palabras con las que vestirlo—. Recorrer el mundo, ver lo que se necesita y hacerlo. Abrirme y responder. —Contuvo la respiración, temerosa de que Seraphina se burlase de tal idea (¿quién en su sano juicio no lo haría?), pero su hermana asintió con solemnidad. Se lo estaba tomando en serio.

—Pues, en ese caso, no tengo más remedio que responderte. A Tanamoot ha llegado noticia de todo eso. Los dragones, que negaban la existencia misma de las Serpientes del Mundo, están ahora dispuestos a afilar las uñas para acusar. Condenan la muerte y se proponen buscar ellos a las demás serpientes, ostensiblemente para protegerlas.

Tess alzó una ceja al oír «ostensiblemente». Seraphina asintió.

—No está claro qué pretenden. Por lo general, los dragones no son amables con seres a los que no comprenden o no pueden controlar. Es posible que no protesten tanto por la muerte como por no tener acceso al cadáver. O que se propongan matar ellos a las Serpientes del Mundo en secreto antes de que las descubra la humanidad.

»En cualquier caso, la reina y el ardmagar están de acuerdo en una cosa: esto no puede volver a ocurrir. Y aquí es donde tu reina tiene una misión para ti.

Tess se enderezó en la silla, como si hubiera entrado en la habitación la reina en persona y no sólo su nombre.

—Goredd no puede permitir que maten otra serpiente —añadió Seraphina—. Por la propia salvación de las criaturas, sí, pero también porque los dragones están que rugen. Nuestro tratado protege Ninys hasta cierto punto,

pero desde luego no incluye los Archipiélagos ni el océano del sur.

Tess sintió un sobresalto.

—Queréis que localice otra.

—La condesa Margarethe cuenta con nuevos fondos y tiene intención de navegar otra vez en pos de la serpiente Antártica —anunció Seraphina—. Selda te quiere en ese barco.

Tess soltó una carcajada, un pequeño y amargo ladrido.

—¿Sabe la reina que me porté fatal y que la condesa me odia? No querrá que la acompañe.

—He hecho que le lleguen rumores sobre Tespuco. Marga está intrigada con el misterioso aventurero, y lo estará aún más en cuanto se entere de que se trata de una mujer. Admira esa descarada picardía. Además, tú eres una de las pocas personas que han visto una serpiente, lo que te convierte en una experta. Sería estúpida si no te aceptara.

»Y aún hay más. Lucian cree que los ninysh traman algo en el sur para hacerse con el poder y extender su influencia. ¿Podría Ninys servirse de esa serpiente para sus designios o amenazar con matarla si no se someten los pueblos pelagueses, quienes se supone que la veneran?

»No te equivoques: por amiga que sea, Marga está tan comprometida en esto como cualquiera de sus compatriotas, y la acompaña un baronet goreddi, *lord Morney*, en quien Selda no confía.

»Necesitamos ojos en el barco, pero no deben advertir la mano de la reina. Sería convincente en tu caso..., una viajera experimentada apartada de tu familia, que pretendieras ir con ellos. Parten del puerto de Mardou dentro de tres semanas. Selda no puede intervenir para que te admitan a bordo;

tendrás que hablar tú misma con la condesa.

Dispondría de un sueldo y de un zmir, que enviaría tanto imágenes como la voz, en forma de un disimulado broche. Seraphina tenía el aparatito en su poder; le enseñó a Tess qué pequeñas florituras hacían qué cosas, y Tess, sin capa en ese momento donde abrocharlo, se lo prendió en el corpiño como un precioso broche.

—Si actúan contra los intereses de Goredd, en especial *lord* Morney, deberás grabarlo e informar —concluyó Seraphina—. No interfieras, intervengas ni te pongas en peligro en ningún caso. Si tienes problemas, desembarca en una isla y llama a casa con el zmir. La reina enviará a alguien a buscarte, aunque sospecho que podrás encontrar el camino de regreso tú sola.

Para Tess, aquello no significaba regresar a Goredd; ya no. Significaba volver con Josquin. La realidad de haberlo dejado atrás le golpeó en el estómago.

—Oh.

Seraphina alzó las cejas, a la espera de una explicación. Tess se quedó mirando más allá de ella, de la ventana, de los tulipanes rojos del patio.

—Josquin te ha dicho que yo estaba por aquí —empezó Tess con cautela—. Bueno, ¿y te ha contado algo más?

Seraphina se envaró de una forma sobrenatural.

—¿Duermes con él?

—Ja —dijo Tess, sin tener claro si estaba alarmada o divertida—. ¿Puedo contestar no contestando?

—Josquin es una de mis personas favoritas, así que te felicito por haber

escogido bien esta vez. —La expresión de Seraphina se tornó seria al considerar todo lo que implicaba—. Pero eso complica el asunto. No se me había ocurrido que no quisieras ir...

—No, no —atajó Tess con presteza—. No lo malinterpretes. Quiero ir. —Se puso una mano en el corazón—. Y a la vez me desgarró dejar a Josquin. Así pasa con toda mi vida.

—Enviaremos a otra persona —contestó Seraphina—. No me importa romperte el corazón, pero el de Josquin...

—¡Cierra tu pico de oro! —le advirtió Tess, aunque sonreía.

De repente, se abrió la puerta y una mujer rubia y menuda irrumpió en la habitación con un bebé llorando. Tras ella, una atribulada niñera, con los brazos extendidos, intentaba razonar.

—No, gracias —dijo la reina Glisselda con tono imperioso—. Sólo su tita es capaz de calmarla cuando se pone así. ¡Estás despedida!

La niñera enrojeció y abandonó la estancia. Glisselda hacía dar saltitos a la niña en sus brazos, cantando: «¡A-a-aranceles! ¡Im-im-impuestos!», mientras cruzaba la estancia hacia ellas. El bebé se agitaba histérico.

—Cariño, lo siento mucho —le dijo la reina a Seraphina—. No quería interrumpir el momento con tu hermana, pero, como ves, tiene un mal día. Son los tratados comerciales. Es una pequeña proteccionista.

—Está bien —susurró Seraphina con voz tranquila. Se levantó y cogió al bebé de brazos de Glisselda. La reina pareció aliviada; se le habían despeinado sus rubios rizos y, al mirarlo de cerca, podía verse que a su corpiño le faltaban cuentas.

La reina dirigió una pálida sonrisa a Tess, que se levantó e hizo una

profunda reverencia.

—Pues te dejo con ella —dijo Glisselda—. Tengo que pelear a brazo partido con Pesavolta por ese huevo.

—¿El huevo de Anazzuzzia? —exclamó Tess, espantada. Piztka no lo sabía; estaría destrozado.

—¿Tiene nombre la serpiente? —preguntó la reina, entrecerrando con astucia los ojos—. Puede ser provechoso. Pero no os preocupéis; es un asunto entre Pesavolta y yo. Seraphina te dirá cómo puedes ayudar.

Abandonó la habitación sin más despedidas.

Seraphina se había colocado a la princesa Zythia en el regazo y se miraban seriamente la una a la otra. La cara de Zythia estaba todavía enrojecida, pero habían cesado las lágrimas y los berridos. Golpeaba a Seraphina en el pecho con su manita gordezuela.

—Si tienes que darle el pecho, no te cortes por mí. —Tess cruzó los brazos sobre el suyo, recordando cuánto le había dolido, cómo Chessey le había rellenado el corpiño con hojas de col para atenuar la hinchazón.

Seraphina le lanzó una mirada lastimera.

—Por desgracia, esa parte de mí no funciona. —Pasó la mano por la vellosa cabeza de Zythia—. Lamento no haberte dicho que estaba aquí. No sabía... Nunca sé lo que puede herirte.

Tess se sentó junto a ella en el banco de la ventana, sin apartar los ojos de la carita de Zythia, que se metió un pulgar en la boca y se puso a roerlo, vertiendo lágrimas otra vez de sus grandes ojos negros.

Tess extendió una mano y Zythia le agarró el dedo.

Algo terrible y maravilloso y doloroso creció en su interior, pero pudo

soportarlo. Apoyó con timidez la cabeza en el hombro de Seraphina.

—Tú nunca has pretendido herirme.

—Las hermanas tenemos un talento especial para herirnos la una a la otra sin querer. —Vaciló un momento y después apoyó la mejilla contra la coronilla de Tess.

Permanecieron un rato así sentadas, contemplando al bebé, charlando en voz baja. Hablaron de partos como dos veteranas de una misma guerra, comparando heridas, y Tess sintió que algunas cicatrices de su corazón se ablandaban y disolvían.

Phina la besó en las mejillas cuando se fue. Tess se maravilló de que pudiera sentirse a la vez tan herida y confortada, tan vacía y tan llena. La suya era una vida vivida con alegría-utl, >y tenía capacidad y aptitud para sobrellevarla.

Se dirigió entonces hacia casa, con la angustia añadida esperándola allí.

π

No sabía bien qué esperar cuando le contase a Josquin que iba a ir a los Archipiélagos más pronto que tarde. Él llevaba todo el tiempo insistiendo en que ella le dejaría —y en que debía hacerlo—, pero Tess no creía que lo dijese en serio.

—Desde luego que lo decía en serio —empezó él cuando la envolvió entre sus brazos esa noche, con la luz de la luna entrando a raudales por la ventana—. El Cielo sabe que tampoco yo estaba dispuesto a sentar cabeza a los diecisiete años. Conozco a una mesonera encantadora que me consideraba un sinvergüenza por eso.

—Yo tengo dieciocho —comentó Tess, sin acordarse de que no le había hablado de su cumpleaños.

Él le dio en las costillas.

—La próxima vez que intentes demostrar que no eres una sinvergüenza, quizá no te convenga admitir que mentiste acerca de tu cumpleaños. Lo que opino es —su susurro se volvió más profundo por la emoción— que sé que el Camino todavía te llama. Yo viví para él cuando tenía tu edad: dormía en la silla del caballo y comía mientras galopaba. Me lamía los labios y sabía dónde estaba por el sabor del polvo. Todavía me susurra, sobre todo en primavera, sólo que ahora no puedo seguirlo. ¿Cómo, en conciencia, voy a mantenerte alejada de él?

—¿Cómo puedes ser tan optimista?

—No lo soy, Tess, pero he pasado por eso antes. Te echaré de menos todos los días, igual que echo de menos a Rebecca. Igual que echo de menos caminar. Pero mi camino es este. Soy muy feliz porque has venido y viajado conmigo.

—Volveré —respondió Tess, emocionada.

—Lo sé —asintió él, y le acarició el pelo con mano firme—. Y habrás tenido otros amantes para entonces, y yo también, y seremos mayores y viejos amigos, felices de reencontrarnos, llenos de historias portentosas.

—Te quiero —dijo ella llorosa, y le besó en los labios.

Él la estrechó en sus brazos y la atrajo hacia sí, y esa fue la última vez antes de que se marchara.

28

Dos semanas más tarde, Tess y Piztka llegaron al gran puerto meridional de Mardou, al igual que Kikiu, según informó Piztka, aunque no hizo el viaje con ellos.

—Noto que *ko* viene detrás —anunció en tono tranquilizador—. *Ko* tira y afloja, pero no abandonará. Ten un poco de fe.

El mismo Piztka parecía distinto en un sentido que la joven no atinaba a identificar. Había dejado de hacer travesuras, vomitar y restregarse contra su rodilla..., y de enfadarse por nada, lo cual era un alivio. Parecía flotar por un río invisible y calmo. Ella atribuía a Anazzuzzia que los sueños hubieran proporcionado a su amigo una perspectiva más amplia o que ya no fuese del todo de este mundo.

Tess no se decidía a mencionar la captura del huevo, aún no. Piztka parecía frágil, como una telaraña, y no sabía qué podría precipitarlo a una terrible muerte.

La ciudad de Mardou tenía un puerto lo bastante grande para albergar barcos procedentes de todo el mundo, así como gabarras de río del interior. Tess, que hasta ahora había llevado una existencia rodeada de tierra, contemplaba con asombro el bosque de mástiles y velas, las cabrias que chirriaban y se tensaban con la carga, y el ancho y oscuro mar.

El cielo tocaba un horizonte lejano. Recordó que, cuando se marchó al principio de Puentefé, el cielo parecía de una inmensidad imposible sobre la llanura. Aquí la bóveda azul se le antojaba aún más grande.

Alquiló una habitación en una posada junto al muelle, Do Gabitta (La Gaviota), y se puso a indagar cuanto podía sobre la condesa de Mardou. Por

suerte, la expedición aún no había zarpado. El yate porphyriano de la condesa, el *Avodendron*, languidecía en el puerto, esperando la entrega del «artefacto de *lord* Morney», fuera lo que fuese.

La condesa era fácil de encontrar: sólo había que seguir el bullicio y el jolgorio, y a continuación localizar el meneo de plumas de su sombrero. Desdeñaba los carruajes y era frecuente verla caminando a trancos con sus relucientes botas por el centro de la ciudad, besando bebés y aceptando regalos y adulaciones.

Tess la acechaba a cierta distancia, estudiándola y buscando la mejor manera de abordarla.

Lo más fácil habría sido ir a visitarla a su casa, cosa que la joven descartó sin pensárselo dos veces. Seraphina le había dicho lo que tenía que hacer exactamente —pedir perdón y presentar sus credenciales de descubridora-de-la-serpiente—; pero Tess era Tess, por lejos que hubiese llegado, tan testaruda como el día que había emprendido la marcha. Lo haría a su manera.

Si es que encontraba la forma. Siempre quedaba la opción de recurrir a la opción de Seraphina, por irritante que fuese, en caso de que le fallara la intuición.

Al tercer día de su estancia en Mardou, llegó un enorme embalaje en una carreta tirada por seis corpulentos caballos. Se utilizó la grúa más grande del puerto para izarla a bordo del *Avodendron*. El artefacto de *lord* Morney había llegado por fin; a Tess se le había terminado el tiempo.

La marea sería favorable para partir al anochecer. Tenía ocho horas para discurrir el mejor modo de abordar a la condesa Margarethe. Se puso a deambular por los muelles, esforzándose por no impacientarse. Esforzándose por vaciar su mente sobre la base de que ya conocía la respuesta y necesitaba

darle la oportunidad de que saliera sin obstáculo a la superficie.

En sus vagabundeos, pasó por delante de una casa de contratación, donde los capitanes y las compañías navieras firmaban acuerdos ante un abogado. Una de las hojas batientes de la puerta estaba abierta en honor a la cálida mañana (no es que fuese cálida, pero era una de esas primaveras que parecen balsámicas en comparación con los meses anteriores), por donde le llegaba una conversación. Una voz en particular, como una ña sobre una pizarra — un quejido chirriante, nasal—, sacó a Tess de su ensoñación. Era inconfundible. Se detuvo en seco, retrocedió unos pasos y atisbó el mal iluminado interior.

Un procurador, pálido y delgado como un rayo de luna, estaba sentado ante un ancho pupitre, garabateando con diligencia. A su izquierda permanecía en pie un desaliñado capitán de barco; a su derecha, un grupo de cuatro saarantrai, con las campanillas de plata sonando débilmente. La mirada de Tess se dirigió a los dragones, a aquel cuya voz reconocía, aunque apenas pudiera creerlo. El licenciado Spira, como una masa grumosa, con el cabello de color indefinido enroscándosele en las orejas, instruía con pedantería al procurador acerca de algún rebuscado detalle del contrato.

El licenciado Spira y otros tres dragones estaban fletando un barco.

El procurador exponía lo obvio:

—Nunca había contratado una nave de exploración a dragones. Me extraña que no voléis al sur por vuestros propios medios. No hay un convenio con los isleños que os lo impida.

—Bah, no querrán volar —gruñó el capitán de barco, que sin duda tenía interés en que no volaran—. En el lejano sur no hay nada que comer más que morsas voorka.

—Mi amante es pelaguesa —dijo el procurador con aspereza— y hace una empanada de aleta de voorka deliciosa.

—Perdonadnos, señor —terció Spira con voz empalagosa—. Las morsas son grasas, como sabéis, y nos caen mal al vientre.

El comentario era tan propio de Spira, tan condescendiente y servil a la vez, que la joven tuvo que sofocar una carcajada. Le salió un resoplido.

El licenciado Spira alzó la vista y se encontró con los ojos de Tess.

Ella dio media vuelta y echó a correr, lo cual probablemente era innecesario. Sin duda, Spira no la habría reconocido después de cuatro años, y más con el pelo corto. Y aunque hubiese reconocido su cara o la hubiese olido a esa distancia, ¿qué podía pasar? ¿Iba a cobrarse venganza a largo plazo por el robo y la reprimenda?

Sus pies aflojaron la carrera. La habían impulsado la culpa y una asociación refleja de Spira con Val. Ciertamente, le debía una excusa al licenciado; pero no tenía nada que temer de eso.

De hecho, la presencia de Spira tendría que ser una bendición.

Apenas acababa de formularse esa idea cuando creyó oír su nombre. Había llegado al final del muelle, donde el viento azotaba las banderas en lo alto de sus astas y mantenía con furia a las gaviotas aleteando en el aire. Al principio sólo le llegaron fragmentos de su nombre. Una T y a continuación la vocal, que podrían haber sido el ladrido de una foca. La S arrastrada se había perdido del todo.

Se volvió, esperando a Spira, pero se acercaba un hombre alto y fornido. El viento le metía el largo y oscuro cabello en los ojos. Llevaba una capa gris y botas fuertes, y había viajado bastante a pie (podía distinguir a cualquier hijo del Camino).

Tess se cruzó de brazos sin saber qué pensar.

—Parece que no me reconoces —dijo en goredi al llegar a su lado. Tenía un acento familiar, aristocrático. Sus orgullosas vocales habían estado presentes en algún momento terrible, pero no conseguía...

¡Ah, sí! Sus ojos se precipitaron hacia su rostro, y ahí estaban las cejas prominentes, los agudos ojos de cuervo, la nariz que ella le había roto.

—Por los huesos de los Santos —dijo con cautela—. ¿Qué hacéis en el último extremo de Ninys?

Jacomo —*lord* Jacomo, el estudiante de clérigo por el que a menudo se había hecho pasar— sonrió. Que ella recordara, no era un hábito suyo, así que desconfió.

—Sólo voy a donde tú me llevas —dijo, tiritando a causa del penetrante viento.

—¿Me habéis estado siguiendo? No puede ser verdad.

Él alzó las manos como para detener un golpe.

Tess volvió a cruzar los brazos, que por supuesto había levantado para defenderse.

—No... —contestó Jacomo—. No del modo que haces que parezca. Me envía tu hermana.

—Acabo de verla —repuso Tess con incredulidad—. ¿No podía haberme llamado por el zmir?

—Tu otra hermana, Tess. Tu gemela.

Claro que se refería a Jeanne. ¿Cómo era posible que Jeanne se le hubiera evaporado de la lista de preocupaciones?

—¿Podemos ponernos a cubierto? —preguntó Jacomo—. El viento arrastra mis palabras por el camino equivocado.

Tess lo llevó hacia la Batahola del Marinero, una oportuna hilera de tabernas que aguardaba a la gente de mar que regresaba a casa desde el sur. De la primera posada salían ráfagas de cantos, versos obscenos puntuados por abundantes «¡yo!» y «¡ho!», monosílabos universales de jolgorio marítimo.

No habría podido oír a Jacomo allí dentro, lo cual era tentador, pero pasó de largo y lo llevó a un bar más tranquilo y despejado llamado Des Mamashuperes (Los Calamares).

El lugar era horrible. Lo más probable era que no hubiesen cambiado el serrín del suelo en la vida; debía de ser el serrín original, el primero que se había inventado, y como tal, histórico. Había objetos sepultados en él, botellas rotas, cabezas de pescado, vómitos y gatos, por lo que había que mirar bien por dónde se pisaba.

Si Tess esperaba que Jacomo no se dignara a beber en un sitio como ese, quedó decepcionada: se adelantó a entrar, saltó por encima de un gran bulto (un cadáver, quizá; quién sabía), apoyó la tripa sobre el mostrador y alcanzó dos cervezas. Descubrió una mesita raquítica junto a la única ventana, un cuadrado de cristal esmerilado que brillaba con la luz del día, pero parecía menguar cualquier claridad que realmente lo atravesara. La silla de Jacomo se rompió —debía de estar ya medio rota—, por lo que la desechó y cogió otra. A Tess le costó estabilizar la suya, como si no hubiera suelo debajo del serrín, sólo serrín hasta el final.

—No he venido para vengarme por lo de mi nariz, si eso es lo que te preocupa —empezó Jacomo.

—No lo he pensado —mintió ella—. Sospechaba que veníais a por una

segunda ración. Me mantengo en forma asestándole puñetazos a un rebaño de ovejas.

Para su sorpresa, la sonrisa de Jacomo fue suplicante. Tess experimentó cierta inestabilidad, y no sólo por la silla.

—Deja que te cuente por qué estoy aquí, Tess, y luego decide si pegarme otra vez. Cuando te escapaste, Jeanne estaba fuera de sí. Todos salimos en tu busca por ella: Richard, Heinrigh, nuestros padres, todos los hombres y sabuesos de los que disponíamos. Seguimos tu rastro hasta Puentefé, donde desapareciste.

—No preguntasteis a los quigutl —dedujo Tess, complacida en secreto.

—¡Ah! Tu padre lo sugirió, pero el resto desdeñamos la idea. Convenció a Seraphina para que indagase con ellos, pero ella no consiguió nada.

Nada que hubiera revelado, en todo caso. Tess tomó nota mentalmente para agradecerse algo algún día.

—Llegamos a un punto muerto. Jeanne cayó postrada, desconsolada —siguió Jacomo—. Pero entonces se produjo un cambio inesperado: apareció un joven oportunista llamado Florian con una nota, supuestamente escrita por mí, reclamando que me había hecho un favor y le debía algo de ropa.

—¡Por los perros de los Santos! —exclamó Tess—. Todavía estabais en casa cuando llegó.

—La búsqueda había retrasado mi regreso a Villa Lavonda —explicó él mientras giraba su jarra, nervioso—. Padre pensó que el patán pretendía timarnos, pero le entregó lo que pedía la nota, que era bastante poco, para parecer generosos. Sin embargo, yo tenía mis sospechas e interrogué a Florian en privado. Se había tropezado con «*lord Jacomo*» en un granero al sur de Puentefé.

—¡Qué bribón! —Tess golpeó la mesa—. Se suponía que iba a decir que me había caído de un caballo. Mucho más romántico que esconderme en un granero.

—Fue sincero, no como el villano con el que se cruzó —dijo Jacomo con un destello en sus negros ojos. Tomó un sorbo de cerveza—. En ese mismo instante, decidí ir yo en tu busca.

Tess parpadeó, desconcertada.

—¿Por qué ibais a hacerlo?

Jacomo bajó la mirada, sonriéndole a la cerveza, y fue como si corriera una cortina. Había cambiado, aunque Tess no conseguía distinguir en qué. Ya no era el irascible y presumido aprendiz de sacerdote al que le había dado un puñetazo en la boda. Era alguien más amable, alguien que no conocía.

—Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de no volver al seminario —admitió en tono quedo—. No te puedes hacer idea. Jamás quise ser sacerdote, pero como tercer hijo...

—Es el destino. —Tess se acordó de fray Mohosi.

Hubo un centelleo en sus ojos.

—Si mi padre se llega a oler por dónde andabas, habría mandado gente armada para traerte de vuelta. Yo podía eludir mis estudios con ese pretexto. Les conté a Jeanne y a Richard lo que sabía. Jeanne me suplicó que te buscase; fingí no poder rehusar. Richard estuvo de acuerdo en mantener en secreto mi partida y nuestros padres supusieron que había regresado al colegio..., hasta que los resultados de mis exámenes fueron nulos; pero eso tardó dos meses.

—Os escapasteis —supuso Tess, fascinada.

Jacomo asintió con gravedad.

—Te busqué a trechos y sin molestarme demasiado. No era difícil seguirte; la gente se acuerda de un pícaro con jaqueta a rayas.

—Era un desastre como ladrón —comentó Tess, y se estremeció—. Tuve que cambiar de estrategia.

—Desde luego. —Jacomo se arrellanó en la silla—. Conociste a Blodwen y a Gwenda, volviste a adoptar mi nombre en vano y entonces las cosas empezaron a ponerse interesantes.

—¡Se suponía que ellas no iban a contarlo! —estalló Tess, indignada—. Podríais haber sido el duque de Barrabú hijo, que venía a matarme.

Jacomo echó la cabeza hacia atrás y soltó una risotada.

—Bueno, desde aquel momento creo que empecé a buscarte... no para *matarte*, sino para cobrarme venganza. Devolverte a casa hundida en la vergüenza. —Se inclinó sobre la mesa inestable, súbitamente serio—. Era mezquino, Tess. Era amargo, ruin y repulsivo. Me dijiste que sería un mal sacerdote, ¡que era la verdad!, y yo quería que sufieras por insinuarlo. Quería darle al mundo un puñetazo en la cara, empezando por ti. Pero, según caminaba, mi rabia se enfriaba y se disipaba como el vapor.

A Tess se le hizo un nudo en la garganta.

—La mía también.

—Lo sé. —Los ojos negros de Jacomo destellearon—. Cuando comprendí a quién estaba siguiendo, lo cual se veía claro en lo que dejabas atrás, quise continuar siguiéndote, pero ya no atraparte.

Tess no había sido consciente de dejar nada detrás, pero, a juzgar por lo que decía Jacomo, él había estado jugando en una larga y lenta partida de atar

cabos, y cada cabo había sido un detalle humanitario, un trabajo de granja, risas, una historia contada. Había recorrido el mundo, y el mundo lo recordaba.

—Y es más —continuó Jacomo—, diste con Fritz. Muchos taberneros me contaron lo amable que fuiste, y al final lo salvaste. No sabes lo que eso significa para mí.

—Tienes razón, no lo sé —dijo Tess desconcertada—. ¿Quién es Fritz?

—Nuestro viejo guardabosque —contestó Jacomo—. Yo le llamaba Griss de pequeño; no sé por qué adoptó el nombre en su senilidad. Nos enseñaba a cazar. El oso de la sala de trofeos de Heinrigh era suyo.

Tess lo recordó: el oso de Fritz, cuando encontró la crema de menta.

—Se extravió al volver de Puentefé unos meses antes de la boda. Le dábamos por muerto.

—¡Así que de verdad conocía a un chico llamado Jacomo! Y al bebé Lion...

—Mi padre, el duque Lionel, cuando era pequeño. —Jacomo se mostró inquieto—. Ordené que lo llevaran a casa. Las hermanas pensaban que estaba en condiciones de hacer el viaje, aunque no viviría mucho. Al final, ha podido morir rodeado de los suyos.

Tess le miró a los ojos y tuvo el aterrador sentimiento de que ella y Jacomo eran ahora familia, no tanto por la boda como por Griss. Aquello era tan perturbador como innegable.

—La madre Philomela te manda su cariño —añadió él, animándose—, así como el geólogo Nicolas, que está explorando un sistema de cuevas bajo las carreteras del norte de Ninys. El Gran Arnando me enseñó el agujero que te

engulló. He oído la leyenda, pero no he conocido a Querida Dulsia. —Guiñó un ojo—. Si pudo con un muchacho inquieto y tenso como tú, seguro que habría sabido qué hacer con un seminarista que se ha dado a la fuga.

Tess no podía creer que estuviera tomándole el pelo.

—¿Quién más...? He conocido a fray Mohosi —prosiguió—. De hecho, permanecí en Santi Prudia la mayor parte del invierno, que estuvo nevando. Por desgracia, la serpiente había muerto antes de que yo llegara —dijo al encontrarse con la mirada inquisitiva de Tess—. Mohosi se resiste a aceptar su muerte, como puedes imaginar.

Ella lo imaginaba muy vivamente. Pero había dos personas más de las que necesitaba saber.

—¿Y el padre Erique?

—¿El prior acusado de violación? —preguntó Jacomo, y se rascó la mejilla con los dedos corazón y pulgar—. Se había ido del pueblo cuando llegué y no fui bien recibido allí. Parece que lo humillaste en mi nombre. No me quejo.

Tess rio y por fin dio un sorbo a su cerveza; las probabilidades de darle otro puñetazo a Jacomo habían disminuido hasta casi desaparecer.

—¿Y Angelica?

—No conozco ese nombre.

La ausencia de noticias era buena noticia. Esperaba que fuera así.

Tess tamborileó con los dedos sobre la mesa; algo la tenía aún sorprendida.

—Si no pretendíais atraparme, ¿por qué estáis aquí?

—¡Ah! —Jacomo se puso serio otra vez—. Tengo noticias. Jeanne está embarazada y asustada. Quiere que vuelvas a casa.

Por unos instantes, Tess fue incapaz de abrir la boca. Sentía demasiadas cosas a la vez: amor y miedo y deber, y por debajo de todas, una vieja y familiar desesperación.

A continuación, tanto para sorpresa suya como de Jacomo, se echó a reír.

—¿Te parece divertido? —preguntó Jacomo, y Tess captó en su mirada un reflejo de su antigua y sentenciosa arrogancia.

—No —respondió Tess, enjugándose los ojos—. Más bien es... absurdo, si piensas en lo lejos que he viajado para encontrar las mismas opciones en este extremo del continente. ¿Me voy de exploración con la condesa Margarethe o regreso a Rocamarog para cuidar a los hijos de Jeanne?

—Al menos, las hermanas de Santa Loola han tenido el sentido común de renunciar a ti —dijo Jacomo secamente—. También recuerdo que la última vez tu decisión fue huir de todo.

Tess entendió ahora que la última vez no había sido capaz de ver con claridad sus alternativas, sólo que las estaban eligiendo por ella otras personas. Se había equivocado con las monjas; tampoco había comprendido adónde iba a ir la condesa. Puede que todavía no viese claro qué significaba quedarse en casa con su gemela.

—Tendrás algún medio de ponerte en contacto con Jeanne...

Jacomo se sacó una cadena de la pechera de la camisa; un colgante cuadrado y plano pendía de ella.

—Déjame hablar con ella.

Jacomo le entregó el zmib con cautela.

—Si no vas a volver, no tienes por qué hablar con ella. No quiero ser portador de malas noticias. De hecho, trato de asumir...

—No asumas nada —cortó Tess con cierta aspereza—. Primero necesito hablar con ella. Es mi hermana. Al menos le debo eso.

Salió al patio trasero de Los Calamares, con la esperanza de obtener privacidad. En el otro extremo estaba el inodoro, apestoso incluso de lejos. Tess optó por el montón de leña y se sentó en el tocón del hacha, pegajoso de resina y áspero por las astillas. El cielo se había nublado; un viento frío con olor a platija soplaba desde el puerto.

Le dio la vuelta al dije entre los dedos y lo conectó. Apenas tuvo ocasión de chirriar una vez antes de que Jeanne contestara: «¿Sí?». La palabra la hizo rebosar de esperanza.

Tess forzó las palabras a salir de su garganta contraída:

—Hola, Ne. Soy yo.

Y a continuación se echaron a llorar; dos hermanas, separadas por cientos de kilómetros, unidas en la aflicción.

—Lo siento —se disculpó Tess con las mejillas arrasadas—. Sé que te he causado muchas preocupaciones.

—Ay, Sisi. No hables de eso —dijo Jeanne—. ¡Todo queda perdonado si vuelves a casa!

—Claro que volveré. Siempre he querido hacerlo —respondió Tess cálidamente, sintiendo que la generosidad y el afecto florecían en su corazón—. Es sólo cuestión de tiempo.

—¿Te refieres a lo que se tarda en venir desde allí hasta aquí? —inquirió Jeanne—. ¿Dónde estás?

—En Mardou, en la costa ninysh. Pero la distancia no es el mayor...

—¿Cuánto tarda un coche veloz en hacer el viaje? —interrumpió Jeanne—. No te preocupes por el precio. Su Alteza el duque correrá con los gastos. No te puedes imaginar lo desgraciada que soy sin ti. Mamá y la duquesa ya están celosas la una de la otra, y se buscan. No sé cómo me las voy a arreglar para educar a un niño con sus abuelas sobrevolando en círculos como buitres.

Jeanne no paraba de hablar: de su madre, de su suegra, de cómo una y otra esperaban su lealtad y de que nunca podía satisfacerlas al mismo tiempo. Conforme hablaba, iba contestando, una por una, las preguntas no formuladas de Tess. Tess no podía dejar a su hermana con una ingenua esperanza.

—Jeanne —dijo con suavidad—, cariño, lo siento mucho. Has entendido mal. Volveré, pero aún no. No para el nacimiento.

—Pero te necesito aquí —insistió su hermana. Tess pudo oír cada kilómetro que las separaba.

—Quieres que esté ahí para desviar la ira de esas dos buitres, como tú las llamas. En el momento en que cruce el umbral, me picotearán a mí y te dejarán a ti en paz.

—¡No es por eso! —exclamó Jeanne—. Estoy asustada y te echo de menos.

—Yo también te echo de menos —susurró ella— y quisiera estar ahí, cogiéndote de la mano; pero no puedo regresar para ser el chivo expiatorio de todo el mundo. En cualquier caso, no vas a estar sola. Seraphina volverá pronto. Ha tenido un niño hace menos tiempo que yo, y sabes que es una experta en el asunto. —La broma no tuvo gracia: no había puesto convicción—. En serio, Ne, acude a ella para cualquier necesidad de hermana. Nos hemos equivocado con ella todos estos años. Creo que ella quería lo que

había sin esfuerzo entre nosotras, pero no sabía pedirlo.

—Lo que había entre nosotras... —La voz de Jeanne sonaba como si la estuvieran estrangulando—. Nosotras contra el mundo. En menuda burla has convertido eso.

—Siempre fue una burla —dijo Tess, alisando el temblor de su voz—. En realidad era Tess contra el mundo, protegiéndote de la rabia de mamá, de las decisiones difíciles y de todo lo demás.

—¿Protegerme tú? —gritó Jeanne—. He sido yo quien tenía que intervenir para arreglar tus enredos durante años. ¿Quién te cubría cuando te pasabas toda la noche en San Bert y estabas tan dormida que dabas cabezadas durante las clases al día siguiente? Fui yo quien apaciguó el destrozado corazón de mamá e intentó mantener unida a la familia; quien tuvo que comportarse como un completo ángel para compensar tu implacable egoísmo.

—Mi *egoísmo*, cuando viví en tu gabinete durante dos años, lavé tu ropa y te busqué un marido —estalló Tess—. *Egoísmo* recibiendo palizas por ti, mintiendo por ti, conteniendo la respiración para no manchar tu reputación por asociación.

—¡Oh, pobrecita! Después de catorce años haciendo lo que se te antojaba como un animal impulsivo, pasaste dos años de pequeñas labores en penitencia. Ahora, cuando de verdad te necesito, en esta casa horrible con gente horrible, le das un puñetazo a Jacomo y te fugas. Sí, eres egoísta, eres irresponsable y...

Tess nunca había notado en la voz de Jeanne una herida tan cruda y se quedó petrificada, incapaz de reaccionar ante tal letanía de reproches. Jeanne se había mostrado siempre tranquila y bondadosa... ¿Cuánto rencor había acumulado? Quizá ni ella misma lo sabía.

Había dado por supuesta la bondad de Jeanne, había asumido que era buena por naturaleza, y la quería así. Esa había sido la historia de sus vidas, y era muy injusta.

La furia de Jeanne derivó en sollozantes pucheros.

—¿Cuándo pensabas decírmelo, Ne? —añadió Tess con dulzura—. Si hubiera acudido a tu llamada y hubiese regresado volando, ¿te lo habrías guardado toda tu vida?

Jeanne redobló sus sollozos. A Tess le escocían los ojos por empatía; ella también había estado así, llena de rabia inútil, atrapada.

—Te llamaré por este zmib mientras continúe el viaje. Puedes morderme, en sentido quigutl, si lo necesitas; y puede que logremos ser hermanas otra...

—¡Ojalá te ahogues! —gritó Jeanne, y el zmib enmudeció.

Tess se quedó mirando el artilugio en sus frías manos. Sentía como si la hicieran rebanadas, corte tras corte tras corte. Respiró despacio, contenida, como le había enseñado Chessey hacía mucho tiempo. ¡Por los huesos de los Santos, cómo dolía! Se dobló, apoyando la cabeza sobre las rodillas, pero no podía escindirise, no podía distanciarse de sí misma. Siguió sentada, sintiendo de todo.

Y en cuanto se le hubo calmado un poco el dolor, alzó la cabeza.

Jacomo estaba asomado en la puerta de la taberna, frotándose la nuca con aspecto desconcertado.

—No era mi intención escuchar.

—Sí lo era, *lord* Correveidile —dijo Tess, aunque no con enfado.

—Eso no ha sonado bien. —Jacomo se apoyó en el marco de la puerta y se cruzó de brazos.

Tess se levantó y se sacudió el serrín con dedos entumecidos.

—Oh, no sé. Has sido testigo de la primera exhibición de chillidos de Jeanne: un acontecimiento histórico. Un pequeño milagro, quizá. —Se frotó la nariz, meditabunda—. ¿Sabes qué se siente cuando alguien te pega sin merecerlo del todo, pero al mismo tiempo sospechas que un poco sí?

—¿Tú qué crees? —contestó Jacomo con media sonrisa irónica.

Tess exhaló un suspiro entrecortado y le tendió el zmbib para devolvérselo.

Él lo rechazó con un gesto.

—Quédatelo. Llámala cuando quieras.

Tess meneaba la cadena con impaciencia.

—Ya has oído a la dama. Soy impulsiva e irresponsable. Quiero que lo lleves tú para protegerlo, así no lo arrojaré al océano.

—Pero yo vuelvo a casa —musitó él, y señaló con el pulgar por encima de su hombro. Señalaba al sur, hacia el mar, y parecía no darse cuenta—. El juego ha terminado. Te he encontrado y ahora tengo que enfrentarme con... —Dejó la frase sin terminar; no quiso hacerlo.

—Puedes volver —dijo Tess con malicia; un extraño sentimiento crecía en su interior. A lo mejor era un minúsculo vestigio de gozo anárquico. Había pasado tanto tiempo que no estaba segura—. O puedes seguir adelante. Y con esto quiero decir que embarques... conmigo.

A la escasa luz de la tarde nublada, los ojos de él relampaguearon como los de un zorro.

—¿Qué voy a hacer en un barco?

—Eso lo decides tú —contestó ella—; pero tengo entendido que estas

expediciones ninysh siempre necesitan sacerdotes. Concederías alguna credibilidad a mi solicitud a la condesa.

—¿Tu solicitud? ¿Aún no tienes garantizado un puesto en la expedición?

—Necesito algo más consistente que un «Por favor, por favor, olvidad que os ofendí y permitid que me una». Gracias a ti y a un golpe de suerte que tuve antes, creo que lo conseguiré. Pero ¿vendrás? Todavía no estás preparado para volver al seminario.

—No lo estoy —admitió él. Se mordió el labio.

Tess lo precedió hacia la puerta.

—Hablemos donde no haga frío, hermano.

Volvieron a entrar en Los Calamares y terminaron sus cervezas.

π

Tess pasó por La Gaviota a recoger sus pertenencias y se encasquetó su desafiante sombrero; para su consternación, se le había torcido la larga pluma de faisán, pero la acortó. Se mantuvo enhiesta y hacía que la joven pareciera un signo de admiración andante.

Se reunió con Jacomo y su equipaje en la calle. Tess había convocado a Piztka, el cual había conseguido localizar a Kikiu, que ahora llevaba unos anteojos de cochero, además de los cuernos y el potenciador de mordiscos.

Tess echó una ojeada a su séquito: el enorme y mohíno no-del-todo-sacerdote, el quigutl pequeño-para-su-edad y la quigutl que parecía haberse caído en un cubo de objetos afilados.

Eran perfectos.

Encabezó la marcha por el borde del muelle, con la barbilla levantada, sin mirar atrás para asegurarse de que la seguían. Daría una imagen más conveniente que se los viera avivando un poco el ritmo para alcanzarla. Ella caminaba como si la tierra le perteneciera, indomable, con la pluma acariciando las mejillas del cielo.

El sol, a través de un resquicio del gris, iluminaba la parte baja de las nubes con un trascendente rosa salmón. Tess lo consideró su fanfarria.

La pasarela del *Avodendron* estaba todavía bajada mientras los estibadores cargaban las últimas provisiones. La condesa se hallaba ya a bordo, constató, pues el viento arrastraba su risa. Sabía muy bien que debía mandarle recado por uno de los estibadores y esperar a que la condesa bajara. Gritar para llamar su atención habría sido grosero. No le habían enseñado específicamente la etiqueta de los barcos, pero se daba cuenta de manera instintiva de que subir a bordo del barco sin haber sido invitada podía ser de lo más grosero. Sería como subirse al carruaje de alguien o entrar en su casa como si fuese la tuya. Sencillamente, no estaba bien.

Así que eso es lo que hizo, y su corazón anárquico se estremecía con cada paso que daba al subir por la oscilante rampa.

El barco, que se había llenado de alegres cotorras ninysh y porphyrianas, estaba silencioso. Docenas de ojos se clavaron en Tess desde todas direcciones: marineros, estibadores, un señor mayor con barba y la misma condesa de mirada penetrante. La ilustre dama iba vestida de negro, con las mangas acuchilladas en color blanco; se había cortado severamente los rizos cobrizos a la altura de la mejilla, lo que daba aspecto de seta a su figura.

Se sacó un machete del cinturón y lo tendió a la distancia del brazo, apuntando directamente a la cara de la joven. Ella no sabía si eso significaba que la había reconocido. Creía que no.

—Condesa Margarethe. —Hizo once dieciseisavos de reverencia, algo lo bastante extravagante como para poner a todos en alerta—. He venido con mi séquito para unirme a vuestra expedición.

Extendió un brazo para señalar al mediocura y a los dos quigutl. Jacomo, al menos, hacía lo posible por parecer leal. Kikiu se erizó; acababa de salir de las cloacas y olía como ellas.

La condesa entornó los ojos como si conociera la cara y la voz de Tess, pero sin llegar a identificarlas. No bajó el arma. Tess observó que los marineros cambiaban de posición, preparándose para saltar sobre ella a una voz de la condesa.

—Soy Tess Dombegh. Nos conocemos —anunció, con las manos en las caderas y los pies separados, recurriendo a su Dormidio interior.

La condesa, confundida, dejó caer su brazo armado. Tess lo tomó como una señal alentadora y continuó: —Permitidme que os presente a los quigutl Piztka y Kikiu, y al padre Jacomo, que...

—No... ¿*Lord* Jacomo Pfanzig? —inquirió la condesa, envainando el machete. Al parecer, tampoco le había reconocido con el manto polvoriento y el espeso pelo negro sobre los hombros.

Para sorpresa y deleite de Tess, Jacomo dio un paso al frente, hizo una afectada inclinación de cabeza y besó los enjoyados dedos de la condesa.

Margarethe frunció el ceño, como si intentase descifrar un enigma. Tess esperó haber empezado a despertar su curiosidad.

—Quizá no os hayáis enterado: soy quien encontró a Anazzuzzia, la gran Serpiente del Mundo, ovillada debajo de Santi Prudia —añadió Tess.

—Imposible —repuso Margarethe, retirando su mano de la de Jacomo y

recobrando la expresión desdeñosa—. Dijeron que había sido un charlatán.

—Exacto. Yo —dijo Tess con modestia—. La Academia, esos bastardos, la han matado. —Insultar a los maestros fue un riesgo calculado, pero la sonrisa afectada de la condesa le dio a entender que había acertado—. Sé que vais en pos de la gran serpiente antártica, señora; no puedo permitir que le suceda lo mismo. Iré allí por las buenas o por las malas. Prefiero viajar con vos en este hermoso barco; pero, si es necesario, me embarcaré con los dragones o iré dando saltitos por el hielo como un pájaro bobo.

—¿Con los dragones? —soltó Kikiu detrás de ella—. ¡Jamás!

A Piztka le costó calmar a su hija; a la condesa y su tripulación les debieron de parecer dos monstruos gruñendo.

Se elevó un murmullo de desagrado entre los marineros.

—¿Qué dragones? —preguntó Margarethe, que toqueteaba el puño de su sable sin quitar ojo a los peleones quigutl.

Tess la miró con frialdad.

—Tenéis un competidor, ¿no lo sabíais? El licenciado Spira, mi antiguo camarada de San Bert, embarcará mañana con un cargamento de saar. Me he enterado de que están furiosos en Tanamoot porque Ninys ha matado a Anazzuzzia. Si los saar descubren antes esta Serpiente del Sur, nunca llegaréis hasta ella. —Tess se examinó las uñas—. Preferiría que eso no ocurriera; me gustaría que la humanidad tuviese la oportunidad de ver y estudiar esa maravilla viviente. Pero, si no puedo embarcar con vos, no tendré más remedio que poner mis habilidades al servicio de...

—¿Y qué habilidades son esas? —preguntó la condesa, claramente irritada ante la noticia de la expedición de Spira. Así lo había esperado Tess.

—Entiendo el quootla y he traído dos grandes fuentes de saber popular —contestó—. El quigutl sabe más que nadie acerca de las Serpientes del Mundo. Piztka me condujo hasta Anazzuzzia y me enseñó a acercarme a ella con respeto. —Hizo un gesto hacia madre e hija, que andaban peleándose por el muelle como gatos salvajes.

—¡Nunca les diremos nada a los dragones! —chilló Kikiu—. ¡Nunca!

Piztka saltó sobre su cabeza, acabando con uno de sus cuernos de acero.

La condesa los ignoró de manera ostensible.

—*Lord Morney* ha leído todo lo que hay sobre...

—Los libros no bastan. —Tess lanzó una mirada al anciano caballero con barba que estaba al lado de la condesa—. Los textos sólo son conjeturas. Incluso la biblioteca de Santi Prudia —aquí hizo ella misma una conjetura— no contiene nada útil, y eso que los monjes habían visto a la serpiente con sus propios ojos. Es difícil trasladar al papel a una criatura de tal magnitud y majestuosidad. Los quigutl la abordan de forma indirecta, a través de mitos, y por eso se acercan más al fondo del asunto. —Hizo un gesto con la cabeza al anciano, el cual la había estado observando con expresión divertida—. Perdonad, *milord*, pero esos quigutl saben cosas que vos ignoráis y, que yo sepa, soy la única persona que se ha molestado en aprender a hablar con ellos.

El anciano esbozó una enorme sonrisa burlona y la condesa Margarethe exclamó cortante: —¡Este no es *lord Morney*! Es mi *napou*, capitán del barco.

—Mestor Abaxia Claado —dijo el tío porphyriano de la condesa, arrugando los ojos alegremente—. Me divierte que me confundan con su señoría, pero somos de complejión bastante distinta, como comprobaréis en

cuanto lo veáis.

Su sobrina le lanzó una mirada de soslayo.

—Si es que llega a verlo. Aún tengo que...

—Ya lo has decidido —dijo Claado—. Admítelo: te recuerda a una niña incorregible de ocho años que se metió a hurtadillas en mi barco y a la que no descubrimos hasta tres días después de zarpar. El lujoso mobiliario del regente de Samsam se retrasó por llevar a aquella pilluela de regreso. Para cuando llegamos a Mardou, se sabía todos los nudos, le había pillado el truco al sextante y sabía bailar la danza marinera. Aunque lo peor...

—Es que lo volvió a hacer cuando tenía diez años —espetó la condesa. Parecía profundamente molesta por esa historia.

—Reconoces a una hermana tramposa en cuanto la ves, Marga —insistió el viejo capitán, y se metió los dedos en el cinturón.

—Lo que sé —dijo la condesa Margarethe, que cruzó los brazos sobre el pecho y estrechó venenosamente los ojos en dirección a Tess— es que la última vez que vi a esa bribona me insultó; y no sólo a mí, sino a todos los hombres de este barco.

Al oír esto, su tío puso los ojos en blanco, pero se elevó un murmullo entre los hombres.

—Me asombra, Tess Dombegh, que tengas la desfachatez de presentarte ante mí y mirarme a la cara. ¿Por qué no estás de rodillas pidiéndome perdón?

Y Tess comprendió que eso no tenía que ver tanto con los insultos como con la historia que había contado su tío. Había sido una niña dulce y traviesa en el relato, pero se había convertido en una condesa que esperaba ser

obedecida. No quería que nadie la confundiera con aquella niña y, sin embargo —Tess lo sabía por experiencia—, la niña seguía ahí, amenazando con hacer estallar de nuevo en sus oídos las humillaciones pasadas.

Aquella niña no tenía que ser un estorbo.

—Siento haberos insultado —empezó Tess, midiendo las palabras con cuidado—. Estaba ebria y era muy desgraciada; si pudiera borrar de mi vida aquel día, lo haría. Pero espero que no me perdonéis sólo porque lo pida de rodillas o cumpla la condición que me impongáis. Puedo ganarme vuestro perdón sin ganarme también vuestro desdén. De hecho, es la única manera de hacerlo.

La condesa Margarethe le sostuvo la mirada.

—Mantén esos animales bajo control —dijo al fin, señalando a los quigutl (y puede que a Jacomo) con la barbilla—. No vayan a saltar de improviso y asustar a la gente.

—Gracias. —Tess se dio cuenta por primera vez del movimiento del barco bajo sus pies. Se sintió un poco mareada.

Estaba allí. Estaba yendo. Era real.

—No hagas que me arrepienta —declaró Margarethe. Giró sobre sus talones y ladró órdenes a la tripulación.

Tess se giró de cara al viento con una irreprimible sonrisa burlona mientras el mundo se ponía en movimiento a su alrededor.

FIN DEL PRIMER LIBRO

Elenco de personajes



Tess Dombegh: La que tiene más probabilidades de recibir unos azotes.

Jeanne: Su hermana gemela, la guapa.

Seraphina: Su hermanastra mayor, la inteligente; a veces llamada Phina.

Claude: Su padre, un abogado deshonorado.

Anne-Marie: Su madre, muy sufrida.

Paul y Nedward: Los hermanos pequeños de Tess, aspirantes a matones.

Kenneth: El hermano de Anne-Marie; un primo honorario y futuro astrónomo.

Doña Edwina: Una baronesa viuda que recurre a la enseñanza.

Melo: Abreviatura de «Caramelo veloz», un noble sabueso.

El conde Julian, la tía Jenny, el tío Malagrigio, la tía abuela Elise: Algunos de los muchos Belgioso, la familia por la parte de Anne-Marie.

La abuela Therese: La anciana madre de Claude.

Jean-Philippe, baronet Dombegh: El hermano mayor de Claude, bravucón y canalla.

Chessey: Una partera, como de la familia.

Los Pfanzig del castillo de Rocamarog

El duque Lionel: El patriarca leonino.

La duquesa Elga: Su piadosa esposa.

Lord Richard: El guapo.

Lord Heinrich: El encantador.

Lord Jacomo: El astuto, seminarista.

Realeza, nobles y similares

La reina Glisselda: La joven reina de Goredd.

El príncipe consorte Lucian Kiggs: Casado con Glisselda; es algo complicado.

La princesa bebé: Por nombrar en cuanto todos sus padres se pongan de acuerdo.

Regente de Samsam: El regente de Samsam.

El conde Pesavolta: El gobernante de Ninys.

Lady Farquist: Una querida anciana, tía de todos los solteros disponibles.

Lady Eglantine, *lady* Morena, *lord* Thorsten: Séquito de cortesanos.

Lord Chauncerat: Daanita que no ha salido del armario, dispuesto a seguir el juego.

Condesa Margarethe de Mardou: Moderna y afamada exploradora.

Lord Morney: El del artilugio misterioso, que viene de comparsa.

Ardmagar Comonot: Adalid de los dragones (al menos, de los grandes

alados).

En el Colegio de San Bert

El profesor el dragón Ondir: Supervisa a regañadientes a los doctorandos.

Valliant de Affle: Un atractivo canalla, desaparecido hace mucho tiempo.

Harald y Roger: Los mejores compañeros de Val, aspirantes a canallas.

Académico Spira: Dragón pedante y estudiante graduado.

Rynald, baronet Averbath: El guapo astrónomo.

En la leyenda y en la fe

Dormidio el Pirata: Espadachín y héroe de los libros de cuentos porphyrianos.

Julissima Rossa: Su amada, fallecida.

San Vitt: Siempre preparado para dejar claro lo mucho que se ha pecado.

Pau-Henoa: El tramposo conejo de procedencia pagana.

Anazzuzzia: La primera de las siete Serpientes del Mundo.

En el camino

Piztka: Un quigutl, el amigo más antiguo de Tess.

Kikiu: La desafiante cría de Piztka.

Karpez: El otro progenitor de Kikiu, de manera desconcertante.

Florian: Un ganapán de molino.

Blodwen y Gwenda: Dos pastoras, vivas y astutas.

Mumpinello: Su misterioso amigo, claramente inventado.

Reg y Rowan: Una pareja de maleantes, simple y llanamente.

Griss: Su anciana víctima; sin duda, de baja cuna, no un noble.

Jefa Gen: Emperatriz de la cuadrilla de la carretera.

Felix, Aster y Mico: La cuadrilla antes mencionada, inútiles.

Gran Armando: El capataz.

Nicolas: Un geólogo.

Querida Dulsia: Ministra itinerante de la misericordia.

Los que rezan

Madre Philomela: Ministra itinerante de la misericordia.

Hermana Mishell: La que toca la campana.

Fray Mohosi: Un monje réprobo.

Fray Lorenzi: El principal archivista del monasterio de Santi Prudia.

Padre Livian: El abad de Santi Prudia.

Padre Erique: La manzana podrida en un barril pequeño.

Angelica: Una cocinera maravillosa.

En Segosh

Madre Gaida: Una diminuta bordadora.

Josquin: Su encantador hijo, ahora escritor, antes heraldo.

Rebecca: Su exnovia, todavía partera, que está de vuelta en las islas.

Maestro Pasiofloria: Filósofo naturalista preeminente de la Academia ninysh.

Maestro Emmanuele: Algo menos eminente, ansioso por hacerse un nombre.

Doctor Belestros: Físico dragón, sin tacto con los enfermos.

Santa Blanche: La mecánica, buena también con la fontanería.

Glosario



Archipiélagos: Islas al sur de Ninys que se extienden hasta la Antártica.

Ard: Palabra mootya para «orden, corrección»; también puede referirse a un batallón de dragones.

Ardmagar: Título que ostenta el jefe de la dragonidad; se traduce aproximadamente como «general en jefe».

Aulaga: También conocida como tojo; matorral duro y espinoso.

Blanca amarga: Bebida ninysh con cerveza y aguardiente de pino.

Blystane: Capital de Samsam.

Bollos: Pelotas (ninysh).

Castameri: Eunucos (ninysh).

Castillo de Orison: Sede del gobierno goreddi, en Villa Lavonda.

Castro de Pentrach: Ruinas de un castro.

Coraclo: Embarcación ligera de cuero estirado sobre una estructura de madera.

Castillo de Rocamarog: Residencia de los Pfanzig.

Cielo: El más allá de los sueños, como lo describieron los santos en las escrituras.

Daanita: Homosexual, seguidor de san Daan.

Damaelle: Joven y distinguida dama; cortesana (ninysh).

Dragomaquia: Arte marcial desarrollada para luchar contra los dragones, inventada por san Ogdo.

Fatluketz: Rito de paso en el que las crías quigutl luchan contra sus madres e intentan morderlas; con él se termina con la etapa parental de la relación (quootla).

Fzep: Descarga hiriente con la cola (quootla).

Flamozca: Juguete quigutl destinado a desarrollar la destreza ocular (quootla).

Goredd: Tierra natal de Tess, una de las Tierras del Sur. (Gentilicio: goreddi).

Hopalanda: Vestidura de ricos materiales con mangas voluminosas que se suele ceñir con un cinturón. La de las mujeres llega hasta el suelo; la de los hombres, hasta la rodilla.

Infernum: Infierno; no todos los santos creen en él.

Ityasaari: Semidragón; se ha descubierto que los santos de la antigüedad fueron semidragones; en consecuencia, los semidragones son considerados santos vivos en la actualidad (porphyriano).

Jubón: Chaqueta de caballero corta y ajustada, a menudo acolchada.

Kemzikiemzlutl: Ritual para conectar los sueños propios con los de una de las Serpientes del Mundo (quootla).

Kikiu: Muerte (quootla).

Ko: Pronombre neutro que utilizan los quigutl para referirse unos a otros (quootla).

Lunessa: Como es difícil encontrar información específica sobre la higiene femenina medieval, me he inventado la mía.

Marica bostezante: Escultura pagana similar a una Sheela-na-gig irlandesa.

Más Sola, La: Epíteto para la Serpiente del Mundo Anazzuzzia.

Mazapán: Dulce hecho de almendra y azúcar.

Megafauna: Los animales grandes, como los uros y los dragones.

Mercero: Comerciante de telas.

Mootya: Lengua de los dragones, pronunciada con sonidos que la voz humana no puede reproducir.

Muztapcia: Cambio de sexo de los quigutl que tiene lugar varias veces a lo largo de sus vidas (quootla).

Nafta: Hidrocarburo líquido inflamable, a veces ingerido por los dragones.

Ninys: País al sureste de Goredd. (Gentilicio: ninysh).

Nupa: Ópalo; eufemismo para clítoris (ninysh).

Ogham: Antiguo alfabeto de signos grabados.

Oubliette: Agujero claustrofóbico utilizado como mazmora.

Palasho: Palacio (ninysh).

Partenogénesis: Reproducción asexual.

Pelagués: De los Archipiélagos.

Penoio: Pene (ninysh).

Pesario: Forma de control de natalidad primitiva; se introducía en la vagina; no tan eficaz como los sistemas modernos, pero mejor que nada.

Pinobra: Vasto bosque de pinos del sureste de Ninys.

Porphyria: Pequeña ciudad-estado al noroeste de las Tierras del Sur.

Provincia de Ducana: Ducado del duque Lionel.

Puentefé: La ciudad más grande de Ducana.

Quigatera: Gueto de dragones y quigutl de Villa Lavonda.

Quigutl: Subespecie pequeña y no voladora de dragones, con un juego de brazos hábiles en lugar de alas y lengua en forma de tubo capaz de producir una llama.

Quootla: Lengua de los quigutl; en ocasiones descrita erróneamente como «mootya con ceceo», dado que las dos lenguas son, en su mayor parte, mutuamente inteligibles.

Saar: Dragón (porphyriano).

Saarantras: Dragón con forma humana. Plural: saarantrai (porphyriano).

Sabueso: Muy parecido al galgo.

Salterio: Libro de poesía devocional, por lo general ilustrado. En los salterios goreddis hay un poema para cada santo mayor.

Samsam: País al suroeste de Goredd. (Gentilicio: samsamés).

San Abaster: Acérrimo defensor de la fe; le encanta terminar con los pecadores.

San Bert (Jobertus): Patrón de la filosofía natural; colegio que lleva su nombre.

San Cazuela Astrosa: Santo gigante que se alza de los pantanos circundantes a Villa Lavonda al final de la guerra de santa Jannoula.

San Daan: Patrón del amor romántico (junto con su compañero san Masha).

San Munn: Patrón de los mercaderes, popular en Ninys.

San Nedouard: El físico, recientemente fallecido.

San Ogdo: Fundador de la dragomaquia; patrón de los caballeros y de todo Goredd.

San Willibald (Willibaio): Patrón de los mercados y de las noticias; pone nombre a una catedral.

Santa Agnyesta: Patrona de los queseros.

Santa Clara: Patrona de la percepción.

Santa Fredricka: Santa viva y muralista que vive en los Archipiélagos.

Santa Gobnait: Patrona de la diligencia y la perseverancia; la catedral de Villa Lavonda lleva su nombre.

Santa Ida: Patrona de los músicos; el conservatorio lleva su nombre.

Santa Jannoula: Santa viva, ayudó a instigar la reciente guerra que lleva su nombre.

Santa Loola: Patrona de los niños, los enfermos y los indigentes; pone nombre a los hospicios.

Santa Prue (Prudia): Patrona de la historia; un monasterio lleva su nombre.

Santa Seraphina: Como se llama a veces a Seraphina, para su desasosiego.

Santa Siucré: Patrona de los recuerdos bonitos; ayuda a encontrar lo que se ha perdido.

¡Santi merdi!: Mierda santa (ninysh).

Segosh: Capital de Ninys, centro de arte y cultura.

Serpientes del Mundo: Criaturas descomunales de la mitología quigutl; se cree que han creado el mundo y que lo mantienen unido.

Síndrome de Tazlann: Grave estado médico que aflige a los dragones que no han recibido los recuerdos maternos, por lo general debido a la muerte prematura de la madre.

Tanamoot: Extenso país de los dragones al norte de las Tierras del Sur.

Tespuco: Cabeza de chorlito; también eufemismo de pene (ninysh).

Tierras del Sur: Las tres naciones unidas en el extremo sur del mundo (Goredd, Ninys y Samsam).

Todos los Santos: Todos los Santos del Cielo. No es exactamente una deidad; se parece más a un colectivo.

Tutkikiu: Muerte parcial, una aficción de los quigutl (quootla).

Ud: Instrumento similar al laúd, a menudo tocado con una púa o plectro.

Uros: Grandes bóvidos salvajes, extinguidos en nuestro mundo, pero que vivieron en Europa hasta el Renacimiento.

utl: Sufijo quootla que indica el caso contradictorio por el cual una palabra también significa su contraria.

Villa Lavonda: Ciudad natal de Tess y ciudad más grande de Goredd;

toma el nombre de la reina Lavonda, que hizo las paces con la dragonidad.

Víspera del Tratado: Celebración conmemorativa de la firma del tratado entre Goredd y los dragones.

Zarabanda: Danza lenta en compás ternario.

Zmepitlkikiu: Algo tan transcendental que no hay palabras para describirlo (quootla).

Zmib: Artilugio quigutl que permite la transmisión de voces a larga distancia.

Zmir: Zmib que también transmite imágenes.

Agradecimientos Los cuatro puntos cardinales de mi brújula en esta ocasión: Karen New, Arwen Brenneman, E. K. Johnston y Max Gladstone.

Mi intrépido equipo de trabajo de lectura beta, botas y patadas en el trasero: Rebecca Hartman-Baker, Laura Hartman, Susin Nielsen, Phoebe North, Arushi Raina, Pavel Curtis y Els Kushner. Gracias adicionales a Becca y Els por acompañarme en una misión secundaria adicional llena de peligros.

Rainbow Rowell, cuya novela *Fangirl* me sacó de casa.

Justina Ireland, cuya disertación «Windows, Mirrors, and the Spaces in Between» me mantuvo en movimiento cuando el camino era más rocoso.

Mishell Baker, Amal El-Mohtar, Rebecca Sherman y mi madre, que le proporcionaron a mi cabeza un sitio donde descansar.

Cam Larios, que le dio a Kikiu su potenciador de mordiscos.

Los pájaros de mis árboles: los cuasi-modales, barba de Spock, Teatro de sueños, YES y siempre, siempre Iarla Ó Lionáird.

Mallory Loehr, Jenna Lettice, Michelle Nagler y todos mis amigos quigutl en Random House.

Dan Lazar, un agente increíble, siempre dispuesto a lanzarse a la acción superheroica.

Jim Thomas, editor peripatético, que estaba muy ocupado con este libro y se absolvió admirablemente.

Y, por último, Scott, Byron y Úna, que siempre me aguardan al final del camino.

¹ Juego de palabras intraducible. En inglés, Piztka dice: «For once, let us squat upon time/no-time» (literalmente: «Por una vez, acuclillémonos sobre el tiempo/no-tiempo»), trastocando la expresión «Once upon a time», de manera que lo que no concibe es la preposición «upon» sin la compañía de un verbo acorde. (N. de la T.)